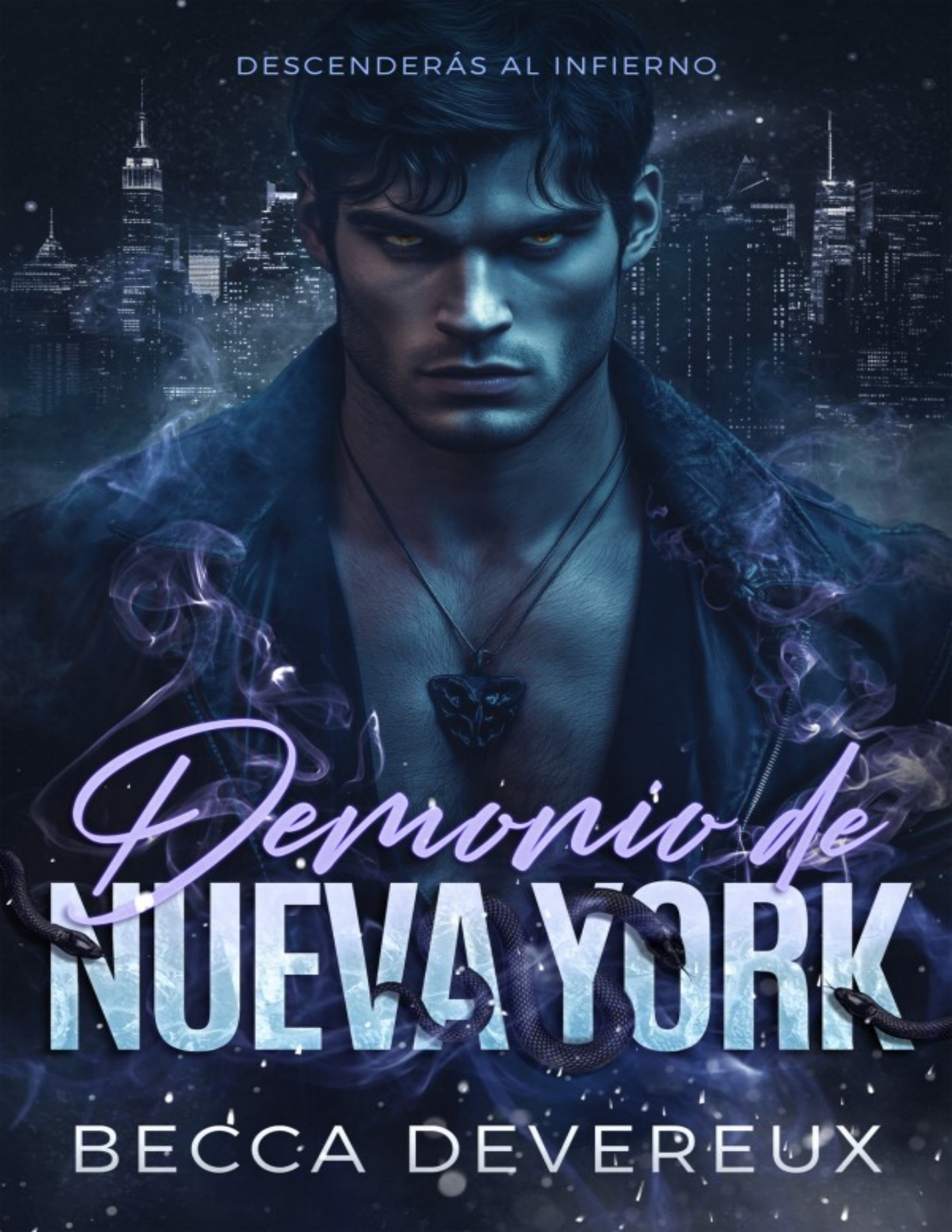

DESCENDERÁS AL INFIERNO
Demonio de
NUEVA YORK
BECCA DEVEREUX

BECCA DEVEREUX

Demonio de NUEVA YORK

HERMANOS KNIGHT 2



Copyright © 2026 DEMONIO DE NUEVA YORK por Becca Devereux

Diseño de portada: h.kramer.arte

Corrección: Carolina Ramos Zambrana

Ilustraciones interiores: arii_ilust

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunidad a través de cualquier medio sin la autorización del titular del copyright.

Para quienes creen que no merecen afecto porque el mundo los ha tratado como si fueran monstruos.

Para quienes esconden su ternura bajo una coraza de furia.
Y para quienes sueñan con un universo donde Hulk y Natasha hubieran tenido su final feliz. Nuestro ship *frustrado merecía justicia.*
Porque, esta vez, Hulk y Natasha sí se besan al final.

Índice

Advertencias de contenido

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32

33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
Diez días más tarde

La boda
Un mes después
Polinesia mis huevos
NOTA DE LA AUTORA

Advertencias de contenido

Demonio de Nueva York es una novela de romance oscuro dirigida a un público adulto y recomendada para lectores mayores de 18 años. La historia aborda temas complejos y oscuros que pueden ser perturbadores para algunos lectores.

Si consideras que pueden afectar a tu salud mental, quizá este libro no sea para ti.

Yo prefiero que te adentres en la historia sin saber demasiado, pero te dejo una lista de advertencias para que sepas a qué atenerte. Para un desglose más detallado de cada punto de advertencia o si tienes preguntas específicas sobre el contenido del libro, no dudes en contactar conmigo por correo electrónico en **beccadevereuxautora@gmail.com**.

Considero que *Demonio de Nueva York* tiene una escala de oscuridad similar a *Rey de Nueva York* (2/5). Puede definirse como un ***dark romance light***: intenso a nivel emocional, con escenas explícitas y momentos duros, pero sin llegar a ser un romance oscuro extremo. Aun así, algunas escenas te harán emocionarte y sufrir y te removerán por dentro.

Advertencias:

- Escenas de sexo muy explícitas
- Violencia física
- Asesinato
- Amenazas explícitas y coacción
- Uso de armas de fuego
- Secuestro y retención contra la voluntad
- Trastornos mentales (incluye representaciones de trastorno bipolar tipo I)
- Consumo de drogas
- Trauma psicológico y estrés postraumático
- Protagonista masculino altamente posesivo, protector y moralmente ambiguo
- Insultos

- Relación romántica entre personajes con un vínculo familiar complejo

NOTA DE LA AUTORA: Este libro no romantiza la violencia ni la enfermedad mental, pero sí explora relaciones intensas entre personajes rotos que intentan sobrevivir y amarse en un mundo hostil.

Escudo de los Guardians





Número de Zane

Zane y la pequeña Josie


GUARDIANS
NY
Josephine

Tres meses después

———————— ● ————————

Katya

—Será mejor que te vayas.

Su tono desdeñoso me deja atónita y el dolor me hace retroceder dos pasos. Es peor que si me hubiera golpeado; no lo reconozco. Zane puede ser impulsivo, temperamental y hosco, pero nunca me había tratado con indiferencia. Sin embargo, el hombre que me da la espalda actúa como si no le importara.

Por un instante, creo que está bromeando, pero me siento como una idiota mientras lo observo con una mezcla de esperanza y estupor. Necesito que se dé la vuelta y me abrace. Me niego a creer que pueda ser tan cruel. No solo confié en él, sino que fue el único hombre con quien de verdad me abrí; el único con quien quise que las cosas funcionaran y junto al cual me imaginé un futuro.

Tengo un nudo en la garganta y me escuecen los ojos. Soy demasiado orgullosa para llorar. No es la primera vez que me rechazan, pero sí la que más duele. Y lo peor es que había construido una armadura impenetrable para no volver a sufrir, una que el hombre que tengo delante destruyó con demasiada facilidad.

—¿Estás rompiendo conmigo?

Odio cómo suena mi voz: débil y suplicante. Sé que en unas horas me arrepentiré de haberme arrastrado. Hace tiempo me prometí que no mendigaría amor a nadie. Sin embargo, aquí estoy, aferrándome a un clavo ardiendo, enamorada de un hombre que ni siquiera puede mirarme a la cara mientras me pide que salga de su vida.

—No. —Su respuesta es un gruñido bajo.

Zane se acaricia la mandíbula, un gesto que suele hacer cuando está al límite. Quizá solo tiene un mal día y necesita estar solo. Le prometí que siempre le daría su espacio y que jamás lo juzgaría cuando necesitara aislarse. Pero el alivio que siento dura apenas unos segundos antes de que añada:

—No puedo romper contigo porque nunca hubo nada que romper. Solo fue sexo.

—Repítelo.

—Solo follábamos.

—¿Que solo follábamos?

—Sí.

—¿Me estás diciendo que, entonces, puedo salir por esa puerta y acostarme con el primero que se me cruce por delante?

Zane encoge un hombro.

—Haz lo que te dé la gana.

Su respuesta me deja petrificada. Pensé que lo carcomerían los celos, que lucharía por mí…

—¿Y tú?

—Lo que yo haga no es asunto tuyo.

Me pongo enferma al imaginarlo tocando a otra mujer como lo hacía conmigo. No, de eso nada. No puede ser.

Se me escapa una carcajada atónita. No, tiene razón: nunca formalizamos lo nuestro. Pero eso no significa que no fuera jodidamente real. Sé lo que vivimos; que no fuéramos una pareja no significa que no nos perteneciéramos. Mi corazón es suyo, cada pedazo, aunque él ahora no lo quiera.

Cada momento, cada beso, cada sonrisa…

—Ya sabes dónde está la puerta —dice sin mirarme—, cierra al salir.

Le doy un empujón con todas mis fuerzas, apoyando las palmas en sus lumbares y usando mi centro de gravedad a mi favor para desestabilizarlo. Zane se tambalea hacia delante, pero no llega a caerse porque estaba preparado para mi reacción. Así de bien me conoce.

—¡Al menos mírame a la cara!

No soy consciente de que estoy llorando hasta que grito. Mi voz es un sollozo ronco. Zane se da la vuelta. Su expresión es un iceberg. No encuentro ni un ápice de amabilidad en esos ojos color ámbar que hace unos días me observaban como si fuera su mundo entero.

—Vete, Katya —ordena, impasible.

Katya.

Me ha llamado Katya.

Oh, Dios.

Me seco las lágrimas de un manotazo furioso y él desvía la vista hacia otro lado.

—¿Por qué? —exijo saber.

Otra lágrima traicionera resbala por mi mejilla. Zane permanece en silencio mientras mi mente busca una explicación.

—¿He hecho algo que te haya molestado? —insisto, odiándome por sonar tan desesperada. Pero merezco saber la verdad, porque no lo entiendo—. ¡Háblame, Zane! ¿Por qué?

Él exhala y vuelve a frotarse la barbilla. Una sospecha amarga se abre paso en mi pecho.

—¿Es por Madison?

La pregunta lo sobresalta y mi corazón se salta un latido ante su silencio.

—Sé sincero conmigo. ¡Di algo, joder! —le recrimino—. Podré soportar cualquier cosa menos que te quedes ahí parado mirándome como si nunca te hubiera importado… —mi voz se quiebra y me cubro la cara con las manos, rompiendo a llorar—, porque tú a mí sí me importas.

—Katya —dice entre dientes.

Aparto las manos y no logro contener las palabras que me queman por dentro.

—Te amo.

Zane baja la cabeza y se inclina hacia mí. Mis labios se entreabren por inercia, creyendo que me besará tras mi confesión. Pero se limita a agacharse para recoger la mochila que está a mis pies y colgarla en mi hombro. Ni siquiera me roza antes de apartarse y recobrar la compostura. Sé que lo que dirá a continuación será demasiado doloroso, pero eso no amortigua el golpe.

—Nunca podría amar a alguien como tú.

—¿Alguien como yo? —susurro, horrorizada.

—Sabes perfectamente lo que quiero decir.

Sí, lo sé.

Pero eso no hace que duela menos cuando se da la vuelta y desaparece por el pasillo, dejándome tan destrozada que no puedo moverme durante un largo momento. No sé cuánto tiempo permanezco ahí de pie, esperando que regrese para pedirme disculpas y admitir que él también me quiere.

Mi reacción es patética. Horas más tarde, me odiaré por haber actuado con tan poco amor propio. Pero, cuando por fin salgo de la casa de Zane, el dolor del desengaño es tan intenso que no deja espacio para nada más.

1



Zane

He matado a un hombre.

Tengo las manos manchadas de sangre, literalmente. Bueno, mejor dicho: las manos, la cara, el pecho, todo el cuerpo. Siento el sabor metálico en la punta de la lengua mientras observo al hombre ensangrentado del espejo. Abro el grifo y me enjuago la boca. Es sorprendente que ni siquiera se me revuelva el estómago.

Soy un monstruo; mi padre tenía razón.

Cierro los ojos y me agarro al lavabo con fuerza cuando me asaltan las imágenes de aquella carnicería.

De repente, estoy de vuelta en el aparcamiento de una gasolinera abandonada en las afueras de la ciudad. Suelo ir allí cuando tengo un día de mierda.

El tipo rubio se da la vuelta e intenta echar a correr, pero lo atrapo por el gorro de la sudadera y golpeo mi cabeza contra la suya. Suelta un alarido y se tambalea, pero no cae porque lo sujeto del brazo y hundo los dientes en su cuello.

Esos cabrones no deberían haber maltratado a aquel chico…

El ruido de la puerta de la entrada me devuelve a la realidad. Escucho un murmullo de voces y pasos en la escalera. Salgo del baño, desarmado, asumiendo que han venido a por mí. Extiendo los brazos para demostrarles que no soy una amenaza. Pueden pegarme un tiro; es lo mejor para todos, no opondré resistencia.

Uno de ellos masculla una palabrota. Entonces salgo del trance. Es River, mi hermano. A su lado está Grayson, el mayor. Ambos me observan con los ojos muy abiertos. La mirada de Grayson me recorre de arriba abajo como si buscara alguna herida. Estoy desnudo, así que no tarda en comprender que la sangre no es mía.

—¿Qué has hecho? —pregunta, negando con la cabeza.

Me miro las manos.

—He matado a un hombre.

Lamento haberlo decepcionado, pero ambos sabíamos que esto podría suceder algún día.

—Joder, Zane —dice River en voz baja.

Los dos permanecen al pie de la escalera, como si no supieran si es una buena idea acercarse a mí. O quizá me desprecian por lo que he hecho.

—Date una ducha y vístete —ordena Grayson con tono glacial.

Mi hermano mayor —el cabeza de familia—, siempre tan pragmático. Seguro que ya está buscando una solución. Por desgracia, hay cosas que el dinero no puede arreglar, aunque seas el rey de la ciudad.

Grayson y River me están esperando en la cocina cuando aparezco vestido y aseado. Me tomó bastante tiempo eliminar todos los rastros de sangre frotando las uñas con un cepillo de dientes.

—No sabía que la sangre fuera tan difícil de limpiar —me disculpo.

Abro el frigorífico y cojo una manzana. River me mira estupefacto, y Grayson no tiene mejor cara.

—Estás de puta coña —suelta River—. ¿En serio vas a comer?

Limpio la manzana con el puño de la sudadera y le doy un bocado, para consternación de Grayson, que es un maniático de los gérmenes.

—Siempre tengo hambre.

Grayson se pasa una mano por la frente con frustración y River me mira como si no me reconociera. ¿Me duele que mi mejor amigo actúe como si me tuviera miedo? Hostia, claro que sí. Mis hermanos son las únicas personas que nunca me han juzgado. Pero supongo que arrancarle la garganta a un hombre de un bocado y luego observarlo mientras se desangraba es demasiado incluso para ellos.

—Tienes diez segundos para empezar a explicar qué es lo que…

Grayson no termina la frase, porque la puerta de la entrada sale volando y se estrella contra la pared. Tres hombres armados irrumpen en el vestíbulo gritando en otro idioma. River se cae del taburete. Grayson está tan sorprendido que no reacciona cuando el

más alto les dice algo a los otros dos y señala en nuestra dirección. Cojo un cuchillo del taco de madera y empujo a mi hermano justo antes de que nos lluevan las balas. No dudo en protegerlo con mi propio cuerpo mientras él intenta quitarme de encima.

No lo permitiré. Su mujer, su hija y mis hermanos pequeños lo necesitan.

El vestíbulo está a varios metros de la cocina, así que dispongo de unos escasos segundos para prepararme antes de que lleguen hasta nosotros. Los disparos impactan contra la isla de mármol.

Pero tengo un cuchillo; no todo está perdido.

—Ni se te ocurra —sisea Grayson.

River aferra el taburete, como si estuviera dispuesto a usarlo. Pero no permitiré que ninguno de ellos muera. Solo espero durar el tiempo suficiente para que el equipo de seguridad de Grayson neutralice a los atacantes. Conociendo a mi hermano, seguro que sus hombres no deben andar lejos.

—*Attento! Non essere troppo sicuro di te. Quel bastardo ha ucciso Angelo senza essere armato* —grita uno de ellos.

—*É solo un uomo*.

—*Non hay visto il suo cadavere? Non è umano. È una bestia!*

—*Il Don mi spaventa piú di quel miserabile. Coprimi!*

Sus gritos me ayudan a localizarlos. Me aparto de Grayson, que me lanza una mirada de advertencia que ignoro. Ambos sabemos que ahora no puede hacer nada por mí.

—Lanza el taburete hacia la izquierda —le pido a River.

Mi hermano me mira como si me hubiera vuelto loco, pero necesito una distracción si quiero tener una oportunidad.

—No —gruñe Grayson.

—Cuida de ellas —le pido, aferrando el cuchillo—. ¡Ahora!

Rezo para que River me haga caso cuando me levanto. Él siempre ha tenido más fe en mí que el resto de las personas, así que no me sorprende del todo que arroje el taburete por encima de la isla. La trampa funciona y los tres hombres armados se giran hacia donde cae.

No pierdo ni un segundo. Agarro el cuchillo con firmeza y me lanzo hacia el hombre más cercano, aprovechando el breve

momento de distracción. Consigo apuñalarlo en el costado antes de que se dé la vuelta. El tipo suelta un grito ahogado y, en un reflejo desesperado, dispara su arma. El destino está de mi parte, pues la bala impacta en la pierna del otro justo cuando levanta la pistola hacia mí.

—*Sporco figlio di puttana*…

No entiendo una mierda de italiano, pero supongo que se ha acordado de toda mi familia. Retuerzo el mango del cuchillo y el hombre aúlla como un animal. El tercero entrecierra los ojos con malicia. Entonces comprendo que la vida de su compañero le trae sin cuidado. No me queda más remedio que utilizar su cuerpo como escudo cuando aprieta el gatillo.

Mi vida pasa delante mis ojos mientras los disparos revientan el cuerpo de este pobre desgraciado. Nunca ganaré la Copa Stanley ni veré a Winter subir al podio en las Olimpiadas ni asistiré a la graduación de Josh. Tampoco volveré a escuchar uno de los chistes malos de River, sacaré de quicio a Grayson, bailaré *Dancing Queen* con Ava ni veré crecer a Josie.

El cuerpo inerte cae al suelo. Levanto el cuchillo, aunque sé que no tengo nada que hacer. El italiano echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada despectiva.

—*Sei già mio*.

Su puta risa…

Es como si se activara un interruptor en mi cerebro.

Un cosquilleo eléctrico me sube por la columna, erizándome la piel. Veo puntos negros alrededor de los ojos. La tensión se convierte en algo más grande y peligroso. La ira borra cualquier pensamiento racional, como una cerilla que prende fuego a todo. Pero no es solo eso: es placer, euforia, un subidón violento que me sacude por dentro y me hace sonreír.

Ahora solo quiero ver su cara cuando le reviente los dientes.

Ahora solo quiero oírlo gritar hasta que se me ponga dura.

Voy a llegar hasta él y nada ni nadie podrá impedir que le aplaste la cabeza contra el suelo. Las balas no podrán frenarme. Cuando lo alcance, se arrepentirá de haber nacido.

Siento cómo la sangre me hierve en las venas. Me crujo el cuello y cambio el cuchillo de mano. Doy un paso hacia él. Ya no pienso. Ni dudo. Mi reacción lo desconcierta. Deja de sonreír, sostiene el arma con manos temblorosas y frunce el ceño.

—*Sei pazzo*.

—Sí.

No hablo italiano, pero entiendo lo que ha dicho, porque me lo repito a menudo. Por eso no vacilo al lanzarme contra él. La primera bala me roza el brazo. La segunda no me toca. Ni la tercera. El hombre cae de espaldas antes de que logre llegar a él. El tipo que recibió un disparo en la pierna yace bocabajo.

Los dos están muertos.

—Ya era hora —se queja Grayson—, por poco nos matan.

Los hombres de su equipo de seguridad irrumpen en la cocina. River se sujeta a la encimera con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos mientras Grayson le frota el hombro. Ya vuelve a ser el dueño de la situación, exudando esa autoridad innata gracias a la que todos lo obedecen.

Observo el cadáver con los puños apretados y una mezcla absurda de alivio e irritación que me quema el pecho. Claro que me alegro de que estén muertos, pues mis hermanos ya no corren peligro. Pero, hostia, cómo me habría gustado destriparlo con el cuchillo y ensuciarme los dedos con su sangre.

Todos me están mirando.

Mierda, debo calmarme.

Exhalo con fuerza y clavo el arma en el taco de madera, frustrado porque me hayan privado de semejante placer. No pasa nada; luego me desquitaré con alguien. Por suerte, vivo en una ciudad plagada de gilipollas que merecen un puñetazo.

Parker —el jefe de seguridad— se agacha junto al cadáver de uno de los italianos. Le levanta la manga para inspeccionar el tatuaje: un árbol de encina con las raíces entrelazadas alrededor de la muñeca. No logra ocultar el pánico de sus ojos antes de ponerse de pie.

—¿Quiénes son? —le pregunta Grayson.

—Pertenecen a la 'Ndrangheta —responde Parker—. Dominic Falsone.

—¿La puta mafia calabresa? —exclama River, saliendo de su estupor—. ¿A quién has matado, Zane?

Sí, cometí un grave error. Pero, cuando me di cuenta de dónde me había metido, ya era demasiado tarde para enmendarlo. Ojalá pudiera decir que fue un accidente y que no supe medir mis acciones. Pero cuando vi cómo tres hijos de puta le daban una paliza a un chaval que no tendría más de quince años… Dios, me volví loco. Le gritaban en italiano, le escupían, y cuando uno empezó a pisarle la cabeza contra el suelo, ni lo pensé. Me lo cargué y los otros dos huyeron como escoria.

Ni siquiera sabía que pertenecían a la mafia. Ahora sí lo sé. Y me da igual lo que me pasé a mí, pero nunca me perdonaré haber puesto en peligro a mi familia.

Grayson evalúa los cadáveres con gesto imperturbable. Mi padre le hizo creer que somos su responsabilidad, pero acabo de cumplir veinticinco años y él lleva demasiado tiempo resolviendo mis problemas. No, se acabó. Estoy solo en esto. Hay enemigos demasiado poderosos incluso para el Rey de Nueva York.

—Tienes que cuidar de ellos —le suplico a Grayson—. Y debéis alejaros de mí. Tengo una diana en la espalda.

Grayson me mira finalmente.

—Ahora la tenemos todos.

De repente, siento ganas de vomitar al pensar en Winter, Josh, Ava y Josie.

La culpa me oprime el pecho al completar la frase por él: «Ahora la tenemos todos gracias a ti».

2

———————— ● ————————

Katya

—Con doble de azúcar y un chorrito de leche. El otro, solo y sin azúcar, gracias. —Saco dos billetes de cinco dólares, guardo el cambio y cojo los vasos de papel.

No sé qué es más alarmante: el hecho de que recuerde cómo le gusta el café a mi ex o que aún me importe lo suficiente como para llevarle uno. Sobre todo cuando mi ex es también mi jefe y la reunión es en su casa. Ignoro el resquemor que siento al subir los peldaños del portal y hago malabarismos para sostener la bandeja mientras abro la puerta.

—Hola, Katya —me saluda Brandon al abrir la puerta.

Brandon es un experto en armas de fuego y un tirador excepcional. Más que suficiente en el cuerpo a cuerpo, aunque hace tres días no pudo evitar mi gancho de derecha durante el entrenamiento. Por eso tiene un moratón en el ojo derecho. No soy de las que se jactan de sus victorias, así que finjo no darme cuenta de que Nash —nuestro *hacker*— se señala el ojo y suelta una risita. Brandon le enseña el dedo corazón y Nash vuelve a meter la cabeza en el portátil. Siempre andan a la gresca.

Reyes y Yuri me hacen un gesto con la cabeza. Soy la única mujer de la agencia, pero nunca me he sentido menos respetada. Ni siquiera cuando salí durante casi doce meses con Logan, nuestro jefe, al que, por cierto, se le han vuelto a pegar las sábanas. Tenemos que estar en la otra punta de la ciudad dentro de quince minutos, así que voy directa a su habitación.

—Yo que tú llamaría antes de… —comienza a decir Reyes.

Demasiado tarde.

Permanezco en el umbral, con una mano en el pomo y la otra sosteniendo la bandeja de los cafés, mientras observo a mi ex,

sentado en el borde de la cama, con una expresión de intenso placer que nunca puso conmigo. Una morena voluptuosa está arrodillada entre sus piernas haciéndole una mamada.

—¡Joder, Katya! —se sobresalta al percatarse de mi presencia—. ¿No sabes llamar a la puta puerta?

La mujer sigue chupándosela y sacude la mano en mi dirección, lo que interpreto como una señal para que me largue. Logan suelta un gemido ahogado y le aparta el pelo de la cara, justo igual que a mí cada vez que…

—Llegamos tarde —digo con una voz que intento que suene lo más inexpresiva posible—. Tengo entendido que a nuestro nuevo cliente no le gusta que lo hagan esperar.

—Dios, sí… Dame un momento para… *Mierda*, ¡qué buena eres!

Cierro la puerta y regreso al salón. Supongo que no tardará ni un minuto, porque no es de los que duran demasiado. Aunque eso no impide que un intenso ardor me oprima la garganta. No pienso hacer un drama de que mi ex se esté follando a otra. No es la primera ni será la última desde nuestra ruptura. No me debe nada; hace seis meses que rompimos. Simplemente desearía tener la misma facilidad que él para pasar página.

«Esto no funciona, Katya. Espero que puedas ser profesional. Me gustaría seguir contando contigo en la agencia. Sin rencores, ¿vale». Esas fueron sus palabras antes de darme una patada tres días antes de nuestro primer aniversario.

Brandon es el único que se atreve a lanzarme una mirada empática. El resto aparentan no darse cuenta de que estoy haciendo un gran esfuerzo por fingir que me la suda, cosa que agradezco. Voy a la cocina, vacío el café de Logan en el fregadero y le doy un sorbo al mío. Pongo una mueca de asco porque está demasiado dulce. Lo que faltaba, he tirado el mío por error.

—Hay café de sobra recién hecho —dice Brandon con suavidad.

Ni siquiera lo he escuchado entrar en la cocina. Eso dice bastante de mi estado de ánimo. Me encantaría cambiar de curro, pero he congeniado con mis compañeros y el sueldo es decente.

Brandon llena una taza y me la da. Fuerzo una sonrisa.

—Gracias.

A pesar de que me excedí más de la cuenta con él durante el último entrenamiento, no me guarda rencor. Hay pocos hombres que no se sentirían intimidados si una mujer les ganara en un *ring* de boxeo.

—¿Estás bien? —se preocupa.

Asiento y le doy un trago al café. Me gusta solo, pero me sabe amargo después de lo que acabo de ver. Brandon me pone una mano en el hombro.

—Sigue sintiendo algo por ti.

—Por favor. —Pongo los ojos en blanco—. No hace falta que me digas lo que crees que necesito oír.

Logan me dejó porque nunca llegó a quererme. Fin de la historia. Que me duela verlo revolcándose con otra no significa que vaya a suplicarle una segunda oportunidad. No soy tan patética.

—Ya sé lo que parece, pero cada uno lo supera a su manera.

—¡Ya estoy! —exclama Logan, apoyándose en el marco de la puerta.

Creo que nadie puede culparme por haberme colgado de él. Solo hay que echarle un vistazo para entender su éxito entre las mujeres: rubio, ojos verdes, sonrisa canalla y exceso de confianza en sí mismo, lo que se traduce en un carisma arrollador. Es el tipo de hombre que sabes que va a romperte el corazón, pero aun así dejas que te regale los oídos. Sobre todo si tu experiencia sexual se reducía a cero antes de conocerlo, te crio un padre muy estricto y te ilusionaste cuando el tipo más guapo que habías visto en tu vida te dijo que eras preciosa.

—¿Es para mí? —Señala el vaso de café. Asiento de mala gana, ya que sería un desperdicio tirarlo—. Gracias, eres la mejor.

Coge el café y me da un beso en la mejilla.

—Deberíamos irnos ya —contesto con aspereza.

—Sí, al Rey de Nueva York no le gusta que lo hagan esperar. Este trabajo nos hará ganar cientos de miles de dólares.

Me aparto de él. Brandon intuye que se avecina una discusión y nos deja solos.

—Aún no estoy convencida de aceptar el trabajo —le recuerdo, pues sabe lo que pienso al respecto.

—Venga, Katya. Te necesito, ya te lo dije.

Sí, lo sé. Sin mí, el plan no tiene sentido. Hay algo bueno en ser la única mujer de una agencia de seguridad privada. Las mujeres pasamos más desapercibidas porque los hombres no creen que seamos peligrosas. Eso facilita que haga más trabajos de incógnito que mis compañeros, así que soy la mejor opción para el puesto. No solo por ser mujer, sino por mis habilidades.

Pero sigo sin verlo claro…

No es que tenga reparos porque quiera putear a Logan, sino que uno de los dos debe tener los pies en el suelo. Nuestro equipo es increíble y hemos enfrentado muchos desafíos juntos. Hace ocho meses, liberamos a un alto cargo petrolero de una embajada en África del Norte durante un golpe militar. Las cosas se torcieron y tuvimos que improvisar una ruta de escape por el desierto. El año pasado protegimos a una testigo clave en un juicio contra una red de trata, acompañándola desde América Latina hasta Estados Unidos para que pudiera declarar en la corte federal. Vivimos un intento de secuestro en plena autopista y Reyes estuvo a punto de morir. No hace ni tres semanas que recuperamos a cinco rehenes de un secuestro exprés en Colombia. Me llevé una puñalada en la tibia, nada serio.

Pero la 'Ndrangheta son palabras mayores. Sé cómo se las gasta Dominic Falsone. Y, precisamente, el blanco al que debemos proteger no es fácil de esconder, sobre todo si es el defensa más polémico de la NHL y estoy obligada a protegerlo sin que lo sepa.

Grayson Knight está podrido de dinero y Logan aceptó el encargo después de pedirle el doble. Yo no soy tan fácil de convencer.

—Al menos acompáñame a hablar con él. Está desesperado por proteger a su hermano.

—Normal.

Hablamos de la mafia calabresa. Siempre se cobran sus deudas de sangre. Como buena rusa y exmilitar, estoy al tanto de la reputación de Dominic Falsone. Zane aún sigue respirando porque su hermano es el hombre más poderoso de la ciudad y no ha escatimado en recursos para mantenerlo a salvo. Pero, tarde o temprano, Falsone logrará dar con él. No me cabe la menor duda.

—Eres mi agente de campo más cualificada para el puesto —insiste, sonriéndome de forma arrebatadora. El tipo de sonrisa que anoche llevó a su cama a la morena que hace un momento le hacía una mamada—. No puedo hacerlo sin ti, Katya.

No necesito que me regale los oídos. Que sea jodidamente complicada no implica que no sea consciente de mis capacidades. Salgo de la cocina y me cruzo con la morena, que me lanza una mirada desdeñosa y masculla en voz baja:

—*Menya ne udivlyayet, chto yemu nadoyelo igrat' s kem-to stol' neznachitel'nym.* —«No me extraña que él se cansara de jugar con alguien tan poca cosa».

Nunca seré la clase de mujer que pelea con otra por la atención de un hombre, así que no me molesto en girarme antes de responder con tono gélido:

—*V sleduyushchiy raz, kogda reshish' oskorbit' druguyu zhenshchinu, ubedis', chto ona ne govorit na tvoyom yazyke… i chto u tebya chistyy rot.* —«La próxima vez que intentes insultar a otra mujer, asegúrate de que no hable tu idioma… y de tener la boca limpia».

La morena se sobresalta y se lleva la mano a la comisura, lo que provoca la risa de Yuri, que es ruso por parte de padre. Salgo del salón con pasos firmes mientras ella blasfema en nuestro idioma y mi compatriota aplaude riendo.

Me desmorono al pisar el primer escalón de la entrada. Sé que no debería hacerlo, pero me tiemblan las manos al rebuscar en el bolsillo interior de mi chaqueta. Saco el blíster plateado, arranco una pastilla con la uña y me la meto debajo de la lengua.

El ruido se silencia gradualmente y la neblina que envuelve mi cerebro se esfuma.

Orfidal. Mi seguro contra el caos.

La pastilla empieza a disolverse. Mi pulso aún sigue acelerado, pero el zumbido de mi mente ya no retumba como antes. No puedo desmoronarme delante de él, así que guardo el blíster justo cuando Logan sale y me mira con cara de pocos amigos.

—¿Qué coño le has dicho?

Me recoloco la chaqueta y respiro hondo.

—Vamos, tenemos trabajo que hacer.

—¡Katya! —protesta, bajando los escalones—. No sé qué le has dicho, pero ha entrado en cólera. Se ha puesto como una loca y me ha tirado un plato a la cara. ¡Ya te vale!

Le sonrío con suficiencia y levanto el brazo para llamar a un taxi. Que hubiera aprendido ruso cuando me ofrecí a darle clases.

3

———————— ❦ ————————

Katya

Entiendo por qué lo apodan el Rey de Nueva York. No es por el dinero, sino por esa actitud de «podría destruirte con un chasquido de dedos». Si no estuviera segura de mis posibilidades, me pondría nerviosa mientras me evalúa con esos ojos color miel y esa calma gélida que Logan intenta contrarrestar con una sonrisa, que Grayson no le devuelve.

Junto a Grayson, hay un hombre de pelo negro y ojos idénticos que me observa con desconfianza. Ahora entiendo por qué es la cara visible del imperio. Si Grayson Knight exuda autoridad, su hermano River tiene grabada en la cara la promesa de que te hará pasar un buen rato. Aunque ahora no me observa como si estuviera interesado en un revolcón, sino con un recelo que no se esfuerza en disimular.

—¿Ella? —Me señala con la cabeza—. No lo veo claro.

Mira por dónde, yo tampoco.

Grayson deja de mirarme como si tuviera rayos láser que pueden ver dentro de mí y se centra en Logan. Este se yergue. Permanezco impasible a su lado. Haber sido criada por un coronel condecorado del ejército ruso tiene sus ventajas. A mí ya no me intimida ni mi difunto padre.

—Les aseguro que Katya es la persona más idónea para el puesto —promete Logan—. Es mi mejor agente de campo; su experiencia la avala. Pueden comprobar sus credenciales.

—Lo hemos hecho —contesta Grayson con frialdad.

—Lo que mi hermano intenta decir es que esperábamos a alguien más… —River me mira de arriba abajo y esboza una sonrisa burlona —, solo hay que verla.

—Si es porque sea mujer, no tienen de qué preocuparse —contesta Logan, con un tonito de disculpa que me provoca demasiadas ganas de hundirle el codo en el esternón—. Katya podría tumbar a cualquiera de sus guardaespaldas, señor Knight.

Lo miro de reojo con la mandíbula rígida. No pienso hacer tal cosa; no soy un puto mono de feria. Que busquen a otra persona si no confían en mí.

Grayson entrecierra los ojos en mi dirección, como si se lo estuviera planteando.

—Mi equipo de seguridad está centrado en la protección de mi familia y Parker me recomendó vuestros servicios. Dijo que sois los mejores para este trabajo. Confío plenamente en mi hombre, así que tenéis mi beneplácito —dice Grayson. Su hermano suelta un bufido, pero él no se inmuta. Se nota quién está al mando y cuál es el de la cara bonita—. Pero, si mi hermano sufre algún daño bajo su protección, señor Kessler, esas habilidades de las que tanto alardea no le servirán para esconderse de mis represalias. Y le aseguro que soy el mejor cobrando deudas.

Logan traga saliva. Por Dios, ¿cómo pude estar tan colgada de este pusilánime? Por muy rey que sea, Logan no debería permitir que nos hable así.

—No lo es —intervengo, impasible—. Dominic Falsone es el mejor cobrando deudas y usted nos ha contratado porque él quiere matar a su hermano.

Grayson arquea una ceja, sorprendido por mi réplica. Logan se gira hacia mí con esa expresión que pone cada vez que desea estrangularme. ¿Qué puedo decir? Este fue uno de los motivos por los que me dejó: no sé mantener la boca cerrada y nunca agacho la cabeza.

—La seguridad de su hermano está en buenas manos —insiste Logan.

—¡Venga ya! —protesta River—. No es porque sea una mujer, sino porque es…

Doy un paso al frente y le sonrío con inocencia.

—¿Soy…?

—¡Muy baja! —Levanta el brazo y pasa la mano por encima de mi cabeza, como si hiciera falta comprobar lo que todos ya saben: apenas le llego al hombro—. No pongo en dudas las habilidades de una mujer como guardaespaldas, sino las tuyas. Zane será el que tenga que salvarte el pellejo en caso de peligro.

No me molesta que me subestime porque sea una mujer; me tropiezo a menudo con tipos como él y ya estoy curada de espanto. Lo que me cabrea es que se burle de mi estatura. A ver, no soy baja. Mido un metro sesenta y dos centímetros. Es una altura aceptable, ¿vale? Quizá un poco escasa para ser guardaespaldas, pero los centímetros que me faltan los compenso con varias cosas que me encantaría enseñarle a este ricachón engreído. Empecé a recibir adiestramiento militar a los seis años. Si supiera que mi padre me enseñó a desarmar a un hombre antes que a montar en bici…

—No podrás cargar con él si recibe un disparo. Mi hermano pesa el doble que tú. ¿Cómo piensas sacarlo de un tiroteo? ¿Pidiéndole que colabore? Porque ya te adelanto que eso no va a funcionar con el Grandullón.

—Ninguno de mis clientes ha recibido un disparo bajo mi protección —respondo con calma.

—Pues prepárate para el primero. Zane no es precisamente fácil de manejar, tiene tendencia a ponerse en peligro y te lo pondrá difícil de la hostia. Necesitas imponer respeto, tener presencia. —Me repasa de arriba abajo con ojos burlones—. Él nunca te obedecerá.

—No necesito medir un metro noventa para darle una orden. Conozco a hombres de tu tamaño que se desmayan al ver sangre.

—La única sangre que has visto tú es la que te viene cada veintiocho días.

El comentario cae como una bomba en la sala. Logan se queda lívido. Incluso el impasible Rey de Nueva York fulmina a su hermano con la mirada.

Yo sonrío. No porque me haya hecho gracia, sino porque acaba de darme un motivo para hacer lo que llevo deseando desde que ha abierto la boca.

—¿Eso te parece gracioso? —pregunto con tono aterciopelado.

—Solo digo la verdad —contesta con desdén—. ¿Qué? ¿Te he ofendido? Venga, oblígame a disculparme, tía dura.

—Con mucho gusto.

En un solo movimiento, me adelanto inclinándome hacia delante y uso su propio peso y arrogancia en su contra. Le hago una llave de cadera limpia. Su cuerpo impacta contra el suelo con un estruendo seco y el capullo suelta un gruñido.

Reina el silencio. Solo se escucha la respiración agitada de River mientras parpadea atónito, mirando el techo. Me inclino sobre él y apoyo una rodilla en su costado. No podría levantarse aunque quisiera.

—Podría obligarte a pedirme perdón en varios idiomas, pero considero que es de mal gusto humillar tanto a tu jefe. —Me levanto con calma y me aliso la camiseta—. La próxima vez que menciones mi ciclo menstrual en una discusión profesional, te rompo el radio. Y lo haré sin despeinarme.

Doy por hecho que se pondrá a patalear como un mocoso engreído, pero apoya las manos en el suelo y se levanta con expresión perpleja y una mueca teñida de respeto. Logan tiene la vena del cuello hinchada y la cara llena de manchas rojas. Se avecina bronca cuando salgamos del despacho. Pero ha merecido la pena. Supongo que Grayson Knight comenzará a ladrar que me largue, pero observa a su hermano, luego a mí con renovado interés… y hace algo que no esperaba: suelta una risa breve y áspera.

—Empiezas mañana por la mañana —decide.

4



Zane

Josie te echa de menos. No puedo creer que quieras correr el riesgo de que prefiera a su tío River. La casa no es lo mismo sin ti. ¿A quién voy a pedirle que me acompañe a ver el musical de *Grease*? No sé qué te pasa. Pero somos amigos. Sobra decir que puedes contármelo.

Tengo un montón de wasaps de Ava. No la culpo por insistir, es lógico que no entienda mi ausencia.

Aunque compré el apartamento hace tres años, nunca llegué a instalarme. Prefería vivir en la casa de nuestros padres, con mis hermanos. Me sentía liberado al saber que Grayson me pararía los pies si me pasaba de la raya. Además, nuestro hogar es el único sitio en el que puedo ser yo mismo sin sentirme juzgado. Ninguno de mis hermanos se horroriza por mis repentinos cambios de humor o reacciones desmedidas. Allí siempre me siento a salvo. Así que es lógico que mi cuñada —la mujer que al principio vi como una intrusa y terminó convirtiéndose en mi única amiga— se pregunte por qué decidí mudarme sin darle una explicación.

No puedo contarle la verdad; eso la pondría en peligro. Grayson y River saben lo que hice. Además, si ya es demasiado doloroso que mis hermanos me miren con recelo cuando creen que no me doy cuenta, no podría soportar que Ava también lo hiciera. ¿Qué podría decirle? «Maté a un hombre de la 'Ndrangheta y me largué de casa para no poneros más en peligro de lo que ya estáis».

No, la verdad no es una opción. No quiero inquietar a la madre de mi sobrina. Sé que Grayson se encargará de proteger a nuestra

familia. Lo único que puedo hacer por ellos es alejarme lo suficiente para facilitar el trabajo a su equipo de seguridad.

Escucho pasos acercándose detrás de mí. Aprieto el puño derecho y sostengo el asa de la mochila, preparado para arrojarla contra el tipo que viene a liquidarme. Los calabreses no han vuelto a dar señales de vida, aunque sé que no tardarán en hacerlo. Le ordené a Grayson que permaneciera al margen, pero supongo que la mafia aún no ha llegado hasta mí porque sus hombres me cubren la espalda. Mi hermano mayor es el mejor cuidando de los suyos, por eso no me abandonará aunque le suplique que lo haga. Ojalá lograra convencerlo de que tiene cosas más importantes que hacer que ocuparse de mí. Nos puse en peligro a todos y, como ya le dije, hay enemigos demasiado poderosos incluso para el rey de esta ciudad.

Recuerdo por qué le arranqué la garganta a aquel cabrón y la adrenalina me corre por las venas. Ya no siento miedo, sino el placer de estar a punto de cometer una locura. Paso la lengua por mi labio superior, descuelgo la mochila y me giro para demostrarle a ese bastardo por qué no es una buena idea tocarme los cojones a las ocho de la mañana.

—Eh, Demonio, ¡se te han pegado las sábanas! —El hombre rubio frena en seco y levanta los brazos al ver mi expresión tensa—. Oye, tío, ¿qué te pasa?

Suelto el aire por la nariz y recojo la mochila del suelo. La decepción me oprime las costillas. Por un instante, siento la tentación de desquitarme con mi compañero de equipo. Sería maravilloso reventarle la cabeza y mancharme las manos con sus jodidos sesos.

Esta mañana desperté con un hambre voraz y descubrí que no quedaban Twinkies. Estoy acostumbrado a que la señora Pitt —el ama de llaves de nuestra casa— prepare el desayuno y haga la compra. Es la única empleada que no me saca de mis casillas, pero trabaja a jornada completa para Grayson. No me atrevo a contratar a otra persona. Conozco a la señora Pitt desde que era un crío, y nadie ajeno a mi familia tolera mis cambios de humor excepto ella.

Joder, odio haberme independizado. Incluso echo de menos que River me robe la comida para cabrearme. Me cago en mi puta vida.

—No me pasa nada. —Escupo la frase como si las palabras me quemaran en la boca.

—Venga, tío. —Suelta una risita—. Tienes cara de querer matar a alguien.

—¿Te ofreces voluntario?

Chad pone los ojos como platos, niega con la cabeza y da un paso atrás. Sabia decisión. Que sea el nuevo fichaje estrella del equipo no significa que tenga mi aprobación. Mi trabajo como defensa es evitar que el equipo contrario llegue a nuestra portería y proteger a mis compañeros. Chad es un delantero propenso a provocar a los rivales, así que paso la mayor parte del juego evitando que le partan la cara. Sin embargo, fuera de la pista no es mi jodido problema que sea un bocazas.

—Oye —vuelve a la carga cuando comienzo a girarme—, perdona, no quería pasarme de la raya. No tienes cara de querer matar a nadie, sino de llevar cinco días sin plantar un pino.

Conozco a los engreídos como Chad. Sé lo que se propone: soy el jugador mejor pagado de los Guardians y el que acapara más minutos en pantalla. Quiere provocarme para que le parta esa cara de engreído. Sabe que solo tardarían unos segundos en separarnos. A mí me expulsarían, pues el presidente me tiene enfilado desde hace bastante. No negaré que le he dado motivos de sobra.

Si fuera calculador como Grayson o despreocupado como River, ignoraría a Chad y me diría a mí mismo que no merece la pena entrar en sus provocaciones. Pero no me parezco a mis hermanos; soy un bruto con la mecha muy corta. Tal vez tarden menos de un minuto en separarnos, pero cada puñetazo en la cara de este imbécil merecerá la pena. Me aseguraré de que ningún cirujano puede recomponerle la nariz ni arreglarle las cicatrices. A su lado, la criatura de Frankenstein parecería un maldito modelo.

—¿Sabes cuántas veces al día pienso en arrancarle los dientes a alguien? —Le lanzo la mochila al pecho con tanta fuerza que Chad trastabilla hacia atrás—. Sí, demasiadas. Ahora vamos a comprobar cuántos dientes pierdes en los treinta segundos que tardarán en separarme de ti.

Lo agarro del cuello de la camiseta y esbozo una sonrisa desquiciada. Su rostro pierde el color de golpe.

—¿Todo bien por aquí? —nos interrumpe una voz firme.

Mi sonrisa desaparece al ver al entrenador Clarkson, el único hombre que podría hacerme cambiar de opinión. Odio decepcionar a este tipo, que me dio una oportunidad cuando nadie apostó por mí.

—¿Zane? —insiste, acercándose por el pasillo.

No tengo más remedio que soltar a Chad, pasarle un brazo por los hombros y susurrarle al oído:

—Di que sí o los dientes no serán lo único que pierdas.

Chad se aparta de mí. El sonrojo le sube por el cuello.

—Sí, entrenador —masculla sin aliento—, solo estábamos de broma.

Clarkson no se lo traga; me conoce demasiado bien. Las *ice girls* —las animadoras de nuestro equipo— me salvan de tener que dar más explicaciones. Un grupo de doce mujeres de melenas largas, minifaldas y sonrisas perfectas aparecen corriendo por el pasillo. Supongo que hoy les toca entrenar. Chad no se corta a la hora de mirarles el culo como un auténtico cerdo baboso.

Soy consciente de mi tamaño, por eso me pego a la pared. Incluso para ser un jugador de *hockey* hielo, mi metro noventa y nueve me hace destacar entre la multitud, algo que detesto con todas mis fuerzas. Eso no impide que dos de ellas se rían al pasar por mi lado y le den codazos a una atractiva mujer morena de ojos verdes a la que conozco demasiado bien.

—Adiós, Zane. —Agita la mano y me guiña un ojo.

Madison.

Le devuelvo el saludo con un asentimiento de cabeza mientras el entrenador me mira de reojo. Hace una semana, me echó la bronca por acostarme con las animadoras. «¿Así es como quieres que te vean, hijo?».

¿Me arrepiento de haberme tirado a Madison? Ni puta idea. Es guapa, alegre y le encanta que la folle duro, agarrándola del cuello. Para eso sirvo, ¿no?

Al menos no es rubia. Las rubias no me gustan una mierda. Pienso en June y algo corrosivo me oprime el pecho. Es bueno que

Madison tenga el pelo negro, sí.

Chad aprovecha para largarse a toda prisa mientras me masajeo las cervicales para aliviar la creciente tensión.

Este soy yo.

Una mala bestia.

Un animal.

El Demonio de los Guardians, al que los aficionados jalean cada vez que aplasta a un rival contra la mampara de plexiglás.

El tipo que acapara los vídeos de peleas, el que da miedo en los pasillos, el que impone con una mirada.

El que excita a las mujeres.

Un polvo intenso. Un hombre al que agarrarse fuerte. Un salvaje al que decirle que las rompa. Un cuerpo que cabalgar como si fueran a domarme.

Nadie ve algo en mí que valga la pena. Algo más que músculos y rabia…

Porque no lo hay.

Aunque desee que una sola persona me demuestre lo contrario.

De repente, una mano cálida se posa en mi hombro.

—Chaval, ¿estás bien? —pregunta Clarkson, preocupado.

Asiento y me zafo de su agarre. Qué más da, joder. Soy un deportista atractivo y millonario que no tiene problemas para follar. No debería quejarme.

—Quizá no sea un buen momento para presentártela. Será mejor que le pida que venga otro día.

Le lanzo una mirada interrogante. No sé de qué habla y ya tengo la impresión de que lo que viene no me va a gustar.

—Tienes una entrenadora de rendimiento personal —dice con tacto.

La noticia me cae como un jarro de agua fría.

—¿Por qué? —Frunzo el ceño.

—Los de arriba quieren asegurarse de que te recuperas por completo de la lesión.

—¡Solo fue una maldita distensión de tobillo! —exclamo, fuera de mí. El eco de mis palabras resuena en las paredes del pasillo. No lo entiendo; saben que soy de piedra. No es la primera lesión ni

tampoco la más grave. Nunca me quejo y lo doy todo en la pista. ¿Qué más les da?—. Estoy listo para jugar. ¡No necesito una jodida niñera!

—Que estés preparado para el próximo partido no significa que no te haga falta supervisión continua. Estamos en un momento muy crítico de la temporada y no quieren que corras riesgos. La orden viene de arriba. Siempre puedes hablar con Donovan si no estás de acuerdo.

Aprieto la mandíbula. Sí, claro. Antes prefiero que un caimán me arranque la polla.

Michael Donovan no me puede ni ver y lleva meses buscando una excusa para echarme. El hecho de que Grayson sea uno de los mayores patrocinadores del equipo y lo amenazara delante de todos con comprar los Guardians y luego asegurarse de que no volviera a pisar un vestuario solo consiguió empeorar nuestra relación. Le pedí a mi hermano que no interviniera, pero Grayson no pudo controlarse cuando Donovan dijo que me hacía falta un Lexatin. No quiero que Donovan tenga tratos de favor conmigo por temor a las represalias de Grayson. Así que mi hermano accedió a dejarlo en paz y ahora el presidente de los Guardians está decidido a amargarme la existencia.

—Lo que yo pensaba. —Clarkson me da una palmadita en la espalda—. Te vendrá bien entrenar con ella.

Con ella.

Ni siquiera la conozco y ya la odio con todas mis fuerzas.

Estoy prácticamente recuperado de la lesión. El tobillo no me molesta. Vale, quizá un poco. Nada problemático; soy capaz de tragarme el dolor. Lo que no me gusta es que me obliguen a relacionarme con una extraña.

—¡Ah, ahí está! —exclama el entrenador.

Levanto la cabeza y la veo. Una silueta menuda se acerca con paso firme.

Lo primero que observo es la trenza rubia que le llega hasta la cintura. Ropa deportiva negra. Camina con las manos metidas en los bolsillos y la seguridad de quien cree erróneamente tener la situación controlada.

En cuanto la veo, sé dos cosas.

Uno: no es mi tipo.

Dos: va a ser un maldito problema.

Pero no permitiré que algo tan pequeñito me mangonee. De eso nada. No tardará ni un día en renunciar y largarse llorando.

Y encima es rubia. ¡Siempre son rubias! Las rubias te sonríen y luego te clavan los dientes cuando bajas la guardia. Desde June no toco a una… ni pienso hacerlo. Las rubias son traicioneras. Dulces por fuera, venenosas por dentro.

Mis ojos la recorren de arriba abajo, calculadores, mordaces.

Pequeña. Delgada. Una muñeca más que una entrenadora. Me da igual lo que diga su currículum. Donovan se está riendo en mi cara. Quieren que me lo tome en serio, pero me plantan delante a esta *cosita*.

Entrecierro los ojos. Ella no se inmuta mientras la fulmino con la mirada. Estoy seguro de que debajo de ese caparazón tan insulso y desabrido se esconde una chiquilla que intenta fingir que no está muerta de miedo.

Suelto un bufido. Ella ni siquiera pestañea. El alivio que empezaba a sentir al descubrir que mi entrenadora personal es tan poca cosa se disuelve para dar paso a la rabia. Resoplo de nuevo para marcar territorio. A mi lado, el entrenador esboza una sonrisa tensa.

—Zane, te presento a Katya.

Ella alza la barbilla y me mira con calma. Ni un parpadeo. Ni un titubeo. Estoy demasiado lejos para ver de qué color son sus ojos, pero sí comprendo la emoción que hay en ellos. Se cruza de brazos y enarca una ceja.

¡Esta jodida bruja me está desafiando!

Mi pulso se acelera. Recojo la mochila del suelo con un tirón seco y cara de mala hostia. Cada fibra de mi cuerpo quiere que me largue. Siento un rechazo visceral hacia ella. Carajo, su actitud chulesca me saca completamente de mis casillas. Es demasiado pequeña para intimidarme…, y aun así, algo en ella me revienta los nervios.

—No me gustas —gruño, mostrándole los dientes—. No necesito una maldita niñera.

Me doy la vuelta y dejo al entrenador con la palabra en la boca. Siento la mirada de esa bruja en la nuca, como si supiera qué tipo de bestia acaba de despertar.

Oh, no tiene ni puta idea.

5

———————— ● ————————

Katya

¿Cómo coño voy a proteger a ese mastodonte si no me acepta como su entrenadora personal?

Sabía que Zane Knight sería complicado. Grayson me explicó que su hermano no tolera tener protección, así que me ha ordenado que trabaje de incógnito. El Rey de Nueva York es el mayor patrocinador de los Guardians, por lo que exigió a la directiva del equipo que su hermano tuviera una entrenadora personal con la excusa de que se recupere de la lesión. Nash —nuestro *hacker*— falsificó mi currículum para no levantar sospechas. Ser la entrenadora de rendimiento personal de Zane me da carta blanca para estar pegada a él durante los entrenamientos y los partidos. El resto del tiempo, Brandon y los demás se turnarán para vigilarlo.

No es la primera vez que me infiltro para proteger a un cliente, así que estoy acostumbrada a lidiar con gente difícil. El padre de una cantante de *country* me contrató el año pasado para proteger a su hija. Tuve que fingir que era la chica de la limpieza porque ella estaba embarazada y su padre no quería preocuparla. El problema es que no podré desempeñar mi trabajo si Zane se niega a aceptarme como su entrenadora.

«No me gustas. No necesito una maldita niñera».

Me pongo de malhumor al recordar lo que me ha dicho. Él sentimiento es mutuo. Es agresivo, volátil y se puso en peligro al tomar una decisión absurda. No merece que su hermano se tome la molestia de protegerlo. Solo es un deportista imbécil. Uf, no soporto a los de su calaña. Pero acepté el puesto cuando River me subestimó y soy demasiado profesional para tirar la toalla a la mínima de cambio.

—No tiene un buen día —lo disculpa Clarkson—. Deberías volver mañana.

Ese gigante no me intimida. No entiendo una mierda de *hockey* sobre hielo, así que anoche estuve viendo reposiciones de sus partidos. Es una bestia que utiliza sin pudor su ventaja física contra los rivales. Zane envío a un delantero de los Dallas al hospital en su último partido. Durante la rueda de prensa posterior, un periodista le preguntó si se arrepentía de haberle provocado un traumatismo craneoencefálico, y Zane le respondió:

—Tú eres el que debería arrepentirse por hacerme preguntas tan estúpidas.

Lo pillo, de verdad, ya entiendo de qué pie cojea. Todos le tienen miedo y está acostumbrado a que nadie le lleve la contraria, por eso cree que va a asustarme con tres gritos y su cara de mala hostia.

Sonrío para mis adentros. No me conoce.

—Voy a hablar con él —resuelvo.

—No creo que sea el momento adecuado —responde Clarkson—. Si quieres que te escuche, debes tratarlo con paciencia y tacto.

Si quiere paciencia y tacto, que busque una novia que soporte sus cambios de humor. Conmigo no obtendrá ni una cosa ni la otra. Quizá le sirva alguna de las animadoras que lo observan babeando en la entrada del gimnasio. Estoy segura de que la preciosa morena de ojos verdes que le hace ojitos mientras sus compañeras señalan a Zane debe ser su tipo.

—¿Cómo es montar a ese pedazo de hombre? —le pregunta una pelirroja—. Seguro que la tiene enorme.

—Jen, por favor. —La animadora de ojos verdes le da un codazo cuando paso por su lado.

—¿Qué? ¡Seguro que lo tiene todo igual de grande! Solo hay que ver el tamaño de sus manos. Debe estar muy bien proporcionado. —Las demás asienten, entre risas—. No seas así, Madison. Tienes mejor cara desde que echasteis un polvo. ¿Es tan salvaje como en la pista de hielo?

Aprieto los labios mientras las esquivo para cruzar el vestíbulo. No me interesa estar al tanto de la vida sexual de mi cliente, aunque

tampoco me sorprende que sea el tipo de deportista que se tira a las animadores. Casi todos están cortados por el mismo patrón.

Lo veo sentado en un banco, vendándose el tobillo. Lanza una mirada furibunda a uno de los fisioterapeutas que se acerca a ayudarlo y este se marcha rápidamente a atender a otro jugador.

Si Zane se percata de mi presencia, lo disimula de maravilla. Se pone los auriculares y se quita la sudadera. Las animadoras le silban y el segundo entrenador les ordena que se marchen para no distraer a los jugadores.

Entiendo por qué silbaban.

Zane no pasa desapercibido. Incluso entre deportistas profesionales, su físico resulta imponente. Viste una camiseta holgada que no logra disimular la anchura de sus hombros ni los bíceps marcados por años de entrenamiento. Su espalda parece esculpida para resistir embestidas, y su altura —rozando los dos metros— hace que parezca una pared andante.

Tiene un porte agresivo; una energía contenida que se percibe incluso cuando está quieto. Sus rasgos son tan duros como su personalidad: mandíbula cuadrada, pómulos altos, cejas gruesas y unos ojos color miel que, a diferencia de sus hermanos, no desprenden calidez, sino pura rabia. El cabello castaño se le riza en la nuca. Se pasa una mano por los mechones de la frente, despeinándose aún más, como si le trajera sin cuidado la imagen que proyecta.

No, no es guapo en el sentido clásico. No se parece a Logan; más bien, todo lo contrario. Es algo más primitivo, peligroso. Y eso, por lo visto, basta para volver locas a algunas.

Me contengo para no poner los ojos en blanco.

Ese oso enorme, malhumorado y gruñón permanece en un rincón del gimnasio, alejado de sus compañeros. Ellos sí interactúan y se gastan bromas mientras entrenan, pero ninguno se atreve a hablar con él. No sé si es porque saben que ha tenido un mal día o es la tónica habitual.

Me apoyo en el marco de la puerta y observo con creciente irritación cómo se castiga. Menudo idiota. Los entrenadores

murmuran entre ellos al verlo. Clarkson niega con la cabeza, visiblemente preocupado.

Al evaluar el entrenamiento de ese bruto, comprendo que lo suyo no es solo fachada. Es un cabezón que levanta más peso del recomendado para su recuperación. Chasqueo la lengua al observarlo hacer *press* de banca, peso muerto, trabajo de piernas y ejercicios para fortalecer el *core*.

Media hora después, está sudando a chorros. Otro fisioterapeuta le recomienda utilizar una tobillera. A estas alturas, no me sorprende que se niegue con un gruñido.

Genial. Me ha tocado la lotería con él.

No solo es un cabezón, sino también un orgulloso de tres pares de narices.

Ya he visto todo lo necesario para tomar una decisión. Si no doy el primer paso y le demuestro que no le temo, nunca me respetará. Así que ignoro la mirada alarmada de Clarkson y me acerco a Zane. Un deportista rubio me mira el culo, pero finjo no darme cuenta.

Zane está tumbado en el banco, preparado para otra serie. Su pecho sube y baja por el esfuerzo. Agarra la barra y levanta el peso, pero, justo cuando va a bajarlo para la siguiente repetición, me adelanto un paso. Engancho con precisión la barra desde un lateral, colocando un brazo debajo para bloquear su descenso y el otro encima para inmovilizar el giro de muñecas. La maniobra lo pilla completamente desprevenido, tal y como esperaba.

Sí, es más alto y corpulento que yo, pero no puede competir contra una persona que ha aprendido a base de palos que la maña es más útil que la fuerza física.

Gracias, papá.

Zane parpadea, descolocado, como si no entendiera qué acaba de pasar. La arruga de su frente se hace más pronunciada. Sus ojos, llenos de incredulidad, echan chispas al reconocerme.

—Si tu objetivo es no volver a jugar, vas por el camino correcto —le advierto con frialdad.

Zane aprieta los dientes y tira de la barra, pero se lo impido sin inmutarme. Noto cómo intenta enmascarar la sorpresa.

—¿Qué coño haces? —me ladra.

—Eres rápido, pero no más que yo cuando estás en ángulo muerto. Una barra mal colocada puede costarte la temporada. O la movilidad. Aunque si quieres acabar en silla de ruedas antes de los treinta, entonces adelante.

Tengo que esforzarme por no sonreír cuando se tensa. Sí, lo sé. No se esperaba que una mujer tan menuda le desarmara la serie como si nada, ni que supiera exactamente dónde cortar el movimiento para quitarle el control. Me doy cuenta de que el gimnasio se queda en silencio. Todos nos están mirando.

Mierda, me estoy excediendo.

No quiero llamar la atención ni puedo destapar mi identidad. Solo soy una simple entrenadora personal. De mala gana, suelto la barra con una fingida mueca de dolor y me acaricio la muñeca.

Zane entrecierra los ojos y coloca la barra en el enganche con un golpe seco.

—¿Me estás jodiendo? —pregunta en voz baja.

—Tú ya eres un experto en eso —respondo con frialdad—. No quiero caerte bien ni tampoco necesito que seamos amigos. Solo estoy aquí para hacer mi trabajo. Por eso, si me lo impides, me veré obligada a decirles a los de arriba que no colaboras en tu recuperación.

Zane se pone de pie con demasiada agilidad para un hombre de su tamaño y casi me pilla con la guardia baja. Me veo obligada a dar un paso atrás y levantar la barbilla para sostenerle la mirada. Tiene hinchada la vena del cuello y un brillo perturbador en los ojos.

—Para ser una cosita tan diminuta, se te da bien tocarme los cojones. —Inclina la cabeza hacia abajo y esboza una sonrisa malévola—. Y te aseguro que no quieres saber lo que pasa cuando me ponen a prueba, muñequita.

Doy un respingo al oír cómo me llama. Su mueca se ensancha.

—¿Por qué? —replico, devolviéndole la sonrisa—. ¿Llorarás como un niño?

Algunos de sus compañeros sueltan un sonoro «uuuh» y otros se echan a reír. Los ojos de Zane echan fuego y la vena de su cuello palpita con furia contenida. Aprieta los puños, se inclina aún más y me mira como si quisiera partirme por la mitad. Por un segundo,

pienso que lo hará. Nunca había visto una mirada tan desquiciada y llena de rabia.

—¿Qué pasa, Demonio? ¿Te vas a dejar humillar por tu niñera? —se burla uno de sus compañeros.

El murmullo de los demás se convierte en un eco lejano.

Zane no responde. Solo se gira… y lanza el puño contra su mandíbula. El puñetazo lo tira de espaldas contra el suelo. El tipo aterriza con un resuello, hecho un guiñapo. Madre mía. Eso sí que no lo he visto venir.

—¡Hostia! —grita alguien—. ¡Creo que lo ha matado!

El gimnasio enmudece. El jugador aúlla sobre el linóleo, llevándose una mano a la cara. Pues no, está vivo. Zane se inclina sobre él, dispuesto a seguir. A la mierda mi tapadera, no puedo permitir que se cebe con ese pobre chico. Flexiono las rodillas, preparada para inmovilizarlo.

—¡Zane! —grita Clarkson, interponiéndose entre ambos—. ¿Te has vuelto loco? ¡Maldita sea! ¡Lárgate del gimnasio ahora mismo!

Zane exhala por la nariz como un toro furioso. El sudor le chorrea por la espalda. La venda del tobillo se ha soltado y se la arranca con un movimiento furioso. Agarra su botella de agua y la arroja contra la pared. Sus compañeros se apartan de él sin disimulo. Luego, patea el banco de madera con tal fuerza que lo estrella contra la pared. El sonido reverbera en mis venas y doy un paso atrás por puro instinto de supervivencia.

Diez, nueve, ocho… *cálmate, cálmate*.

Salgo del trance y doy un respingo. Dios, es más fuerte de lo que ya sabía.

Aunque solo debería estar preocupada por la violencia de su reacción, hay algo en la forma en que se mueve, en esa energía rabiosa que vibra a su alrededor, que me hiela y me sacude por dentro.

Un segundo. Solo un segundo. No me gusta, pero ahí está.

Me cruzo de brazos y lo borro de mi mente. Zane me señala.

—¡No pienso trabajar con ella! —grita, completamente desquiciado.

—Hablaremos del tema cuando te calmes —responde Clarkson con tono severo—. Ya sabes lo que pasará si te niegas.

—Espero que al menos sepa correr —masculla sin dejar de señalarme—, porque en cuanto me hable, le voy a lanzar un puto disco a la cara.

Calculo mis posibilidades de evitar tal golpe. Soy rápida, pero también he investigado sobre la velocidad de lanzamiento de los jugadores. Una bestia como Zane puede disparar el disco con una potencia de ciento sesenta kilómetros por hora. Sí, tengo buenos reflejos, pero no soy estúpida. A esa velocidad, un disco podría partirme los huesos. No es que dude de mi capacidad de reacción; es que, si lanza, estoy acabada.

El hombre que acaba de amenazarme delante de su entrenador y de media plantilla sale como una exhalación del gimnasio. Un defensa rubio me ofrece una mirada compasiva.

Inspiro hondo.

Bueno, al menos no lo he dejado indiferente. Y eso, por desgracia, es justo lo que me preocupa.

6



Zane

¿Por qué esta tía me afecta? Porque es una puta mosca cojonera.

Cualquier otra se habría largado llorando después de nuestro primer encuentro, tal como supuse que haría. Pero no, está decidida a amargarme la existencia, así que me ha impedido seguir con mi rutina.

¿Cómo demonios ha conseguido bloquear la barra de *press*? ¡Si apenas me llega por el pecho, joder!

Clarkson me ha echado la bronca y ha dicho que es la mejor. Su currículum es impresionante. Como si eso tuviera que importarme, venga ya. Lo único que sé es que me pongo de malhumor cada vez que la tengo cerca. Fin. No la quiero a mi lado. El entrenador dice que me echarán del equipo si no la acepto. A la mierda. Que se jodan todos. A ver quién los defiende y se lleva los golpes por ellos.

No quiero seguir pensando en esa bruja rubia, pero regreso al gimnasio. La tengo delante, con una expresión de estoica indiferencia. Hostia, si no fuera una mujer, le habría arrancado la cabeza allí mismo, así que no tuve más remedio que desquitarme con el pobre Paul.

Esta enana me supera. No la conozco, no la quiero cerca. Y, sin embargo…, ahí está, metida en mi cabeza como una maldita astilla bajo la uña.

Cada zancada sobre el hielo es una descarga. Cada placaje, una forma de canalizar la rabia que me revienta por dentro. Estoy entrenando como si quisiera partir en dos a todo el puto equipo. Y puede que no sea del todo mentira.

Veo a Chad venir hacia mí con esa sonrisita de superioridad que no soporto y aprovecho la oportunidad. Me inclino, clavo el hombro

en su pecho y lo estampo contra el cristal protector.

PAM.

Música para mis oídos. Esto es mejor que esa porquería a la que está enganchado River.

El hielo cruje bajo las cuchillas. El sonido es tan satisfactorio que casi me empalmo. Chad protesta mientras dos compañeros lo ayudan a levantarse. Los demás me evitan. Me giro hacia el entrenador, levanto la mano y le digo que ha sido sin querer. Sin querer, mis huevos. Clarkson me mira fijamente desde el otro extremo de la valla, pero lo deja estar cuando Chad le enseña el pulgar.

No me siento mucho mejor después de haberlo estampado contra la mampara como si fuera un cromo.

La pregunta sigue ahí, zumbando como una maldita mosca en la sien.

¿Qué tiene esa mujer que consigue tocarme los cojones como nadie? No es su voz ni su tamaño, ni siquiera su actitud; es la forma en que me mira, como si no le diera miedo lo que ve. Como si supiera exactamente qué tecla tocar para hacerme estallar. Aunque, seamos sinceros, tampoco hace falta demasiado para que eso ocurra…

Lo peor de todo es que me siento culpable por lo de Paul. No me gusta haber perdido el control de nuevo, ni tampoco haberlo pagado con él. No es mal tipo, sus bromas son inofensivas.

Después del numerito del gimnasio, Clarkson me ha llamado aparte. Me ha hablado como lo haría un padre cabreado que aún guarda un poco de fe en su hijo. Me ha dicho que tengo que controlarme, que esto no puede repetirse, que si vuelvo a golpear a un compañero o a amenazar a mi entrenadora, me iré a casa sin opción a regresar.

Me cago en mi puta vida.

El *hockey* es mi medicina. El hielo es el único sitio donde siento que tengo el control. No me gusta la persona que soy cuando no puedo jugar. En realidad, no me caigo bien el noventa por ciento del tiempo, pero, si me quitan mi puesto en el equipo, estaré del todo perdido.

No puedo permitirlo. Patinar, proteger a mis compañeros, reventar a los rivales…, es lo único que se me da bien.

Las luces del estadio rebotan sobre el hielo como si el universo entero me estuviera apuntando con una linterna en la cara. El silbato suena. Cambio de línea. Pero me quedo. No puedo parar. No quiero parar.

Me lanzo tras el disco. Patino con una potencia desmedida, sintiendo cómo la rabia me arde en las venas. Me deslizo, me impulso, me estrello contra uno de los defensas suplentes. El sonido del golpe retumba en las paredes como una amenaza.

Me persigo a mí mismo sobre el hielo.

Porque si dejo de moverme, pienso.

Y si pienso…, pierdo.

Chad lanza el disco desde el otro lado de la pista. Lo intercepto con una brutalidad innecesaria. Le grito al portero que se aparte y disparo con una fuerza que hace temblar la red cuando el disco la atraviesa. El sonido del impacto me calma… un poco.

Sigo. Y sigo. Y sigo.

Hasta que estoy empapado en sudor y lo único que queda soy yo, en el centro de la pista. Hasta que estoy tan exhausto que el ruido de mi cabeza por fin se calla. La paz me invade de golpe; una sensación cálida y reconfortante me atraviesa el pecho. Me doblo sobre mis rodillas y respiro hondo, con las manos apoyadas en los muslos.

Saboreo este instante de calma hasta que Paul se cruza en mi camino y me mira de reojo, sin acritud, como si no le hubiera dado un puñetazo hace menos de una hora. Aún tiene el labio inflamado. Le ha dicho a Clarkson que me había provocado para evitar que me amonestara.

La culpabilidad me oprime las costillas.

—Oye —murmuro, cabizbajo—. Siento haberte dado un puñetazo. Gracias por haberme echado un cable con Clarkson.

Paul se encoge de hombros.

—No pasa nada —responde sin rencor—. Los demás no me habrían perdonado que Clarkson te hubiera expulsado por mi culpa.

Además, alguien tiene que mantener a raya a los rivales mientras marco los goles.

Ah, claro. Es eso.

Algo muy cercano a la decepción me revuelve el estómago. Aquí nadie me aprecia de verdad. Solo soy el bruto que los protege. El Demonio de los Guardians. La bestia que acapara titulares y se parte la cara por ellos.

El silbato suena de nuevo. Esta vez sí agradezco el descanso. Necesito hidratarme y pensar cómo voy a evitar que me expulsen. Patino hacia la valla, pero freno en seco al ver a Chad muy cerca de una mujer rubia. Él le toca el brazo y se ríe. Desde aquí no logro escuchar lo que ella le responde.

Me deslizo hasta la valla, me quito los guantes y el casco. Me paso la toalla por la nuca, jadeando, sin apartar la vista de ellos.

Están junto a la máquina de bebidas. Él sigue sonriendo, con la mano aún en el codo de ella. Katya mantiene el tipo, pero puedo leer la incomodidad en su postura y en la rigidez de sus hombros. Chad se inclina hacia ella, demasiado cerca, y no me hace falta oír lo que dice para saber que está siendo un cretino.

Mi cuerpo se mueve antes que mi cabeza. Cruzo el vestíbulo y me planto frente a ellos.

—Si quieres, puedes entrenarme a mí —le insinúa Chad—. Aún sigo un poco resentido por mi última lesión de clavícula. —Katya abre la boca, pero Chad no la deja responder—. ¿Tienes planes? Te invito a almorzar y hablamos con más privacidad del tema.

Sé la clase de «privacidad» que quiere tener con ella.

—Lárgate, Chad —le ladro.

Él se gira, sorprendido.

—Si vienes a cumplir lo de tirarle un disco a la cabeza a esta preciosidad, me veré obligado a ponerme en medio —se pavonea.

Si fuese a cumplir mi amenaza —aún tengo dudas—, él sería el primero en apartarse como el cobarde de mierda que es. Katya lo mira de reojo, con la expresión aún inescrutable. Me acerco un paso más y siento cómo se me tensan los músculos por la cercanía.

No. Me. Gusta. Esta. Mujer.

Y, desde luego, no me importa lo que haga con su vida. Pero será mejor que no lo haga delante de mí, hostia.

—Quiero hablar con mi entrenadora. Ahora.

No levanto el tono, pero tampoco hace falta. Sabe lo que pasará si no se larga. Chad parpadea, atónito. Luego suelta una risita corta y da un paso atrás, rascándose la barbilla.

—Tranquilo, Demonio. Me retiro. Toda tuya —dice con un tono cargado de veneno. Su sonrisa se ensancha al mirar a Katya—. Si te cansas de intentarlo con él, ya sabes dónde encontrarme. Yo sí me portaré bien contigo.

Por encima de mi cadáver. O mejor: por encima del suyo. Si vuelve a acercarse a ella, le reviento la puta cabeza.

Katya cruza los brazos por debajo de pecho y me mira con calma.

—No necesitaba que me defendieras.

Su respuesta me enfurece, porque da a entender que me preocupo por ella. No quiero que crea que me importa lo que le pase. Habría hecho lo mismo por cualquier otra a la que Chad estuviera acosando.

—Me importa un carajo con quién hables. Pero, si vas a ser mi entrenadora, no pienso aguantar vaciles ni gilipolleces. ¿Estamos?

Su máscara impasible se resquebraja. Sus labios apretados se relajan en algo muy parecido a una sonrisa.

El gesto me pone aún más a la defensiva. No solo es pequeña: es diminuta. Y tiene ese tipo de rostro dulce que nunca me ha gustado. Casi infantil, como de porcelana. No importa que lleve el cabello rubio recogido en una larga y apretada trenza o que vista de negro de pies a cabeza. Ni que el acento ruso imprima un toque más afilado a sus palabras. Sigue pareciendo una jodida muñequita.

Frágil.

Inofensiva.

Por mucho que vaya de dura.

Pero entonces me fijo en sus ojos: azules y fríos como el hielo. No encajan con el resto. Son el único rasgo que no concuerda con esa cara de Barbie. Y eso me jode más de lo que debería.

Porque durante medio segundo… algo en mí se revuelve. Aunque deseo que desaparezca, una parte de mí quiere que me desafíe otra vez.

—¿Eso significa que vas a trabajar conmigo?

Me muerdo la lengua.

—No tengo otra opción —contesto, irritado.

Ella lo sabe: si no lo hago, me echan.

—No soporto a la gente impuntual ni a los quejicas. —Me tiende una mano. Enarco una ceja—. Si no colaboras, elevaré una queja a la junta directiva.

Me entran ganas de apretar lo bastante para que suelte un quejido de dolor. Así dejará de tener esa expresión de superioridad moral que tanto me fastidia. Me muero por castigarla y ponerla en su sitio. Quiero descubrir si debajo de esa piel de muñeca también hay grietas. Me imagino su expresión torciéndose, sus dedos cediendo bajo mi fuerza, el chasquido de sus huesos. Una parte de mí quiere hacerlo, la más enferma, la que se alimenta del caos y me arrebata el control.

Pero no lo hago.

Me limito a mirarla. Primero, la mano; luego, a ella. Tiene los dedos finos, las uñas cortas, las muñecas delgadas. Estoy a punto de explicarle por dónde se la puede meter justo cuando alguien grita mi nombre.

—¡Hola, tío Zane! —Una mujer pelirroja viene hacia mí con una bebé en brazos. El alma se me cae a los pies al verlas. Mi cuñada sonríe de oreja a oreja—. ¿Nos echabas de menos?

7



Zane

¡No deberían estar aquí!

Me olvido de Katya y voy hacia ellas con la intención de sacarlas del estadio. Deben marcharse. Ya.

¿Acaso Grayson se ha vuelto loco? Sabe que mantengo la distancia con mi familia desde que soy un blanco de la 'Ndrangheta. Incluso les prohibí asistir a mis partidos. No tiene sentido que me mudara a ese apartamento que odio y que haya dejado de responder a sus llamadas si mi cuñada y mi sobrina aparecen por sorpresa en mi entrenamiento.

No pueden verme con ellas.

No deben acercarse a mí.

Es demasiado peligroso. Nunca me perdonaría que les sucediera algo por mi culpa.

Ava ignora mi malestar y me planta un beso en la mejilla. Casi me relajo al sentir su olor a masa de galletas y vainilla. No solo la aprecio porque sea la pareja de mi hermano, sino porque es mi mejor amiga. La misma con quien comparto la afición por los musicales. La que pasó una noche entera jugando al *Just Dance* conmigo porque quiso animarme después de una derrota.

—Antes de que digas nada —murmura, adelantándose—, ya le he dicho mil veces a tu hermano que no puede tenerme atada con sus guardaespaldas. Se cree más listo que yo, pero esta mañana les he dado esquinazo. ¡Y deja de mirarme así! ¿Qué os pasa a todos?

—*¡Titi Zanaaa!* —exclama Josie, extendiendo los bracitos hacia mí.

Me quedo congelado por la culpa y algo más poderoso: la emoción. Mi sobrina acaba de decir mi nombre. Hace dos semanas me perdí sus primeros pasos. El dolor es demasiado intenso. Adoro a

esta renacuaja. Estuve en el parto y sostuve en brazos a mi sobrina incluso antes que Grayson.

Y ahora no la estoy viendo crecer porque cometí un terrible error.

Los ojos de Ava se iluminan al sonreír. Antes de que pueda negarme, deposita a la niña en mis brazos. Josie emite un gorgorito de satisfacción y me tira del pelo.

—Parece que alguien echaba mucho de menos a su tío Zane —dice Ava.

—¡Golpe! —exclama Josie—. ¡Pum!

Frunzo el ceño.

—No se pierde ni uno de tus partidos. Es lo que dice cada vez que te ve noquear a algún rival —explica Ava, divertida—. Sé que es demasiado pequeña para ver *hockey*, pero River le puso uno de tus partidos a escondidas. Grayson le echó la bronca. Ahora, cada vez que ve la tele apagada, se pone a llorar y grita: «¡Golpe!» para exigirnos que pongamos un partido de *hockey* sobre hielo.

Oh, joder.

Mi corazón se ablanda como un chicle. Josie hunde un dedo en mi mejilla y se parte de risa cuando finjo darle un bocado. Solo tiene un año y medio, pero es la cría más espabilada del mundo. Me enseña los dientes y exclama:

—Grrr.

Doy un respingo y echo la cabeza hacia atrás. No puede ser. Ava se tapa la boca para no reírse.

—Sí, te está imitando.

—¡Yo no hago eso! —protesto, indignado.

—Estás todo el día gruñendo. ¡Claro que sí! ¿De quién crees que lo ha aprendido? Lo hace cada vez que River le pide que te imite.

Voy a matar a mi hermano. Lo juro. Aunque se me pasa el disgusto cuando Josie me echa los bracitos al cuello y apoya la cabeza en mi pecho. Me derrito como un helado al sol. Lo mío con Josie fue amor a primera vista. Por eso debo alejarla de mí.

¿Qué carajo le pasa a Grayson? ¿Es incapaz de controlar a su esposa?

No, Grayson siempre sabe dónde está la madre de su hija. Seguro que sus guardaespaldas la han seguido hasta aquí sin que ella lo

sepa. Aunque eso no me tranquiliza. Soy un objetivo de la mafia calabresa. Mi hermano es el hombre más poderoso de esta ciudad, pero no debe permitir que se relacionen conmigo.

De repente, estoy furioso con él. Esto no es propio de Grayson. Él siempre antepondrá a Ava y Josie a cualquier persona. Por eso lo respeto tanto.

—No deberíais estar aquí.

Estrecho a la niña entre mis brazos instintivamente, como si pudiera protegerla de todo el jodido universo solo con mis brazos. Mi mirada recorre el estadio con rapidez. Ahora me siento como un animal acorralado. El techo parece más bajo. Todo está demasiado iluminado. No hay escapatoria. La ansiedad se enrosca en mi estómago como una serpiente.

Josie se revuelve entre mis brazos y suelto una maldición ahogada. Ava enarca las cejas, sorprendida por mi rechazo. No quiero herir sus sentimientos, pero es un mal menor con tal de mantenerlas a salvo.

—No deberíais estar aquí —escupo con brusquedad, incapaz de ignorar la oleada de rabia que me sube por la garganta—. Te dije que no quería veros.

—Zane… —musita Ava—. Grayson me ha dicho que estás viviendo una mala racha y que quieres espacio. Aunque he intentado respetar tu decisión, no entiendo por qué te alejas de nosotros. Somos tu familia y… esperaba que cambiaras de opinión si te hacíamos una visita. ¿Qué sucede, Zane? ¿Qué mosca te ha picado? Puedes confiar en mí.

Quiero explicárselo todo y sincerarme con ella.

Quiero confesarle que me destroza no poder abrazar a Josie cada vez que llora o sentarme con ella a ver *Grease*.

Pero no puedo.

Tengo una diana tatuada en la espalda.

Respiro hondo. Cuento hasta cinco.

Uno. Dos. Tres.

Cuatro.

¿Quién coño es el tipo rubio de la grada?

El del traje.

Está solo. No lleva acreditación. Me está mirando.

Cinco.

Mi respiración se vuelve errática. El pulso me martillea en las sienes.

Los dedos se me cierran sobre el cuello de la camiseta de Josie sin apretar, por puro instinto. Arrasaré el mundo entero antes de que alguien toque un pelo de su cabecita.

Ese tipo no pertenece al equipo técnico, al cuerpo médico ni al personal de mantenimiento. Lo sé porque nunca olvido una cara.

Es alto y está en buena forma. No me quita la vista de encima, aunque intenta disimular que presta atención al entrenamiento. ¿Qué oculta bajo la americana? ¿Una Glock? ¿Acaso es un cabrón de la 'Ndrangheta que ha venido a liquidarme? ¿Quiere hacer daño a mi familia? Le arrancaré la espina dorsal antes de que se acerque a ellas. Haré que se arrepienta de haber nacido.

Pongo a mi sobrina en los brazos de su madre y Ava comprende de inmediato que algo no va bien.

—Quédate con Josie —le ordeno con los dientes apretados.

—Espera, Zane. ¿Qué…?

—¡Quédate con ella!

Josie rompe a llorar en cuanto salgo disparado hacia él. Me cago en todo, la he asustado. La rabia me hierve bajo la piel. ¿La 'Ndrangheta quiere joderme? Lo acepto, aguantaré lo que me echen. Pueden meterse conmigo, pero mi familia no se toca. Ellas no. Con ellas, no.

Cada paso es más rápido que el anterior. Le romperé la nariz. Luego le sacaré información. Averiguaré si hay más hombres. Y después… me divertiré de lo lindo. Así sabrá por qué todos me llaman Demonio. Es un apodo que me he ganado a pulso. Un sello personal. Una advertencia de lo que pasa cuando me llevan al límite.

—¡Tú!

El tipo se yergue al verme avanzar. No parece nervioso, pero se incorpora como si se preparara para huir o pelear. Su sonrisa es demasiado amplia y su lenguaje corporal, demasiado estudiado. Entonces mete la mano dentro del bolsillo interior de su chaqueta.

—¡Zane Knight! Soy un gran fan, tío. ¿Podemos hacernos una foto?

—La única foto que vas a tener —digo, lanzándome hacia él— será la que te saque la policía cuando levanten tu cadáver del suelo. No te reconocerá ni tu madre.

Agarro su muñeca justo cuando saca la mano. Vaya, tiene reflejos. Siento cómo los tendones de su brazo se tensan. Su reacción es la de alguien entrenado: se inclina hacia atrás y trata de zafarse de mi agarre al rotar la muñeca, inclinando el torso. Defensa básica. No es un tipo cualquiera, lo sabía. Conque una puta foto, ¿eh?

Pero yo tampoco soy *solo* un jugador.

Sí, adoro el *hockey*. Pero eso no significa que no haya practicado otros deportes. Mi padre intentó tenerme ocupado tras mi diagnóstico, así que no solo me apuntó a *hockey*, sino también a kárate. Aunque en el colegio era un mal estudiante, los deportes de contacto siempre se me dieron muy bien.

Soy cinturón negro Dan de kárate, deporte del que me expulsaron a los quince años, por cierto, tras romperle la nariz al entrenador. Además, me encanta boxear con mis hermanos. Hasta hace poco, entrenaba con ellos al menos dos veces a la semana. Así que estoy más que preparado para destrozar a este gilipollas.

Su móvil cae al suelo con un golpe seco.

Un móvil. Tiene un maldito móvil.

—¿Dónde escondes la pistola? —le grito, tirando de él como si pesara lo mismo que un saco de boxeo.

—¡Eh! ¡Tío, relájate! ¡Solo quería una foto!

Mi visión se vuelve borrosa. La rabia me calienta la columna y noto un hormigueo en los dedos. Está mintiendo. Sé que lleva una pistola escondida en alguna parte. Odio que me mientan.

El corazón me late en la garganta. Mis chicas están aquí.

Mi sobrina.

Ava.

Y este cabrón quiere hacerles daño.

—¡Zane! —grita una voz femenina.

Justo cuando estoy a punto de retorcerle el brazo, una mano pequeña y firme se posa en mi hombro. Me vuelvo de golpe hacia la persona que osa interponerse entre nosotros.

Es la tocacojones de mi entrenadora.

Katya.

Jadeando y con la frente perlada de sudor por la carrera. De su trenza escapan varios mechones rubios que le enmarcan el rostro. Sus ojos son dos cuchillas afiladas.

—¡Suéltalo! —me grita, indignadísima.

No lo hago. No puedo. Aunque por un instante me pierdo en osos enormes ojos azules que ya no parecen de hielo. Ahora hay algo más; un atisbo de emoción, de urgencia. Algo que no está destinado a ser mío.

El tipo forcejea para liberarse, y eso capta de nuevo mi atención. Giro la cabeza hacia él como un resorte. Una mano se posa en mi mejilla. La de Katya, que me obliga a mirarla de nuevo aunque lo único que quiero es reventarle la cabeza a este tipo.

—Para. —Ese acento ruso me atraviesa como una descarga—. Zane, para. Suéltalo, por favor.

—¿Lo conoces?

—Sí.

—¿De qué?

Katya se coloca entre nosotros en un abrir y cerrar de ojos. Como una maldita sombra. ¿Cómo lo ha hecho? Un segundo antes, tenía al tipo atrapado. Ahora, ella es una barrera entre ambos. La atravieso con la mirada, pero vuelve a ser la rusa de hielo que me saca de mis casillas. La que cree que puede darme órdenes. Una maldita muñequita de porcelana intentando contener a un animal rabioso.

—Aparta de mi camino —espeto entre dientes.

—No puedo.

—¿Por qué? ¿Quién es?

Katya mira un instante al tipo rubio, que se acaricia el antebrazo con evidente molestia. Hay un leve cambio en su expresión que me hace comprender que no es tan fría como parece. No con él, y eso me jode.

—Es mi novio —responde finalmente.

Él da un paso al frente, le rodea los hombros con un brazo y la atrae hacia su pecho. Un perfecto caballero, educado, tranquilo y seguro de sí mismo. Ella se pega más a él. No se aparta, frunce el ceño ni lo rechaza. Solo está ahí. Cómoda. Con él.

—Logan ha venido a recogerme —me explica—, por eso estaba en la grada.

—Solo quería una foto contigo —interviene el capullo—. Tampoco era para ponerse así.

Mis ojos están fijos en la mano que él posa en su hombro. Es como si un escorpión me clavara el aguijón en el corazón. Levanto la cabeza y me obligo a mirar a Katya de una forma que podría congelar el infierno.

—El entrenamiento es solo para los jugadores y el personal acreditado —le recuerdo con sequedad—. Esto no es un puto parque de atracciones.

Me giro y me largo sin mirar atrás. Porque si me quedo un segundo más, lo mato. Debería estar aliviado de que ese parásito no sea un sicario de la 'Ndrangheta, pero no, siento algo mucho peor: una rabia desconocida, punzante e injustificada. Una que no había sentido nunca.

8

———————— ✊ ————————

Katya

—¡Ese salvaje con patines se me echó encima como un perro rabioso!

Logan lleva quince interminables minutos quejándose de Zane. Nunca lo había visto tan indignado con un cliente. Él siempre les quita hierro a las excentricidades de nuestros protegidos. Aún me echa en cara que el año pasado abofeteé a un jeque que entró en pánico durante una operación de rescate. No es que disfrutase golpeándolo, pero fue la única forma de que colaborara. El jeque me lo agradeció después de reunirse sano y salvo con su familia. De no haberle dado una bofetada, nos habrían descubierto y ahora todos estaríamos criando malvas en el cementerio. Aunque Logan aún me recrimina que fui demasiado dura y que no entiendo que hay personas que no funcionan bien bajo presión.

Ahora podría aplicarse el cuento.

—Me habría encantado demostrarle que no es tan duro ni peligroso como cree. —Se acaricia la muñeca con expresión resentida—. Pero no podía hacerlo. Su hermano insistió en que no debe saber que lo protegemos. Joder, cómo me duele. Me cago en sus muertos.

Lo miro de reojo y aprieto los labios. No es que dude de la capacidad de Logan en el cuerpo a cuerpo. Es un tirador excelente y maneja mejor que nadie las armas blancas. Antes de conocer a Zane, habría apostado por Logan en caso de una hipotética pelea. Pero, después de verlo sobre el hielo, ya no lo tengo tan claro. Primero, tumbó de un solo puñetazo a un compañero que medía un metro ochenta y, luego, descargó testosterona en la pista. Verlo destrozar a sus compañeros fue un auténtico espectáculo.

No, Zane no ha recibido entrenamiento militar como nosotros. Quizá no sea un experto en tácticas de pelea, pero es más corpulento que Brandon —el más fuerte de nosotros— y más rápido de lo que había imaginado. Además, es ágil, está en plena forma y tiene una gran resistencia al dolor. No debo olvidar que salió con vida después de enfrentarse a tres sicarios de la 'Ndrangheta.

Zane es un animal indomable.

Soy observadora y cauta. Nunca cometo el error de subestimar a los demás. Por eso estoy segura de que el Demonio de los Guardians sería un digno adversario para mi jefe. Si no se lo digo a Logan, es porque su ego ya está lo bastante tocado.

—Te compadezco —continúa Logan—. No sé cómo te las has apañado para convencerlo de trabajar contigo.

Me encojo de hombros. No quiero concederme más mérito del que realmente me corresponde. Zane ha dejado bastante claro que no me soporta.

—No tiene otra opción.

Si no me acepta, lo echarán del equipo. Hay algo que tengo claro después de haberlo observado durante toda la mañana: el *hockey* es su pasión y se convierte en una bestia para proteger a los suyos.

Su cuñada y su sobrina le importan. Vi cómo se le cambió la expresión al verlas. La visita lo tomó por sorpresa porque temía que estuvieran en peligro. Se ha convertido en un blanco de la mafia y sabe que su familia es un daño colateral.

Reconozco que verlo interactuar con la niña fue sorprendente. A ese armario empotrado se le cayó la baba con la pequeña. Es un bruto con la sutileza emocional de un cóctel molotov, pero se derrite con la niña.

—Pensó que querías hacerle daño a su familia —lo justifico—. Está sometido a mucho estrés emocional y te confundió con un hombre de la 'Ndrangheta. Lo que no entiendo es qué diablos hacías en la grada. Casi descubres tu tapadera.

Logan frena en seco.

—Yuri y Reyes estaban vigilando las entradas exteriores del gimnasio mientras yo instalaba los dispositivos de vigilancia. No podemos dejarte vendida ahí dentro. Pero hay un punto muerto y

tuve que ir a las gradas —explica, indignado—. ¿Por quién me tomas? No soy un incompetente.

Me muerdo la lengua. Si hubiera sido más discreto, Zane no se habría fijado en él. Estoy segura de que Logan se distrajo al ver el entrenamiento porque es un fanático de la NHL. Para colmo, lo conozco demasiado bien: no es el tipo de hombre que sabe encajar una crítica.

—A partir de ahora, será mejor que Zane no te vea por los alrededores del estadio. Tu trabajo puede hacerlo cualquiera de los chicos. Zane se ha tragado que somos pareja, pero no quiero darle motivos para que desconfíe de mí.

—Sí, tienes razón —admite de mala gana—. Menos mal que estuviste rápida. Te debo una. Si no hubieras intervenido, no me habría quedado más remedio que fingir que ese Tarzán del hielo podía conmigo.

Pongo los ojos en blanco. Conque eso es lo único que le preocupa. La fragilidad del ego masculino nunca dejará de sorprenderme.

—¿Cómo está la situación?

—Brandon vio a dos sospechosos en las inmediaciones del estadio, pero les perdió la pista. Esta mañana, Reyes neutralizó a un intruso allanando la casa de Zane. Era un hombre de Dominic Falsone. —Se me hiela la sangre. Otro intento de asesinato y una posible alarma en el mismo día—. Seré sincero: la cosa no pinta bien. No pararán hasta dar con él. Su fama es lo que lo convierte en un blanco fácil. Si sus hermanos no lo convencen de ocultarse en un lugar seguro, solo estaremos retrasando lo inevitable.

Odio que tenga razón. Tarde o temprano, encontrarán la forma de llegar hasta él. Si no fuera el Demonio de los Guardians, todo sería más sencillo. Le construiríamos una nueva identidad y viviría a salvo en otro país. Pero no veo a Zane tiñéndose el pelo y mudándose a una isla del Pacífico.

—¿Te apetece que comamos algo? —le pregunto. Me gustaría discutir con él todas las opciones.

Logan pone la misma cara que el día que me dejó. No soporto su compasión, sobre todo porque nunca le he pedido que volviéramos.

Ni se me había pasado por la cabeza. Solo quería trazar un plan B, pero le parezco tan patética que cree que estoy dispuesta a arrojarme a sus brazos a la menor oportunidad.

—Oye, no intentaba… —comienzo a decir, notando cómo el calor me sube por el cuello.

—He quedado con una chica de Tinder —me corta con una sonrisa tensa, como si supiera que está clavando un puñal justo donde más escuece y, en el fondo, lo disfrutara.

—No tienes que darme explicaciones. Solo quería hablar contigo del trabajo. No pretendía…

—Ya, claro. —Me da un beso en la sien, un gesto que antes significaba algo y ahora destila pura condescendencia—. Lo hablamos mañana, ¿te parece?

Y ya está. Logan cruza la acera a toda prisa, como si temiera que lo persiguiera, me postrara a sus pies y le rogara otra oportunidad. No le tembló el pulso al dejarme, pero a mí me costó bastante tiempo aceptar que habíamos roto. Lo he pasado mal después de la ruptura, sí. Mientras él se follaba a cualquiera, yo era incapaz de pensar siquiera en tener una cita.

Me da vergüenza haber creído que alguien por fin me veía y que era digna de ser amada. Con el paso del tiempo, comprendí que lo que me dolió no fue que me dejara, sino el motivo. En cuanto descubrió lo rota que estoy, me enterró en el cajón de las cosas que no sirven.

No tengo familia y no se me da bien relacionarme con los demás. Logan fue el primer amigo que hice al mudarme a Estados Unidos, un país en el que siempre me he sentido demasiado rusa. Por eso, en cuanto me tendió la mano, desarrollé una dependencia emocional y patética hacia él. No porque fuera el gran amor de mi vida, sino porque me ofreció una vía de escape.

Me dio un motivo para seguir respirando y me brindó su amistad. Al cabo del tiempo nos enrollamos en aquella misión en Albania en la que casi morimos. Yo nunca lo había visto de *esa* forma, pero tampoco había estado con un hombre y él fue inesperadamente tierno. Creí que le gustaba de verdad… y me dejé llevar.

Me di cuenta demasiado tarde de que su afecto venía con fecha de caducidad. Lo nuestro nunca fue real. ¿La amistad? Una mentira. ¿El cariño? Otra. En cuanto vislumbró mis demonios, Logan me dio la espalda, porque para él solo solo era la herramienta que nunca falla. Por eso sé que no dudará en prescindir de mí si encuentra a otra mejor.

Me odio a mí misma al sacar el blíster. Desprecio mi debilidad y la sensación de alivio que me invade cuando la pastilla comienza a disolverse bajo la lengua y mis pulsaciones se ralentizan.

—Ya está —digo para tranquilizarme—. Ya ha pasado.

9

———————— ✊ ————————

Katya

Zane vive en una casa adosada de ladrillo rojo en una calle discreta de Brooklyn. Tiene ese aire encantador y decadente de las casas con escaleras exteriores, ventanas altas y rejas negras que prometen seguridad sin darla. Por supuesto que Zane no iba a ponérnoslo fácil; él no es como el resto de los deportistas que viven en el ostentoso *penthouse* de algún rascacielos. No, él prefiere un barrio tranquilo con una casa a pie de calle. Tampoco cuenta con portero ni con el resto de las comodidades de un millonario.

Brandon no tuvo problemas en colarse en el interior e instalar las cámaras de Nash. Ahora tenemos a Zane vigilado, sabemos cómo es el interior y conocemos sus puntos débiles. El más vulnerable es el sótano, reconvertido en un gimnasio con acceso directo desde el callejón trasero. Aunque la puerta trasera es de metal y está reforzada, no deja de ser una entrada medio oculta tras un contenedor de basura. Además hay una ventana a ras del suelo, lo bastante pequeña para no llamar la atención, pero lo bastante grande para que se cuele alguien tan delgado y pequeño como yo. Es justo por donde intentaría entrar si quisiera matar a Zane.

Esta noche no me tocaba turno, pero Reyes se ha marchado hace diez minutos por culpa del dolor de espalda. Aunque insiste en que no necesita operarse, todos sabemos que su hernia ha empeorado desde que se cayó de un segundo piso en la última misión. Así que Logan le ha pedido que se marche y me he ofrecido voluntaria para acompañar a Yuri.

No sé por qué, pero tengo un mal presentimiento.

Hay luna llena y la calle está demasiado tranquila. No es de extrañar, pues es lo normal a las diez de la noche en un barrio residencial. Pero siento que algo no encaja. No tengo motivos para

estar alerta, salvo por el hecho de que la mafia no descansa para cazar a sus presas.

Me sudan las manos y siento un cosquilleo desagradable en la nuca. Me subo la cremallera del cortavientos hasta el cuello y acelero el paso al divisar el vehículo aparcado al final de la calle. Es una furgoneta gris con el logotipo de una empresa de desatascos, el tipo de vehículo que no levanta sospechas en un barrio como este. Logan debe estar dentro, pegado a las pantallas. No ha respondido a mi último mensaje, así que prefiero cerciorarme de que todo va bien antes de acudir a mi puesto con Yuri. Mi compañero es el hombre más experimentado del equipo, así que confío en que sepa apañárselas solo unos minutos más.

Un olor a sudor y perfume barato me golpea la cara al abrir la puerta lateral.

El asco me empuja hacia atrás.

No, no es lo que esperaba cuando me he ofrecido voluntaria para cubrir a Reyes y he dejado a medias la última temporada de *Los Bridgerton* y el helado de plátano y chocolate. Después de un día de mierda, me cabrea haber renunciado a mi merecido descanso para interrumpir a mi jefe en mitad de un polvo.

—¿Qué mierda estás haciendo? —pregunto, indignada.

No es necesario que responda, pues es evidente. Se supone que debería estar vigilando las cámaras y cubriéndole la espalda a Yuri. Pero aquí está, divirtiéndose mientras su empleado se juega la vida.

Logan pone cara de molestia y baja a la mujer de su regazo.

—¿Por qué no estás con Yuri? —contraataca.

Enarco una ceja. Joder, ¿en serio?

—¡No has respondido a mi mensaje! Pensé que alguien podría haber descubierto tu tapadera. —Niego con la cabeza, incrédula. Estaba tan preocupada por él que he abandonado a mi compañero. Soy una idiota—. ¿A ti qué demonios te pasa? ¡No puedes follar en la furgoneta de vigilancia! ¡Deberías estar comprobando en las pantallas que todo va bien!

Logan suelta un bufido. La mujer, una esbelta morena, se recoloca la camiseta y mete la mano en el bolsillo trasero de su pantalón.

—No me montes una escenita de celos —replica con desdén—. Supéralo de una vez.

—¿Perdón?

Lo que siento es una mezcla de rabia y decepción. Ponemos nuestras vidas es sus manos porque confiamos en él, pero Logan es incapaz de mantener la bragueta cerrada incluso en una misión. No imaginaba que fuera tan poco profesional.

—Eres increíblemente irresponsable, Logan —escupo con desagrado—. Además, ¿de dónde ha salido ella? ¿No se te ha ocurrido pensar que podría ser una distracción mientras los hombres de Dominic Falsone intentan…?

No logro terminar la frase.

La mujer se lanza sobre él como una pantera aprovechando la discusión. Un destello metálico brilla en su mano. Logan salta hacia atrás justo a tiempo de llevarse una puñalada en el costado.

—¡Mierda!

Antes de que pueda contraatacar, ella saca una segunda daga de la bota y la lanza contra mi cara. La muy perra es rápida y tiene buena puntería. El filo me roza la mejilla cuando me agacho y evito por los pelos que me atraviese el ojo. Trastabillo con el escalón de la furgoneta y consigo apoyar el antebrazo en vez de la cabeza, pero mi tobillo se dobla al aterrizar en el filo del bordillo. La sangre caliente me chorrea hasta el cuello.

—¡Logan! —le advierto.

Demasiado tarde. Ella gira sobre sí misma con la precisión de una bailarina de *ballet* y le clava el cuchillo en el hombro. Él se tambalea hacia atrás, maldiciendo entre dientes.

La mejilla me escuece casi tanto como el orgullo. Aprieto los dientes al apoyar superficialmente el pie, entrecierro los ojos y calculo mis posibilidades. El ataque nos ha pillado desprevenidos y tengo el tobillo malherido. Tampoco puedo desenfundar la pistola en un espacio tan reducido.

Logan levanta el antebrazo, bloquea su siguiente golpe y le lanza un puñetazo a la mandíbula. Su gancho de derecha apenas la hace retroceder medio paso. Joder, está hecha de acero. Ella le mete una patada en el pecho y lo lanza contra el panel de las pantallas,

destrozando los cables y los cristales. Logan cae al suelo entre chispazos con un jadeo ronco.

—Hija de puta —masculla resollando.

Me lanzo sobre ella antes de que aplaste la bota contra su cara. No solo es fuerte, sino también rápida. Esquiva mi primer golpe sin esfuerzo y me lanza otro al costado. El aire abandona mis pulmones y aterrizo contra la pared. Levanto los brazos para defenderme de una sucesión de puñetazos.

Por suerte para ella, es más corpulenta y no está herida. Por desgracia para ella, sé encajar bien los golpes. Cada puñetazo la deja más agotada y sé que solo debo esperar el momento mientras me cubro. En cuanto baja la guardia, me la quito de encima hundiéndole la rodilla en el abdomen, le doy un cabezazo y la estampo contra el panel de las pantallas. Su cara rebota contra los monitores y los cristales revientan bajo su peso. Suelta un gruñido e intenta agarrarme de la trenza, pero la bloqueo con el antebrazo.

—Del pelo no, zorra —escupo, jadeando por el esfuerzo.

Logan siempre dice que debería cortármelo, pero mi cabello largo es mi único rasgo vanidoso. Le estampo el codo en el muslo y sus afiladas uñas se clavan en mi cuello, desgarrándome la piel. Suelto un alarido de dolor y le lanzo un puñetazo tras otro al costado. La cabrona es dura y me araña como una gata rabiosa, pero yo soy mucho peor y le estampo el puño en las costillas una y otra y otra vez.

Por fin le estrello la cara contra el monitor central. El golpe resuena en las paredes de la furgoneta. Luego le meto la rodilla entre los omóplatos, empujo su cara contra el suelo y le retuerzo el brazo. Ella me insulta en italiano y yo me vengo en ruso.

—Si mueves un solo dedo, te parto el cuello —le advierto, esta vez en inglés para que me entienda.

Logan se incorpora tosiendo y coge las esposas. La cabrona está sangrando por la nariz. A mí me escuecen la mejilla y los arañazos del cuello. Logan la inmoviliza y me tiende un brazo para que me ponga de pie, pero me zafo de un manotazo.

Por poco nos matan por su culpa.

Oh, mierda.

—¡Yuri!

Me pongo de pie de un salto.

Si la mujer era una distracción para Logan, no habrá venido sola. Echo un vistazo al monitor exterior de la parte trasera de la casa. No veo a Yuri ni tampoco contesta cuando lo llamo por el pinganillo.

—Ocúpate de ella —le ladro a Logan—. Sácale todo lo que puedas. ¡Y no vuelvas a jodernos!

La imagen se mueve y veo una figura que no reconozco emerger de las sombras. El frío me muerde el rostro mientras corro a toda prisa hacia el callejón. Saco la pistola del cinturón justo al doblar la esquina.

Yuri está peleando con dos hombres. A uno lo tiene contra la pared, pero hay otro detrás de él que ya está desenfundando su arma. Si disparo, despertaré a los vecinos y descubriré mi tapadera. Por eso saco la extensible de metal y me lanzo contra el tipo que levanta el arma hacia la cabeza de Yuri. Le estampo la barra de hierro en la nuca antes de que apriete el gatillo y se desploma al instante.

—Te debo una —suspira Yuri, estrangulando a su oponente por la espalda hasta que lo deja sin aliento y este cae por su propio peso —. No los he visto venir. Han aparecido de la nada. ¿Por qué no me ha avisado Logan?

Me encantaría ser una zorra vengativa, pero esto es justo lo último que necesitamos. La vida de Zane depende de nosotros.

—Estos no son los únicos que han enviado. Lo han atacado en la furgoneta. —Señalo al que acaba de desmayarse—. ¿Estás bien?

Yuri apoya las manos en las rodillas e inspira para recuperar el aliento.

—Estoy vivo.

Una luz se enciende tras la ventana del sótano y ambos nos quedamos quietos.

—Mierda —susurro.

Zane nos ha oído.

Logan viene corriendo con la camisa aún desabrochada. Se me revuelven las tripas solo de verlo. Le dije que no se despegara de su amiguita.

—¡Distráelo! —me ordena—. Si se pone a husmear por aquí, el plan se nos va a la mierda.

Reacciono por puro instinto y le doy la extensible y la pistola a Yuri. Logan suelta un taco al arrastrar al primer hombre hacia un arbusto. A Yuri no le queda más remedio que ayudarlo, así que el cuerpo del segundo sigue en mitad de la acera, a plena vista de cualquiera. Este es el trabajo más chapucero de la historia, y todo porque nuestro jefe es incapaz de mantener la polla guardada en los pantalones.

—¡Que lo distraigas! —me grita Logan en voz baja.

Salgo disparada hacia la puerta delantera justo cuando se abre. Zane aparece en lo alto de la escalera, descalzo, con el pantalón de chándal arrugado y el pelo alborotado. Se nota que acaba de despertarse, pues aún no se ha espabilado del todo. Abre la boca, bosteza y se rasca la nuca como un niño grande perdido. Murmura algo ininteligible y entrecierra los ojos en mi dirección. Por un momento me observa confundido, como si no me reconociera… hasta que repara en mi pelo. Se le borra el sueño de la cara como si le hubieran arrojado un cubo de agua helada.

Su postura pasa de relajada a alerta en un pestañeo.

No es la primera vez que lo veo mirarme el pelo de esa forma, con furia contenida, como si yo fuera una representación de todas las características físicas que odia en una mujer. Me observa de arriba abajo hasta que sus ojos se detienen en mi cuello ensangrentado.

Un emoción violenta le cruza el rostro.

—¿Quién te ha hecho eso? —ruge, bajando los escalones a toda velocidad.

Si llega hasta el final, descubrirá a Yuri y Logan escondiendo el segundo cuerpo. Solo me queda recurrir al gesto más patético del mundo. Si mi padre levantara la cabeza de su tumba, se volvería a morir de espanto. Pero ¿qué otra opción tengo para detenerlo?

Por eso, antes de que baje el último escalón, salto hacia él, le echo los brazos al cuello y escondo la cara en su pecho. Zane se queda inmóvil de golpe, sin devolverme el abrazo.

—No sé quién ha sido —su voz retumba en el silencio de la noche —, pero lo voy a matar.

10



Zane

Creo que sigo medio dormido, porque aún escucho los dibujos animados del salón mientras una mujer menuda que huele a lavanda me abraza con fuerza. Esta pesadilla es rara de narices. Normalmente sueño que el agua me llena los pulmones y que todo se vuelve negro hasta que dejo de gritar el nombre de Grayson, que nunca llega a salvarme.

No sé en qué momento me quedé dormido en el sofá. Odio esta casa desde que la compré con la absurda esperanza de construir un hogar algún día. No me gusta el ladrillo rojo, los estúpidos vecinos que me saludan con una tímida sonrisa antes de pedirme un autógrafo, el suelo radiante ni la encimera de mármol en la que no cocino porque solo me alimento de comida basura.

La realidad es que echo de menos vivir en el ático con mis hermanos. Me gusta discutir con Winter por el mando de la tele, tomar una birra con River en la azotea, jugar al *Just Dance* con Ava y ver a Josie gatear por el pasillo mientras Josh le lee libros porque dice que le estimulan la mente.

Se me aflojan un poco los brazos al percibir ese olor a lavanda. No entiendo nada, pero hay un cuerpo delgado aferrado al mío. Demasiado pequeño, pero con unos brazos fuertes que me envuelven el cuello. Es extraño; noto músculo debajo de esa ropa deportiva negra, como si vistiera así para pasar desapercibida.

El estómago se me retuerce del asco.

Esta jodida bruja de pelo rubio se aferra a mí como si fuera su salvación, pero yo no soy el maldito héroe de su historia. Sus pechos pequeños se aplastan contra mi torso y noto una corriente de calor en la ingle. No me gusta, claro que no, hostia. Es pequeña, rubia y

muy poca cosa. A mí, por el contrario, me gustan altas, curvilíneas y pelirrojas, castañas o morenas. Aunque ese olor sutil pero persistente, que no tiene nada que ver con el aroma artificial de una colonia… ese olor *sí* que me fascina.

El calor de su cuerpo se filtra a través de la tela y me atraviesa como una puta descarga. Y yo, desnudo de cintura para arriba, lo siento en cada maldita terminación nerviosa antes de apartarla con un empujón.

La odio. Juro por Dios que la odio cuando la miro a esos ojos del azul más helado que he visto en mi vida.

«¿Quién te ha hecho eso? No sé quién ha sido, pero lo voy a matar».

Las palabras que le he dicho hace unos segundos —absurdas, que no me representan— me queman en la garganta como si me hubiera tragado un puñado de cristales. Las achaco al sueño; siempre digo estupideces cuando estoy medio dormido.

Sigo sosteniéndola por los hombros. Al darme cuenta, la suelto como si estuviera rociada en veneno.

—¿Qué cojones haces aquí? —le ladro.

Su silencio me enferma casi tanto como la sangre que gotea de su mejilla. Me froto las sienes, exasperado. No entiendo por qué esta jodida mujer sangra en la entrada de mi casa como si fuera lo más normal del mundo.

—Te he hecho una pregunta —insisto, cada vez más impaciente—. Joder, estás sangrando.

Extiendo el brazo sin pensarlo y me arrepiento en cuanto mis dedos rozan su piel. La sangre está tibia y un escalofrío violento me recorre la espalda hasta erizarme el vello de la nuca. Hay algo sucio y primitivo en esta sensación que me retuerce las entrañas. Ella se echa deprisa hacia atrás con los ojos muy abiertos. No sé qué me molesta más, si su rechazo o verme a mí mismo observando mis dedos manchados de su sangre como un jodido enfermo.

—Por última vez. —Me limpio la sangre en el pantalón del pijama con un manotazo furioso—. ¿Quién te ha hecho eso?

Ella no me importa. No es mi problema. La quiero lejos de aquí. Y, sin embargo, me dan ganas de salir a buscar al culpable y partirle la

cara para que aprenda a no ponerle las putas manos encima.

Katya respira hondo, se aparta un mechón suelto de la trenza y baja la cabeza.

—Han intentado atracarme —masculla con esfuerzo—. Se ha marchado al ver que encendías la luz.

La rabia me nubla el juicio cuando la agarro de la cintura, la levanto del suelo y la planto tres escalones más arriba. Me hace gracia su boquita abierta, como si fuera un pez ahogándose fuera del agua. Ya no parece tan dura.

—¿Cómo era? ¿Iba armado? —pregunto, impaciente—. ¡Dímelo ya!

—No lo recuerdo. Estaba muy oscuro y… ha sido muy rápido.

—Voy a buscarlo. Entra y echa el pestillo.

Me agarra del brazo apenas comienzo a darme la vuelta. Observo esa mano pálida y cubierta de pecas con el ceño fruncido. La miro fijamente y me entran muchas ganas de morderla. Por fin me suelta y deja caer el brazo.

—Por favor —dice con un hilo de voz—. No te vayas.

No ha dicho «no me dejes sola» y no parece una mierda asustada. Y, por un segundo absurdo, siento que no es ella quien tiene miedo…, sino que le preocupa que me pase algo a mí. La idea me descoloca más de lo que debería. Pongo mala cara y me froto la mano en el pantalón con un gesto brusco y rabioso.

—No vuelvas a tocarme —gruño.

Subo los escalones, abro la puerta de un empujón y le hago un gesto seco con la cabeza para que entre. Tenerla en mi casa no me hace ni puñetera gracia, pero no me queda otra. Esta niñera molesta que me han endilgado no podría importarme menos. Lo de antes ha sido el efecto de seguir medio grogui. Si no la dejo tirada, es porque mi madre me enseñó a no mirar hacia otro lado ante una injusticia. No puedo dejarla sangrando en la puerta de mi casa.

—No me gusta tener extraños en casa —le suelto mientras la conduzco hacia la cocina.

La oigo resoplar a mi espalda.

—Pues vas a tener que acostumbrarte a pasar tiempo conmigo.

La seguridad que desprende me provoca unas ganas tremendas de estrellar contra la pared esa lámpara de pie que Ava me regaló el verano pasado. Nunca me ha gustado, pero la acepté porque me supo mal gritarle que tiene el gusto en el culo. Creo que por eso se fijó en el maniático de mi hermano.

Me vuelvo hacia ella con cara de pocos amigos. Vaya, vaya…, ya no parece tan asustada. Entrecierro los ojos, porque no me hace ni puta gracia que me tomen el pelo. Sé que todos me tienen por un burro, pero no soy estúpido. De hecho, se me da bastante bien calar a la gente. Por eso sabía que Jack —el mejor amigo de Grayson— no era de fiar. Igual que sé cómo me ve esta señorita Rottenmeier: como un deportista malcriado que se folla a todo lo que se mueve. Me di cuenta de cómo me juzgaba cuando las animadoras se pusieron a silbarme.

—Eso lo dirás tú. Yo tengo clarísimo que vas a renunciar.

Me lanza una sonrisa edulcorada.

—Yo nunca renuncio. —Echa un vistazo sorprendido por encima de mi hombro, hacia la puerta que da al salón—. ¿Eso es el *Pato Donald*?

Me quedo quieto en el centro de la cocina como un maldito memo y noto cómo se me calienta la nuca. De repente, vuelvo a tener nueve años y ese pato cascarrabias y malhablado es mi salvavidas. Cuando por fin consigo reaccionar, busco el mando mientras el dichoso pato sigue graznando desde el salón. Salgo disparado, apago la tele con furia y regreso a la cocina con la cara ardiendo.

—Estaba haciendo *zapping* —miento, rascándome el cuello.

Ella me mira entornando los ojos y una sonrisa comprensiva le tira de las comisuras.

—Me encanta. Yo también suelo poner dibujos animados cuando no puedo dormir.

Casi estoy a punto de preguntarle si le cae bien el Tío Gilito. Yo creo que, en el fondo, quiere a Donald. Esa ridícula conexión me alarma aún más —no quiero que me caiga simpática—, y las palabras que estaba a punto de pronunciar se transforman en puro veneno.

—Pues enhorabuena por parecer una cría —suelto con desdén—. A mí no me van esas mierdas.

La sonrisa se le borra y esta pequeña y miserable victoria ni siquiera me sabe bien.

Un resquemor me sube por la garganta mientras me pregunto qué carajo me importa lo que piense de mí esta pesada. De ninguna manera necesito que se abra conmigo. No me interesa ni vamos a hacernos amiguitos que se pongan mascarillas faciales y se pinten las uñas de los pies. Una vez lo hice con Winter. Bueno, tal vez fueron varias. Porque la cría se quejaba de que Grayson no la dejaba dormir en casa de su mejor amiga ni traer niñas molestas a la nuestra, así que me dejé embadurnar la cara con ese mejunje pringoso con olor a coco solo para que se callara. Me gusta ver feliz a la princesa, ¿qué pasa?

Le doy la espalda y abro la puerta del armario en el que guardo el botiquín con tanta fuerza que la desencajo de los goznes. Observo la puerta doblada con un profundo resentimiento. Odio las cosas frágiles. Por ejemplo: esta Barbie soviética tocapelotas que acaba de soltar una exhalación. A estas alturas, me sorprende que no haya salido corriendo. Una vez River dijo que, si algún día el equipo vendía una réplica mía en miniatura, tendría que llevar una expresión de «me cago en todo» y dos ladrillos por manos, porque soy un bruto que lo parte todo. Quise darle una hostia para demostrarle lo *bruto* que soy, pero Grayson me lo impidió.

Siempre me ha parecido que, si te gastan bromas, tienes todo el derecho a devolverlas con violencia proporcional. O verbalmente. O con una silla. Depende del día.

—¿Quieres un ibuprofeno? —le pregunto.

—No.

Ella sabrá. No pienso insistir porque quiera hacerse la dura. Los analgésicos son tan preciados para mí como los Twinkies. O como la gente que sabe cerrar la boca.

Me doy la vuelta, suelto el botiquín en la encimera con brusquedad y la observo de reojo para ver si se sobresalta. Hace tres semanas, una mujer a la que me tiré en la parte trasera de mi coche se quejó de que abrí la guantera tan de golpe que pensó que

iba a sacar un arma. Y yo solo buscaba un preservativo. Algunas tías son de lo más dramáticas.

Me toca la moral que permanezca ahí de pie con los brazos en jarra. Mi resentimiento se intensifica cuando poso los ojos en su trenza pegajosa y cubierta de sangre. Ella lo nota, se la echa a la espalda y me devuelve una mirada igual de tensa.

—¿Por qué siempre me miras el pelo así? —exige saber.

Ah, lo ha notado. Pues entonces no hay razón para seguir ocultándolo.

—Porque no me gustan una mierda las rubias.

Mi respuesta parece descolocarla. Juraría que no he herido sus sentimientos —lo que no podría importarme menos—, porque en su expresión hay un brillo de interés genuino.

—A todos los hombres les gustan las rubias. Nunca había conocido a uno que dijera lo contrario.

No hay vanidad en su tono, pero igual me sienta como una patada en el estómago.

—Pues enhorabuena, has encontrado a uno que preferiría arrancarse los ojos antes que follarse a una Barbie —respondo con crueldad—. Eres una bruja pequeña y molesta con el color de pelo más horrible del planeta.

Espero que esas mejillas pálidas se ruboricen un poco. Me encantaría demostrar que no es tan distante ni perfecta como aparenta. Que si pienso en ella más de lo que me gusta admitir no es porque tenga nada especial, sino porque me han impuesto su presencia y es un jodido grano en el culo. Sin embargo, la mujer que sangra en mitad de mi cocina solo me lanza una mirada fría como el hielo.

—Para ofenderme tendría que haber considerado acostarme contigo, y eso nunca se me ha pasado por la cabeza —dice con la voz tan calmada como la precisión de un bisturí en la mano del mejor cirujano—. Así que me alegra saber que estamos en la misma onda, porque eso facilitará que nuestra relación sea estrictamente profesional.

Ni un temblor, ni una puñetera grieta en esa coraza. Ni se inmuta mientras la observo con ganas de gritarle que renuncie de una puta

vez. Me pone de los nervios que me sostenga la mirada con estoica serenidad, porque empiezo a entender que esta mujer de apariencia frágil tiene una personalidad de titanio. Y eso, carajo, sí que me la pone dura.

—Yo no soy el que está en tu cocina, KGB con *leggings* —le recuerdo, irritado.

—¿Ese apodo se te ha ocurrido a ti solito o te lo ha chivado alguno de tus compañeros? —replica con tono mordaz—. No importa. Te aseguro que me han llamado cosas peores.

¿Quién ha sido, qué la ha llamado y dónde vive? Mi puño será lo último que vea antes de tragarse sus palabras.

—Seguro que te las merecías. —Señalo la encimera—. Siéntate para que te desinfecte esas heridas.

—Puedo hacerlo sola.

—No te estaba preguntando. —«Joder, ¿tanto la molesta que la toque?»—. Me duele la cabeza y estás manchando mi suelo.

Apoya las manos en la encimera, se impulsa hacia arriba con facilidad y me mira a los ojos con absoluta resignación, como si ser tocada por mí le provocara la misma emoción que una gastroenteritis.

—Acaba rápido.

Esta mujer no sabe con quién está jugando. ¿Lo peor? Que empiezo a pensar que yo tampoco.


Grayson
River
Joy
Familia
Winter

11



Katya

No quiero imaginar lo que deben estar pensando mis compañeros si nos están viendo por las cámaras. Aquí estoy: sentada en la encimera de la cocina, con las piernas abiertas y un hombre medio desnudo entre ellas curándome con una delicada torpeza que no le pega ni de lejos.

Trato de mantener la mirada lo más alejada posible de sus músculos tensos, cubiertos de tatuajes y de moratones oscuros, que debe haberse hecho en el último entrenamiento. A pesar de que estamos en pleno invierno y la calefacción no está encendida, su cuerpo exuda el mismo calor que un radiador. Al entrar en su casa me sorprendió que hiciera tanto frío, pero ahora entiendo que Zane posee su propio sistema de calefacción: es un horno andante de dos metros con el ceño fruncido y la piel ardiendo.

Cada vez que me roza, me aferro al borde de la encimera y me aclaro la garganta, incómoda.

—Estate quieta —ordena con aspereza.

Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba balanceando las piernas. Al dejar de hacerlo, le rozo el muslo con el tobillo y él se tensa. No me mira, pero aprieta los dedos alrededor del bote de agua oxigenada, como si quisiera lanzarlo contra la pared… o contra mí.

—Si tanto asco te da tocarme —digo, irritada—, deja que me cure yo.

—Calla, pesada. Avísame si te hago daño.

El comentario casi me hace sonreír. Este armario empotrado, cubierto de moratones y tatuajes, no tiene ni idea. Ya estoy

acostumbrada al dolor. Además, las heridas que más duelen son las que van por dentro.

Se inclina para revisar los arañazos de mi cuello y su respiración tibia me acaricia la frente. Aprieto las piernas por instinto y achaco el calor que me sube por los muslos a interpretar como una amenaza al hombre que está de pie entre ellas. No consigo relajarme ni siquiera cuando empapa el algodón en agua oxigenada y lo presiona ligeramente contra el corte de mi garganta.

—Parecen uñas —comenta con extrañeza—, como si te hubieras peleado con una mujer.

—Ya te he dicho que no sé quién era. Tal vez fue una mujer. Vete a saber. Aunque los hombres también podéis arañar, ¿no?

Levanta la cabeza y me mira aturdido, con las pupilas dilatadas. Sus ojos se entrecierran en dirección a mi cuello. Lo veo tragar saliva con dificultad mientras espachurra el algodón entre sus dedos… como si se lo estuviera planteando: arañarme, marcarme como si fuera suya.

Sacude la cabeza de golpe, tira el algodón a la basura y coge otro.

—No sé, a mí siempre me arañan ellas —suelta, desinfectándome la piel de la clavícula con brusquedad—. Después de pedirme que las agarre del cuello, les tire del pelo y me las folle por detrás.

¡Madre del amor hermoso!

Ahora no voy a poder quitarme esa imagen de la cabeza. No necesito imaginármelo follando y tirándole del pelo a una animadora mientras la embiste por detrás como una bestia sin control.

Me froto la cara con ambas manos.

—No te muevas o no terminaré nunca —masculla entre dientes.

Ya sabía que Zane tiene el filtro social de una piedra, pero leer el informe y vivirlo en directo son cosas muy distintas. Creo que nunca me acostumbraré a que diga lo primero que se le pasa por la cabeza. Es demasiado, incluso para mí. Aunque he protegido a clientes con personalidades muy complicadas, Zane Knight se lleva la medalla de oro. Por eso, cada vez que lo tengo cerca, no sé si me partirá el cuello, soltará algún comentario cruel o me sorprenderá de otra manera.

Mientras me cura, dejo que mis ojos se deslicen por sus tatuajes. El águila de su cuello parece a punto de echar a volar, y la enredadera de hojas y flores que le cubre el antebrazo protege el nombre de su sobrina: Josephine.

Tiene los nudillos desgastados como si se hubiera metido en tantas peleas que esas cicatrices lo acompañan de por vida. Y, sin embargo, me está curando como si fuera de cristal. En una de las pasadas, me roza sin querer la mejilla con los dedos. Una calidez repentina me recorre la piel y él se queda muy quieto, observándome sin pestañear. Entonces se inclina más hacia mí, hasta que nuestros labios quedan peligrosamente cerca.

—¿Te hizo esto con un cuchillo? —pregunta, sujetándome por la barbilla.

—Sí.

—Hombre o mujer, si averiguo quién ha sido, está muerto —promete con voz gutural.

Se me escapa una risa nerviosa.

—Ten cuidado o acabaré pensando que me estás cogiendo cariño.

Zane me suelta como si esa idea le revolviera las entrañas.

—Rezo para levantarme mañana con la noticia de que te han despedido —responde con los dientes apretados.

Vuelve a empapar otro algodón y lo aplica sin cuidado contra la herida de mi mejilla. El dolor me arranca un gruñido.

—No te equivoques, Barbie soviética, simplemente odio que se metan con la gente débil.

De todos los comentarios que podría haber hecho, este sí que me revienta. Debería ignorarlo; no puedo desvelar mi identidad sin demostrarle por la fuerza que no soy una damisela en apuros. Casi puedo oír gritar a Logan desde el monitor: «¡Ni se te ocurra, trágate el estúpido orgullo!».

Uf, me hierve la sangre. ¿Débil? ¿En serio? He tumbado a tíos de su tamaño sin despeinarme. Cuando él era un mocoso malcriado que esperaba a Santa Claus, mi padre me despertaba a las cinco de la mañana para obligarme a correr por una carretera cubierta de treinta centímetros de nieve.

De pie le llego a la altura del pecho, pero ahora, sentada en la encimera, mi cara queda frente a su cuello. Si me enderezo un poco, mis ojos se alinean con su barbilla. Y eso es justo lo que hago.

—No sabes nada de mí —siseo.

Se inclina aún más hasta que su aliento me roza la frente. Sonríe de medio lado y un cosquilleo eléctrico me acaricia el vientre. Dios, cómo lo odio. Aborrezco esa sonrisita de superioridad. Me dan ganas de borrársela de un puñetazo.

—Cómo te jode ser más baja que yo —se burla.

Resoplo de indignación.

—Eres más alto que cualquier ser humano promedio.

—Ya, pero tú sigues siendo una enana.

—Esta enana te va a matar a flexiones y dominadas mañana.

Zane suelta una risa grave que parece salirle del centro del pecho. Por lo visto, le parece ridículo que pueda hacerle sudar la gota gorda.

—La idea de que un monigote como tú me dé órdenes *casi* me pone cachondo. —Se ríe en mi cara y su mirada baja un segundo por mis muslos. La siento como un caricia por todo el cuerpo. Entonces chasquea la lengua—. No me voy a quejar si quieres verme sudar, Katerina. Pero no finjas que puedes hacerme temblar con unas cuántas series de abdominales cuando tú ni siquiera eres capaz de levantar tu propio peso.

Su forma de contemplar mi cuerpo es casi tan insultante como lo que acaba de decir. Pero no es eso lo que hace que me ardan las mejillas y le plante una mano en el pecho. Lo que me enciende es la naturalidad con la que me subestima, como si tuviera derecho a evaluar mis capacidades con una mirada cargada de desprecio y un comentario asqueroso.

La palma de mi mano se desliza por su torso cálido y algo velludo. Maldigo el calor que irradia y la firmeza de su cuerpo, que casi me hace olvidar lo que acaba de decir. Él se tensa al instante y su expresión pagada de sí mismo se transforma en una mueca crispada. Este juego ya no le parece tan divertido.

—Nadie me llama así —digo, sin ocultar mi molestia.

—Tienes muy mala memoria, Katerina. —Me atrapa la muñeca con tanta fuerza que podría partírmela como si fuera una ramita. Sus dedos se cierran sobre mi piel como un cepo—. Te advertí que no volvieras a tocarme.

Tiro del brazo, pero no cede. Sé que espera una súplica o que rompa a llorar. Ya le gustaría. El único motivo por el que aún no está en el suelo es porque, si reacciono con violencia, sospecharía de mí.

—Suéltame, gilipollas.

—Pídemelo «por favor». —Me sonríe con malicia.

Hijo de puta.

—No soy la típica tía a la que puedes agarrar del pelo y hacer que te ruegue. Si quieres una mascota dócil, adopta un perro.

Zane se ríe despacio, sin soltarme. Acerca aún más su boca a la mía y murmura:

—Cuidado, Katerina. Vas a empezar a gustarme si sigues hablando así.

—¿Por qué? ¿Te va el sado? Porque si lo que te pone es que te humillen, puedo ponerte de rodillas y hacerte suplicar.

Zane entrecierra los ojos. Está demasiado cerca. Siento el roce de su aliento contra mis labios, como una caricia peligrosa que me eriza el vello de la nuca y desciende en espiral por toda mi columna. Odio las sensaciones que despierta en mi cuerpo. Sus dedos aún me aferran la muñeca y estoy segura de que nota mi pulso desbocado. Sonríe de lado. El cabrón lo está disfrutando.

—Qué va. —Me aprieta la muñeca—. Lo que me pone es estrangular a las bocazas como tú y que luego me coman la polla con lágrimas en los ojos.

¡A la mierda!

Estoy a punto de estrellar la palma de la otra mano contra su tráquea cuando una explosión sacude el ventanal de la cocina.

El ruido me atraviesa el pecho como un disparo. Mi cuerpo se queda inmóvil, como si alguien hubiera apagado un interruptor. De repente, estoy en mitad del desierto, no logro llegar a tiempo, y mi padre…

Antes de que haga aquello para lo que me han contratado y de que mi mente despierte del todo para proteger a Zane, él me lanza

al suelo y me cubre con su propio cuerpo.

Joder.

Zane Knight me está protegiendo del tiroteo.

12



Katya

El estruendo me atraviesa los tímpanos como una bala.

Bum.

Bum.

Bum.

No suenan como disparos; he oído demasiados en mi vida como para confundir ese sonido con cualquier otro. El problema es que mi mente lo sabe, pero mi subconsciente no. Se ha quedado atascado en otro continente, hace varios años. Ya no estoy en la cocina de Zane, sino corriendo por la arena ardiente del desierto, con la boca seca y la garganta rota de tanto gritar el nombre de mi padre.

La explosión me lanza por los aires. La cara me arde antes de que aterrice de espaldas. Aturdida y con los oídos pitando, me arrastro hacia el coche rezando para no llegar demasiado tarde. Debo sacarlo de ese monstruo de metal en llamas que está devorando al hombre que me ha enseñado todo lo que sé.

Lucho contra la persona que intenta detenerme, le hundo el codo en el pecho y le grito que no me impida salvarlo.

—¡NI SE TE OCURRA MOVERTE!

Abro los ojos de golpe y me encuentro con los ojos salvajes de Zane. Mi primer impulso es empujarlo para ocupar su posición, pero me ha inmovilizado los brazos por encima de la cabeza mientras yo chillaba como una loca. Ahora tengo su cuerpo encima del mío, protegiéndome como un escudo humano.

—No te pasará nada mientras yo esté encima —asegura, respirando agitadamente—. No vas a salir de aquí con un rasguño. Lo juro. —Me aprieta las muñecas cuando intento volver a empujarlo —. Nadie te va a tocar ni un solo pelo de esa maldita trenza. El que se atreva, se queda sin manos.

Forcejo debajo de él, completamente furiosa conmigo misma por no haber sabido reaccionar a tiempo. Esta mañana debería haber tomado los ansiolíticos. No tengo excusa; me lo tengo merecido. Si vuelvo a sufrir una recaída como la de Singapur, Logan me apartará de la misión sin vacilar. Y yo no sé hacer otra cosa; necesito trabajar.

Engancho el tobillo por detrás de su pantorrilla para hacerle una llave, pero el roce de su pelvis contra la mía me deja helada. Y él también lo nota por cómo suelta el aire de golpe.

Santo Dios.

Este hombre lo tiene todo igual de grande.

Zane cierne los dedos sobre mis muñecas y mete una rodilla entre mis piernas. Una oleada de calor me recorre todo el cuerpo.

—No hagas *eso*, hostia. —Su tono es una mezcla de rabia contenida y súplica.

Dejo de forcejar con él. No porque quiera obedecerlo, sino porque mi cabeza por fin vuelve a funcionar con normalidad, lo que me permite hacer las conexiones lógicas. Si realmente nos hubieran atacado, Logan y Yuri ya habrían echado la puerta abajo para poner a salvo a Zane. Esa explosión no ha sonado como un disparo porque no nos han disparado. Lo que significa que Zane no está en peligro.

Esto no tiene ningún sentido.

Siento el frío de las baldosas en la espalda y el pecho duro de Zane contra el mío. Nuestras piernas siguen enredadas. Aunque me ha inmovilizado los brazos, sería demasiado fácil desequilibrarlo con una llave de piernas. Si giro un poco la cadera, lo pillaría por completo desprevenido y acabaría encima de él antes de que lograra pestañear.

Pero no estamos en peligro, me recuerdo. No hay ni un solo motivo para arriesgar mi tapadera. Por eso relajo los músculos y lo miro a los ojos con calma.

—No pasa nada —aseguro—. Todo está bien. Puedes soltarme.

Zane resopla, negando con la cabeza como una bestia acorralada.

—No te alejes de mí.

Veo en sus ojos la misma emoción que cuando creyó que su sobrina y su cuñada estaban en peligro. Zane no tiene miedo por él,

sino por mí. Este jugador de dos metros amenazado por la mafia cree que estoy en riesgo por su culpa.

Recuerdo todo lo que leí sobre él: es defensa, está acostumbrado a jugarse el pellejo en cada partido para proteger a sus compañeros, se ha alejado de su familia para salvarlos… Zane Knight es naturalmente protector con los suyos, incluso cuando no debería. Incluso cuando yo no le importo.

—No voy a apartarme —le prometo, muy tranquila—. Pero me estás haciendo daño, Zane.

Me sorprende la rapidez con la que abre las manos. No se aleja ni un centímetro de mí. Se limita a mirarme con sus profundos ojos color miel, como un niño asustado que no sabe qué hacer con su propio miedo. Y este hombre enorme, que no se parece en nada al deportista hosco y malhumorado que conocí, me despierta una ternura que detesto. Bajo el brazo y le rozo la mejilla con cuidado, sin saber cómo reaccionará. En cuanto le toco la piel, inclina la cabeza contra mi palma, entrecierra los ojos y la arruga de su ceño desaparece como por arte de magia.

—Katerina —pronuncia mi nombre como si fuera una maldición a la que se aferra—, quédate conmigo.

Sé que me arriesgo a que me arranque la mano de un mordisco, pero no puedo evitar deslizarla hacia arriba y hundir los dedos en su pelo. Él exhala con fuerza, como un animal salvaje que se resiste a ser domado, pero disfruta a regañadientes de la caricia.

Entonces, justo cuando estoy a punto de retirar la mano, gira la cara y roza su mejilla contra mi palma, como si buscara más contacto sin atreverse a pedirlo. Cierra los ojos un segundo. Cuando los abre, muy despacio, posa los labios en la base de mi muñeca. Apenas un roce, como si necesitara comprobar que sigo ahí.

—Estoy aquí —susurro, apartándole el pelo de la frente con cuidado—. No sé lo que ha sido ese estruendo, pero, sea lo que sea, no es lo que tú temes.

No es Siria. No es la mafia. No estamos rodeados de enemigos. Nadie va a morir esta noche.

Zane inspira hondo y asiente, como si por fin atendiera a razones. Pero entonces, como si le avergonzara su propia necesidad de

contacto humano, se aparta bruscamente. El rechazo me deja un vacío frío en la mano. No sé por qué intento volver a tocarlo; es algo instintivo. Tan instintivo como el golpe seco de su frente contra mi mano. Con otro cabezazo, me gruñe:

—No soy un maldito perro.

—Ah. —Sonrío sin poder evitarlo—. Ya vuelves a ser tú.

Zane me mira como si quisiera morderme la yugular.

—Te odio tanto que quiero arrancarte la ropa solo para asegurarme de que no tienes heridas.

Por un momento, me pierdo en esa amenaza disfrazada de promesa. Imagino sus manos enormes y callosas bajándome la cremallera del cortavientos y recorriendo mi piel en busca de heridas. Y una parte de mí —caliente, traidora, profundamente desquiciada— ansía descubrir cómo sería dejar de resistirme.

Maldita sea, ¿qué demonios me pasa?

Unas risas infantiles estallan al otro lado del ventanal de la cocina.

—¡PUTOS CRÍOS! —Zane se incorpora como un resorte.

Va corriendo hacia la ventana, la abre de par en par y asoma la cabeza.

—¡Os voy a estrangular! ¡La próxima vez, haré que os traguéis los petardos!

Me incorporo, todavía perpleja. Así que era eso. Zane se gira hacia mí con una expresión tan hastiada que tengo que apretar los labios para no reírme.

—Llevan tirando petardos en la puerta desde que me negué a firmarles un autógrafo la semana pasada. —Se pasa una mano por la mandíbula—. Odio a los adolescentes. Deberíamos llamar a la policía.

—¿Por los petardos? —replico, aturdida.

Me devuelve una mirada impaciente, como si de repente mi mera existencia volviera a molestarle.

—Porque te han atracado.

—Ah, no, no. —Levanto las manos—. No me han robado nada ni tampoco vi al atracador. No tengo ganas de pasar la noche en comisaría para nada. Solo quiero irme a casa, darme una ducha y meterme en la cama.

—Estupendo. —Cruza la cocina como una exhalación y se detiene en la puerta—. Te llevo. Vamos.

Lo ideal es que se quede en casa vigilado, a salvo. Pero eso no puedo decírselo, claro está. Y, desde luego, no parece dispuesto a negociar.

—Eh…, gracias, pero pediré un taxi.

—No te lo estaba sugiriendo. Voy a por una sudadera. Más te vale estar en la puerta cuando vuelva.

Genial.

Sube las escaleras sin esperar mi respuesta. Derrotada, saco el móvil y escribo a Logan, aunque supongo que ya nos habrá visto por las cámaras.

Yo: *Se ha emperrado en llevarme a casa.*

Mi jefe responde antes de que Zane baje.

Logan*: Recibido. Os seguimos.*

No tengo ganas de discutir con Zane. Además, lo inteligente sería hacer un esfuerzo por llevarme bien con él. Así confiará en mí y me pondrá más fácil protegerlo. Por eso me cruzo de brazos y lo espero en la entrada. Al cabo de un rato, baja con una sudadera gris y unas zapatillas oscuras. Unos minutos después estamos en su coche.

—¿En qué piensas? —le pregunto cuando salimos del garaje.

Sus manos aprietan el volante como si quisiera estrangular a alguien.

—Me pregunto qué hacías a las tantas de la noche por mi barrio.

13

———————— ● ————————

Katya

—Fui a verte porque siento que hemos empezado con muy mal pie. —Las palabras me salen de la boca sin esfuerzo—. Tu dirección figura en la ficha que me entregaron. Estaba a punto de llamar a tu puerta cuando me atracaron.

No disfruto la mentira, pero tampoco me supone ningún dilema moral. Solo hago mi trabajo. Mantener a Zane con vida es más importante que ser honesta con él.

Zane no me responde. Espero que me presione un poco más, pero está demasiado ocupado mirando cada dos por tres por el espejo retrovisor. Tiene los nudillos blancos de tanto apretar el volante. En vez de girar hacia la izquierda como le había indicado, se desvía en el primer cruce a la derecha.

Mierda. Se ha dado cuenta de que nos siguen.

—Por aquí no es —me hago la tonta.

—Lo sé —responde sin despegar los ojos de la carretera.

Gira en el siguiente cruce y pisa el acelerador. Un músculo se tensa en su mandíbula cuando comprueba que la furgoneta sigue nuestro mismo camino. Podría decirle que está un poco paranoico, pero la verdad es que Yuri y Logan no están siendo precisamente discretos. No me queda más remedio que sacar el móvil y escribirle un mensaje a mi ex.

***Yo**: Se ha dado cuenta de que lo seguís. Mantened la distancia.*
***Logan**: Recibido.*

Cuando levanto la vista hacia el espejo retrovisor para comprobar si siguen pegados a nosotros, me encuentro con la mirada sombría de Zane. El corazón me da un vuelco y tapo la pantalla de mi teléfono. Mierda. ¿Ha logrado leer el mensaje?

—No hace falta que le envíes la ubicación a tu novio —dice con sequedad—. No voy a hacerte daño. Aunque si fuera el caso… —su mirada se vuelve más burlona, calculadora—, ten claro que él no podría salvarte.

Al menos ya sé que no ha conseguido ver el contenido del mensaje.

—¿Estabas intentado leer mi conversación? —finjo indignarme.

Si lo distraigo, tal vez deje de estar tan pendiente de la furgoneta, que ya no se ve en la carretera. Zane relaja un poco la postura al comprobar que ya no nos siguen.

—Lo he intentado, pero solo he visto que hablabas con tu novio —responde sin un ápice de vergüenza—. No puedo leer y conducir al mismo tiempo.

—Lo tuyo es increíble. Por lo menos podrías disimular.

Cambia de marcha, baja la ventanilla y apoya el brazo. Dios, este hombre es inhumano. Fuera hace un frío del demonio. ¿En serio no es capaz de sentirlo? Me arrebujo dentro del cortavientos y me froto las manos para entrar en calor.

—No estoy celoso —aclara con sequedad, sin despegar los ojos de la carretera—. Es que no me fío de ti.

—En la vida podría creer que estuvieras celoso. Ya hemos dejado claro que no encajamos. A ti te van las *groupies* y a mí…

—Tú no tienes ni puta idea de lo que me va —me corta, tajante.

Detiene el coche en un semáforo y vuelve a comprobar que no hay rastro de la furgoneta. Por fin parece más aliviado, así que al menos ya no tengo que preocuparme de que descubra a mis compañeros. Cuando se gira hacia mí, se queda mirando mis manos con una mezcla de contrariedad y confusión.

—¿Tienes frío?

—Estamos a finales de octubre y es de noche. Debe hacer por lo menos cinco grados. ¡Claro que estoy congelada!

Parece sorprendido.

—Pero tú eres rusa.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—En Rusia hace frío y, por tu acento marcado, has debido vivir mucho tiempo allí. Ya deberías estar acostumbrada a las

temperaturas bajo cero.

—Pues odio el invierno con todas mis fuerzas.

Zane resopla y niega con la cabeza.

—Pensé que los rusos erais más duros.

—Tú no sabes una mierda de los rusos —me indigno—. *Ne znaya brodu, ne suysya v vodu.*

—¡Los tuyos, por si acaso!

Apoyo la cabeza en la ventanilla y suelto un profundo suspiro. Este hombre es imposible. Pero entonces sube la ventanilla, enciende la calefacción y lo pillo mirándome de reojo con algo que solo puedo identificar como preocupación.

—¿Mejor así? —pregunta de mala gana.

—Sí. —Casi le sonrío—. Gracias.

Zane encoge un hombro y pisa el acelerador en cuanto el semáforo cambia a verde.

—¿Cómo se dice «blandengue» en ruso?

—Gilipollas.

—Estoy seguro de que no es así.

—*Ty idiot. Ya tebya terpet' ne mogu!*

—¿Qué has dicho? —me ladra—. Insúltame en mi idioma. ¡Que te jodan!

—Que te jodan a ti, imbécil.

—Cuidado. —Me sonríe de medio lado—. Si paro el coche, puede que descubras que tengo formas muy creativas de callarte la boca, bruja soviética.

—¡Tú a mí no me…!

—Di lo que quieras. Mientras sigas sentada en mi coche, no eres tú la que manda. Y créeme, eso no siempre es malo. Muchas dicen que no les gusta… hasta que descubren que no saben pedir otra cosa.

Suelto un bufido.

—¿Tengo pinta de ser una animadora?

—No. —Su mirada se clava en la carretera—. Tienes pinta de ser de las que dan guerra. —Me mira de reojo—. Y esas suelen ser mis favoritas.

Me meto dos dedos en la boca y finjo una arcada.

—Tengo algo mejor que te puedes meter en la boca —me provoca.

Inspiro hondo y me muerdo la lengua para no contestarle. No merece la pena. ¿Por qué entro al trapo si mi trabajo es mantenerlo a salvo? Uf, este deportista cavernícola acabaría con la paciencia del ser humano más calmado del planeta.

Giro la cabeza y miro por la ventanilla mientras él sigue conduciendo. Logan y Yuri van ocho coches atrás. Y no hay rastro de la mafia calabresa. Por ahora.

14

———————— ✹ ————————

Katya

—Gracias por traerme —digo antes de bajar deprisa del coche sin mirar atrás.

Cuanto antes regrese a su casa, mejor para todos. Es imposible desempeñar bien nuestro trabajo si mis compañeros tienen que seguirlo en la furgoneta sin que él los descubra. Apenas he llegado al portal cuando Zane se planta a mi lado.

Pero ¿qué demonios…?

—Me apetece estar sola —le digo, abriendo la puerta.

Zane entra sin que lo invite y me sostiene la puerta para que pase. Su gesto permanece imperturbable, lo que me inquieta aún más. Me quedo en el umbral, con las llaves en la mano, sin saber qué narices hacer para obligarlo a volver al coche.

—¿Cuál es tu piso? —pregunta sin inmutarse. Como no respondo, me agarra del brazo sin miramientos y me mete en el portal de un tirón. Mi pecho se estrella contra el suyo y una oleada de calor me recorre todo el cuerpo—. Si tengo que cargarte como un saco de patatas, lo haré. Tú decides si subes andando o te subo yo.

Odio a este tío.

—Octavo B —respondo a regañadientes.

Zane me suelta y se dirige al ascensor. Me froto los brazos, justo donde me ha apretado con tanta fuerza que estoy segura de que me saldrá un moratón. Es lo malo de ser tan pálida. Cuando levanta la vista hacia mí, pone los ojos en blanco y suelta un resoplido burlón. Cómo me encantaría borrarle esa expresión engreída de la cara. Pero lo único que puedo hacer es entrar en el ascensor y rezar para que se quede conforme una vez me deje sana y salva en mi apartamento.

Mis compañeros deben estar subiéndose por las paredes, pero no sé qué otra cosa hacer sin ponerme en evidencia. Ganas no me faltan de retorcerle los brazos a la espalda y obligarlo a entrar por la fuerza en su coche.

No hablamos mientras el ascensor sube hasta el octavo piso, ni tampoco cuando abro la puerta de mi apartamento y se cuela sin que lo invite. La ansiedad me retuerce el estómago mientras Zane inspecciona cada rincón del salón y se dirige hacia el dormitorio.

Mierda. La mochila en la que guardo el pinganillo, un arma desmontada y parte de la documentación del caso están sobre la mesita de noche. Me adelanto para cubrirla y cruzo los brazos bajo el pecho. Será mejor que finja indignarme por su allanamiento para que se largue cuanto antes. Es increíble. ¡Este hombre de dos metros al que debo proteger se ha colado en mi casa porque cree que soy yo quien corre peligro!

—¿Has terminado de invadir mi espacio o también vas a revisar los cajones de mi ropa interior? —le ladro.

Levanta una ceja, pero no se inmuta.

—Ya sé que toda tu ropa interior es negra.

—¿Perdón?

—Siempre vistes de negro. —Sus ojos me repasan de arriba abajo con frialdad—. Asumo que no haces excepciones.

Que me reduzca a alguien tan anodina y previsible provoca que la vergüenza me oprima el pecho. Porque él no es ni una cosa ni la otra. Y, cuando inclina la cabeza hacia un lado y se fija en la mochila medio abierta a mi espalda, comprendo que estoy en apuros.

—¿Qué escondes ahí? —Los ojos le brillan con recelo.

Reacciono por impulso. Me doy la vuelta, cierro de golpe la cremallera de la mochila, abro el cajón de la ropa interior y le lanzo unas bragas negras de encaje. Zane las atrapa al vuelo.

—Lo que guardo en esa mochila no es asunto tuyo —suelto, cabreada, y esta vez no tengo que fingir mis emociones—. Así que vete a tomar por culo de una vez.

Pero ni siquiera me presta atención. Se queda mirando las bragas como si fuera la primera vez que ve unas, las arruga entre sus dedos y… se las guarda en el bolsillo del pantalón. Una risa incrédula brota

de mis labios. Zane levanta la cabeza, con las mejillas ligeramente sonrojadas.

—El entrenador Clarkson dice que es de mala educación no aceptar los regalos que me hacen las mujeres —se justifica con voz rasposa.

Suelto un bufido. Conque era eso.

—¿Siempre aceptas la ropa interior que te regalan?

Con la mano aún en el bolsillo, veo cómo acaricia mis bragas por debajo de la tela del pantalón. La garganta se me cierra de golpe cuando me mira fijamente y responde:

—No. Nunca me las quedo. Pero hoy he decidido hacer una excepción.

Me deja boquiabierta cuando se da la vuelta y va hacia el baño. Es tan pequeño que tarda muy poco en comprobar, qué sé yo, si hay alguien escondido en la ducha. Luego lo veo dirigirse a la cocina. No me queda otra que recoger mi dignidad del suelo, olvidar que ese bruto tiene mis bragas en el bolsillo y seguirlo con la esperanza de que se largue de una maldita vez.

Lo encuentro observando el paquete de Twinkies que hay en la encimera. Logan solía burlarse de mí porque siempre compraba varias cajas en el supermercado. La verdad es que les tengo cariño a esos pastelitos porque mi madre me los compraba en Rusia. Importarlos costaba el triple que una caja, pero ella me los regalaba como si fueran un tesoro y me decía: «Para que nunca olvides que eres mitad estadounidense, Katushka». Solo tardó seis años en abandonarme, pero sigo comprando esos pastelitos rellenos de vainilla porque soy una idiota sentimental.

Sin pedir permiso, Zane abre la caja, coge un pastelito y lo desenvuelve. Parece que mis bragas no son lo único que se va a llevar después de todo… Su expresión destila la misma alegría que la de un crío en la mañana de Navidad cuando se come el pastelito en dos bocados. Aún estoy perpleja cuando se vuelve hacia mí con la sonrisa más genuina del mundo.

Ay, mierda.

Cuando sonríe, Zane Knight es guapísimo y me deja sin aliento.

Con los mechones despeinados sobre la frente, las arrugas alrededor de los ojos color miel y esos hoyuelos en las mejillas, es como mirar directamente al sol. Tengo la impresión de que, si sigue sonriéndome así, voy a acabar perdiendo algo más que las bragas. Aturdida, doy un paso atrás y me choco con la pared.

«Este armario empotrado no me gusta», me recuerdo a mí misma.

Zane se pasa el pulgar por el labio inferior para limpiarse el resto de la crema. Se lo chupa con los ojos entrecerrados y una expresión de placer obscena. El estómago se me encoge cuando suelta un gruñido de satisfacción, como si fuera lo mejor que ha probado en su vida. Al darse cuenta de que lo observo con los ojos muy abiertos, se rasca la nuca y se muerde el labio.

—Perdón —murmura, ruborizándose aún más—. Debería haberte pedido permiso.

—No… No pasa nada. Coge todos los que quieras. Tengo más.

No puede ocultar su ilusión. ¿Cómo es posible que algo tan simple le haga tan feliz?

—¿En serio? —duda.

—Sí.

Zane coge dos más y se los guarda en el bolsillo.

—Me los llevo para el camino —dice sin perder la sonrisa—. Son mi debilidad.

Necesito que deje de sonreír de una puñetera vez. Puedo enfrentarme al jugador malhumorado que me frunce el ceño y me mira como si quisiera estrangularme, pero estoy seriamente jodida si me sonríe de esa forma.

—¿Te puedes largar? —insisto, yendo hacia la puerta. La abro de par en par—. Me encantaría darme una ducha y meterme en la cama.

Su sonrisa se esfuma de golpe. Dirige la mirada hacia mi habitación, como si estuviera pensando algo. Parece sopesar la posibilidad de apropiarse también de mi cama y roncar a pierna suelta. De pronto, la imagen de este deportista somnoliento desperezándose en mis sábanas hace que los dedos de los pies se me encojan del vértigo. Al cabo de lo que me parece una eternidad,

Zane centra de nuevo los ojos en mí. Su expresión es la de un hombre calculando cuánto tardaría en cruzar el pasillo, tumbarse y quedarse dormido ahí mismo. Al final, se limita a extender el brazo con la palma de la mano hacia arriba.

—Dame tu móvil.

Sé lo que quiere, así que lo desbloqueo y se lo entrego sin ceremonias. Cuanto antes acabemos con esto, mejor para todos. Seguro que Logan encontrará la forma de culparme.

Zane graba su número, se da un toque y me lo devuelve. Estoy a punto de retirar la mano cuando me da un tirón.

—No vuelvas a ir a mi casa. Odio las visitas —dice con molestia—. Si necesitas algo, me llamas. —Sus dedos se cierran alrededor de mi muñeca con la fuerza justa para arrancarme una mueca de dolor—. A cualquier hora del día.

—De acuerdo —miento.

Sus dedos me acarician una sola vez antes de soltarme.

—Y cierra con llave.

—Sí, amo.

—¡No te soporto!

—Ni yo a ti, mi dulce *nevynosimyy grubiyan.*

Empujo la puerta y echo el pestillo antes de que pueda preguntarme qué lo he llamado. No puedo evitar mirar por la mirilla. Zane entra en el ascensor sin girarse.

Vale, cálmate.

Le envío un mensaje a Logan para decirle que Zane está bajando. Luego voy al baño y me doy una larga ducha de agua caliente. Cuando me tumbo en la cama, tengo un mensaje de mi ex.

Logan: *Ese bestia sigue aparcado delante de la puerta de tu casa. Se ha comido un puto pastelito mientras vigilaba la entrada del portal. Y ahí sigue, cuarenta minutos después, como si tuviera miedo de que te pasara algo.*

El corazón me da un vuelco y el teléfono se me resbala de las manos mientras llamo a mi jefe. No tarda ni dos segundos en contestar.

—¿Qué cojones le pasa a ese tío contigo? —me recrimina, hecho una furia.

—¿Sigue ahí? —pregunto con un hilo de voz.

—¡Sí! —escucho gritar a Yuri, descojonándose de la risa—. *Tvoy telokhranitel' tebya zashchishchayet, Katya. My mogli by yego nanyat'. Logan byl by v vostorge.*

El comentario casi me hace gracia, pero estoy demasiado nerviosa para reírme y sigo sin entender nada.

—¡Os tengo dicho que no habléis en ruso delante de mí! —se queja Logan.

—*Boss, vy zaviduyete zvezde khokkeya?* —le pregunta Yuri, soltando una carcajada.

Ahora sí que no puedo evitar sonreír.

—Sube, Logan —le ordeno—. Y asegúrate de que te vea.

—Claro que me verá —masculla—. No deja de vigilar el portal. No ha despegado los ojos de tu puerta ni mientras se comía el pastelito como si se lo fueran a quitar.

Cinco minutos después, Logan aparece en mi apartamento con cara de pocos amigos. Va hacia la nevera, coge una lata de cerveza y suelta con resentimiento:

—Increíble. A ese Tarzán del hielo le gustas.

No es que no disfrute viendo a Logan celoso, sino que lo tengo tan calado que no me autoengaño. Le importo tan poco que solo le molesta creer —erróneamente— que le intereso a Zane. Logan no soporta la idea de perderme porque, como todo buen narcisista, necesita tenerme de reserva por si algún día cambia de opinión.

Le quito la lata de la mano, aún cabreada con él por haber dejado a Yuri con el culo al aire.

—Sal al balcón para que te vea. Así se quedará tranquilo al saber que estoy acompañada de mi *novio.* —Entrecomillo la última palabra con los dedos.

—No eres tú quien das las órdenes, coño.

Recupera la cerveza, le da un trago y sale de mala gana al balcón. Regresa un buen rato después, aún más indignado que antes. Y, por supuesto, me mira como si yo fuera la culpable de esta situación tan absurda.

—¡Por fin se ha largado! —Se termina la cerveza de un trago—. Ese tío tiene el cerebro más duro que una piedra. Te juro que podía verlo fulminarme con la mirada desde aquí arriba, preguntándose si tiene alguna oportunidad contra mí.

—Lo dudo —respondo con calma—. Zane no se preguntaría nunca si tiene una oportunidad contra ti. Tiene clarísimo que te ganaría.

Se le hinchan las fosas nasales.

—¿Esto te hace gracia, Katya?

—Será mejor que te vayas —contesto sin inmutarme—. Yuri no puede hacer la ronda solo.

Logan asiente con una mueca de rabia.

—Te vi por las cámaras, ¿sabes? —me acusa—. Por un momento, pensé que estabas cachonda por tener a ese burro encima. Eso habría sido menos patético, Katya, porque luego entendí que te quedaste paralizada por el miedo. —Sus palabras me golpean como una bofetada—. ¿Sigues tomando las pastillas?

—Sí —respondo con rabia—. ¿Cómo te atreves a darme lecciones después de esta noche?

—Pues deberías doblar la dosis —me ignora—. O ir a un puto psiquiatra. Porque no permitiré que pongas en riesgo al equipo porque sigues traumatizada por algo que te pasó hace más de tres años.

Se acerca a la puerta y la abre de golpe.

—La próxima vez que la cagues, estás fuera.

—No he sido yo la que ha cometido un error esta noche.

—De la misión —añade con frialdad—. Y de la agencia.

15



Zane

Han pasado siete malditos días y todavía no sé por qué me quedé vigilando su puerta. Me digo a mí mismo que lo hice porque no soporto dejar a nadie en peligro por mis cagadas. Punto.

No fue porque ella me importe. No, de eso nada.

Aunque cada vez que recuerdo cómo apareció el gilipollas de su novio pavoneándose como si fuera el puto dueño del edificio, con esa cara de «soy el hombre de su vida, tú aquí no pintas nada», y luego se asomó al balcón para mirarme con suficiencia, me sube la bilis por la garganta. Y yo casi estuve a punto de subir para arrancarle los ojos con los pulgares, pero me limité a pisar el acelerador y largarme de allí con sus bragas en el bolsillo.

Mientras ella me ordena que haga el maldito calentamiento de tobillo porque «no estoy del todo recuperado» y le encanta restregármelo por la cara, lo único que puedo pensar es que esta sensación venenosa que me retuerce las tripas no puede ser celos. Porque yo no siento cosas bonitas por esa mujer. Grayson, por el contrario, sí está enamorado de Ava, así que marca territorio cada vez que algún hombre se le acerca. Pero ¿a mí qué cojones me importa esta bruja? No tiene sentido que me ponga de malhumor cada vez que recuerdo la sonrisita del soplapollas de su novio.

Tony le da un codazo a Chad cuando ella se quita la sudadera negra para enseñarme la técnica correcta del ejercicio. Estoy sentado en el banco, con los codos apoyados en las rodillas, la cara entre las manos y unas ganas crecientes de reventarles las cabezas a esos dos babosos. Estoy acostumbrado a que mis compañeros de equipo se comporten como quinceañeros salidos con las animadoras,

pero con ella es distinto. No sé por qué, pero me hierve la sangre al verlos actuar como animales sin educación con Katerina.

Ella es una empleada. Merece respeto. Y me están tocando los huevos.

Katerina se inclina para mostrarme el movimiento. El enfermo de Chad se lame el labio inferior y le da otro codazo a Tony para que le mire el culo. Me enderezo de golpe, echo los hombros hacia atrás y les lanzo una mirada que tendría que haberlos mandado directos a la tumba. Tony me sonríe y levanta las manos en señal de disculpa antes de darse la vuelta, pero a Chad —que, definitivamente, tiene tendencias suicidas— solo le falta el babero mientras le mira el culo como si se le fueran a salir los ojos.

—¿Quieres unos putos prismáticos? —le suelto a gritos.

Katerina, aún de espaldas y centrada en el ejercicio, se vuelve hacia mí sin entender nada. No se inmuta, igual que siempre que alguno de mis compañeros le da un buen repaso o hace algún comentario de mierda sobre su aspecto. O no se entera de lo buena que está ni del efecto que provoca en los hombres —aunque a mí no me atraen las rubias, joder—, o de verdad es tan dura que no se siente intimidada por un montón de deportistas enormes. Y no sé cuál de esas opciones me da más rabia.

—Ya sé que odias entrenar conmigo —me dice con ese tono helado que parece reservado solo para mí—, pero te agradecería que me prestaras atención mientras te explico cómo hacer el ejercicio.

Me pongo de pie de golpe, esperando que retroceda, pero me encuentro con esa estatua diminuta que se enfrenta a mí con la barbilla levantada y los brazos cruzados. Estamos tan cerca que le rozo las caderas con las manos. No lo hago a propósito; no soy de esos. Yo no soy un Chad ni un Tony, así que me cabrea que entrecierre los ojos como si estuviera asqueada. Y juro por Dios que el sentimiento es mutuo. Cómo la odio.

—Ya no me duele —replico, conteniéndome a duras penas—. Esto es una pérdida de tiempo.

Me ha tenido alejado de la pista de hielo durante una larga semana. No aguanto más. Necesito ponerme los patines, deslizarme

por el hielo, sentir el frío en la piel. Si tengo que pasar un solo segundo más con ella…, oliéndola, escuchando su acento ruso, sintiendo sus manos en mi espalda cuando me corrige la postura…

—Nuevas noticias, Zane —contesta con ironía—, tú no decides lo que es importante. No volverás a la pista sin mi visto bueno.

Puntos negros bailan en mi campo de visión. El *hockey* es mi terapia. Si me lo quita, es como si me dejara sin oxígeno. Antes prefiero que me arranque el brazo, porque no sé vivir sin este deporte. No jugué el último partido, y además me ha tenido siete putos días haciendo prácticas absurdas de equilibrio, estiramientos ridículos, ejercicios de resistencia y caminatas de puntillas como si fuera un imbécil con tutú. ¿Y tiene los ovarios de decirme que hoy tampoco jugaré? Me cago en todo. ¿Cómo se atreve a tratarme como si fuera un crío?

La rabia me sube por la garganta como un incendio.

—Voy a jugar, Katerina —gruño su nombre con los dientes apretados—. Con tu visto bueno o sin él. Así que apártate de mi camino antes de que te demuestre por las malas que estoy al cien por cien.

Ella, impasible, responde un simple y rotundo:

—No.

Ahí es cuando noto el temblor en las manos. El mismo que sentí aquella vez que un compañero me robó un Twinkie y le estampé el puño en la nariz.

Intento respirar como me enseñaron en terapia…, pero es como si el aire estuviera cargado de un veneno que me empuja a hacer algo terrible.

Me estoy descontrolando. Y pasan cosas muy malas cuando pierdo el control.

Bajo la cabeza y le espeto en la cara:

—Quítate de en medio.

Ella no se mueve ni un milímetro. Sigue ahí plantada, desafiante, como si no midiera un metro con sesenta y dos centímetros. Noto un cosquilleo caliente en la nuca, no solo de rabia, sino de… otra cosa. Esa que me calienta más de lo que debería cada vez que pienso en ella.

Y, por un momento, lo saboreo. Me imagino cogiéndola por ese cuello tan delgado y pálido, mirándola a esos ojos azules y asustados, sintiendo cómo su pulso se ralentiza bajo mis dedos… Descargo la furia contra el banco y lo estrello contra la pared de una patada. Mis compañeros me miran perplejos mientras voy hacia la sauna sin mirar atrás.

Unos pasos rápidos me siguen por el pasillo.

—¡Eres un deportista mimado que solo sabe llorar cuando alguien le lleva la contraria! —me grita a la espalda.

Freno en seco.

¿Mimado? Recuerdo a mis padres y la rabia se convierte en algo cruel y mezquino mientras siento que los pulmones me arden con el agua de aquella bañera. Con los gritos de Grayson, las manos despiadadas de mi madre y el abrazo falso de mi padre. El pequeño River está sollozando sobre las baldosas encharcadas, murmurando mi nombre mientras yo tiemblo de pánico. Y el osito de peluche está empapado en el suelo, como un recordatorio de que nuestros padres no son de fiar. Solo nos tenemos a nosotros. Y una parte de mí siempre vivirá en aquella bañera.

—¿Mimado? —replico con sorna—. ¡Vete al infierno!

—¡Eres como un oso! —me grita, y desde el pasillo se escuchan unos resoplidos de risa—. Un oso grande y salvaje, que solo sabe atacar cuando se siente en peligro. Vamos, huye. No se puede razonar contigo.

Me doy la vuelta y le sonrío como lo que soy: no un mimado, sino un absoluto y completo desquiciado al que acaba de llevar al límite. Y yo, cuando cruzo el límite, muerdo como esos perros a los que acorralan contra la pared.

—Cuidado, Katerina —murmuro, ensanchando la sonrisa—. Ya sabes que muchas mujeres prefieren quedarse a solas con un oso antes que con un hombre.

Da un paso hacia mí con la expresión encendida y los puños apretados contra los costados, como si quisiera matarme con sus propias manos. Inclino la cabeza, deslumbrado porque esta mujer diminuta no me tenga miedo. Sus ojos ya no son como el cielo de Alaska, sino como el mar de Sicilia bañado por el sol matutino. Un

mar en el que me ahogaría con gusto para arrastrarla hasta el fondo conmigo.

—Te dije que nadie me llama así —me recuerda, molesta.

¿Ni siquiera su novio? Por cómo me mira, ya sé la respuesta.

—Por eso reaccionas así cada vez que lo pronuncio —comprendo.

Observo con perversa fascinación el vello erizado de sus brazos pálidos y pecosos. Puede mentirme a la cara, pero su cuerpo la delata. Me río por lo bajo, disfrutando del efecto que causo en ella. Porque ahora sé que esta mujer de hielo no es tan distante conmigo como aparentaba, y eso es una pequeña victoria para mi ego.

Al darse cuenta de dónde tengo los ojos, me lanza una mirada crispada y mueve los brazos, como si intentara protegerse de mi escrutinio.

—¿Así cómo? —farfulla.

—Como si odiaras lo mucho que te gusta.

—Odio lo mucho que tú crees que me afecta por las razones equivocadas. Y odio que te comportes como un osito malcriado y gruñón porque no soportas que te mande una mujer.

—Yo no tengo ningún problema con que me mande una mujer —respondo, ofendido—. Siempre he pensado que las mujeres son mejores líderes que los hombres. El problema lo tengo contigo, porque no me gustas una mierda.

—Si quieres, me echo a llorar, osito endemoniado —comenta, aburrida.

Ah, carajo. Por ahí no paso.

Puede compararme con un oso, pero no pienso permitir que use ese maldito apodo que me pusieron durante mi primer partido. Aún me escuece recordar cómo sonreía como un idiota feliz, creyendo que la afición me gritaba «fenómeno», cuando, en realidad, aquel día me bautizaron como «demonio». Fue un momento demasiado humillante como para olvidarlo.

No me ve venir. Sé que tiene buenos reflejos —siempre la estoy observando moverse por el gimnasio—, pero yo soy capaz de lanzar un disco a cien kilómetros por hora, así que agarro la punta de su trenza antes de que pestañee.

—Si soy un oso… —levanto la trenza entre mis dedos—, supongo que debería despellejarte viva, *Katerina*.

Desvía esa mirada de acero hacia mis dedos, con los que acaricio su pelo, de ese maldito color que me trae tan malos recuerdos. En vez de apartarse o ponerse nerviosa, da un paso más hacia mí. Y con una rapidez que no esperaba, me sujeta la muñeca, hace un giro y me obliga a soltar su trenza. Ha sido un movimiento preciso y limpio.

¿Qué cojones acaba de pasar?

Aún sigo aturdido cuando ella me sonríe con dulzura y se inclina hacia mí.

—Inténtalo —susurra—, y haré que te tragues tus propios dientes.

Sus dedos pequeños se deslizan por mi piel, lentos y calculadores. No mentiré; siento esa caricia hasta la punta de la polla, que da una sacudida dentro de mis pantalones. No sé cómo logro controlar la necesidad de estrellarla contra las taquillas y clavarle los dientes en el cuello.

—Las mujeres violentas me la ponen dura.

Ella alza una ceja.

—¿Qué has dicho?

Mierda. ¿He hablado en voz alta?

Por fin me suelta, se cruza de brazos y me mira fijamente. El peso de la vergüenza me oprime la tráquea. A veces mis pensamientos son tan intensos que se me escapan sin darme cuenta. Y esta maldita mujer, que me observa con el ceño fruncido, está por todas partes, zumbando en mi cabeza como una molesta avispa.

La odio. Hostia. Aunque me empalme cada vez que piense en ella.

—Que sepas que las tiré.

—¿Qué?

—Tus bragas —escupo—. No te creas tan importante.

—De todas las cosas que podrían preocuparme —contesta con sequedad—, que seas un pervertido nunca ha sido una de ellas.

Entonces, ¿por qué demonios me siento como uno ahora mismo?

—Así que te doy la oportunidad de disculparte por ese comentario tan fuera de lugar.

—No puedo —murmuro, cabizbajo—. Porque sí que me la pones dura. —Ella se sobresalta—. Odiarte me la pone durísima. —Abre mucho los ojos. Esbozo una sonrisa cargada de autodesprecio y añado—: Es una sensación enfermiza que no le deseo ni a mi peor enemigo.

Ella baja la vista hacia mi entrepierna, como si quisiera comprobar que me estoy marcando un farol. Al ver el bulto que se aprecia debajo de los pantalones, se le escapa un gemido de sorpresa. Ese sonidito va directo a mi polla. Y lo empeora.

—Te odio tanto que no puedo dejar de pensar en ti —confieso con aspereza. Bajo la vista hacia sus labios, con la sangre hirviéndome en las venas. La rabia me arde en el pecho cuando acerco mi boca a la suya y le digo—: Es asqueroso.

16



Katya

—Estás fatal —suelto, con los ojos clavados en la erección que se aprecia bajo la tela de su pantalón de chándal.

A la mierda mi tapadera. Al infierno el trabajo, este hombre tan complicado y el calor que me nubla el juicio cada vez que estamos demasiado cerca. Estoy a punto de golpearlo y asumir que Logan me despedirá justo cuando oímos acercarse unas pisadas. Zane me agarra por la cintura, me alza del suelo como si no pesara nada y me arrastra hasta el otro lado del vestuario, escondiéndonos en el hueco entre dos armarios de taquillas.

—¿Qué demonios crees que…?

Las palabras mueren en mi boca cuando me la tapa con una mano. Sus ojos color miel arden contra los míos, ordenándome que me calle mientras las pisadas y las risas se acercan. Reconozco las voces de Paul y Alfred, dos jugadores del equipo, bromeando sobre una falta del partido anterior. Podría quitarme a Zane de encima, pero entonces me percato de dónde nos encontramos. Estaba tan furiosa con él que lo he seguido hacia la sauna masculina ubicada justo en la entrada del vestuario. Si alguno de sus compañeros nos encuentra aquí, sacará conclusiones equivocadas. Y lo último que necesito es que el entrenador o algún miembro del comité deportivo me eche la bronca por pensar que me estoy acostando con la estrellita mimada del equipo.

Zane es enorme, así que no le queda más remedio que empujarme contra la pared para ocultarnos. Lo he tenido una hora y media haciendo ejercicios de pilates, a pesar de que ya está más que recuperado de la lesión del tobillo. Pero en la última semana hemos neutralizado varias amenazas y, hace apenas dos días, tres

hombres de la 'Ndrangheta intentaron allanar su casa mientras él veía por cuarta vez *Mamma Mia* y tarareaba *Dancing Queen* con un helado de fresa en la mano. Brandon y Reyes los interceptaron justo cuando se colaban por el garaje. A mis compañeros les hizo gracia que un tipo de casi dos metros y que reparte hostias como si fueran caramelos se emocionara tanto con ABBA…, pero al menos Zane no se enteró de nada.

Dominic Falsone no descansará hasta conseguir su cabeza.

Desde entonces, el protocolo es claro: mantener a Zane alejado de la pista de hielo. Si alguien lo ataca durante un partido, no hay cobertura posible. Este estadio puede acoger a más de dieciocho mil personas, es decir, dieciocho mil potenciales sospechosos: hinchas exaltados, periodistas, francotiradores escondidos detrás de un padre de familia… Permitir que Zane juegue un partido sería firmar su sentencia de muerte. Y Grayson Knight ha sido tajante al respecto: no escatimará en recursos para proteger a su hermano. Además, podemos contar con su equipo de seguridad, pero Zane tiene que estar fuera del hielo hasta nuevo aviso.

Así que me toca ser la mala de la película y mantenerlo ocupado con entrenamientos absurdos mientras mis compañeros siguen limpiando la zona. Ya no sé qué más inventarme. Es evidente que Zane está recuperado de la lesión: él muy animal ni siquiera suda durante los entrenamientos. ¡Ni se inmuta! Se limita a mirarme como si quisiera estamparme contra el banco de pesas, a crujirse los nudillos como si los calentara para partirme la cara y a beber Gatorade como un búfalo sediento al que acaban de soltar en mitad del desierto.

Juro por Dios que nunca he visto a un hombre comer tanto. A las once de la mañana ya lo he visto zamparse cuatro plátanos, tres botellas de Gatorade y una bandeja entera de pechugas de pollo con arroz. Estoy convencida de que, si alguien se atreve a robarle su batido de proteínas, le arrancaría el brazo de un mordisco, lo picaría en la batidora y se lo bebería directamente del vaso sin pestañear, como si fuera un *smoothie* de venganza. Lo peor es que ese cuerpo no tiene un gramo de grasa: solo músculos sobre músculos, venas

marcadas y un cuello que parece esculpido para romper cosas… o sujetarme contra la pared.

LO ODIO.

Él dice que me odia, pero yo lo odio mucho más. Es un sentimiento corrosivo que consume cada uno de mis pensamientos. Supongo que debe quemar calorías solo con odiarme, y aun así, yo gasto el doble detestándolo. Porque odio con todas mis fuerzas a este gigante gruñón y cavernícola con impulsos violentos, cero autocontrol emocional y metabolismo de superhéroe.

Y, sin embargo, en este momento, con su cuerpo pegado al mío, siento esa presión adictiva en cada terminación nerviosa.

Su pecho aplastado contra mis pechos. Su abdomen —duro como una roca— exudando un calor delicioso. Su muslo encajado entre mis piernas. Y esa erección brutal empujando contra mi cadera. Si pudiera, apretaría las piernas para contener esta sensación. Porque me siento borracha, avariciosa y terriblemente excitada.

La mano con la que me tapa la boca es más grande que mi dignidad y me cubre media cara.

Oh, sí, lo odio. Puede que lo odie muchísimo, pero mi cuerpo no piensa lo mismo. Mi cuerpo… lo necesita y quiere más.

Mientras me tiene atrapada contra la pared, vigilando que sus compañeros no nos descubran, no puedo evitar pensar algo: si Zane devora la comida como un animal hambriento, entonces debe ser el tipo de hombre que, cuando se acuesta con una mujer, también le come *otras cosas* con el mismo entusiasmo.

Una ola de calor me obliga a apretar los muslos. Él lo nota, deja de vigilar el pasillo por el que se acercan sus compañeros y me mira fijamente.

Trago saliva.

La fantasía de tenerlo con la cara enterrada entre mis piernas me golpea con la fuerza de una bomba.

Zane malinterpreta mi expresión y me lanza una mirada de advertencia para que me esté quieta y no haga ruido. Me mantiene pegada a la pared, ocultándome con su cuerpo con una posesividad que… Cielo santo, me pone aún más cachonda. Y, mientras Paul y

Alfred siguen riéndose y bromeando sobre el partido, yo siento su respiración en el cuello y sus dedos callosos en la cintura.

El calor de su cuerpo me envuelve como una manta. Sus ojos siguen clavados en los míos, aunque mira de soslayo hacia sus compañeros cada poco tiempo. Él se preocupa porque no nos pillen… y yo solo puedo pensar en cómo me sentiría si me tratara como a una animadora. Si deslizara la boca sobre la mía y metiera la mano por debajo de mi pantalón.

El corazón me va a mil por hora y tengo el cerebro abotargado de pensamientos que me gritan cosas de lo más confusas. Los pasos se alejan y la erección contra mi cadera se vuelve más descarada y cruel…

Nunca me había sentido así. Ni con Logan ni con ningún otro hombre.

Esta necesidad me quema y me enloquece.

Dios, me repugna lo mucho que me gusta. Por eso, en cuanto dejo de escuchar las voces de sus compañeros, le muerdo la mano con fuerza. Lo hago para que se aleje de una vez, pero Zane baja la cabeza hasta rozarme la sien con la boca, provocándome un escalofrío por toda la columna. Y, con una voz rasposa que se cuela entre mis piernas como una caricia, me susurra:

—Si haces eso, lo empeoras. —Se señala la erección con la cabeza.

Retira la mano despacio, empujando mi labio inferior hacia abajo con el pulgar. Me cuesta horrores no volver a clavarle los dientes, esta vez en el dedo. La garganta me arde con una mezcla de adrenalina, deseo y bochorno impropia de mí. Esta no soy yo.

No. Soy. Yo.

Katya —exmilitar, guardaespaldas, profesional— es fría como un témpano, nunca pierde la compostura ni olvida cuál es su lugar, que no es, precisamente, entre los brazos de este cavernícola con abdominales de mármol.

—Quítame tu asquerosa mano de encima —siseo.

Desliza los dedos por mi mandíbula como si no tuviera prisa. Como si, de hecho, le divirtiera verme a punto de explotar. Las comisuras de sus labios se curvan en una sonrisa despreciable.

—No me ha dado la impresión de que te pareciera asquerosa.

—Eres repugnante —escupo, enroscando el labio superior. Y entonces digo algo mezquino, algo que sé que le va a golpear justo donde más le duele—: Estás loco.

Un sonido áspero brota de su garganta. Echa la cabeza hacia atrás y el sonido de su risa me estremece casi tanto como el roce de sus dedos en mi mejilla.

—¿Loco? —se burla—. Eso es demasiado amable para definirme, Katerina. Los locos no son conscientes de lo que hacen. Yo, en cambio, asumo todas y cada una de las consecuencias de lo que quiero hacerte. —Sonríe de una forma que me acelera el corazón—. Y las disfrutaré.

Estoy tan aturdida que no lo veo venir cuando me agarra del cuello. Sus dedos se cierran alrededor de mi garganta y apoya la frente en la mía. Los ojos le brillan con algo más retorcido y cruel que el odio.

—Eres una jodida pesadilla —dice con una resignación que me eriza la piel—. ¿Sabes qué es lo peor de las pesadillas, Katerina? Que también son sueños. Y, a veces, lo sueños se hacen realidad.

Me mira la boca, me aprieta más el cuello y murmura contra mis labios:

—A veces sueño que te follo solo para castigarte.

Esa declaración va directa a mi orgullo y a una parte de mí igual de retorcida que la suya. Furiosa, le planto una mano en el pecho.

—¿Y en tus jodidas fantasías lo disfruto? —escupo, con la voz vibrando de rabia.

Gira la cabeza y me arranca un suspiro al rozarme los labios con los suyos. No me esperaba que su boca fuera tan cálida y suave. Y, cuando la desliza hasta la unión de mi cuello con la oreja y me acaricia esa zona tan sensible con los dientes, agradezco que me tenga contra la pared, porque las piernas no me sostienen.

—Siempre me pides más —me responde al oído con un tono arrogante que me descompone—. Y me dejas hacerte lo que me da la gana. —Me clava los dedos de la otra mano en la cadera—. Y me das las gracias cuando termino.

Lo agarro de la camiseta con la intención de… no lo sé. Porque en cuanto empuja la pelvis contra la mía y siento cada centímetro de esa erección descomunal en el muslo, me olvido de lo que iba a hacer. Y, cuando sus labios me rozan el cuello, sé que estoy perdida mucho antes de que me muerda cerca del hombro.

—¿Lo ves? —gruñe, volviendo a empujar la pelvis contra mí con una presión que incendia cada centímetro de mi cuerpo—. Mi polla está tan dura por tu culpa.

El gemido que brota de mis labios es indecente. Casi tanto como derretirme cuando su lengua se desliza por la misma zona donde me ha mordido.

—Por tu puta culpa. —Su boca se posa un instante en mi hombro —. Quiero arrastrarte al infierno conmigo.

Y entonces mete las manos por debajo de mi camiseta sin ningún pudor. Sus dedos ásperos me acarician la parte baja del abdomen con una lentitud tan descarada que rompe mi apreciado autocontrol en dos. Y, cuando asciende, me mira a los ojos antes de rozar el borde del sujetador deportivo.

Sé lo que va a hacer. Debería detenerlo, pero le sostengo la mirada y no me muevo… porque no puedo.

Su dedo índice se cuela por debajo y empieza a delinear el contorno de uno de mis pechos con una precisión que me deja sin aire. Respiro a duras penas, con los pezones duros y doloridos. Con los ojos ardiendo por mi reacción, Zane me muerde la barbilla al mismo tiempo que me pellizca uno de los pezones. El sollozo que se me escapa es tan profundamente obsceno que no siento ni una pizca de alivio cuando él entierra la cara en mi cuello.

—Odio que todos te miren —admite, frustrado—. Llevo una maldita semana conteniéndome para no arrancarles los ojos.

Esa confesión me devuelve una brizna de compostura.

—No necesito que me defiendan.

Zane alza el rostro hacia mí. Hay una emoción violenta y poderosa en sus ojos cuando, sin despegarlos de los míos, desliza la boca por mi clavícula, rozando mi piel como si le perteneciera.

—No te defiendo porque lo necesites. Lo hago porque me pone de los nervios que otro hijo de puta te mire como si pudiera tocarte.

—Me besa el cuello—. Y lo peor de todo es que no tengo ni idea de por qué coño me importa tanto.

Succiona la delicada piel de mi garganta con los labios y yo arrugo su camiseta entre los dedos. Cuando presiona la rodilla entre mis piernas y empuja la pelvis, estoy definitivamente perdida. La piel me arde, tengo las bragas empapadas y el corazón desbocado.

—Lo quieres, ¿verdad? —pregunta, arañándome el cuello con los dientes.

Me niego a responder, pero, cuando alza la cabeza, ambos sabemos que me lo nota en la cara.

Es humillante cómo muevo las caderas buscando más fricción.

Es vergonzoso cómo entreabro los labios cuando envuelve mi pecho con la mano… y empieza a frotar mi dolorido pezón con el pulgar.

—Mírate. Quieres mi polla.

Niego con la cabeza, furiosa y desesperada, abriendo los ojos para contener las lágrimas. Hunde la otra mano en mi pelo y tira de mi cabeza hacia él.

—Podría ponerte de rodillas y contemplar cómo te ahogas con mi polla.

Mueve la pierna y empieza a masturbarme con la rodilla. La mueve en círculos contra mi coño, presionando, frotando, torturando, tentando. Aunque podría quitármelo de encima, mi cuerpo enloquecido y traicionero acaba cediendo. Con un suspiro, dejo de resistirme, lo atraigo de la camiseta y me muevo contra él, frenética, jadeando contra su pecho.

Nunca había sentido algo así.

Este calor tórrido entre las piernas. Este hormigueo en el vientre. Esta sensación de vértigo completamente adictiva.

Me pongo de puntillas, retuerzo la tela de su camiseta y sacudo las caderas. Me froto con desesperación mientras él me tira con más fuerza del pelo y me pellizca los pezones. Podría correrme solo con esto. No: voy a correrme con esto.

—Más —suplico desesperada, con la voz rota—. Más, por favor.

Y me lo da. Empuja la rodilla contra ese punto tan sensible, enloqueciéndome, deslizando la lengua por mi garganta, besándome

el cuello y arañándome la piel con los dientes. Y, justo cuando estoy a punto de llegar al orgasmo, me aparta un mechón suelto de la trenza que se me ha pegado a la frente. Lo hace con una delicadeza que me desarma por completo.

Entonces, en mi momento más vulnerable, cuando me tiene completamente a su merced, me susurra con la voz cargada de malicia:

—¿No te da vergüenza lo cachonda que estás por un hombre que acaba de decirte que te odia? Joder, eres patética.

La furia me estalla en el pecho mientras el desconcierto y el bochorno me rompen en pedazos. Sin pensarlo, le hundo el puño en el costado con una rabia sorda que lo hace retroceder. Zane se apoya en el borde de la taquilla con un gruñido ahogado y yo me bajo la camiseta de un tirón rabioso.

Ni siquiera me alivia verlo tan sorprendido por el golpe. Sé que le ha dolido, pero no es suficiente. Quiero recuperar la dignidad a puñetazos si hace falta.

—No te vuelvas a acercar a mí en tu puta vida —suelto sin aliento.

Se acaricia el costado y baja la vista, como si no diera crédito a lo que acaba de pasar. Sus ojos se entrecierran, calculadores, y puedo adivinar todas las preguntas que se le pasan por la cabeza. Abre la boca para formular la primera justo cuando una mujer morena aparece detrás de él. Tiene una toalla colgada del cuello, la piel brillante y las mejillas sonrosadas por el entrenamiento. Primero, se fija en mí y, luego, en Zane. Una sonrisa vacilante aparece en su rostro.

—No quería interrumpir… —dice Madison, señalándose la toalla—. Solo venía a la sauna. La del vestuario femenino está estropeada y he pedido permiso para usar la masculina. Me habían dicho que no había nadie, pero si os molesto…

Zane, aún con la mano en el costado, responde con frialdad:

—Katerina y yo ya hemos terminado de entrenar.

La humillación se transforma en otro tipo de bochorno más tóxico cuando Madison le sonríe y se aparta un rizo de la cara.

—¿Te veré esta noche en la cena del equipo? —coquetea con él delante de mis narices—. Me encantaría, para variar. Seguro que lo pasaríamos muy bien.

No me quedo a escuchar su respuesta. Murmuro un «adiós» hostil que me destroza la garganta y me largo de allí más avergonzada de lo que recuerdo haber estado jamás. Y lo peor es que ni siquiera puedo alejarme de este pedazo de cabrón. No, tengo que vigilar la entrada del vestuario masculino, así que, un rato después, veo salir a Madison con una sonrisa radiante.

Me pregunto qué le habrá dicho y qué habrán hecho ahí dentro.

Lo desprecio con cada fibra de mi cuerpo, pero lo peor es que me odio todavía más a mí misma por haberle permitido llegar tan lejos. Porque no me ha obligado; he sido yo quien le ha dejado cruzar la línea. Porque he sido una imbécil, una ingenua y una imprudente. Y, cuando me permito ser débil, vuelvo a ser la mujer de hace tres años que lo arruinó todo.

17



Zane

—Zane —me dice el entrenador Clarkson, con ese tono que siempre usa cuando va a decir algo que me va a tocar los huevos—. Malas noticias: hoy tampoco juegas.

No me pilla desprevenido, por eso ni siquiera me he molestado en ponerme el uniforme. Lo sospechaba desde que esta mañana llegué al estadio y la teniente de la KGB me dio los buenos días con el ejercicio que más detesto: *burpees* con parada isométrica en plancha. He aprendido la lección: nunca volveré a jactarme de que no puede hacerme sudar, porque la muy zorra ha descubierto mi gran punto débil: la flexibilidad. Mientras me ordenaba controlar el ejercicio y yo resoplaba como un toro moribundo, se agachó para corregirme la postura y me susurró:

—¿Quieres que lo grabe para que lo vea Madison?

Hija de la gran puta.

No recuerdo haber insultado tanto a una mujer en toda mi vida. Pero cada vez que se me escapaba un «cabrona» o «bruja soviética», ella se limitaba a observarme impasible y a recordarme que luego usaríamos las bandas elásticas con la pelota de estabilidad para trabajar la respiración diafragmática. ¡La pelota! Odio la pelota; siempre acabo resbalando, cayendo de culo y quedando como un imbécil mientras mis compañeros se mean de la risa.

Pero tengo que reconocerle una cosa: es muy creativa vengándose de mí.

Contemplo a mis compañeros con una mezcla de resentimiento y envidia. Ya están vestidos y preparados para el partido, calentando en el vestuario o charlando en grupos pequeños.

—Tu entrenadora —continúa Clarkson— sigue sin verte recuperado al cien por cien. —Chasquea la lengua, como si no compartiera su opinión—. Aunque le he dicho al comité que tienes mi aprobación, ellos me han dejado bien claro que Katya manda aquí.

No sé quién cojones es esta tía. Seguro que Michael Donovan —el presidente del equipo— la ha contrato expresamente para obligarme a renunciar. No puede despedirme porque Grayson jamás lo permitiría, así que Donovan ha optado por putearme para que me largue por mi cuenta. Mi resentimiento hacia Katerina crece de golpe.

Clarkson suspira con ese aire de padre frustrado. Me habría gustado crecer con alguien como él. Tal vez las cosas habrían sido muy distintas para mis hermanos y para mí si hubiéramos tenido una figura paterna como la suya.

—Mira, hijo. —Noto un cosquilleo agradable en la nuca cuando pronuncia esa palabra. Me gusta que me llame así. Hace que me sienta valioso, como si no solo me viera como un jugador útil, sino como el hijo que le habría gustado tener. Y eso es bonito. A veces deseo que me pasen cosas bonitas—. No sé qué habrás hecho para cabrear tanto a tu entrenadora de rendimiento, pero quizá podrías disculparte. Sería un primer paso para que te dejara volver a la pista.

Ah, claro, como si yo no lo hubiera pensado. Pero no es tan sencillo; ese es el problema. Él no imagina lo que le hice a Katerina y yo llevo tres días sin poder sacármelo de la cabeza.

La humillé a propósito. Pensé que me sentiría bien, pero me enferma haberme pasado de la raya con ella.

No logro olvidar cómo movía las caderas, cómo le temblaban los muslos contra mi rodilla, el brillo de sus ojos ni la forma en que se aferró a mí. Y esos ruiditos que hizo cuando le mordí el cuello… Hostia, de solo pensarlo, ya vuelvo a empalmarme. Y estoy en mitad del vestuario.

Por supuesto que no fui a la cena del equipo. En primer lugar, no soporto a la mayoría de mis compañeros, ni tampoco la idea de que Madison me mire con esa sonrisita de que le apetece repetir. Antes

habría aceptado sin dudar, porque está buena y me deja follármela duro por detrás, pero ahora… no me interesa.

Me repugna follarme a otra mientras pienso en ella. En Katerina y en cómo me miró antes de golpearme —pega sorprendentemente duro, por cierto—. En cómo me gritó que no volviera a acercarme a ella en mi puta vida.

Y me odio por cómo la traté. Yo no soy así. O, al menos, nunca he sido cruel con una mujer a propósito, porque eso habría puesto muy triste a mi difunta madre. Y, dondequiera que esté, no me gustaría que se sintiera avergonzada de mí. No, yo les doy lo que quieren: agarrones del cuello, tirones de pelo, empotramientos contra la pared, palabras sucias…, pero nunca las hago sentir como unas putas después de acostarme con ellas.

Me odio por cómo la traté.

Pero, sobre todo, me odio porque lo hice a propósito. Quería hacerla pedazos, castigarla y denigrarla, porque la idea de que me importe su opinión me revuelve las tripas. Y ahora ella me trata como todos los demás: como si fuera un bruto sin cerebro. El que solo sirve para machacar rivales en el hielo y para hacer pasar un buen rato a las mujeres antes de que se fijen en el hombre que sí vale la pena: el que les pone el anillo en el dedo y con el que forman una familia.

Nunca seré ese hombre.

Tal vez por eso me he masturbado cinco veces en la ducha pensando en su pelo rubio —que no me gusta—, en mi mano en su cuello y en sus pezones duros bajo mis dedos. Tal vez por eso no he dejado de escuchar ese sonido ahogado que hizo cuando la apreté contra la pared. Porque siempre he sabido que estoy defectuoso. Por eso mi padre no me quería y mi madre hizo lo que hizo.

Soy un enfermo.

Ahora Katerina es más fría que antes, me ordena que haga más flexiones y me corrige la postura tocándome con cara de asco.

Sí, carajo. Estoy resentido, confuso y muy cansado. Hoy me importa todo una mierda. Solo quiero refugiarme en esa casa que ni siquiera considero mi hogar, ver *El rey león* y zamparme un kilo de chuletas de cerdo con una birra.

Katerina y los demás pueden irse al infierno. Por eso camino hacia mi taquilla, esquivando a los compañeros que se ajustan las espinilleras mientras hablan entre ellos. En cuanto abro la puerta, algo blando me golpea en la frente.

Un montón de ositos de peluche llueven de mi taquilla y se desploman sobre mí. Parece que alguien me ha vomitado un puto parque infantil encima.

—¡Pero qué cojones! —mascullo, sacudiéndome los peluches de encima.

El vestuario estalla en carcajadas.

A mis pies hay un charco de ositos marrones, amarillos y celestes. Todos llevan mi nombre. Pero hay uno —más grande que el resto— que sobresale entre ellos: un oso rosa con unas bragas negras de encaje colocadas en la cabeza como un gorro.

—¡Osito! —gritan unos cuántos.

—¡Osito endemoniado!

—¡Osito Knight!

Así que oyeron cómo me llamó. Genial.

Todos se echan a reír. Algunos incluso se han tirado al suelo, con lágrimas en los ojos. Y yo estoy ahí, justo en el centro, como un maldito crío rodeado de ositos de peluche. Es como si estuviera de nuevo en el instituto, cuando los matones de turno leían en voz alta aquella carta de amor. El calor me sube por la cara mientras aprieto un oso lila entre los dedos.

—¿Quién ha sido? —truena Clarkson, pateando un osito—. ¿Os parece gracioso?

Pero nadie le hace caso. Algunos juegan a lanzarse los osos y otros siguen doblados de la risa.

—¡Qué bonitas son las bragas de Madison! —grita Chad.

La ira me sube como ácido por el estómago.

No tienen derecho a mirarlas. Ni a tocarlas. Le voy a arrancar las manos al que haya sido.

Porque no son de Madison, joder.

Esas son las bragas de Katerina, las que ella cree que tiré y que he guardado todo este tiempo como el enfermo que soy.

Aunque estamos en el vestuario, ella está ahí, junto a la puerta, con la *tablet* en una mano, muy quieta, como si no supiera qué hacer. Todos estamos vestidos y lleva la acreditación colgada del cuello, así que seguramente estaba hablando con el fisioterapeuta.

Pero no es su presencia lo que me deja paralizado, sino su expresión pálida y aturdida. Tiene los ojos clavados en sus bragas negras, que descansan en la cabeza del oso. Cuando alza la vista, nuestros ojos se encuentran y la furia, la vergüenza y el asco me explotan en el pecho.

De pronto, ya no soy el Demonio de los Guardians, sino el chico al que ridiculizaron delante de todo el instituto. El que vio cómo leían su carta de amor en voz alta y tuvo que aguantar las burlas de todos. Pero, esta vez, Grayson y River no están aquí para defenderme y no puedo ponerme detrás de ellos para que nadie se ría de mí. El mundo se me viene encima. Ahora estoy solo, con un oso rosa entre los pies y las bragas de Katerina a plena vista de todos.

Me agacho, cojo las bragas, las aplasto con fuerza en la mano y las meto de golpe en la taquilla. Cierro la puerta con tanta fuerza que el vestuario se queda en silencio.

Ya nadie se ríe, pero me arde la cara.

Un puto oso, ¿eh?

No tienen ni idea. Porque lo que hay dentro de mí no es un oso —ojalá lo fuera—, sino una bestia hambrienta de violencia. Ya no puedo hacer nada por detenerla. He intentado guardarla en el lugar más oscuro de mi alma, pero ellos la han desatado. Que se atengan a las consecuencias.

Apoyo las manos en la taquilla, cierro los ojos y me echo a reír como un completo perturbado. Ya ni siquiera susurran; se han quedado callados. Bien. Espero que les haya parecido la hostia de gracioso, porque me han hecho quedar como un maldito bufón delante de ella.

Me importa una mierda lo que diga. Hoy salgo al hielo. Y, si alguien intenta pararme, lo reventaré contra el cristal.

18



Zane

No estoy convocado oficialmente, pero voy a entrar al hielo por mis santos cojones. Porque ella podrá tener mucho poder, pero yo soy el mejor jugador de los Guardians. Y estoy hasta los huevos de que me subestimen.

El vestuario está vacío cuando me acerco por la espalda a Tyler, el defensa que me ha sustituido en los dos últimos partidos. Ha vuelto porque no encontraba ese colgante de la suerte que siempre lleva en los partidos, y que no sabe que he escondido en su taquilla, dentro de un calcetín. Tyler y yo tenemos una complexión bastante parecida, por eso, aunque le saco varios centímetros, las diferencias no se aprecian a primera vista.

Es un buen tío; no me ha hecho nada. Pero, por desgracia para él, es mi pasaporte al hielo. Y nadie se interpone en mi camino cuando quiero algo. Esbozando una sonrisa siniestra —esa que Winter dice que da mal rollo—, lo paro en seco antes de que cruce la puerta.

—Dame tu camiseta.

Puede que seamos físicamente parecidos, pero su actitud es la de un crío en un entierro. Me repugna que me hayan cambiado por un pusilánime que no está dispuesto a partirse la cara con los rivales para salvarles el culo a sus compañeros, aunque no se lo merezcan. Si me plantara cara, lo respetaría, en serio. Sin embargo, mi sustituto parpadea confuso y levanta los brazos en señal de paz.

—Oye, Zane, si esto es por lo de los peluches, yo no te tenido nada que ver, te lo juro —se defiende sin bajar las manos—. Tampoco tengo ni idea de quién ha sido.

Mi sonrisa no mengua. Es una mueca más siniestra que la del payaso ese que se come a los niños. El temblor de sus manos me provoca una oleada de desprecio. No quiero agarrarlo de la camiseta, pero ya está hecho. No quiero ponerme agresivo con él, pero ya lo estoy zarandeando, con la cara a escasos centímetros de la suya.

—Tu camiseta —escupo entre dientes—. Ya.

—¡Se rumorea que fueron Chad y Tony! —exclama con tono estrangulado—. ¡Eso es todo lo que sé!

Lo suelto de un empujón que lo estrella contra la pared de azulejos. Este tipo no merece ni el esfuerzo de destrozarme los nudillos. Pienso en mi madre, en lo triste y defraudada que se sentiría de mí; en las palabras que me dijo antes de meterme a la fuerza en aquella bañera, cuando yo solo era un crío que confiaba en ella: «Tú eres como yo. Estás roto. Eres un demonio. No tienes arreglo». Fue la primera vez que alguien me llamó «demonio». Solo tenía siete años.

Si llevan toda la vida tratándome como un monstruo —incluso mi propia madre—, entonces, supongo que debo comportarme como uno.

—No me jode que se rían de mí —le aclaro, crujiéndome los nudillos—. Me jode que me sustituya un tipo que tiembla cuando le quiero arrancar la camiseta. Si intentaran quitármela a mí, tendrían que arrancármela hecha jirones y rezar para no llevarse una hostia con ella.

—Yo no he intentado quitarte el puesto ni quiero problemas…

—¡Aunque esos cabrones se burlen de mí, yo soy el que los protege en el hielo! —rujo sobre su cara—. No porque se lo merezcan, sino porque es lo único para lo que sirvo. Soy un bruto que se parte la cara por ellos para que puedan marcar goles. ¡Así que dame la puta camiseta para que pueda hacer lo que todos esperan de mí!

Tyler se resiste… durante un puñado de segundos. No me cuesta arrancarle la camiseta de un tirón por la cabeza. ¿No querían un puto monstruo? Pues aquí lo tienen, que lo disfruten.

Las emociones me golpean con la fuerza de un huracán al salir del vestuario: la euforia, el autodesprecio, las ganas de arrasar en el campo y, a la vez, de regresar al vestuario y pedirle perdón a Tyler. Odio vivir dentro de mi cabeza; no se lo deseo ni a mi peor enemigo. Odio ser la clase de hombre que siente una necesidad enfermiza por llegar al hielo y, al mismo tiempo, un asco intenso por haberle arrebatado la camiseta a un tipo que ni siquiera podía mirarme a los ojos. Freno al doblar la esquina y me miro las manos con las que lo he empujado y zarandeado como si fuera un muñeco.

Ojalá Grayson estuviera aquí para reñirme. Pero estoy solo y esto es lo que soy: un tipo adicto al *hockey* que cruzaría cualquier límite por su mayor droga. Un patán que guarda las bragas de una mujer a la que odia en la taquilla y del que sus compañeros se ríen a sus espaldas.

Me odio por haberlo pagado con Tyler.

Me odio por haberlo disfrutado.

Y, sobre todo, me odio por haberles dado la razón a todos los que piensan que soy un animal salvaje que solo sirve para aplastar a los rivales. Y lo peor es que, debajo de esa culpa, hay una sensación de triunfo por haber conseguido lo que quería.

Joder, cualquier psicoterapeuta se frotaría las manos conmigo.

La rabia, el alivio, la excitación, el poder y la vergüenza chisporrotean dentro de mí como un incendio. No sé quién soy ahora mismo, pero sí sé que estoy a un paso de perder el control. Cuando alguien del personal técnico me indica que me reúna en el túnel con mis compañeros, salgo disparado, con la cabeza gacha y un hormigueo eléctrico recorriéndome la piel.

No puedo parar.

Ya es tarde para arrepentirme.

Salgo al túnel y me reúno con mis compañeros. Llevo el casco puesto y la visera bajada. Uno de ellos me grita:

—¡Suerte, Tyler!

Ya está hecho. Entro al hielo con su número en la espalda.

19



Zane

Los gritos de la afición son música para mis oídos mientras calentamos. Por encima de los «¡Arriba, Guardians!» escucho cómo exigen «¡Queremos al Demonio!» y «¡Que salga el número nueve!». Los Guardians acumulamos dos derrotas seguidas desde que yo no estoy ahí para quitarles a los rivales de encima.

Y entonces aparece el número cero cero.

Flappy.

La mascota del equipo; un águila que se burla de los hinchas agresivos, adorado por la afición y cuatro veces ganador del NHL Mascot Community Award, el premio que se otorga anualmente a la mascota que «más destacó en su comunidad durante la temporada anterior». Si eso significa tocarle la moral al equipo contrario y burlarse de mí siempre que puede, entonces sí, se merece el maldito premio.

El público deja de corear mi nombre y comienza a aplaudir a Flappy cuando entra en la pista. Choca los puños con todos los jugadores, uno por uno. Yo me quedo muy quieto cuando llega hasta mí porque siempre me ignora. A veces se viste de Demonio y otras se pone a bailar a mi alrededor, aunque lo amenace con desplumarlo. La primera vez que salí al hielo, quise chocar los puños —como los demás—, y el muy cabrón retiró la mano y se acarició la cresta de plumas. Aquel vacile salió en todos los periódicos y fue viral en TikTok. A él lo llamarón *crack* y a mí, pringado. Los comentarios aún me escuecen.

Odio a ese puto pájaro.

Tiene dos objetivos en la vida: animar a la afición y tocarme los cojones.

Si aún no lo he lanzado por encima del cristal, no ha sido por falta de ganas, sino porque Flappy es adorado por los niños. Los visita en los hospitales, va en Navidad a los centros de acogida y les lee cuentos en los colegios. Es como una especie de superhéroe. Y yo tengo debilidad por los críos; nunca me perdonaría hacerlos llorar.

—¡Eh, Ty! —Flappy sigue con el brazo extendido hacia mí—. ¡Haz un buen trabajo sustituyendo a cierto demonio que ha decidido esconderse bajo la cama!

Algún día lo mataré.

Le devuelvo el puño de mala gana, con ganas de estrellárselo en el pico, pero lo hago con tanta fuerza que se resbala y se golpea contra Paul, que está justo detrás.

—¡Menuda fuerza! —exclama, dándome un golpecito amistoso en el bíceps.

La afición se parte de risa y el águila se aleja patinando para hacer su numerito en medio de la pista. Salta, gira y baila. Los niños lo llaman aporreando la mampara de plexiglás. Eso me arranca una sonrisa y me quita un poco de resentimiento… hasta que el estadio estalla:

—¡DEMONIO!

—¡QUEREMOS AL DEMONIO!

—¡ZANE! ¡ZANE! ¡ZANE!

Flappy se lleva una mano a la oreja como si no los oyera. Los críos golpean el cristal y le gritan mi nombre. Entonces la mascota asiente y dobla el dedo pulgar, el corazón y el anular. Y cuando los niños se ponen a saltar, el pajarraco saca unos cuernos rojos del bolsillo del pantalón y se los pone en la cabeza. Comienza a menear el culo y me hierve la sangre.

Pero eso no es todo, claro que no. La mascota se levanta la camiseta y muestra mi cara rabiosa justo en el centro de su pecho. Aparezco enseñando los dientes y con la nariz torcida, recuerdo del partido en el que acabé a puñetazos con un defensa de los Warriors.

Flappy hace una pausa dramática en mitad del hielo, inclina la cabeza como si estuviera escuchando un mensaje divino y, de

pronto, empieza a bailar, golpeándose justo sobre mi cara, como si quisiera despertarme. Luego lanza un rugido exagerado y bate las alas como si estuviera poseído por un demonio. Para rematar, los cuernos rojos se iluminan con un destello eléctrico, como si estuviera en medio de un concierto de AC/DC.

La afición se parte de risa.

Ojalá pudiera decir que solo me cabrea, pero también me resulta humillante. Ese maldito pájaro sabe exactamente dónde apretar para dejarme como un gilipollas delante de todo el mundo.

Me entran ganas de empujarlo por encima del cristal para ver si vuela de verdad. El público sigue gritando mi nombre entre risas. Y a mí me arden la cara y el alma mientras busco a mis hermanos en sus asientos, pero no están.

Grayson no me mirará orgulloso cuando marque un gol.

River y Winter no insultarán al árbitro cuando me pite una falta.

Josh no me grabará para enseñarme en casa las mejores jugadas.

Ava no aplaudirá y gritará mi nombre.

Estoy solo.

Flappy continúa burlándose de mí. Justo entonces, al fondo del túnel, aparece una mujer rubia. Tiene la expresión descompuesta, el teléfono pegado a la cara y la mirada nerviosa. Echa a correr hacia el banquillo buscando a alguien mientras grita por el móvil y niega con la cabeza.

De pronto, como si se diera cuenta de lo que ha sucedido, se gira hacia la pista y sus ojos recorren a mis compañeros hasta detenerse en mí. Aprieta el teléfono contra la mejilla y me observa fijamente. Mi Tormento Ruso es la única persona que me ha reconocido con el uniforme de Tyler. Nadie más lo ha notado, solo ella. Y eso, Dios, me hace sentir invencible. Porque para reconocerme con otro número y entre todos estos tíos enormes, debe conocer muy bien mi cuerpo. Tiene que haberme mirado demasiadas veces, ya sea con deseo o con ganas de estrangularme. No importa. Ahora sé que no me ha quitado la vista de encima en ningún momento.

Sin poder evitarlo, me subo la visera del casco y le sonrío con descaro. Katerina se queda helada y le guiño un ojo. Y pienso:

«Venga, castígame luego. Haré que cada segundo en el hielo valga la pena».

Ella abre mucho los ojos. El estadio entero ruge de emoción al reconocerme. Todos gritan mi nombre y golpean el cristal.

—¡ES ZANE!

—¡DEMONIO!

—¡ZANE KNIGHT!

—¡EL DEMONIO HA VUELTO!

Pero yo solo tengo ojos para Katerina, que me observa con las mejillas pálidas. Me bajo la visera del casco y levanto el puño.

Sí, aquí me tenéis. Soy el puto Demonio de Nueva York.

Mis compañeros no dan crédito. Cuando paso por su lado, Chad murmura con molestia:

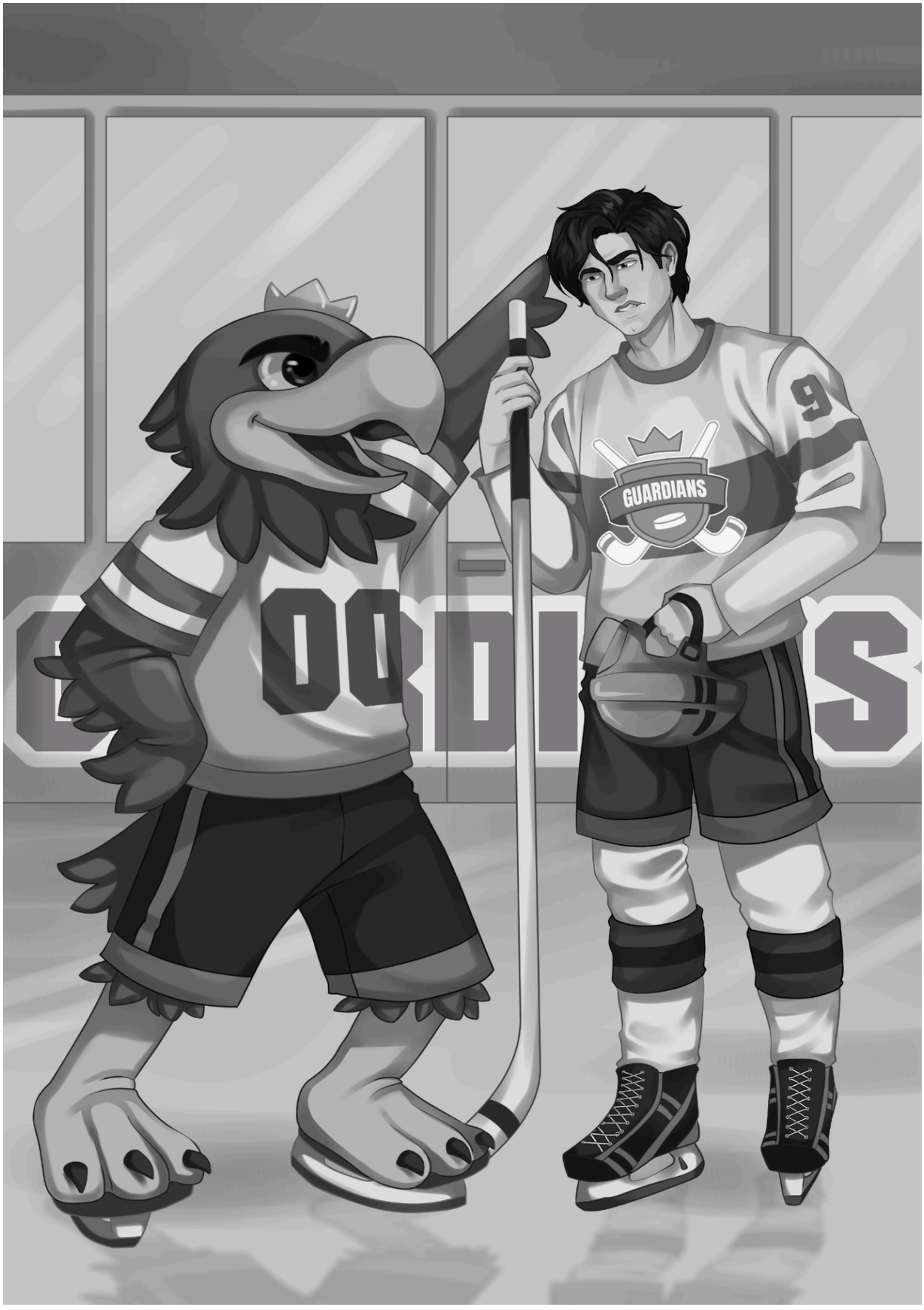
—Hay que joderse.

Por el rabillo del ojo vea a Katerina desplomarse en un asiento de la primera fila, junto al túnel y casi pegada al banquillo, como si el mundo se le viniera encima. Adelanto a Chad y le digo en voz baja:

—Tu puto oso está aquí para cubrirte las espaldas, aunque no te lo merezcas —le gruño sin mirarlo—. A ver si hoy no te meas encima cuando venga el contraataque.

Y, girándome hacia él, le doy un golpecito en el casco y añado:

—De nada, princesa.


GUARDIANS
9

20



Zane

Me lanzo a por el disco en cuanto toca el hielo. No pienso, solo actúo. El primer choque contra un rival me golpea el pecho como una descarga eléctrica. Dos semanas sin jugar son demasiado tiempo para mi escaso autocontrol. Me he sentido como un león hambriento encerrado en un maldito zoo, y ahora cada jugada es mi venganza porque me hayan privado de mi droga.

Mientras me deslizo a toda velocidad por el hielo, con los cánticos de la afición rugiéndome en los oídos, sé que he nacido para esto. Sin el *hockey*, mi vida no tiene el menor sentido. Mi padre sabía que era un animal indomable y me enseñó a usar el *hockey* como terapia. A los ocho años le confesé por primera y única vez que me daba pánico jugar con aquellos chicos tan agresivos. Él me puso una mano en el hombro y dijo con tono severo:

—Estoy harto de que causes problemas en casa y en el colegio. Si no puedes ser un niño normal, al menos sé útil. En el hielo, tus golpes valen dinero. Así que golpea antes de que te golpeen. Recuerda que las bestias solo sobreviven si muerden primero.

Para mi padre, era un salvaje.

Para mi madre, era la representación de todas las cosas que odiaba de sí misma.

Pero en la pista de hielo soy una jodida estrella.

Y pienso ganarme cada dólar que me pagan a base de sangre, sudor y rabia. Cuando el delantero de los Titans viene directo a la portería, bajo el centro de gravedad, cargo contra él y estrello mi *stick* contra el suyo. Recupero el disco y lo aparto de mi camino

empujándolo con el hombro. El rugido de las gradas me atraviesa la columna.

Por esto me quieren.

Por esto soy valioso.

Chad espera que le pase el disco, pero no lo hago. En vez de eso, avanzo entre dos defensas contrarios como si fueran conos de entrenamiento. Malditos ilusos. Soy igual de posesivo y protector con el disco que cuando acuno contra mi pecho a la pequeña Josie. Me sacudo de encima al que me engancha de la camiseta y luego esquivo al que intenta bloquearme. Aún estoy lejos de la portería cuando arqueo el cuerpo, giro la muñeca y lanzo con todas mis fuerzas. El disco vuela como una bala y el portero no logra detenerlo. Cuando entra por la escuadra, el estadio explota.

—¡DEMONIO!

—¡DE-MO-NIO!

Alzo el puño para celebrarlo y el equipo se me echa encima. Mis compañeros me abrazan mientras la afición golpea el cristal y ruge mi nombre. El orgullo y la euforia se apoderan de mí.

Entonces las luces bajan y suena *Highway to Hell*. Es la canción favorita de River, no la mía. Apropiada para el Demonio de los Guardians, no para el hombre que prefiere *Dancing Queen* y sigue emocionándose con la muerte del padre de Bambi. Aparto ese molesto pensamiento y patino hacia la mampara para celebrar el gol con la afición.

Flappy aparece corriendo por el túnel como si fuera a invadir Normandía. Lleva una bengala de humo rojo en la mano y los cuernos le parpadean en la cabeza. Se ha cambiado de camiseta. Ahora viste la mía —la buena, la del número nueve— sobre su pecho gigante cubierto de plumas.

La afición enloquece.

Flappy se arroja de rodillas y extiende los brazos como si fuera el jodido Lucifer saliendo del infierno. Señala la pantalla gigante, donde ponen la repetición de mi gol a cámara lenta; se golpea el número nueve con la palma de la mano y empieza a hacer flexiones.

—Míralo. —Paul me da una palmada en la espalda—. Te está haciendo un homenaje.

La afición aplaude y corea mi apodo. Yo sigo sin tragar a Flappy, pero reconozco que ese pajarraco tiene estilo. Se levanta de un salto, aporrea el cristal protector y me hace una reverencia exagerada.

—¡Sonríe, Demonio! —me grita—. ¡Es tu momento!

Estoy tan eufórico que se me escapa una carcajada seca y levanto el pulgar. Sin dejar de sonreír, le digo:

—Como te vuelvas a meter conmigo, te desplumo.

Flappy menea el culo como si le hubiera hecho una declaración de amor. Joder, no tiene remedio. ¿Quién habrá debajo de ese disfraz? Siempre me lo he preguntado. Es el secreto mejor guardado de los Guardians.

—¡Zane! —me grita una mujer—. ¡Aquí, por favor!

Sí, solo la miro porque me ha llamado Zane y sostiene a una bebé de mejillas regordetas frente a la mampara de plexiglás. La niña me mira con esos ojos enormes que tienen los bebés cuando todavía creen que el mundo es bueno. Me gustan los niños y los animales. Son puros, inocentes y me miran como si yo no fuera malo.

El corazón casi me explota al ver que lleva mi camiseta. No la de DEMONIO —la que viste todo el mundo—, sino una con mi nombre. Y debajo hay escrito: «Las guardianas de Zane». Estoy acostumbrado a leer «Fan número 1 de la bestia» y mierdas por el estilo, así que cuando ese ser humano diminuto me sonríe, me acerco sin pensarlo y apoyo la mano en el cristal. La bebé pone su manita y se ríe, enseñándome sus pequeños dientes. Me sonríe como si no me tuviera miedo y… como si yo fuera alguien que merece la pena.

Y, mientras mantengo la mano en el cristal, quiero ser el hombre que veo reflejado en sus ojos.

Por un segundo, me imagino saltando la mampara y llevándomela del estadio. Papá Zane y su hijita, lejos de este mundo cruel y mezquino que se ceba con los más puros. La protegería con mi vida. La acunaría contra mi pecho, le daría un biberón y le pondría lo que cojones vean ahora los bebés: *Peppa Pig*, el *Pato Donald* o el puto *Baby Shark*. Cualquier cosa con tal de escuchar algo que no sea este ruido constante en mi cabeza.

Sería bonito olvidarme del mundo y tener una hija que no pensara que soy un monstruo. Pero no es mía. Y yo nunca seré padre, porque me horroriza la idea de que una criatura inocente se parezca a mí.

—¡Eres el puto *crack*, Demonio! —Un hombre golpea la mampara con el puño—. ¡Reviéntalos a todos!

—¡Dales su merecido, animal! —añade otro.

—¡A por ellos, bestia!

—¡Vamos, Demonio, demuéstrales quién manda!

La bebé rompe a llorar y su madre la acuna con ternura. La realidad me golpea el pecho cuando el árbitro pita el tiempo muerto y las *ice girls* entran a la pista con sus palas para barrer la escarcha. El tipo que acaba de golpear la mampara les grita un montón de obscenidades. Otros babosos se suman a él, como perros salivando por un trozo de carne. Carajo, ¿no les han enseñado respeto? ¿No tienen madre, una hermana, una hija? Que las animadoras vistan minifaldas no significa que merezcan escuchar borderías sobre sus cuerpos.

Mi madre me educó para no opinar del físico de nadie ni ser el tipo de hombre que hace sentir incómodas a las mujeres. Al pensar en Katerina, se me revuelve el estómago. No, definitivamente, mi madre no estaría orgullosa de mí.

Asqueado, niego con la cabeza y voy hacia el banquillo. Bebo un trago de Gatorade mientras el entrenador no me quita la vista de encima. Parece molesto, a diferencia de los demás, quienes están eufóricos porque vamos ganando.

—¡Buen partido, Zane! —me grita Madison, lanzándome un beso con la mano.

La última vez que hizo lo mismo, fui a buscarla al vestuario tras el partido. Acabamos en su casa, la agarré del pelo y me la follé por detrás. Pero ahora finjo no haberme dado cuenta y me centro en Clarkson. Está cruzado de brazos y me observa con una decepción que me arde en el pecho.

—No estabas convocado —me reprocha—. Ya hablaremos.

Mierda.

No soporto que me mire así. Me siento como un niño al que acaban de pillar copiando en un examen. El calor me sube por el cuello y no tengo más remedio que bajar la visera del casco para que nadie note mi vergüenza.

Salgo de nuevo al hielo con la confianza resquebrajada. El partido se reanuda e intento volver a ser el Demonio de los Guardians. Mi Tormento Personal Ruso sigue sin prestar atención al juego… ni a mí. Cada vez que miro en su dirección, la encuentro con el móvil pegado a la oreja y los ojos fijos en algún punto del estadio. No sé por qué coño me importa tanto que no me vea jugar, pero una parte de mí —patética y codiciosa— desearía verla con mi camiseta, aplaudiéndome en la grada cada vez que marque un gol.

¿Con quién habla? ¿Con su novio? ¿Le habrá dicho que estuvo a punto de correrse con mi rodilla? ¿Se estará disculpando?

La sangre me hierve bajo la piel. Esa *matrioshka* diabólica es una serpiente venenosa. Una traidora. Y una embustera.

Le estoy dando demasiada importancia. Pero, Dios, no puedo evitarlo. Si tiene novio, ¿qué hizo conmigo en el vestuario? ¿Qué clase de zorra embustera se deja tocar por un hombre si ya pertenece a otro? Y, al mismo tiempo, una parte de mí —la que está más jodida, la que se parece a mi madre— me escupe en la cara una verdad que no quiero aceptar: no es solo que ella sea una infiel. Lo que de verdad me revienta es que, si lo hizo conmigo una vez, lo hará con cualquiera.

Esa idea me atraviesa el pecho como una puñalada.

Solo soy un puto capricho. Un idiota de usar y tirar. El tío al que usan para conseguir una buena follada, porque eso es para lo único que creen que valgo.

Es una maldita mentirosa, así que todo lo que pasó entre nosotros no significó nada para ella. Ni sus gemidos, ni su respiración entrecortada, ni cómo me agarró de la camiseta para que no me apartara.

Maldita sea, céntrate en el partido.

El delantero contrario se escapa por la banda izquierda. El entrenador me grita y yo me lanzo a perseguirlo; estoy lo bastante cerca para arrebatarle el disco y darle un pase perfecto a Paul, pero

freno en seco. La Kiss Cam está enfocando a Katerina y al gilipollas sentado a su lado, que la observa como si fuera el mejor día de su vida.

Ella ni lo mira mientras habla por teléfono, pero eso no lo detiene. Él le pone la asquerosa mano en el muslo y se inclina hacia ella.

Algo dentro de mí explota con la fuerza de una bomba nuclear.

Por primera vez en mi vida, me olvido de proteger a mis compañeros, del contraataque, del equipo y del *hockey*. Me olvido de los cimientos de mi mundo y patino hacia el lado contrario, con la vista fija en ese cabrón que ha osado tocarla, mientras el alma me grita una sola cosa.

Ella es mía.

Si alguien se atreve a ponerle la mano encima, el demonio que llevo dentro se hará cargo y lo arrastrará al infierno.

21



Katya

Ese cavernícola con el orgullo herido va a acabar conmigo.

La empatía que sentí por él cuando sus compañeros le gastaron la broma de los ositos de peluche se desvaneció en cuanto me di cuenta de que nos había engañado. Por lo visto, ese patinador suicida no es el imbécil por el que lo tenía, pues ha logrado colarse en la pista sin que nadie se diera cuenta.

Logan y los demás están que se suben por las paredes. Por supuesto, mi jefe no ha dejado de gritarme por teléfono, como si yo tuviera la culpa de que ese neandertal con casco haya suplantado a un compañero. Así que no me ha quedado más remedio que sentarme cerca de la pista y del banquillo para neutralizar cualquier posible amenaza. Logan, Brandon y Reyes están repartidos por el estadio, mientras que Nash ha hackeado las cámaras y monitoriza cualquier movimiento sospechoso. Yo me mantengo alerta, sin perder de vista a las potenciales amenazas.

En los últimos quince minutos ya hemos tenido varios sustos. Brandon está convencido de que el vendedor de *pretzels* pertenece a la 'Ndrangheta y lo vigila como si fuera a sacar un arma escondida bajo la bandeja en cualquier momento.

—Posible sospechoso a las doce en punto —me informa Logan por teléfono—. Varón caucásico. Sudadera azul. Rapado al cero.

—Recibido.

Giro la cabeza en su dirección justo cuando siento una mano en el muslo. Tardo tres segundos en comprender por qué las personas sentadas a mi alrededor se están riendo. Lo que faltaba, la Kiss Cam me ha enfocado. ¡No tengo tiempo para esto! ¿Por qué los americanos hacen del afecto un espectáculo público?

—Deberíamos besarnos —me dice el tipo con el entusiasmo que produce el consumo excesivo de alcohol—. Para darles lo que quieren. Escucha cómo nos aplauden.

—¡Quítatelo de encima, Katya! —me ladra Logan al teléfono.

Hay una verdad universalmente aceptada sobre los hombres: el noventa por ciento son decepcionantes y creen que las mujeres los necesitamos para resolver sus problemas de ego y sostenerles la cerveza. Alguien debería explicarles que estamos en el jodido siglo veintiuno.

Aprieto el teléfono contra la mejilla, inspiro hondo y echo un vistazo al sospechoso. Estoy segura de que solo es un hincha exaltado. La intuición no suele fallarme.

Una mano pegajosa repta por encima de mi pantalón. Si la puñetera cámara no me estuviera grabando en directo, me lo quitaría de encima antes de que el idiota pudiera pestañear. Ni siquiera tendría que soltar el teléfono; bastaría con clavarle el codo en las costillas, atraparle la muñeca y girarla hasta que entendiera que no se toca a otro ser humano sin su consentimiento. Oh, cómo lo disfrutaría. Dos movimientos, una lección inolvidable. Pero, como no puedo hacer tal cosa sin desvelar mi tapadera, le respondo con tono gélido:

—Te aconsejo que retires la mano si quieres seguir utilizándola mañana.

—¡Tampoco te pongas así! —exclama sin soltarme—. Ni siquiera me gustas. No eres para tanto.

Casi me río en su cara, porque es la típica respuesta de un cretino despechado que acaba de recibir una negativa. Pero estoy demasiado ocupada vigilando al sospechoso, que juraría que solo es un fanático deseoso de que le firmen la camiseta.

—Por lo menos me podrías mirar a la cara mientras te hablo, rubita —continúa, tan ofendido como ebrio.

Se acabó. Sin dejar de observar al fan exaltado, levanto el pie con la intención de aplastarlo contra su empeine. La Kiss Cam nos está enfocando de cintura para arriba, así que nadie se dará cuenta de cómo me lo quito de encima. Justo cuando estoy a punto de ponerlo en su sitio, un golpe seco resuena en el cristal frente a nosotros.

Las personas de la primera fila se sobresaltan cuando un puño enguantado se estrella contra la mampara, justo delante de la cara del idiota. Un rostro furioso se pega al plexiglás. El jugador se levanta la visera del casco de un tirón brusco. Zane, respirando como un toro furioso, vuelve a estrellar el puño y le grita:

—¡NI LO SUEÑES!

El hombre pega un saltito del asiento. Se queda pálido y abre la boca, pero no dice nada. Los ojos ardientes de Zane se clavan en la mano que aún tiene en mi pierna, como si estuviera decidiendo cuántos huesos romperle. Se arranca el casco de un manotazo furioso y le escupe:

—Quítale la puta mano de encima.

Me quedo tan perpleja como el monigote que tiembla a mi lado. Zane golpea el *stick* contra la mampara.

—¿Quieres morir, pedazo de cabrón? —El hombre traga saliva y niega con la cabeza—. Pues deja de tocar lo que no es tuyo antes de que salga del hielo y te enseñe lo que es una falta de verdad.

La afición se ha quedado en silencio. Yo estoy tan desconcertada como todos. El hombre por fin levanta la mano de mi muslo y balbucea una disculpa patética. Zane aún sigue mirándolo como si quisiera tirar abajo el cristal a cabezazos.

Ay, Dios mío. No puedo creer que haya montado este numerito en mitad del partido.

Zane mantiene la cara pegada al cristal hasta que el hombre toma la decisión más sensata: levantarse y elegir otro asiento libre tres filas más atrás. Los ojos del número nueve lo persiguen hasta que el tipo se desploma en la butaca. Solo entonces gira la cabeza y me mira de una forma que me roba todo el aire de los pulmones. Parece furioso conmigo. Su expresión destila terquedad, rabia y algo más que no logro descifrar.

—¿Qué coño le pasa a ese tío contigo? —brama Logan al teléfono.

Me aparto el móvil de la oreja mientras miro a los ojos al mismo hombre que odia mi pelo, me humilló hace unos días, guarda mis bragas en su taquilla y acaba de salir de un partido para amenazar a un desconocido que me estaba molestando. Zane apoya la mano en el cristal, justo a la altura de mi cara, y sus labios se entreabren

como si estuviera librando una batalla interna consigo mismo. Justo cuando creo que va a decir algo, dos jugadores que van persiguiendo el disco se estrellan contra él, derribándolo contra la mampara.

El público de las primeras filas comienza a chillar. No me doy cuenta de que yo también he gritado hasta que me levanto de un salto. Zane está tirado en el hielo, con dos tipos enormes encima. El casco descansa a sus pies.

Ay, mierda, ¡lo han matado! ¿También me echarán la culpa por esto?

Su respiración errática me quita un gran peso de encima. Suelta un gruñido y estira un brazo. Exhalo de alivio. Me digo que es solo porque, si está vivo, yo sigo conservando el trabajo. Ese gorila tatuado no me importa en absoluto. De hecho, lo odio. Por eso, mientras el equipo médico entra al hielo para atenderlo, pienso: «Gracias a Dios, por fin va a salir de la pista».

Y, por cómo resuella, juraría que se ha roto algún hueso. Sería fantástico que se hubiese partido esa mandíbula con la que me sonreía tan arrogantemente. Si está herido, permanecerá fuera del hielo una buena temporada. Será mejor para todos… y yo tendré un problema menos del que preocuparme.

22

———————— ● ————————

Katya

El olor a sudor y frustración contenida me golpea al llegar al vestuario. Daría lo que fuera por estar en otro lugar, pero pienso vigilar de cerca a este imbécil con abdominales y cero autocontrol hasta asegurarme de que llegue sano y salvo a su casa. Los gritos de mi jefe aún me taladran el tímpano: «Es culpa tuya, blablablá, exceso de límites, poco profesional, blablablá».

Joder, odio a los hombres.

Zane está tumbado en la camilla, con el pelo pegado a la frente y la expresión de un animal al que intentan meter a la fuerza en una jaula. El tobillo derecho —el de la lesión anterior— empieza a hincharse por momentos. «Maravilloso —pienso—, eso lo mantendrá alejado del hielo una buena temporada». Aunque siento cierta compasión cuando lo veo apretar los dientes y revolverse en la camilla.

El único fisioterapeuta al que aún no ha logrado ahuyentar se arremanga con cara de «otro idiota lesionado», inspira hondo —como si estuviera a punto de desactivar una bomba en un jardín de infancia— y se acerca con las manos en alto y gesto conciliador.

—Voy a echar un vistazo.

En cuanto sus dedos le rozan la piel, Zane se revuelve como un animal herido. Retira la pierna de un tirón y casi le da una patada en la cara.

—¡HE DICHO QUE NO ME TOQUES!

El grito retumba en el vestuario como un disparo. El fisio mira al médico, que se encoge de hombros.

—Necesito palpar para ver la estabilidad del ligamento. No voy a hacerte daño, pero si no colaboras…

Zane apoya los codos en la camilla e incorpora medio cuerpo, con los ojos inyectados en sangre. No parece dolorido, sino furioso con el mundo por haberlo alejado de la pista.

—Nadie me toca —sisea entre dientes.

—Es el protocolo —interviene el médico, exasperado—. Cuando antes evaluemos la lesión…

—Me importa una puta mierda la lesión. Al que me toque, le rompo las manos.

Los dos hombres retroceden de inmediato. Es increíble. ¿De verdad no piensan hacer nada? Yo permanezco apoyada en la pared con los brazos cruzados, observando a ese hombre rabioso, vulnerable y dolido al mismo tiempo. Y lo más peligroso: con el orgullo hecho trizas.

—Solo voy a comprobar el rango de movimiento. —El fisio da un paso vacilante hacia él—. Si no lo hago…

Zane le lanza la toalla a la cara con tal fuerza que el pobre hombre trastabilla hacia atrás. Uf, me ha dolido hasta a mí.

—¡Tú no! —ruge, fuera de sí. Y entonces me señala—. Solo ella puede tocarme.

Silencio.

El corazón me da un vuelco.

Zane respira de forma agitada. Me mira como si fuera su peor pesadilla y, al mismo tiempo, la cura para todos sus males. Los dos hombres se vuelven hacia mí, perplejos. Estoy tan aturdida que me doy la vuelta, pensando que se refería a otra persona, pero no hay nadie detrás de mí. Cuando vuelvo a mirarlos, ambos me observan esperanzados. Zane permanece en la camilla, enfurruñado. Es un cavernícola bipolar que acaba de señalarme como si fuera de su propiedad.

—¿Solo ella? —balbucea el fisioterapeuta.

Los ojos de Zane arden de furia.

—¿Estás sordo o qué? ¡Sí, solo ella puede tocarme!

Estoy agotada y quiero irme a casa. Hoy no será el día en el que logre comprender a Zane, me rindo. Por eso, me despego de la pared y me acerco a él con la espalda rígida.

—Estás siendo ridículo —intervengo, irritada—. Él sabe lo que hace.

—Si no vas a colaborar, lárgate. —Hace un aspaviento con la mano—. Y llévate a esos dos. Podéis iros todos al infierno. Tú la primera, Chernóbil con coleta.

Joder, cómo lo odio. Si la mafia calabresa no lo mata, acabaré yo con él. Y lo enterraré a seis metros bajo tierra en cal viva para que su espíritu no pueda atormentar a nadie más.

—Chernóbil está en Ucrania, *svarlivyy nedalekiy peshchernyy chelovek.*

—¿Qué has dicho? —brama, indignado—. ¡No me hables en ruso! ¡No puedo defenderme! Maldita seas, enana del Kremlin.

Avanzo hacia él con una sonrisa de suficiencia. Me froto las manos para calentarlas, aunque no merece que sea tan considera. Me digo que solo lo hago porque hay un helado de vainilla con trocitos de galleta esperándome en el congelador.

—Como quieras, peluchito con esteroides —se la devuelvo, y el médico ahoga un gemido al oír cómo lo llamo. Los ojos de Zane echan chispas cuando extiendo las manos hacia él. Indecisa, las aparto y le lanzo una mirada de advertencia—. Como intentes hacerme daño, te mataré.

—En todo caso lo intentarías, pepinillo radioactivo.

—Te crees muy ingenioso, ¿eh, Godzilla con casco? ¿No te habrás golpeado también en la cabeza? Aunque, con ese cerebro de cacahuete, supongo que no notaríamos demasiado la diferencia.

—Eres tan encantadora como una enfermedad venérea.

—Y tú, tan llorica como un principito con una astilla en el dedo.

—¡Maldita perra del infierno! Cuando te miro, me dan ganas de extirparme los globos oculares.

—Por favor, hazlo —respondo con una sonrisita—, así me asignarían a un jugador con más neuronas que tatuajes.

—¡Bruja soviética!

—Tranquilo, ogro mal domesticado. No pienso tocarte nada que no merezca la pena.

—Hablas demasiado para ser tan poca cosa. ¿Siempre ladran así las perritas rabiosas?

—Las perras como yo no tienen paciencia con los pacientes quejicas y miedosos —replico—. Ahora, cállate y deja de hacer el ridículo.

Zane se queda mirándome un segundo, con esa vena palpitándole en la sien, como si se estuviera planteando saltar de la camilla y estrangularme. Oh, que lo intente, porque ya estoy más que preparada para estamparle el puño en la cara. Pero, como siempre, me sorprende al soltar una carcajada ronca y grave que me estremece.

—Cómo puede alguien tan pequeña ser un puto dolor de cabeza tan grande —murmura, negando con la cabeza.

El fisio y el médico no dan crédito a nuestro intercambio verbal. ¿Qué puedo decir? Este hombre saca lo peor de mí.

Zane se recuesta en la camilla con un gruñido áspero.

—Adelante —dice con tono magnánimo, como si me estuviera haciendo un grandísimo favor—. Si alguien tiene que tocarme, serás tú. Me he llevado una hostia por tu culpa. ¡Así que arréglalo!

Perfecto. Magnífico. Maravilloso.

Así que es por eso. Al mirarlo a los ojos, veo esa emoción contenida que me hace dudar de sus verdaderas intenciones. Se sonroja desde la nariz a las mejillas, aparta la vista con brusquedad y se fija en los hombres.

—¿Queréis unas palomitas? —les grita—. ¡Largo de aquí!

No tardan ni tres segundos en salir espantados. Me trago un comentario poco profesional y acerco la mano a ese tobillo abultado, que me preocupa más de lo que estoy dispuesta a admitir. En cuanto lo rozo, salta de la camilla como si le hubiera clavado una aguja y me lanza una mirada que es puro resentimiento, como si estuviera completamente convencido de que lo he hecho a propósito solo para verlo retorcerse.

—¡Hija de…! —Se traga el insulto—. Estás disfrutando, ¿verdad?

Me muerdo los carrillos para no sonreír.

—Hielo —resuelvo—. Necesitamos mucho hielo para que te baje la hinchazón.

23

———————— ✊ ————————

Katya

Diez minutos después, estamos delante de esa bañera enorme en la que se niega a entrar. Es una de esas bañeras metálicas industriales en las que los jugadores se sumergen tras los partidos para bajar la inflamación, acelerar la recuperación y, cuando hay lesiones, evitar que el tobillo se hinche como una sandía. Está llena de cubitos de hielo.

Zane, apoyado en la muleta, observa la bañera como si lo hubieran arrojado a su peor pesadilla.

—No seas *drama queen* —me burlo.

Sé que he cometido un error cuando arroja la muleta al suelo, se aleja cojeando a la pata coja y me espeta, dolido y cabizbajo:

—Vete a la mierda.

No es nuestro intercambio habitual de insultos. Algo va mal. Este hombre enorme parece… aterrado. Lo rodeo para cortarle el paso y le toco el hombro. Zane se aparta como si lo hubiera quemado.

—No pienso meterme en una bañera. —Los músculos del cuello se le tensan—. Ni hablar.

Lo miro con el ceño fruncido, intentando descifrar qué demonios sucede.

—Es hielo, no ácido. Tienes el tobillo como una pelota, así que necesitas frío y drenaje.

—¡No pienso meterme ahí dentro!

¿Le da miedo la bañera? ¿El agua? ¿Por qué? Es gigantesco, tiene tatuajes y reparte hostias sobre el hielo a hombres igual de grandes que él. Sin embargo, parece agobiado por una simple bañera. Esto no tiene el menor sentido.

—No tienes que meter el cuerpo entero —digo con tacto—. Solo la pierna.

Permanece unos segundos clavado en el sitio, respirando como si tratara de hacerse a la idea. Al final, se rinde y se sienta en el borde con gesto de sufrimiento. Tiene la pierna al aire y el cuerpo tapado con una toalla, que aferra contra la cintura como si fuera un escudo.

—Despacio —indico—. Sumérgelo poco a poco o te va a dar un calambre.

—¡No me des órdenes!

¿He dicho ya que lo odio?

Se me pasa un poco cuando me hace caso. Al sumergir el tobillo en el agua helada, exhala un gemido gutural que me eriza el vello de los brazos.

—Diez minutos —añado, señalando el reloj de la pared—. Ni uno menos.

—Por lo menos podrías fingir que no lo estás disfrutando.

Pongo los ojos en blanco. Es como tratar con un niño enorme, caprichoso y aterrado al mismo tiempo. Me exaspera. Me fascina. Lo detesto.

Argh, necesito perderlo de vista. No pienso con claridad cuando estamos cerca.

—Te dejo solo.

No llego a dar ni dos pasos cuando su mano me agarra por la muñeca. Sus dedos envuelven mi piel como si fueran grilletes.

—Te quedas conmigo.

No es un ruego ni una orden, sino algo intermedio, caminando entre la debilidad y el orgullo hecho pedazos. Cuando levanto la vista, me encuentro con esos ojos color miel, que ahora parecen desamparados y frágiles.

No, no, no. Este es el hombre de los Twinkies. Puedo con cualquiera de sus versiones menos con esta. Carraspeo para aclararme la garganta, dispuesta a negarme. Sus dedos se ciernen más sobre mi muñeca, pero no me aprieta con fuerza, sino con una necesidad que me desarma.

—Pensé que no necesitabas una niñera —le recuerdo con retintín.

Por primera vez desde que lo conozco, no me mira con rabia ni desconfianza, sino con una emoción salvaje y desesperada.

—No te vayas —susurra, apretándome la muñeca—. Por favor.

Me suelta tras esa súplica que se me queda clavada en la nuca. Soy una soldado entrenada para reconocer el miedo del enemigo, así que sé que Zane está asustado. Pero, como todo hombre orgulloso, es incapaz de admitirlo frente a una mujer. Por eso me roza el dorso de la mano con suavidad. Esa caricia me hace soltar el aire despacio.

—Me quedo porque eres un pésimo paciente y no quiero que la líes más —contesto con el tono más profesional que logro reunir.

Zane solo se relaja cuando me siento en el borde de la bañera. Me sorprende que sea incapaz de ocultar el alivio que le produce mi presencia. No hablamos durante todo el tiempo. Diez minutos después, se niega a aceptar mi ayuda para sacar la pierna de la bañera. En fin, ya parece que vuelve a ser el mismo de siempre. La apoya sobre una toalla en el banco. La piel está enrojecida, pero la inflamación ha bajado considerablemente.

Se aparta en cuanto lo toco.

—¿Qué haces? —pregunta con recelo.

—Voy a darte un masaje drenante en ambas piernas —le explico, cogiendo el bote de crema—. Si solo trabajo la lesionada, vas a sobrecargar la otra.

—Vale —responde con tono áspero—. Pero date prisa.

—Tardaré lo que tenga que tardar y tú guardarás silencio mientras tanto.

—¿Todas las rusas son igual de mandonas que tú?

—Soy mitad estadounidense. Y la respuesta es: cállate.

—A sus órdenes —se lleva una mano a la frente—, mi desastre personal soviético.

El apodo me toma por sorpresa. No es tan mezquino como los anteriores ni suena a burla, sino a una desconcertante rendición. Aprieto los labios para no mostrar que me ha tocado la fibra.

—Debería llamar a Madison para que te cure con besitos, *durak*.

—No quiero a Madison —refunfuña, molesto—. Te quiero a ti.

Zane se da cuenta de lo que ha dicho y el sonrojo le trepa por el cuello.

—Quiero decir… Ella no es tan mandona ni insufrible como tú —se apresura a matizar—. No merece que la torturen.

—Contigo siempre me siento especial —respondo con una sonrisita venenosa, batiendo las pestañas—, como si me hubieran escupido en el café.

Masculla una palabrota, algo sobre las rubias, la Unión Soviética y las armas de destrucción masiva.

Me embadurno las manos de crema y empiezo por la pierna sana, desde el tobillo hacia arriba, con movimientos firmes y controlados. No soy fisioterapeuta, pero sí he recibido formación en primeros auxilios de combate y técnicas básicas de recuperación muscular. Durante las misiones, los militares teníamos que atendernos entre nosotros, así que estoy acostumbrada a tratar con hombres que lloriquean por el dolor, pero Zane no se queja. Solo me observa en silencio.

Mis manos se deslizan por su piel dura y cálida. Me encantaría decir que no entiendo por qué las mujeres lo encuentran atractivo, pero mentiría como una bellaca. Es todo músculos, tatuajes y vello corporal en los lugares correctos. Me quedo embobada con la serpiente que se enrosca en su muslo. Zane me pilla mirándola y frunce el ceño. Cuando le rozo la pantorrilla, cierra los ojos con fuerza, como si le costara respirar con normalidad.

—¿Bien? —pregunto con cautela.

Traga saliva y asiente una sola vez.

—Dime si te duele demasiado.

Cuando cambio a la pierna lesionada, voy con mayor cuidado. Él aprieta los dedos contra el borde del banco. Le trabajo la parte interna del muslo, intentando ignorar el calor que desprende y su respiración entrecortada.

De pronto, noto algo.

Mis nudillos rozan un bulto que antes no estaba ahí. Alzo la mirada hacia su cara petrificada. Tiene las mejillas encendidas y la boca abierta. Los ojos se me van hacia la toalla sobre sus caderas, que se ha desplazado hacia arriba.

Retiro las manos al instante, volviendo al tobillo y tratando de fingir que no he visto nada. La vergüenza le cruza la cara cuando se

inclina hacia delante y agarra la toalla para cubrirse mejor, como si quisiera desaparecer debajo de ella.

—No digas nada —me advierte con tono acerado—. Ni una palabra.

—No iba a decir nada —respondo, intentando no mirar su erección—. Es una respuesta fisiológica absolutamente normal. No tiene importancia.

En cuanto lo digo, sé que he metido la pata hasta el fondo. Se ha empalmado. Claro que está abochornado y furioso. Suelta una risa breve, desprovista de humor.

—No significa nada —repite, riendo—. Y una puta mierda.

—Estás con las hormonas disparadas, tienes el sistema nervioso en llamas después del partido, has pasado del hielo al calor, te estoy dando un masaje…

—Deja de hablarme como si fueras un robot y acaba de una maldita vez. —El bochorno se transforma en ira—. Termina el masaje y vete.

Me trago la réplica que tengo en la punta de la lengua, cojo las vendas y las enrollo con firmeza alrededor del tobillo. Parece que mi silencio lo enfurece aún más, pues explota en cuanto me pongo de pie.

—¿Te hace gracia? —escupe, con la cara a la misma altura que la mía—. ¿Estás contenta?

—¿De qué estás hablando?

—Te gusta verme así, a mí no me engañas —insiste, furioso—. Cojeando, humillado y haciendo el ridículo delante de todo el mundo.

—Definitivamente, te has dado un golpe en la cabeza.

—¡Te crees que has ganado! —estalla, dando un manotazo al agua—. ¿Estás contenta de ver que guardé tus putas bragas? ¿Te gustó ver cómo me humillaron con los ositos? ¿Te lo pasaste bien al ver cómo perdí los estribos cuando ese cabrón intentó besarte?

—¡No! —le grito, incapaz de contenerme—. ¡Me dio asco lo que te hicieron tus compañeros! ¡Me dio rabia ver cómo se reían de ti!

El calor me sube al rostro. No debería haberlo dicho, pero ya está hecho.

—Qué más te da —resopla al fin, con una risa amarga—. No es la primera vez. Ya estoy acostumbrado. No me tienen aprecio y les jode que yo sea el que les salva el culo y se lleva los aplausos. Y tú lo has disfrutado porque eres una maldita víbora que intoxica cada uno de mis pensamientos.

—¡Igual que tú disfrutaste al sonreírme en el hielo, ignorando mi orden y dejándome como una imbécil sin autoridad!

Se pone de pie, sin apoyar el tobillo herido, solo para obligarme a alzar la barbilla. Baja la cabeza con una mueca de desprecio.

—Que sepas que olvidé que las tenía guardadas.

Parpadeo, confusa.

—¿El qué?

—Tus bragas.

—Devuélvemelas.

—No me da la gana.

—¡Estás fatal!

—No dejas de decir eso como si me importara —se burla, dándome un tirón de la trenza. La retuerce entre sus dedos y la deja caer sobre mi espalda, inclinándose hasta rozarme la nariz con la suya—. Si no fueras por ahí entregándoles tus bragas a los hombres y restregándote con cualquiera a pesar de tener novio, te respetaría un poco más. Pero es difícil respetar a una mentirosa barata que se abre de piernas para el hombre al que dice no soportar.

—Habló el hombre que dice odiarme y que ha parado un partido para amenazar al tío que quería besarme. ¡No hay quien te entienda! ¡Eres patético!

—¡Te estaba molestando! —ruge.

—¡¿Y a ti qué más te da?!

No sé en qué momento me ha agarrado por los hombros. Le late la vena del cuello. Sus ojos están llenos de furia Me estremezco cuando sus labios rozan los míos. Por un doloroso instante, temo que vaya a besarme. Y lo peor es que deseo que lo haga, hasta que me suelta:

—Vete con tu puto novio de una vez.

—Me espera en casa —miento, porque lo único que hay allí es un helado y la soledad más deprimente—. Y tú puedes irte con

Madison.

Una sonrisa cruel se apodera de sus labios.

—Lo haré —promete.

24



Zane

Odio esta música.

¿Por qué el DJ no pincha algún temazo de ABBA en vez de esta mierda chundachunda? Quiero arrancarme los tímpanos. ¿Por qué la gente se abre paso a empujones? ¿Por qué se restriegan como hienas en celo que apestan a perfume y éxtasis? Ahora recuerdo por qué nunca voy a las fiestas postpartido: odio con toda mi alma las discotecas.

Da igual que estemos en un reservado, porque está a reventar de gente que no conozco y… Por el amor de Dios, ¿qué hacen aquí las animadoras? ¿Quién las ha invitado?

Chad está sentado como si fuera un rey entre dos de ellas. Paul y los demás bailan, beben o se pierden por el baño para meterse cualquier mierda. A mí no me gustan las drogas y me pongo triste cada vez que pienso en River. Le doy otro trago a la cerveza e ignoro el pinchazo del tobillo. Estoy hasta arriba de calmantes y no hay un solo músculo del cuerpo que no me duela, pero no pienso volver a esa casa de ladrillo que detesto casi tanto como este lugar.

Le dije a Katerina que me iría con Madison, pero no es con ella con quien quiero estar, así que la he estado evitando. El pecho me arde al pensar en mi entrenadora personal, que está apoyada en la barra dándome la espalda.

Carajo, no debería estar aquí. Es la última persona a la que quería ver y, aun así, siento un alivio repugnante al comprobar que no se ha ido a casa con su novio. No tiene el menor sentido. Nada en mi cabeza lo tiene. Por eso soy un desastre.

Creo que mi madre le habría hecho un favor al mundo si hubiera acabado conmigo. Cuando lo pienso, siento una amargura tan grande que me dan ganas de cortarme las venas para terminar lo que ella empezó.

Nunca he hablado con nadie del tema, excepto con la doctora Anderson, esa psiquiatra con cara de acelga a la que me obligaron a visitar de pequeño. Ella me explicó que esos pensamientos no me definían, que son impulsos fugaces provocados por el trastorno bipolar. Puede que tenga razón y sea una eminencia en psiquiatría. ¿A quién le importa? Esa mujer no vive en el infierno de mi cabeza.

No sabe lo que es despertarse con el corazón acelerado y sin motivo. No sabe lo que es sentir un desprecio tan grande hacia ti mismo que ni siquiera soportas mirarte en un espejo. No conoce la lucha de voluntad que supone asomarte a un balcón y pensar: «¿Y si…?», aun sin tener un motivo real, excepto el más importante: hieres a todos los que hay a tu alrededor, eres una carga insoportable para tu hermano mayor y sabes que las personas que más te importan estarían mejor sin ti.

Así que estoy aquí, en un reservado que apesta a ego y desodorante, rodeado de gente que me sonríe como si no me hubiera humillado esta tarde. Los odio a todos, pero no quiero estar solo en casa; allí le daría demasiadas vueltas a esta cabeza que no funciona como la de una persona normal. Ha sido un día de mierda: la bromita de los ositos, amenazar al tipo de la Kiss Cam, gritar que «solo ella podía tocarme», suplicarle que se quedara conmigo y, para rematar el espectáculo, empalmarme como un quinceañero cuando ella me daba el masaje.

Le doy un trago a la cerveza y un calambre familiar me recorre la ingle al pensar en Katerina. Ella diría que «estoy fatal». Pero no, joder, ojalá fuera eso. Lo que estoy es tan excitado que tengo que hacer un gran esfuerzo para no ir hasta ella, cargarla sobre mi hombro, encerrarla en el baño y meterle la polla en la boca hasta que se le llenen los ojos de lágrimas.

Tony le ofrece una copa y le dice algo al oído. Katerina la acepta, pero no bebe, y eso no me tranquiliza en absoluto. Hay un montón

de animadoras dispuestas a enrollarse con un jugador. ¿Por qué cojones tiene que fijarse en ella? Quiero matarlo.

Dejo la cerveza en la barra con un golpe. No creo que lo haya oído por encima de la música —es imposible—, pero debe notar mi mirada asesina clavada en la nuca, ya que mi compañero se acerca a mí con una sonrisa tensa.

Gracias, vida, por este maravilloso regalo.

—¿Puedo invitarte a una birra? —me pregunta Tony.

—No.

—Oye, colega… —Pone cara de circunstancia—. Solo quería disculparme por lo de los osos. Fue idea de Chad, pero debí pararlo. Ya sabes que nos encanta estar de cachondeo.

Una broma solo lo es si el otro se ríe. Si no, es crueldad gratuita; un espectáculo donde los graciosillos se alimentan de la vergüenza ajena para sentirse superiores.

Con los años he aprendido algo: la gente hace cosas, pero tú decides si te afectan o no. Te romperán, sí, pero tú eres quien elige si les entregas el poder para convertirte en una víctima o si se lo arrancas de las manos y sigues adelante.

Yo no voy a darles ese privilegio; no soy una maldita víctima. Por eso, le doy un trago al botellín y, con la voz teñida de indiferencia, respondo:

—Olvídalo.

Tony exhala hondo, como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

—Me caes bien, Zane. Cuando tú juegas, sé que tengo las espaldas cubiertas. Eres un tío fiable. La afición te adora y, aunque no me creas, nosotros te valoramos. Yo el primero, en serio.

Me trago una mueca. Tiene una forma curiosa de demostrarlo, pero prefiero aguantar su charla a que incordie a Katerina. Porque si la molesta, tendré que partirle los dientes. Aunque el entrenador me eche la bronca.

—Hoy has hecho un gran partido. Bueno, salvo por el numerito de la Kiss Cam —le tiemblan los hombros al reírse, pero a mí no me hace gracia—, cuando te olvidaste de nosotros para proteger a tu chica.

Aprieto el botellín con fuerza.

—No tengo chica.

Tony enarca una ceja.

—Ella acaba de decirme que está saliendo con alguien y he dado por hecho que eras tú. ¿No estáis juntos?

Esa maldita palabra se resiste a salir de mis labios. Froto la etiqueta del botellín con el pulgar. De repente, siento una acidez extraña en la boca del estómago.

—No —contesto finalmente.

—Venga ya, tío. Se nota que te importa. De lo contrario, no habrías salido en mitad del partido.

—No hay nada entre nosotros.

Él parece dudar.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Me dan ganas de estrellarle el botellín en la cabeza.

—¿Tengo pinta de dar explicaciones por mis impulsos? —replico, antes de dar otro trago—. Me revientan los cabrones que tocan a una mujer sin su permiso. ¿Vale?

—Vaya. —Se rasca el cuello—. Así que no es tu tipo. He oído rumores de que no te molan las rubias, pero no me los terminaba de creer. Así que son ciertos.

—No es mi tipo.

—Qué alivio. Menos mal. —Posa una mano en mi hombro—. Entonces, no te importará que lo intente.

Noto una tensión repentina en la nuca. El aire se vuelve más denso y sé que no tiene nada que ver con el humo que sale de la columna, sino porque sus palabras acaban de tocarme los cojones.

—¿Intentar qué, exactamente?

Suelta una risa nasal. Le devuelvo la sonrisa solo para que se relaje. El muy imbécil se gira, clava la mirada en ella y se lame el labio inferior. No me gusta cómo la mira. Ningún hombre debería mirarla así si quiere seguir respirando, hostia.

—Entiendo que a ti te parezca poca cosa, pero a mí me encantan las bajitas.

Enarco una ceja. Katerina no es poca cosa. Lo que le falta de estatura lo compensa con un carácter que me tiene trastornado. Me

planta cara sin vacilar y no se achanta ante nadie. Su apariencia es lo de menos, porque su personalidad es la de una reina que no se doblega. Y sí, no me gustan las rubias, pero sus ojos azules me atormentan en sueños en los que fantaseo con deshacer su trenza y hundir los dedos en su pelo con olor a lavanda.

¿Poca cosa? ¿Katerina? Este cabrón no tiene ni idea.

Que no sea mi tipo no significa que no me parezca atractiva, carajo. Si me arrancaran los ojos, seguiría pensando que tiene una belleza exasperante.

—Tú eres de los que las prefieren de su tamaño, ¿eh? —Me da una palmada en la espalda—. No sabes lo que te pierdes, colega. A una como ella puedes manejarla como te dé la gana. Todos dicen lo mismo en el vestuario. Es un bombón, y a las animadoras ya las tenemos muy vistas.

—Ah, ¿sí? —Me inclino hacia él despacio, fingiendo interés—. Cuéntame más.

—No finjas que no sabes de qué te hablo, Demonio. Se te nota en la cara. Tú eres de los que juegan duro. —Me guiña un ojo—. Y ya te digo yo que a esa le va la marcha. Que la agarren del pelo y le den órdenes. Tiene el tamaño perfecto para que la maneje como a una muñeca y…

Sus palabras mueren en un gemido ahogado cuando lo agarro de la camiseta sin previo aviso y lo arrastro fuera del reservado. Ignoro sus protestas, los empujones y las miradas curiosas. Cruzo la puerta del fondo —esa que da al pasillo vacío que conduce a las escaleras clausuradas— y lo estampo contra uno de los pilares. El sonido de su espalda al crujir contra el hormigón me produce un escalofrío de puro placer.

Para ser un gilipollas que habla por los codos, ahora parece un pez fuera del agua, con la boca abierta y los ojos desorbitados. Le aplasto la tráquea con el antebrazo. El muy gilipollas patalea. Perfecto.

—¿Te crees gracioso? —escupo entre dientes—. ¿Te crees que puedes hablar de ella así, como si fuera un trozo de carne, delante de cualquiera? ¿Delante de mí?

Tony no responde. No puede. Me importa una mierda meterme en un lío por golpear a un compañero del equipo. Dios, quiero matarlo.

—No vuelvas a abrir la puta boca para hablar de ella como si no valiera nada. No es un trofeo. —Presiono aún más el brazo y su rostro empieza a amoratarse—. No es un cuerpo para que tú lo analices delante de la panda de babosos que te ríen las gracias.

Golpeo la pared justo al lado de su cara. Él cierra los ojos. Voy a asegurarme de que este pedazo de mierda, patético e insignificante, no vuelva a mirarla ni a dirigirle la palabra. Aunque me rescindan el contrato. Me da igual.

—Si te acercas a menos de dos metros de ella, te parto el cuello —le advierto, pegando el rostro al suyo. Su aliento apesta a miedo —. No es tu jodida muñeca. No es tuya. Y si te pillo mirándola con cara de cascártela, te partiré todos los putos huesos del cuerpo.

Tony emite un gorgorito. Está cada vez más morado. Aflojo un poco, lo justo para que pueda mover la cabeza.

—Asiente si lo has entendido.

Obedece, temblando.

—Y otra cosa. —Lo agarro con más fuerza—. No soy tu maldito colega.

Lo suelto y se desmorona como un saco de patatas. Creo que ha captado el mensaje, pero no es suficiente.

—Haz que corra la voz —le digo, sin molestarme en mirarlo—. Si alguno del equipo se acerca a medio metro de ella, tú pagarás las consecuencias. Tu pierna, tu brazo o tu cara. Ya veré qué me apetece partirte primero.

Salgo disparado hacia un sillón vacío, me dejo caer y cierro los ojos. Mierda, necesito salir de aquí. Estoy a punto de sacar el móvil para pedir un taxi cuando alguien se sienta a mi lado. Un aroma familiar a coco invade mis fosas nasales. Arrugo la nariz, porque no es el olor refrescante y limpio de la lavanda. El coco ya no me gusta. Ahora me parece empalagoso y dulzón.

Algo suave me acaricia el lóbulo de la oreja.

—Verte jugar como una mala bestia me ha puesto muy cachonda —ronronea en mi oído.

Abro los ojos y me encuentro con el rostro achispado y sonriente de Madison demasiado cerca del mío. Desliza un dedo por mi pecho y se aparta los rizos castaños detrás de la oreja.

«Me gustan las morenas, me gustan las morenas, me gustan las morenas», me repito como un mantra. Sin embargo, cuando me aprieta el muslo, desearía que fuera rubia, tuviera acento ruso y los ojos azules.

—Madison —digo con fastidio—. ¿Qué quieres?

Se muerde el labio mientras me acaricia el pecho. Le atrapo la mano para apartársela, pero se queda mirándola con los ojos enturbiados por el deseo.

—Uf, qué mano más grande. Echo de menos que me agarres del cuello.

—Pues yo no.

Me inclino hacia delante para quitármela de encima. Está tan borracha que se tambalea hacia atrás. No me queda más remedio que sujetarla por la cintura para que no se golpee contra la mesa baja que hay justo delante. Ella suelta una risita, me agarra de la camiseta y estampa sus labios contra los míos.

Lo último que veo antes de que Madison me bese es la mirada furiosa de Katerina.

25



Zane

Si ella tiene novio, entonces yo puedo besar a quien me dé la gana.

O eso me digo para obligarme a aceptar este beso que no he pedido. Pero, en cuanto los labios de Madison rozan los míos, mi cuerpo reacciona de inmediato y la aparto de un empujón, agarrándola por los hombros.

Sus ojos brillan de confusión. La sujeto para impedir que vuelva a besarme y digo con tono firme:

—NO.

Se tambalea nada más soltarla y me lanza una mirada herida, cargada de reproche, como si no entendiera lo que acaba de pasar. Alzo la vista hacia el lugar donde estaba Katerina hace un segundo, pero un grupo de tíos se ha interpuesto en medio.

—¿Es por tu entrenadorcita? —masculla Madison, tambaleándose encima de mí.

—Se llama Katerina —le advierto—. Bájate de mi regazo y no vuelvas a menospreciarla.

Ella suspira y se seca los labios con el dorso de la mano.

—Mis compañeras no dejan de darme la lata. Dicen que te gusta por el lío que formaste con la Kiss Cam. Pero les he dicho que es una tontería. ¡Jen te puso las tetas en la cara el otro día y ni te inmutaste! Es un pibón rubio, pero tú a las rubias no les das ni la hora. Alexia y Liz también lo intentaron, y pasaste de ellas. Así que estoy segura de que solo la defendiste porque eres así de protector. —Me pellizca el bíceps, al borde de las lágrimas—. Ya sé que te dije que no quería nada serio, pero estoy acostumbrada a que todos los deportistas nos vean como un pasatiempo. Solo quería ponértelo un

poco difícil para que no te cansaras de mí. Pero me gustas muchísimo, Zane, y sé que yo también te gusto a ti.

Claro que me gustaba. Era un polvo fácil, sin complicaciones. Una bonita distracción a la que aferrarme para silenciar el ruido de mi cabeza. Al menos, durante un rato. Me dejó correrme en su cara y hacerle un montón de cosas. ¿Qué hombre le dice que no a algo así? Pero ya no me pone; no quiero eso. No después del huracán ruso.

Madison intenta volver a besarme, pero esta vez estoy preparado: le atrapo las muñecas y echo el cuerpo hacia atrás.

—¿Acabas de hacerme una cobra? —Se queda atónita.

—Sí.

No tengo tiempo para esto, porque un pensamiento aterrador me golpea con fuerza: Katerina nos ha visto. Ahora creerá que soy un animal en celo que se enrolla con la primera que se le tira encima. No sé por qué mierda me escuece tanto si le prometí que me iría con Madison, pero algo se me rompe por dentro al imaginar lo que piensa mi Tormento Ruso: «Primero, te empalmas conmigo y, luego, buscas a otra. No mereces la pena».

Y yo… ansío merecerle la pena. Por una maldita vez, no quiero ser el tío al que eligen para un rato, porque estoy harto de sentirme usado.

—¡Eh, *crack*! —grita alguien—. ¡Tú sí que sabes!

Un *flash* me golpea en la cara. Acaban de hacernos una foto. Es la imagen perfecta para que la publiquen en alguna red social con un montón de emojis de berenjena y corazones en llamas. Madison, aún sentada encima de mí, rompe a llorar.

—¡Borrad esa foto! —suplica, con los ojos anegados en lágrimas —. Zane, por favor, haz algo.

La bajo al sofá, me levanto y le arranco el móvil al tipo. Después de borrarla, se lo estampo en el pecho.

—La próxima vez, hazle una foto a tu puta madre.

Madison, sorbiéndose las lágrimas, me mira entre avergonzada y agradecida.

—Eh, tío, tampoco es para ponerse así. —El tipo se guarda el móvil en el bolsillo—. Soy seguidor de los Guardians.

—¿Tengo pinta de que me importe?

Madison se incorpora tambaleándose, así que la sujeto por el brazo para mantenerla erguida.

—Dile a alguna de tus amigas que te acompañe a casa —le aconsejo.

Ella asiente desolada y se abre paso entre el grupito de los imbéciles. Me siento mal por ella. Pero, al mismo tiempo, estoy furioso porque yo no soy un maldito juguete, ni una de esas pollas de plástico que usan las tías para después guardar en el cajón de la mesita de noche hasta el siguiente calentón. Estoy harto de que piensen que mi única utilidad es empotrarlas contra la pared, de que me miren como si no tuviera cerebro ni alma y de que mi valor dependa de lo dura que la tengo o lo fuerte que les aprieto el cuello cuando se corren.

No soy una fantasía pornográfica; soy un tío hecho polvo que se muere por que lo elijan de verdad, aunque sea demasiado tarde para que alguien lo haga.

Un tipo la agarra de la cintura.

—Oye, preciosa, si él no te quiere, conmigo sí puedes pasar un buen rato.

Madison se revuelve.

—¡Suéltame!

No. Soporto. A. Los. Abusones.

Corto la distancia en dos zancadas y lo aparto de un empujón.

—Déjala en paz.

—¡Eh, tío!

—¿Zane el Demonio? —Otro me planta una cámara delante de la cara—. ¡Hazte un selfi conmigo?

El móvil me roza la mejilla, el *flash* me da en la cara… y exploto.

Es demasiado.

No me gusta que me toquen sin mi consentimiento. Necesito tener el control. Si lo pierdo, me ahogo en la bañera, lo veo todo negro y me entra el pánico.

El ruido, el humo, las luces, las manos… mi cuerpo se desconecta. Salgo de la bañera y estoy de nuevo en el instituto, rodeado por esos matones que me llaman burro mientras me humillan delante de

todos. Aparto el móvil de un manotazo. Al hacerlo, golpeo sin querer al vaso de otro tipo y la bebida le salpica la camisa.

—¡Ten más cuidado!

—¡Cálmate, Demonio!

—¡Apartaos de mí!

—¡PELEA! —grita otro.

Un vaso se estrella contra el suelo, un cuerpo se estampa contra mi espalda… y mis puños hacen el resto. Las luces parpadean como si el infierno tuviera epilepsia mientras solo veo amenazas en cada rostro.

Mis hermanos no están.

Grayson no puede sacarme de la bañera.

River solloza mientras me zarandea por la camiseta empapada.

Mi puño se estrella contra algo blando. La sangre me salpica los nudillos.

—¡ZANE, PARA! ¡PARA YA! ¡Oh, Dios mío! ¡Lo vas a matar!

Ciego de rabia, me giro hacia la persona que me sujeta del brazo y la empujo para quitármela de encima. Madison cae al suelo, aturdida. Cuando abre los ojos, están llenos de miedo.

—Está loco —susurran detrás de mí.

A mi alrededor se hace un corrillo.

—Alejaos, alejaos.

—Que nadie se le acerque.

—Está chiflado.

El sudor me resbala por la nuca y el peso de la vergüenza y el autodesprecio me oprime las costillas. Los porteros se acercan a ver qué pasa, pero no espero a que nadie me eche. Huyo con el corazón desbocado, empujando a cualquiera que se interponga entre la salida y yo.

Salgo al callejón como si me hubieran arrancado el oxígeno del cuerpo. Ni siquiera el aire frío consigue calmarme. Sigo oyendo los gritos, el vaso roto, mi nombre pronunciado con miedo.

Soy el Demonio; todos lo saben. Y los demonios no merecen ser elegidos. Ella me ha visto besándome con otra… y ahora irá a hacer el amor con su novio, porque ella sí tiene a alguien que la espera de verdad.

Tiene un hogar.

Un novio.

Un mundo.

Yo solo tengo las manos manchadas de sangre. Y una rabia que me consume por dentro.

26

———————— ✊ ————————

Katya

Yo solo quería irme a casa, pero Logan me ha obligado a doblar turno cuando Zane decidió asistir a la fiesta postentreno. Creí que se iría con Madison, pero resulta que ninguno de nosotros ha cumplido su promesa. O eso pensaba, hasta que ella se sienta en su regazo, lo agarra de la camiseta y lo besa. Pues parece que sí van a pasar la noche juntos.

Soy incapaz de disimular mi furia cuando los ojos sorprendidos de Zane se encuentran con los míos.

—¡Toma ya! —Paul suelta un silbido al contemplar la escena—. Habíamos apostado por que se iría contigo. Al final va a ser verdad que no le gustan las rubias.

Chad se planta justo enfrente —ocultándome a la parejita— y me sonríe con chulería. Me pongo de pie para no perder de vista a Zane, aunque verlo enrollarse con la animadora es lo último que me apetece.

—A mí sí que me gustan las rubias —insinúa—. ¿Sabéis dónde se ha metido Tony?

La última vez que lo vi, Zane lo arrastraba hacia un rincón. Seguro que se estaba vengando por la broma pesada de los ositos, así que lo dejé estar y le pedí a Brandon que le echara un ojo. Él y Reyes están en la primera planta, flanqueando la entrada principal.

Es oficial: no me gustan los jugadores de *hockey*. El entrenador Clarkson me ha pedido que lo avise si me molestan, cosa que no pienso hacer. No me intimidan un montón de tíos a los que solo les intereso porque soy la novedad. Sé que han apostado quién será el primero en acostarse conmigo, de ahí que pululen a mi alrededor. Nada que no pueda controlar.

—Nos vamos a mi casa —me dice Chad—. ¿Te apuntas, Katya? Tengo un *jacuzzi* en el que quedarías muy bien.

Alguien debería decirle a este cretino que las mujeres no somos objetos de decoración.

—Paso —respondo con sequedad, mordiéndome la lengua para no soltarle la contestación que me gustaría.

Ahora no puedo perder el tiempo con él, así que lo rodeo a sabiendas de que ver a Zane montándoselo en un sofá con Madison me provocará acidez de estómago. Resulta curioso que la punzada venenosa que me oprime el pecho no se parezca a lo que sentí al ver a mi ex con otra. Pasar tanto tiempo con Zane está afectando a mi sentido común; no se me ocurre otra explicación.

Dejo atrás al pesado de Chad y me tropiezo con un grupo de hombres que me tapan de nuevo el sofá. Ser baja es un fastidio. Se forma un pequeño alboroto que no alcanzo a ver. Además, la decisión de Logan de quitarme el auricular que solemos llevar escondido en la oreja —por si Zane lo descubría— no me facilita hacer mi trabajo, así que mis compañeros no pueden informarme de lo que sucede.

Me desplazo hacia la izquierda con la ansiedad latiéndome en las sienes. Como a ese cabeza de chorlito le haya sucedido algo, juro que lo perseguiré hasta el infierno solo por el placer de estrangularlo.

De pronto, los gritos suben de volumen y se desata el caos. Salto hacia atrás para evitar un empujón. La música atronadora me impide distinguir las voces, pero estoy segura de que ese *durak* se ha metido en un lío.

—¡Cuidado!

—¡Apartaos de él!

—Joder, ¡está chiflado!

Sí, están hablando de él.

Me muevo con rapidez antes de que un grupo de personas me arrollen contra la pared. Primero, veo al hombre tirado sobre la mesa baja, con la cara cubierta de sangre. Luego, a Madison, despatarrada en el suelo, con los ojos brillantes. El instinto me empuja a correr hacia ella.

—¿Estás bien? —le pregunto, ayudándola a levantarse.

Madison asiente.

—Ha sido sin querer —solloza, apretándome la mano—. Él no quería empujarme. Esos tíos nos hicieron una foto y luego se nos echaron encima. Zane solo intentaba protegerme. ¡No ha sido culpa suya!

Giro la cabeza a un lado y a otro, pero no hay rastro de Zane. ¿Dónde narices se ha metido?

—¡Está como una puta cabra! —escupe alguien—. ¡Mira cómo le ha dejado la cara al pobre Tim!

—¡Es un jodido lunático! —grita otro.

—¡Lo estabais acosando! —lo defiende Madison, hecha una furia —. ¡Y a mí también!

—Si no te hubieras comportado como una zorra —se mofa otro—, no habríamos pensado que eres tan facilona.

Zane no está y sus compañeros se han dispersado en cuanto ha estallado la pelea, así que no dudo en girarme hacia el imbécil y retorcerle la muñeca. El tipo suelta un alarido, que me resulta más agradable que la música atronadora. Mientras yo respire, no permitiré que ningún cerdo se vaya de rositas tras insultar a otra mujer.

—¡Agh, joder! ¡Suéltame!

—¿Tus padres no te enseñaron a respetar a las mujeres? —le espeto, inmovilizándole el brazo por detrás, en la espalda.

Se revuelve, pero, al doblarse hacia delante, le hundo la rodilla izquierda en la espalda, forzándolo a caer sobre sus piernas. Al verlo arrodillado delante de ella, la animadora pega un salto y se tapa la boca.

—Te voy a dar dos opciones —le susurro al oído—. O le pides disculpas, o te rompo la muñeca. No voy de farol y no tengo paciencia.

Empiezo a tirar de la articulación hacia arriba.

—¡Para! ¡Para! ¡Vale! ¡Lo siento!

—¿Te ha parecido sincero? —le pregunto a Madison, sin aflojar la presión.

Ella sigue atónita, con los ojos muy abiertos. Aun así, chasquea la lengua y se encoge de hombros.

—No mucho.

Aprieto más. Su grito me resulta perturbadoramente satisfactorio.

—¡Lo siento! ¡Lo siento muchísimo! ¡De verdad! ¡Por favor, perdóname!

Madison aparta la vista con repentina incomodidad.

—Ahora sí —responde, abrazándose a sí misma.

Lo suelto de golpe y se desploma de bruces. Sus amigos ni siquiera se atreven a acercarse a él mientras el tipo se acaricia la muñeca, gimoteando de forma patética. Los porteros están demasiado ocupados atendiendo al hombre malherido de la mesa. Madison me observa como si acabara de crecerme otra cabeza.

—Eso ha sido alucinante —balbucea—. ¿Dónde lo has aprendido?

—Clases de defensa personal —contesto sin emoción, escaneando la sala con rapidez—. ¿Dónde está Zane?

—Lo vi bajar las escaleras.

Echo a correr hacia las escaleras, esquivando a los cotillas que se arremolinan alrededor del tipo malherido. Justo cuando llego al borde de la escalera, Madison me llama.

—¡Katya! —Me giro en seco, con el pie en el primer escalón. Solo me vuelvo por si puede ayudarme a encontrar a Zane—. Gracias.

—No hay de qué.

Lo habría hecho por cualquier mujer. No tiene importancia.

No me permito pensar en lo que siento mientras bajo los escalones a toda prisa. El móvil me vibra en el bolsillo del pantalón cuando llego a la primera planta. Distingo a Yuri a lo lejos, que me hace una señal con la mano: «Lo hemos perdido». Veo a Brandon salir por la puerta principal, así que me dirijo a la trasera sin pensarlo.

Salgo al callejón con el corazón acelerado y el móvil sonando. Lo saco mientras corro hacia la salida.

—No tengo tiempo para…

—¡ENCUÉNTRALO! —brama Logan.

Cuelgo.

Paso de esta mierda. Me detengo al llegar al final del callejón, indecisa sobre si girar a la izquierda o a la derecha. ¿A dónde iría Zane? Lo he observado durante tanto tiempo que he aprendido sus pequeñas manías, como la de atarse primero los cordones de la zapatilla izquierda. Es una tontería, pero decido hacer caso a mi corazonada: giro a la izquierda y echo a correr. No tardo en encontrarlo; ha parado un taxi.

—¡Zane! —lo llamo, acelerando.

Sé que me ha oído, pero no duda en subirse al coche. No me queda más remedio que apretar los dientes, alargar la zancada e ignorar el pinchazo que me sube por los gemelos. Justo antes de que el taxi arranque, abro la puerta y me cuelo dentro. Zane ni siquiera me mira. El taxista resopla.

—No me gustan las peleas de enamorados —se queja—. ¿A dónde vamos?

—A Grover 178 —digo la dirección de Zane, intentado recuperar el aliento.

Zane saca dos billetes de cincuenta y un trozo de papel y los arroja al asiento delantero.

—A esa dirección.

El conductor se guarda el dinero e intercambiamos una mirada por el espejo retrovisor.

—Él gana —anuncia con desdén.

Genial.

Zane apoya la cabeza en la ventanilla y cierra los ojos.

—Bájate, Katerina —me ordena sin emoción.

Nunca he renunciado a un trabajo y este pedazo de zoquete autodestructivo no va a cambiar eso. Así que me repantingo en el asiento para dejar clara mi postura.

—Arranque —digo con calma.

El taxista masculla algo sobre las parejitas jóvenes y pisa el acelerador. Zane permanece con los ojos cerrados, así que aprovecho para sacar el móvil sin que me vea y enviarle la ubicación a Logan. Estoy desarmada y no sé a dónde vamos; es la decisión más sensata. Aunque no hay nada sensato en Zane, que baja la ventanilla y echa la cabeza hacia atrás. Relaja los hombros y

entreabre los labios, como si disfrutara de la brisa gélida. Tiene un perfil tan masculino que me quedo embobada mirando cómo el aire le despeina los mechones de la frente. Cuando no está enfadado con el mundo, Zane Knight es guapísimo y terrible para mi heterosexualidad.

—¿A dónde vamos? —le pregunto con suavidad.

—No deberías haber subido.

Abre los ojos y me quita el móvil antes de que pueda guardármelo en el bolsillo. Clava la vista en la pantalla, suelta un bufido y lo lanza por la ventanilla.

—Adiós, Logan.

—¡¿Qué coño has hecho?! —le recrimino, furiosa.

La indignación me arde en las venas. No puedo creer que me haya distraído con su maldito pelo. Joder, este tío es lo peor. Ya debería haberme hecho a la idea de que no puedo relajarme ni tres míseros segundos con él. Es como uno de esos muñequitos sorpresa que saltan de la caja cuando giras la manivela. En un momento está dormido, y al siguiente se te echa encima como un león furioso y hambriento.

Me inclino hacia delante, me cubro la cara con las manos y respiro hondo. Quiero un aumento de sueldo. Y unas vacaciones.

—¿Tienes miedo? —se burla, como si saborease esa posibilidad.

Levanto la cabeza y lo fulmino con la mirada.

—¿De ti? No.

Me da un tirón tan fuerte de la trenza que mi espalda choca contra el respaldo. El dolor me arranca un jadeo y los ojos se me llenan de lágrimas por la conmoción. No pienso en Logan ni en mi tapadera. Mi instinto de defensa me impide quedarme quieta cuando le clavo el codo en el costado y me lanzo sobre él. Me subo a horcajadas en su regazo y le hundo una rodilla en la entrepierna. Después le inmovilizo el brazo al rodeárselo con el mío, lo agarro del pelo y acerco mi cara a la suya.

—Vuelve a tirarme de la trenza y te saco los ojos —le advierto, hecha una furia.

Zane parpadea, desconcertado.

—¿Cómo coño has hecho eso?

—Mi padre me enseñó a defenderme. —Una verdad a medias.

—Eres dura para ser tan pequeña.

—Eres torpe para ser tan grande.

Entrecierra los ojos y me observa con mayor desconfianza. Mierda.

Maldigo para mis adentros por no poder ponerlo en su sitio como me gustaría, finjo que me ha dado un tirón y lo suelto. De inmediato, me invade la desagradable sensación de estar a su merced. Él reacciona al instante, clavándome las manos en la cintura. Me dejo caer hacia un lado como si me resignara, aunque por dentro estoy hirviendo de indignación.

Con un cuidado que me descoloca, me levanta de su regazo y me deja de nuevo en mi asiento. Doy un respingo al sentir el roce de su mano en el abdomen. Sin decir nada, me abrocha el cinturón con los ojos clavados en los míos. El corazón me da un vuelco cuando se inclina y me roza el cuello con los labios para susurrarme al oído:

—Cuidado, pequeña, podría comerte de un bocado.

Captura el lóbulo entre sus dientes y me da un tironcito. Un calor abrasador me golpea entre las piernas e imagino lo que sería sentir su boca en mi centro palpitante. Giro la cabeza hacia la ventanilla, con las mejillas ardiendo.

—Pelearía hasta el último segundo —le advierto con el pulso desbocado.

Lo veo sonreír en el reflejo del cristal.

—¿Y quién dijo que quiero que te rindas? —Apoya la cabeza en el cristal—. Las peleonas siempre han sido mis favoritas.

27



Zane

El rugido de los motores y el olor a gasolina y neumático quemado me golpean el pecho antes de que haya bajado del taxi. Hacía tres meses que no venía. ¡Cuánto lo echaba de menos! Al adentrarme entre la marabunta de gente, me siento tan invencible como en la pista de hielo. Algunas cosas no cambian.

Ni siquiera me molesto en comprobar si Katerina viene detrás de mí. Si es lista, le pedirá al conductor que la lleve a casa. Yo no he elegido tener una niñera ni necesito que nadie me cuide solo porque le pagan por hacerlo. Al recordar cómo se me ha subido encima y me ha agarrado del pelo, un calambre me recorre la pierna hasta llegar a la polla. Es rápida. Y fuerte. Más de lo que aparenta y más de lo que ya sospechaba.

La veo reflejada en el espejo retrovisor de un BMW M3 verde neón. Está rígida como un poste; parece a punto de estallar. Permanece alerta, y eso me saca una sonrisa maliciosa, hasta que me percato de que no observa a la gente con temor, sino analizándolos en busca de amenazas potenciales. No parece encontrar ninguna que la intimide, pues se cruza de brazos y me sigue con expresión hastiada.

Esta chihuahua comunista, rodeada de hombres que la miran con una mezcla de lascivia y burla, ni se inmuta cuando un tipo rapado y con la cara tatuada le da un buen repaso a su cuerpo y se lame el labio inferior. Giro sobre mis talones, le paso un brazo por los hombros y la atraigo hacia mí. Eso basta para que el tipo frene en seco.

—No te alejes de mí —le digo al oído.

Ella se agacha rápido y se desliza por debajo de mi brazo como si fuera un gato. Jodida contorsionista soviética. ¿Qué les dan de comer a las niñas en el Kremlin? ¿Les echarán anfetas en el biberón y les leerán un manual del KGB en vez de un cuento?

—Así que aquí es donde vienes cuando quieres huir —comenta con gesto inexpresivo.

—No estoy huyendo —respondo, irritado—. Y no te despegues de mí, Katerina.

Doy un paso para agarrarla de la muñeca, pero ella se gira justo a tiempo y me deja con la mano en el aire. La mirada que le lanzo por haberme dejado como un gilipollas no la intimida en absoluto.

—Sé cuidarme sola. Preocúpate de ti.

—No me toques los huevos, pokemon soviético. —Pone mala cara al oír cómo la llamo—. Puede que te creas muy dura, pero echa un vistazo a tu alrededor. Aquí hay tíos que tienen el cerebro en el rabo. Si alguno se fija en ti, no va a invitarte a una copa.

—Me muero de miedo —contesta, irónica.

—Lo pillo, Teniente Fitness, eres una tipa dura. Ahora sé razonable y admite que este no es tu sitio.

—Genial —contesta sin inmutarse—. Pues vámonos.

Bajo la cabeza hacia ella. Dios, cómo odio tener que inclinarme. ¿En serio no es consciente de su tamaño? Es igual de delicada que un hada, joder. Una auténtica cabrona con cara de princesa Disney a la que cualquiera de estos energúmenos querría hincarle el diente.

Por encima de mi cadáver. Si alguno de estos infelices le respira cerca, me los llevaré a todos por delante. Cabreado con esta mujer tan poco razonable, alzo su barbilla con dos dedos y le suelto:

—Aquí la única que sobra eres tú.

—¡Zane, hijo de puta! —Una voz retumba entre el barullo—. Te echábamos de menos.

Rocco, con sus gafas de sol y su chaqueta de cuero, se abre paso entre la multitud. Me olvido por un instante de Katerina y le estrecho la mano. Aún no estoy al volante y ya siento la adrenalina corriéndome por las venas.

—Dime que he llegado justo a tiempo.

—¿Quieres el Shelby? La última carrera empieza en cinco minutos —contesta, observando con curiosidad a Katerina—. Hola, preciosa.

Me interpongo entre él y Katerina. Rocco me cae bien, pero será mejor que le quede claro que ella no entra en el trato. Saco un fajo de billetes del bolsillo trasero y se lo planto en el pecho.

—Ella viene conmigo —le aclaro—. Prefiero el Chevrolet.

Rocco se guarda el fajo sin contarlo.

—Lo pillo, hoy vienes acompañado. El Chevrolet Camaro es una excelente elección.

Mis dedos ya pueden acariciar el volante del deportivo con alma de bestia. Estoy hasta arriba de calmantes, pero el tobillo aún me molesta, así que voy hacia el *stand* de las bebidas, cojo una cerveza y engullo un puñado de analgésicos que llevaba en el bolsillo de la sudadera.

—No. —Katya me corta el paso—. ¿Te has vuelto loco? ¡Estás lesionado!

Tiene los ojos abiertos como platos y la mandíbula apretada. Su preocupación me resultaría conmovedora si no fuera porque va incluida en su sueldo de entrenadora. Eso me enfurece aún más.

—Es mi problema, no el tuyo. —Entrelazo nuestros dedos y tiro de ella hacia la zona reservada para las novias de los conductores. Levanto el cordón y la empujo detrás del perímetro de seguridad—. Aquí estarás segura.

Para cerciorarme, me giro hacia Rocco, que ya está haciendo negocios con otro desgraciado.

—¡Rocco! —Señalo a Katya—. Que nadie se acerque a ella.

Katerina no da crédito.

—¡La novia de Zane es intocable, chavales! —anuncia Rocco.

Varios hombres se alejan de ella. Está tensa como una estatua y sus ojos echan chispas. Verla tan furiosa me resulta bastante gracioso. Sin pensarlo, pongo las manos en sus mejillas y le planto un beso en la frente. No sé por qué lo he hecho, pero siento que mi boca encaja de maravilla contra su piel suave con olor a lavanda. Le doy un tironcito de la trenza y recuerdo que juró sacarme los ojos si volvía a hacerlo, pero está tan atónita que solo me mira fijamente cuando me aparto.

—Ya sé que en los partidos no me prestas atención, pero sueño que llevas mi camiseta y te preocupas de verdad cuando me hacen daño —confieso, como si la frase se me hubiera escapado sin pasar por el filtro del cerebro.

No sé qué mosca me ha picado. No… No quería decirle eso.

Me doy la vuelta para perderla de vista, pero ella me agarra de la sudadera con un tirón seco y desesperado. El corazón se me dispara cuando bajo la vista hacia su manos y, después, hacia su boca. Esos labios carnosos son mi absoluta perdición.

¿Qué sentiría si la besara? Quiero aplastar mi boca contra la suya hasta doblegarla.

—Zane, no lo hagas. Sé que estás jodido, pero esto no es lo que necesitas. Lo que ha pasado en la discoteca no fue culpa tuya. Madison ni siquiera te culpa…

Las miradas aterradas y los cuchicheos me explotan en la cabeza como una bomba. Le sujeto las muñecas y se las suelto de un tirón. No quiero su compasión. Ni la de ella ni la de nadie.

—No sabes lo que necesito —suelto con aspereza.

Uno de los colegas de Rocco —el del chándal negro y los dientes de oro— entra en la zona reservada. Su apariencia es cuestionable, pero me fío de él. Cuando me saluda con la cabeza, lo atrapo del gorro de la sudadera.

—Cuida de mi novia como si fuera tu hermana —le ordeno—. Si le pasa algo, te mato.

Ni lo duda. Se planta al lado de ella y se cruza de brazos creando un perímetro de seguridad a su alrededor.

Katerina resopla.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta.

—Toro —contesta él.

—Que corra el aire, Toro.

Él no se mueve del sitio.

—Mi colega manda. Y tú ahora eres mi hermana.

Katya parece a punto de sufrir un ictus. La dejo con su nuevo amigo y cruzo la pista hacia el precioso Chevrolet Camaro negro.

—¡NO SOY SU NOVIA! —la escucho gritar.

Me lanzo al asiento del conductor. Giro la llave y el motor ruge como un dragón hambriento.

Dios.

La dopamina me explota en el cerebro. Sé que le prometí a Grayson que me mantendría alejado de las carreras ilegales y las peleas clandestinas, pero esta noche necesito pisar el acelerador y quemar rueda.

Recuerdo la expresión aterrada de Madison, los gritos de la gente, cómo se apartaron de mí como si fuera un monstruo… Muevo el cuello hacia ambos lado y aprieto los dientes al sentir un pinchazo en el tobillo. En la línea de salida, Rocco saca una bengala. Piso el embrague y acaricio la palanca de cambios.

De pronto, la puerta del copiloto se abre y una figura delgada se cuela dentro.

—¿Qué coño haces? —le ladro a Katerina—. ¿Cómo te has escapado de Toro?

—Nunca subestimes el poder de una patada en los huevos.

Se pone cómoda en el asiento del copiloto, como si no estuviéramos a punto de morir. A lo lejos, Rocco levanta la bengala.

—¡Pilotos, en sus marcas!

Siento que se me van a romper los nudillos de tanto apretar el volante. Esto no puede estar pasando.

—Bájate, Katerina —le ordeno, intentando no sonar angustiado.

—Entiendo lo que te pasa —responde sin moverse—. Necesitas descargar adrenalina y esta es tu forma de castigarte por lo que ha pasado en la discoteca…

—¡FUERA!

—Pero, si vas a jugarte la vida como si no tuvieras nada que perder… —me ignora con calma—, lo harás conmigo dentro.

Esto ya no me parece gracioso ni emocionante. No cuando su vida depende de mi habilidad como conductor. La última carrera se saldó con tres conductores heridos y un muerto. Yo me salvé por los pelos tras salirme en una curva. El pánico me trepa por la garganta al imaginar su cuerpo ensangrentado contra el salpicadero.

—No sabes lo que estás diciendo. —Odio que me tiemble un poco la voz.

Ella cierra la puerta y se abrocha el cinturón.

—No voy a quedarme mirando cómo te matas.

Cierro los ojos e intento pensar, pero el ruido de mi cabeza es atronador. Quiero pisar el acelerador, sacarla del coche y llevarla a un lugar seguro. Quiero matarla por ponerme en esta encrucijada.

—Solo lo haces porque crees que pararé.

—Entonces, pensaría que sientes una pizca de aprecio por ti mismo.

Abro los ojos y le lanzo una mirada asesina.

—¡Que te vayas!

—No.

—Maldita seas, Katerina. —Meto la primera marcha sin levantar el pie del embrague—. Aún estás a tiempo de tomar una decisión sensata.

—Tú también.

—¡BÁJATE!

—Solo si vienes conmigo.

A lo lejos, Rocco agita la bengala.

—¡Comienza la cuenta atrás!

Me vuelvo hacia ella.

—No me gusta que intenten manipularme como si fuera un idiota. —Levanto muy despacio el pie del embrague y acaricio el acelerador con el otro—. Disfruta de la carrera, Katerina.

—¡Tres, dos, uno! —anuncia Rocco.

El cielo se ilumina con un destello rojo. Piso a fondo y el motor ruge como una bestia liberada. Voy directo al infierno, pero esta vez no estoy solo, porque una pequeña bruja ha decidido acompañarme.

28



Zane

El chillido de los neumáticos es ensordecedor. Un Dodge nos adelanta tan cerca que casi arranca el espejo retrovisor izquierdo. Cambio de marcha, piso el acelerador y me concentro en la carretera. Giro el volante en ángulo recto, las ruedas traseras derrapan y por poco nos salimos de la pista.

Ya ni siquiera me duele el tobillo. Suelto una carcajada al adelantar al Subaru Impreza tuneado. Cada curva me pertenece y el velocímetro se dispara en las rectas. Meto quinta y doy un volantazo para cortarle el paso al Cadillac que se aproxima por la izquierda. Por el rabillo del ojo, veo a Katerina agarrarse al asa del techo y mascullar algo en ruso. Aprieto los dientes, meto sexta y piso el acelerador a fondo.

Esto es culpa suya. Yo la dejé a salvo junto al resto de las novias. Soy el único piloto que va acompañado. ¿Por qué demonios se ha arriesgado?

Noto el cambio en el asfalto de la parte izquierda de la carretera y decido aminorar, pero Katya me agarra la mano antes de que cambie de marcha.

—¡Cuidado! ¡No metas quinta! Si reduces ahora, perderás tracción en el lado derecho.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—El asfalto está desigual. El lado izquierdo está más liso y el derecho agarra más. Si cambias justo aquí, el coche se va a desequilibrar y podríamos patinar de lado.

—¿Y tú qué sabes sobre eso?

—¡Acaban de repavimentar ese tramo! ¡Fíjate! —Lo señala—. El izquierdo tiene sellador. Si aflojas el ritmo, una rueda se frena y la otra no.

¿Qué cojones…?

Soy impulsivo y suelo fiarme de mi instinto. Además, he aprendido a no subestimar a esta mujer, así que decido hacerle caso. Aguanto la marcha y el coche bota levemente al cruzar el cambio de asfalto, pero se mantiene firme. El Porsche 911 que viene pegado a nosotros hace justo lo que Katerina ha dicho que no debía: aminora justo antes de cruzar. El vehículo derrapa, se sale de la pista y vuelca sobre sí mismo. El piloto consigue escapar por la puerta trasera unos segundos antes de que el coche explote.

Respiro hondo.

—Supongo que eso también te lo enseñó tu padre —murmuro, incrédulo.

—Me enseñó a sobrevivir.

—Me cae bien.

—Odiaba a los kamikazes.

Odiaba. Pasado.

Acelero tras cruzar el asfalto desnivelado. Vamos a más de doscientos kilómetros por hora… y no parece asustada, sino concentrada en anticipar cualquier posible peligro para poder avisarme.

¿De dónde carajo ha salido esta tía?

El infierno está plagado de volantazos, curvas que destruyen coches y acelerones. Derrapo para cortarle el paso a un Audi. El rugido del motor me vibra en el pecho y la adrenalina me corre por las venas como una droga. La velocidad, el riesgo… son la mejor medicina para el ruido de mi cabeza. Por fin todo se queda en silencio: no hay culpa ni animadoras que me exigen que las agarre del cuello. No hay nada. Solo yo, el chillido de los neumáticos y la línea de meta.

Un Lamborghini Huracán intenta adelantarnos por la derecha justo al entrar en una curva. Mi primer reflejo es dar un volantazo para cerrarle el paso, hasta que recuerdo que es su lado. Si lo

golpeo, Katerina recibiría el impacto. Freno a fondo y el Lamborghini nos pasa como un huracán, haciendo honor a su nombre.

Aprieto el volante y resoplo por la nariz.

Yo sí, pero ella no.

Ella *no*.

El Lamborghini derrapa por el exterior de la curva.

—¡Pégate todo lo que puedas al borde interior y adelántalo antes de que se dé cuenta! ¡Vamos!

¿En serio? Lo hago sin dudar. Cambio de trayectoria, meto cuarta y atravesamos la curva. El morro del Camaro muerde la pista y rebasamos al Huracán por el interior.

Katya da un pequeño salto en el asiento.

—¿Estás bi…?

—¡Eso ha sido una pasada!

Su risa me sacude todo el cuerpo. Es espontánea. Sorprendida. Feliz. Ese sonido me atraviesa el pecho, me estremece y me envenena de placer. Quiero oírlo durante el resto de mi vida.

Vamos segundos. Pego el morro al culo del Dodge, pero el cabrón frena en un tramo estrecho para obligarme a tomar una decisión.

Si fuera solo por mí, no frenaría ni muerto…, pero ella está dentro.

Sin pensarlo, levanto el pie del acelerador hasta que vuelven a separarnos varios metros.

—¿Qué haces? —pregunta, contrariada—. ¡Vamos! ¡Puedes ganarle!

La miro de reojo, sin disimular la confusión.

—¿Quieres que gane?

—¡Sí! ¡Claro que sí!

—Si le doy y tú…

—¡Oh, por favor! —Señala al Dodge, que se aleja cada vez más de nosotros—. ¡No he subido para verte perder! ¡Si pierdes porque crees que no soportaré un golpecito, jamás te lo perdonaré!

Esta mujer va a acabar conmigo. No la soporto, me recuerdo. Y, sin embargo, haría cualquier cosa para que se sintiera orgullosa de mí. Por eso clavo el pie en el acelerador, sonriendo al recortar la distancia con el Dodge.

—¡Agárrate!

El Dodge intenta cerrarme otra vez. Justo cuando estoy a punto de pegarle el morro y mandarlo a la mierda, pienso que tal vez haya sido la primera y última vez que escuche la risa de Katerina. Es demasiado bonita para privar al mundo de un sonido así.

Se aferra a la manija y exclama:

—¡Dale, Zane!

El ganador que hay en mí pisa el acelerador, deseoso de alzarse con la victoria y de que esta mujer tan fascinante lo vea como un dios invencible. Pero el hombre aterrado que protege a los suyos —es decir, a mis hermanos, los únicos que me importan— termina levantando el pie, porque la posibilidad de que sus malas decisiones acaben con la vida de esta pequeña y osada mujer me resulta insoportable.

A la mierda.

Pego un volantazo y me salgo de la ruta hacia un camino polvoriento que se aleja de la carrera. Rocco se pondrá hecho una furia cuando descubra que le falta su preciado Chevrolet, pero ahora mismo solo quiero…

—¡No, Zane! —protesta—. ¡Casi lo tenías!

La ignoro.

Llevo el coche hasta el final del camino rodeado por árboles mientras ella no para de quejarse. Freno delante de un ciprés, me desabrocho el cinturón y la agarro por los hombros.

—¡Estás loca! —La zarandeo—. ¡No vuelvas a hacer eso! ¡No te atrevas a ponerte en peligro por mí!

—¡Estabas a punto de ganar!

—¡Y a punto de matarte!

No soy consciente de que me tiemblan las manos hasta que las ahueco en sus mejillas. Apoyo mi frente contra la suya, incapaz de calmar la tormenta que me consume. Quiero matarla para terminar de una vez con esta maldita agonía. Y, al mismo tiempo, quiero alejarla de mí para que no pueda romperla con mis malas decisiones.

—No vuelvas a poner tu vida en mis manos, Katerina.

—No tienes derecho a enfadarte conmigo…

—¡Pues lo estoy! Estoy jodidamente furioso.

—¡Tú eras el que quería morir en la carretera! —Me golpea el pecho, pero ni por esas la suelto—. ¿Por qué me culpas a mí?

—¡Porque estabas dispuesta a morir conmigo! ¿Quién coño te crees que eres?

—¡Podías ganar la carrera!

—¡Me importa una mierda la puta carrera!

—Estás enfadado porque creías que me pondría a lloriquear…

—¡Estoy enfadado porque creí que te perdía! ¡Estoy enfadado porque creí que te mataría! ¡Y estoy aún más enfadado porque no entiendo por qué esa idea me aterra tanto!

Silencio.

Sus ojos azules me miran con sorpresa y un destello de miedo.

Odiándome por ser tan bocazas, la suelto de golpe y le doy un manotazo furioso al volante. El claxon suena como un grito en mitad del bosque. Que alguien me amordace para que deje de hacer el ridículo, por favor. No soporto que me observe como si, de pronto, estuviera obligada a compadecerse de mí.

Oigo el clic de su cinturón.

Doy un respingo al sentir la palma de su mano sobre mi pecho, justo encima del corazón, como si así pudiera palpar todo el caos que me atormenta.

—No hagas eso —digo en voz baja.

—¿Por qué no?

—Porque cuando me tocas, no quiero que pares.

No retira la mano, sino que la desliza hacia arriba, despacio, rozándome la base del cuello. Trago saliva cuando sus dedos alcanzan el final del tatuaje del águila. La observo con furia, y también con un profundo anhelo que nace de esa parte que tengo cerrada con llave y protegida por una armadura de púas. ¿Quién demonios le ha dicho que ese es mi punto débil? Lo voy a matar.

Entrecierro los ojos, incapaz de pensar en otra cosa que no sean sus labios en ese punto, mordiéndome, chupándolo… Una ola ardiente y desesperada me atraviesa el cuerpo.

—Para —murmuro.

Pero soy una bestia contradictoria, así que inclino la cabeza hacia ella como un animal patético y suplicante de afecto.

—Te gusta.

—No.

—Sí.

—Te odio, maldita seas.

—Zane…

—No digas mi nombre —gruño—. Suena demasiado bien mientras me tocas como si lo disfrutaras.

Sin apartar la mano del centro de mi pecho, la otra sube hasta mi pelo y hunde los dedos en los mechones de mi frente con una ternura que me desarma. Acaba de descubrir mis dos puntos débiles al mismo tiempo. Solo mi hermana sabe que adoro que me acaricien el pelo. Ella suele burlarse diciendo que paso de ser un perro rabioso a un gatito mimoso. Y lo peor es que tiene razón.

Se me escapa un suspiro entrecortado. Quiero empujarla lejos de mí para devolverla a la barrera que he interpuesto entre el mundo y yo, pero mi cuerpo la reclama y vuelvo a inclinar la cabeza hacia ella. Ninguna mujer me había tocado nunca así. Es más adictivo que el *hockey*, las carreras y las peleas clandestinas.

¿Un gato? No, de eso nada. Soy un perro que gruñe, muerde y amenaza…, pero que termina rindiéndose a la mano que le da cariño, porque se muere por una caricia de su dueña.

La agarro por las muñecas, cabreado al aceptar el poder que tiene sobre mí.

—Bájate del coche —le ordeno, aunque suena más bien como una súplica—. Para que pueda volver a la carrera y olvidarme de que existes.

—No vas a volver a la carrera.

—Eso es justo lo que…

Me echa las manos al cuello y aplasta su boca contra la mía con voracidad.

Katerina me está besando.

Y mi cabeza por fin se queda en silencio.

29



Katya

Besar a Zane es como lanzarse por un acantilado cubierto de rocas y confiar en que tu cuerpo atravesará el agua sin un solo rasguño. Es una locura indigna de una mujer sensata, pero este hombre me arranca hasta la última sombra de cordura, obligándome a vivir con pasión, no a sobrevivir con disciplina.

A una parte de mí le horroriza reconocer que su impulsividad es adictiva, pero la otra —la mujer fría que lleva toda la vida conteniéndose— ansía descubrir qué se esconde al fondo del precipicio.

Mis dedos se hunden en el pelo de su nuca. Zane permanece inmóvil, como si no supiera si devolverme el beso o huir de mí. El vértigo que me recorre el estómago cuando mis labios rozan los suyos… explota en una tempestad abrumadora en el instante en que me estrecha entre sus brazos y su boca se apodera de la mía.

Nunca imaginé que besarlo sería así.

Sus labios son cálidos y acogedores. Cuando los presiona contra los míos, siento que regreso a las calles nevadas de Moscú, al abrigo de una chimenea y de una taza humeante de *sbiten*. Y, al mismo tiempo, saboreo algo nuevo y salvaje que no sabía que necesitaba con tanta urgencia.

Deslizo las yemas de los dedos por su cabeza y el corazón me retumba al escuchar ese sonido ronco que brota de su garganta. Esta noche he descubierto que a este oso temperamental y profundamente posesivo le vuelve loco que le toquen el pelo.

Sus manos se aferran a mis caderas y separo más las piernas para acomodarme encima de él, sintiendo su enorme erección entre mis muslos. Mi gemido se ahoga en su boca, como si me necesitara

para seguir respirando. Me agarra de la trenza, le da un par de vueltas alrededor del puño y tira de mi cabeza para besarme con más rudeza.

—Mando yo —murmura contra mis labios.

Sacudo la cabeza como puedo. «Rendirse» no es un término que forme parte de mi vocabulario. Estamos tan cerca que no puedo ver su expresión, pero estoy segura de que sonríe cuando me da un besito en la barbilla.

—Sabes a rendición, pequeña *vedma*. —Mi corazón se salta un latido al oír esa palabra rusa en su acento americano—. Nunca había probado nada tan dulce como tú.

—No soy dulce… —jadeo al sentir su mano colarse bajo mi chaleco y rozarme la piel de la cadera.

Soy dura. Fría. Resolutiva. Distante.

Así me han definido todos los hombres de mi vida. Mi padre, con orgullo. Mis compañeros, con recelo o camaradería. Logan, con desdén.

—Eres veneno envuelto en la dulzura más exquisita.

Gira la cara y me roza la mandíbula con los labios, derritiéndome como si fuera cera prendida en llamas. Luego me acaricia el cuello con los dientes, dejando un reguero de besos que me acelera la respiración. Su mano asciende por mi cintura hasta la espalda, rozando el broche del sujetador.

—Eres mi condena. —Me da un fuerte tirón de la trenza—. Y quiero castigarte por hacerme perder la puta cabeza.

Sus ojos ardientes encuentran los míos. Luego esconde la cara en mi cuello y me muerde. El dolor es tan repentino que le hundo el puño en el abdomen. Suelta una especie de resuello, entre una carcajada y un gruñido, pero aún me estrecha entre sus brazos. Solo afloja el agarre de mi pelo.

—Conque lo de la trenza iba en serio —murmura, frotando la nariz contra mi garganta—. ¿O ha sido por el mordisco? No he podido evitarlo. Me han dado ganas de comerte.

La furia se disuelve bajo la ternura inesperada que me despierta este hombre enorme y emocionalmente torpe.

Sé que le he hecho daño; lo he golpeado para que así fuera. Aún estoy en guardia, con los puños tensos. Horrorizada, dejo caer los brazos y le toco el hombro con cuidado.

—Lo siento…

Se echa hacia atrás de golpe y me mira con los ojos entrecerrados. Tiene las mejillas sonrojadas y los ojos nublados de deseo.

—O sigues besándome, o te quitas de encima.

—Pensé que no te gustaban las rubias.

—No me gustan las rubias: me gustas tú.

—A mí no me gustan los deportistas.

—Bien, porque te odio tanto que a veces sueño con hacerte daño de formas que te enfermarían si las dijera en voz alta.

Su comentario me hace tensarme de nuevo.

—¿Eso te pone?

—Me pone que seas pequeña, aparentemente frágil y que no me tengas miedo. Representas todo lo que odio en una mujer, y, aun así, no dejo de imaginar cómo sería romperte de formas que solo yo podría recomponer.

Me mira de arriba abajo, recorriendo mi cuerpo con calma, como si ya lo estuviera imaginando.

—… hasta que no quede nada de ti que ese pedazo de mierda que llamas novio pueda arreglar. Porque si yo te rompo, seré el único capaz de unir los pedazos.

Y entonces lo entiendo. Este hombre camina en círculos dentro de su propia jaula. A veces asoma la cabeza fuera, como un niño que sonríe por algo tan simple como un Twinkie. Y otras se lanza al ataque, como un animal salvaje que nunca aprendió a distinguir entre una amenaza y una caricia.

Con él, avanzo un paso y retrocedo dos.

Primero, me besa como si me necesitara, y luego, me muerde para alejarme.

Primero, me acaricia como si le importara, y luego, intenta herirme para desdecirse.

No sé quién le hizo tanto daño, pero sí sé que nadie le ha enseñado a querer… ni a dejarse querer. Porque a mí me sucede lo

mismo.

—Ahora bájate de encima antes de que haga algo que me haga odiarte aún más y a ti, no volver a mirarme a la cara.

Me bajo sin rechistar, o al menos lo intento, porque justo cuando estoy a punto de volver a mi asiento, me sujeta por las caderas. Después hunde la cara en mi cuello y me da otro mordisquito, esta vez tierno, seguido de un lametón que me desarma por completo.

—Has dicho que me baje…

Me coge la cara entre las manos y esboza una sonrisa vulnerable que me parte en dos.

—Bésame —murmura, acariciándome las mejillas con los pulgares —. Y no soy un *durak*.

—Ni siquiera sabes lo que significa.

Se sonroja aún más.

—Lo busqué en el traductor de Google en cuanto salí del vestuario.

Eso me hace reír, porque lo imagino tecleando furioso en su móvil para traducir el significado. Sin poder evitarlo, giro la cara y le doy un beso en el dorso de la mano. Un gesto espontáneo que me sorprende tanto como a él, que se queda mirándome como si no supiera lo que acaba de suceder. Como si… de verdad creyera que no merece recibir afecto. Y eso me parte el corazón, porque este gigante torpe y amenazador se ha avergonzado al admitir que me escucha tanto como para traducir una palabra.

Me da un pellizquito en la mejilla y pongo una mueca porque, aunque sé que no quería hacerme daño, es tan bruto que no sabe medir su fuerza. Aparta la mano de golpe, pero la atrapo y la devuelvo a mi cara, riendo e incapaz de contener lo que me provoca.

—No te rías de mí, *vedma* —refunfuña.

—«Viedma». Se pronuncia «viedma».

—«Viedma» —repite con esfuerzo.

Oírlo pronunciar esa palabra con su marcado acento norteamericano tiene un efecto devastador en mis ovarios. Quiero más. Cielo santo, ¿qué me pasa?

—Solo para que lo sepas: una *vedma* es una hechicera muy sabia y poderosa.

También son feas, ancianas y malvadas, pero eso no se lo digo, claro.

—No quería halagarte —replica de mala gana—. Solo busqué «bruja» en el traductor.

Sin que lo vea venir, le clavo un dedo en el costado para desestabilizarlo. Zane me lanza una mirada acerada y levanta la mano hacia mi trenza, pero entonces le aparto un mechón de la frente con delicadeza. Ese gesto lo calma de inmediato.

Mi dulce bestia, todo gruñidos y furia por fuera, pero blandito por dentro como el centro de un pastel recién horneado. Creo que ya empiezo a conocerlo y a saber cómo aplacar a esta fiera de casi dos metros que entrecierra los ojos, empuja la cara contra mi mano y susurra con voz ronca:

—Más.

—Tal vez no seas un *durak* —digo, acariciándole el pelo—, pero sí eres un *milyy Svyatogor*.

Zane frunce el ceño y me agarra la mano, deteniéndome.

—No sé qué coño significa eso.

—Búscalo en Google.

Se revuelve, indignado.

—Lo ha…

No lo dejo terminar, porque me inclino y lo beso como me había pedido. En cuanto mis labios rozan los suyos, sus manos bajan por mi cuello, apretándome más contra su cuerpo.

Entonces me besa de verdad.

Zane es el segundo hombre al que beso, y sé con una certeza abrumadora que nadie me hará sentir como él. Tal vez no lo odie, sino que lo desee con una locura que contradice todas las normas a las que me aferro.

Corta el beso de forma abrupta, agarrándome del cuello.

—No quiero que pienses en otro mientras me besas —me reprocha, sin ocultarme su dolor—. No me hagas eso. No lo soportaría.

—Tú tampoco tienes permitido pensar en otra.

—Estoy profundamente obsesionado contigo —admite con amargura—. Has esclavizado mi mente, pequeña *vedma*.

Me da un besito en la barbilla, uno más en la comisura y, mientras enreda un dedo en un mechón suelto de mi trenza, me muerde el cuello con una ternura tan peligrosa que me estremezco.

—Me jode lo bien que me haces sentir —me susurra al oído—. Porque ahora que lo sé, no tengo ni puta idea de cómo voy a vivir sin ti.

Sus labios me rozan el lóbulo de la oreja mientras me aprieta el cuello. Le doy un golpecito en la muñeca, una señal muda de que baje el ritmo. Él lo entiende y me suelta, acariciándome la clavícula con los nudillos.

Su forma de rendirse a mis deseos me resquebraja, porque no estoy acostumbrada a que los hombres sean dulces conmigo. El único al que le permití llegar lo bastante lejos me trató como si fuera una soldado en la cama.

Nunca me han tocado con afecto sin que intentaran dominarme. Pero Zane es un caos de caricias torpes y besos apasionados, y creo que puedo confiar en él.

—Zane… —susurro, echando la cabeza hacia atrás para ofrecerle mejor acceso a mi cuello.

Me besa la garganta, la barbilla y cada centímetro de piel que sus labios encuentran a su paso.

—Hueles tan bien. —Un escalofrío me recorre la espalda cuando me sube la camiseta hasta el pecho—. Tu acento hace que mi nombre suene a algo bonito. Y no estoy acostumbrado.

—¿A qué?

—A que me traten como un ser humano y no como un monstruo —confiesa con voz queda.

—Nadie que bese como tú puede ser un monstruo.

Zane se queda quieto. Su frente descansa sobre mi pecho. Durante un instante, solo somos dos personas heridas intentando no romperse.

—¿De veras? —susurra, como si no se atreviera a creerlo.

Le acaricio la cabeza con suavidad, dejando que mi trenza le roce la mejilla.

—De veras.

Lo oigo inspirar con fuerza.

—Mi madre pensaba que lo era.

Esa confesión me parte el alma.

—Se equivocaba —aseguro con firmeza.

Echa la cabeza hacia atrás y veo su expresión amarga.

—Las madres conocen mejor que nadie a sus hijos.

Cuando sus dedos rozan el borde de mi sujetador, le atrapo la mano y se la giro hacia atrás. Un centímetro más y podría rompérsela.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto, inquieta.

—Me gustaría hacer que te corras, Katerina —contesta sin despegar sus ojos de los míos—. Pero, si necesitas que sea más concreto, quiero comerte las tetas hasta que grites mi nombre.

Suelto su mano. Zane no se mueve.

—¿Puedo? —Tira apenas del sujetador. El roce de la tela contra mis pezones me arranca un gemido. Sus pupilas se dilatan al escucharlo—. No sueño con otra cosa desde hace días.

Me he quedado muda, así que asiento frenéticamente. Zane me sube con cuidado el sujetador, liberando mis pechos pálidos y pequeños. Al verlos, se echa hacia atrás y siento el instinto de cubrirme, pero me agarra por las muñecas para impedírmelo.

—No te escondas de mí.

—Entonces, no me mires…

—… ¿como si fueras lo más hermoso que he visto en mi vida? —Captura un pezón entre sus labios y tira de él. Dejo de forcejear, sintiendo que mi cebero y mi corazón han dejado de funcionar al mismo tiempo—. Imposible, porque nunca he visto nada tan bello como tú, así que pídeme otra cosa.

De hecho, soy incapaz de hablar, porque las caricias de su lengua me dejan sin sentido. Mordisquea, besa y succiona mis pezones. Cada roce de su lengua cálida me empuja al borde del abismo.

Zane me recuesta en el asiento y termino con la espalda pegada a la ventanilla y su cara enterrada en mis tetas, devorándolas como si fueran su comida favorita.

Dios mío.

No sabía que una mujer podía correrse solo con esto.

Aprieto los muslos alrededor de su cintura, levantando las caderas para rozarme con desesperación contra su erección. Él me tira de la trenza y me muerde un pezón, arrancándome un sollozo de placer.

—Aún no. —Su lengua me calma de inmediato—. Te correrás cuando yo lo permita.

Ahueca las manos en mis pechos y vuelve a devorar mi boca como si llevase toda la eternidad echándome de menos. Me da un beso largo y profundo. Cuando se aparta, tiene los ojos llenos de una emoción salvaje y una sonrisa arrogante en la cara.

—Has cumplido tu promesa —dice, satisfecho—. No has pensado en otro mientras te besaba.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ningún otro te haría gemir así con solo chuparte las tetas.

—Creo que te odio muchísimo.

—Y porque no estás huyendo de mí —succiona mi pezón derecho, arrancándome un suspiro—, aunque ambos sabemos que podrías hacerlo.

—Yo nunca huiría. Te plantaría cara.

—Deja de decir cosas que me ponen más cachondo.

Baja la cabeza de nuevo hacia mis pechos, pero, antes de volver a devorarme, se detiene. Se echa un poco hacia atrás como si, de pronto, sintiera la necesidad de mirarme. Como si no pudiera creerse que sigo aquí, debajo de él. Como si temiera que, en cualquier momento, fuera a desaparecer.

Le doy un tironcito del pelo.

—No me voy a ningún lado —le prometo.

Me coge de la barbilla con brusquedad, haciéndome alzar la vista. Sus ojos arden.

—No lo permitiría —ruge.

Me planta un beso fuerte. Luego atrapa mis manos, se las lleva a la boca y me besa los nudillos con una devoción que no comprendo. Que no encaja con ese cuerpo enorme, ese carácter indomable, ese odio que a veces me escupe como un castigo.

Sus manos se apoderan de mis pechos mientras me besa. Los cubre, los acaricia, los aprieta. Cada caricia me arranca un gemido.

Me pellizca los pezones con los dedos y luego los envuelve con la boca, succionándolos con una necesidad tan sucia y desesperada que me deja sin aliento.

—Zane…

Al escuchar su nombre, me lame con más intensidad hasta hacerme gritar. Arqueo la espalda y sacudo las caderas, frotándome contra su erección. No puedo creer que esté a punto de correrme mientras sollozo su nombre entre jadeos incoherentes.

—Zane… Zane, por favor… Zane.

Me sujeta por la cadera y cuela la otra mano bajo mi pantalón. Me sobresalto al sentirlo y cierro el puño, dispuesta a atacar. El corazón me late dolorosamente contra el pecho cuando apoya la frente en mi vientre, me besa por encima de la tela del pantalón y susurra:

—¿Puedo masturbarte?

Estoy temblando y respondo con un hilo de voz:

—Sí.

—No te he oído.

—Sí —contesto más alto.

Sin dudarlo, mete la mano dentro de mi ropa interior, desliza los dedos por mis pliegues y deja escapar un suspiro que me estremece.

—Joder, estás empapada.

Me sujeta por la nuca para obligarme a mirarlo y, con sus ojos clavados en los míos, me penetra con dos dedos. No puedo girar la cara, así que cierro los ojos. Su enorme mano se cierra sobre mi cuello y aprieta hasta que me veo obligada a abrirlos. Ahora mismo me muero de la vergüenza.

—Mírame, Katerina.

—Te odio —sollozo de placer—. Dios mío, cuánto te odio.

Sus dedos entran y salen de mí, arrancándome un gemido tras otro. Me observa sin pestañear, con las mejillas sonrojadas y una sonrisa satisfecha, como si verme así, desarmada, rendida, ardiendo entre sus manos, fuera la visión más hermosa que haya presenciado jamás.

Mi coño se contrae alrededor de sus dedos mientras me folla con un ritmo que me enloquece.

—No te resistas, *vedma*.

Aunque quisiera, no podría.

Su pulgar encuentra mi clítoris y empieza a acariciarlo trazando círculos lentos y precisos. Incapaz de soportarlo, lo agarro del pelo y suelto una retahíla de palabras rusas mientras me sacudo contra su mano. Desesperada. Hambrienta. Sollozando su nombre.

—Eso es —gruñe—, córrete en mis dedos.

Me masturba más rápido, sin dejar de frotarme el clítoris. Y yo solo puedo sacudir las caderas, confiar en él, dejarme llevar por primera vez en años.

Arquea los dedos hacia dentro, tocando ese punto tan sensible. Mis paredes se estrechan con violencia, atrapándolo. Me agarro a sus hombros cuando me sobreviene el orgasmo más intenso que he tenido en la vida. Me atraviesa como una descarga eléctrica.

No me importaría morir ahora, completamente saciada, eufórica.

Jamás me había sentido tan bien.

Si Zane es un demonio y esto es el infierno…, lo prefiero mil veces al cielo.



30



Zane

Katerina es la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Es baja, y no me gustan las bajas.

Es rubia, y no me gustan las rubias.

Está muy delgada, y yo siempre he preferido tener dónde agarrar.

Pero no cambiaría ni un centímetro de esa piel pálida que me enloquece ni un solo mechón de su trenza ni una peca de su rostro. Todas esas características físicas, que tanto detesto en otras, en ella se han convertido en mi jodida debilidad. Y vendería mi alma al diablo solo por ver de nuevo su cara rendida al orgasmo. Porque no hay nada más bello que haber conseguido que confiara en mí.

Tal vez no haya ido a la universidad ni sea tan inteligente como Grayson o tan carismático como River, pero sí sé esto: Katerina no baja la guardia con nadie. Vive en modo alerta constante, preparada para atacar. Pero conmigo se rindió; me dejó dominarla. Y no pienso permitir que nadie me lo arrebate.

Aún respira entrecortadamente, con la frente apoyada en mi hombro y las manos en mi pecho, cuando le pregunto:

—¿Te llamas Katerina o Ekaterina?

—Ekaterina —puntualiza—. Pero Katerina es la variante coloquial más usada. Y Katya, el diminutivo más común. Todos me llaman Katya.

—¿Y tú cuál prefieres?

—Katerina —responde con una sonrisa.

—¿Cómo te apellidas?

Se tensa de inmediato.

—¿Por qué? —replica con tono crispado.

—Quiero saberlo todo de ti.

—¿Tienes esa manía después de llevar a una mujer al orgasmo?

—No; después de terminar, me visto y me largo con un «ha estado bien» —admito sin pensar, y me arrepiento en cuanto las palabras salen de mi boca, porque suena a que soy un cerdo que utiliza a las mujeres, cuando siempre he sentido que es al revés—. Tú sabes el mío.

—Volkova.

—¿Significa algo?

—«Volk» significa «lobo» y «ova» es un sufijo femenino que se utiliza para indicar pertenencia. Como si dijeras «pertenece a» o «hija de». En Rusia, los apellidos tienen género y deben concordar con el sexo de la persona.

—Hija del lobo.

—Se podría traducir así, sí.

—Tu apellido te pega más que el mío a mí.

—Depende de lo que entiendas por caballero.

Se echa hacia atrás. Aún tiene las mejillas arreboladas y los pechos expuestos. En cuanto mis ojos descansan en sus pezones pequeños y rosados, se tapa con las manos.

—No te cubras.

—Tú aún sigues vestido —refunfuña—. Supongo que por eso no me has dicho «ha estado bien».

—Decirte eso sería mentirte, porque tú no entras en la categoría de las demás. Pero si necesitas oír la verdad: ha estado de puta madre. Tan jodidamente bien que no voy a poder olvidarlo.

Un sonrojo adorable le sube por las mejillas mientras aún se cubre los pechos. Dudo que algún hombre la haya visto como la estoy viendo yo ahora mismo. Y no me refiero a su semidesnudez.

—Pero no te he devuelto el favor —dice en voz baja—. No es justo.

—Lo que te he hecho no era un favor. Y, si piensas que me debes algo por eso… —suelto una risa áspera y resignada—, es que no tienes ni idea de lo mucho que he disfrutado dándotelo.

Deja caer los brazos y me regala una sonrisa tímida y preciosa. Sin poder evitarlo, me inclino y le aparto los mechones sueltos de la

trenza. Esta dulce, enigmática y feroz *vedma* va a acabar conmigo.

—Si quieres —murmura—, puedo…

Se inclina y me acaricia la erección por encima del pantalón. Mi polla responde al instante y el simple roce me hace ver la estrellas. Soy capaz de correrme en los calzoncillos solo con imaginar su mano o esos labios suyos rodeándome la polla. Pero, cuando va a desabrocharme los pantalones, la sujeto por la muñeca.

Sí, la deseo con todas mis fuerzas. Pero hoy le he enseñado una parte de mí que no ha visto ninguna mujer, y no soportaría que me usara como las demás.

—Dime que no eres igual que todas —exijo, con la voz cargada de ansiedad.

Sus cejas se fruncen. Está claro que mi reacción no era la que esperaba.

—No te entiendo.

—Dime que soy algo más que un polvo. Que me ves. Que no soy solo un cuerpo para ti.

Su mirada azul es un huracán de emociones que no logro descifrar. No sé qué está pensando y, maldita sea, su silencio me quema por dentro. ¿Lo que le pido es tan difícil? ¿Soy solo un capricho para ponerle los cuernos a su novio? ¿Un desfogue? ¿Un puto error?

Ella no responde; solo se baja la camiseta con gesto firme. Suelto su otra mano, incapaz de seguir tocándola.

—Hay cosas que no sabes de mí, Zane —dice al fin, con esa voz suya que suena a hielo y pólvora—. Pero ya deberías haber entendido que no me revuelco con cualquiera por un calentón.

Su respuesta me pincha justo donde más me duele. Y me escuece, porque quiero más y me odio por desearlo.

—Ya, tienes razón —suelto, con el veneno subiéndome por la garganta—. Para eso tienes a tu novio.

Mencionar a su novio es un golpe bajo, porque no sé nada sobre su relación, pero, si va a hacerme daño, entonces yo la romperé antes. Es lo que hago siempre: primero ataco, luego pido disculpas. Así ha sido desde que mi madre me llamó «demonio». Intenté confiar en los demás, pero en el instituto me arrancaron la

ingenuidad a golpes de humillación. Nunca olvidaré que perdí la virginidad con alguien que me demostró que solo sirvo para agarrar a las mujeres del cuello.

—No es mi novio —contesta sin levantar la voz.

Suelto el volante y me vuelvo hacia ella. Mi enfado se desinfla tras esa revelación y la palabra «soltera» me explota en la cara. Está soltera. Joder, ¡está soltera! Me cuesta un mundo no hacerme ilusiones.

—¿Cuándo rompiste con él?

—Me dejó hace más de seis meses.

¿Él? ¿Ese mierdas rompió con ella? Menudo gilipollas.

—No lo entiendo. Aquel día, en el estadio…

—Te echaste encima de él y no se me ocurrió otra forma de pararte. Solo intentaba protegerlo.

¿Significa eso que aún siente algo por ese imbécil? El despecho y la rabia me golpean de lleno.

—También fue a tu casa. —Recuerdo la miradita triunfal que me lanzó. Entonces caigo en la cuenta de algo—. ¿Te está molestando?

—No.

—Dime la verdad.

—Solo forma parte de mi vida.

—Pues sácalo de ella.

Sin esperar su respuesta, arranco el coche y me incorporo a la autopista. Katerina permanece un buen rato en silencio, con la vista clavada en el espejo retrovisor.

—No estaba jugando contigo, Zane —dice finalmente.

No es su novio, pero todavía forma parte de su vida. Todavía. Forma. Parte. De. Su. Vida.

A la mierda. Voy a matar a ese pedazo de cabrón que la hizo creer que no merece recibir placer sin sentirse obligada a corresponderlo, como si el sexo fuera un maldito favor.

—Deja de decir mi nombre.

Me mira de reojo.

—¿Por qué?

—Porque lo dices como si te importara.

No me responde. Su mirada ya no está en mí, sino clavada en el espejo retrovisor de su lado. Se ha tensado de golpe, así que desvío la vista hacia el espejo central y lo veo: un todoterreno negro con los cristales tintados. Es el mismo que lleva siguiéndonos los últimos cinco minutos. Cada vez que he cambiado de carril o he girado, el todoterreno ha hecho lo mismo.

—Creo que ese coche nos está siguiendo —dice con voz queda.

Joder.

—Abróchate el cinturón —le ordeno—. Ahora.

Katerina hace lo que le pido sin rechistar. Piso a fondo el acelerador y me desvió en la siguiente salida sin poner el intermitente. El todoterreno hace lo mismo. Pues sí, nos está siguiendo.

En cualquier otro momento, disfrutaría de la persecución suicida. Porque si muero, le quitaré un gran peso de encima a Grayson. El problema es que no estoy solo. A mi lado, con los ojos clavados en el retrovisor, Katerina aprieta los labios.

—Sujétate. Voy a intentar perderlos.

Zigzagueo entre varios coches, superando el límite de velocidad.

—Sé que esto va a sonar raro, pero me he ganado enemigos muy poderosos. —Cambio de marcha y acelero—. No quiero que te pongas nerviosa, pero es justo que sepas que estar en este coche conmigo te ha puesto en peligro.

Esta mujer es de titanio, porque ni se inmuta.

—¿Qué hiciste para ganártelos?

—Maté a uno de los suyos.

—¿Se lo merecía?

—Sí.

Ella se gira hacia la ventanilla y analiza el entorno.

—Sal en el siguiente desvío hacia esa zona residencial —me indica —. Busca las calles estrechas. Su coche es grande, así que tendrá dificultades para maniobrar.

Me fío de ella tras la carrera ilegal, así que hago lo que me dice sin dudar. Giro a la derecha, luego a la izquierda y acelero en una calle de doble sentido bastante estrecha. El todoterreno intenta seguirnos, pero se queda atascado unos segundos entre el giro

cerrado y otro coche que viene de frente. Suficiente para ganar unos metros.

—Ahora, tira por la vía de servicio.

—No me lo digas —respondo, atónito—. Tu padre también te enseñó este truco. ¿Quién era, una mezcla entre MacGyver y Chuck Norris?

—No, *polkóvnik* de los Spetsnaz. —Al ver mi expresión interrogante, se apresura a añadir—: Los Spetnaz son una unidad de élite de las Fuerzas Armadas Rusas. Mi padre era *polkóvnik*. Es decir, coronel.

Eso explica muchas cosas, aunque no dejo de estar impresionado por sus nervios de acero.

—Ahora, a la derecha —me indica—. Y en la rotonda, toma la segunda salida.

—Sí, camarada.

Sigo sus indicaciones, sorprendido de que su voz de hielo no tiemble en ningún momento. Finalmente, cuando cruzamos un paso entre almacenes vacíos y nos incorporamos a una calle apenas iluminada, miro por el retrovisor. Ni rastro del todoterreno. Katerina suelta un profundo suspiro de alivio. Sin pensarlo, salgo del polígono y conduzco hacia una carretera secundaria.

—Mi casa está en el otro sentido —murmura, con la respiración agitada.

—Vamos a un lugar seguro. Si me han estado vigilando, seguramente sabrán dónde vives.

—¿Y qué más te da?

—¿Lo dices en serio? —Me giro hacia ella, mirándola con el pecho a punto de estallar de furia—. No pienso tener esta conversación justo ahora, Katerina.

—Aquel día me llevaste a mi casa —me recuerda.

—¡Aquel día no me importabas ni pensé que te estuviera arrastrando a mi mierda! —admito, apretando el volante. Devuelvo la vista a la carretera, incapaz de seguir mirándola. Odio haberme equivocado, porque eso significa que la he puesto en el punto de mira—. Pero ahora me importas y voy a protegerte.

Si alguien intenta tocarle un solo pelo de su trenza, tendrá que pasar por encima de mí. Y rezar para que lo mate rápido.

31

———————— ✊ ————————

Katya

—¿Dónde estamos?

Delante de nosotros se alza una casa de una sola planta, oculta tras un bosque de abetos y un muro de hormigón de tres metros de altura. Sigo a Zane al interior mientras comprueba que todas las entradas y ventanas estén cerradas. Al terminar el recorrido, me invade cierto alivio al comprender que estamos en un lugar seguro. Algo es algo.

—Es propiedad de mi familia —me informa.

—¿Y los hombres que te persiguen no podrán encontrarnos?

—No pueden saberlo. Mi hermano es un maniático del control y de la seguridad —explica con orgullo—. Compró esta casa hace años a través de una sociedad pantalla imposible de rastrear. Tiene decenas de propiedades como esta repartidas por el país.

De acuerdo, tal vez sí tengamos un respiro. Grayson Knight nunca deja nada al azar.

Zane va a la puerta de entrada, introduce un código y los cerrojos resuenan con un chasquido metálico. Perfecto, hay alarma y la casa está blindada. Ahora solo necesito contactar con mi equipo. Pero primero tendría que librarme de Zane, que no se despega de mí.

—Necesito darme un baño —digo cuando termina la inspección.

Asiente y se acerca a un armario, del que saca un pantalón de algodón gris y un jersey rosa chicle. Esboza una sonrisa al ver mi cara. Odio el rosa con todas mis fuerzas. Me gustan los colores neutros porque me permiten camuflarme mejor y pasar desapercibida.

—Es el color favorito de Winter. —No digo nada, así que añade—: Es mi hermana pequeña. Grayson se encargó de que hubiera

provisiones para todos en las casas.

Ya lo sabía. Siempre investigo a fondo a las personas que me encargan proteger, y eso incluye a su familia. Grayson envió al pequeño Josh a un internado. No es su hermano biológico, así que probablemente tomó esa decisión para quitárselo de encima. Si algo he aprendido como guardaespaldas, es que los ricos solo son leales a la sangre y al dinero.

Cojo la ropa y entro en el baño, pero me impide cerrar la puerta.

—No tardes —me gruñe.

Estoy de los nervios, aunque durante la persecución fingí lo contrario. Y, para más inri, estoy incomunicada, así que abro la boca para gritarle que no se atreva a darme órdenes como si fuera un perro, hasta que veo sus ojos angustiados. Zane no siente un ápice de aprecio por su vida —eso ha quedado más que comprobado—, así que Grayson tuvo que contratar seguridad a sus espaldas. Sin embargo, la idea de que me suceda algo por su culpa le parece lo bastante horrible para no despegarse de mí.

«Pero ahora me importas y voy a protegerte».

Odio lo agradable que me resulta que alguien se preocupe por mí. Nunca me había sucedido.

—Dame diez minutos —digo con una sonrisa.

—Cinco.

—De acuerdo, *durak*.

—¡No soy un *durak!* —rezonga—. Ni un *milyy Svyatogor*, sea lo que sea eso.

—Sí que lo eres —contesto, cerrando la puerta.

A veces lo parece porque intenta hacerse el duro, pero por dentro es un gigante torpe que no sabe qué hacer con tanta fuerza. Igualito al de la leyenda rusa.

Me apoyo en el lavabo y cierro los ojos.

Vale. Respira. Piensa.

Repaso lo ocurrido: la carrera ilegal, lo… que le dejé hacerme en el coche, la persecución del todoterreno. Zane ha revisado cada salida, las paredes están blindadas y estoy segura de que nadie nos ha seguido hasta aquí. Además, las ventanas son de cristal antibalas

y el sistema de cierre parece fiable. Si queremos sobrevivir, este es el lugar perfecto. Al menos esta noche.

«Dime que soy algo más que un polvo. Que me ves. Que no soy solo un cuerpo para ti».

He trabajado de encubierto muchas veces y nunca me había supuesto un dilema moral hasta ahora, pero empiezo a sentirme como una basura por mentirle. Por eso no pude decirle lo que merecía oír. Él no sabe que soy su guardaespaldas y no puedo cruzar esa línea sin destruir a este hombre al que ya han hecho demasiado daño.

No soy mejor que esas personas que se han aprovechado de sus grietas, solo que yo le oculto información porque su hermano me paga el sueldo.

Me desvisto, entro en la ducha y saboreo este pequeño respiro. Da igual lo que haga; Logan siempre encontrará la forma de culparme por este desastre.

Cuando salgo del baño, con la ropa de su hermana puesta y el pelo húmedo, Zane está apoyado en el marco de la puerta. Con una Glock en la mano.

—¿Nunca te sueltas el pelo? —pregunta con el ceño fruncido.

Doy un respingo.

—¿Qué haces ahí armado?

—Protegerte.

—¡Por Dios, Zane!

Esto no puede estar pasando. Soy yo quien debe protegerlo. A mí nadie me protege. Nunca. Ha sido así desde que mi madre se largó y mi padre decidió entrenarme para cualquier amenaza. Mi infancia no estuvo llena de tardes en el parque y dibujos animados, sino de carreras cronometradas a las cinco de la mañana, flexiones y simulacros de asalto en mitad de la noche para prepararme para lo peor.

—¿Sabes usarla? —pregunto, señalando la pistola.

En las manos equivocadas, un arma no es un instrumento de defensa, sino un suicidio anunciado: un peligro no solo para quien la porta, sino también para cualquiera que esté a su alrededor.

—Apuntar y apretar el gatillo. No puede ser tan difícil.

—O sea, que nunca has usado una.

Levanta los puños, como si fueran armas más letales que la pistola.

—Prefiero estos.

Suelto un suspiro y, con extrema delicadeza, le bajo el brazo con el que la sostiene. Me sorprende que no oponga ni un poquito de resistencia.

—Mi padre era coronel —le recuerdo—. Estoy familiarizada con las armas de fuego.

La gira hacia abajo y me la entrega sin dudar. Su confianza me abruma.

—Quédate con ella si te hace sentir más segura —decide—. Y úsala si fuera necesario. Pero, si nos encuentran —me frota la mejilla con el pulgar—, me da igual estar desarmado, porque no te van a tocar un pelo mientras yo siga respirando. Aunque me cosan a balazos.

—Confías demasiado en ti mismo.

Cierra mi mano alrededor de la pistola.

—Solo sé para lo que sirvo.

Por eso salió a la pista de hielo con la camiseta de otro jugador. Cree que se muere sin el *hockey* porque ha crecido pensando que solo sirve para recibir golpes en lugar de otras personas. Me duele de una forma tan profunda que siento la necesidad de pedirle que deje de hablar así de sí mismo.

—Zane…

—¿Has cenado? —cambia de tema con brusquedad.

—No.

Se dirige a la cocina. Antes de seguirlo, me guardo la pistola en la cinturilla trasera de los pantalones. Tras rebuscar en los armarios, saca dos sobres de fideos instantáneos y enciende el hervidor de agua. Me siento de un salto en la encimera mientras él prepara la cena.

—¿Quieres hablar de…?

—No —me corta, sin dejar de remover la sopa.

—Ni siquiera sabías lo que te iba a decir.

—Eres más transparente de lo que crees. Ahórrate el rollo psicológico sobre que sirvo para algo más que proteger a mis compañeros. No lo necesito. —Me da el cuenco más grande—. Come.

—No iba a decir eso.

—Embustera.

Empiezo a comer, pero no puedo dejarlo correr sin más, así que balanceo la pierna y le doy un golpe en el muslo.

—El *hockey* no lo es todo, Zane.

—Para mí, sí. Cállate ya.

—Y vales para algo más que proteger a tus compañeros. —Dice la mujer que creyó que su vida no tenía sentido después de abandonar el ejército y convertirse en guardaespaldas.

Zane engulle la sopa como si se la fueran a quitar, y eso me hace gracia, porque me recuerda a una escena de *La bella y la bestia*.

—Toma. —Le doy lo que me ha sobrado cuando termina la suya —. No tengo más hambre.

Los ojos le brillan con suspicacia.

—¿En serio?

—De verdad. Me has dado demasiada comida. No sé por qué, si tú comes más que yo.

—No quería que te quedaras con hambre —dice, sonriendo de una forma que le marca los hoyuelos y me acelera el corazón—. ¿Me lo puedo comer? ¿De verdad estás saciada?

—¡Sí! —Me acaricio la barriga hinchada. Ningún ser humano es capaz de comer tanto como este gigante tragón—. Estoy llenísima.

Zane se termina la sopa como si llevara varios días sin comer. Cuando levanto la mirada y lo observo atónita, se da la vuelta y empieza a lavar los cuencos en el fregadero con las orejas rojas. Me muerdo el labio para no reírme.

—Ya sé que como mucho —murmura—. Es que siempre tengo hambre. ¡No te metas conmigo! Odio cuando River me llama culo gordo. Porque no estoy gordo, estoy fuerte.

Me tapo la boca para que no me vea sonreír cuando gira la cabeza.

—¡Te estás riendo!

—Que no —respondo, conteniendo la risa a duras penas.

Zane coloca los cuencos en el escurreplatos y esboza esa sonrisa de hoyuelos que me desarma por completo; la del hombre de los Twinkies. *Mierda*.

—No pasa nada, *vedma*, eres preciosa cuando sonríes —confiesa con voz queda—. Al sonreír es como si no fueras esa versión que pelea con el mundo y solo fueras tú, sin armadura. Y me gustaría verte así más a menudo.

Me aferro al borde de la encimera.

—Habló el gruñón —bromeo con debilidad.

—No soy gruñón. —Se seca las manos en el trapo—. Tengo sentido del humor, ¿sabes? Pero no he tenido muchos motivos para sonreír últimamente.

—Acabas de hacerlo.

—Porque verte feliz me hace feliz.

Su confesión me derrite como si fuera un helado delante de una chimenea. No debería mirarme de esa manera ni decirme esas cosas ni sonreírme como si yo le hubiera dado un motivo para hacerlo. Y yo no debería sentirme así, como si el mundo fuera un lugar bonito y no un sitio horrible lleno de amenazas.

Soy su guardaespaldas, me recuerdo. Esta película que está sucediendo en mi cabeza no tiene un final feliz. Por eso me bajo de la encimera y bostezo a propósito para marcar distancia.

—Me voy a la cama.

—Te acompaño.

Al llegar a la habitación, dejo la Glock en la mesita de noche, me quito las zapatillas y me tumbo en la cama. Zane se desnuda de cintura para arriba y va hacia la cama como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Qué haces? —pregunto con voz chillona.

Se detiene con cara de confusión y la sudadera en la mano.

—Soy muy caluroso, pero, si quieres, me la dejo puesta. Tú puedes dormir sin camiseta. —Se encoge de hombros—. Total, ya te he visto las tetas.

Suelto un murmullo ahogado.

—¿Eso es un no? Qué pena, son muy bonitas.

—¡No vas a dormir conmigo! ¡Hay dormitorios de sobra!

—Si alguien entrase, no estaría lo bastante cerca para protegerte.

Ay, Dios. Estas situaciones deberían incluirlas en el manual del buen guardaespaldas.

—Nadie va a entrar, y lo sabes.

—Dormiré en el suelo. —Coge una de las almohadas—. Pero no me moveré de aquí.

Pues nada, a tomar por saco la distancia.

Zane se tumba en el *parquet* como si fuera un animal. Me muerdo el interior de la mejilla para no gritarle, apago la luz y me meto debajo del edredón. Unos minutos después, no puedo dejar de dar vueltas en el colchón por la culpa, así que enciendo la lamparita.

—Puedes dormir en la cama —concedo—. Te estrangularé si roncas.

Se levanta y se tumba encima del edredón, sin ponerse la sudadera, por supuesto, no vaya a darle un respiro a mi heterosexualidad. El colchón se hunde bajo su peso. Aunque no me roza, siento su calor en cada centímetro de mi piel.

—No voy a dormir.

—No va a entrar nadie, Zane, descansa.

Me mira un largo momento con ojos más cansados que furiosos.

—Dormir no es una opción cuando lo único que me importa ahora está a mi lado. —Se tumba de cara a la puerta, dándome la espalda —. Buenas noches, *vedma*.

Soy su guardaespaldas. Soy su guardaespaldas. Soy su guardaespaldas.

Cierro los ojos y rezo para que se duerma. Si tengo suerte, le cogeré el móvil a escondidas para enviar nuestra ubicación al equipo. Así, al menos, cumpliré con mi trabajo. Y este no es, desde luego, babear por sus abdominales ni derretirme como una boba por las cosas que me dice.

Sin embargo, Zane pertenece a una clase extraña de hombre: los que cumplen sus promesas. Porque una hora después sigue demasiado consciente, vigilando la puerta.

Parece que ninguno de los dos va a dormir esta noche.

32



Katya

—¿Estás despierta?

Su voz grave y baja me acaricia la espalda. Estoy tumbada de lado, atrapada entre su cuerpo y el borde de la cama. No me ha tocado desde que se empeñó en dormir aquí para protegerme, y lo peor es que una parte de mí lo desea con intensidad.

—Sí —susurro.

Su mano se posa en mi brazo y ese roce superficial basta para que un torrente de calor me recorra las piernas.

—Yo te protejo. —Me da un apretón—. Duerme.

Cierro los ojos con fuerza, frustrada por mi propia debilidad.

—Deja de decir esa palabra.

—¿Cuál? ¿«Protejo»?

—Sí. Y duérmete ya.

—No puedo y tampoco quiero.

Cuando empieza a retirar la mano, estiro el brazo y enciendo la lamparita. Luego me doy la vuelta y lo miro a los ojos. Los tiene bien abiertos. Me dan ganas de darle un sopapo por ser tan cabezota. Ambos sabemos que esta noche no va a haber ningún ataque.

—Hola, *vedma*.

—Hola, *velikan.*

—Eres una listilla, ¿eh?

—Aprende ruso.

—Lo haré —promete, muy serio.

—No puedo dormir —admito con un suspiro—. Háblame de tus tatuajes.

Si lo obligo a hablar, tal vez le entre sueño y se rinda al cansancio. Entonces le quitaré el móvil. Aunque reconozco que también me pica

la curiosidad por conocer el significado de la tinta negra que le cubre la piel.

Zane me observa con los ojos entornados, como si intentara descifrar mis intenciones.

—Solo si te sueltas el pelo. —Me da un tironcito de la trenza.

Muevo la cabeza para que deje de tocarla.

—No voy a soltarme la trenza. Como intentes deshacerla, te corto las manos.

—Uuuh.

Comienzo a girarme para apagar la luz, pero él me sujeta del brazo antes siquiera de alcanzar la lámpara. Sus dedos me abrasan por encima del jersey y lleva mi mano hasta el lateral derecho de su cuello, donde un águila alza el vuelo. Al rozar la tinta, noto cómo se estremece y entrecierra los ojos.

—El águila es un animal que nunca duerme del todo y ve a kilómetros de distancia. Siempre está lista para atacar —explica con voz queda.

Deslizo los dedos por las alas; su respiración se vuelve más profunda, errática.

—Fue el primer tatuaje que me hice, poco después de que mis padres murieran. Una parte de mí se sintió aliviada… y otra sintió vergüenza —confiesa, apretándome la muñeca—. El águila es para recordarme que, pase lo que pase, nunca debo bajar la guardia.

Siento su pulso fuerte bajo mis dedos. Su piel está tan caliente que me pregunto si tiene fiebre. Sin dejar de mirarme, baja mi mano hasta la parte superior de su brazo, justo sobre el ancla con los nombres de sus hermanos. Mis dedos acarician el borde y él exhala por la nariz, con los labios entreabiertos. Los guío hasta el nombre de Grayson. Cierra los ojos un segundo, como si el contacto le doliera y le aliviara a la vez.

—Algún día quiero ser la mitad de hombre que mi hermano mayor —dice con orgullo—. Mi padre no le permitió ser un niño. Grayson siempre nos ha protegido desde que era un crío. Y, cuando murieron en aquel accidente de tráfico, se convirtió en el cabeza de familia. Es un buen hermano, un buen padre y marido.

Lleva mi mano hasta el nombre de River. El músculo del brazo se tensa bajo mi palma.

—Es mi mejor amigo. —Sonríe de medio lado—. A veces me saca de quicio, pero me lo paso de puta madre con él.

Baja mi mano hasta la cruz del ancla, sobre el nombre de Winter. En el punto de la «i» hay un pequeño corazón.

—Es la princesa de la casa y de mi corazón —admite con una sonrisa tierna. Luego lleva mis dedos un poco más arriba, al nombre de Josh—. Debería haberme tatuado «Joshua» solo para tocarle los huevos.

Suelta una risa suave que me produce una emoción cálida y reconfortante en el pecho. Josh es su hermano adoptivo. Nadie se tatúa el nombre de otra persona si no la quiere de verdad.

—¿Lo quieres? —me aventuro a preguntar.

Me mira ofendido.

—Daría la vida por cualquiera de ellos —asegura sin dudar—. Lo de Joshua es una broma que viene de lejos.

—No te enfades, *upryamyy medved´.*

—No estoy enfadado —resopla—, y que sepas que aprenderé ruso solo para entenderte. —Gira el interior del brazo y me muestra el nombre de Ava con un gorro de chef. Cuando lo acaricio, un sonrojo adorable le colorea las mejillas—. Ava es mi única amiga. Nunca pensé que me gustaría tener una amiga hasta que la conocí. Me encanta ir a musicales con ella y comer todos los pasteles que hace. Mi hermano la ama con locura y verlos enamorados también me hace feliz.

En su voz hay cariño, pero también detecto una profunda añoranza.

—Algún día tú también tendrás lo mismo que ellos —suelto sin pensar.

Sus ojos ardientes se clavan en los míos.

—No me mientas —gruñe, atrapando mi otra mano. Entonces las lleva al centro de su pecho, sobre el tatuaje de «familia» que se mueve al ritmo de su respiración acelerada—. Puede que el *hockey* sea mi droga, pero ellos son lo único que de verdad me importa.

Por eso se ha alejado de sus hermanos. Cree que así los está protegiendo.

—Te tengo envidia —admito, mordiéndome el labio.

—¿A mí? —Desliza mis manos hacia el antebrazo derecho—. ¿Por qué?

—Porque parece que tienes una familia preciosa y yo soy hija única.

—¿Qué hay de tu madre?

—No le importo una mierda. Sigue con tus tatuajes.

—Pues que se joda —escupe con vehemencia.

Le rozo la enredadera que recubre el nombre de Josephine, su sobrina. Zane inspira bruscamente, como si mi caricia lo atravesara.

—Me lo hice cuando nació. Estuve en el parto. Por poco me muero al pensar que las perdía. Cuando por fin sostuve a Josie y me miró como si yo fuera bueno… —Aprieta mis manos—. Solo sé que me gusta sentirme así. —Mis dedos siguen la línea de una flor y él tiembla ligeramente—. La enredadera es porque quiero protegerla; a ella y a todo lo que crezca a su alrededor.

Suelta una de mis manos, se incorpora un poco y se baja los pantalones. Pongo los ojos como platos al verlo en calzoncillos.

—¡Zane! —pego un grito.

Se ríe por lo bajo.

—No seas malpensada, *vedma*. Solo quiero enseñarte el último tatuaje.

—Ah —musito, sintiéndome ridícula.

Baja mi mano hacia su muslo izquierdo y yo sigo el recorrido con los dedos, sin pestañear. Ya lo vi cuando le di el masaje, pero no lo detengo. Guía mis dedos hasta la serpiente mientras contengo el aliento. Cuando la toco, su abdomen se contrate y se le escapa un suspiro ronco.

—La primera vez que jugué con los Guardians, estaba eufórico. Por fin había conseguido un puesto en la NHL. Además, en un equipo de mi ciudad, por lo que no tendría que separarme de mi familia. Y la afición me llamaba «fenómeno». Fe-nó-me-no —silabea, sin mirarme a los ojos—. Me sentí invencible. Reventaba de la felicidad, ¿sabes? —Sacude la cabeza y suelta una risa áspera—.

Hasta que el partido terminó y me di cuenta de que no me llamaban «fenómeno», porque lo que en realidad me gritaban era «demonio».

Dejo la mano quieta. Su muslo vibra bajo mis dedos.

—Me sentí avergonzado y humillado. —Se ríe entre dientes y a mí se me parte el corazón, porque sé que está haciendo un esfuerzo titánico por no derrumbarse—. Yo solo quería que me admiraran, pero supongo que no todos los deportistas llegan al hielo para eso. Hay jugadores a los que les piden autógrafos y los llevan a los asilos o a los hospitales, y otros a los que incitan a romper huesos. Yo siempre he pertenecido al segundo grupo.

—Eso no es justo —contesto, enfadada—. No te conocen.

—A los héroes se les aplaude y a los monstruos se les exige que sigan mordiendo. —Coge mi muñeca y me obliga a palpar la forma de la serpiente—. Cada vez que olvido lo que soy, alguien se encarga de recordarme que soy un maldito ingenuo. Por eso me tatué la serpiente, el símbolo del pecado en el paraíso. Del diablo. Para recordarme que soy un monstruo. Lo fui para mis compañeros de clase, para mi madre y para los hinchas de los Guardians. No quiero que se me olvide.

Siento un escozor intenso en la garganta. Intento retirar la mano, pero no me lo permite.

—No eres un monstruo.

Suelta mi mano y me mira con los ojos llenos de anhelo.

—Demuéstramelo.

—¿Cómo?

—Tócame. —Su voz está cargada de urgencia—. Quiero que me toques.

Y lo hago.

Le acaricio los muslos, subo por el abdomen y noto cómo inspira cuando deslizo las manos por su pecho. Le recorro los hombros, el cuello y la cara. Al llegar su frente, cierra los ojos y exhala un suspiro ronco.

—Me gusta —murmura tan bajo que apenas lo oigo—. Me gusta muchísimo. No pares. Sigue tocándome, por lo que más quieras.

Inclina la cabeza hacia mí, buscando mis labios. El corazón se me para de golpe y pongo una mano en el centro de su pecho para

detenerlo.

—No es buena idea.

Soy su guardaespaldas. Soy su guardaespaldas. Soy su guardaespaldas.

Cuando abre los ojos, no están llenos de reproche ni de rabia por el rechazo, sino de un dolor atroz y tan profundo que parece tragarse el aire entre nosotros.

—No quería besar a Madison —asegura, avergonzado—. Ella se me tiró encima. Necesito que lo sepas.

Le acaricio el pecho. Atrapa mi mano y entrelazo nuestros dedos.

—Te juro que no le devolví el beso.

Su insistencia me resulta adorable y dolorosa al mismo tiempo.

—Te creo.

—Pregúntame por qué, Katerina.

Es una idea terrible, pero no consigo resistirme.

—¿Por qué?

—Porque quería que fueras tú. —Me estrecha entre sus brazos, pegando su pecho al mío—. Porque solo quería besarte a ti.

Me sujeta por la cara y cubre mis labios con los suyos. Esta vez no es un beso furioso, sino cargado de algo que arrasa con mi cordura. En cuanto su boca se funde con la mía, rodeo su cuello con mis brazos y le devuelvo el beso, incapaz de resistirme. Sus manos bajan por mi espalda, me rodean la cintura y me aprietan contra su cuerpo.

—Puedo ser todo lo que odias —susurra contra mi boca—, pero nunca te he mentido. No podría tocar a otra, porque lo haría pensando en ti. —Me acaricia la mejilla con la nariz, hambriento y tierno a la vez—. No ha habido nadie más desde que apareciste con esa trenza rubia y esos ojos azules de gata por los que me quemaría con gusto en el infierno.

—No estoy segura de odiarte. —Mi voz sale temblorosa—. Creo que no te odio ni un poquito.

—Yo tampoco, *vedma*, solo estaba cagado de miedo.

Su frente roza la mía y su mano baja por mi cintura, atrayéndome más hacia él. Me acuna la mandíbula con una ternura salvaje y añade con una devoción que me atraviesa:

—Me asustaba que rompieras los muros que llevo todo la vida construyendo. —Me pasa el pulgar por el labio inferior—. Cuando estoy contigo, no me siento como un monstruo.

Me besa con fuerza y nos tumba en la cama. La cabeza me da vueltas y el corazón me late como si fuera a salírseme del pecho.

—Y no sé qué coño soy cuando me miras así. —Su mano se clava en mi cadera—. Quédate conmigo esta noche. No me hagas volver a levantar esas paredes.

Me cubre la cara de besos: en la frente, en las mejillas, en la comisura de los labios… Cada beso, más devoto y hambriento que el anterior. Estoy borracha de él. De su calor, de la forma en que me toca y tiembla sobre mí, como si estuviera a punto de romperse. Quiero más.

Cuando desliza la boca por mi mandíbula y baja por mi cuello, me arde el cuerpo entero. Entonces me susurra al oído:

—Dime que esta noche eres mía.

No dudo en responder; no puedo.

—Esta noche soy tuya —giro la cara y mis labios rozan los suyos —, solo si tú tienes el valor de ser mío.

33

———————— ✊ ————————

Katya

Presiona sus labios contra los míos como si mi respuesta fuera más de lo que había esperado escuchar. Su boca se mueve con urgencia y me agarra de la cintura para arrastrarme debajo de él. Siento su enorme erección entre los muslos y sus manos cálidas recorriendo mi cuerpo por encima del jersey.

—*Tuyo* —gruñe contra mi boca, como si estuviera saboreando la palabra por primera vez—. No sabes lo que me haces cuando dices eso.

Su mano sube por mi costado, al principio lenta, pero, cuando se me escapa un gemido, deja de contenerse y me sube el jersey con la otra. Inclina la cabeza y vuelve a besarme el cuello con una necesidad que me golpea entre las piernas.

—¿Tienes condones? —logro preguntarle.

Deja de darme besos y esconde la cara en el hueco de mi cuello y mi hombro. Luego me aprieta la cadera e inspira hondo.

—No, mierda. —Suelta un gruñido de frustración—. Una cosa es que no dejara de soñar con follarte y otra muy distinta es que creyera que tenía alguna posibilidad.

—No pienso hacerlo a pelo.

Zane me sujeta el rostro entre las manos.

—Nunca lo hago sin condón. —Me da un beso lento en los labios. Cuando se aparta, tiene los ojos oscurecidos y el pelo despeinado en la frente—. Mira lo que provocas en mí. Estaba a un maldito paso de follarte sin pensar en las putas consecuencias. —Acerca su boca a la mía y añade con un susurro áspero—: A un maldito paso, *vedma*.

Niego firmemente con la cabeza, cada vez más tensa. Cuando levanto los brazos para quitármelo de encima, me atrapa las manos

y me besa los nudillos sin dejar de mirarme.

—Me tomo el consentimiento muy en serio, Katerina. —Tira de mis brazos para atraerme hasta su boca y me estremezco al sentir cómo sus labios se deslizan sobre los míos—. Dame cinco minutos.

Zane se baja de la cama y sale de la habitación. Desde aquí lo oigo trastear por toda la casa, abriendo puertas y cajones. Poco después regresa con una sonrisa triunfal y una tira de condones, que deja en la mesita de noche.

Se desabrocha el botón de los vaqueros mirándome a los ojos mientras contengo el aliento. Luego se baja los pantalones, quedándose solo con el bóxer blanco. Su cuerpo es un regalo para la vista: todo músculos, tinta y vello corporal en los sitios perfectos. Se me seca la boca al recorrer la hilera de vello castaño que se pierde bajo la cinturilla de los calzoncillos. Y esa V marcada de sus oblicuos inferiores… Dios, debería estar prohibido que un hombre tuviera un cuerpo así.

—Ya averiguaré a cuál de mis hermanos tengo que darle las gracias. —De pronto, frunce el ceño—. Y espero que no sean los pequeños o me dará un jodido infarto.

—¿Me quito la ropa?

Sus ojos me recorren despacio, como si ya me imaginara sin ella.

—Ni se te ocurra. —Se sienta en el borde de la cama y me separa las piernas—. Quiero hacerlo yo.

—¿Apago la luz?

—Deja de hacer preguntas que me enfadan —gruñe, inclinándose sobre mí—. Eres mía. Voy a desnudarte despacio y no pienso quitarte los ojos de encima mientras lo hago.

—No tengo ningún problema con mi cuerpo —aclaro—, es solo que…

«Nunca me había sentido tan expuesta. Ceder el control me abruma. Me da miedo que puedas hacerme daño y por eso no quiero que me veas».

Me sujeta la mano antes de que pueda apagar la lamparita.

—No —dice, categórico—. No te escondas de mí.

—Tú tampoco.

Zane no responde, sino que me suelta la mano y desliza el jersey por mi abdomen. Recorre cada centímetro de mi piel con los ojos mientras respira hondo. Sus dedos me rozan a propósito con cada tirón de la tela y yo me estremezco de la cabeza a los pies. No llevo sujetador, así que me quedo desnuda de cintura para arriba cuando me saca el jersey por la cabeza. Luego desliza las manos por mis caderas y tira de mis pantalones con una calma que me desespera. Me los baja junto con las bragas, sin dejar de mirarme ni un segundo. Cuando estoy completamente desnuda, se echa hacia atrás y veo cómo desciende la nuez de su garganta, como si fuera la primera vez que ve a una mujer desnuda.

—Joder, Katerina, no voy a acostumbrarme en la vida a lo que me haces sentir.

El calor y la humedad entre mis piernas son insoportables. Las froto sin pensar, buscando aliviarme, pero me agarra las rodillas y me separa las piernas. Ahora estoy expuesta por completo. Entonces hace algo que no esperaba: baja la cabeza y acerca la cara a mi coño. Mi cuerpo reacciona solo e intento cerrar las piernas.

Mi ex no era precisamente generoso y yo nunca me atreví a pedírselo porque me daba demasiada vergüenza. Zane me mira con los ojos entrecerrados, como si pudiera leerme la mente.

—Quiero comerte el coño, Katerina —suelta sin tapujos—. Te lo ruego.

—No lo voy a disfrutar.

—Te juro que yo lo disfrutaré por los dos. —Me aprieta el muslo como si la idea lo volviera loco—. No puedo pensar en otra cosa.

—No sé si… —Me cubro la cara con las manos, frustrada conmigo misma. Al final, farfullo con esfuerzo—: Nunca me lo han hecho.

—¿Nunca? —Parece enfadado.

Su respiración se acelera contra mi piel. Niego con la cabeza sin mirarlo.

—Joder, ahora tengo aún más ganas.

Quiero darle una patada por decir ese tipo de cosas, pero el impulso desaparece cuando me aprieta el muslo de nuevo, como si lo deseara tanto que le costara contenerse. Luego se tumba encima de mí, me muerde suavemente el cuello y me aprieta las muñecas.

—Déjame adorarte con la boca o me volveré loco sin descubrir a qué sabes.

—No sé si me va a gustar.

—Si no te gusta, me pides que pare.

Me suelta las muñecas y baja despacio, rozándome la cadera con la nariz. El estómago me da un vuelco y aparto las manos para mirarlo a los ojos. Sube la vista hacia mí, con los ojos brillantes de una mezcla obscena de arrogancia y devoción. Entonces en sus labios se dibuja una sonrisa confiada.

—Pero no me lo vas a pedir. Soy la hostia de bueno. Y contigo voy a esmerarme el doble, porque no he deseado nada tanto en toda mi puta vida.

El mundo, tal y como lo conozco, deja de existir cuando su lengua recorre la humedad de mis pliegues. Me saborea de forma lenta, casi cruel, como si quisiera tomarse su tiempo para demostrar cuánto lo deseaba. Me agarra del culo, me abre aún más y hunde la lengua en mi coño, arrancándome un gemido tras otro.

La sensación es tan devastadoramente intensa que levanto las caderas y lo agarro del pelo.

—Zane, oh, Dios mío, Zane…

Gira la cara, me muerde el interior del muslo y alza la cabeza hacia mí.

—¿Sí, cariño?

—No… No pares, por favor, no pares —gimo con desesperación, frotándome contra su boca.

—Antes que dejarte insatisfecha, prefiero morir con la cara enterrada en tu precioso coño —asegura, volviendo a devorarme.

Me vuelve loca con su lengua e introduce los dedos. Me succiona el clítoris y ahogo un sollozo. Se levanta sin dejar de penetrarme con los dedos y me toma por sorpresa al agarrarme del cuello, obligándome a quedar cara a cara con él.

—Mira qué bien recibes mis dedos. —Me besa y pruebo mi sabor en sus labios—. Monta mi mano, Katerina.

Me agarro a sus hombros y muevo las caderas despacio, viendo las estrellas cada vez que me frota el clítoris con el pulgar y me aprieta el cuello con la otra mano. Cuando le clavo las uñas en la

espalda, lo escucho gruñir de satisfacción mientras mete y saca los dedos con más rapidez. Entonces me sujeta de la nuca, apoya su frente en la mía y me mira como si yo fuera un milagro.

—Mejor que jugar al *hockey* —gruñe, sin dejar de mover los dedos—. Mejor que cualquier cosa que haya sentido en mi vida.

Su enorme mano desciende por mi garganta y su boca encuentra la mía con violencia. Tiemblo sobre sus dedos, perdida en un torbellino de sensaciones mientras su lengua saquea mi boca sin piedad.

—Eres un sueño hecho realidad, *vedma* —susurra contra mis labios.

Se me escapa un sollozo de frustración cuando retira los dedos, me agarra por la cintura y vuelve a tumbarme debajo de él. Entonces me devora de nuevo con urgencia, como si lo de antes hubiera sido un aperitivo. Me sujeta por los muslos, captura mi clítoris con los labios y tira suavemente de él.

—Mírame a los ojos mientras te como el coño.

Bajo la cabeza y mis ojos se encuentran con los suyos. Hay algo profundamente sucio en sostenerle la mirada mientras su lengua se desliza por mis pliegues, pero también algo demasiado íntimo.

Justo cuando creo que mi cuerpo no puede soportarlo más, vuelve a hundir los dedos y los mueve dentro de mí mientras su boca sigue adorándome. Siento cómo se me hinchan las paredes y el calor y la presión se hacen tan insoportables que me cuesta respirar. Con los ojos abiertos, le tiro del pelo con fuerza.

Nunca había sentido algo así. Con mi ex fingía los orgasmos y, hace muchos años, descubrí cómo darme placer a mí misma, pero esta plenitud no se compara a nada que haya sentido jamás.

Su pulgar me frota el clítoris mientras alterna la boca con los dedos. Cuando los gira hacia dentro, noto una presión tan intensa en la pelvis que temo que vaya a hacerme pis encima. Mi primer impulso es apartarlo, pero me besa los muslos y murmura palabras tranquilizadoras sin dejar de lamerme.

La presión y el calor se acumulan con tanta fuerza que el placer me desborda, tan intenso que me dan ganas de llorar y de reír a la vez.

—Zane —susurro con voz temblorosa—, no sé qué me está pasando.

Levanta la cabeza, sin dejar de mover los dedos, y me sostiene la mirada con una mezcla de lujuria y ternura.

—Que estás a punto de correrte en mi cara.

Esboza una sonrisa ladina, como si acabara de conseguir exactamente lo que quería. Algo en mi interior se abre, se desborda como un dique, se rompe en mil pedazos. El orgasmo es tan brutal que siento que me ahogo en él. No es como ninguno que haya experimentado antes. No se deshace en espasmos dulces, sino que continúa… hasta que un líquido brota de mí sin control, empapando sus dedos, su boca, las sábanas.

Ay, Dios, creo que acabo de tener un *squirt*.

Zane me lame con mayor voracidad, sin dejar de mirarme, mientras me sacudo contra su boca sin pudor. No se detiene hasta que dejo de retorcerme de placer y empiezo a respirar con normalidad. Solo entonces retira los dedos y se pasa la lengua por los labios, brillantes por mi excitación. Con los ojos clavados en los míos, se lleva los dedos a la boca y se los chupa uno a uno.

—Sabes de puta madre.

Se inclina sobre mí y vuelve a besarme, acariciándome la cara con torpeza. Esta vez el beso es rudo, desesperado. Su polla dura me roza el muslo. La tomo en la mano y empiezo a acariciarla. Él aspira de golpe y me inclino hacia abajo, pero apenas he rozado la punta húmeda con los labios cuando me sujeta de la mandíbula, me incorpora y me muerde el labio.

—No.

Lo miro, confundida. No me da tiempo a preguntarle por qué no quiere que se la chupe, pues me empuja con tanta fuerza que reboto contra el colchón. Estira el brazo y coge uno de los condones de la mesita. Noto que algo ha cambiado entre nosotros. Como si, de pronto, se hubiera convertido en el jugador que no deja que nadie se le acerque demasiado.

Echo un vistazo indeciso a su erección y trago saliva. No es que pueda compararla con muchas, pero me parece enorme y estoy segura de que es más grande que la media.

—No sé si me va a caber.

—Deja de decir cosas que me ponen más cachondo.

Coge mi mano, la cierra alrededor de su polla y empieza a masturbarse con ella. Entonces lo entiendo: necesita dominar, marcar el ritmo, tener el control.

—Te cabrá —dice, convencido—, porque estás hecha para mí.

Aprieta mi mano y cierra los ojos con fuerza. Su respiración se vuelve errática y pesada. Desliza mi mano arriba y abajo sin mirarme. Le encantaba que lo mirase mientras me tenía a su merced, pero ahora que está expuesto se niega. Indecisa, levanto el otro brazo para acariciarle el abdomen, pero me frena de inmediato.

—No —ruge—. Mando yo.

Dejo caer la mano con un suspiro. Zane aparta mi otra mano y se pone el preservativo. Luego abre los ojos y se acomoda entre mis piernas.

Contengo el aliento y abro la boca para pedirle que vaya con cuidado, pero nunca llego a pronunciar las palabras, porque me separa las piernas, me sujeta por la cintura y me embiste de una sola vez, con una brutalidad que me arranca un grito ahogado. La presión es inesperadamente dolorosa y se me saltan las lágrimas. Estoy abrumada por lo llena y vacía que me siento a la vez, así que cierro los ojos.

Está sometiéndome, doblegándome…

Mi mente se transporta a las discusiones con Logan; a su necesidad de demostrar que era más fuerte que yo y a mi forma de ceder para que no viera socavada su hombría.

Pero Zane no es Logan. Bajo la coraza hay ternura, así que le acaricio la cara y susurro con un hilo de voz:

—Suave, por favor.

Su reacción es la contraria: me aprieta del cuello con más fuerza, ahogándome, y me clava la mirada con una intensidad cruda. En sus ojos hay una mezcla de deseo, miedo y rabia mientras me folla como una bestia.

Porque no me ve… ni me siente. Solo repite lo que ha hecho con otras.

Le golpeo la mano hasta que afloja un poco, pero no me suelta.

—Más despacio —jadeo, tomando aliento—. Sé más… cariñoso.

Me mira con los ojos llenos de desconcierto, como si no entendiera lo que acabo de pedirle, como si le hablara en otro idioma. Sin pensarlo y con el corazón a punto de rompérseme, le acaricio el cuello, justo debajo del tatuaje del águila. Se queda quieto, como si lo hubiese electrocutado. Recuerdo cómo reaccionó en el coche y sospecho que es su punto débil, así que me incorporo un poco y le doy un beso en el ala. Inspira bruscamente y tiembla contra mis labios.

—¿Quieres que lo repita? —pregunto en voz baja.

Parece dudar, como si una parte suya —olvidada y hambrienta— anhelara profundamente ese contacto. Pero, cuando vuelvo a posar mis labios sobre el tatuaje, me sujeta por la nuca y me mira con una furia ciega.

—No hagas eso —gruñe.

Dispuesta a enfrentarme a este hombre que no sabe recibir ni dar cariño, deslizo los dedos por su pelo. Entreabre los labios y noto cómo se estremece… hasta que me aparta con brusquedad, me aferra por las caderas y me coloca contra el cabecero. Cuando giro la cabeza para mirarlo, me obliga a agacharla tirándome de la trenza.

—¿No puedo mirarte a la cara?

—No —suelta con los dientes apretados.

—Pero quiero verte…

—He dicho que no.

Me embiste más fuerte. Más rápido. Más hondo. Cada movimiento rebosa una rabia autodestructiva, como si quisiera romperse a sí mismo, aunque también me está arrastrando a mí con él. Porque siento que solo soy otra más.

Mi cuerpo reacciona, claro, porque él me gusta. Entonces cuela una mano entre mis piernas y me acaricia como si eso compensara lo que me está quitando.

Sin embargo, esto no es lo que quería ni lo que esperaba de él.

—Más… —jadeo— suave.

Ignorando mis deseos, sus embestidas son tan profundas que sus testículos golpean mi sexo. Mi alma se encoge con cada arremetida. Enrolla mi trenza en su puño, tira de mi cabeza hacia atrás y me

aprieta la garganta con la otra mano, asfixiándome como si fuera una de esas animadoras. No me resisto; solo me dejo ir mientras siento cómo el bochorno y el orgasmo se mezclan hasta que no queda nada de mí que valga la pena salvar.

Zane se corre con un gruñido áspero, hundiéndose hasta el fondo. Apoya la frente en mi espalda y deja de asfixiarme. Agarrada al cabecero, inspiro a duras penas para recuperar el aliento y contener las lágrimas.

Nunca me había sentido tan sucia.

Cuando sus labios se posan en mi nuca con una ternura que termina de romperme, le doy un empujón furioso y salto de la cama.

—¿Qué cojones…?

—Enhorabuena —escupo, temblando de frío—, acabas de hacerme sentir como una cualquiera.

Zane está tendido en la cama, aún empalmado y con la confusión dibujada en la cara.

—¿Qué? —Se incorpora un poco—. ¿No te ha gustado?

—¿Tengo pinta de haberlo disfrutado? —le grito, a punto de echarme a llorar.

Cojo la tira de condones y se la lanzo a la cara. Él los esquiva de una manotazo. Pero lo que más me duele es que siga mirándome como si no entendiera absolutamente nada.

—Te has corrido —murmura, pasando un dedo por el látex empapado en mis fluidos.

La humillación me recorre la espina dorsal.

—Me has follado como si no valiera nada —suelto con amargura —. Felicidades, campeón, una más.

Se queda helado.

—No lo entiendo. —Frunce el ceño—. A todas les gusta así.

Sus palabras son una puñalada en mi maltrecho corazón. Cuando se levanta, retrocedo hacia el baño y le lanzo una mirada asesina que lo detiene en el acto.

—Gracias por demostrarme que no soy especial —digo, al borde del llanto—. Solo otra puta animadora en tu historial de mierda.

Entro en el baño, cierro con pestillo y me dejo caer contra la puerta. Acabo de acostarme con el hombre al que estoy protegiendo

y me ha hecho sentir como una basura.

—Katerina… —implora desde el otro lado.

Su voz suena tan perdida que me abrazo las piernas contra el pecho y contengo un sollozo. Al cabo de poco, rompo a llorar muy bajo para que no pueda oírme.

—¡Que te jodan! —Golpeo el puño contra la puerta—. ¡No vuelvas a acercarte a mí!

Al otro lado, escucho cómo su cuerpo se desliza hasta el suelo. No insiste. Lo único que rompe el silencio es mi respiración ahogada mientras intento no hacer ruido al llorar.

34



Zane

No entiendo qué ha pasado.

Ella se corrió. Tuve la prueba de su excitación en los dedos y en la boca, así que ¿cuál es el maldito problema? Las tías siempre me dan las gracias después de follarlas de cara a la pared, porque lo de mirarlas a los ojos… Bueno, definitivamente, eso no va conmigo.

«Me has follado como si no valiera nada. Felicidades, campeón, una más».

Con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las piernas, me tiro del pelo con fuerza. No lo entiendo, joder. Claro que me la follé como a todas, porque eso es lo que esperan del Demonio. Katerina estaba disfrutando… hasta que empezó a pedirme cosas que no sé cómo darle porque nadie me las había pedido.

¿En qué momento todo se dio la vuelta y terminó con Katerina encerrada en el baño y yo aquí, con la vergüenza arañándome el pecho?

He pasado las últimas cuatro horas sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la puerta del baño y la cabeza gacha. El móvil no deja de vibrarme en el bolsillo, pero solo puedo concentrarme en el temblor de mis manos; las mismas que le agarraron el cuello cuando ella me pidió que fuera más suave y que le tiraron de la trenza para evitar que me mirase a los ojos.

«Suave, por favor».

«Más despacio. Se más… cariñoso».

«¿No puedo mirarte a la cara? Pero quiero verte».

«Gracias por demostrarme que no soy especial. Solo otra puta animadora en tu historial de mierda».

Oh, carajo, la he cagado a base de bien. ¿Cómo he podido estar tan ciego? Con ella no me siento igual que con las demás, porque ella no es como las demás. Mi pequeña *vedma* parece de piedra, pero eso no significa que no ansíe dulces caricias, merezca que la toquen como si importara o la miren como si fuera algo sagrado.

Fui un maldito imbécil que la confundió con una versión mejorada de todas esas mujeres que solo quieren al bruto de la pista de hielo. Creí que, como no se vino abajo en una carrera clandestina ni en una persecución, tampoco se rompería entre mis manos. No entendí que la fuerza no la hace menos merecedora de ternura… porque la verdad es que no tengo ni idea de cómo dársela.

He sido incapaz de llamar a la puerta desde que la oí llorar por primera vez. Seguro que cree que no me he enterado, pero desarrollé el oído a los siete años, cuando aprendí a distinguir cada pisada y cada susurro por miedo a que mi madre entrara en mi habitación siendo esa versión que me odiaba. Desde entonces, solo he permitido que me tocaran mis hermanos, porque dejar que lo haga otra persona me produce un pánico atroz.

Ese llanto bajo se mete bajo mi piel como una aguja oxidada. Nunca había oído un sonido tan jodidamente triste, y lo peor es que lo he provocado yo.

Me tapo la cara con las manos y respiro con esfuerzo. Ojalá Grayson estuviera aquí conmigo; él siempre sabe qué hacer. Yo ando perdido casi todo el tiempo. Y ahora he vuelto a cagarla.

Me paralicé cuando me pidió suavidad porque ninguna mujer había esperado eso de mí. Me dijo «más despacio» y todo mi puto cuerpo se congeló de miedo. Porque ¿cómo se hace eso? ¿Cómo se toca con cariño cuando lo único que has aprendido es a complacer para que no se rían de ti?

Desde que perdí la virginidad a los diecisiete, entendí —polvo tras polvo— que las mujeres solo querían brutalidad: un cuerpo duro que las embistiera contra la pared y unas manos grandes que las asfixiaran. No me dejaron ser otra cosa y yo no quise ser otra

persona, porque al que domina no pueden hacerle daño. Porque, cuando mando, yo soy el que pone las reglas.

La puerta se abre de repente y casi pierdo el equilibrio de no ser poque me agarro al marco. Alzo la cabeza y la miro con el alma hecha trizas. Katerina tiene los ojos secos, las mejillas pálidas y el cuerpo tenso. Se ha envuelto en un albornoz y se niega a mirarme a la cara.

Yo le he hecho *esto*.

Llevo puestos los vaqueros y no quiero hacerla sentir más incómoda, así que me levanto y voy a por su ropa, que he dejado doblada sobre la mesita de noche. Ella me la quita sin rozarme las manos, como si ahora le diera asco tocarme.

—Duerme en otra habitación —dice con aspereza, dándome la espalda.

—No puedo —contesto, abatido—. Te prometí que no me movería de aquí.

Ella no responde, solo comienza a cerrar la puerta del baño. Incapaz de dejarlo estar, sujeto el pomo para impedírselo.

—No puedo permitir que te hagan daño.

Nuestras miradas se encuentran en el espejo. Una sonrisa amarga tira hacia arriba de las comisuras de sus labios.

—Tú eres el único que puede hacerme daño. Y ya lo has hecho.

Esas palabras me duelen más que cualquier golpe que haya recibido en la pista. Sus ojos se detienen con cansancio en la mano que apoyo en la puerta.

—No sé hacerlo de otro modo —confieso en voz baja, soltando el pomo—. Nunca nadie me había pedido que… —Las palabras se atascan en mi garganta y el calor me sube por el cuello. Siento tantísima vergüenza que suelto entre dientes—: Pensé que lo habías disfrutado.

La mirada que me lanza podría congelar el infierno.

—¿Disfrutado? —repite con sorna—. Si no quieres que te vean como un monstruo, no deberías comportarte como uno.

Me cierra la puerta en la cara.

Apoyo las manos en el marco y cierro los ojos.

Monstruo. Eso es lo que cree que soy, lo que siempre he sido, lo que todos han esperado de mí: un puto monstruo.

Una sensación densa y caliente me sube por la garganta. La ira empuja desde dentro, desbordándose como un incendio.

Me abalanzo sobre la mesita de noche y la tiro al suelo de una patada mientras maldigo en voz alta. Cojo la lámpara y la estrello contra la pared. Arranco las sábanas con violencia, como si así pudiera borrar el recuerdo de lo que ha sucedido en esa cama. Voy hacia el armario y lo vuelco de un empujón. El sonido de la madera astillándose contra el suelo me vibra en los oídos.

Nada calma la rabia ni ahoga la vergüenza.

Nada.

Me duele respirar y al alzar la cabeza me veo en el espejo del tocador: los ojos rojos, el pelo revuelto, los puños ensangrentados. La habitación parece arrasada por un huracán.

Me quedo inmóvil, porque Katerina tiene razón: soy un monstruo, siempre lo he sido. Aunque, por un breve momento, creí que ella podría verme como un ser humano.

35



Zane

Me despierto sobresaltado y lo primero que noto es su ausencia.

La puerta del baño está abierta y el albornoz cuelga del pomo. Me incorporo con el corazón en la garganta y recorro la habitación a toda prisa. Todo sigue hecho un desastre, igual que lo dejé hace unas horas. El cansancio tuvo que vencerme en algún momento y me quedé dormido. La última vez que comprobé la hora eran las cinco menos cuarto de la madrugada y tenía veintidós llamadas perdidas de Grayson. Saco el móvil. Ahora son las seis y cuarto y tengo treinta llamadas de mi hermano.

Tampoco están sus zapatos ni la pistola que dejó en la mesita de noche. Un mal presentimiento me atraviesa el pecho. Como le haya pasado algo en la hora y media que cometí el error de echarme una cabezadita…

Reviso la casa entera habitación por habitación. No hay rastro de ella. Cuando salgo al porche con los pies descalzos, está lloviendo a mares y el bosque de abetos es una sombra oscura que amenaza con engullir lo poco que queda de mi autocontrol.

—¡Katerina! —Salgo a trompicones y mis pies se hunden en el barro.

No voy a perder el tiempo regresando a por las zapatillas. Echo a correr hacia el bosque sin saber dónde buscarla. El teléfono vibra en mi bolsillo mientras grito su nombre como un loco.

¿Se la han llevado? No, no puede ser. Estoy seguro de que ella habría opuesto resistencia, por lo que me habría despertado.

—¡Katerina!

Aún no ha amanecido. La lluvia y el viento azotan con fuerza las copas de los árboles. Me cubro con el gorro de la sudadera y levanto el brazo para protegerme del agua, pero no logro ver nada. No me queda otra que refugiarme a los pies de un abeto y sacar el teléfono para encender la linterna. Mis dedos húmedos resbalan por la pantalla y descuelgo sin querer la llamada de mi hermano.

—Llevo toda la noche intentando dar contigo —me recrimina con tono acerado—. ¿Dónde estás?

El viento agita las ramas y oír su voz en un alivio momentáneo en mitad de mi angustia. Grayson siempre tiene una solución para todo; él sabrá qué hacer. Tiene que ayudarme a encontrarla.

—La he jodido —me rompo—. Necesito tu ayuda.

Lo oigo tomar aire al otro lado. Vuelvo a ser el mismo de siempre, causándole problemas desde que nací. Mi padre lo cargó con la responsabilidad de protegernos y mi hermano mayor ha crecido con una herida profunda, culpándose por lo que me sucedió a los siete años. Y yo se lo he pagado aferrándome a él, porque soy así de patético. Al irme de casa, me prometí liberarlo de esa carga, pero estoy dispuesto a romper esa promesa para salvar a Katerina.

—¿Dónde estás? —pregunta al fin.

—Júrame que la vas a proteger.

Grayson tarda un buen rato en hablar.

—¿A quién?

—A Katerina.

—Katerina.

Entonces recuerdo que no la conoce.

—Mi entrenadora personal —le explico, pasándome una mano por el pelo húmedo—. Es importante para mí y la he puesto en peligro.

Le cuento con torpeza lo que sucedió anoche, pero omito que nos acostamos porque no es asunto suyo.

—Zane —su voz es helada—, ¿has pasado la noche con ella?

Me aprieto la frente con los dedos. ¿Desde cuándo le interesa a quién meto en mi cama?

—La he puesto en peligro —voy directo al grano—. Prométeme que no dejarás que nadie la toque.

—Dime dónde estás —ordena, con ese tono tan mandón que no entiendo cómo no saca de quicio a mi cuñada.

—Júrame que la protegerás —exijo, impaciente—. Dame tu palabra.

Mientras siento que todo se desmorona a mi alrededor, Grayson me promete lo único que necesito oír para decirle mi ubicación. Luego le juro que haré lo que me pida, le daré lo que quiera, incluso renunciaré al *hockey*, si me da su palabra de que protegerá a Katerina.

***



Katya

Estoy acostumbrada a la oscuridad, así que no me cuesta moverme entre las sombras. Desde los siete a los dieciocho años, mis días empezaban a las cinco de la madrugada corriendo por las frías calles de Moscú mientras mi padre me cronometraba a gritos, repitiéndome que no era lo bastante rápida.

Después de sollozar como una pusilánime, recordé las palabras que solía dedicarme cada vez que no superaba una prueba: «Las lágrimas no ganan las guerras, Katerina, y los soldados que lloran mueren los primeros». Furiosa conmigo misma, me lavé la cara con agua fría y abrí la puerta del baño, lista para recuperar el control. Y poner distancia con Zane.

Pero, al salir del baño, lo encontré dormido en el suelo, junto a la puerta. Como si necesitara poner su cuerpo entre el mío y cualquier amenaza. Dispuesta a volver a ser la profesional fría y resolutiva, intenté quitarle el móvil para enviar las coordenadas a mi equipo, pero dormía con una mano dentro del bolsillo, aferrando el teléfono con fuerza. Cuando deslicé los dedos hacia el teléfono, soltó un gruñido y entreabrió los ojos. Tuve que retirarme antes de que se despertara del todo.

No pude cumplir con mi deber, así que me até las botas, cogí la pistola y salí de la casa. Si no podía avisar a mi equipo, al menos aseguraría el perímetro para sentirme útil. Y no hay nada que me haga sentir más útil que recuperar el control que Zane ha hecho añicos.

Rodeé la casa y comprobé que no hubiera huellas recientes ni de vehículos. Luego me adentré en el bosque para hacer un barrido. Cuando empezó a llover, me subí la cremallera de mi chaqueta impermeable y proseguí con la inspección.

No me doy por satisfecha hasta que reviso todo el perímetro. Solo entonces me guardo la pistola en la parte trasera del pantalón y regreso a la casa, algo más tranquila, pero calada hasta los huesos.

Y entonces lo veo.

Zane, de pie bajo la lluvia, en un claro del bosque, rugiendo mi nombre.

Mi corazón se detiene un segundo. Ha salido a buscarme sin saber que yo lo estaba protegiendo a él. Al verme, sus hombros se hunden y da un paso hacia mí.

—Katerina —pronuncia mi nombre como si le doliera. Su rostro es una máscara de enfado y alivio—. ¿Dónde coño estabas? ¡Pensé que te había pasado algo!

—Necesitaba despejarme —contesto sin emoción. No es del todo mentira, pero la facilidad con la que sale de mis labios es terrorífica. Mi padre se sentiría orgulloso de mi capacidad para mentir—. Estoy acostumbrada a levantarme al amanecer.

—¿DESPEJARTE? —me ladra, avanzando con los ojos desencajados—. ¡¿En mitad del bosque y en plena tormenta?! ¡¿A ti qué mierdas te pasa?!

—*Zatknis', dolboyob!*

—¡No me hables en ruso!

Acorta la distancia en tres largas zancadas.

—¡Que no me grites, gilipollas! —le traduzco, sin moverme del sitio—. ¿Lo has entendido ahora o quieres que te lo deletree?

Se detiene con la respiración entrecortada y la cara muy cerca de la mía.

—No te habría gritado si no hubiera creído que te había pasado algo, hostia —reconoce más bajo—. No vuelvas a alejarte de mí.

—Tú y yo no somos nada porque me follas como a todas —le recuerdo con aspereza—, así que deja de comportarte como si te importara.

—¡Es que me importas! —Me sujeta la cara entre las manos y se inclina hacia mí, con los ojos brillantes de una emoción salvaje. Tiene las pestañas húmedas y el agua se desliza por su cara goteando sobre la mía—. Me importas, ¿vale?

Aprieto los dientes y niego varias veces con la cabeza. No fue eso lo que me demostró hace una horas, cuando me pidió que fuera suya y yo acepté con la única condición de que él también fuera mío. Nunca me había expuesto de esa forma. Y no volveré a hacerlo.

—Suéltame o te haré mucho daño —le advierto, clavándole los dedos en los antebrazos—. Soy capaz. No me subestimes.

Sus ojos se llenan de una ternura inesperada; la misma que necesité cuando folló mi cuerpo como si no significara nada para él. Aprieto con más fuerza, pero no me suelta.

—Lo sé, *vedma*, lo sé. —Apoya su frente contra la mía y un escalofrío me recorre la nuca—. Eres como una rosa que crece en invierno, hermosa y fuerte. Pero hasta las rosas más duras mueren si alguien las pisotea.

—Mis espinas te cortarán antes de que me vuelvas a pisotear —le prometo con la voz temblorosa de rabia.

—No quiero volver a herirte, Katerina, pero no sé cómo darte lo que necesitas. Nunca me había sentido así. No sé qué me pasa. Solo… —Se le quiebra la voz—. Soy un puto desastre la mayor parte del tiempo. Rompo cosas. Le hago daño a la gente. Y a mí mismo.

—¡Pues busca ayuda!

—¿Crees que no lo he intentado? —Se pasa una mano por el pelo húmedo—. El noventa por ciento de mí es eso —continúa, con una honestidad que me escuece—: rabia, miedo e impulsos de mierda. Pero hay un diez por ciento que puede ser mejor si se esfuerza.

Sus palabras consiguen que afloje un poco el agarre. Apoya una mano en el centro de mi espalda y otra en mi cuello.

—Ese diez por ciento es todo lo que tengo para darte —confiesa con la voz rota—. Ya sé que no es mucho, que no sé amar sin hacer daño. Pero contigo…, joder, contigo quiero intentarlo.

—Para.

—Si me dices cómo quieres que te toque, esta vez… esta vez intentaré hacerlo bien. Lo juro.

—Zane…

—Pero no me dejes —murmura—. Aunque sea con lo poco bueno que tengo. Aunque solo sea con ese diez por ciento. Es tuyo. Déjame quedarme.

No soporto que me prometa algo que no es capaz de darme ni soy tan ingenua para creer que cambiará por mí.

Mientras compartimos este silencio doloroso, su cuerpo me protege de la tormenta como un escudo. Mi chaqueta es impermeable, pero él viste una sudadera; está empapado y tiritando, aunque no parece notarlo al estar más preocupado por mi bienestar que por el suyo.

—No estamos hechos para estar juntos, Zane.

—Entonces, ¿por qué me siento tan bien cuando estoy contigo? —Sus mano sube hasta mi mejilla y me roza el pómulo con el pulgar con delicadeza—. Nada ni nadie me ha hecho sentir como tú. —Se inclina y me besa el pelo de la sien—. Eres mi paz, Katerina, y soy demasiado egoísta para renunciar a ella.

Me abraza con fuerza y pega mi cara a su pecho. Luego me frota los brazos para intentar darme calor, aunque él no deja de tiritar.

—Te estás empapando. —Me coge de la mano y me lleva bajo un árbol, sin dejar de frotarme los brazos—. ¿Mejor?

No respondo, porque estoy al borde de rendirme y no quiero. Y, cuando me acuna de nuevo el rostro entre las manos, con una dulzura que me desarma, lo miro con furia, dispuesta a luchar con uñas y dientes para que no logre colarse aún más en mi corazón.

—Me da miedo lo mucho que me importas y, aun así, no quiero que se me pase —confiesa, destrozado.

Le doy un empujón.

—Se te pasará —bufo, con la vista clavada en mis zapatillas embarradas.

—Mírame, Katerina.

Alzo la vista y me encuentro con su sonrisa devastada.

—Los dos sabemos que nunca se me va a pasar.

Sus labios rozan los míos con infinita delicadeza, como si me pidiera permiso. Y yo quiero empujarlo, de verdad, pero no puedo hacer otra cosa que derretirme y aferrarme a su sudadera.

—No sé cómo ser cariñoso —admite con la voz impregnada en vergüenza—. Y me da un miedo de narices. Pero por ti estoy dispuesto a intentarlo. Solo te pido una oportunidad.

—No —susurro.

—Una sola. —Sacudo la cabeza y él me sostiene por la nuca—. Una sola, Katerina.

—Que no.

—Pero si te mueres de ganas —dice casi riéndose por lo bajo, y me entran ganas de golpearlo—. Pero, si hace falta, suplicaré un poco más. Por ti merece la pena arrastrarme, *vedma*.

No sé en qué momento he asentido ni cuándo me he puesto de puntillas para acercar mis labios a los suyos. Pero este hombre rudo y vulnerable, violento y tierno, pasional y entregado ha sido mi absoluta perdición desde el primer momento en que lo vi. Y, justo cuando me rindo a mis sentimientos y nuestras bocas se rozan, un estruendo de motores rompe el silencio del bosque.

Mi cuerpo reacciona por puro instinto. Me giro hacia la amenaza, desenfundo la pistola y me planto delante de él. Ya tengo el dedo en el gatillo para disparar al primero que salga.

—¡Atrás o disparo!

La mano de Zane se posa en mi brazo.

—Tranquila —me dice—. Son los hombres de mi hermano.

No bajo el brazo hasta que reconozco a Grayson Knight salir de uno de los coches. Va impecable y camina bajo la lluvia con ese aura de control absoluto. Su mirada se posa un instante en mí antes de centrarse en su hermano.

—Te vienes conmigo —le ordena.

Zane se coloca a mi lado y me envuelve los hombros con un brazo.

—Solo te acompañaré si ella viene con nosotros.

Grayson me mira con indiferencia, como si fuera la primera vez que me viera.

—De acuerdo, ella viene —contesta sin inmutarse.

¿Qué demonios acaba de pasar?

36



Zane

Estoy en el salón mientras Grayson ladra órdenes por teléfono. No me gustaría ser la persona al otro lado, la verdad. Puede que mi hermano mayor sea menos fuerte físicamente que yo, pero los centímetros de altura y musculatura que le faltan —y eso que el tío está bastante mazado— los compensa con una templanza envidiable a la hora de solucionar cualquier crisis.

Hay pocos hombres a los que respete, y Grayson es uno de ellos. Le confiaría mi vida sin dudarlo. La mayoría piensan que el Rey de Nueva York no tiene escrúpulos, y no se equivocan, porque la verdad es que mi hermano cruzaría cualquier límite para proteger a los suyos.

Cuando cuelga el teléfono, se planta delante de mí con la mandíbula tan tensa que parece tallada en piedra.

—Me estaba volviendo loco intentando localizarte —escupe sin preámbulos—. He tenido que solucionar el lío que montaste en la discoteca. Le destrozaste la nariz a aquel tipo. Me he visto obligado a ofrecerle una indemnización millonaria y contratar al mejor cirujano del país para que le arregle la jodida cara. ¿En qué estabas pensando?

—Estaba molestando a una amiga. —Me encojo de hombros. Técnicamente, Madison no lo es, pero no quiero enfadarlo aún más —. Pásame la factura. Te haré una transferencia.

—Vete a la mierda. Ojalá pudiera solucionar todos tus líos con dinero.

Sí, ya. El dinero nunca ha sido un problema para nuestra familia.

—Lo siento. —«No lo siento un carajo. Aquel desgraciado se lo merecía»—. ¿Por qué no has dejado de llamarme?

—Ayer, dos hombres de la 'Ndrangheta intentaron secuestrar a Winter a la salida de sus clases de patinaje. —El alma se me cae a los pies—. Casi la metieron en un coche, pero ella se defendió con uñas y dientes. Nunca creí que fuera a decir esto, pero resulta que esas clases de kárate a las que la apuntaste sí sirvieron para algo, después de todo.

Me agarro al muro de carga. Dejando a un lado que mi princesa mimada ha heredado mi mala hostia y predilección por los puñetazos directos al esternón —y el orgullo que eso me provoca—, siento un pánico atroz al saber que casi la secuestraron. No me quiero ni imaginar sus secuelas emocionales.

—¿Ella… está bien?

—Tiene dieciséis años, está encerrada con su familia y le he prohibido usar las redes sociales porque estoy paranoico. Cualquier mínima huella digital podría delatarnos y no pienso regalarle a la 'Ndrangheta la ubicación de nuestra familia por un puto descuido adolescente —explica, irritado—. Pero intenta razonar con una adolescente que está enganchada a TikTok. Es como si a un león lo obligas a ser vegano. Tu hermanita ahora mismo es un auténtico dolor de huevos —cuenta con cara de sufrimiento—. Lo último que debería preocuparte es su secuestro frustrado. Cuando sus guardaespaldas fueron a salvarla, ella ya le había rajado la cara a uno de los secuestradores con la cuchilla de un patín. Y al otro lo había dejado sin aire de un…

—*Choku-zuki* —adivino, rebosante de orgullo—. Es un golpe directo al esternón. Se lo enseñé yo. Una lástima que prefiriese el patinaje al kárate, porque nuestra princesita tenía madera para ser primer dan de cinturón negro. Le sobraba técnica, disciplina y esa mala leche que hace falta para destrozar a otro en un tatami. —Al ver cómo me mira con dureza, se me encoge el pecho—. ¿Falsone ha intentado hacer daño a alguien más?

—Ha puesto precio a la cabeza de cualquier Knight.

Oh, mierda.

Josie. Ava. Los críos. River.

Todo por mi maldita culpa.

—Lo siento —murmuro, bajando la cabeza—. No pude mirar hacia otro lado al ver cómo reventaban a golpes a aquel chaval. Solo era un crío, no tendría más de catorce años. —Recuerdo lo que sentí al verlo agazapado en posición fetal mientras lo pateaban como si fuera un saco. La impotencia y el pánico que me invadieron porque me recordó demasiado a mí mismo en aquella bañera, sin ninguna oportunidad de defenderme—. No sabía quiénes eran. Tienes que creerme, Grayson —aseguro, horrorizado de haber metido a mi familia en este lío—. Mi intención no fue poneros en peligro y pensé que, si me alejaba de vosotros y me convertía en un blanco fácil para la 'Ndrangheta…

—¿Irían a por ti y se olvidarían de nosotros?

Sí, joder, claro que sí. Di por hecho que lo mejor que podía hacer por mis hermanos era exponerme y rezar para que Falsone me metiera un balazo entre ceja y ceja. Así, muerto el perro, se acabó la rabia. Por eso me negué a aceptar la protección de Grayson. Por supuesto, no contaba con arrastrar a Katerina conmigo ni con que la 'Ndrangheta no se conformase solo con mi cabeza.

—Ya está hecho, no te martirices más. —Hace un gesto con la mano para que lo olvide—. Tuviste la mala suerte de que te grabara la cámara de la gasolinera. Si Falsone quisiera justicia, habría ido a la policía, pero ese hijo de perra es el maldito Don de la mafia calabresa. Para los hombres como él, la justicia y la venganza son lo mismo.

—El tipo al que maté era escoria.

Grayson asiente, saca una toallita antiséptica del bolsillo de su abrigo y se frota las manos como si quisiera dejárselas en carne viva. Algunas cosas nunca cambiarán. Me alegro de que haya encontrado a una mujer que lo quiere tal y como es, con sus taras y su firme convicción de que todo lo que no esté esterilizado quiere matarlo. Es raro y un maniático de narices, pero lo quiero a rabiar.

—Dominic Falsone no quiere tu cabeza porque le tuviera aprecio a su *soldato* —remarca la palabra con desprecio—. La quiere porque, si no hace nada, se debilita ante los suyos y se convierte en un aliado poco fiable para el resto de las familias.

Yo no entiendo un carajo sobre la mafia y todo lo que sospecho se reduce a un montón de estereotipos sacados de *El padrino*. No obstante, puedo imaginar que cada día sin que Falsone se cobre su venganza es una demostración de debilidad que el resto de los capos aprovecharán para arrebatarle el poder. Por eso no va a dejar en paz a mi familia, aunque yo fui quien mató a aquel bastardo.

—Déjame arreglarlo —digo de golpe—. Llévame ante él para que me pegue un tiro. O lo que le plazca. Yo empecé esta guerra y no es justo que vosotros paguéis por mi culpa.

Gira la mano hacia mí tan rápido que por un segundo creo que va a cruzarme la cara. En lugar de eso, me sujeta la cabeza con ambas manos como si quisiera arrancármela de cuajo. Sé lo que le cuesta tocar a alguien por culpa de su TOC, y aun así no me suelta mientras me observa con los ojos encendidos.

—No vuelvas a pedirme algo así —me advierte, furioso—. Eres mi hermano, y yo nunca abandono a los míos.

—No puedes poner en peligro a los demás por protegerme. —«No puedes echarte esa responsabilidad porque te culpas de no haberme sacado de esa bañera. Una parte de mí sigue allí, ahogada, pero tú también vives en el pasado. Y no es justo»—. Tu mujer, tu hija y nuestros hermanos no se lo merecen.

—No te atrevas a decirme cómo proteger a mi familia. —Me suelta de un empujón, saca otra toallita del bolsillo y se limpia de nuevo las manos—. He sacado a Josh del internado y he reunido a toda la familia en un lugar seguro —continúa con tono inexpresivo—. He cortado cualquier acceso a internet y retirado los móviles personales. Solo mis hombres de absoluta confianza conocen la ubicación. Nada ni nadie sale o entra de allí sin mi autorización. —Hace una pausa, va a la cocina y tira la toallita a la papelera. Luego alinea los cuencos de la cena con el borde de la encimera. Sé por qué lo hace; el orden le produce una intensa calma—. Permaneceremos todos juntos hasta que consiga firmar la paz con el hijo de perra de Dominic Falsone o matarlo. Una de dos.

Sus ojos ámbar —los de nuestra madre— se clavan en los míos. Es el Rey de Nueva York, pero también el niño de nueve años que intentó salvarme y aún se culpa por lo que me pasó.

—Y tú vienes con nosotros —sentencia.

Miro hacia el porche, donde Katerina está sentada en el primer escalón, cruzada de brazos y examinando sin pestañear a los hombres de Grayson.

—Deja de ser un puto dolor de cabeza —masculla mi hermano— y convence a tu chica de que venga con nosotros. Tienes cinco minutos o nos vamos sin ella.

Acabo de descubrir que mi lealtad hacia mi hermano tiene un punto débil.

—Entonces, te irás sin mí.

37

———————— ✹ ————————

Katya

No sé en qué momento he pasado de estar a punto de besar a Zane a viajar en un avión pilotado por el mismísimo Grayson Knight. Ya sabía que era controlador, pero no hasta el punto de desconfiar de su propio equipo de seguridad y encargarse personalmente de llevarnos a un lugar remoto. Mejor así; cualquier precaución es poca cuando se trata de la mafia calabresa.

—Gracias por acompañarme —dice Zane, sentado a mi lado—. La verdad es que pensé que me lo pondrías más difícil.

—Tras la persecución, me quedó bastante claro que nuestras vidas corren peligro.

—Estás a salvo. —Entrelaza nuestras manos y me besa los nudillos—. Y haré todo lo posible para ganarme de nuevo tu confianza.

Respira. Mantén la cabeza fría.

Suelto su mano, incapaz de disimular la incomodidad que me invade. Él cree que se debe a lo que pasó entre nosotros hace unas horas, pero no solo estoy mortificada por eso.

—La confianza es bilateral —contesto, hecha polvo—. Hay muchas cosas que no sabes de mí, Zane.

—Lo único que me importa es que has venido con nosotros y que ahora puedo respirar tranquilo porque estás protegida. —Esboza una sonrisa que le marca los hoyuelos, se inclina y me aparta de la frente un mechón suelto de la trenza. Entrecierro los ojos cuando deja la mano quieta—. Vamos a pasar mucho tiempo juntos, Katerina, así que podemos ponernos al día con calma. Además, sería absurdo por mi parte esperar que te abras a mí de un día para otro.

Su fe ciega solo consigue hacerme sentir más culpable. Él cree que le oculto información sin importancia. No tiene ni idea de que el hombre que pilota el avión me ha contratado para protegerlo.

—Solo estoy aquí porque te negaste a subir si no te acompañaba.

Zane me dijo que no seguiría a su hermano si yo no iba con ellos, y Grayson me lanzó una mirada que gritaba: «Has fracasado. Ahora lo único que puedes hacer por él es convencerlo de que se suba al avión». Así que aquí estoy, preguntándome qué ha pasado con el resto de mi equipo.

—Y menos mal que lo hice. —Sin cuidado alguno, me planta un beso áspero en la frente y me estrecha con fuerza entre sus brazos. Sus labios me rozan la sien y murmura contra mi piel—: No quiero estar en otro lugar que no sea a tu lado.

Maldita sea. Si no mantengo mi corazón bajo llave, me temo que acabará siendo suyo. Y no es algo que pueda permitirme.

—Si de verdad te importo, protégeme de la única forma que puedes: manteniéndote vivo.

Mi respuesta parece sorprenderlo.

—¿Te preocupa que me hagan daño?

La pregunta me pone de malhumor.

—Claro que sí, idiota.

Su sonrisa es capaz de iluminar un estadio de fútbol.

—Entonces, me portaré bien —promete, inclinándose para besarme el hombro. Un torrente de calor me acaricia todo el cuerpo al sentir sus labios por encima del jersey. Tras besarme, echa la cabeza hacia atrás y me mira con una inocencia casi infantil—. Te lo prometo, Katerina.

Aunque me digo a mí misma que solo soy su guardaespaldas, no hay nada profesional en la forma en que mis dedos se hunden en su pelo. Y, cuando inspira de forma entrecortada, cierra los ojos y apoya la cabeza en mi muslo, comprendo que haría mucho más que mentirle para protegerlo. Aunque él termine odiándome por ello.

Una hora más tarde, Grayson activa el piloto automático y viene a sentarse frente a mí justo cuando Zane se levanta para ir al baño.

—Si la haces sentir incómoda —le advierte, antes de cerrar la puerta—, te reviento, Grayson. Pero no te preocupes, cuidaré de Josie, de Ava y de los pequeños en tu ausencia.

Grayson pone los ojos en blanco. No espera ni diez segundos después de que su hermano se encierre en el baño.

—Te resumo la situación —se dirige a mí con una calma gélida—. He despedido a tu jefe después del desastre de anoche. Perdieron a mi hermano, es inadmisible. A partir de ahora, mi equipo de seguridad se encargará de su protección. En cuanto a ti —me lanza una mirada cargada de desdén—, solo estás aquí porque era la única forma de meter en este avión a ese cabezota al que tanto quiero.

—Mis órdenes eran claras: no despegarme de su lado, mantenerlo con vida y no desvelar mi tapadera —le recuerdo sin venirme abajo —. Y las he cumplido.

Permanezco sentada muy erguida, con los brazos cruzados. No voy a tolerar que un millonario que solo sabe de adquisiciones bursátiles juzgue mi trabajo. No es que me sienta orgullosa de haberme implicado emocionalmente con mi protegido, pero eso él no tiene por qué saberlo.

—Oh, sí. Has demostrado ser capaz de controlar a Zane y mantenerlo a salvo —acepta a regañadientes. Apoya los codos en las rodillas y se inclina hacia mí, lanzándome una mirada mordaz—. No sé qué rollo raro te traes con mi hermano y prefiero no preguntar. Pero, si hieres sus sentimientos, tienes mi palabra de que «accidente» será la primera palabra que escriba el forense en el informe de tu autopsia.

No me inmuto. Ni siquiera cuando saca el móvil y me muestra una foto de mi madre. Hace más de dieciséis años que no la veo; la última vez, estaba teñida de pelirroja.

—¿También viene con nosotros? —me burlo.

—A partir de ahora, soy tu nuevo jefe.

—Genial. No era demasiado fan del anterior. ¿Vas a subirme el sueldo?

—No te despegarás de mi hermano ni le quitarás los ojos de encima —empieza a darme órdenes como si ya hubiera aceptado el

empleo—. Si intenta hacer alguna tontería, tú lo disuadirás de cualquier forma.

—De cualquier forma —repito, enarcando una ceja.

Reconozco la insinuación que va implícita. Y no me gusta una mierda.

—Si tienes que fingir que estás enamorada de él, hazlo. Y si te produce algún problema moral —vuelve a enseñarme la fotografía de mi madre—, ella muere. Y si mi hermano sufre algún daño bajo tu protección…

—¿… mi madre muere? —concluyo, poniendo una mueca—. Lo he entendido. Acepto. ¿A dónde vamos?

Me mira como si fuera un guijarro en su camino y estuviera decidiendo si apartarme de una patada o buscarme alguna utilidad.

—No necesitas saberlo.

Ya, lo pillo. Me ha catalogado como una inútil porque Logan le ha fallado. Pero no estoy dispuesta a tolerar ese tonito paternalista, porque lo que él no sabe es que su amenaza no podría causarme menos impacto. Cree que ha encontrado mi talón de Aquiles, pero la única persona que de verdad me importa está subida a este avión.

Me pongo de pie, voy hacia la cabina de mando y echo un vistazo a los indicadores del panel. Nos dirigimos rumbo norte y la temperatura ha descendido varios grados. No hemos cruzado aguas internacionales ni hemos tomado altura suficiente para un vuelo transcontinental. Si yo fuera él, no saldría del país, pero sí pondría toda la distancia posible con las regiones controladas por la mafia italiana. Buscaría un lugar impenetrable y protegido por la orografía, con un único camino de entrada y un perímetro fácil de asegurar. Un clima hostil en el que la 'Ndrangheta no esté acostumbra a operar y que sirva como protección natural. Además, debería contar con un aeropuerto privado y una propiedad fortificada; quizá un búnker camuflado en mitad de un boque, con generadores eléctricos y reservas de comida para sobrevivir durante meses.

—Vamos a Alaska —adivino.

La ligera tensión de su cuello me confirma que he acertado. Aunque le hayan puesto la corona, para mí no deja de ser un

hombre desesperado por proteger a su familia. Y los hombres desesperados cometen errores, por muy reyes que sean.

—Estamos en el mismo bando —digo, sentándome de nuevo frente a él—. Deja de tratarme como un lastre. Puedo serte más útil que cualquiera de tus hombres.

Grayson inclina la cabeza, como si le divirtiera que me atreva a ofrecerle mi ayuda.

—Cuando te conocí, me dejaste bastante impresionado, Katya Volkova —admite con una sonrisa cruel—, pero perdiste mi respeto en el momento en el que te involucraste sentimentalmente con mi hermano. Ahora te has convertido en una debilidad para él, y eso me complica la vida —endurece la expresión—, así que trágate el orgullo y limítate a hacer lo que te he pedido.

—¿Y si me da por contarle la verdad? —replico, conteniendo a duras penas las ganas de estamparle el puño en esa cara tan arrogante.

—Los dos sabemos que no vas a hacer tal cosa —contesta, muy seguro—. La indiferencia que has mostrado al ver la fotografía de tu madre te ha delatado. Has aceptado el trabajo por la misma razón que no le dirás a Zane que eres su guardaespaldas: mi hermano te importa. Y tú y yo entendemos cuál sería su reacción si descubriese la verdad, ¿cierto?

Guardo silencio porque intuyo cuál sería: Zane no se sentiría solo herido, sino también traicionado. Pensaría que todo lo que ha vivido conmigo ha sido una mentira y que lo he vigilado cuando él había aceptado portarse bien precisamente para protegerme. Y ese sentimiento de haber sido usado sería suficiente para empujarlo a hacer una estupidez. Volvería a sacrificarse para salvar a su familia. Se plantaría delante de Dominic para que le pegase un tiro porque creería que así sus hermanos y yo estaríamos fuera de peligro.

Ese es el verdadero miedo que compartimos Grayson y yo: no que Zane se enfade al saber la verdad, sino que decida dejar de luchar por sí mismo.

—Me alegro de que por fin estemos de acuerdo. —Se levanta justo cuando se abre la puerta del baño, camina hacia la cabina de mando y dice sin girarse—: Bienvenida a la familia, Katya.

38



Zane

Lo primero que pienso al bajar del avión es que no sé cómo sobreviviré tanto tiempo sin pisar la pista de hielo. Cada año, durante el descanso oficial de verano, acabo subiéndome por las paredes y entrenando por mi cuenta. Es una época que los jugadores aprovechan para desconectar y recuperarse de las lesiones, pero que yo temo especialmente porque no concibo mi vida sin el *hockey*.

Desde los siete años, patinar ha sido la herramienta que me dio mi padre para canalizar la rabia, el miedo y la tristeza. Por eso, cuando nos dirigimos al SUV y Grayson me dice que ya ha tramitado mi baja médica temporal con el club, lo primero que hago es fruncir el ceño. Ya sé que le he prometido a Katerina que me portaré bien, y la verdad es que quiero ser la clase de hombre que la merece y cumple sus promesas. Pero, joder, ¿cómo coño voy a respirar sin el *hockey*?

—¡Me echarán del equipo si el médico del club no me revisa en persona! —me desespero—. Tengo que pasar un protocolo o me suspenderán.

—No van a hacer tal cosa —me explica Grayson cuando Katerina se adelanta tiritando para subir al coche—. El informe está firmado por un psiquiatra. Tienes mi palabra de que seguirás teniendo tu puesto en el equipo cuando vuelvas. Me he encargado personalmente de dejarlo todo bien atado.

Nadie va a cuestionar al mayor inversor de los New York Guardians, aunque eso no basta para tranquilizarme.

—¿Y qué hay de Katerina? No es justo que la despidan por mi culpa.

—Katerina no va a quedarse desamparada —responde con frialdad—. Cuando volvamos, tendrá trabajo donde yo diga. Y créeme, será mejor que el anterior. Eso corre de mi cuenta.

Aun así…

—Sabes que no puedo estar parado mucho tiempo. Si permanezco encerrado con la familia y sufro algún episodio… —Aprieto los dientes y me froto la nuca—. No quiero estallar delante de ellos, Grayson.

Sabe a qué me refiero. Cada vez que me han suspendido, he acabado hecho polvo. Los días sin hielo me revientan la cabeza. Me vuelvo irascible e inestable cuando me arrancan mi principal válvula de escape. Al final termino pasando la noche en alguna carrera ilegal o dándome de hostias en una pelea clandestina hasta destrozarme los nudillos. Pero en este páramo helado no hay escapatoria.

—¿Y de ella? —Grayson señala con la cabeza a Katerina, que se está calentando las manos delante de la rejilla de la calefacción.

—Ella no me tiene miedo. Es la mujer más fuerte que conozco —digo en voz baja—. Probablemente sepa o sospeche que estoy jodido de la cabeza, pero aún no me he atrevido a contarle que soy bipolar.

Porque puedo soportar cualquier cosa salvo su compasión. Prefiero que me mire como a un monstruo antes que como a un ser humano roto que nunca podrá ser normal. Tengo un trastorno que requiere medicación, pero, cada vez que he intentado tomarla, me he sentido como si me apagaran por dentro. Y no quiero convertirme en un fantasma ni que ella llegue a verme así.

—No puedo darte un equipo de *hockey*, pero la casa dispone de un lago helado con sensores térmicos, cámaras y un perímetro vallado. Lo he acondicionado para que Winter y tú podáis entrenar.

—¡Te quiero, carajo! Siempre piensas en todo. —Lo abrazo tan fuerte que le crujo la espalda sin querer. Grayson suelta una palabrota y me aparto con una sonrisa de disculpa—. Espero que sepas que no te pareces en nada a nuestro padre. Tú siempre has sido el mejor hombre que hemos tenido de ejemplo.

Se pone tenso, como cada vez que saco el tema.

—Solo te pido que no te pelees con Winter. El lago es lo bastante grande para los dos. Está en plan rebelde y solo se calma cuando patina. La única que logra entenderla es Ava. A mí no me dirige la palabra.

Lo culpa por haber enviado a Josh al internado, aunque todos estuvimos de acuerdo en que era la única forma de mantenerlos alejados. Más aún después de descubrir que Josh es nuestro hermano biológico. Mientras yo respire, haré todo lo que esté en mis manos para interponerme entre mis hermanitos.

—¿Cómo ha vuelto Joshua del internado? —me intereso.

—Menos taciturno que antes y físicamente más cambiado. Si me guarda rencor, lo disimula de maravilla —cuenta, incapaz de disimular cuánto le duele haber tomado esa decisión—. Te digo lo mismo que a River: tienes que ayudarme a vigilarlos. Los he instalado en las habitaciones más alejadas de la casa, pero anoche Ava pilló a Winter intentando colarse en el dormitorio de Josh. Cuando le preguntó a dónde iba, tu hermanita fingió que estaba sonámbula.

Me cago en las hormonas adolescentes y en los enamoramientos de hermanastros. Esto está mal. Muy muy mal. ¡Es turbio y asqueroso! Aunque ellos no sepan que son hermanos biológicos, se han criado juntos desde los cuatro años. ¡Por el amor de Dios! Como Joshua se acerque a mi princesa, lo colgaré de las pelotas.

—¡Pero si tiene novio! —Me llevo las manos a las sienes. Grayson resopla—. Sigo pensando que deberíamos meterla en un convento. ¿Y qué opina River de esto?

—Cree que hicimos mal en mandar a Josh al internado.

—¿Me estás vacilando?

—Está deprimido desde que disparó a Sophie por accidente, no se lo tengas en cuenta. Intenta disimularlo, pero consume más que antes. Se ha cerrado en banda cada vez que he intentado hablar con él del tema. —Chasquea la lengua—. Ya sabes que River siempre me ha parecido una incógnita. Quizá tú puedas hablar con él. Me preocupa que se vaya de la lengua la próxima vez que coincida con Marcus.

Grayson y River tienen una relación tensa que se ha ido enfriando desde la muerte de nuestros padres.

—¿Marcus sospecha algo? —me preocupo, inquieto. La mano derecha de mi hermano no es un hombre al que Grayson quiera tener como enemigo.

—No —responde sin dudarlo—. Pero no te preocupes por él. Sé cómo mantener a raya al viejo.

—No lo subestimes. Puede que haya perdido a su hija y ahora sea un hombre herido, pero Marcus Sterling nunca ha sido un idiota. Cuando supere el duelo, tal vez empiece a buscar respuestas que lo lleven hasta River.

—No va a tocarle un pelo —asevera Grayson—. Sé algo de él que no quiere que salga a la luz bajo ningún concepto.

—Y supongo que no me lo vas a contar.

—Créeme, Zane, hay verdades que es mejor no conocer. Los secretos solo se vuelven peligrosos cuando alguien empieza a desenterrarlos.

Grayson y sus malditos misterios. Por eso odio las mentiras. Hemos crecido en una familia levantada sobre secretos enterrados bajo tierra como raíces venenosas que no se ven, pero lo contaminan todo.

Aún recuerdo el día que mi madre regresó con mi padre tras haberlo abandonado. Varios meses después, nació la pequeña Winter. Tres años más tarde, mi padre —el hombre más obsesionado con su mujer que he conocido— la convenció de adoptar al pequeño Josh. Hace más de un año descubrimos que la adopción de Josh no fue un acto altruista, sino una mentira cuidadosamente construida, porque el niño que creció con nosotros es, en realidad, nuestro hermano biológico.

Me pregunto cuántas mentiras más se llevaron nuestros padres a la tumba. Me pregunto si Grayson también acabará pagando un precio por creer que taparlas es la única forma de protegernos.

39



Zane

Tardamos más de una hora en llegar. En este lugar no hay carreteras, farolas ni gente. Primero, cruzamos un largo tramo de nieve en coche. Luego, nos ponemos un mono impermeable para subir a un trineo motorizado. Finalmente, caminamos los últimos cien metros bajo un frondoso bosque nevado de coníferas más, tras el que se alza un refugio en mitad de este invierno eterno.

Es una enorme construcción de madera de una planta, con ventanales blindados y un techo a dos aguas cubierto de nieve. Un único sendero angosto conduce hasta la puerta principal, flanqueado por cámaras y sensores de movimiento. Dentro hace tanto calor que nos quitamos los monos en cuanto cruzamos el umbral.

Sí, mi hermano Grayson heredó el buen gusto de nuestra madre y la obsesión por la seguridad de nuestro padre. Por dentro, este lugar parece un acogedor *lodge* de montaña sacado de una postal: techos y vigas de madera, una chimenea que cubre por completo la pared frontal y sofás de cuero cubiertos de mantas gruesas de borrego.

Una bola de pelo canela viene trotando hacia nosotros. A pesar de que le falta la mitad de la pata trasera izquierda, corre como un rayo y me salta encima.

—¡Hola, Chippy! —Me agacho para acariciarlo y me llevo un lametón en la mejilla—. Buen chico, ¿has cuidado de Josie?

El perro, un labrador mestizo de dos años, suelta un ladrido y mueve la cola en señal de asentimiento. Mi hermano, ese escrupuloso de narices que siempre se ha quejado de que los perros sueltan pelo y lo ponen todo perdido, lo rasca entre las orejas sin poner una mueca. El animal entrecierra los ojos y se frota contra su

mano. Quién me habría dicho que Grayson adoptaría a un perro para recuperar a Ava. No reconozco a este tío enamorado y completamente entregado a las necesidades de su mujer. Me encanta, caray.

Chippy repara en Katerina y le enseña los dientes. Es la primera vez que la veo asustarse de verdad, porque pega un saltito y se esconde detrás de mí con disimulo.

—Siéntate, Chippy —le ordeno—. Es una amiga.

Chippy se recuesta a sus pies y bosteza.

—Puedes acariciarlo —le digo a Katerina—. Es territorial hasta que entiende que la otra persona no es una amenaza.

Ella se asoma tímidamente detrás de mí, con las mejillas pálidas.

—Eh, no —murmura, sin quitarle los ojos de encima a Chippy, que ya está roncando—. Estoy bien así.

—¿Te dan miedo los perros?

—¡No! —Se pone muy roja—. ¡Claro que no! Pero tampoco soy muy fan.

Me dan ganas de sonreír, pero aprieto los labios para no avergonzarla más. Por cómo mantiene la distancia, es evidente que le tiene pánico.

—¡Es Zane!

Unos pasos veloces vienen por el pasillo y una melena de rizos negros aparece en el salón. Winter me salta encima como un mono. Casi me tira de espaldas.

—¡Te he echado de menos, Gigante Tarado!

Me abraza con fuerza. Así es como se dan los abrazos, sí, señor. Escondo la cara en su maraña de rizos y sonrío, porque le huelen a ese champú de fresa que utiliza desde que era niña. Esta pequeña consentida es mi hogar, y la he echado tanto de menos que la espachurro hasta que ella se queja de que le hago daño. Cuando la suelto a regañadientes, descubro que tiene los ojos vidriosos. Sin poder evitarlo, vuelvo a abrazarla, por fin en paz después de tantos meses lejos de mi familia.

—¡Para, bruto! —se queja, riendo. Me hunde un dedo en el costado y la aparto indignado, hasta que descubro el moratón de su mejilla. Al ver mi expresión preocupada, ella se aparta un rizo de un

soplido—. Bah, deberías haber visto cómo le dejé la cara a ese matón. Esto —se señala el pómulo hinchado con desdén— no es nada en comparación con lo que yo le hice con la cuchilla del patín. ¡Fue una pasada! Ojalá hubieras estado allí para verlo. —El estómago me da un vuelco. No entiendo cuándo ha crecido tanto mi princesita. Aún recuerdo cómo me obligaba a pintarme las uñas de rosa y a sentarme en su habitación a jugar al té con sus muñecas—. ¿Qué? ¡No me mires así! Que intentaran secuestrarme ha sido lo más emocionante que me ha pasado nunca.

—Eres una niña muy rara.

—¡No soy una niña!

—Para mí, sí. —Le doy un tirón cariñoso de un rizo—. Siempre.

—Tengo casi diecisiete —se enfurruña—. Ya uso la copa menstrual y tengo novio, tonto.

—¡No uses esa palabra conmigo!

—¿Copa menstrual o…?

—La palabra que empieza por «n» —mascullo, furioso al imaginar que mi hermanita se da besos o hace cosas peores con su pareja de patinaje. Solo de pensarlo me pongo enfermo.

—Liam no es tu novio —puntualiza la voz burlona y helada de Josh—. Es el llavero sin personalidad que llevas contigo para no sentirte sola.

—Caray, Joshua. —La última vez que lo vi medía un palmo menos y era un saco de huesos—. ¡Cuánto has crecido!

Mi hermano pone cara de exasperación al oír cómo lo llamo. Saca una mano del bolsillo para tendérmela. Pongo los ojos en blanco, se la estrecho y lo acerco de un tirón.

—Olvida los modales londinenses y saluda a tu hermano como Dios manda. —Le doy un abrazo y lo despeino con cariño—. ¿Qué te dan de comer para que hayas echado estos músculos?

—Ahora juega al *rugby* con sus amiguitos del internado —responde Winter por él, con ese tono agrio que usa cuando se siente traicionada.

Josh y ella comparten una mirada acerada, que termina cuando él aparta la vista y exhala por la nariz. Pues nada. Van a ser unas vacaciones preciosas en familia.

—¡Eso está genial! —exclamo para romper la tensión—. ¿Te gusta el *rugby*?

—Sí, supongo. —Se encoge de hombros—. Se me da bien. Creo.

A mi lado, Katerina parece tan fuera de lugar que recuerdo que aún no le he presentado a mi familia. Estoy a punto de pasarle un brazo por los hombros para integrarla en la conversación justo cuando un terremoto pequeñito, vestida con un pijama de unicornios, viene correteando hacia mí. Da tres pasitos, se tambalea hacia atrás y se cae de culo sobre la alfombra. Su padre va deprisa hacia ella, pero Ava le hace un gesto desde el umbral para que la deje resolverlo sola. Josie contiene la respiración y temo que vaya a romper a llorar, pero entonces mueve sus brazos regordetes y gatea hacia mí con determinación.

—¡Golpe! —exclama, alzando sus bracitos hacia mí—. *¡Chane!* ¡Pupa!

La cojo en brazos. Mi sobrina apoya la mejilla en mi pecho y se echa a reír mientras la culpa me atraviesa como un puñetazo directo al estómago.

—Lo siento —susurro, avergonzado, acunándola contra mí—. Siento haberos metido en esto.

—No digas tonterías —responde Ava, viniendo hacia mí—. No hay nada que perdonar. Tengo muchas ganas de darte una paliza al *Just Dance*. —Me da un apretón cariñoso en el brazo. A mi hermano le tocó la lotería con esta mujer. Por la forma en que se le suavizan los ojos al mirarla, estoy seguro de que lo sabe. Mi cuñada se gira hacia Katya con amabilidad—. Hola, soy Ava, encantada de conocerte.

A Katerina no le da tiempo a responder, pues mi hermana se planta frente a ella y la fulmina con la mirada.

—No me gustas —le espeta sin rodeos. Katerina ni siquiera pestañea. Por alguna razón, eso parece molestar aún más a Winter, que abre mucho los ojos al reparar en su ropa. *Oh, mierda*—. ¡Esos pantalones de chándal son míos! ¡Y ese jersey de cachemir también!

—Winter, por favor —intenta mediar Ava—. Tienes un montón de ropa y la estás haciendo sentir incómoda.

—Para nada —contesta Katerina, imperturbable.

Todos conocemos el temperamento de Winter y cómo reaccionó cuando Ava entró en nuestras vidas. Por eso dejo a Josie en brazos de Grayson, dispuesto a pararle los pies a Winter, pero estoy demasiado lejos para detenerla cuando se abalanza sobre Katerina.

Winter estira el brazo para agarrarla del jersey, pero Katerina se gira sobre sí misma con una rapidez quirúrgica. Mi hermana pierde el equilibrio y termina despatarrada sobre el sofá que hay justo detrás.

Ava parpadea.

Josh se parte de risa y murmura que se lo tiene merecido.

Grayson ni se inmuta.

—¡Mirad lo que me ha hecho! —exclama, con la cara enterrada en un cojín.

—Te has caído sola, Winny —sentencia Ava.

Josh la atrapa del brazo cuando Winter se pone de pie hecha una furia. Ella baja la vista hacia su mano, con las mejillas encendidas. Josh la aparta con firmeza de Katerina, que permanece en silencio y quieta.

—¿Y tú quién coño eres y por qué estás aquí? —le grita Winter, a punto de echarse a llorar.

—Alguien a quien no le gustan las mocosas malcriadas —contesta ella sin perder la calma—. Así que tranquila, no intentaré caerte bien ni tenemos por qué ser amigas.

Winter levanta la mano libre, pero Josh la atrapa por la cintura y se la lleva en volandas mientras ella patalea como un gato rabioso escupiendo veneno.

—¡A ZANE NO LE GUSTAN LAS RUBIAS! —grita por encima del hombro—. ¡LAGARTA! ¡DEVUÉLVEME MI ROPA! ¡PERRA ASQUEROSA! ¡RUSIA APESTA!

Los ojos entrecerrados de Katerina siguen a esos dos hasta que desaparecen por el pasillo.

—*¡Boom, boom!* —celebra Josie, riendo—. ¡Winny loca! *¡Tigada!*

—Sí —farfulla Grayson, exasperado—. Winter está castigada.

—Pues… —Me rasco el brazo, incómodo—. Esos eran mis hermanos pequeños. Winter está en la edad del pavo, como has podido comprobar.

—En tu habitación hay ropa de sobra de tu talla —interviene Ava, como si intentara apagar un incendio con un pulverizador de agua—. Te haré un *tour* por la casa antes de que te instales. ¡Hay *jacuzzi* y piscina climatizada!

Katerina la sigue sin mirarme. Yo aún estoy digiriendo lo que acaba de pasar.

—¡Barbie! —exclama Josie, señalándola mientras se pierden por el pasillo—. ¡Barbie! *¡Plincesa!*

—No es una Barbie —le dice su padre, besándole la coronilla—. Ni una princesa.

—No, Josie, tu papá tiene razón. —Le ofrezco mi dedo y ella lo agarra con fuerza—. Es una reina.

Grayson me mira con las cejas arqueadas. Adoro a mis hermanos con todo mi puto corazón, pero, antes de que termine la noche, voy a dejarles muy claro que nadie —y eso incluye a cualquiera de ellos — va a pisotear a Katerina mientras yo respire.

40

———————— ✊ ————————

Katya

Ava me muestra los más de ochocientos metros cuadrados de la vivienda sin dejar de hablar por los codos. Yo me limito a seguirla en silencio mientras memorizo cada pasillo y habitación. Todas las estancias cuentan con aislamiento acústico, suelo radiante y paredes blindadas. Al llegar, comprobé que el sistema de entrada incluye un sensor biométrico de retina. Nadie entra ni sale de este hogareño búnker sin la autorización de Grayson. Estoy segura de que, si algún día decidiera construir una base secreta para millonarios paranoicos que quisieran sobrevivir a un hipotético fin del mundo, sería exactamente esta.

La casa cuenta con todas las comodidades y excentricidades imaginables: cine, gimnasio, galería de tiro subterránea, piscina climatizada, *jacuzzi*, un simulador de realidad virtual, sauna nórdica con vistas al bosque nevado —pero con paredes de cristal blindado— e incluso un acuario de agua salada repleto de peces exóticos imposibles de conseguir legalmente en Alaska. Aquí si te aburres es porque quieres, ya que Grayson Knight ha pensado en todo para que sus hermanos se lo pasen pipa.

Millonarios 1. Mafiosos 0.

—Y esta es tu habitación —dice, deteniéndose delante de la puerta—. No tenemos servicio doméstico por motivos evidentes, así que todos colaboramos en las tareas del hogar. Yo me encargo de las comidas y entre todos mantenemos la casa limpia. En el armario encontrarás ropa de tu talla. Si necesitas cualquier cosa, me avisas. —Me dedica una sonrisa cálida. Si Grayson Knight es un controlador, su mujer es la clase de persona con instinto maternal que te ofrece un té y un abrazo cuando tienes un mal día—. Es ropa deportiva

negra. —Me guiña un ojo, como esperando que diga algo. Cuando sigo callada, se balancea sobre las puntas de los pies—. Dejaré que te instales y te pongas cómoda. Serviremos el almuerzo dentro de media hora. ¿Tienes alguna alergia alimentaria?

—Ninguna —respondo por primera vez desde que me está haciendo de guía.

—¡Perfecto! Espero que te guste la lasaña.

Lo que quiero es darme una ducha y olvidar las últimas veinticuatro horas. Pero, justo cuando abro la puerta, pone su mano sobre la mía.

—Sé quién eres realmente —dice para mi sorpresa—. Mi marido y yo no tenemos secretos. Me lo ha contado todo.

Pues una persona menos con la que fingir. Mira qué bien.

Le sostengo la mirada y encuentro en sus ojos una mezcla de interés y algo más intenso.

—No hace tanto tiempo, yo también me sentí como una intrusa en esta familia —admite sin soltar mi mano—. Hoy puedo decir que Grayson, mi hija y mis cuñados son mi hogar y lo mejor que me ha pasado en la vida. Por eso mi intención es hacer que te sientas aceptada.

—Es muy amable por tu parte —contesto sin inmutarme. Solo quiero encerrarme en la habitación, contar hasta diez y replantearme mi existencia.

—Sé que Winter es una adolescente complicada, pero tiene buen corazón y la quiero como a una hermana —continúa—. No voy a justificar su actitud, pero adoro a Winny. Por eso quiero que sepas que, si hieres sus sentimientos, convenceré a Grayson de que se deshaga de ti. Y, por la forma en que miras a Zane, creo que no es lo que quieres.

La observo con más atención. Resulta que esta mujer de aspecto afable tiene más agallas de lo que aparenta a simple vista, ya que acaba de amenazarme sin perder la sonrisa.

—A cambio prometo hacer todo lo posible para que Winny no vuelta a saltarte encima. No me interesa una guerra —añade, apartando la mano—. Y tampoco que le rompas el corazón a Zane. Es mi mejor amigo.

—Mi intención no es causar problemas ni herir los sentimientos de Zane —contesto con sinceridad.

Ava asiente, como si de verdad me creyera, y se aleja mientras mi opinión sobre ella sube varios puntos tras la amenaza. A diferencia de Grayson, creo que su mujer me cae bastante bien.

***

Menos mal que el armario está lleno de ropa negra deportiva de mi talla. Grayson Knight no deja nada al azar.

Me quito el dichoso jersey de cachemir y lo tiro sobre la cama. Pienso lavarlo y plancharlo como ofrenda de paz a esa adolescente mimada. Para colmo, creo que está encaprichada de su hermanastro. Quien, por su parte, parece celoso de su novio. Vaya, esto es mejor que un drama adolescente de Wattpad.

¿Por eso envío Grayson a Josh a un internado en Londres? ¿Para separarlos?

Me quito el sujetador, cojo ropa limpia y voy al baño para darme una ducha. Al dejarla sobre el inodoro, veo al mediano de los Knight inclinado sobre el lavabo; despeinado, con los ojos hinchados y una tarjeta entre los dedos. Sobre la encimera hay una raya de polvo blanco.

Me tapo los pechos justo cuando él alza la vista hacia mí tan tranquilo. Parece recién despertado de una siesta en una hamaca del Caribe después de una fiesta de cuarenta y ocho horas. Como si yo no estuviera, se inclina y esnifa la cocaína sin prisa. Luego se pasa la mano por la nariz con desgana y se gira hacia mí.

—¿Estoy soñando o ya habéis llegado? —Se tapa la boca para bostezar—. ¿Qué hora es?

—¿En serio? —Lanzo una mirada asesina a la erección de sus pantalones—. Lárgate, estás en mi baño.

River baja la cabeza hacia su bragueta.

—Me gustaría decir que es por ver a una mujer guapa desnuda, pero despertarme drogado y empalmado es mi especialidad.

—Fuera.

—Tranquila, ni siquiera sabía que este era tu baño. —Abre el grifo y se echa agua en la cara. Aprovecho para coger una toalla y envolverme con ella mientras me da la espalda—. Anoche Grayson nos metió a todos en un avión sin previo aviso. Nada más llegar, nuestro Gran Líder hizo una redada en todas las habitaciones. Buscaba móviles o relojes inteligentes en la de Winter, o alguna ración de diversión en la mía. —Cierra el grifo, se apoya en lavabo con ambas manos y me sonríe a través del espejo—. Así que escondí aquí lo único que me quedaba antes de que el Jefe Supremo me lo requisara.

—Gracias por la información. —Señalo la puerta—. Ahora, vete.

Se tambalea con un suspiro hacia la puerta, pero se detiene al llegar a mi lado.

—¿Te vas a chivar?

¿En serio tengo pinta de que me importe que el hermano mediano de Zane sea un drogadicto? Es un dato al final de la lista de cosas que me importan una mierda.

—Me da igual lo que hagas mientras no pongas en peligro a Zane.

Su sonrisa perezosa se transforma en una mueca cruel y descarada mientras sus ojos me repasan de arriba abajo.

—No sabía que las guardaespaldas y las putas se parecían tanto. Siempre listas para lo que el cliente necesite. —Se relame un resto de polvo del labio—. Cuando te canses de mentirle a Zane, puedes venir a divertirte un rato conmigo. Solo llevo unas horas aquí y ya estoy harto de usar la mano.

—Si quieres que te rompa las manos para ahorrarte trabajo, solo tienes que pedírmelo. Lo haré con gusto, pero no puedo prometer que no será doloroso.

—Joder —se ríe—, eres perfecta para mi hermano.

—No me equivoqué al juzgarte.

—Ah, ¿sí? Venga, suéltalo.

—Solo eres el payaso parasitario que vive de la caridad de su hermano mayor.

Sus ojos arden con desprecio.

—Esto va a ser divertido —murmura antes de salir del baño.

41

———————— ● ————————

Katya

Ava sirve una fuente de lasaña enorme para todos, acompañada de una ensalada de espinacas y nueces, pan de ajo y unos bastones de zanahoria y boniato al horno espolvoreados con parmesano. Pienso que es demasiada comida, hasta que veo que River y Josh tienen casi el mismo apetito voraz que Zane. Los entrantes desaparecen antes de que pueda servirme, pero Zane es rápido y llena mi plato hasta rebosar de panecillos, verduras y una generosa ración de ensalada.

—Para que no te quedes con hambre —me dice.

No recuerdo la última vez que disfruté de una comida casera, pues estoy acostumbrada a alimentarme a base de ramen precocinado y barritas de proteína. Tampoco estoy habituada a que nadie se ocupe de mis necesidades. No tengo la capacidad para comer sin fondo que tienen estos tragones, pero le devuelvo la sonrisa y le doy las gracias. Desde el otro extremo de la mesa, Winter me observa como si me hubiera declarado su principal enemiga, quisiera saber de qué planeta vengo y a qué hora planeo irme.

—Está deliciosa —le digo a Ava tras probar la lasaña.

—Pelota —masculla Winter, sin haber tocado la suya.

Zane señala el plato de su hermana con el tenedor para que coma. Luego me da un apretón cariñoso en la pierna y me pregunta en voz baja si estoy bien. Asiento sin inmutarme, porque una adolescente caprichosa no va a amargarme el almuerzo. Bastante tengo ya con sentirme fatal por ocultarle información a Zane.

Cuando su hermano intenta darle un bocado de lasaña a Josie, Winter aprovecha que nadie está pendiente para volcar su plato en

el de Josh. Su hermanastro frunce la nariz, pero ella hace un puchero con los labios y pone la misma mirada tierna del Gato con Botas. Eso basta para derretir a su hermanastro, quien, suspirando, pincha un trozo de lasaña y le indica con un gesto que al menos coma la verdura. Winter se lleva un bastón de zanahoria a la boca y Josh clava una mirada anhelante en sus labios. De pronto, mira de reojo a Grayson, que está ocupado charlando con su mujer. Entonces le aparta un rizo de la mejilla a su hermana y le dice al oído algo que la hace sonreír.

Frunzo el ceño. Esto es demasiado turbio, y mira que he visto cosas raras siendo guardaespaldas de millonarios. Una vez pillé al tercer marido de una supermodelo enrollándose con la hija veinteañera de esta. Sin embargo, esto es distinto. Estos críos se han criado juntos desde los cuatro años. Probablemente confundan el amor con el vínculo tóxico y dependiente que han creado.

Y lo más inquietante no es lo que acabo de presenciar, sino quién más lo ha visto. River, que al principio del almuerzo parecía colocado, observa a sus hermanos con gesto sombrío. Luego arrastra el plato de Josh hacia Winter. Ella protesta con un «eh» en voz baja. Cuando intenta hablar, su hermano le mete un trozo de pan de ajo en la boca. Entonces lanza una mirada afilada a Josh y le dice a su hermana:

—Cómete la puta lasaña.

Winter se cruza de brazos en plan desafiante, pero Josh baja la cabeza con vergüenza al captar la advertencia implícita en los ojos de River. Al final, Winter pincha un trozo de lasaña y mastica de mala gana.

Esa demostración de autoridad pasivo-agresiva me ha dejado alucinada, sobre todo viniendo de River, quien aparenta que no le importa nada ni nadie. Cuando alza la vista hacia mí, continúo comiendo mientras pienso: «Bien jugado, River Knight, no dejes que esos dos se pasen de la raya».

—Vamos, Josephine —insiste Zane, ofreciéndole un pedacito de lasaña a la niña—. Solo un poco.

La pequeña Josie, sentada en su trona como la emperatriz del salón, niega con energía. A nadie parece sorprenderle la paciencia

de Zane con la niña. Yo ya me habría rendido hace un buen rato. La verdad es que los bebés y los animales se me dan fatal.

Cuando Zane le acerca el tenedor de Peppa Pig, Josie se echa hacia atrás y comienza a llorar a pleno pulmón.

—¡Nooo! —berrea—. ¡Roto! ¡Puagh! ¡Roto!

—¿La lasaña está rota? —replica Zane, perplejo. Observa la comida sin entender nada—. No le pasa nada, Josie. Mira. —Come un trozo y mastica con entusiasmo—. ¡Qué buena!

Josie estrella las manitas en la bandeja de la trona y llora con más dramatismo.

—Solo quiere la comida si está cortada en trozos iguales —le explica Ava.

—Conque eres igual de quisquillosa que tu padre —comenta Zane.

Grayson lo fulmina con la mirada, como si acabara de cometer traición.

—No es quisquillosa —se indigna—. Solo un poco exigente.

—Nuestro Gran Líder ha hablado. —River se lleva la mano al pecho y hace una reverencia teatral—. ¡Que tiemble Alaska!

—¡No te metas con él! —Zane le lanza un trozo de pan a la frente.

Josie deja de llorar, se ríe y se le escapa un pedo. Winter y Josh se parten de risa.

—¡Golpe! —exclama la pequeña, riendo—. *¡Livel!* ¡Pum! ¡Golpe!

—¡Pero si tú acabas de hacer lo mismo! —protesta River, partiendo el pan antes de metérselo en la boca—. ¿Ves? ¡Siempre te pones de su parte, gordinflón traidor!

Grayson se masajea las sienes, visiblemente agotado. Zane ignora a su hermano, se inclina sobre el plato de Josie y empieza a cortar la lasaña en trocitos casi idénticos, mientras la niña aplaude como si estuviera presenciando un truco de magia.

—Ahora sí, ¿eh, renacuaja exigente? —le dice Zane, satisfecho.

Le acerca un trocito con el tenedor infantil, pero ella se lo arrebata con furia.

—¡Nooo! ¡Mía!

Zane parece tan contrariado como aquella vez que lo expulsaron al banquillo por romperle la tibia al delantero del equipo contrario

mientras gritaba indignado: «¡Ni lo he rozado!».

—Creo que quiere comer sola —le digo en voz baja.

—Es bastante testaruda e independiente —interviene Ava, sonriendo—. Ha salido a su padre.

—Es perfecta —comenta Grayson, observando a su hija con orgullo.

Zane le cede el tenedor y Josie se come la lasaña riendo, con la cara manchada y los mofletes llenos de comida. No me doy cuenta de que estoy sonriendo al ver a esa niña tan feliz hasta que Zane, con la cara apoyada en una mano y los ojos puestos en mí, suelta:

—Eres guapísima cuando te olvidas de controlarlo todo.

«No te emociones. No es tu familia. Estás viviendo una mentira».

Guardar silencio me supone un esfuerzo titánico. Debería estar prohibido que un hombre como él —tan brusco y aparentemente feroz— pueda mirarme con esa ternura devastadora sin avergonzarse delante de su familia. Tal vez sea un bruto en la cama, pero es la persona más honesta que he conocido. Porque cuando alguien le importa, lo demuestra sin filtros.

Por más que intento no dejarme llevar por esta bonita mentira, no puedo evitar derretirme un poco al ver cómo este hombretón cuida de su sobrina. Una niña que está creciendo rodeada de amor, de padres que la protegen, tíos que la consienten y una familia que le enseña que el mundo puede ser un lugar seguro.

Yo no tuve algo así —ni debo desearlo— porque tarde o temprano, Zane sabrá la verdad. Y, cuando lo haga, me odiará y me veré obligada a salir de su vida. Aunque una parte de mí ya no quiera hacerlo.

De pronto, Josie lanza el tenedor como si fuera un misil. Este aterriza en plena frente de su padre y le salpica la camisa de tomate. Se hace un silencio tenso en la mesa. Grayson inspira hondo, coge una servilleta y se limpia con calma. Luego continúa comiendo, pero, al ver la mancha en la camisa, aprieta los labios y se levanta de la mesa como si le hubieran disparado con un táser.

—Un minuto de silencio por la camisa de Nuestra Santidad Ejecutiva —dice River con tono solemne, cogiendo la mano de su hermana como si fueran a recitar misa—. Ha muerto en combate.

Winter se atraganta de la risa.

Josie, al ver que su padre se marcha, extiende los bracitos hacia él y rompe a llorar a pleno pulmón.

—¡Papá! —solloza—. ¡Papá!

—Es la hora de su siesta —murmura Ava, levantándose—. Solo está cansada. ¿Verdad que sí, peque?

—¡Papá mío! ¡Nooo! —berrea con la carita cubierta de lágrimas—. ¡Camisa mala!

—¡Yo la duermo! —se ofrece Josh, poniéndose de pie.

La pequeña se calla en cuanto su tío la coge en brazos y se acurruca en su pecho como un gatito mimoso.

—Caray, Joshua. —Zane se rasca la nuca—. Sigues siendo su persona favorita.

—¿No puedes hacer un esfuerzo por llamarme Josh? —se queja.

Zane ni siquiera pestañea.

—No. Te llamas Joshua.

—Oh, sí —resopla Winter, burlona—. Ahora es el rey de las nenas. Desde que juega al *rugby*, se le dan genial las chicas.

Josh la ignora y sigue meciendo a Josie, que se espabila de pronto.

—*¡Yoyur!* —exclama la pequeña—. *¡Yoyur!*

—Voy —responde Ava, dirigiéndose a la cocina a por el yogur.

River se incorpora para coger la fuente de lasaña casi vacía, pero Zane se la quita de las manos y me sirve el último trozo ante la mirada estupefacta de su hermano.

—¡Tío! —protesta River—. ¿Qué haces?

Zane entorna los ojos hacia su hermano y me acerca el plato a modo de desafío.

—Ella no ha repetido.

Me quedo cortada.

—Estoy llena —le aseguro.

Zane no parece convencido.

—¿Seguro? Has comido poco. No quiero que te quedes con hambre.

—No puedo más —contesto, a punto de reventar.

Le devuelvo el plato a River como si le ofreciera una tregua, pero Zane me lo quita, lo pone encima del suyo y se lo come en tres bocados.

—¡Joder, gordo! —se queja River—. ¿En serio? ¡Tengo hambre!

—Yo también —responde Zane, encogiéndose de hombros—. Soy más grande que tú. Necesito más comida. Tengo más músculo. Eso chupa calorías. Aprende a vivir con ello. Cuando crezcas y te salgan hombros, hablamos. Mientras tanto, come ensalada.

Mete la manaza en el bol de ensalada y le arroja un puñado de espinacas a la cara. River se revuelve como un gato mojado. Un trozo de espinaca aterriza en el pelo de Winter y ella se lleva la mano a la cabeza y frunce el ceño, ofendida.

—¡A mí no me tires la comida a la cara como si fuera un maldito conejo! —le grita River—. Además, si tanta hambre tienes…, ¿por qué le diste el último trozo de lasaña a ella?

—Pensaba que se había quedado con hambre —contesta Zane, sin dejar de masticar.

—¡Tú nunca compartes la comida!

—Ella es mi excepción.

—Qué romántico —bufa Winter.

—Cállate, Winny —le ordena Zane—. Deja de ser tan maleducada.

—¡No me llames Winny!

—Pues bien que te gusta que el pokemon de tu novio te llame Win —la pica Josh.

—¡Liam no es ningún pokemon!

—Tienes razón, los pokemons evolucionan —responde tan tranquilo. Winter abre la boca, roja de ira, y River escupe el agua—. Liam es como un perro, porque te sigue a todas partes babeando.

—¡Tu amiguita sí que es una perra!

—¿Cuál de ellas? —se burla Josh—. Siempre dices que tengo muchas.

—¡La guarra con voz de pito!

—¿La morena o la rubia?

—¡La que no tiene amor propio para salir contigo!

—¡No discutáis! —los regaña Ava, tras darle el yogur a Josie y dejarla en el sofá para que vea la tele—. ¡A recoger los platos!

—¡Le toca al rey de las nenas! —se queja Winter.

—Sí, ya…, y anoche y esta mañana también —le recuerda Josh, pero se levanta igualmente.

Yo, sin saber muy bien qué hacer, me pongo a recoger la mesa mientras Zane y River se enzarzan en una discusión, animados por Winter. Ava se planta a mi lado y comenta:

—Son como niños, pero en el fondo se adoran.

—¡Oh, mírame! —River se golpea el pecho como si fuera Godzilla —. ¡Soy el Demonio de los Guardians! ¡El más fuerte! ¡Nadie se atreve a meterse conmigo!

—¡Oh, mírame! —se pavonea Zane—. ¡Soy el más guapo de la familia! Blablablá. ¡La cámara me adora! ¿Me prestas tu maquillaje, Winter?

—¡Yo no me maquillo, imbécil!

—Seguro que la última persona que se acostó contigo pilló depresión… o un papiloma —se mofa Zane.

—Pues a ti te hace falta un exorcismo, pero nadie se atreve porque tendrían que echarte el agua bendita de lejos. Y con una pala.

Winter estalla en carcajadas y Josh se cubre la cara.

—¡Atrás! —River coge la botella de agua y le quita el tapón—. ¡Atrás, yeti endemoniado!

Cuando el agua le cae en la cara, Zane da un salto atrás como si de verdad lo hubiera rociado con ácido. Winter se dobla de la risa en la silla mientras Josh suspira y Ava finge no escucharlos.

Zane aprieta los puños y da un paso hacia su hermano.

—Vas a dejar de reírte cuando te quedes sin dientes.

—¿Podéis comportaros como personas civilizadas por UNA VEZ? —pregunta Josh sin esperanza.

—¡Yeti! —grita Josie desde la alfombra, dando palmitas como si hubiera entendido perfectamente el apodo.

—No. —Zane la mira horrorizado—. Tú no, pequeña traidora.

River le salpica más agua y Zane se sacude las gotas como un perro furioso.

—¡Tienes el sentido del humor en la punta del rabo! —le grita.

—Podría meterte un pollazo en la cara para comprobar si te ríes.

Josh gimotea como si acabara de visualizarlo. Winter, incapaz de respirar entre carcajadas, se tira al suelo rodando como una croqueta.

—¡Ay, Dios! ¡Que me meo! ¡En la cara!

—Qué asco dais —murmura Josh, negando con la cabeza.

—A mí me ha parecido un ofrecimiento generoso —dice River, sonriendo de oreja a oreja.

Zane se lanza sobre él como si fuera a reventarlo, pero en ese momento Josie empieza a bailar delante del televisor, meneando el pañal al ritmo de una canción de dibujos animados. Zane se gira hacia ella y todos la miran embobados. La pequeña aplaude, ríe y baila.

Yo solo puedo pensar una cosa: estoy en una casa de locos. Y, sinceramente, me habría encantado criarme en un lugar así.

Josie pierde el equilibrio y cae de culo sobre la alfombra.

—¡Arriba, Josie! —la anima Zane.

La pequeña lo mira, sonríe y gatea hacia él con entusiasmo. Pero, al llegar a mí, se gira de pronto y se abraza a mis piernas, con los mofletes cubiertos de yogur y los ojos brillantes.

—¡Barbie *plincesa*! —exclama, alzando los bracitos para que la coja.

Zane me la planta encima sin preguntar y dice:

—Parece que le gustas.

La niña se acurruca en mi pecho como si yo fuera su colchón favorito. Me quedo rígida. Es demasiado pequeña y frágil; no sé qué hacer con ella. Quiero que me la quiten de encima.

Estoy a punto de pedirle a Zane que la coja cuando Josie echa la cabeza hacia atrás y me sonríe con esos dientecillos diminutos. Es una sonrisa completamente inocente y adorable, que va directa al centro de mi pecho. Para empeorar la situación, Chippy, que estaba roncando en la alfombra, viene a tumbarse sobre mis pies.

Josie me tira de la trenza con su manita y, como no puedo hacer otra cosa, pongo una mueca para fingir que me ha hecho daño. Cuando su boca forma una O de preocupación, le saco la lengua. Ella esconde la cara en mi pecho, riendo de felicidad.

Sin que Zane aparte la vista de mí, me muevo con torpeza hacia el sofá y me siento, sin saber muy bien cómo sujetarla. La niña no tarda en acomodarse en mi regazo como si lo hiciera cada tarde. Sus deditos se aferran a mi camiseta y cierra los párpados. Chippy se sube de un salto al sofá y se estira a mi lado, apoyando el hocico en mi pierna.

Tengo el cuerpo tenso, pero el corazón más blando de lo que me gustaría. Hace mucho tiempo que yo también fui una bebé querida. No duró demasiado, pero tengo recuerdos bonitos.

—Ojalá siempre seas igual de feliz, pequeña Josie —le digo en voz baja.

«Ojalá nadie te arrebate nunca la inocencia ni te obligue a crecer antes de tiempo, cuando tú solo quieres jugar a las muñecas y que te arropen por las noches. Pero te hago una promesa, Josephine: mientras yo respire, nadie os hará daño a ti ni a tu tío, porque daré mi vida por protegeros».

42



Zane

La mesa del salón está cubierta de fichas, vasos vacíos y la dignidad hecha trizas de dos hombres. Mi cuñada extiende sus cartas sobre el tapete con una calma insultante.

—Escalera real —anuncia, sonriendo de oreja a oreja.

River tira sus cartas sin mirarlas y yo hago lo mismo. Es la jugada más alta.

—A tomar por culo. —Mi hermano la señala con un dedo—. Estoy seguro de que has hecho trampa.

—Se cree el ladrón que todos son de su condición —se burla ella. Luego se inclina hacia delante para recoger la montaña de fichas—. Os toca preparar los margaritas, perdedores.

River intenta protestar porque en el fondo es un orgulloso, pero lo agarro del brazo y lo arrastro hacia la cocina. Un hombre decente debe aceptar cuando una dama es mejor que él, y Ava siempre nos pega una paliza tras otra jugando al póker. Le ordeno a River que corte las limas mientras yo lleno la coctelera de hielo y vierto el alcohol.

Mientras preparamos los margaritas, no puedo evitar echar un vistazo al pasillo que conduce a los dormitorios. Katya desapareció hace una hora diciendo que se iba a descansar, y desde entonces no he podido sacarme de la cabeza la imagen de ella durmiendo a Josie.

Mi feroz y bella *vedma*. Me pidió cariño y no supe cómo dárselo, pero juro que aprenderé a entregarle cada pedazo de mi alma, aunque sea oscura y no valga la pena, porque lo que siento por ella no es un flechazo, sino una dulce condena.

—Échale más sal —dice River—, o dirá que está demasiado suave.

Vuelco el salero sin miramientos y mi hermano me lo quita de las manos.

—¿Qué demonios te pasa? —Me empuja con el hombro para apartarme de la coctelera—. Trae, ya lo hago yo. ¿En qué piensas?

Cuando no respondo, sigue mi mirada hacia el pasillo y sacude la cabeza con una mezcla de incredulidad y fastidio.

—¿Te gusta Katya?

Gustar es una palabra vacía para lo que siento por ella. Esa mujer es mi destino y ni siquiera lo sabe.

—Sí —contesto con firmeza—. Mucho.

Mi hermano deja el cuchillo sobre la encimera con brusquedad.

—Pero es rubia.

—¿Y qué?

—No te gustan las rubias —me recuerda—. La última vez que te acostaste con una, tenías diecisiete años. Todas te recuerdan a…

—Katerina no se parece a ninguna mujer que haya conocido. Les da mil vueltas a todas —lo corto—. Es una mujer espectacular en todos los sentidos y su aspecto es lo que menos me impresiona de ella. Pero ya que lo comentas, sí, es rubia y su belleza me deja sin aliento. Tanto que, cada vez que la miro, siento que el mundo debería arrodillarse ante ella, porque es lo más parecido a un milagro que he visto en mi vida.

River silba.

—Joder, estás pilladísimo. —Parece preocupado—. Pero apenas la conoces, Grandullón.

—Eso no es verdad.

—¿Qué sabes de su familia? —me interroga, arqueando las cejas al ver que no respondo—. ¿De su pasado? ¿De su vida en Rusia?

—Lo sabré cuando ella quiera contármelo. No pienso presionarla para que hable de lo que aún no quiere compartir conmigo. —Le lanzo el trapo a la cara. ¡Ya me ha enfadado!—. Tú siempre has querido que me abra con alguna mujer, ¿y ahora te molesta? —le ladro—. ¿Por qué?

River clava la vista en la licuadora.

—Por nada, Grandullón.

Conozco a River y sé que me está ocultando algo. Aquí todos me toman por un bruto que no se entera de nada, pero durante el almuerzo lo pillé lanzando miradas de soslayo a Katerina. Eso solo puede significar dos cosas viniendo de él: quiere acostarse con ella o no le agrada para mí. Y ambas posibilidades me tocan bastante los huevos.

—Dime lo que me quieras decir —lo animo, irritado—. Suéltalo de una puta vez.

—Da igual.

—¡Suéltalo!

—Déjalo estar, Zane.

—¡Vete a la mierda! —Me pongo de mala leche—. Paso del póker y de tu cara de falso. Pero una cosa te digo. —Me giro hacia él antes de salir de la cocina—. Como te vuelva a pillar mirando a mi chica, te reviento la cabeza.

—No es tu chica.

Le sonrió mostrándole todos los dientes.

—Lo será.

Y si él o cualquier otro intenta interponerse en mi camino, que se atenga a las malditas consecuencias, porque Katerina es mía desde el primer momento en que la vi, cuando ni siquiera sabía que me gustaba, pero mi alma ya anhelaba la suya.

Ava me pregunta qué mosca me ha picado cuando cruzo el salón y le digo que me duele la cabeza. De camino a mi habitación, pillo al cabroncete de Josh con la mano en el pomo del dormitorio de Winter.

Ay, carajo.

—¿A dónde te crees que vas, Joshua?

Se queda congelado. Ni siquiera es capaz de girarse hacia mí. Puede que tenga mal genio, pero debería agradecer que lo haya encontrado yo en vez de Grayson.

Lo agarro del cogote y lo obligo a girarse. Mi hermano pequeño tiene el bochorno dibujado en el rostro. Tal vez nadie haya sacado el tema, pero él es lo bastante listo para sospechar que todos lo sabemos. Ya va siendo hora de que alguien enfrente la situación. Si

hay algo que odio en este mundo son las mentiras y los dramas familiares.

—Iba a hacer las paces con Winter. —Saca una bolsita de ositos Haribo del bolsillo delantero de su sudadera—. Le traía esto.

—¿Tengo cara de tonto, Joshua?

Mi hermano traga saliva.

—No.

—¿Crees que me chupo el dedo?

—No.

—¿Crees que me he quedado gilipollas por haberme llevado algún que otro golpe en la cabeza jugando al *hockey*?

—Eh… —duda por un momento—, no, claro que no.

—Aléjate de tu hermana, chaval.

Parpadea, confuso.

—Pero es mi…

—Hermana. Exacto. —Le aprieto el hombro—. Y vas a tratarla como a tu hermana, a mirarla como a tu hermana y a quererla como a tu hermana.

Las mejillas se le tiñen de un rojo intenso. Me duele cómo sus ojos azules se tornan vidriosos.

—Es mi mejor amiga —dice con voz ronca—. Y la echo de menos.

—Puedes hacer muchas amigas en el internado. —Le doy un golpecito en el hombro—. Te has puesto cachas, Joshua. A las chicas les debes molar, ¿cierto?

—Supongo —responde con desinterés.

—Haz amigas, Joshua. Ten muchas amigas.

—Ya tengo amigas —se zafa airado, lo que me sorprende, porque nunca me había plantado cara. Sus ojos ardientes se clavan en los míos—, pero ninguna como ella.

Me cago en todo. No puedo creer que el empollón de mi hermanito se atreva a desafiarme solo porque ha jugado un par de meses al *rugby*. Hace nada era un mocoso desgarbado e introvertido que enterraba la cabeza en los libros.

—Dilo otra vez, venga —lo animo, sonriéndole de esa forma que le pone los vellos de punta incluso a Grayson. Josh inspira hondo y me sostiene la mirada, con los puños apretados contra los costados

—. Llama a la puerta de Winter. Atrévete. —Le doy un empujón que casi lo tira de espaldas y él me lanza una mirada herida que se me clava en el pecho—. Es tu hermana, chaval. ¿O prefieres que te lo explique Grayson?

Su cara pierde todo el color de golpe. No hay nada más importante para Josh que conservar la aprobación del hermano al que considera un padre.

—Deja en paz a Grayson —murmura, cabizbajo.

—¿Vas a volver a llamar a la habitación de Winter?

Le cuesta un gran esfuerzo negar con la cabeza, y yo me odio por insistir.

—Quiero oírtelo decir.

—No —masculla.

—Cuando vuelvas a Londres, quiero que te eches novia, Joshua.

—Pídeme otra cosa —dice en voz baja, aterrado.

—Pues un novio, hostia.

—No me gustan los chicos.

—Pues una follamiga.

Se rasca el cuello, incómodo.

—¿Me puedo ir ya?

Asiento, porque odio hacer el papel de padre; a Grayson se le da mejor, pero él ya tiene bastantes problemas encima por mi culpa y lo último que necesita es verse obligado a lidiar con esta mierda.

—Espera —le digo cuando comienza a alejarse, cambiando de idea—. Tú eres bueno con los idiomas, ¿no?

Josh exhala de golpe.

—Sí.

—¿Qué tal se te da el ruso?

—Bueno, aprobé el B1, pero lo tengo bastante oxidado…

—Suficiente.

Josh se vuelve hacia mí con el pánico dibujado en la expresión. Sí, ya lo sé. Ser mi profesor particular es el castigo más cruel que puedo imponerle. Todos saben que tengo la paciencia de una granada sin seguro y que de adolescente estrellaba los libros contra la pared. Pero no le queda más remedio que seguirme cuando le ladro que entre en mi habitación.

Así mataré dos pájaros de un tiro: aprenderé un nuevo idioma y lo mantendré alejado de Winter.

43

———————— ✊ ————————

Katya

Llevo catorce días en Alaska y la sensación de sentirme como una inútil solo crece cada hora. No estoy acostumbrada a estar tanto tiempo inactiva, pero salvo ayudar a Ava en la cocina, colaborar en las tareas del hogar y comprobar que Zane no salga del perímetro, no tengo nada productivo que hacer.

Aunque esta casa es enorme, nunca había pasado tanto tiempo encerrada. He intentado hablar con Grayson en dos ocasiones para convencerlo de que me deje participar en las negociaciones de paz con Falsone, pero en ambas la conversación ha terminado con una negativa tajante. Hace unas horas me dijo:

—Solo me sirves para ser la amiguita de Zane y tenerlo entretenido. Asegúrate de que no salga de la casa si no es para patinar en el lago. Y bajo ningún concepto le cuentes que eres su guardaespaldas.

De todos los hermanos de Zane, Grayson Knight es, con diferencia, el que peor me cae. Va sobrado de arrogancia y es un maniático del orden y el control. No sé cómo lo soporta su mujer, aunque se nota que están muy enamorados. Y ya es mucho decir, pues Winter y River compiten ferozmente por el segundo puesto. Josh aún me tiene desconcertada. No sé qué pensar de ese adolescente reservado que pasa casi todo el tiempo con la cabeza enterrada en un libro o lanzando miradas anhelantes a su hermana cuando cree que nadie lo ve. Respecto a Ava, siempre intenta hacerme sentir cómoda y respeta mi espacio. Ayer me preguntó cuáles eran mi plato y mi postre rusos favoritos y hoy preparó *pelmeni* y *medovik* para almorzar. El sabor me trasladó a Moscú y casi se me saltaron las lágrimas. Aunque quien se ha ganado mi

corazón es la pequeña Josie, que me llama Barbie *plincesa* y se sienta en mi regazo a ver *La doctora juguetes* mientras me da tironcitos de la trenza.

Estoy olvidando lo que se siente al ser una guardaespaldas que protege a sus clientes, porque creerme parte de esta familia resulta inevitable. El único momento en el que mi cabeza se queda en silencio es cuando hago unos largos en la piscina, después de que todos se hayan ido a la cama. Me pongo el bañador, me recojo el pelo en una trenza apretada sobre la coronilla y me enfundo el gorro de silicona. Siempre nado cuatro kilómetros. Ni uno más ni uno menos.

Esta noche, al regresar a la habitación con la toalla colgada del cuello, encuentro a Zane sentado en mi cama. Al verme, levanta la cabeza y me taladra con la mirada.

—¿Has estado en la piscina?

Parece furioso.

—Sí.

—No vuelvas a ir.

Entrecierro los ojos. No tiene ningún sentido que se enfade porque haga uso de las comodidades de esta casa, más aún cuando siempre ha intentado hacerme sentir a gusto.

—¿Por qué? —pregunto sin entender.

Se levanta y da un paso hacia mí. Ni siquiera me ha tocado y ya siento el corazón desbocado. Supongo que debido a la distancia que he impuesto entre nosotros estos últimos días, ya que mi cuerpo lo echa profundamente de menos. Sus ojos están llenos de un pánico que no se esfuerza en ocultarme.

—Porque el agua siempre se lleva lo que quiero, y no pienso dejar que te lleve a ti.

Su confesión me eriza todo el vello del cuerpo. Primero, la bañera y, ahora, la piscina. Sin embargo, no lo he visto reaccionar así cuando Winter y River se han dado un baño.

—Tus hermanos también la usan.

—Todos han recibido clases de natación —contesta con aspereza —. Pero no sé si tú eres una nadadora aficionada. Si te pasara algo y no hubiera nadie para…

—Soy buena nadadora —lo interrumpo con suavidad, acercándome sin poder evitarlo—. Zane, ¿qué haces aquí?

Su mirada recorre mi cuerpo con un deseo que me desarma. Desde las piernas desnudas, sube por los brazos y se detiene en las clavículas, como si me estuviera imaginando sin el bañador.

—¿Puedo dormir contigo?

—No.

No disimula el fastidio que le provoca mi rechazo.

—En mi cabeza, la respuesta era diferente.

—No quiero saber lo que habías imaginado.

—Me decías que sí —continúa, con los ojos clavados en mis pezones duros bajo la tela del bañador—. Te comía ese coño tan perfecto y dormíamos abrazados.

—¡Dios, Zane!

Me tambaleo hacia atrás, impactada por la ola de calor que me golpea entre las piernas. No he podido olvidar lo bien que me hizo sentir su lengua, así que todas las noches me he masturbado pensando en él.

—Podemos saltar directamente a la parte de dormir abrazos si tú no… —traga saliva al clavar los ojos en la parte del bañador que se ajusta a mi pelvis—, aunque tendrías que cambiarte. Ponte el pijama más feo y grueso que tengas si no quieres que te meta mano.

—¡No vamos a dormir juntos!

—¿No? —se decepciona.

—No.

—¿Por qué no? —Ahora parece disgustado—. He intentado ser paciente, pero la frialdad con la que me tratas desde que llegamos me está matando. Pensé que no jugar al *hockey* acabaría conmigo, pero la verdadera tortura es no poder tocarte. Eso sí que es insoportable, Katerina.

—No te estoy castigando, Zane. —Levanto los brazos cuando intenta acercase a mí—. Pero no puede pasar nada entre nosotros.

—Ya ha pasado —me recuerda, testarudo.

—Pues no puede volver a pasar.

—Porque metí la pata —asiente, furioso consigo mismo—. He aprendido la lección. No voy a decepcionarte de nuevo ni a herir tus

sentimientos. No voy a perderte por anteponer mis miedos a tus necesidades.

—No solo por eso…

—¡Entonces, dame una buena razón! Dime que te parezco repugnante. —Doy un respingo—. Que no soportas que te toque, que no te sientes atraída por mí… —Bajo la cabeza, incapaz de pronunciar esas mentiras. Me alza la barbilla con dos dedos para obligarme a mirarlo—. Dame un buen motivo para no dormir abrazado a ti todas las noches, te lo ruego, porque nunca he deseado nada con tanta desesperación. —Me acaricia la base del cuello con la otra mano y me sonríe con una tristeza que me aplasta el corazón—. Si quieres que vaya despacio, seré el hombre más paciente del puto mundo. Si quieres que suplique, me pondré de rodillas para rogarte una oportunidad.

Su confesión me destroza. Y me odio aún más cuando me obligo a pronunciar unas palabras falsas.

—¿Y si quiero que te alejes de mí?

Me agarra del cuello con fuerza.

—Tú no quieres eso, embustera.

Sus manos suben hasta mi rostro y me acaricia las mejillas con los pulgares, negando con la cabeza.

—Nunca en mi vida he ido detrás de una mujer, pero contigo no voy a parar. No hasta que aceptes de una maldita vez que eres tan mía como yo soy tuyo.

—Las cosas no funcionan así, Zane.

—A mí me importa una mierda cómo funcionen las cosas para el resto de la gente. No te estoy pidiendo permiso para invadir tu vida, Katerina. —Su tono es grave y profundamente honesto—. Porque ambos sabemos que yo no soy un tío normal. Si lo fuera, aceptaría tu rechazo e intentaría seguir con mi vida.

Esboza una sonrisa tan desafiante como diabólicamente atractiva mientras se inclina sobre mí, encerrándome contra la pared. A pesar del bañador húmedo, todo mi cuerpo arde en llamas al sentir su erección contra mi cadera.

—Pero yo no soy así —insiste, acariciándome la garganta con la nariz—. Yo soy un hombre absolutamente obsesionado que no

puede respirar sabiendo que duermes en la habitación de al lado.

El pulso se me acelera cuando sus dedos rozan mi pelvis. El índice presiona la costura del bañador y recorre el borde con calma, dibujando el contorno de mi muslo.

—Me siento patético por pedirte esto, pero quiero hacer las cosas bien contigo —confiesa, sin dejar de acariciarme la pierna—. Aunque no sepa cómo y tenga que aprender desde cero.

Alza la vista y su mirada me atraviesa. Hay una esperanza cruda y conmovedora en sus ojos miel.

—Solo… sé paciente conmigo, ¿vale? —murmura—. ¿Puedes tener paciencia conmigo, cariño? —pregunta, sonriéndome de una forma tan frágil que me dan ganas de abrazarlo—. Aquel diez por ciento del que te hablé… es todo lo que tengo para darte. No ha crecido. No sé cómo hacerlo mejor. —Baja la mirada un instante—. Lo siento. —Traga saliva antes de continuar—. Pero ese diez por ciento sigue siendo lo único bueno que no he estropeado. Es real, Katerina. Y es tuyo. Yo soy tuyo. Todo lo bueno que haya en mí, todo lo que no esté roto, todo lo que aún pueda convertirse en algo hermoso… lo guardo solo para ti.

Ni siquiera es una declaración de amor, pero es lo más bonito que un hombre me ha dicho nunca. Y no merezco ni una sola de sus palabras, porque se las ha dicho a la persona que cree conocer.

Ante mi silencio, se pasa una mano por el pelo con frustración.

—¿Es porque soy bipolar? —pregunta, con las mejillas sonrojadas —. ¿Te da miedo que pierda el control? ¿Crees que estás en peligro porque mi cerebro no funciona como el de una persona normal?

Me quedo helada.

—¿Qué?

—Pensé que lo sabías —dice en voz baja—. Y rezaba para que no supusiera un problema para ti.

Por supuesto que lo sé. Leí el informe. Me lo aprendí de memoria. De todas las cosas que me preocupan de Zane, que tenga un trastorno mental no me supone ningún dilema.

—Soy bipolar tipo I —explica con tono monótono, mirando la pared—. Sé que no es fácil convivir conmigo. Mis hermanos están acostumbrados, porque han crecido entre mis vaivenes emocionales.

No les ha quedado más remedio. Con ellos siempre he sentido que no tengo que pedir disculpas por haber nacido defectuoso. —Esa confesión me rompe el corazón. No quiero que vuelva a usar esa palabra para referirse a sí mismo—. Hay días en los que todo va demasiado rápido, y otros en los que no quiero levantarme de la cama. La terapia me agobia y las pastillas me hacen sentir que soy otra persona. Aunque vivir en mi cabeza no siempre es agradable —suspira—, lo prefiero mil veces a no reconocerme cuando me miro al espejo.

Antes de que pueda decirle que no debe justificarse por tener una enfermedad mental, gira la cara y me observa con una mezcla de miedo y esperanza, como si buscara en mis ojos la confirmación de que no he cambiado mi forma de verlo.

—Pero si lo que necesitas para sentirte segura es que siga un tratamiento… lo haré —promete, hecho polvo—. Volveré a intentarlo. Iré a terapia y tomaré la medicación. Aunque esté cagado de miedo —confiesa, con el cuello y las mejillas sonrojados—. Lo haré por ti. Haría cualquier cosa por ti.

Acabo de quedarme sin aire. Este hombre al que antes era incapaz de entender se ha abierto en canal para mí, sin guardarse nada, aunque hacerlo le haya supuesto un gran bochorno.

—Nunca te pediría algo así. Es una decisión que debes tomar por ti, no por nadie más. —Le acaricio la mejilla con cuidado, temerosa de que se aparte o reaccione mal. Sin embargo, inclina el rostro contra mi mano y entrecierra los ojos, disfrutando de mi contacto—. Que seas neurodivergente no te hace menos digo de amor, Zane.

—A mí el único amor que me interesa es el tuyo y el de mi familia. A los demás les pueden dar por culo —admite, malhumorado y con la voz rota—. Así que no me digas lo que crees que necesito oír. Puedo soportar casi cualquier cosa, Katerina —enfatiza, con los ojos clavados en los míos—. Dime por qué te empeñas en levantar muros conmigo cuando sabes que estoy dispuesto a todo por derribarlos.

—Porque hay muchas cosas de mí que no te he contado, y aún no puedo ni estoy preparada para ser sincera contigo —admito, mordiéndome la lengua para no ir un paso más allá. No lo hago solo

por mi acuerdo con Grayson, sino porque me aterra su reacción si llegara a descubrir la verdad. Lo último que quiero es ponerlo en peligro—. Hay partes de mí que no te gustarían —añado, con un nudo en el pecho—. Cosas que podrían hacerte dar un paso atrás, o que no podrías perdonarme.

—¿Ese es el único motivo? —pregunta sin inmutarse.

—¿Te parece poco?

—Me parece que no eres consciente de lo fuerte que me has dado ni de lo profundo que te has metido bajo mi piel. No puedo aceptarte a medias, Katerina, porque has cambiado el eje de mi mundo y ya no sé vivir como si no existieras.

Presiona sus labios contra los míos sin que esté preparada. En cuanto su boca roza la mía, cualquier mínima duda se desvanece. Es un beso rudo, profundo y demasiado breve para mi gusto.

—Acepto cada parte de ti —dice sin dudar—, incluso las que desconozco. Estoy loco por ti, Katerina. No es algo que vaya a cambiar con el tiempo ni con tus secretos. Lo único que te pido es que no me alejes.

Y vuelve a besarme. En el instante en que su boca se apodera de la mía, reconozco que estoy perdida. No tengo fuerzas ni voluntad de apartarme.

Tal vez lo que estamos viviendo sea una mentira con fecha de caducidad y su confesión esté construida sobre la mujer que cree conocer. Sin embargo, mi corazón no lo siente así, porque jamás había tenido una conexión tan real y profunda con nadie.

Con Zane, no es solo deseo o necesidad, sino la certeza de que, por primera vez en mi vida, ya no me siento sola.

44



Zane

Katerina me da la mano y tira de mí hacia el baño. La sigo como un idiota obediente, preguntándome en qué momento he hecho algo bien para merecer tanta puta suerte. Mientras camino detrás de ella, me quedo embobado con el balanceo de sus caderas y su espalda pecosa. No quiero ni pestañear, porque tengo la absurda sensación de que, si lo hago, esta maravillosa ilusión se romperá.

Pero esto es real. La mujer por la que suspiro me ha dado una segunda oportunidad, así que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para no defraudarla. Incluso reconstruirme desde cero y superar todos mis miedos. Porque voy a convertirme en alguien digno de ella, aunque no tenga ni idea de cómo se supone que debe ser ese hombre. No sé qué espera de mí ni qué necesita exactamente, pero hay algo que tengo claro: quiero que Katerina sea feliz a mi lado, cueste lo que cueste.

Katerina entra en el baño y enciende la luz sin soltarme la mano. Se acerca a la ducha, pero, justo cuando va a abrir el grifo, se detiene como si acabara de recordar algo importante.

—Zane —se gira hacia mí—. ¿Tienes algún problema con la ducha?

—¿Con la ducha? —repito, desorientado.

Durante un instante no entiendo a qué se refiere, hasta que recuerdo cómo reaccioné cuando me pidió que me sumergiera en aquella bañera de agua helada. O hace un momento, al exigirle que no volviera a usar la piscina. El calor me sube por el cuello y suelto su mano de forma brusca, conteniendo a duras penas las ganas de escapar. Porque eso es lo que siempre hago cuando me siento

acorralado: atacar o huir. Sin embargo, no puedo reaccionar de esa forma con ella, que espera mi respuesta con paciencia.

—Zane —dice con suavidad—. Te prometo que siempre te daré tu espacio y jamás te juzgaré cuando necesites aislarte. —Me aprieta la mano—. No tienes por qué hablar conmigo, pero necesito saber cuáles son tus límites para no transgredirlos.

El miedo y la vergüenza me oprimen el pecho mientras intento recuperar el aliento. Quiero hacerlo bien con ella, y sé que no puedo ser el animal que hirió sus sentimientos la primera vez que nos acostamos. Pero, joder, no estoy acostumbrado a que una mujer tome la iniciativa. Temo no ser capaz de ceder el control.

En el sexo siempre he necesitado ser quien manda, porque así me aseguro de no salir herido. El problema es que no tengo ni idea de cómo acostarme con Katerina sin entrar en pánico al perder el control. La idea de desnudarme por dentro me aterra más que desnudarme por fuera.

—Lo que no soporto es sumergirme —le explico, agobiado, pasándome una mano por la nuca—. No me meto en bañeras ni en piscinas.

Trago saliva, incómodo a rabiar. No quiero parecerle patético ni poco hombre. Estoy acostumbrado a esconderme detrás del Demonio de los Guardians, una bestia construida a base de golpes e intimidación. Pero solo es fachada, porque nunca dejo que conozcan al tipo que se atiborra de Twinkies cuando está nervioso y tararea canciones de ABBA en sus peores días. Ese hombre pasa la mayor parte del tiempo aterrorizado ante la idea de abrirse de verdad a los demás.

He enterrado ese trauma en lo más profundo de mi subconsciente. No soporto hablar de ello, ni siquiera con mis hermanos, así que se ha convertido en un tema vetado en nuestra familia. Pero los ojos azul hielo de Katerina están colmados de una paciencia carente de juicio, y entonces comprendo que no va a presionarme para que comparta esta parte de mi vida. Y eso me provoca una gratitud que me impulsa a mostrarle esa herida que aún no ha cicatrizado.

—Tengo un problema con el agua cerrada —reconozco al fin—. Un trauma de la infancia. Desde los siete años, no me meto en bañeras ni en piscinas. Tampoco voy a la playa. Pero la ducha está bien. Con eso no tengo ningún problema.

Katerina no dice nada, solo abre el grifo y se mete debajo. Contengo el aliento al ver cómo el agua empapa su trenza y resbala por sus hombros. Es una imagen tan hermosa que no voy a poder quitármela de la cabeza nunca. No es solo que sea preciosa. Esta mujer pequeña y feroz está empeñada en cuidar de mí sin que yo se lo haya pedido, mientras confía en que tenga en cuenta sus necesidades. Y esa confianza ciega me desarma.

Se suelta la trenza de la coronilla y esta cae sobre su espalda. Me muero por deshacerla y hundir los dedos en su pelo, pero no sé si le parecería bien, así que me contengo, con las manos apretadas a los costados.

Abre los ojos y me pilla mirándola con una expresión que debe ser de puro sufrimiento.

—¿Por qué no me tocas?

—Porque prefiero que me arranquen las manos antes que hacer algo que no te guste —contesto con sinceridad—. Pero, si me dices cómo hacerlo, esta vez no meteré la pata.

Se pone de puntillas y me acaricia la cara con cuidado. No estoy acostumbrado a que las mujeres me toquen con tanta ternura, así que las piernas por poco me ceden.

—Estás temblando.

—Estoy muy nervioso —confieso con voz ronca—, porque quiero hacerlo bien y no sé cómo. —Le agarro las muñecas cuando comienza a apartar las manos para que las deje donde estaban. Su contacto me tranquiliza de inmediato—. Antes de conocerte, pensé que el *hockey* era mi refugio, pero tú eres el partido más importante de mi vida, Katerina, y estoy acojonado de perderlo.

Cuando sus dedos me rozan la mandíbula, una corriente eléctrica me recorre la columna. Es tan jodidamente placentero que me abruma ser consciente de que me tiene en sus manos, porque podría hacerme pedazos sin ni siquiera proponérselo. Lucho contra la alarma que se activa en mi cerebro. Por primera vez en mi vida,

decido no salir corriendo y me rindo al placer que me invade poco a poco.

—¿Bien? —pregunta con cautela—. Puedes pedirme que pare en cualquier momento.

—Sigue —respondo con voz áspera—. Y no dejes de hablarme mientras me tocas. Quiero oír tu voz.

—Estoy aquí. —Me aparta el pelo mojado de la frente con delicadeza—. Todo irá bien si nos comunicamos.

Esa maldita palabra me golpea el pecho como un puñetazo. Hablar de lo que siento nunca ha sido lo mío, y el impulso de recuperar el control me retuerce el estómago. Antes de pensarlo, la estrecho entre mis abrazos y la empujo contra la pared de azulejos, buscando refugio en su cuerpo. Escondo su cara en mi pecho para que no pueda mirarme, apoyo la frente contra la pared y cierro los ojos con fuerza.

—Se me da de puta pena comunicarme —admito, sin aflojar el abrazo.

—Ya lo estás haciendo, Zane.

Echa la cabeza hacia atrás y me acaricia los antebrazos. El contacto me relaja un poco, pero aun así me mantengo tenso. Ella nota mi reticencia y deja de tocarme.

—Tus límites son tan importantes como los míos.

Abro los ojos, esperando encontrar compasión o lástima —algo que no podría soportar—, pero su expresión es serena y firme.

—¿Qué esperas de mí?

—Que me hagas el amor —contesta con una sonrisa tímida.

El pánico casi me hace soltarla.

—Nunca he hecho el amor —reconozco, asustado—. ¿Me enseñas?

Por un breve instante, vacila antes de responder.

—Me temo que tengo tan poca experiencia como tú.

Al comprender lo que eso significa, me dan ganas de buscar a su ex para darle una paliza por no haberla cuidado.

—¿El gilipollas no te hacía el amor? —me enfurezco.

—No funcionaba así entre nosotros. —Se muerde el labio—. Pero no fue solo culpa suya, porque él tenía una imagen distorsionada de

mí. No aparento ser una mujer a la que le vayan las caricias suaves ni los arrumacos, así que supuso lo que me ponía y actuó en consecuencia. Nunca llegamos a congeniar en la cama, y al final rompió conmigo.

El alma se me cae a los pies, porque eso fue exactamente lo que yo le di: sexo duro e impersonal. Al verla tan fría y contenida por fuera, asumí que buscaba ser dominada y la traté como a todas las demás. Si tan solo me hubiera parado a escucharla, habría descubierto que debajo de esa apariencia implacable hay alguien que ansía ternura y una intimidad real.

El corazón me golpea las costillas al ser consciente de algo que me deja sin aliento: no importa cuántas mujeres haya habido antes de Katerina, porque nunca he compartido algo tan íntimo con nadie ni me he sentido tan expuesto. Este momento va a marcarme por el resto de mi vida.

—Soy tu primera vez —digo, rebosante de un orgullo que me estalla en el pecho.

—¿Qué? —Parpadea varias veces—. No, no funciona así. Solo he estado con un hombre. Ya sé que tú te habrás acostado con un montón de mujeres. —Resopla, de pronto indignada—. Aunque no tenga el mismo currículum que tú… En fin… ¡No soy tan pardilla!

Me hace gracia verla así de alterada y celosa, no voy a mentir, porque esas mujeres que la hacen sentir tan insegura no significaron nada para mí.

—Ninguno de los dos ha hecho el amor antes —remarco—, así que no tenemos experiencia.

—Si quieres verlo así…

—Yo soy tu primera vez y tú eres la mía, y vamos a aprender a hacerlo de puta madre, porque estamos hechos el uno para el otro.

—No creo en las almas gemelas —dice, algo tensa.

Deslizo las manos bajo la tela de su bañador y agarro con firmeza la curva de sus caderas, apretándola contra mi erección. Bajo la cabeza y le muerdo el cuello, arrancándole un gemido.

—Me importa una mierda en lo que creas —murmuro contra su piel húmeda—. Puedes no creer en las almas gemelas ni en las relaciones monógamas, pero, después de esta noche, te va a quedar

clarísimo que yo soy el único hombre que te va a tocar así. —Giro la cara y la miro a los ojos—. Seré el primero que te haga el amor, y también el último. Y mañana, cuando amanezcas entre mis brazos, con mi sabor en la boca y las piernas doloridas, vas a saber exactamente a quién perteneces.

Presiono mis labios contra los suyos, reclamándolos en un beso exigente y hambriento, pero no descuidado. Recorro la curva de su espalda con las manos, atrayéndola más hacia mí, acariciando cada centímetro con la reverencia que se merece, hasta que la noto temblar contra mi cuerpo. Mi boca baja despacio por su cuello hasta la base de su garganta, donde la presiono con suavidad. Luego me alejo para mirarla y mis manos buscan el borde de su bañador. Lo deslizo poco a poco hacia abajo, descubriendo su piel como si fuera un tesoro. Después de desnudarla del todo, me quedo quieto un segundo, respirando hondo. Es tan jodidamente hermosa que podría correrme solo con mirarla, porque la deseo de una forma tan profunda y peligrosa que no sé ni por dónde empezar. Y entonces recuerdo lo que me ha dicho: comunicación.

—¿Qué te gusta?

Mi pregunta parece pillarla con la guardia baja.

—Eso no es… —Baja la vista hacia sus pies, de repente avergonzada—. Sabes de sobra cómo satisfacer a una mujer. Tienes más experiencia que yo.

—No me importan las demás —le agarro la barbilla con firmeza para que me mire—, quiero saber cómo hacer que te corras tú.

No soy el único que está nervioso, porque ella guarda silencio.

—La comunicación es en ambos sentidos, Katerina. —Le aparto un mechón húmedo de la frente—. Comunícate conmigo. Enséñame lo que necesitas de mí para que pueda dártelo.

—Quiero que seas cariñoso conmigo —murmura, alzando la vista —. Quiero sentirme querida y que me toques como si te importara.

«A mi corazón le importas más de lo que soy capaz de expresar con palabras».

—De acuerdo.

—Y quiero tocarte —añade, deslizando las manos por mi torso—. Y que me mires a los ojos mientras lo hacemos.

Me estremezco al sentir sus dedos en mi pecho. De repente, respirar se vuelve un esfuerzo titánico.

—No sé si puedo darte eso —me agobio.

Pero, cuando empieza a retirar las manos, las atrapo contra mi piel, porque prefiero mil veces que me toque a que deje de hacerlo.

—Pero lo voy a intentar.

Sus pulgares rozan mis pezones, y esa caricia provoca que mi polla salte dentro del pantalón. No dejo de mirarla a los ojos mientras explora mi cuerpo, porque saber que es ella me tranquiliza. Aunque el corazón me late tan fuerte que me duele el pecho porque estoy acojonado, su forma de tocarme es tan delicada que me hace sentir querido. Es una sensación embriagadora, que desearía embotellar y guardar en un lugar seguro.

Mi dulce *vedma* está mojada, preciosa y se muerde el labio mientras me acaricia por encima de la camiseta. Tiene los ojos llenos de deseo porque le encanta tocarme. Y yo, que nunca me había expuesto así, me doy cuenta de que, por primera vez en mi vida, me siento querido por alguien que no lleva mi mismo apellido. No como jugador de *hockey* ni como el Demonio, sino como un hombre que tiembla cuando su mujer lo acaricia y lo mira como si valiera la pena.

Si esto es hacer el amor, me dan ganas de caer de rodillas y suplicarle que me destruya despacio, porque no se parece a nada que haya sentido antes… y me encanta.

Sostengo la punta de su trenza entre los dedos. Nunca la he visto con el pelo suelto. No sé si es liso o rizado.

—¿Puedo soltarte el pelo?

Sé que lo lleva trenzado por algún motivo. Por un instante duda. Al final, asiente con un exhalación.

—No me gustan los tirones fuertes —me advierte—. Mejor… no me tires del pelo, ¿vale?

«Nada de tirones», me obligo a recordar.

Le quito el coletero y deshago la trenza con los dedos. Los mechones mojados caen sobre su espalda. Me echo hacia atrás de golpe, pasándome una mano por la cara para salir del trance. Ahora parece más salvaje, más hermosa, más mía.

Mi reacción la desconcierta y se echa el pelo hacia atrás, indecisa.

—Si quieres que vuelva a trenzármelo…

—No —gruño al instante—. Ni se te ocurra. Estás perfecta.

Me cuesta un mundo no enrollar su pelo en el puño. Me limito a hundir los dedos en los mechones de su nuca y acercar la cara para olerlo. El aroma a lavanda me la pone durísima.

No lo entiendo. ¿Por qué lo lleva trenzado? ¿Por qué esconder algo tan jodidamente hermoso? Mejor así, no quiero que ningún cabrón afortunado la vea con el pelo suelto. No podría soportar que nadie más sepa cómo brilla su piel mojada ni cómo tiembla cuando le besan el cuello.

Y sí, las rubias no me gustan, siempre lo he dicho. Pero el cabello de Katerina no es solo rubio: es del color de los campos de trigo bañados por el sol. Y a la mierda todo, porque ese es mi nuevo color favorito.

Me agacho, agarro uno de sus pechos y le chupo el otro. Cuando jadea y me tira del pelo, me lo bebo como si fuera oxígeno y casi me corro del gusto. Deslizo la lengua por su pezón, lo muerdo y lo chupo sin piedad. Luego echo la cabeza hacia atrás para mirarla y le pellizco los pezones.

Me quedo pasmado con su expresión: los labios entreabiertos, la espalda arqueada contra la pared y su cuerpo ofreciéndose sin reservas. El agua resbala por sus hombros mientras froto sus pezones con los pulgares.

—¿Te he dicho alguna vez que tienes unas tetas espectaculares? —pregunto, sin dejar de pellizcárselos—. Las más bonitas que he visto en mi puta vida.

—No quiero saber cuántas has visto. —Respira entrecortadamente, tirándome del pelo.

Alzo la cabeza y la miro como si la idea me resultara absurda.

—No importa. Ningunas como las tuyas. Ni de lejos.

Pequeñas, redondas, firmes y con unos preciosas areolas rosas, que necesito volver a meterme en la boca. Ahueco las manos y paso los pulgares por ellos.

—A partir de este momento y hasta el día que me muera, estas son las únicas que me importan. —Succiono uno de sus pezones, rozándolo con los dientes. Ella gime y me tira más del pelo—. ¿Qué

sucede, cariño, no me crees? —Le doy un lametón lento—. Me voy a esmerar a fondo para que no te quepa ninguna duda de cuánto me gustan tus tetas.

Se retuerce debajo de mí, separando la piernas. Cuando intenta colar una mano entre ellas, le sujeto la muñeca.

—Zane… —protesta, suspirando.

—Y, cuando termine contigo —añado, levantando la cabeza para mirarla—, no vas a querer que nadie más te toque así, porque después de esta noche, mi forma de tocarte va a ser la única que recuerdes.

Le acaricio el pezón con la nariz antes de devorar sus tetas como si llevara cien años sin comer. En cuanto le suelto la muñeca, vuelve a intentar masturbarse, así que le muerdo un pecho. Katya suelta un sollozo de frustración y presiono la rodilla contra su coño. Si alguien va a aliviarla, ese seré yo.

—Querías cariño —le recuerdo, sin dejar de chuparla.

Asiente enloquecida, separando más las piernas y alzando la pelvis para frotarse contra mí.

—Entonces, déjame dártelo. —Le beso el hombro—. Deja que te muestre lo cariñoso que puedo ser cuando confías en mí y te portas bien.

—Por favor, Zane…

Esa palabra me atraviesa como una descarga directa a la polla.

—Me pone muchísimo que me ruegues. —Le muerdo un pezón y, luego, el otro—. Suplícamelo, Katerina, pídeme que te deje correrte.

—Zane, por favor… por favor…

Empujo la rodilla entre sus piernas y empiezo a frotarla despacio, presionando justo donde sé que más lo necesita. Le sujeto las muñecas por encima de la cabeza y mi boca recorre su cuello, despacio, sin dejarme un solo centímetro. Sus gemidos se hacen más fuertes mientras la beso y la masturbo.

—Buena chica —la alabo, sorprendido de que no forcejee y se entregue a mí sin reservas—. Sigue confiando en mí y te lo daré absolutamente todo. Cualquier cosa que me pidas. Lo que sea. Porque soy tu puto esclavo, nunca al revés.

Satisfecho, le suelto las muñecas y deja caer los brazos. Aparto los mechones mojados que se le han pegado a la cara y le beso las mejillas, la comisura de los labios, la sien. Cada beso está cargado de una reverencia absoluta mientras muevo la rodilla contra su clítoris.

—¿Estoy siendo bueno contigo? —pregunto, de pronto inquieto—. ¿Estoy siendo lo bastante cariñoso?

Asiente como puede, completamente ida, con esa expresión que ya conozco: la que pone justo antes de correrse. Entonces me apodero de su boca y gime contra mis labios, temblando sobre mi rodilla. No dejo de moverla cuando su cuerpo se relaja contra el mío y apoya la frente en mi hombro, relajada como una gatita saciada.

—Me ha encantado —admite riendo, acariciándome la espalda por encima de la camiseta. Me tenso cuando sus dedos la agarran—. ¿Puedo quitártela?

No respondo, así que gira la cara hacia mí, con el ceño ligeramente fruncido. No es que folle con la ropa puesta, pero nunca he dejado que ninguna mujer me desnude, porque eso es darles poder sobre mí y sobre mi cuerpo. Yo siempre soy el que se quita la ropa y el que la arranca.

Pero Katerina no es cualquier mujer. Para mí, lo es todo; la única con la que quiero construir un futuro.

Anticipar sus movimientos me da cierta calma, así que pongo las manos sobre las suyas y la guío. Dejo que me levante la camiseta y acaricie mi abdomen, porque sus dedos son los únicos capaces de apaciguar a la bestia que llevo dentro.

—Me gusta muchísimo tu cuerpo —admite con voz ronca, recorriéndome con los ojos—. En los entrenamientos me costaba fingir que no te encontraba atractivo. Te miraba a todas horas sin que te dieras cuenta.

—Sigue —le pido, y ella me mira sin entender—. Sigue diciéndome cosas bonitas. Me gustan.

—Ah. —Sonríe—. Me ponía cardiaca cuando te levantabas la camiseta para secarte el sudor de la frente. —Desliza los dedos por mis oblicuos, mordiéndose el labio—. Esta es mi parte favorita de tu cuerpo.

No soy un tío presumido ni pierdo el tiempo delante del espejo como River, pero, carajo, saber que le resulto atractivo le da un buen empujón a mi ego. Ahora quiero entrenar y hacer más pesas para marcar mejor la V del abdomen, solo para que nunca deje de mirarme así.

Cuando me quita la camiseta, sus manos vagan hasta la cinturilla del pantalón del pijama y yo trago saliva. Si fuera otra, ya me habría bajado el pantalón y estaría agarrándola del pelo para que se atragantara con mi polla. Pero a ella la dejo acariciarme por encima de la tela. Le permito explorarme con calma, tomarse su tiempo y tocarme como no le permití hacerlo la primera vez que nos acostamos.

Su mano se cuela por debajo del pantalón y agarra mi polla. Sus dedos son tan pequeños y suaves que se me escapa un gruñido de satisfacción. Mierda, me voy a correr de un momento a otro y quiero que dure.

—¿Así está bien?

—Aprieta un poco más —murmuro, cerrando los ojos—. Sí, así. Ahora acaricia el capullo… ahí. Joder, Katerina… Me cago en la puta.

Su forma de tocarme es tan jodidamente dulce y torpe que me cuesta no correrme en su mano. Es obvio que le falta experiencia, y eso, por alguna retorcida y posesiva razón, me vuelve aún más loco.

—Lo haces genial —digo con esfuerzo—. Eres buenísima. Sí, joder, así, justo así. Qué puta maravilla. Eres increíble. Me encanta cómo me tocas.

Abro los ojos al notar que algo cambia. Tiene las mejillas encendidas, los labios entreabiertos y las pupilas dilatadas. Y entonces lo entiendo: mi preciosa y exigente chica rusa tiene debilidad por los cumplidos. Le encanta que le digan lo bien que lo hace.

—¿Te gustan los halagos? ¿Te gusta que te diga lo bien que lo haces? ¿Lo buena, perfecta y jodidamente sexi que eres?

Ella asiente temblando y me masturba más rápido.

—Sigue tocándome así, *vedma*. Lo haces de puta madre y ni siquiera te das cuenta. —Le aparto el pelo de la cara y dejo la mano en su mejilla. Ella inclina la cabeza contra mi palma y acelera el

ritmo al verme apretar los dientes—. Va a ser la paja más rápida de mi vida.

—No te corras todavía.

—Estoy demasiado cachondo, joder —siseo, apoyando la cabeza en la pared—. No te haces una idea de cuántas veces he soñado que me masturbabas.

—¿Cuántas?

—Todos los días desde que te conocí —reconozco sin pudor—. Todos los malditos días.

Parpadea varias veces. Me hace gracia que aún no sea consciente de que siempre me ha tenido en sus manos. Incluso cuando la odiaba. Desde el primer puto día.

—¿Te gusta tener tanto poder sobre mí? —Asiente con una sonrisa adorablemente engreída—. ¿Te gusta verme tan cachondo como un puñetero adolescente?

Esta vez, en lugar de volver a asentir, empieza a arrodillarse. La agarro de los hombros antes de que sus piernas toquen el suelo. Ella me lanza una mirada cargada de extrañeza.

—Quiero chupártela.

Santa mierda. Por poco me corro y ni siquiera se la ha metido en la boca.

La primera vez que se lo impedí, no fue por falta de ganas. Dios sabe que nada me apetece más que ver esos preciosos labios alrededor de mi polla. Pero entonces supe que, si me la chupaba, todo habría terminado en segundos. Me aterró quedar como un pelele delante de ella, porque pensé que solo me quería para una noche. Pero ahora es distinto, porque confío en ella y también quiero ser digno de su confianza.

Pongo las manos en sus hombros para que baje del todo. Mi polla da una sacudida al verla arrodillada frente a mí. No voy a poder quitarme de la cabeza esta imagen. Si no supiera que me pegaría un puñetazo, le haría una foto y la usaría de fondo de pantalla.

—No me juzgues si me corro rápido. —Le recojo el pelo con una mano—. Intentaré durar más la próxima vez.

—No te adelantes. Quizá no quieras que vuelva a hacerte una mamada —contesta, y eso casi me hace reír, porque ni siquiera se la

ha metido en la boca y ya sé que será uno de los mejores momentos de mi vida—. No se me da bien.

—¿Quién coño te ha dicho eso?

Pone los ojos en blanco.

—Ya sabes quién.

—Lo voy a matar —aseguro, sujetándola por la nuca—. Tú lo haces todo bien, ¿entendido?

—Quiero que me enseñes —insiste, empecinada, con esa vena competitiva que me gusta tanto—. Dime cómo hacerlo bien.

Mi polla da un respingo. Tal vez haya muerto y esté en el cielo, porque esto es mejor que cualquiera de las fantasías que he tenido con ella.

—Te voy a enseñar cómo me gusta *a mí* —remarco esas dos últimas palabras—. Porque mi polla es la única que vas a chupar.

Katerina no responde. Solo observa mi erección como si estuviera hipnotizada y se lame los labios con una lentitud que me atraviesa el puto sistema nervioso.

—Di que lo has entendido —le ordeno—. Di que esa boca tan preciosa solo se va a tragar mi polla.

Sus ojos me miran sin vacilar.

—La única polla que quiero es la tuya.

Joder.

No soy un hombre religioso, pero su respuesta me envía de golpe al cielo. Me bajo los pantalones de un tirón y la agarro de la nunca con firmeza, acercándola a mi polla.

—Ven aquí. —Le acaricio la mejilla con el pulgar—. Abre la boca.

Obedece al instante. Me la agarra por la base, separa los labios y lame el glande con timidez. Sus enormes ojos azules me miran en busca de aprobación. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano y apretar la mandíbula para no correrme ahí mismo.

—Si no te gusta cómo lo hago, quiero que me lo digas —murmura, lamiéndome con movimientos torpes y jodidamente sinceros.

—Me va a gustar todo lo que hagas —admito con voz áspera—. Todo. Ni siquiera te la has metido en la boca y ya es la mejor mamada de mi puta vida —reconozco, completamente ido—. El

imbécil que no supo valorarte ya es historia. Porque tú estás hecha para esto. Para mí. No lo dudes.

Mis palabras la alientan a deslizar la lengua más deprisa, con mayor entusiasmo…, y yo estoy a punto de estallar y aún no sé lo que se siente al follarme esa boquita tan perfecta.

—Abre esos preciosos labios para mí —digo con tono implorante —. Métetela en la boca, cariño. Te lo ruego…, me estás matando.

Se mete mi polla hasta casi la mitad y empieza a chupármela con ganas, completamente entregada. El mundo entero se me nubla y las piernas por poco me ceden del gusto. Esto no se parece a nada que haya experimentado antes, y no voy a durar ni medio minuto, pero me da igual, porque voy a disfrutar cada maldito segundo.

Le acaricio el interior de la mejilla con el contorno de la polla, disfrutando de lo mucho que se esfuerza por tragarse cada centímetro.

—No me cabe entera… —se aparta, tosiendo para recuperar el aliento.

—Métete lo que puedas —jadeo, acariciándole el pelo—. No pares. Y no uses las manos.

Se agarra a mis muslos y continúa sin protestar, con los ojos vidriosos, decidida a no rendirse. Le aparto el pelo de la cara y le sostengo la cabeza, moviendo las caderas. A veces se atraganta, pero mi perfecta chica competitiva está decidida a darme la mejor mamada de mi vida.

—Así, eso es —gruño—. Buena chica. Joder, cómo me gusta. Lo haces increíble. Eres perfecta. Preciosa. Mía.

Esto es tan nuevo para mí como para ella, porque nunca había animado a una mujer. Lo mío no son las palabras bonitas, pero con ella me sale solo, porque me parece tan condenadamente perfecta que no halagarla sería una crueldad. Y a ella le encanta, porque me la chupa con más empeño, con las lágrimas resbalando por sus mejillas y las manos en mis muslos.

—Me voy a correr —aviso entre dientes—. Quiero que te lo tragues.

Ella asiente sin detenerse. Me dejo ir con un gruñido gutural, aferrado a su pelo mientras se traga hasta la última gota mirándome

a los ojos. Cuando mi polla resbala fuera de su boca, un hilo de semen se escapa por la comisura de sus labios. Se lo limpio con el pulgar y me lo agarra para chuparlo.

La hostia.

Me inclino para besarla con fuerza.

—Eres una diosa —murmuro con voz ronca—. Jodidamente perfecta y mía.

La alzo entre mis brazos y, sin soltarla, rebusco en el bolsillo de mi pantalón hasta sacar un preservativo. Luego vuelvo a apoderarme de su boca con ternura y devoción.

—Quiero hacerte el amor en una cama como te mereces —digo entre beso y beso.

La llevo hasta la habitación sin dejar de besarla. En cuanto su espalda toca el colchón, entierro la cara entre sus piernas y le como el coño como si fuera un hombre muerto de hambre.

Ella enreda los dedos en mi pelo y se frota contra mi boca con desesperación. Le acaricio las tetas mientras mi lengua presta especial atención a su clítoris. Cuando deslizo un dedo en su culo, todo su cuerpo se tensa y deja de gemir. Levanto la mirada para encontrarme con sus ojos abiertos de par en par.

—¿Puedo? —pregunto, acariciándole el coño empapado con la mano abierta.

—Nunca… —balbucea, con la cara roja—. Ya sabes, yo nunca…

—Tranquila. —Le muerdo el interior del muslo, frotando la mano arriba y abajo por sus labios húmedos—. Esta vez solo serán mis dedos. No voy a hacer nada que no te guste. ¿Puedo seguir?

—Sí —suspira, apoyando la cabeza de nuevo en la almohada.

Deslizo el dedo índice por sus pliegues y ella se relaja, permitiendo que mi otro dedo se abra paso en su interior. La palma de mi mano se estrella contra su precioso coño y gira la cara para ahogar un gemido en la almohada.

—¿Otra vez? —pregunto, sonriendo.

Tengo la mano empapada por sus fluidos, pero quiero oírselo decir.

—Sí —balbucea.

Le doy otra palmada en su perfecto coño a la vez que meto un segundo dedo en su apretado culo. Mi dulce *vedma* está chorreando, con las piernas temblorosas y la cara enterrada en la almohada.

—Dios mío… Más, por favor, Zane, más.

Le follo el culo con los dedos, profundizando cada vez más, mientras le doy varias palmadas en el coño mojado y luego le acaricio el clítoris.

—Mira lo cachonda que estás. Tengo la mano chorreando. —Le pellizco el clítoris, y eso le arranca otro grito—. Algún día me voy a follar este culo tan bonito. Y me vas a dar las gracias como la buena chica que eres.

La noto convulsionar y alza las caderas, completamente perdida. Retiro los dedos de su apretado agujero y ella murmulla una protesta, que acallo inclinándome para besarla. Luego cojo el preservativo y lo rasgo. Al oír el ruido del envoltorio, se apoya en los codos y me mira con las mejillas sonrojadas y los ojos de un azul más oscuro.

—¿Puedo ponértelo yo?

Cuando asiento, agarra mi polla y se la lleva a la boca, lubricándola con tanto mimo que, si llega a tardar medio minuto más, por poco me corro. No le quito los ojos de encima cuando me coloca el condón. Luego me acomodo entre sus piernas, y cuando deja caer las manos, como si no supiera dónde ponerlas, las llevo hasta mi cara.

—Tócame todo lo que quieras. —Le beso las muñecas—. Te pertenezco.

Me acaricia las mejillas y baja despacio por mi pecho mientras cierro los ojos y saboreo cada sensación. El corazón me late tan fuerte que me duele, pero con cada roce soy un poco más suyo.

Incapaz de soportarlo más, me hundo en su interior con un solo empujón. Cuando abro los ojos, decido que esta es la imagen que quiero ver el día que muera: ella, debajo de mí, completamente mía.

Le beso la frente, las mejillas, la comisura de los labios.

—¿Bien? —pregunto, porque no hay nada que desee más ahora mismo que ser todo lo que necesite.

—Mejor que bien —suspira, moviéndose debajo de mí.

Levanto su pierna sobre mi hombro para hacer la penetración más profunda, apoyo la frente contra la suya y me muevo más deprisa. Sus uñas se deslizan por mi espalda y le beso el interior de la rodilla.

—No quiero hacer esto con nadie más —declara, abrazándose a mi espalda.

—No vas a hacer el amor con nadie más —gruño, girando el cuello para mirarla—. Nunca. Porque este cuerpo, estos gemidos y esta cara de placer son solo míos.

Me acaricia el pecho y apoya la mano para empujarme. Al principio no entiendo qué sucede, hasta que comprendo que quiere subirse encima de mí para tomar el control.

—No. —La palabra sale de mi boca como un rugido.

Al ver cómo se le cambia la expresión, la tomo por la nuca y la beso con rudeza.

—Móntame, cariño —le digo al oído, cambiando de opinión—. Recuérdale a este pobre idiota quién es su dueña.

Giro sobre mi espalda y ella se coloca a horcajadas encima de mí. El pelo húmedo le cae en cascada sobre los hombros mientras me cabalga con esa mezcla de poder y dulzura. Se mueve despacio, clavándose en mi polla, y yo me pregunto cómo he podido vivir sin esto toda mi vida.

Pongo las manos en sus caderas para acompañar el vaivén.

—Qué bien lo haces, Dios. —Le agarro el culo, presionándolo más contra mí—. Quiero hacer el amor contigo todos los días.

Se echa hacia atrás y apoya las manos en mis rodillas. La observo alucinado. No he visto nada más precioso en mi puta vida.

Le acaricio el clítoris y le pellizco uno de los pezones con la otra mano. Echa la cabeza hacia atrás, grita y su cuerpo tiembla al correrse. Me aferro a sus caderas y me corro segundos después, completamente acabado. Así es como me siento: esta mujer ha arrasado con los cimientos de mi existencia y voy a tener que reconstruirme desde cero.

Cuando cae exhausta sobre mí, con la frente en mi pecho, le acaricio la espalda, el pelo y los muslos. Me besa el hombro y murmura con tono cansado:

—*Moy*.

La abrazo con fuerza, porque la he entendido.

Sí, soy *suyo*. Solo suyo.

Por primera vez desde que tenía siete años, no quiero correr ni luchar. Solo quiero quedarme aquí, abrazándola. Tengo eso que siempre he anhelado, aunque lo haya escondido toda mi vida: pertenezco a alguien que también me pertenece. Y no necesito nada más. Porque, por fin, estoy en casa.

45



Zane

El dolor me explota en el estómago y me roba el aliento de golpe.

La hostia, ¡vaya forma de despertarme!

Encogido y con la cara enterrada en el cuello de Katerina, suelto una mezcla de gruñido y carcajada atónita. La próxima vez que nos quedemos dormidos haciendo la cucharita, no olvidaré que esta pequeña mujer es mucho más fuerte de lo que aparenta a simple vista.

Si mi ego fuera frágil, ahora estaría enfadado, pero tengo una vena sádica y retorcida, así que su reacción solo consigue empeorar aún más la erección que se aprieta contra su culo. Dios…, cómo me pone que sepa defenderse. Me da igual que no crea en las almas gemelas, porque tengo muy claro que nunca estaría con una mujer que no fuera capaz de romperme una costilla si me paso de la raya.

Katerina gime al sentir mi erección y aparta el codo que acaba de hundirme en el esternón.

—No sabía que así se daban los buenos días en Rusia —resuello, apretando los dientes.

—¡Lo siento! —Se gira para quedar de cara a mí. Sus ojos azules y somnolientos me observan con preocupación—. ¿Te he hecho daño?

El pelo le cae como un cortina de seda por la cara y tiene la voz ronca. Al oírla, mi polla da una sacudida y el dolor se disuelve como una pastilla efervescente en agua. Recién despertada, con los labios hinchados y esa melena de leona cayéndole por los hombros, su belleza me deslumbra más que el atardecer sobre el lago helado que crucé ayer patinando, rodeado por un bosque de coníferas que parecía salido de una postal.

—Probablemente, una puñalada me habría dolido menos —admito, apartándole un mechón de la frente. Su pelo, ni liso ni rizado, es suave y se ondula en las puntas. Cuando lo toco, da un respingo y se aparta como si yo estuviera cubierto de estiércol—. Solo soy yo, Katerina, no estás en peligro.

Parece tan vulnerable que me entran unas ganas locas de estrecharla entre mis brazos y hacerle el amor despacio, sin ese trozo de látex de por medio. Quiero hundirme en su interior y sentirla de verdad, pero respetaré todos sus límites con la vana esperanza de que algún día se entregue por completo a mí.

Se pasa una mano por la boca.

—Perdona, no quería pegarte. Al despertar, no recordaba dónde estaba —reconoce, apartando la mano y sonriéndome con una mezcla de culpa y vergüenza—. Nunca había dormido con nadie y me ha entrado el pánico.

Esa confesión basta para que cualquier resquicio de malhumor se esfume. Soy el primer hombre con el que duerme y hace el amor. Yo tampoco había dormido con nadie antes, así que sé lo que eso significa: esta mujer recelosa empieza a confiar en mí, y eso bien vale un codazo. A partir de este momento, no quiero volver a dormir solo. No después de saber lo que se siente al dormir con ella entre mis brazos.

—¿Qué hora es? —pregunta, aún medio adormilada.

Echo un vistazo al reloj de la mesita de noche.

—Las cuatro de la madrugada. —Le aparto otro mechón de la frente y se queda muy quieta—. ¿Por qué no te vuelves a dormir?

—No me toques el pelo. —Se incorpora para buscar algo en la mesita y pasa las manos por la superficie con evidente frustración—. ¿Dónde está mi coletero?

Está en la ducha, pero no pienso decírselo.

—Hace unas horas me dejaste tocarte el pelo.

—Me diste varios orgasmos —contesta sin mirarme—. Estaba relajada y no pensaba con claridad.

—Dame cinco minutos más y verás lo poco que te importa el coletero.

Me incorporo y le doy un mordisquito juguetón en el hombro. Sin poder evitarlo, y a riesgo de llevarme otro codazo, hundo los dedos en su pelo. Me siento codicioso. Puede prohibírselo a los demás. De hecho, no quiero que nadie le toque el pelo. Quiero que sea un privilegio solo mío.

—Para —jadea—. No hagas eso.

—No escondas algo tan hermoso.

—No lo estoy escondiendo. —Se sienta con las rodillas pegadas al pecho y tira del edredón para cubrirse como si fuera una armadura —. Lo estoy protegiendo.

La intriga me corroe y apoyo la espalda en el cabecero. Me tienta arrancarle las sábanas de un tirón, porque no soporto que me prive de algo tan jodidamente hermoso y que me pertenece cuando estamos en la cama. Sin embargo, su postura es tan rígida que pongo freno al deseo y ahueco la mano en su mejilla.

—¿Por qué tienes que protegerlo? —pregunto con un mal presentimiento.

No hay que ser muy espabilado para entender que Katerina no ha tenido una vida fácil. Ni siquiera sé lo que ha sufrido y ya empiezo a sentir una rabia sorda hacia cualquiera que le haya hecho daño.

—Cuando algo es bonito, lo pueden usar contra ti —murmura, tan bajo que casi no la oigo. Apoya la barbilla en las rodillas y clava la vista en la pared—. Mi padre no solo era duro con sus soldados. Él siempre quiso un hijo, porque consideraba que las mujeres somos sensibles y débiles —comenta con tono inexpresivo—. Así que se empleó a fondo conmigo.

Me enderezo.

—¿Qué significa que se empleó *a fondo*?

—Que se pasó mi infancia intentando convertirme en el hijo que le habría gustado tener. —Su voz está cargada de frialdad, pero no hay reproche—. Recibí adiestramiento militar desde los siete años. Mi día empezaba a las cuatro de la mañana para correr. Incluso en invierno, aunque las calles estuvieran nevadas. —Lo cuenta como si la hubiera ayudado con los deberes—. Él decía que el frío templaba el carácter y que si mi cuerpo aprendía a soportar el dolor, entonces mi mente no me traicionaría nunca.

Aprieta los brazos alrededor de las piernas. Mantengo la mano en su mejilla helada. Aún no he escuchado toda la historia y ya siento el impulso violento de desenterrar a su padre para volver a matarlo muy despacio.

—A los nueve años, ya era lo bastante buena defendiéndome. Mientras los demás padres llevaban a sus hijos al parque, él me enseñaba cómo liberarme de un agarre, a romper una nariz con la palma de la mano o dónde clavar los dedos para hacer que un hombre más grande que yo se doblara de dolor. —Echa un vistazo a mi costado y pone una mueca—. Quería que siempre estuviera preparada para atacar y escapar en caso de peligro.

El estómago se me encoge al imaginar cómo tuvo que ser su infancia, pero sé que aún no ha terminado.

—También me enseñó a usar armas. Me llevaba de caza y se ponía furioso cuando yo era incapaz de disparar a los animales. —Niega con la cabeza—. No es que Chippy me dé miedo; es que, cada vez que se me acerca, recuerdo todos los animales indefensos a los que tuve que disparar para no desatar la ira de mi padre. Era eso o recibir alguno de sus castigos. En el mejor de los casos, me dejaba un par de días sin comer. En el peor —suspira—, me retiraba la palabra durante semanas para hacerme saber cuánto lo decepcionaba. Pero cuando apretaba el gatillo y acababa con la vida de algún pobre animal… —Esconde la cara en las rodillas—. A los doce años ya había matado a demasiados.

—Joder, Katerina, no es culpa tuya. —Da un respingo cuando coloco la mano en su espalda—. Solo eras una niña. No tenías elección.

El adulto que debía protegerla convirtió su infancia en un infierno. Por desgracia, sé lo que se siente al temer a la persona que debería ser tu referente.

—¿Por qué estaba empeñado en enseñarte a defenderte?

—Cuando él era un adolescente, abusaron brutalmente de su madre poco después de que ella enviudara. Mi abuela se sumió en una depresión y nunca llegó a recuperarse —explica de un modo que me deja claro que no guarda rencor hacia su padre—. Él creció convencido de que el mundo no perdona la debilidad y de que los

hombres son una amenaza para las mujeres. Cuando nací, se llevó una decepción. No quería una niña. Después se obsesionó con que no me ocurriera lo mismo que a su madre.

Levanta la cabeza y apoya los codos en las rodillas. No me mira. Está haciendo un esfuerzo para no romper a llorar y sé que es la primera vez que comparte esta parte de su vida con otra persona.

—Tenía la mejor intención, pero no sabía cómo protegerme sin destruirme por el camino —continúa, con una tristeza que me desgarra el pecho—. Todos los días me hacía entrenar hasta caer rendida. Si me quejaba, me repetía que las lágrimas no detendrían a los hombres que intentarían hacerme daño. Se aseguraba de que comprendiese que nadie vendría a salvarme y que debía ser suficiente por mí misma. —Gira la cara hacia mí y el mundo se me cae encima al ver su expresión vacía—. ¿Sabes qué quería ser de mayor cuando era pequeña?

—¿Qué, *vedma*? —pregunto con suavidad.

—Bailarina —susurra, como si le diera vergüenza—. Me gustaba cómo se movían porque parecían libres, como si nada pudiera atraparlas. Cuando mi padre se dormía, me colaba en el salón y veía vídeos del *ballet* ruso. Me gustaba girar hasta marearme y dejarme caer en la alfombra fingiendo que estaba en otro lugar. —Hace una pausa—. Hasta que un día me pilló, me arrastró de los pelos y me obligó a hacer flexiones bajo la lluvia mientras me gritaba que un maldito *plié* no me salvaría si intentaban violarme. Después de eso, no volví a bailar nunca.

Imagino a la niña que bailaba en el salón. Se habría llevado bien con el crío que se subía a la mesa a cantar las canciones del *El rey león*. A riesgo de llevarme un puñetazo, la rodeo con los brazos y le beso la coronilla.

—Él no quería que yo fuera frágil.

—Solo eras una niña y querías volar. —La abrazo contra mi pecho —. Tú eres de titanio, Katerina. Si hubieras sido bailarina, estoy seguro de que habrías sido extraordinaria. Te juro que eres la persona más fuerte que conozco.

—Mi padre no pensaba lo mismo —responde en voz baja—. A los doce años solo quería ser como el resto de las chicas. No tenía

amigas; ya sabes, era la rarita de clase con un padre muy estricto. Pero, en el fondo, me moría por ir a fiestas de pijamas, a cumpleaños, tener amigas con las que hablar de chicos y de tonterías… —Aflojo el agarre cuando echa la cabeza hacia atrás para mirarme, como si aún creyera que no tenía derecho a desear esas cosas—. Había un chico de mi clase que me dio una carta por San Valentín. En la carta decía que era la chica más guapa de toda la clase. Nunca nadie me había dicho algo así. Él ni siquiera me gustaba, pero fue agradable que un chico se fijara en mi aspecto, porque mi padre siempre me obligaba a vestir con ropa de deporte oscura. Me moría de envidia al ver a las otras chicas con sus pantalones vaqueros y sus jerséis coloridos. Solo… quería ser como ellas. Aunque fuera solo por un día —reconoce con amargura—. Así que guardé la carta en mi mochila como si fuera un tesoro y la releí todas las noches. Porque quería sentirme bonita. Quería… Quería creer que podía ser como las otras chicas.

—Tú no eres como las otras —murmuro, frotándole el cuello—. Les das mil vueltas a todas. Si te hubiera conocido entonces, me habría partido la cara con tu padre para que me dejara salir contigo.

—Te habría roto todos los huesos, tonto.

—Y habría merecido la pena. —Le doy un beso en la nariz y ella sonríe—. Nunca he conocido a nadie como tú.

Se acomoda entre mis brazos.

—Mi padre tardó tres semanas en encontrarla. La leyó en voz alta y me dijo que no fuera estúpida, que ningún chico me iba a querer de verdad, porque solo deseaban una cosa de mí. —Noto un calambre recorriéndome el cuerpo—. Luego la rompió y me la tiró a la cara.

Dios santo, odio a ese pedazo de cabrón con toda mi alma.

—A la mañana siguiente, fue a despertarme como todos los días para salir a correr. Por primera vez, me negué. Estaba furiosa con él. —Se le escapa una risa breve, desprovista de humor—. Me sentí muy valiente y rebelde por plantarle cara… hasta que regresó con la maquinilla que usaba para afeitarse la cabeza.

El pecho se me congela y la rodeo instintivamente, como si así pudiera protegerla.

—Intenté defenderme como me había enseñado, pero acabé con la cara hundida en el suelo, llorando mientras él me rapaba al cero.

—¡Hijo de puta!

—Aún recuerdo cómo me miraba mientras yo lloraba y recogía el pelo del suelo para colocármelo sobre la cabeza… —Se muerde el labio con fuerza y se pasa las manos temblorosas por los mechones, como si temiera que se le hubieran caído de golpe—. Me ordenó que barriera el suelo y me gritó que acababa de enseñarme una valiosa lección que esperaba que no olvidara jamás.

—¿Una valiosa lección? —repito, estupefacto.

—Dijo que, si hubiera sido más fuerte, podría haberlo detenido. Que eso era lo que les pasaba a las mujeres tontas que solo se preocupaban por su belleza.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me crujen los dientes.

—Al día siguiente fui a clase y las mismas chicas a las que quería parecerme se rieron de mí. Otras se apartaron como si tuviera algo contagioso. Y el chico que me escribió la carta empezó a decir que era fea y calva. —Se encoge sobre sí misma—. Cuando volví a casa, mi padre me dijo: «¿Ves cómo para ese chico no eres nada sin tu bonito pelo? Algún día me darás las gracias por haberte convertido en alguien fuerte».

—Los quiero matar a todos. —No me doy cuenta de que he hablado en voz alta hasta que ella me mira. Aun así, me niego a retractarme—. ¡A tu padre y a ese atajo de adolescentes crueles!

—Mi padre ya está muerto, Zane.

—Pues me alegro, hostia —respondo sin poder contenerme—. ¡Me alegro de verdad!

—Tres días después, le rompí el brazo al chico cuando me comparó con un alienígena. Nadie más volvió a meterse conmigo.

—Que se jodan. Se lo merecía. —Opino que poco le pasó a ese mierdecilla. Entonces caigo en la cuenta de algo y la rabia vuelve a envenenarme—. ¿Y tu madre?

—Mi madre era profesora de inglés. Era estadounidense, en aquella época estaba trabajando en Moscú y se enamoró de mi padre. Creo que sacaba lo mejor de él, porque durante los seis años que vivió con nosotros, mi padre fue bueno conmigo. Pero ella

nunca terminó de adaptarse al país y le pidió el divorcio. —Su tono ahora sí está lleno de tristeza—. Él le dijo que nunca le daría mi custodia, que no iba a dejar que me llevara con ella para que los yanquis me ablandaran. Ella no luchó por mí. Quiero creer que fue porque sabía que yo había nacido en Rusia y que, legalmente, iba a ser una guerra perdida. Pero, en el fondo, creo que estaba tan cansada y desesperada por salvarse a sí misma que renunciar a mí fue el precio que tuvo que pagar.

—¿Está viva? ¿Mantenéis el contacto?

—Sé que vive en California, se casó y no tuvo más hijos. Nunca volvió a ponerse en contacto conmigo, y yo no pienso mendigar el cariño de la mujer que me abandonó —dice con resentimiento—. Lo único bueno que me dio fue la nacionalidad estadounidense.

—¿No echas de menos Rusia?

—Prometí que no volvería después de la muerte de mi padre.

—¿Cómo…?

—No —me corta, tajante—. No voy a hablar de su muerte. Ni de mi vida adulta en Rusia. No quiero.

—De acuerdo.

—Ahora no me siento ni lo bastante rusa ni lo bastante estadounidense, ¿sabes? Siempre he tenido la impresión de que, vaya donde vaya, no pertenezco a ningún lugar —confiesa, apenada —. Aquí siempre seré la estirada soviética, y en Rusia solo era la chica que soñaba con escapar de su padre. Echo de menos un hogar, lo que es bastante ridículo, porque nunca lo he tenido.

Recuerdo cómo la insultaba al principio. Las veces que la llamé «bruja soviética», «KGB con *leggings*» y otras perlas.

—Mierda, Katerina. —Me froto la cara—. Perdona, soy un gilipollas. Cuando te llama Barbie soviética y…

—Para. —Me acaricia la nuca—. Me han llamado cosas peores. Te lo aseguro.

Cierro los ojos e inclino la cabeza contra la palma de su mano como un pobre diablo hambriento de cariño. Antes me aterraba el contacto físico, pero ahora no puedo vivir sin sus caricias.

—No te sueltas el pelo para que nadie se fije en lo bonito que es —comprendo, destrozado—. Para que no tengan una excusa para

mirarte.

Lo que no sabe es que es imposible que pase desapercibida, incluso con su trenza apretada y la ropa oscura.

—Tardé muchos años en volver a tenerlo así de largo. Ni siquiera soporto ir a la peluquería. Me lo corto yo.

—Conmigo estás a salvo, Katerina. —Giro la cara y le beso la mano—. Puedes soltártelo cuando quieras. Nunca permitiría que nadie te tocara ni un solo mechón.

Me mira como si le acabara de ofrecer un mundo nuevo.

—Cuando dices esas cosas… —frunce el ceño—, lo peor es que te creo.

—No estás acostumbrada a que cuiden de ti, ¿eh? —La tumbo sobre el colchón y le sujeto la cara entre mis manos—. Ya va siendo hora de que alguien lo haga, aunque no sepas todavía cómo dejarte cuidar.

—Eso no va conmigo —refunfuña—, pero, si pudiera, tú serías la única persona que dejaría que me cuidara.

En este momento, agradecido porque haya compartido esa parte de su vida conmigo, me prometo que nunca volverá a sentirse sola. No mientras yo respire.

—Antes has dicho que echas de menos tener un hogar —murmuro contra sus labios—. Espero que algún día dejes de huir y reconozcas que yo soy tu hogar, porque tú ya eres el mío.

46

———————— ✊ ————————

Katya

Después de que comparta esa parte de mi vida con él, hacemos el amor y vuelvo a quedarme dormida entre sus brazos. Esta vez no lo despierto de un codazo porque, al abrir los ojos, me siento muy ligera, como si me hubiera quitado un gran peso de encima.

No le había contado a nadie por qué siempre llevo el pelo trenzado. En realidad, nunca había hablado de mi infancia con otra persona. Y aquí estoy, con la espalda pegada a un pecho cálido, abrazada a un hombre que me dijo hace unas horas que soy su hogar.

Uno de sus brazos está bajo mi cuello y me sirve de almohada, y ha cruzado el otro por encima de mi pecho, con la mano abierta sobre mi vientre. Sus dedos están entrelazados con los míos, como si incluso dormido necesitara asegurarse de que no me escapo. En esta postura deberían saltar todas mis alarmas, pues Zane me ha demostrado que es posesivo y visceral. Pero también tiene una faceta tierna y es protector hasta los huesos. Por eso sé que, si alguien entrara ahora mismo en esta habitación, se lanzaría sobre él y lo mataría con sus propias manos antes de que me tocara.

Dios mío. Me encanta.

Creo que me estoy enamorando del hombre al que he jurado proteger.

El mismo con el que no puedo ser sincera sin ponerlo en riesgo, el mismo que me odiaría si supiera quién soy en realidad…

Empiezo a agobiarme y trato de mover la pierna que tengo debajo de la suya. En cuanto lo hago, suelta un gruñido adormilado, me aprieta contra su pecho y atrapa mi pierna entre las suyas.

—No te vayas de mi lado —murmura con tono ronco y molesto—. Me gusta dormir contigo.

—Me estás dejando sin respiración —protesto, dándole un golpecito en la mano.

Afloja el agarre lo justo para que pueda girarme entre sus brazos y mirarlo a la cara. Mi pobre corazón nunca se recuperará del impacto de ver a Zane recién despierto. Madre mía…, es guapísimo: el pelo castaño desordenado sobre la frente, las mejillas sonrosadas, los labios entreabiertos y una expresión tan relajada que no parece él. Sin pensarlo, le aparto un mechón de la frente y frota su mejilla contra mi palma.

—Más —exige con voz áspera.

—¿Desde cuándo eres tan mimoso?

Frunce el ceño.

—Soy cariñoso con los míos. Pregúntales a mis hermanos.

—Pero yo no soy…

Se mueve como una bestia perezosa, empujándome hasta quedar encima de mí. Acerca el rostro al mío y me rodea el cuello con los dedos.

—*Moy* —pronuncia esa palabra con su marcado acento norteamericano. Todo mi cuerpo se estremece al oírla—. Te reto a que me contradigas.

Si fuera otro, ya estaría retorciéndose de dolor en el suelo por agarrarme del cuello. Pero este hombretón rudo por fuera y tierno por dentro no me da ningún miedo. Así que me relajo bajo su cuerpo y le acaricio los nudillos.

—Mmm… —me limito a decir, porque soy demasiado orgullosa para darle la razón, aunque escuchar esa palabra me ha dejado tontorrona.

—¿Te agobia que sea pegajoso? —pregunta, inquieto—. Dijiste que querías que fuera cariñoso durante el sexo, pero no especificaste cómo podía tratarte después.

Verlo tan agobiado por meter la pata me desarma.

—Está bien —susurro, sin dejar de acariciarle la mano.

Más que bien. Nunca me había sentido así de blanda. Estoy hambrienta de cariño y más que dispuesta a darlo. No me reconozco. Logan se quejaba de que era fría como un témpano dentro y fuera de la cama. La verdad es que me enfurecía tanto su

empeño en dominarme durante las relaciones sexuales que no me nacía demostrarle afecto en ningún momento.

—¿De verdad? —insiste, soltándome el cuello. Empieza a acariciarme la garganta con los dedos—. Una vez pillé a Joshua diciéndole a Winter que le agobiaban mis abrazos, pero que no sabía cómo pedirme que le diera un poco de espacio porque no quería herir mis sentimientos —me cuenta con pesar—. Es que me sale solo…

—¿El qué?

—Apartar a la gente de mi lado y reservar el cariño para las únicas personas en quienes confío. A lo mejor por eso soy tan pesado —reflexiona, suspirando—. Mi círculo es muy reducido, pero soy intenso por naturaleza y solo confío en mis hermanos y mi cuñada. Así que les toca aguantarme.

—¿Te fías de mí?

—Claro —responde sin dudar. Me sujeta la barbilla y me sonríe de una forma que me derrite aún más—. Antes no, pero ahora sí. A ciegas.

A ciegas.

Soy la primera persona ajena a su círculo en la que confía. Ni siquiera se ha parado a pensarlo.

La culpa y el agradecimiento me golpean el pecho. Incómoda, lo empujo con suavidad para salir de la cama, pero vuelve a abrazarme antes de que mis pies rocen el suelo.

—Necesito una ducha.

—Ni de coña —se niega, atrayéndome hacia él—. No te duches aún. Hueles a mí.

Entonces escucho un sonido extraño. Al principio no sé de dónde viene, hasta que se queda muy quieto y pone cara de circunstancia.

—¿Eso ha sido tu estómago?

Zane suelta una palabrota y esconde la cara en mi cuello. La tiene ardiendo de pura vergüenza.

—Siempre tengo hambre —murmura contra mi piel—. Sobre todo después de follar o hacer ejercicio.

Dudo que haya un momento del día en el que este hombre no tenga ganas de comer.

—¡Eres un animal! —me río.

—Un animal hambriento —rezonga—. No te rías de mí. El hambre siempre me pone de malhumor.

Me muerdo los carrillos para dejar de reírme, porque no quiero hacerlo sentir mal. Le cuesta un buen rato superar el bochorno. Cuando me sienta encima de él y se me escapa una sonrisa, me lanza una mirada indignada y luego me besa el hombro con ternura. Es increíble la facilidad con la que pasa de estar a la defensiva a mostrarse cariñoso, como si fuera incapaz de estar más de tres segundos enfadado conmigo. Me gusta. Me gusta muchísimo.

Me retira el pelo de la cara y contengo la respiración, porque aún no me acostumbro a llevarlo suelto.

—*Chto vam nuzhno?* —pregunta con esfuerzo.

Entrecierro los ojos, perpleja. Por un momento, creo que la imaginación me ha jugado una mala pasada.

—¿Acabas de…?

—*Da*.

Lo golpeo en el hombro.

—¡¿Cuándo has aprendido ruso?!

—Joshua me está enseñando.

—¿Por qué?

—Porque te lo prometí —contesta muy serio.

¿Qué? Espera, ¿qué…? ¿Cuándo pasó eso? ¿En qué universo?

Hago memoria hasta que recuerdo el día en que lo llamé *velikan* y le pedí que me hablara de sus tatuajes. Como sabía que le molestaba que le hablara en ruso, le dije de broma que aprendiera y él me contestó que lo haría. ¡Pero pensé que me estaba vacilando!

Nadie había hecho algo así por mí.

—No hacía falta —susurro, emocionada.

—Yo siempre cumplo mis promesas. —Me aparta el pelo de la espalda con cuidado y luego me acaricia como si estuviera hecha de algo muy frágil—. Es tu idioma natal y supuse que te sentirías más cómoda. Me estoy volviendo loco al traducir primero lo que quiero decir. No sabía que fuera tan difícil. ¿Cómo lo haces?

—Mi madre me enseñó su idioma y en el colegio daba las clases en inglés. Te llevo veintitrés años de ventaja. —Lo miro con calidez

—. El ruso es objetivamente muy complicado. No tienes por qué aprenderlo, Zane.

—Terminé el instituto por los pelos y siempre he sentido que soy un burro —reconoce, sin dejar de acariciarme la espalda. Luego me da un beso lento en la sien y añade—: Pero no me importa cuánto tarde. Voy a aprender ruso, porque es el idioma en el que naciste y quiero entender cada parte de ti.

Su confesión es un abrazo directo a mi corazón. De repente, me entran muchas ganas de llorar, aunque las enmascaro dándole otro golpe en el brazo.

—¡No eres un burro! —le riño—. No hables así de ti.

—Todos me ven así.

—¿Quiénes son todos? —me pongo furiosa—. Que les jodan.

—Mis antiguos profesores, mi padre, mis compañeros del equipo aunque no se atrevan a decírmelo a la cara… —enumera con calma —. Mientras tú no lo creas, me da igual lo que opine el resto del mundo, porque ahora vivo y respiro para ser un hombre digno de ti. Y para eso no tengo que ser el más listo ni el más brillante. Solo debo ser el hombre que no te falle.

Me pasa el pulgar por la mejilla con infinita suavidad, mirándome con los ojos llenos de afecto.

—No llores, Katerina, te juro que no te voy a fallar. *Pover'te mne.*

—No estoy llorando —contesto con voz rasposa, hasta que me doy cuenta de que me acaba de seca una lágrima traicionera.

En vez de señalar lo evidente, me besa la frente.

—*Vy golodny?* —pregunta con una pronunciación terrible.

Se me cierra la garganta. Estoy a punto de desmoronarme porque no sé cómo reaccionar cuando alguien se preocupa por mí. No me han educado para dejarme querer. No tengo ni puñetera idea de cómo se hace.

—Tus necesidades son importantes para mí —insiste, frotándome la espalda—. Comunícate conmigo.

—Tengo un poco de hambre. —Lo agarro del brazo antes de que baje de la cama—. Pero no te pases con la comida. ¡No soy un pozo sin fondo como tú!

Pone cara de indignación y le miro el culo mientras se pone los pantalones. Cuando me pilla observándolo, me lanza una mirada engreída y sale sonriendo de la habitación. Al cabo de unos minutos, regresa con los brazos llenos. Por supuesto, no me ha hecho ni caso. Deja la comida en la mesita de noche y me tiende su camiseta de los Guardians. Sin preguntar, me levanta por los hombros, se coloca a mi espalda y me la pone con una delicadeza absurda.

Me queda enorme; parece un vestido. Nunca había sido tan feliz.

Su mano envuelve mi cuello y me obliga a girar la cara hacia él.

—Cuando vayas a mis partidos, quiero que lleves mi número en la espalda —ordena, inclinándose hasta cubrir mi boca con la suya.

El beso es lento, cálido y posesivo. No sé cómo termino sentada en sus piernas, con la cabeza apoyada en su hombro y una de sus manos en el vientre.

—¿Quieres uno? —Coge un Twinkie de la mesita.

—He oído por ahí que nunca compartes los Twinkies.

—Contigo haré una excepción, aunque ya buscaré la forma de que me lo pagues. —Me guiña un ojo. Luego desenvuelve el pastelito, lo parte en dos y me da el trozo más grande—. *Ya ogromnyy pushistyy kotenok*.

Me atraganto de la risa.

—¿POR QUÉ TE RÍES? —se enfada, con la cara muy roja—. ¡Aún me cuesta el acento!

—Acabas de decir que eres un gatito enorme y peludo.

—Pensé que te estaba diciendo: «Siempre te voy a proteger pase lo que pase». —Cuando entiende lo que ha sucedido, apretuja el pastelito entre sus dedos—. ¡Voy a matar a Joshua! ¡Será cabrón!

Sin dejar de reír, le doy un toquecito en la nariz y susurro:

—No pasa nada, *kotenok*.

Zane engulle el Twinkie y masculla que los adolescentes son lo peor y que le meterá la cabeza en el váter a su hermano, lo que me hace reír aún más. Entonces sus comisuras se curvan hacia arriba, coge otro pastelito, lo parte por la mitad y vuelve a darme el trozo más grande. Y entiendo cómo me mira, porque yo siento exactamente lo mismo: por primera vez, no tiene miedo de ser vulnerable.

Y yo… no sé cuánto durará esto. Pero, ahora mismo, quiero vivir para siempre en esta cama, con este *durak* que aprende ruso para decirme que soy suya y comparte sus preciados Twinkies conmigo.


9

47

———————— ✊ ————————

Katya

El siguiente mes transcurre de forma inquietantemente tranquila. No sé cómo actuar, pues desde niña estoy acostumbrada a la tensión, el peligro y la vigilancia constante. En esta mansión fortificada, por el contrario, no pasa nada extraordinario. Aquí se respira un ambiente familiar al que no pertenezco. River chincha a todos sus hermanos por igual; Winter y Josh se dedican miradas furtivas cuando creen que nadie los vigila; Zane se tira en la alfombra a jugar con Josie; y descubro que Grayson no es tan imponente cuando se trata de su mujer, a la que ama con locura.

Hablando del hermano mayor —o, como lo llama River, Su Santidad Ejecutiva—, sigue sin dejarme participar en las negociaciones con Dominic. He dejado de insistir porque, cada vez que le daba una buena razón para que confiase en mí, me soltaba algún comentario envuelto en superioridad moral y ponía fin a la conversación. Así que me limito a cumplir con las tareas domésticas y vigilar a Zane, que se muestra tranquilo y no sale del perímetro. Al menos, así siento que colaboro y no molesto.

Me pregunto cómo se las apañó Ava para formar parte de esta familia. Los hermanos la adoran como si la conocieran de toda la vida. Incluso Winter, tan celosa del cariño de sus hermanos, la obedece y la quiere como si fuera su madre. La princesa de la familia no se ha esforzado en disimular que le parezco una intrusa, aunque se ha calmado un poco desde la primera vez que vio a Zane besarme la frente. Se quedó observando a su hermano con los ojos entrecerrados mientras murmuraba algo que no llegué a oír. Desde entonces no me lanza comentarios maliciosos. Ahora solo me vigila en silencio.

Zane y yo dormimos juntos cada noche. En la cama soy igual de cariñosa que él, pero, cuando estamos con sus hermanos, me cuesta corresponderle. Primero, porque no estoy acostumbrada, y segundo, porque me pesa la mirada de Grayson, la desconfianza de Ava y el juicio mudo de River. Sé que Grayson y River piensan que estoy utilizando a Zane. En cuanto a Ava, percibo una esperanza genuina que me incomoda, porque sé cómo reaccionará Zane cuando sepa la verdad.

Esta noche, después de cenar, se han puesto a jugar al Monopoly y yo no me he dado por invitada, pero Zane me ha cogido de la mano y me ha sentado a su lado. Me ha preguntado si conozco las reglas y luego me ha ofrecido una ficha con forma de cochecito plateado. Y aquí estoy, sentada entre Zane y Josh, con Grayson y Ava haciendo manitas en el sofá, Josie roncando en su moisés y Chippy dormido a sus pies, en la alfombra.

Hay palomitas desperdigadas por la mesa y tazas de chocolate a medio beber. Hace una hora, Winter me miró extrañada cuando admití que nunca había jugado al Monopoly. Esta cría no sabe lo afortunada que es al tener una familia como la suya, donde jugar a juegos de mesa mientras se toman el pelo es algo muy normal.

Me sorprende lo competitivos que son todos y me estoy divirtiendo más de lo que esperaba. He pillado a Winter haciendo trampas tres veces, y a River, guardándose un fajo de billetes en el bolsillo, pero no los he delatado a cambio de un hotel y de que me perdonen el alquiler.

—¡Eres una tramposa! —ruge Zane, levantándose de la silla.

—Si nadie me pilla, no cuenta —responde Winter con toda la calma del universo.

—¡Te acabo de ver!

—Pues vale. —Su hermana devuelve la tarjeta que acaba de robar a su sitio—. ¡Ya está! ¡No es el fin del mundo! ¿Contento?

—¡No! ¡A saber cuántas trampas has estado haciendo durante la partida!

—Seguro que muchas —interviene River con aire circunspecto—. La enana tiene muy mal perder.

—¡Pero si tú también has hecho trampas! —replica ella, sacando un fajo de billetes de su bolsillo y tirándolo sobre la mesa—. ¡Tengo a quien salir! ¡No podéis culparme por imitar a mi hermano mayor!

Zane lanza una mirada iracunda a su hermano.

—Podrías imitar a Grayson —suelta River—. Él siempre se las apaña para ganar jugando limpio.

Grayson, sentado en el sofá, alza una ceja sin soltar la mano de Ava.

—Porque os obsesionáis con comprar calles —explica—. Yo invierto en estaciones y en servicios públicos. Están infravalorados porque cobran menos, pero a la larga son más rentables, ya que nadie los evita.

River se lleva una mano al pecho.

—El CEO de Nuestras Miserias ha hablado. Gracias por su lección, Líder Supremo —se burla, ante el gesto agrio de su hermano mayor —. Normal que ganes siempre si juegas contra un grupo de analfabetos financieros.

Ava le lanza una palomita y River la atrapa con la boca.

—¡No te metas con mi marido! —Le saca la lengua.

—Déjalo, está madurando —contesta Grayson, acariciándole el cuello—. A algunos les cuesta más que a otros. Tiene el clásico complejo del hijo mediano: demasiada atención para victimizarse y muy poca para sentirse especial. A los cuarenta, si tenemos suerte, se le pasará.

—Uuuh —Winter mete cizaña—, eso ha debido escocerte, River.

River se rasca la nuca con el dedo corazón apuntando hacia Grayson, que está demasiado ocupado besando a su mujer como para hacerle caso.

—Con esta cara, no puedo tener ningún complejo —se jacta—. Además, los acomplejados suelen ser los adoptados.

Josh se limita a poner los ojos en blanco ante la pulla, pero Winter le retuerce el lóbulo de la oreja a River.

—¡Ah, niñata, suéltame!

—¡No te metas con él!

—¡Sois lo puto peor! —Zane le da un manotazo al tablero y las fichas salen volando.

—¡Eh! —protesta Josh—. ¡Que iba ganando!

—Yo ya no juego —se enfurruña Zane—. Estos dos son unos tramposos.

—*Istis dis sin inis trimpisis* —lo imita Winter—. Eres insoportable sin el *hockey*.

—¡Mira quién fue a hablar! ¡La que se pone a llorar porque lleva unas semanas sin poder grabar un TikTok! Oh, el mundo se va a acabar si la princesa no pone morritos a la cámara. —Zane finge sostener un teléfono y lanza besitos al aire—. ¡Mirad lo guapa que soy! ¿Cuántos seguidores he perdido hoy? ¡Mi vida es lo peor!

—¡No estaba llorando por eso! —exclama Winter, y lanza una mirada acusadora a Josh que no me pasa desapercibida—. ¡Odio a los hombres! ¡No os enteráis de nada! ¡Idiotas!

—¡Tú sí que eres idiota! ¡Y tramposa!

River la atrapa por la cintura cuando Winter se abalanza sobre su hermano. Josh le toca el brazo a Zane y le hace un gesto con la cabeza para que lo deje estar. Zane resopla por la nariz, haciendo un esfuerzo por calmarse. Es verdad que hoy lleva todo el día de morros porque se ha perdido la semifinal del Campeonato Mundial y Winter se ha apropiado del lago por la mañana.

—Vamos a terminar la partida —intervengo por primera vez—. Josh iba primero y yo, segunda. No pienso dejarlo así.

—Este juego es una mierda —gruñe Zane—. Paso de estos tramposos. Tengo hambre. ¡Mataría por una hamburguesa!

—¡La cena estará en una hora y media! —le informa Ava—. Hay brócoli, judías verdes y ensalada de coliflor.

Zane se queda quieto un segundo. Luego alza la vista al techo como si acabara de recibir la peor de las noticias.

—¡Comer verde es lo que hacen los animales antes de morir! ¡No soy una maldita cabra!

—Beee —bala River.

Winter y Josh se atragantan de risa.

—Hoy es oficialmente el peor día de mi vida. —Zane esconde la cara entre las manos.

—¡Exagerado! —grita Ava desde el sofá—. El brócoli no es peligroso; el colesterol alto sí.

—Me quieren matar de hambre y estoy rodeado de tramposos. Hoy he muerto —masculla Zane—. Decidle al entrenador que luché con honor.

—¿Puedo quedarme con su habitación cuando muera? —pregunta River, muy serio.

—¡Yo quiero su chaqueta negra! —añade Winter—. Es enorme, pero combina con todo.

—Pues yo me quedo con sus proteínas —dice Josh—. Así al menos su sacrificio habrá servido para algo.

—¡Sois unos buitres! —estalla Zane—. Ni siquiera estoy frío todavía.

Deja caer los hombros de golpe, se pasa las manos por la cara y se tira del pelo como si quisiera arrancárselo. Mi enorme *durak* está hambriento y al límite. Lo peor es que aquí no puede salir a correr ni meterse en una pelea ilegal. Sin pensarlo, le acaricio el brazo con la yema de los dedos, trazando el contorno del nombre de su sobrina. Como no se inmuta, continúo hacia su nuca. En cuanto mis dedos le rozan el cuero cabelludo, exhala hondo, como si se desinflara por dentro. Su cuerpo se relaja, baja los hombros y se inclina hacia mí, buscando más mimos. Lo acaricio con delicadeza y le sonrío cuando nuestros ojos se encuentran. Ese océano tormentoso color miel se convierte en un oasis de calma.

Winter se queda muy quieta, como si hubiera visto un fantasma. River abre la boca como si presenciara un milagro. En el sofá, Grayson y Ava dejan de besarse y nos observan atónitos. Y Josh, que estaba recolocando las fichas, le da un toque cauteloso en el brazo a Zane, como si esperase que saltara sobre él. Pero su hermano no se inmuta, solo permanece tranquilo, con una expresión apacible.

—¡Sois como Hulk y la Viuda Negra! —exclama Josh, con los ojos como platos.

—¡No soy Hulk! —ruge Zane—. ¡Lo odio! Es un monstruo verde que no controla sus impulsos.

—Pues como tú… —murmura Winter.

—Zane tiene razón —dice River.

—Gracias —farfulla Zane, suspirando aliviado.

—No es justo compararlo con Hulk —continúa River—. Hulk no grita tanto. ¡Ni amenaza a sus hermanos con meterles la cabeza en el váter por comerse el último Twinkie!

—¡Sabéis que son míos!

—Además, es más pequeño —prosigue River—. Y más simpático.

Winter se parte de risa. Josh se tapa la boca para disimular.

—Yo creo que deberíamos tirarle un cubo de pintura verde —añade con tono pragmático—. Por coherencia estética. ¡Me ofrezco voluntario para pintarle la cara!

Winter aplaude encantada.

—¡Y yo, la espalda! Aunque necesitaré un rulo industrial y un bote de los grandes.

—¡Os creéis muy graciosos metiéndoos conmigo delante de mi novia! —estalla Zane, y yo pego un salto en la silla—. ¡Mira lo que has conseguido, Joshua!

Su hermano resopla y murmura que al final va a ser verdad eso de que la culpa siempre la tiene el adoptado, mientras que Winter y River se doblan de la risa, con las lágrimas saltadas. Justo cuando Zane está a punto de arrearle un guantazo a River, vuelvo a acariciarle el brazo.

—Ni caso, Hulk es mi superhéroe favorito.

Zane parpadea.

—¿De verdad? —pregunta con una pizca de esperanza—. La mayoría prefieren al Capitán América o a Ironman. Hulk no es muy popular.

—Y mi color favorito es el verde. Después del negro.

Baja el brazo con el que iba a golpear a su hermano.

—Sí que eres la Viuda Negra —susurra Josh, pasmado—. Solo ella podía calmarlo.

—La Viuda Negra es pelirroja —responde Zane con desdén—. Ella es rubia. Su pelo es más bonito.

—¿Desde cuándo te gustan las rubias? —pregunta Winter, extrañada.

—No me gustan las rubias —aclara con sequedad—. Ni las morenas. Ni las pelirrojas. Me gusta el pelo rubio de Katerina. Es el más bonito que he visto nunca. —Señala a sus tres hermanos—. Y al

próximo que vuelva a ponerlo en duda, le hago tragar el tablero del Monopoly.

Winter baja la vista hacia sus manos y murmura:

—Ojalá algún día alguien me quiera así.

Josh le lanza una mirada resignada mientras River termina de colocar las fichas. Cuando reanudamos la partida, siento esas estúpidas mariposas de las que todo el mundo habla en el vientre. Y entonces lo tengo claro, sin una sola duda: estoy enamorada hasta el tuétano de Zane Knight.

48

———————— ✊ ————————

Katya

—¿Por qué no te gustan las rubias?

Zane suelta una carcajada breve e incómoda. Está tumbado bocarriba en la cama, con esa sonrisa tontorrona que se le pone después de hacer el amor. Aún me abraza contra su pecho, que desde hace días se ha convertido en mi lugar favorito en el mundo.

—No vale. —Me da un pellizco cariñoso en la mejilla—. No puedes preguntarme eso tres segundos después de haberme dejado seco. Me tienes en tus manos y no soy capaz de negarte nada ahora mismo.

—Nunca eres capaz de negarme nada, *kotenok*.

Cuando le toco la nariz, gira la cara para morderme el dedo, pero soy más rápida. Nos echamos a reír como dos bobos. Ay, mierda, el amor es la droga más peligrosa de todas.

—Ya vuelvo a tenerla dura. —Su erección se mueve contra mi cadera—. Me pasa siempre que hablas en ruso.

—Bonita forma de cambiar de tema. —Le beso la barbilla y le acaricio el vientre con dos dedos—. No hace falta que contestes si no quieres. Solo tengo curiosidad.

Durante un buen rato, Zane guarda silencio, con la mirada perdida en el techo, como si estuviera hurgando en su pasado. Jamás lo obligaré a hablar de algo que aún no esté preparado para compartir conmigo, sobre todo teniendo en cuenta que yo tampoco he sido del todo sincera con él. Doy el tema por zanjado y comienzo a girarme para dormir, pero él posa una mano en mi hombro y me hace volver a su lado. Ahora los dos estamos tumbados cara a cara.

—Me da vergüenza contártelo —admite, frotándome la mejilla con el pulgar—. Nunca he hablado del tema con nadie. Ni siquiera con mis hermanos. Grayson y River saben más o menos de qué va la

cosa porque estaban allí, pero los pequeños no tienen ni idea. Solo saben que nunca me acerco a las rubias.

—Sabes que mi opinión de ti no cambiará, ¿verdad?

Zane aprieta los labios.

Ah, conque es eso. Cree que lo miraré de forma diferente. Nunca dejará de sorprenderme lo vulnerable que es. Debajo de esos dos metros de impulsividad y falsa arrogancia hay un hombre que tiene miedo de que lo abandonen si se muestra por completo. Y eso me parte el corazón, porque yo siento exactamente lo mismo.

—Ey —murmuro, apartándole el pelo de la frente—. El pasado del que renegamos nos ha convertido en quienes somos ahora.

—A mí no me gusta una mierda quién soy.

—Pues yo no cambiaría nada de ti. Ni tu malhumor ni uno solo de tus gruñidos.

—¡Yo no gruño! —exclama, mostrándome los dientes.

Al darse cuenta de lo que acaba de hacer, se sonroja y me sujeta la cara contra su pecho para que no pueda mirarlo. Me entra la risa, y él masculla un montón de palabrotas, que se van apagando a medida que le doy besos por todo el cuello.

—Odio no saber contenerme —admite con amargura, apoyando la barbilla en mi cabeza—. No sé cómo me aguantas. Lo digo en serio. Mis cambios de humor son como un maldito huracán en una jaula de cristal. Y tú estás encerrada dentro porque no te ha quedado otra. —Me estrecha con más fuerza, como si de repente le hubiera entrado ese miedo irracional a que lo abandonara y estuviera dispuesto a retenerme a su lado a toda costa—. Lo peor de ser bipolar es enfadarme con las personas que quiero, tener una crisis y hacerles daño. Ojalá tuviera un maldito botón en la cabeza que me apagara antes de decir o hacer alguna tontería.

—No digas eso. —Me revuelvo para que me suelte y así poder mirarlo a los ojos, pero no me deja—. No es culpa tuya haber nacido con un trastorno, ni tienes que disculparte por ello. He visto cómo te relacionas con tus hermanos y cómo os cuidáis los unos a los otros.

—Se preocupan por mí porque les causo problemas. No les he dejado otra opción, Katerina. Todos estáis aquí por mi culpa.

—Las personas no necesitamos ser perfectas para que nos quieran. El amor de verdad no se construye a pesar de nuestras rarezas e imperfecciones, sino gracias a ellas.

—A lo mejor me aceptan porque son mis hermanos. Porque tienen que hacerlo. Porque están obligados.

—¿Obligados? —repito, indignadísima—. La sangre no te obliga a querer a nadie. Y si no, que se lo digan a mi madre. Tus hermanos no te quieren porque seáis familia, Zane. —Le clavo un dedo en el pecho—. Te quieren porque no hay otro como tú. Porque eres un pedazo de idiota leal hasta la médula, que se partiría la cara por cualquiera de ellos sin pensárselo y sin preguntar el motivo. Porque eres tan bruto como tierno, aunque te mueras por ocultarlo. Y porque eres más noble de lo que aparentas. Y porque…

«… porque amarte es demasiado fácil. Es lo más fácil que he hecho en mi vida».

—No te enfades conmigo.

—No estoy enfadada —murmuro entre dientes—. Pero me da rabia que hables así de ti mismo. Por eso, si vas a seguir diciendo tonterías, apaga la luz y déjame dormir. Estoy cansada.

—Eres adorable cuando te cabreas conmigo.

—¡Apaga la luz!

No lo hace. En lugar de eso, guarda silencio unos segundos, hasta que empiezo a perder la paciencia, saco la cabeza y lo fulmino con la mirada. Sin embargo, en sus ojos hay una emoción honesta y tranquila que me desarma de golpe.

—¿Y si te contara por qué no me gustan las rubias?

—No tienes que…

—Tenía trece años. Nunca había hablado con una chica —comienza a decir, con el cuello rojo por el bochorno—. Todas me evitaban porque… ya sabes, porque a veces perdía los papeles. Me tenían miedo y me había ganado fama de conflictivo. Pero había una chica en mi clase, con el pelo rubio lleno de tirabuzones, que se atrevió a hablarme. Me dijo que le gustaba, pero yo estaba tan nervioso que pensé que se estaba riendo de mí y le di una patada a su pupitre. —Se frota la cara con una mano—. No sabía cómo disculparme con ella, porque las palabras se me dan fatal. Ya lo

sabes. No es algo que haya cambiado con el paso de los años. —Aparta la mano y me dedica una sonrisa afligida—. Así que le escribí una carta. Me pasé toda la noche haciéndola y puse un montón de cosas que…, bueno, viéndolas ahora…

—Zane —digo con suavidad, apretándole la mano—. Tenías trece años.

—Ya. —Tuerce el gesto—. Le dije que me gustaban sus tirabuzones rubios. Y que, cuando la miraba, pensaba que era como esas cosas que dan miedo y ganas al mismo tiempo. —Se ríe entre dientes, mortificado—. Ya hay que ser pringado para escribir algo así, ¿eh?

Siento que se me encoge el pecho al imaginar a ese joven inexperto que escribió una carta porque le daba vergüenza hablar con la chica que le gustaba.

—Yo estaba acostumbrado a que las chicas del instituto me vieran como un bruto y… no sé, me sentí bien sabiendo que a June no le parecía tan horrible —admite, suspirando—. Pensé que le haría ilusión recibirla, pero no la leyó sola. La abrió en mitad del pasillo, acompañada de su mejor amiga y de los matones del instituto.

Ay, Dios.

—Todos se rieron de mí mientras ella leía en voz alta mis palabras. Los del equipo de fútbol me llamaron burro…, en fin. —Tuerce el gesto. Ya no me mira—. Fue el día más humillante de mi vida. Sigo teniendo pesadillas en las que vuelvo a ese momento, todos me señalan y se ríen mientras June lee, me señala y lee mi carta.

A veces, los adolescentes no son crueles por maldad, sino porque están tan llenos de inseguridades que no saben cómo gestionarlas, así que terminan descargándolas en los demás. Yo también sufrí *bullying* hasta que les planté cara, pero eso no hizo que me sintiera mejor ni que la herida dejara de escocer.

—Si Grayson y River no hubieran estado allí, no sé qué habría sido de mí. No reaccioné hasta que se pelearon con aquellos matones para que me dejaran en paz. Solo entonces le reventé la cara al líder contra la puerta de una taquilla. Nadie volvió a meterse conmigo después de aquello… —Se tumba bocarriba, con los brazos

cruzados debajo de la cabeza—. Me esquivaban por los pasillos. Aprendí que era mejor que me tuvieran miedo, porque así al menos me dejaban en paz.

Lo entiendo. Después de que le partiera el brazo a aquel chico, todos dejaron de reírse de mí, pero pasé los recreos en el baño porque nadie me dirigía la palabra.

—June no dejó de disculparse, aunque tardé varios años en perdonarla. No quería saber nada de ella, pero insistía en que todo había sido idea de su amiga. Y yo…, bueno, la creí porque eso me dolía menos. Cuatro años después, me confesó que aún le gustaba y me suplicó que le diera una segunda oportunidad. —Le tiembla la mandíbula, pero prosigue con la vista fija en el techo—. Tenía diecisiete años, jugaba al *hockey* y era el único virgen del equipo. Así que pensé que aquella vez sería diferente. Estaba cagado de miedo cuando me invitó a su casa. Yo nunca había besado ni tocado a una chica… —Gira la cara y me mira con un intenso sonrojo que me parte el corazón—. Pensé que por fin había encontrado a alguien que me veía de verdad, pero, cuando intenté ser tierno con ella, me pidió que le arrancara la ropa y que la agarrara del pelo. Que le demostrara lo bestia que era. No me quería a mí, sino al tipo de la pista de hielo. Y yo no entendía nada mientras me decía que le diera más fuerte, que le apretara el cuello, que la insultara…

Siento un nudo en la garganta. No me atrevo a tocarlo. Es horrible que lo utilizara así.

—Yo estaba en *shock* y me limité a darle lo que me pidió. Cuando terminé, quise preguntarle si le apetecía que la abrazara, pero ella se me adelantó y me dijo con una risita: «Ya verás cuando les cuente a mis amigas que me he acostado con Zane Knight. Cada vez que te veíamos ser agresivo, nos preguntábamos cómo serías follando. Yo dije que serías un tigre. Y no me equivoqué. Se van a morir de envidia» —cuenta con tono inexpresivo—. Entonces entendí que para ella solo era un trofeo. Ni June ni las demás me querían a mí, sino a la bestia del hielo. Así que me convertí en eso. Aprendí a usar y a dejarme usar. Y cada vez que me acostaba con una chica, le daba justo lo que buscaba… y me sentía más vacío, porque entendía que no merecía otra cosa.

»No volví a acostarme con una rubia. Solo de verlas, me recordaban lo estúpido que fui. No tenía nada que ver con ella, sino conmigo. Con lo ingenuo que fui. Con lo que sucedía cada vez que confiaba en que alguien no me haría daño. Porque todos me ven igual. Para ellos soy el Demonio, y mientras lo sea, al menos no pueden tocarme.

Me arde la garganta. No puedo ni hablar.

—Por eso, la primera vez que nos acostamos y me pediste que fuera suave… —reconoce con voz ronca—, no supe cómo hacerlo. Me morí de miedo, Katerina, porque nadie había querido que fuera yo, así que me había olvidado de quién era. Antes de ti no sabía dar ni recibir cariño en el sexo. Me follaba a las mujeres por detrás, agarrándolas del cuello y sin mirarlas a los ojos. Nunca fue mi intención herir tus sentimientos. Te lo juro —confiesa con agobio—. Pensé que, si te daba lo mismo que a todas, tal vez, con un poco de suerte, no te irías de mi lado…

Me lanzo sobre él y lo envuelvo con los brazos y las piernas, como si así pudiera protegerlo del daño que le han hecho todas esas malditas personas que nunca se atrevieron a tratarlo como un ser humano digno de afecto.

—Yo sí te veo de verdad, Zane —susurro, pegada a su cuello—. Y no quiero que vuelvas a esconderte de mí. Nunca más.

—No puedo —reconoce, acariciándome la cadera—. Cuando estoy contigo, se me olvida que me odio y me creo digno de amor.

—Eres digno de amor. —Le beso la comisura y murmuro unas palabras que aún no me atrevo a decir en su idioma—. *Ya tebya lyublyu*.

Zane me mire intrigado, pero no me pide que se lo traduzca. Y, por primera vez desde que lo conozco, no parece un demonio escapando de sí mismo, sino un hombre que por fin ha encontrado un motivo para quedarse.

49



Zane

Hace tanto frío que temo que se me congelen las pelotas, a pesar de la ropa deportiva térmica y de que no hemos parado de movernos desde que me empeñé en enseñar a patinar a Katerina.

La mañana se ha teñido de un azul lechoso, como si hubieran derramado un bote de pintura blanca sobre el cielo. El aire huele a pino, madera y nieve recién caída. El hielo cruje bajo nuestros patines mientras nos deslizamos por el lago. Cada respiración me enfría los pulmones y me despeja la mente. A nuestro alrededor, el bosque de coníferas rodea el lago como un muro natural. Cada vez que lo miro, siento que alguien lo ha espolvoreado como a esos bizcochos cubiertos de azúcar glas. La suave brisa provoca que la nieve caiga de las ramas escarchadas y se deshaga en polvo antes de tocar el suelo.

Aquí no hay coches, ruido ni caos. Solo el roce de las cuchillas contra el hielo y un paisaje helado de una belleza sobrecogedora.

—*Eto khudshiy den' v moyey zhizni!* —exclama Katerina tras aterrizar de culo sobre el hielo—. *K chortu kataniye na kon'kakh! YA tebya ub'yu, yesli yeshcho raz upadu!*

Verla tan furiosa me hace demasiada gracia y no puedo evitar reírme por lo bajo. Acabo de descubrir que hay algo que se le da rematadamente mal: patinar sobre hielo. Por más que lo intenta, termina despatarrada sobre el lago en cuanto la suelto.

—¿No ibas a patinar en Moscú? Tengo entendido que allí vais sobrados de lagos helados.

Alza la barbilla con indignación.

—*My, russkiye, ne zanimayemsya etim radi udovol'stviya* —masculla, volviendo a resbalar al intentar levantarse—. *Yesli my katayemsya na kon'kakh, to radi zolotoy medali!*

Me inclino y le recoloco la borla del gorro. Sus ojos azules arden de ira mientras yace abierta de piernas. Le pellizco la nariz helada y suelta un gruñido de frustración. Le ofrezco la mano, pero ella la rechaza de un manotazo, como la buena orgullosa que es.

—El equilibrio reside en tu centro de gravedad, no en tus garras del KGB.

—¡Tengo buen equilibrio! —Le tiemblan las piernas al conseguir ponerse de pie—. ¡Pero estos malditos patines son el problema!

—Ajá, los patines.

—¡Sí!

Sé que se muere por golpearme, pero tiene que conformarse con apretar los puños y mover un pie detrás de otro con una lentitud desesperante.

—¿Necesitas ayuda?

—*Ya tebya nenavizhu!*

—No me odias —me burlo—, pero tienes muy mal perder, *malyshka.*

—¿*Malyshka*? —Desvía la mirada hacia el hielo—. ¡No soy tu *malyshka*!—. Se frota el brazo, como si necesitara sacudirse la sensación que esa palabra ha dejado en su piel—. ¡Y me has entendido!

Sonrío para mis adentros. Puede fingir indignación todo lo que quiera, pero su reacción me confirma que el apelativo cursi le ha gustado.

—Esto último sí. Las clases con Joshua están dando sus frutos —contesto, orgulloso de mis avances—. Ayer me enseñó a decir: *Ya beshenaya sobaka, vsya kishashchaya blokhami*.

Atrapo su mano antes de que vuelva a estamparse de culo. No le queda otra que apretar la mía y permitirme guiarla fuera del lago.

—Acabas de decir que eres un perro rabioso lleno de pulgas.

—¡¿QUÉ?!

Katerina rompe a reír.

—¡Voy a matar a ese cabroncete! ¡Le pedí que me enseñara a decir que soy el mejor jugador de *hockey* del país!

—¿Por qué no me pides a mí que te enseñe?

—Porque tengo poca paciencia cuando me equivoco, se me da fatal la pronunciación y le grito a Joshua cada dos por tres. Es mi forma de atormentar a mi hermano pequeño.

—Ah, normal que se vengue de ti. Yo haría lo mismo.

—Soy igual de mal perdedor que tú —la pincho—, pero yo no puedo maldecir en un idioma que no entiendes.

—¡Yo no tengo mal perder! —Se aferra con desesperación a mi cintura cuando se resbala—. Estoy molesta porque te empeñaste en enseñarme a patinar, aunque te dije que era una batalla perdida. Tengo el culo empapado y me muero de frío, así que tengo derecho a quejarme. Y me gusta quejarme en ruso. Las palabrotas rusas suenan mejor. ¡Y no soy tu estúpida *malyshka*!

—De acuerdo, *malyshka*.

—*Proklyatiye!*

Ja, eso también lo he entendido.

—*Blyat! Pizdets!* —suelto las primeros tacos que me enseñó Josh —. ¿Lo he dicho bien, camarada *malyshka*?

—Mmm —reflexiona—. Tu hermano es bueno con los insultos. Y tu pronunciación no es tan terrible. Esta noche podríamos practicarla.

Mi polla se anima, porque sabe lo que eso significa. Me gusta *practicar* con ella. Por mí, podríamos hacerlo a todas horas.

—¡Por fin! —chilla una voz alegre desde la orilla—. ¡Mi turno! ¡Apartaos de mi camino, aficionados!

Winter casi nos tira al deslizarse a toda velocidad muy cerca de nosotros. Le grito que tenga más cuidado, pero ella me ignora, seguramente porque lleva los auriculares escondidos bajo las orejeras blancas. Va vestida con una chaqueta rosa forrada de pelo sintético y *leggings* térmicos del mismo color. Mi hermanita siente verdadera pasión por el rosa y casi siempre viste de ese color. Una vez le pregunté si no se cansaba y me dijo que existen más de treinta mil tonos de rosa y que a ella todos le quedan bien. Mi hermana, la menos humilde de la familia (con permiso de River).

—¿Sus patines son de diamantes? —pregunta Katerina, perpleja.

—Sí. Fueron un regalo de River por su último cumpleaños.

Mi hermano y sus carísimos regalos extravagantes. Aunque hay que reconocer que a Winter le encantaron y que los usa a diario. Son unos patines blanco perla iridiscente que cambian de color según la luz. A veces parecen rosas y otras, lavanda. Están cubiertos de diamantes, que destellan como cristales mágicos cuando la luz toca el hielo. En cada lateral hay bordada una W rodeada por una pequeña corona. Y en cada cuchilla hay grabada una inscripción: «Para mi joya más valiosa».

Winter dijo que era el segundo mejor regalo que le habían hecho en la vida. Cuando Grayson le preguntó cuál era el primero, ella le contestó que no era asunto suyo, pero yo estoy convencido de que se trata de ese anillo de oro blanco con un zafiro que nunca se quita. Y me apostaría un brazo a que Josh fue quien se lo regaló, porque mi hermanita siempre esboza esa sonrisa tierna cada vez que se mira el anillo.

Katerina y yo nos quitamos los patines y nos ponemos los zapatos mientras Winter se desliza por el lago como una bailarina, con los tirabuzones sueltos y la gracia de un hada del invierno que sabe que ha nacido para brillar sobre el hielo.

—Es muy buena —dice Katya a mi lado—. No es que yo sepa gran cosa de patinaje, pero al mirarla hace que parezca demasiado fácil.

El pecho se me infla de orgullo. Sé a lo que se refiere. Winter posee una constitución pequeña y delicada, perfecta para ese deporte, pero lo que la hace única es la pasión que siente por el patinaje. Nunca he conocido a nadie que tuviera tan claro a qué quería dedicarse desde tan pequeña. A los cuatro años se sentaba pegada a la tele a ver vídeos de patinaje y comparaba a las patinadoras con princesas.

—Yo le enseñé a patinar. —Sonrío al verla hacer uno de esos saltos tan complicados que no sé cómo se llaman—. Tenía cinco años y se caía cada dos minutos, pero nunca dejaba de sonreír. Desde entonces supe que ganaría una medalla olímpica.

—Pareces muy convencido.

—Algún día sus logros empequeñecerán los míos en el *hockey* —contesto sin dudar. Siempre he pensado que ella es la gran deportista de la familia. En el futuro, mi hermana será recordada como una leyenda del patinaje—. Y yo estaré en primera fila, aplaudiendo mientras le cuelgan la medalla de oro a mi princesa.

—Conque tu princesa, ¿eh? —Me da un codazo juguetón—. Límpiate la baba, anda. Eres un blando.

—¡Soy muy duro con ella!

Los primeros copos de nieve comienzan a caer mientras mi hermana hace piruetas sobre el lago. Parece una de esas figuritas de las bolas de nieve. Los copos caen sobre su pelo suelto y sus brazos extendidos mientras ella no deja de girar con una expresión de intensa felicidad. Los que no la conocen creen que Winter tiene afán de protagonismo, pero, cuando patina, lo hace como si no hubiera nadie mirándola.

Grayson sale a la galería cubierta con una taza humeante entre las manos.

—¡Winter! —la llama—. Entra, te vas a resfriar.

Ella ni se inmuta. Antes le hacía poco caso, pero ahora, directamente ninguno. Desde que Grayson mandó a Josh a estudiar al extranjero, Winter se ha rebelado contra su autoridad. Si algo identifica a mi hermanita, es que no es de las que ocultan sus emociones. Ni tampoco su resentimiento.

Grayson inspira hondo, haciendo acopio de paciencia. Ha sido y es más padre para los pequeños de lo que los nuestros lo fueron. Claro que a veces se equivoca, pero daría la vida por cualquiera de nosotros y hace todo lo que está en su mano para protegernos.

—Solo lleva cinco minutos —intervengo—. Déjala un rato más. Es fuerte y va bien abrigada. Yo la vigilo.

—Media hora —concede Grayson de mala gana.

Katerina me mira de reojo después de que mi hermano regrese dentro.

—Así que no eres blando…

Apoya la cabeza en mi hombro y entrelaza nuestras manos.

—El patinaje es para ella lo que el *hockey* es para mí. Lo necesita como respirar. Y Grayson no puede entenderlo. —Más de una vez le

he plantado cara cuando ha intentado castigarla prohibiéndole patinar—. Sé que la consentimos demasiado entre todos, pero es la única niña de la familia. Bueno, ahora tenemos a Josie…

Me callo al ver que Josh se asoma por la puerta del porche acristalado tras dejar la taza y el libro sobre la mesa baja. De repente, ya no le interesa la lectura, sino observar embobado a su hermana. El problema es que no la mira como a una hermana. No sé en qué momento pasó a verla de otro modo, pero sí sé que todos estuvimos demasiado ciegos para darnos cuenta.

Josh se sube la cremallera de la chaqueta y sale a contemplar a Winter. Se frota las manos para entrar en calor y su respiración forma volutas de humo. Se está congelando porque no va lo bastante abrigado, pero no vuelve al porche climatizado, como si le doliera más estar dentro que a la intemperie.

Está tan fascinado que ni siquiera se ha dado cuenta de nuestra presencia; solo tiene ojos para ella. Reconozco el brillo de su mirada, porque es exactamente como yo miro a Katerina cada vez que no está cerca de mí: con anhelo. Puro, profundo y devastador. El anhelo de quien desea con todas sus fuerzas aquello que sabe que no puede tener.

Lo que arde en mis venas no es solo rabia, sino algo más espeso y peligroso: pánico.

Pánico por lo que podrían hacerse el uno al otro. Y rabia, por no saber cómo salvarlos sin romperlos.

Esto no debería existir…, ni puede acabar bien.

Pero, sobre todo, me enfurece haber fallado como hermano mayor y no haber visto a tiempo cómo esa relación fraternal se convertía en algo tóxico y obsesivo.

—¿Vamos dentro? —sugiere Katerina—. Está empezando a nevar más fuerte. Deberíamos decirles que entren.

No. Quiero ver hasta dónde es capaz de llegar. Aunque una parte de mí le entran ganas de ir hasta él y zurrarle para que se fije en otra chica. Porque si no lo entiende por las buenas, entonces tendré que metérselo en esa cabeza por las malas. Porque si más de cinco mil kilómetros no han servido para separarlos, no tengo ni puñetera idea de qué hacer para interponerme entre ellos.

—Si se acerca a ella, lo reviento —susurro, con los puños apretados contra las piernas.

—Me he dado cuenta de lo que hay entre ellos —dice Katerina en voz baja.

Giro la cabeza con brusquedad.

—Y sé que todos lo sabéis —continúa con tacto—. Han desarrollado una relación de dependencia emocional y están confundiendo lo que sienten. Tal vez se les pase la tontería con el tiempo.

Por desgracia, no es ninguna tontería.

Creo que todo empezó como una forma de protegerse cuando eran niños. Josh nunca se sintió elegido hasta que conoció a Winter, y él se convirtió en su refugio cuando todo se desmoronó para ella. No crecieron como hermanos, sino como mejores amigos, así que no aprendieron a amarse desde la distancia segura del cariño fraternal.

La raíz de esa relación es profunda y muy difícil de arrancar. Porque cuando dos personas crecen creyendo que son lo único que tienen…, da igual cuántos años pasen, cuántas personas se interpongan y cuántos kilómetros los separen, pues seguirán encontrando la forma de permanecer unidos.

Y eso es lo que más me asusta: Winter y Josh no saben respirar sin el otro.

—No es solo eso —digo, apretando la mandíbula—. Hay una razón importante por la que los mantengamos alejados.

Katerina me mira intrigada. Este secreto no ha salido nunca de nuestra familia. Lo hemos mantenido bajo la superficie para no destruir la frágil estabilidad emocional de Winter. Sin embargo, aunque sé que Katerina arrastra sus propios demonios, yo necesito compartir los míos con ella.

—¿Puedo confiar en ti?

Asiente en silencio.

Y se lo cuento todo. Cuando termino, Katerina se ha quedado pálida y tiene los labios apretados.

—Cuenta conmigo para echarles un ojo —se ofrece, seria.

—Gracias.

En ese momento, Josh agita los brazos para que Winter lo vea. Ella frena con agilidad, se baja las orejeras y se quita un auricular.

—¡Vas a coger una pulmonía! —le advierte, con la preocupación dibujada en la cara.

—¡Estoy bien! —Le saca la lengua y da una vuelta sobre sí misma. La nieve se le desprende de los rizos—. ¿Lo ves? ¡Métete dentro y déjame en paz, pesado!

Josh niega con la cabeza, regresa al porche y vuelve a salir, esta vez con una manta gruesa. Mi hermana sigue deslizándose por el hielo mientras ese memo tirita de frío. Estoy a punto de gritarle que entre si no quiere que la arrastre dentro, pero ella contempla a Josh durante uno de los giros y suspira con resignación, como si no entendiera por qué no se ha ido. No sé de qué se sorprende. Durante los últimos trece años, Josh ha sido su sombra en todo momento. Al principio pensé que era por falta de carácter, pero lo que une a esos dos es más intenso y peligroso que la lealtad.

—Mira que eres tonto —le dice, patinando hacia él—. El ejercicio me mantiene en calor, pero tú te estás congelando.

Josh le echa la manta sobre los hombros en cuanto ella llega hasta él.

—Vamos dentro, anda.

Winter tiene las mejillas sonrojadas, no sé si por el patinaje o por el placer que le produce que él la cuide. Se me revuelven las tripas al verlos tan acaramelados. Y la cosa empeora cuando él la envuelve como si fuera un rollito de *sushi*, se arrodilla para quitarle los patines y ella se apoya en sus hombros para colocarse las zapatillas. Entonces Josh echa la cabeza hacia atrás, con una expresión de cachorrito desamparado que provoca que ella se muerda el labio.

—¿Te apetece un chocolate caliente? —le pregunta.

—Claro —contesta él, con la voz más ronca.

—Y podríamos ver pelis de Disney en el sofá del porche.

Y hacer manitas bajo la manta, claro. ¡Por encima de mi puto cadáver!

—¿He oído chocolate y pelis de Disney? —intervengo, avanzando hacia ellos. Josh da un respingo y Winter pone cara de fastidio—. ¡Nos apuntamos!

—Eh… —murmura Katerina—. ¡A mí también me apetece!

—Genial —masculla Winter, arrastrando los pies con desanimo hacia el porche.

Katerina entra detrás de ella. Antes de que Josh se adelante, lo agarro del hombro. Su cuerpo se hunde bajo el peso de mi mano.

—Escúchame bien, Joshua —digo en voz baja, con los ojos clavados en los suyos—. Si algún día salimos de este maldito lugar y veo que sigues sin entender que lo que sientes por ella está mal, me encargaré personalmente de que no vuelvas a pisar Estados Unidos. Aunque eso signifique separarte de todos nosotros y me parta en dos.

La expresión de mi hermano se llena de dolor. Siempre se ha sentido menos, como una especie de intruso en la familia, así que mis palabras no hacen más que escarbar en la herida. Y me odio, joder, por supuesto que sí.

Sin embargo, prefiero odiarme por esto que odiarme por no haber hecho nada. Aunque me cueste el amor de mi hermano.

50

———————— ✊ ————————

Katya

Bajo de la cinta con las piernas agarrotadas por el esfuerzo y la camiseta empapada de sudor. He corrido dieciocho kilómetros; era eso o volverme loca. Los días transcurren con una inquietud desesperante al no saber nada de Dominic Falsone. Ya llevamos dos meses en Alaska. Tengo un mal presentimiento, porque la experiencia me ha enseñado que la calma no es más que la fría antesala de los problemas. Pero como Grayson se niega a mantenerme informada de sus avances en las negociaciones con la mafia calabresa, no puedo hacer nada útil. Y eso me está matando por dentro.

Con la toalla colgada del cuello y el pulso aún acelerado, paso frente a la puerta de la piscina climatizada. Quizá Ava me deje ayudarla a preparar la cena. No le gusta que los demás pululen por la cocina, pero necesito mantener la mente ocupada.

Estoy a punto de doblar la esquina cuando escucho los gritos.

—¡Súbete la camiseta! ¡Enséñamelas!

Es la voz de Josh, pero no suena como él. Nunca lo había oído tan enfadado, lo que me obliga a detenerme en seco.

—¡No te metas en mi vida! —chilla Winter.

Recuerdo lo que me contó Zane y giro sobre los talones.

Josh es su hermano biológico. Winter y Josh tienen la misma sangre, pero se han criado creyendo que son hermanastros. Si antes me resultaba repulsivo que se mirasen de otra forma, ahora veo con absoluta claridad que esos dos no pueden estar juntos. Sigo pensando que lo mejor sería que les contaran la verdad para que los pequeños abrieran los ojos, pero Zane y sus hermanos están convencidos de que eso desestabilizaría por completo a Winter.

Mientras avanzo a paso rápido en dirección a la piscina, los gritos suben de volumen.

—¡Las he visto, Winter! ¡Te he visto las marcas de la espalda! —Josh parece fuera de sí—. ¿Quién te las ha hecho? ¿Ha sido el imbécil de Liam?

—¿Acaso tengo pinta de no saber defenderme? Te recuerdo que Zane me enseñó a pelear.

—¡No es eso lo que te he preguntado! ¿Te ha pegado? ¿Ese cabrón te ha puesto la mano encima?

—¡Liam nunca me haría daño! ¡Me caí patinando!

Entro en la piscina y lo primero que veo es el rostro desencajado de rabia de Winter, cuya expresión no logra competir con la furia que arde en el de Josh. No reconozco al chaval tranquilo y melancólico que nunca alza la voz y suele tener la cabeza escondida en algún libro. Por alguna razón, eso me deja paralizada en el sitio.

—Mentira —le espeta entre dientes, agarrándola del brazo antes de que ella consiga retroceder. Su vista se clava una fracción de segundo en la boca de su hermana antes de alzar la vista hacia sus ojos—. Siempre desvías la mirada hacia abajo y a la izquierda cuando mientes. A mí no me la das. ¡¿Por qué lo defiendes?!

—No me obligues a hacerte daño, Josh. —Winter le clava el pulgar justo en la zona de la articulación carpometacarpiana; un movimiento preciso que provoca un dolor inmediato y hace que el agarre del otro se debilite casi al instante, incluso en hombres mucho más fuertes—. Siempre he podido contigo, y lo sabes.

Josh masculla una palabrota y la expresión se le contrae por el dolor, pero, en lugar de soltarla, gira la muñeca y aprovecha la presión de ella para arrastrarla hacia su pecho con un tirón seco. Winter choca contra su cuerpo, con el rostro a escasos centímetros del suyo y los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Eso era antes de que me convirtiera en el idiota cachas del *rugby* —suelta esas cuatro últimas palabras con el mismo tonillo que ella usa cada vez que se ha metido con él, acompañadas de una sonrisa torcida—. Ya no soy el mismo pelele debilucho al que podías mangonear.

Winter se aparta un rizo del ojo con un bufido. No solo parece molesta, sino impresionada de que su hermano acabe de demostrarle que los libros no son lo único que se le da bien.

Sin soltarla, Josh le levanta la camiseta por la espalda con la otra mano. Winter jadea por la conmoción y Josh suelta un gruñido al ver las marcas blancas y rosadas que se esparcen por su piel como golpes mal curados. Algunas parecen cicatrices antiguas y otras, más recientes. Lo primero que pienso es que alguien la ha empujado contra una esquina… o que le ha hecho algo mucho peor.

—Lo mato —susurra Josh, con una voz tan baja y tensa que parece contener una bestia encerrada. Una que acaba de despertar, dispuesta a arrasar con todo para proteger a su hermana—. Lo voy a matar por haberte puesto las putas manos encima.

—¡Suéltame! —Winter lo empuja y se baja la camiseta con torpeza. Lo hace como si tratara de cubrirse no solo el cuerpo, sino también el alma—. ¡No ha sido mi novio!

—Entonces… —Josh entorna los ojos y da un paso hacia ella—. ¿Quién te ha hecho eso?

Los ojos de su hermana se llenan de lágrimas, que intenta contener a duras penas.

—Tiene gracia que lo culpes, ¿sabes? Porque Liam las vio y me preguntó si habías sido tú.

—Sí, claro, a distancia. Tengo el superpoder de dejarte marcas por videollamada —contesta con ironía—. Qué desperdicio de neuronas tiene tu novio. Nació con la inteligencia justa para no cagarse encima.

—¡Déjalo en paz!

—Me importa una mierda que no haya sido él… Porque él estaba contigo. ¡Y yo no! —exclama con un dolor que me pone los vellos de punta—. Y debería haberte protegido, joder.

—¡Que me caí patinando! ¡Ya te lo he dicho! ¡Y deja de meterte con novio!

Un músculo se tensa en su mandíbula.

—Deja de decir esa puta palabra.

—¿Cuál? —Winter entrecierra los ojos, desafiante—. ¿Novio?

Josh esboza una sonrisa, pero no es amable, sino una mueca torcida, cargada de rencor, autodesprecio y algo más oscuro. Algo que lleva demasiado tiempo pudriéndose dentro de él.

—No tienes ni idea de lo que me haces cada vez que lo llamas así.

Winter alza la barbilla.

—Pero es mi novio.

—Cállate.

—Y lo quiero.

—Y una mierda.

—Me tenías en la palma de tu mano, Josh, y me perdiste —dice ella con voz rota pero firme—. Ahora, asume las consecuencias.

Josh la sujeta por el cuello y el estómago me da un vuelco cuando acerca su cara a la suya.

—Si las consecuencias son verte aferrarte a un crío que juega a ser un hombre, a un idiota que no te conoce, que no sabe sostenerte cuando te rompes, que no reconoce lo valiosa, alucinante y especial que eres… —cierra los ojos y apoya su frente en la de ella —, entonces no las acepto. No acepto que tengas novio. No lo acepto, Winter. ¿Me oyes? Me niego a renunciar a ti por alguien que no te merece.

Josh abre los ojos y entierra las manos en sus rizos.

—¿Sí? —susurra Winter, agarrándolo de la sudadera—. Entonces, corre. ¡Ve y díselo a Grayson! —lo desafía—. Estoy deseando ver cómo luchas por mí de verdad. —Lo suelta con rabia, da un paso atrás y se limpia las lágrimas con el dorso de la mano. La mirada que le lanza destila un sentimiento de traición—. Pero no lo harás. Nunca lo haces. Porque eres un cobarde y te aterra enfrentarte a tus sentimientos. Porque soy lo más real que te ha pasado en la vida, pero estás tan asustado de aceptarlo que nunca tendrás el valor de elegirme por encima de Grayson.

Josh no responde. Ni se mueve.

—No me conoces tan bien como crees —continúa ella—. Ya no. El último año te has convertido en un desconocido mientras te follabas a otra y pasabas a ser la estrella del *rugby* de ese internado de mierda.

Josh cierra los puños con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos. Se muerde el labio inferior con saña, como si tratara de tragarse todo lo que está a punto de escupir.

—Yo no elegí irme —sisea, roto de dolor.

—¡Pero tampoco luchaste por quedarte a mi lado!

Winter se quita el anillo que siempre lleva en el dedo anular de la mano derecha. Es de oro blanco, con pequeños diamantes y coronado por una gema azul claro. Josh se queda congelado cuando ella extiende la palma de la mano hacia él, con el anillo en el centro.

Josh pone la misma cara que si le hubieran arrancado una extremidad de cuajo.

—¿Qué haces?

—Ya no lo quiero.

Josh no lo acepta, así que ella gira la mano y el anillo cae a sus pies. Su hermano baja la vista al suelo e inspira de forma áspera.

—Ponte el puto anillo en el dedo, Winter.

—No.

—Que te pongas el anillo.

—No lo quiero.

—Winter…

—¡Que no lo quiero! ¡Haz lo que te dé la gana con él! ¡Regálaselo a la tía de turno que te estés follando ahora!

—Eres… Eres mala y egoísta, hostia —suelta Josh, con los ojos clavados en el anillo, y ella da un respingo al escuchar esas palabras —. Eres una niñata tóxica y cruel que no soporta dejar de ser el centro de mi mundo. —Levanta la vista hacia ella y se pasa una mano por el pelo con desesperación—. Y lo peor es que lo sigues siendo, porque construí mi vida alrededor de ti, Winter, y no sé cómo empezar de cero si tú estás lejos.

Winter se encoge, como si esas palabras hubieran alcanzado un rincón de su mente que nadie más puede ver.

—No soy mala… —susurra, muy bajito, como una niña pequeña que intenta convencerse de que el monstruo de su armario no existe.

—¿No? —replica Josh con tono mordaz—. Pues nadie es capaz de hacerme tanto daño como tú. Así que, para no ser mala, tienes una

vena de lo más cruel y retorcida. ¡Enhorabuena!

—¡No soy mala!

Winter estalla y le da un empujón, que Josh no ve venir. Su hermano da un traspié, demasiado cerca del borde de la piscina.

—¡NO SOY MALA, NO SOY MALA, NO SOY MALA! —grita Winter, empujándolo una y otra vez con fuerza, como si intentara borrar a golpes lo que él le ha dicho.

Josh está tan atónito que no se defiende.

—¡Winter, para! —Echo a correr hacia ella—. ¡Para!

Llego justo a tiempo de interponerme antes de que vuelva a empujarlo. Me planto entre los dos con los brazos en alto, sin tocarla porque no quiero hacerle daño. Pero Winter está completamente fuera de sí, gritando y pataleando como una fiera herida que no distingue aliados de enemigos, mientras Josh intenta calmarla en vano.

—¡Josh, lárgate! —le ordeno—. ¡Ya basta! ¡Parad de una vez!

Él me ignora y le sujeta las muñecas, desesperado por llegar hasta ella.

—Winter, por favor, soy yo —suplica, con los ojos vidriosos—. Solo quiero ayudarte.

—¡NO SOY MALA! —solloza ella, retorciéndose entre sus brazos.

—Claro que no eres mala —asegura él con voz suave—. Lo retiro, ¿vale?

—¡NO ME TOQUES!

No le grita a él, sino a mí, que acabo de abrazarla por la cintura para impedir que siga estrellándole los puños contra el pecho. No sé cómo detenerla sin hacerle daño, porque está ida, como si no fuera ella…, sino una versión desbordada y rota de sí misma.

Le grito a Josh que se eche hacia atrás, pero no retrocede. Entonces algo me golpea por la espalda con una fuerza brutal. Estoy demasiado cerca del borde y no tengo tiempo de reaccionar. El agua me engulle como una bestia hambrienta y cierro la boca para que no me entre en los pulmones, pero mi cabeza se estrella contra algo afilado y duro. Un fogonazo de dolor me cruza el cráneo y luego… nada.

La oscuridad me arrastra hasta el fondo. Y el mundo desaparece.

51



Zane

Las cartas se me escapan de los dedos al escuchar los gritos. Estaba a punto de ganar la partida de póker con una escalera real, pero River se levanta poco después de mí y las cartas quedan olvidadas sobre la mesa.

Winter.

Está teniendo otra de sus crisis. Mierda.

—¡Coge el autoinyector! —le ordeno a River.

Mi hermano sale disparado hacia la cocina y yo cruzo el pasillo como una exhalación. Odio inyectarle esa porquería de ansiolíticos a la princesa, pero es lo único que le funciona cuando sufre una crisis severa. Normalmente se encarga Grayson, pero está en la sala de cine viendo una película de dibujos con Ava y Josie.

Lo primero que me golpea al entrar en la piscina es el olor a cloro. Después, el horror de ver a mi hermana pequeña convulsionando en el suelo. Winter está arañándose los brazos mientras Josh intenta contenerla en vano. Tiene las uñas ensangrentadas y el rostro surcado de lágrimas.

Joder…

—¡Lo tengo! —exclama River, deteniéndose en seco al ver a nuestra hermana—. ¿Qué…?

Aunque estamos más que acostumbrados a sus crisis, esta parece diferente. La forma en la que se retuerce entre los brazos de Josh, como si la estuvieran apuñalando por dentro, me deja tan paralizado como a River. Él me planta el autoinyector en el pecho, pero soy incapaz de cogerlo. Su psiquiatra se lo recetó solo en caso de crisis severas. Y esta lo es, por supuesto, pero yo no…

—¡Dámelo! —Josh extiende la mano con apremio—. ¡Yo se lo pongo!

—¡No quería empujarla! —solloza Winter, retorciéndose entre sus brazos—. ¡No quería, no quería! ¡Soy mala! ¡Mala! ¡Mala!

—Tranquila, estoy aquí. —Josh le aparta un rizo de la cara con delicadeza—. Estoy contigo, Winter. Por favor, mírame.

—¡No quería empujarla!

—¿Empujar a quién? —pregunto, frunciendo el ceño, mirando a nuestro alrededor con desconcierto. Aquí no hay nadie aparte de nosotros cuatro.

—¡Vamos, pónselo! —River le entrega el autoinyector a Josh y sujeta a Winter por los hombros—. No pasa nada, princesa. Ya está, ya está.

—¡No! ¡No! —La mano de Winter se estrella contra la mejilla de River—. ¡Eso no! ¡Que no!

River la sujeta con más fuerza y Josh consigue clavarle la inyección en el brazo al tercer intento. Mi corazón no se calma al ver que mi hermana exhala y se relaja contra el pecho de River, que le besa la frente y le susurra que todo irá bien.

—¿A quién no quería empujar? —le pregunto a Josh, con un nudo en el estómago.

—¡Mierda! —Abre los ojos, como si de pronto recordara algo—. ¡Katya se ha caído al agua!

Por un momento, rezo a un Dios en el que no creo para haberlo oído mal. Pero el dedo de Josh apunta hacia la piscina. No hay duda. Y yo… apenas consigo dar un paso hacia el borde, como si los pies me pesaran una tonelada.

No.

No.

No.

La piscina, no. Por favor. Cualquier cosa menos esto.

Y entonces la veo.

Cabello rubio.

Sangre. Mucha sangre.

Primero, el mundo se me viene encima. Luego, siento como si me pusieran bocabajo y me obligaran a mirar de frente al niño de siete

años que sollozaba abrazado a su osito de peluche.

Las manos de mi madre arrastrándome hacia abajo.

Grayson golpeando la puerta. Nuestro padre tendrá que cambiarla, porque la marca de sus uñas en la madera será un recordatorio constante de la pesadilla.

Mis pulmones arden al llenarse de agua.

Frío.

Miedo.

«Mamá, ¿por qué me haces esto?».

Un cuerpo yace bocarriba, inmóvil, con los ojos cerrados y el cabello rubio flotando como algas. Hay sangre. Mucha sangre. Demasiada.

Katerina.

¡Katerina!

Ni siquiera lo pienso. No puedo. Me bajo la cremallera de la sudadera de un tirón y la arrojo al suelo.

—¡No, Zane! —grita River—. ¡Espera, yo me meto!

Pero ella está ahí, hundiéndose como si no fuera a despertarse nunca. No hay tiempo. Cada segundo cuenta; lo sé mejor que nadie, porque estuve muerto varios minutos antes de que mi padre lograra reanimarme.

El agua me quitó demasiadas cosas cuando era un niño: el amor de mi madre, la confianza, la seguridad, la paz… Y no pienso permitir que me arrebate también a la mujer que amo.

Por primera vez en diecisiete años, me lanzo de cabeza al agua. Porque lo único que me da más miedo que enfrentar el pasado es aceptar un futuro en el que Katerina no esté a mi lado.


Winter

52



Zane

Los pulmones me arden y el agua se vuelve más densa con cada brazada. No he olvidado las clases de natación a las que mi padre me apuntó de crío, pero la sensación de sumergirme es peor que si me arrancaran la piel a tiras. Aun así, no suelto a Katerina mientras tiro de ella hacia la superficie.

Su pelo flota como un velo dorado mientras emergemos. Hay sangre por todas partes. Su cuerpo está inerte, con los ojos cerrados y los labios… azules.

El horror me devora por dentro al preguntarme cuánto tiempo ha estado en el fondo. No puede morir. Estos dos meses a su lado han sido lo más puro y sincero que me ha pasado en la vida. Cuando estoy con ella, el ruido de mi cabeza se apaga y el monstruo que llevo dentro se convierte en una fiera domesticada que haría cualquier cosa por una caricia suya.

—¡Ayúdame! —La voz me sale de la garganta como un aullido roto mientras nado hacia el borde de la piscina—. ¡River!

Yo solo sé destruir, romper huesos, marcar goles…, pero esto… esto me queda demasiado grande. River sabrá qué hacer. Por eso le suplico que la salve cuando Josh lo ayuda a sacarla de la piscina. Yo intento salir, pero mis brazos se niegan a responder, así que termino aferrado al borde de forma patética. De pronto, el agua se ha convertido en una tumba y un escalofrío me recorre la columna al sentir de nuevo las manos de mi madre en la nuca.

Quiero estar con ella. Necesito salir de aquí. Pero no puedo moverme. No puedo. La impotencia me carcome mientras Winter llora con la cara hundida en el cuello de Josh y River se arrodilla

junto al cuerpo inerte de Katerina. Está demasiado quieta. ¿Por qué no se mueve? ¿Por qué no me grita en ruso?

—¡Sálvala, River! —le suplico—. Por favor, no dejes que se muera.

River mantiene la calma, le gira la cabeza y apoya una mano encima de la otra, sobre su pecho.

—No quería hacerle daño… —solloza Winter, aferrada a la cintura de Josh—. Lo siento, lo siento tanto… No era yo. Lo juro. No era yo.

—Son cien compresiones por minuto. Al ritmo de *Stayin Alive,* de los Bee Gees —le indica Josh, frotándole la espalda a Winter—. ¿Quieres que lo haga yo?

River comienza a presionar el pecho de Katerina con energía.

—No —responde con determinación—. Sé lo que hago.

Echo un vistazo indeciso a Josh y, luego, a River. El pequeño solo es un crío, pero también es el más listo de la familia…

—¿Seguro? —dudo, angustiado—. ¡Deja que lo haga él!

River me ignora.

—Uno… dos… tres… —cuenta entre dientes—. Vamos, vamos, Katya. Puedes hacerlo. Vuelve con nosotros. ¡Respira!

—Por favor —murmuro, con los diez castañeando—. Por favor, Katerina, por favor, por favor.

River le pellizca la nariz, sella su boca sobre la de ella y le insufla aire. Lo repite dos veces más. El pecho de Katerina se hincha, pero sus ojos permaneces cerrados. River vuelve a presionar su pecho con más fuerza. Ahora con los puños.

—¡Vamos! —Golpea una y otra y otra vez con furia—. ¡Vamos, hostia! ¡Le vas a romper el corazón a mi hermano si no despiertas!

Mis uñas se clavan en el bordillo.

—¡Le estás haciendo daño! —rujo, intentando impulsarme en vano para arrancarla de sus brazos—. ¡Suéltala, coño, que no es un muñeco! ¡Te la estás cargando!

—No —jadea River, sin dejar de presionar su pecho—. ¡Te la voy a devolver, Grandullón! Te lo juro. Confía en mí.

—¡No le pegues tan fuerte! —grito, fuera de mí—. ¡Me cago en todo, River!

—Sé lo que estoy haciendo —gruñe, agotado por el esfuerzo—. Fui a clases de reanimación tras conocer a Ava.

Porque nuestra cuñada está operada del corazón. No tenía ni idea de que mi hermano había asistido a esas clases. Seguro que Grayson tampoco.

Observo con impotencia cómo River reanima a Katerina.

Nunca había sentido tanto miedo.

Ni siquiera con siete años, en aquella maldita bañera.

Ni siquiera cuando mis padres murieron.

Nada se compara al terror que me sobrecoge al contemplar cómo la mujer que me ha robado el corazón no reacciona. Porque es suyo; siempre lo ha sido. Fue suyo desde la primera vez que posó sus ojos azules en mí sin un ápice de miedo. Ella fue la primera en ver algo más allá del caos… y la única que se atrevió a quedarse.

—No te mueras —le suplico, completamente roto—. No te mueras, Katerina. ¿Qué cojones voy a hacer sin ti?

River se inclina para volver a insuflarle aire. A la tercera vez, sus ojos se abren de par en par, se dobla sobre sí misma, tose y escupe agua. River la ayuda a girarse de lado y le frota la espalda.

El alivio me arrolla como una ola y un peso monstruoso se desprende de mi pecho. Supongo que ahora sé lo que River y Grayson sintieron cuando creyeron que me habían perdido. Todos estos años he pensado que mi trauma era el peor, pero mis hermanos han cargado con un peso igual o más terrible.

Con la frente apoyada contra el borde y las mejillas empapadas —ya no sé si por el agua o por las lágrimas—, doy gracias a Dios. Y a River. Y a ella, por ser una luchadora.

Porque ahora que sé lo que se siente al perder a la mujer de la que me he enamorado, me enfrentaré a cualquiera que intente apartarla de mí.

53

———————— ✊ ————————

Katerina

El pecho me arde como si me hubiera tragado un puñado de agujas. El cloro me escuece en la garganta mientras me doblo hacia delante y toso otra bocanada de agua.

¿Qué…? ¿Dónde estoy? Lo último que recuerdo es que estaba corriendo en la cinta.

Apoyo la mano en los azulejos de la piscina, abrumada por el desconcierto.

—Eso es —reconozco la voz de River—. Suéltalo todo.

Está sentado a mi lado, frotándome la espalda. Mi ropa está empapada y tengo un frío atroz. Alguien solloza y me pide perdón. Creo que es Winter.

—Vamos, Katya, tose —insiste River, golpeándome la espalda con excesiva fuerza—. Tienes que echarlo todo fuera.

Me duele muchísimo la cabeza. Me llevo la mano a la sien y gimo al palpar la herida. Retiro los dedos manchados de sangre. Los brazos de River me sujetan cuando vuelvo a marearme.

—¡Josh, ve a buscar a Grayson! —le ordena River—. Dile que necesitamos un médico.

—¿Q-qué…? —intento preguntar, pero solo consigo emitir un gruñido incoherente.

Los recuerdos borrosos parpadean en mi mente: el sudor resbalándome por la frente; las zapatillas golpeando la cinta; el pitido de mi pulsómetro… y después, nada. Un completo y profundo vacío.

Una cabeza cubierta de rizos negros se acerca arrastrándose hacia mí.

—Lo siento —balbucea Winter, apoyando la mejilla en mi pierna—. No quería… No quería hacerte daño.

¿Hacerme daño? Esta mocosa consentida no podría ni romperme una uña, pero estoy tan aturdida y débil que la acaricio con torpeza como si fuera un cachorrito, para que no se preocupe por mí.

—Katerina —murmura una voz completamente rota.

Giro la cabeza hacia Zane. El movimiento es tan brusco que me sobreviene otro mareo y Winter y River tienen que sujetarme para que no me caiga de espaldas.

Zane está aferrado al bordillo de la piscina, con el cuerpo sumergido hasta los hombros, mirándome con una mezcla de alivio y temor. Como si creyera que puedo desvanecerme en cualquier momento y no pudiera hacer nada por alcanzarme.

Está pálido y no deja de temblar. Se me parte el corazón al verlo así.

—Zane —susurro.

No entiendo nada. No sé cómo he acabado aquí ni por qué me he caído a la piscina. Lo único que tengo claro es que ese gigante malhumorado que no se atreve a entrar en una bañera se ha lanzado a una piscina para rescatarme.

Se ha metido en el agua por mí.

Ha luchado contra su trauma por mí.

Y está temblando… por mi culpa.

River me acerca contra su pecho, pero descubro que no es un abrazo reconfortante cuando me susurra al oído:

—Mira cuánto le importas. —Me golpea la espalda con más fuerza —. Míralo bien. Y acuérdate de esa cara cuando le rompas el corazón. Si te he salvado la vida, ha sido para no destruir la suya. Pero que te entre algo en la cabeza, farsante de mierda: nunca os voy a perdonar ni a ti ni a Grayson el haberle mentido.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Zane me sonríe con debilidad y murmura: «Tranquila, estoy bien». Pero cuando se resbala al intentar salir de la piscina, me cubro la cara con las manos y le suplico a River que lo ayude.

Me ha salvado la vida…, pero seguramente se arrepienta en cuanto sepa que le he mentido.

54

———————— ✊ ————————

Katya

El doctor se va por fin de la habitación. Nunca me han gustado los médicos, quizá porque me traen malos recuerdos del ejército, ya que los asocio a las heridas y no a las curas; a los hombres con el uniforme empapado en sangre que intentaban salvar lo insalvable con unas pinzas y el pulso tembloroso. Por eso no los veo como salvadores, sino como la antesala de la muerte.

Sin embargo, este asegura que no hay daños graves tras mencionar las palabras «amnesia retrógrada leve». Eso significa que no recuerdo lo que sucedió minutos antes de la caída y también me ha dicho que no puede asegurarme que recupere la memoria.

Zane ha comentado que unos minutos no marcan la diferencia, pero yo tengo la corazonada de que se me escapa algo importante, porque Winter y Josh no han dejado de pulular a mi alrededor. Al principio, pensé que motivados por el arrepentimiento, pues le han asegurado a Grayson que los encontré discutiendo por una tontería. Y una mierda. Estoy segura de que terminé en la piscina tras presenciar algo que debería contarles a sus hermanos mayores.

Ava ha cocinado mi postre favorito y me ha hecho sonreír al contarme que su hija no deja de mencionar a Barbie *plincesa*. Winter se marchó hace un rato tras disculparse por enésima vez. Le he repetido que la perdonaba y que dejara de ser tan pesada, así que se ha largado con la cabeza gacha, ganándose una mirada resentida de Zane, que le ha gritado que él no la disculpaba.

No se ha movido de la habitación ni un segundo.

Está sentado en el borde de la cama, con la espalda recta y esas manos enormes apoyadas sobre los muslos. Cada vez que cierro los

ojos, sus dedos se posan en mi muñeca para comprobar mi pulso. No lo dice en voz alta, pero sé que tiene miedo de perderme.

—Estoy bien —aseguro, suspirando de sueño—. Solo un poco cansada.

—El médico ha dicho que debíamos estar atentos si tenías somnolencia o dificultad para mantenerte despierta —comenta, preocupado.

—Son las dos de la madrugada, Zane, solo estoy agotada porque he tragado mucha agua y llevo más de dieciséis horas despierta.

Mi argumento no parece convencerlo del todo.

—¿Me dirás si empiezas a encontrarte mal? No quiero que te pongas en plan Terminator soviética invencible conmigo.

—Conque Terminator, ¿eh? —Pongo los ojos en blanco. El gesto me tira de los puntos de la herida de la cabeza y me arranca una mueca dolorida—. Después del chapuzón, me ha quedado clarísimo que no soy tan invencible. Descuida.

—Si notas algo raro: mareos, dolor de cabeza, náuseas, visión borrosa, desorientación… —Su rostro pierde poco a poco el color al enumerar los síntomas que el médico dijo que debemos vigilar—. ¡Me cago en todo! Voy a llamarlo ahora mismo. No deberías pasar la noche sin supervisión médica.

—Zane. —Lo agarro del brazo justo cuando empieza a levantarse —. No me voy a morir.

—¡Ya sé que no te vas a morir!

—Tener miedo después de un evento traumático es normal —digo con tacto, acariciándole el brazo—. Pero estoy aquí. Y no me voy a ningún lado.

Se sienta de mala gana en el colchón, que vuelve a hundirse bajo su peso. Se lleva una de mis manos a su boca y me besa los nudillos, con los ojos clavados en los míos.

—Prométemelo —murmura, frotando la cara contra mi mano—. Prométemelo, Katerina.

—Te lo prometo, *durak*.

—Prométeme que morirás después de mí.

—Zane —me tenso—, no puedo prometerte algo así.

De ningún modo, y menos aún con mi profesión. Tengo una diana en la espalda cada vez que acepto algún trabajo, aunque él no lo sepa, claro.

Mi respuesta le cambia la expresión. De pronto, parece un niño al que acaban de explicarle que no puede ir a Marte. Se pinza la nariz con los dedos, como si intentara tragarse a la fuerza una verdad que no le cabe en el pecho.

—Solo quiero que me prometas que no me dejarás solo —insiste, tozudo.

—No te puedo prometer eso. Nadie puede. Mañana podría caerme una maceta en la cabeza mientras camino por la calle o…

Levanta la cabeza. Le arden los ojos.

—Lo pillo. No sigas.

—O podría enfermar y…

—Entonces, no quiero vivir sin ti —declara con firmeza—. Así de simple.

Se me corta la respiración. En otra persona, me parecería una promesa hueca. La típica declaración grandilocuente de quien ama con la misma intensidad con la que luego olvida. Pero se trata de Zane, la persona más devastadoramente impulsiva y sincera que conozco.

—Zane…

—No me mires como si se me hubiera ido la cabeza —me advierte, indignado—. Soy bipolar, no imbécil. No estoy delirando. Sé perfectamente lo que siento y lo que estoy diciendo.

Se me corta la respiración.

—Eso no es sano.

—A la mierda el amor sano. Yo soy un hombre, no un niñato que no tiene ni puta idea de lo que quiere —sentencia, apretándome la mano contra su mejilla—. Lo que yo siento por ti no es sano ni racional ni bonito. Me consume por dentro e intoxica cada uno de mis pensamientos. Yo no sé querer a medias, Katerina. No esperes que te ame como si estuviera dispuesto a perderte, cuando ambos sabemos que eso me volvería loco.

Se inclina hacia mí y me sujeta el rostro con ambas manos, como si yo fuera lo único sólido en un mundo que amenaza con

desmoronarse a su alrededor.

—No me pidas que imagine un futuro sin ti. Para mí, Katerina, la vida solo existe si tú sigues respirando, porque no tengo ni puta idea de cómo vivir en un mundo en el que tú no estés.

—Podrías llegar a averiguarlo si intentaras pasar página…

Se ríe como si acabara de decir algo absolutamente ridículo.

—No sería vida, sería solo supervivencia. Te aseguro que prefiero una existencia breve a tu lado que una eternidad sin ti, porque lo primero valdría la pena.

Se me saltan las lágrimas.

—No seas gilipollas.

Me sonríe. Una de esas sonrisas deslumbrantes que me derriten el corazón.

—Un gilipollas sincero, en todo caso.

Se tumba con cuidado a mi lado y me envuelve entre sus brazos como si yo fuera la persona más preciada del mundo para él. Nadie me había hecho sentir así. Mi padre me obligó a ser dura hasta que me convencí de que era irrompible, pero al lado de Zane siento que puedo fallar, porque él me sostendrá si tropiezo. Pase lo que pase.

Me roza la frente con los labios y susurra:

—¿Tienes frío?

Me acurruco sobre su pecho y niego con la cabeza.

—Estoy demasiado bien.

Sus dedos se enredan con los míos.

—Deja de actuar como si creyeras que se me va a pasar y te voy a abandonar. Yo no abandono a los míos, *vedma*, y tú eres jodidamente mía.

Me acurruco encima de él, calentita y feliz. No sé cuánto tiempo permanecemos abrazados antes de que me atreva a hacerle la pregunta que me ronda desde que lo vi aferrado al bordillo de la piscina. No se me quita de la cabeza la imagen de él saliendo del agua. Tuvieron que sacarlo entre Grayson, River y Josh. Dos horas después, aún seguía temblando. No se espabiló hasta que el médico sugirió que podía pincharle un ansiolítico y él le gritó que se metiera el calmante por el culo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí —responde sin dudar.

—No respondas si no quieres. —Me apoyo en su pecho para mirarlo a los ojos—. ¿Cuánto tiempo hacía que no…?

No me deja terminar.

—Desde los siete años.

Hago los cálculos. Dios mío, eso son más de diecisiete años…

—No me metía en una bañera ni en una piscina desde los siete años.

Trago saliva.

—¿Por qué?

—Si te lo cuento, no quiero que me tengas pena, ¿vale?

—Me enfada que creas que podría tenerte pena.

Guarda silencio unos segundos, como si estuviera decidiendo por dónde empezar.

—Mi madre tenía esquizofrenia —dice al fin—. Sufría episodios psicóticos y alucinaciones imperativas.

—No sé lo que son.

—Voces que solo existían en su cabeza y le ordenaban hacer cosas horribles —me explica, acariciándome el brazo como si eso lo ayudara a mantener a raya el dolor que le produce escarbar en su pasado—. Hubo una época en la que mejoró con medicación y terapia. Siempre he creído que habría tenido una oportunidad de llevar una vida medianamente normal en un entorno adecuado. Pero nuestra casa… —tuerce el gesto— no lo era. El matrimonio de mis padres era una jaula para ella. Para su creatividad, para su espíritu, para la mujer que fue antes de casarse. Nunca he conocido una relación tan tóxica y abusiva como la suya. Estaba atrapada en una dinámica que no le permitía curarse.

«Como tantas otras mujeres —reflexiono en silencio—, para algunas, el matrimonio es un encierro disfrazado de amor y un tijeretazo preciso a las alas con las que exploraban el mundo».

—Yo era el más parecido a ella —añade—. En carácter e intensidad. La señora Pitt, nuestra ama de llaves, siempre me recuerda que de pequeño era alegre y cariñoso y que se reía mucho conmigo. ¿Te lo puedes imaginar? —Arquea las cejas—. ¿Yo, haciendo reír a alguien, en vez de darle miedo?

—A mí me parece que tienes mucho sentido del humor.

Me lanza una mirada suspicaz.

—No recuerdo en qué momento mi madre empezó a empeorar, pero sí que pasó de ser una madre con la que me gustaba bailar canciones de ABBA y merendar helados de fresa… a una persona que me daba muchísimo miedo.

—¿Y tu padre?

—Él estaba obsesionado con no separarse de ella y se negó a ingresarla cuando ella misma se lo suplicó. Y, cuando Alexander Knight tomaba una decisión, a los demás nos tocaba aguantarnos —comenta con resentimiento—. Un día, mi madre me dijo que íbamos a jugar a un juego. Cuando le pedí que dejara participar a Grayson y a River, ella me dijo que aquel juego era solo para nosotros. Tenía siete años, pero ya había aprendido a leer sus cambios de humor. Y, cuando la miré a los ojos… —se estremece, como si de pronto volviera a ser aquel niño—, comprendí que aquel juego no era como los otros.

Se me encoge el pecho. No quiero seguir escuchando, pero tampoco me atrevo a pedirle que deje de contar su historia.

—Me arrastró al baño mientras yo llamaba a gritos a Grayson. Recuerdo que abrazaba a mi osito de peluche y que mi hermano intentó por todos los medios protegerme, pero ella lo empujó y cerró la puerta con pestillo. —Su voz se quiebra—. Mientras el agua se desbordaba de la bañera, me arrancó el osito de peluche y me dijo…

Se queda en silencio y traga saliva.

—«Tú eres como yo. Estás roto. Eres un demonio. No tienes arreglo».

No puedo seguir escuchando mientras Zane habla del frío, del escozor en los pulmones y de las manos de su madre —esas mismas manos que lo habían peinado con cariño— empujándolo hasta el fondo mientras él no entendía nada y se moría de miedo.

—Creo que una parte de ella pensó que me estaba salvando, porque lo único que le daba más miedo que su enfermedad… era que yo me pareciera a ella.

—Dios mío, Zane —susurro, horrorizada.

—¿Sabías que existe una mayor probabilidad de que los hijos de una persona con esquizofrenia desarrollen algún tipo de trastorno mental? —No respondo. Zane encoge los hombros con pesar, como si sintiera la necesidad de disculparse por haber nacido con una enfermedad mental—. Mi madre sí lo sabía. No significa que sea algo seguro ni inevitable, por supuesto. Pero en mi caso… —Se muerde el labio—. Después de aquello, la psiquiatra me diagnóstico trastorno bipolar tipo I. Y mi madre nunca se perdonó lo que hizo. Intentó suicidarse cuando la internaron, así que mi padre la sacó del hospital.

—¿A dónde la llevó? —pregunto, aunque temo que ya sé la respuesta.

—A casa. Con nosotros.

—¿Qué cojones le pasaba a tu padre? —Me echo a temblar de impotencia—. ¿Por qué no te protegió?

—Porque para él, siempre fue ella. Por encima de nosotros e incluso de su preciado imperio. Sus hijos estábamos al final de la lista.

—¿Tuviste que vivir con la persona que había intentado matarte? —Estoy incrédula.

Se me hiela la sangre. Solo era un niño. Un pequeño ser humano indefenso al que la persona que debía protegerlo le arrancó la inocencia de la peor forma.

—Bueno, en realidad, lo consiguió. Estuve clínicamente muerto durante varios minutos, hasta que mi padre logró reanimarme. Y sí, viví con una mujer a la que le tenía pánico. Estaba arrepentida y me pedía perdón cuando estaba controlada…, pero nunca dejó de ser imprevisible. Y me daba la hostia de miedo. —Baja la cabeza. Se le sonrojan las mejillas—. Algunos niños tienen miedo del hombre del saco o del monstruo del armario. Yo le tenía pánico a mi madre. Y me sentía fatal por ello.

—No puedo creer que te obligara a vivir bajo el mismo techo que ella —digo, indignada. Y entonces repito lo mismo que él dijo cuando le hablé de mi pasado—: Me alegro de que tu padre esté muerto.

—Creo que yo también. No tanto por mí como por mis hermanos. Le hizo la vida imposible a Grayson, y a River casi siempre lo ignoraba. —Chasquea la lengua—. A mí ya no podía hacerme más daño. Pero los pequeños no merecían que los convirtieran en alguien como yo.

—¿Alguien como tú? —me enervo—. ¡A ti no te pasa nada malo!

Esboza una sonrisa sarcástica.

—Vamos, Katerina, mírame. El niño cariñoso se convirtió en el adulto huraño, violento e impulsivo que conoces. Dejé de dar abrazos, de subirme a bailar a la mesa y de confiar en los adultos. Tuve una adolescencia terrible. Me asustaba cada vez que alguien que no fueran mis hermanos se acercaba a mí. Y luego estallaba de la peor forma —reconoce, con la cara muy roja—. Pensaba que, si golpeaba o gritaba primero, nadie podría hacerme daño. Atacar para defenderse. Así funciona mi cerebro.

Por eso necesitaba dominar en el sexo y no soportaba que lo tocaran. No era solo por lo que le hizo aquella chica, sino por el trauma que sufrió a manos de su madre. No se crio en un entorno sano. La persona en la que más confiaba le arrebató la infancia de la forma más cruel.

—En el fondo, la quería muchísimo —admite con tristeza—. Mis padres murieron en un accidente de tráfico cuando yo tenía diecisiete años. Y una parte de mí sintió alivio por no tener que mirar a la cara a la persona que más miedo me daba. Pero la otra… —sus hombros se hunden— la quería. Claro que la quería. Y nunca llegué a decirle que la perdonaba. Y eso me mata por dentro. Me odio todos los días, porque no soporto que muriera creyendo que la odiaba.

—Lo siento muchísimo, Zane.

—¿Sabes cómo se llamaba mi madre?

—No…

—Catherine.

Sonrío al entender la referencia. Katerina y Catherine. Estiro el brazo y le acaricio el pecho, como si así pudiera curar la herida que tiene bajo la piel.

—Me has devuelto la paz que perdí con siete años. Siento que estabas destinada a mí. Que mi madre te ha enviado a mi vida para darme todo lo que me quitó. ¿Es una locura?

—No —susurro, con la garganta apretada.

—Si… Si hay vida después de la muerte… —echa la cabeza hacia atrás y exhala con fuerza—, solo espero que mi madre me esté viendo y sepa que por fin me atrevo a ser feliz. Ahora me gusta mi vida. Es bonita desde que tú estás en ella. —Me mira con cariño—. Aunque aún no haya superado el trauma que tengo con los espacios cerrados con agua.

—No logro entender cómo te lanzaste a por mí. —Pongo una mano en su rodilla—. Tuvo que ser terrible para ti.

Me mira como si la respuesta fuera evidente.

—Tirarme a la piscina fue fácil —admite sin pestañear—, porque me daba más miedo perderte que meterme en el agua.

Se gira de repente y me tumba bocarriba sobre el colchón. Se coloca encima de mí con cuidado y me besa como si llevara una eternidad sin hacerlo. Es un beso lento, profundo, cargado de necesidad y de verdad.

—Iría al infierno por tener un solo minuto más a tu lado, Katerina —susurra contra mis labios—. Y ardería con gusto, porque ese minuto contigo valdría más que toda una vida sin ti.

55

Katya

—Será mejor que te vayas.

Su voz es un susurro desdeñoso que me hace retroceder de golpe.

—¿Estás rompiendo conmigo? —Esta voz no es mía. Suena rota, infantil.

—No puedo romper contigo porque nunca hubo nada que romper. Solo fue sexo.

Nada que romper…, nada que romper…

—Repítelo.

—Solo follábamos.

—¿Que solo follábamos?

Su sonrisa está desprovista de calor. Delante de mí hay un enorme bloque de hielo. No lo reconozco.

—Haz lo que te dé la gana —escupe con desdén.

—¿Y tú? —Mi respuesta es un susurro tembloroso.

—Lo que yo haga no es asunto tuyo.

Un sonido ronco brota de mi garganta. Es una carcajada atónita que golpea su espalda, porque ya ni siquiera me mira. El sabor de la rabia y la traición me abrasa la garganta.

—¡Al menos mírame a la cara!

Todo empieza a darme vueltas cuando se gira hacia mí.

—Vete, Katya.

Katya.

Katya.

Él nunca me había llamado así. Como si fuera una extraña. Como si… no le importara. Intento buscar una explicación a toda prisa y se me escapa una única pregunta:

—¿Es por Madison?

No responde. Tampoco cuando me cubro la cara con las manos y rompo a llorar.

—Te amo.

Esas dos palabras brotan de mis labios con demasiada facilidad. Pronunciadas por fin en su idioma. Sin que tenga escapatoria. Ya no quiero seguir escondiéndome de mis sentimientos.

Pero no me toca ni me mira al agacharse para recoger la mochila y colgármela al hombro.

—Nunca podría amar a alguien como tú —responde al fin.

Alguien como tú.

Insignificante. Débil. ingenua.

—Eres tan estúpida, Katiuska —murmura la voz decepcionada de mi padre detrás de mí—. Te dije que no confiaras en los hombres. Intenté convertirte en alguien fuerte, pero mírate: solo eres una muchacha patética, tonta y enamoradiza. ¡Me das vergüenza!

Me giro hacia él y lo encuentro con su mirada azul y desaprobadora. Viste el uniforme del ejército cubierto de medallas. Tiene unas tijeras en las manos y da un paso amenazador hacia mí. Cuando me llevo las manos a la trenza de forma instintiva, ha desaparecido y los mechones rubios me cubren los pies.

—Te dije que no eras nada para él sin tu bonito pelo —se mofa.

No es real. No es real.

—¡Estás muerto! —le grito, arrancándole las tijeras—. ¡Déjame en paz!

Mi padre rompe a reír. Odio su maldita risa. De pequeña me daba pavor, pero ahora no soy una niña, así que levanto las tijeras por encima de mi cabeza.

—No pudiste salvarme, pequeña inútil —me reprocha, ahora con el rostro cubierto de sangre—. Igual que tampoco podrás salvarlo a él.

—¡Sí que lo salvaré! —Me abalanzo sobre él como una fiera y le clavo las tijeras en el pecho—. ¡Aunque me cueste la vida!

Saco las tijeras para volver a apuñalarlo, pero no están ensangrentadas ni el uniforme aparece agujereado. Mi padre me dedica una sonrisa engreída.

—Lzhetsy nikogda ne zakanchivayut svoyu zhizn' khorosho.

Se desvanece ante mis ojos como si fuera una voluta de humo deshecha por el viento. Cuando bajo la vista hacia mi mano, las tijeras también han desaparecido y me hundo en la más absoluta oscuridad, gritando porque temo que tenga razón.

Me despierto sobresalta y empapada en sudor. Las lágrimas corren por mis mejillas y el corazón me golpea las costillas con tanta fuerza que me llevo una mano al pecho, intentando aplacar el dolor.

Estoy en la habitación. A mi lado, Zane se revuelve sobre el colchón y estira un brazo para tocarme. Tiene el ceño fruncido, hasta que murmura mi nombre en sueños y las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba.

Mi dulce y enorme *durak* está soñando conmigo. Al menos, él no está teniendo una pesadilla.

Suspirando, salgo de la cama con cuidado de no despertarlo.

—No es real —digo en voz baja—. No es real.

Respiro hondo y lo observo un rato desde el umbral.

No me ha echado.

No me ha dicho que no me ama.

No va a dejarme por otra… porque nunca habrá otra. Le gusto tal y como soy. Quiere morir antes que yo porque se niega a vivir sin mí.

Cálmate de una puñetera vez.

Sin embargo, sigo temblando al salir de la habitación en dirección a la cocina. Necesito una tila. O un Orfidal. Los últimos acontecimientos me han pasado factura. Sé que todo sería más fácil si no me hubiera enamorado de mi protegido. En mis sueños —los buenos, no las pesadillas— le cuento la verdad a Zane sin que eso lo ponga en peligro, y él se lo toma tan bien que me perdona y somos felices para siempre. Por desgracia, la realidad es muy distinta.

Abro el armario de las tazas y lleno el hervidor. Justo cuando cojo el sobre de tila, un sonido atronador suena por los altavoces de toda la casa. Es tan potente que podría despertar a cualquiera a cincuenta kilómetros a la redonda.

La alarma.

La misma alarma de la que Grayson nos advirtió a todos con un discurso que borró la sonrisa de la cara de Ava e hizo llorar a Winter.

—Si alguna vez escucháis este sonido —nos explicó—, significa que estamos siendo atacados.

Incluso hicimos un simulacro de emergencia. Si la alarma se activa, debemos encerrarnos en el sótano: el lugar más seguro e inaccesible de la casa, mientras esperamos que el equipo de seguridad de Grayson —disperso por el terreno— neutralice la amenaza. No debemos buscar a los demás. Si todos colaboramos y nos dirigimos directamente al sótano, será imposible que nos atrapen. Solo tenemos que preocuparnos de ponernos a salvo.

La taza se cae al suelo y se rompe en mil pedazos.

El ruido me atraviesa el pecho y me clava al suelo. El cuerpo no me responde. Los pulmones se me cierran como si el oxígeno hubiera dejado de existir. Durante unos segundos interminables, no estoy en Alaska. Estoy otra vez bajo el cielo en llamas, con los oídos zumbando y el aire oliendo a metal caliente.

Sé que tengo que moverme, reaccionar; pero no puedo…, no puedo.

Dominic Falsone nos ha encontrado.

Mi mano va sola al bolsillo del pantalón en busca del Orfidal. Todo se volverá más lento y soportable después de masticar la pastilla. Pero no la tengo, porque fui demasiado orgullosa para pedirle a Grayson que me suministrara ansiolíticos.

El pánico me aprieta la garganta y un temblor me sacude las piernas. No voy a ser capaz. Esta vez no. Necesito los ansiolíticos. Los he tomado desde que vi a mi padre morir delante de mí. Pero entonces lo recuerdo con esa sonrisa despreciable. Juzgándome. Igual que hizo toda mi vida.

«No pudiste salvarme, pequeña inútil. Igual que tampoco podrás salvarlo a él».

—Púdrete en el infierno, papá —suelto con rabia.

Zane no merece que le falle. Zane confía en mí. Zane me quiere.

Lo veo con claridad. A Zane dormido, indefenso. A Josie llamando a su padre con esa vocecita rota. A Ava intentando mantener la

calma mientras todo se desmorona.

Todos me necesitan.

Y esa idea consigue arrancarme del pozo en el que llevo tres años ahogándome. Respiro como me enseñaron: una vez. Dos. Tres. El pánico y la ansiedad no desaparecen, sino que los atravieso.

Si alguno de nosotros no llega a tiempo al sótano…, morirá.

Salgo de la cocina, pero, en lugar de girar hacia la izquierda en dirección al sótano, echo a correr hacia la habitación. Hacia él.

A la mierda las órdenes de Grayson, porque en mi cabeza solo hay una idea: proteger a Zane. Porque lo que le grité a mi padre iba en serio.

Aunque me cueste la vida.

56



Katya

Cruzo el pasillo descalza y encuentro a Zane delante de la puerta de la habitación, mirando a izquierda y a derecha, como un animal atrapado en un bosque en llamas que no sabe qué camino escoger. Cuando me ve, sus hombros se hunden de alivio antes de correr hacia mí. Yo hago lo mismo. Al llegar, me agarra la cara con ambas manos, como si necesitara comprobar que soy real.

—¡Por poco me da un infarto al ver que no estabas en la cama! —Me abraza contra su pecho y me besa el pelo con fuerza—. No vuelvas a alejarte de mí, por lo que más quieras. Nunca.

No tenemos tiempo que perder, así que me aparto lo justo y entrelazo nuestros dedos. Avanzamos en direcciones opuestas. Él, hacia los dormitorios. Yo, hacia el sótano.

Zane frena y me lanza una mirada cargada de ansiedad.

—Mis hermanos…

—Le habrán hecho caso a Grayson —respondo, tirando de él hacia el sótano—. No como nosotros. Ya deben estar allí.

Zane vacila y casi suelta mi mano, pero no se lo permito.

—Si no estamos allí, no cerrarán la puerta —intento razonar—. Los estamos poniendo en peligro al retrasarnos.

Veo la lucha reflejada en su expresión. Odia las dos alternativas, pero mi determinación termina por convencerlo y me deja conducirlo al sótano. Bajamos las escaleras y nos adentraos en el caos. Grayson está metiendo a River a empujones en el búnker. Su hermano, muerto de risa, se tambalea contra la pared.

—¡Colabora un poco! ¿Qué demonios te pasa, River? Nos van a matar a todos por tu culpa. Por una sola vez, podría importarte alguien que no fueras tú —le ladra Grayson, pasándole un brazo por

debajo de las axilas para enderezarlo—. ¿Desde cuándo te emborrachas como una cuba?

—Desde que me has encerrado en un sitio donde no hay coca, anfetas ni éxtasis. Necesito algo para no pensar —responde River, tropezando al cruzar la puerta—. Tampoco me puedo follar a nadie. Esto es un infierno.

Josie está sentada en el regazo de su madre. Le abraza el cuello como un pequeño koala y llora con la carita enterrada en su pecho. Se me parte el corazón al ver cómo Ava intenta calmarla. Chippy está a sus pies, gruñendo hacia la puerta para protegerlas. Al lado de Ava, Josh está muy pálido e inmóvil, apretando su mano como si fuera un ancla en mitad de esta tempestad.

Grayson empuja a su hermano sobre una silla y descarga un puñetazo contra la pared. Nunca lo había visto tan alterado.

—¡Ya era hora! —nos ladra—. Bien, ¿estamos todos? —Mira a su alrededor y asentimos—. Entonces tenemos una oportunidad. Mantened la calma y todo saldrá bien. —Se endereza, recobra la compostura y vuelve a ser el mismo líder al que nos tiene acostumbrados. Se dirige al botón de la pared que cierra la puerta. Él es el único que conoce la clave de acceso. Así de desconfiado es.

Zane me suelta la mano y se acerca a River, que está cantando a pleno pulmón, como si, en lugar de ser atacados por la mafia calabresa, estuviéramos a punto de iniciar una *rave* a varios metros bajo tierra.

—*I´m on the highway to hell, on the highway to hell*…

—¡Cállate, puto gilipollas! —le grita Zane, y Josie rompe a llorar.

—Por favor, parad —les suplica Ava—. Zane, haz que se calle.

—¡Si vamos a morir, que sea con un poco de *rock*! —River alza una mano, hace el signo *heavy* con los dedos y se tira al suelo—. *No stop signs, speed limit*…

Sí, estoy de acuerdo con él. El infierno debe parecerse mucho a este lugar. Aprovecho que Zane agarra a River para obligarlo a sentarse y me dirijo a Grayson, que todavía no ha accionado el botón.

—¿Cómo nos han encontrado?

—No lo sé —responde, contrariado. Es evidente que no está acostumbrado a que sus planes fracasen—. Lo importante es que no pueden entrar aquí. Hay una salida subterránea de dos kilómetros que conduce a un todoterreno. Ni siquiera mis hombres conocen su existencia. Es imposible que nos atrapen si llegamos —nos explica con tono firme—. Ese era el plan B. Ahora lo sabéis. Estamos todos a salvo, y si nadie pierde la calma y River se espabila…

—¡WINTER NO ESTÁ!

Josh se pone de pie de golpe. El muchacho aterrado que apretaba la mano de Ava ha desaparecido. En su lugar hay un joven fuera de sí que avanza hacia Grayson.

—Fui a buscarla a su habitación cuando sonó la alarma —confiesa sin una pizca de arrepentimiento—. Como no estaba, pensé que había venido directamente aquí, como nos pediste. Y luego Josie se puso a llorar, y Chippy empezó a ladrar, y yo…

La mano de Grayson se aparta del botón. Su expresión pálida rezuma pánico.

—No es culpa tuya, Josh. Ninguno se ha dado cuenta.

—¡No podemos irnos sin ella! —estalla Josh—. Si no está aquí ni en su habitación… —se le quiebra la voz—, seguramente esté patinando en el lago. Le encanta aprovechar el amanecer.

—No nos vamos a ir sin Winter —asegura Grayson, pero ya no suena tan seguro como antes.

Se acerca al maletín empotrado de la pared y saca una Glock. Ava se lleva la mano a la boca.

—Grayson…, tú nunca has usado un arma.

Pero Ava no se ha dado cuenta de que Grayson está tendiéndomela con disimulo. Sabe que yo soy la única oportunidad de su hermana. Por primera vez, no duda de mí. Justo en el peor momento. A la mierda el Orfidal. No lo necesito, porque no pienso defraudarlo.

—¡Nadie va a hacerse el héroe! —La voz de Zane retumba en el búnker. Suelta a River y da un paso hacia su hermano mayor—. Aquí el único que sale a por Winter soy yo. —Extiende la mano hacia Grayson—. Dame la pistola. Tú cuida de todos.

Grayson lo ignora y me sostiene la mirada. Asiento de forma imperceptible. Sé que ha entendido lo que le he dicho con los ojos: «Dámela. Cierra la puerta. Yo me encargo». Pero no llega a hacerlo, porque estamos tan pendientes de Zane —por si intenta arrebatarle la pistola— que otra persona se interpone entre nosotros. Josh se cuela entre los dos, le quita la pistola a Grayson al pillarlo desprevenido y sale corriendo escaleras arriba.

—¡JOSH! —ruge Zane.

Sale detrás de él sin pensarlo.

¡Joder!

Corro tras los dos y pulso el botón para que nadie pueda volver a salir, pues Grayson es el único que conoce la clave de acceso y debe proteger a los que quedan. Antes de que la puerta blindada termine de cerrarse, Grayson me grita:

—¡Salva a mis hermanos!

La puerta se cierra a mi espalda. Aprieto los dientes y subo las escaleras de dos en dos. Voy en zapatillas de estar por casa, en pijama y desarmada, pero eso no me impedirá protegerlos.

Al infierno mi tapadera, las mentiras y el papel que he interpretado. Ha llegado el momento de recordar quién soy. Como guardaespaldas, no tengo rival. Pero, cuando tocan a los míos, solo necesito las manos desnudas para romperles todos los huesos.

Si Dominic Falsone ha venido a por nosotros, está a punto de descubrir algo muy simple: nadie toca a los hermanos Knight y vive para contarlo. No mientras yo respire.

57



Zane

Subo las escaleras como una bala gritando el nombre de mi hermano pequeño. No logro alcanzar a ese mequetrefe kamikaze que se ha vuelto demasiado rápido gracias al *rugby*. Cruzo el porche acristalado y, cuando salgo al semicubierto —un corredor techado con vigas de madera—, doy gracias por haberme puesto unas zapatillas de deporte al despertarme con el caos de la alarma. No sé qué demonios piensa hacer con la pistola que le ha robado a Grayson. Está agazapado detrás de un muro de madera, con el arma en alto y las manos temblorosas.

Lo agarro por el cuello del pijama y le arranco la Glock de las manos.

—¿A dónde crees que vas con eso? —le ladro.

—¡A salvar a Winter! —me grita sin pestañear. Se estremece al oír los disparos e intenta recuperar la pistola, pero la mantengo lejos de su alcance.

—¡Vuelve al sótano!

—¡No me iré sin ella!

Una bala impacta en la madera, a escasos centímetros de su cabeza. Lo obligo a agacharse y lo cubro con mi cuerpo.

—¡Usa la pistola! —chilla Josh, desesperado.

Y eso es justo lo que hago cuando un cabrón armado aparece por la izquierda y levanta su arma hacia nosotros. Ni lo pienso: me lanzo sobre él y le estampo la culata de la Glock en la sien. El tipo aterriza en el suelo con un resuello, pero vuelve a levantar la pistola hacia nosotros.

—¡Así no! ¡Aprieta el gatillo!

Hago caso a mi hermano, le apunto a la cabeza y disparo. La bala impacta en el suelo, cerca de su pie. Por esta mierda odio las armas. Mis puños nunca fallan. Así que le doy una patada en la mano antes de que logre dispararnos y luego le estampo la zapatilla en la cara. El crujido de su nariz es música para mis oídos.

—Me gusta más mi estilo.

Ya no se levanta.

—¡Winter! —la llama Josh, justo cuando escuchamos una ráfaga de disparos.

La vemos patinando como un rayo por el lago, esquivando las balas por puro milagro. La orilla es una carnicería repleta de cuerpos. Reconozco a algunos de los hombres de mi hermano. Todos están muertos. No queda ni uno solo en pie.

—Joder —susurro con impotencia, sin poder apartar la vista de mi hermana.

No podemos hacer nada para llegar hasta ella mientras la balas rebotan sobre el lago. Una de ellas casi le vuela la cabeza. Con los ojos entrecerrados y el cuerpo echado hacia delante, Winter se desliza a toda velocidad hacia la orilla. Josh quiere salir corriendo, pero lo agarro del brazo.

—¡No voy a dejar que te maten!

Es eso o perderlos a ambos. Aunque me destroce ver cómo mi pequeña se juega el pellejo intentando llegar donde hay un pequeño cobertizo rodeado de pilares que conecta con el lateral del porche.

—¡Pues haz algo! —Intenta zafarse de mi agarre, con los ojos llenos de lágrimas.

Ambos observamos sobrecogidos cómo nuestra hermana patina hacia la zona segura como si el infierno le pisara los talones. Es rápida; puede conseguirlo. Solo necesita una oportunidad. Y yo puedo darle una. Soy el hombre al que han venido a buscar. Si corro hacia campo abierto, esos cabrones me dispararan a mí en lugar de a ella.

—No. —Josh me lee la mente—. ¡No vas a suicidarte!

—Quiero que cojas esta pistola y…

Algo me golpea la espalda con tanta fuerza que me arranca el aire de los pulmones. La pistola se me escapa de los dedos y aterriza a

los pies de Josh. Él intenta agacharse para cogerla, pero levanta los brazos cuando alguien masculla detrás de mí:

—*Mettiti in ginocchio* —le advierte el mismo tipo que acaba de derribarme—. *O prima gli spacco la testa e poi la tua*.

—*Non sparare* —contesta Josh en su idioma, levantando las manos.

—*Stupido ragazzo. Ho lórdine di uccidervi tutti*. —Se ríe y apunta a la cabeza de mi hermano mientras me clava la punta de la bota en el hombro cuando me revuelvo—. *Dominic Falsone ti manda i suoi saluti.*

—¡Hijo de perra! —Cojo un puñado de nieve para lanzárselo a la cara—. ¡Déjalo en paz! ¡Solo es un niño!

Le lanzo la nieve, pero reacciona al instante, levanta el brazo y me escupe de vuelta.

—*Sarai il secondo* —me suelta con una sonrisa maliciosa—. *Per primo, guardami uccidere il tuo fratellino.*

Me revuelvo en el suelo, gruñendo y despotricando para intentar quitármelo de encima y llamar su atención. Cualquier cosa antes de que le haga daño a Josh. Pero levanta el arma hacia la cabeza de mi hermano, que se encoge de pánico. Se relame el labio inferior, disfrutando como la pedazo de escoria que es, a punto de volarle la cabeza a un chaval inocente mientras yo le grito que me pegue un tiro a mí. Justo cuando su dedo acaricia el gatillo, una pierna irrumpe en mi campo de visión y lo barre al suelo con una patada lateral.

El italiano cae como un saco de mierda y se golpea el cráneo contra una de las mesas bajas del porche. Una mujer rubia y en pijama lo remata estrellándole el talón en la nariz. Luego le tiende la mano a Josh, que está en cuclillas en el suelo, tan alucinado como yo.

—Poneos detrás de mí —ordena Katerina.

PERO ¿QUÉ COJONES?

—¿Detrás de ti? —farfullo, sin dar crédito a lo que acabo de ver—. ¡Ni de puta coña! ¿Y cómo demonios has hecho…?

No me da tiempo a terminar la frase, pues veo al cadáver que hay tres metros detrás de ella. Un tipo del doble de su tamaño, con el

cuello torcido en un ángulo antinatural y los ojos en blanco. Está muerto.

¿Ella ha hecho eso?

Me froto los ojos.

Desvío la mirada del cadáver a ella. De repente, me he quedado sin habla. A mi lado, Josh suelta un silbido.

—Quizá sí deberíamos hacerle caso —murmura, pasmado.

—¡Detrás de mí! ¡Ya! —nos ordena Katerina.

Antes de que pueda entender qué coño está pasando, gira sobre sí misma para enfrentarse al tipo que viene corriendo por su espalda. Yo no lo había visto venir, pero ella ya está preparada. El puño del tipo le roza la cara, pero Katerina calcula la distancia, flexiona las rodillas, mete el brazo debajo del suyo y se lo dobla con una llave rápida. Él se encoge hacia delante cuando le hunde la rodilla en el pecho. Con un movimiento preciso, lo desarma y le pega un tiro limpio en un ojo. La sangre le salpica el cuello y la trenza, pero ella ni se inmuta. Con una facilidad sobrehumana, usa el cadáver como escudo y dispara tres veces más. Las balas alcanzan a tres hijos de puta que estaban disparado a Winter.

Nos separan más de treinta metros de distancia… y ha acertado a los tres. Sin pestañear.

—Me cago en la hostia —mascullo, perplejo.

Los disparos le dan ventaja a Winter, que cada vez está más cerca del pequeño cobertizo. Josh se lanza a por ella sin dudar. No tengo tiempo de acribillar a preguntas a Katerina; debo salvar a mis hermanos pequeños, así que voy detrás de él. Mis hermanos me necesitan. En cuanto a ella… puede apañárselas sola. Joder, puede apañárselas mejor que cualquiera de nosotros.

Winter se lanza de cara al llegar a la orilla, con el rostro cubierto de sudor por el esfuerzo, pero milagrosamente intacta. Josh llega hasta ella y la ayuda a quitarse los patines justo cuando otro hombre se acerca por detrás. Sin pensarlo, mi hermana pequeña levanta una pierna y le clava la cuchilla del patín en el pecho. Cuando el tipo le da una bofetada, Josh arremete contra él embistiéndolo con el hombro y lo lanza al suelo como una bestia del *rugby*. El hombre se

lleva una mano al costado y saca un cuchillo, pero, antes de que pueda clavárselo, una bala le atraviesa la cabeza de lado a lado.

Winter, Josh y yo nos quedamos paralizados. Unos metros detrás de mí, Katerina avanza disparando. Cada vez que un cabrón se acerca a mis hermanos, cae al suelo de un solo disparo entre ceja y ceja. Uno. Otro. Otro más.

Josh le quita el patín a Winter y yo llego hasta ellos mareado por la impresión. Las balas de los hombres de Dominic se estrellan contra las vigas del porche. Cubro a los pequeños con mi cuerpo y giro la cabeza hacia Katerina, que camina hacia nosotros como un maldito ángel vengador de las nieves. Vestida con su pijama negro, la trenza empapada en sangre y disparando, nunca me había parecido tan hermosa… ni me la había puesto tan dura.

Se planta delante de nosotros con la mirada afilada como las cuchillas de los patines de Winter. Entonces se refugia tras los pilares y pone cara de concentración. Winter y Josh sacan las cabezas de mi pecho y la observan con los ojos abiertos de par en par, como si vieran a la reencarnación de Lara Croft en versión homicida.

—Yo quiero aprender a disparar así —susurra Winter, aún sin aliento.

—Imposible —murmura Josh—. La novia de Zane es de otro planeta.

—Creo que me he torcido el tobillo —se queja Winter, apretando los dientes.

—Vienen ocho más —anuncia Katerina, mirando hacia el bosque de coníferas—. Me quedan tres balas.

De acuerdo. Son míos. No tengo ni puta idea de cómo lo haré, pero les daré ventaja a Katerina y a mis hermanos para que logren escapar. Asiento con determinación y me crujo los nudillos.

—Salid todos corriendo y yo… —comienzo a decir.

—Mientras disparo, quiero que corráis al porche y cerréis la puerta con llave —me interrumpe ella—. Bajad al sótano y largaos de aquí. Haced caso a Grayson.

—¡Pero tú no podrás entrar! —protesta Winter.

—¡Y una puta mierda! —estallo, sin poder creer lo que estoy oyendo—. ¿Tú te has vuelto loca o qué? ¿Crees que voy a dejarte

aquí? Ni de coña. El único que se queda soy yo. Tú te vas con mis hermanos.

Katerina me mira durante un segundo eterno y me lanza una sonrisa amarga.

—Si quieres que vivan, fíate de mí.

Confío en ella. Por supuesto. De lo contrario, nunca le habría abierto mi corazón ni le habría contado mis mayores miedos y secretos. Pero abandonarla… Dios, debe pensar que mi amor es demasiado frágil, porque si no, jamás me pediría algo así.

—Katerina —ruego, a punto de perder la cabeza—, mírame.

No lo hace. En vez de eso, levanta la pistola.

—Confía en mí y pon a salvo a tus hermanos, Zane.

Entonces se pone de pie, rueda hacia un lateral y dispara. Ni siquiera pienso. No porque no me importe —daría mi vida por la suya—, sino porque confío a ciegas en ella. Por eso, si me pide que salte, me lanzo de cabeza por el precipicio. Así que hago justo lo que me ha pedido: cojo a Winter en brazos y le ordeno a Josh que me siga. Otro disparo. Seguimos corriendo para ponernos a refugio. Otro más. No miro atrás cuando comprendo que se ha quedado sin balas y escucho el rugido atronador de las ametralladoras.

Empujo a Josh dentro del porche y pongo a Winter en sus brazos.

—¡Tu novia es una pasada! —jadea mi hermana.

—Lo sé.

Retrocedo hacia el porche, cierro la puerta y echo el pestillo. A Winter se le desorbitan los ojos al entender lo que está pasando. Estrella el puño contra el cristal blindado.

—¡No, Zane! —solloza, golpeando la puerta—. ¡Ven con nosotros!

Sin la clave de acceso, la puerta solo se puede abrir desde dentro. Apoyo la mano en el vidrio empañado y miro a Josh, porque no soporto ver el rostro lloroso y suplicante de mi princesa.

—¡Llévatela! —le ordeno—. ¡Poneos a salvo!

Él no duda y la carga hacia el sótano mientras Winter llora y patalea. Solo entonces me doy la vuelta y hago acopio de valor, preparado para ver a Katerina herida… o muerta. Nunca me perdonaré haberla dejado atrás, pero tampoco me habría perdonado desconfiar de ella ni fallar a mis hermanos.

Doy un paso vacilante, esperando ver su cadáver ensangrentado…, pero Katerina está ahí, en mitad de la nieve, luchando como una maldita espía.

Hay cadáveres. Sí, muchos cadáveres. Los hombres de Falsone yacen a su alrededor. La nieve está cubierta de sangre…, pero no es la suya.

Un tipo que le saca dos cabezas se le acerca por detrás, pero ella le hace una llave, lo estrella contra el suelo y le hunde el codo en el pecho. Y mientras yo permanezco ahí como un pelele, atónito al ver cómo la mujer de mi vida se desenvuelve en el campo de batalla como si hubiera nacido para esto, ella gira, esquiva un disparo y usa el cadáver al que acaba de partirle el cuello como escudo humano. Luego le arrebata la ametralladora y se carga a los tres que vienen corriendo hacia ella con una sola ráfaga. Y en zapatillas de estar por casa.

Cuando se queda sin balas, lanza el arma, coge un cuchillo de la pierna de otro cuerpo y le rebana el cuello al que se lanza de frente contra ella. El que viene por la izquierda carga su arma, pero, antes de que logre apuntarle, ella le lanza el cuchillo como un misil y se lo clava en el pecho. El hombre cae de rodillas con los ojos abiertos y una expresión de pura sorpresa.

La miro igual de atónito que el desgraciado que acaba de morir. Esta mujer, que parece la reencarnación de la muerte, no tiene la menor intención de volver al búnker. Nos está regalando tiempo. Está dando su vida por nosotros.

Una lluvia de balas cae sobre ella y revienta los cadáveres a su alrededor. Ella salta detrás de una mesa para refugiarse, rebusca en la chaqueta de un tipo que agoniza a su lado, saca la pistola y lo remata de un tiro en la sien. Ni siquiera ha pestañeado al matarlo.

Vale, estoy oficialmente acojonado. Mi novia es una jodida máquina de matar italianos.

Estoy cachondo y cagado de miedo al mismo tiempo. ¿Eso es normal?

¡¿CÓMO COÑO HACE ESO CON UNA PISTOLA?!

¿De quién demonios me he enamorado y por qué parece una versión femenina de John Wick?

Todas mis preguntas se quedan sin respuesta cuando la veo disparar y correr hacia uno de los muros del porche. Cada uno de sus disparos acierta en el blanco: las cabezas de los italianos.

Esto no puede ser real.

Nunca había visto algo así. Hace un par de años, nos atracaron al salir de una joyería y el equipo de seguridad de Grayson neutralizó a los agresores. En su momento, me pareció impresionante cómo pelearon para protegernos. Pero, al lado de esta máquina de matar soviética, juro que parecían unos malditos aficionados.

Katerina se mueve con una precisión brutal, demasiado rápida para alguien que ni siquiera ha tenido tiempo de calzarse bien. Corre por el porche, resbala sobre la madera húmeda y, al girar, una de las pantuflas sale despedida y se pierde en la nieve. Ni siquiera se detiene. Sigue avanzando descalza de un pie, como si no notara el frío y su cuerpo no le importara mientras siga funcionando.

Un tipo se le acerca por la espalda mientras ella apunta a otro más alejado. No lo ha visto, pero yo sí. La rabia me arde en las venas. Me lanzo sobre él con las manos desnudas y lo derribo sobre la nieve, estrellándole los puños en la cara… hasta que algo afilado me rasga la camiseta y me corta el brazo. Pierdo el equilibrio y caigo de espaldas. Lo último que veo antes de que ese cerdo me apunte con la pistola es a Katerina girándose de golpe, con un pie desnudo clavado en la nieve y el arma todavía humeante.

Ha merecido la pena.

No le llego a Katerina ni a la altura de los zapatos… ni siquiera cuando ha perdido uno, pero al menos he podido serle de ayuda.

Un disparo le revienta la garganta. El tipo cae muerto encima de mí. Unos segundos después, Katerina lo empuja de una patada.

—¡Te dije que te largaras! —me reprocha, mientras las balas silban sobre nuestras cabezas.

—¿Quién cojones eres? —le ladro, atónito.

Katerina escucha algo y se gira para disparar al tipo que nos apunta desde la azotea. El cadáver rueda por el tejado y aterriza a nuestros pies. Entonces me empuja contra la pared cuando una lluvia de balas se estrella contra el pilar que nos cubre.

—Son cinco.

—¿Cómo sabes cuántos son? —Frunzo el ceño. Lo único que yo escucho es el sonido de los disparos.

Ella estira el brazo y dispara varias veces. Luego saca una granada de la cinturilla de su pantalón.

—¿De dónde has…?

Le quita la anilla y, por un momento, siento que se lleva mi corazón con ella, porque se me para en seco. Luego cuenta en alto dos segundos, lanza la granada con todas sus fuerzas y nos tira al suelo.

La explosión sacude los cimientos del porche y la nieve del techo llueve sobre nuestras cabezas como si fuera algodón de azúcar, mezclada con sangre, carne y vísceras. Un pulgar tatuado aterriza al lado de mi cara y me señala acusadoramente.

Katerina está encima de mí. Y yo sigo vivo… gracias a ella.

El pecho me sube y baja con fuerza. Debería darle las gracias, pero la agarro por los hombros y la aparto de golpe. La miro a los ojos, furioso, atónito y con el orgullo hecho pedazos.

—¿Quién coño eres? —la zarandeo, fuera de mí.

Sus ojos azules —los mismos que no han pestañeado mientras masacraba a esos hombres— se entrecierran una sola vez. Y entonces la verdad cae sobre mí como un jarro de agua fría.

¿Cómo pude no verlo antes? ¿Cómo de imbécil tengo que ser para no haberlo sospechado?

Claro que sabía que era fuerte. Que era más dura que el titanio. Que no se venía abajo fácilmente. Pero no… ¡Joder, no hasta este punto!

Pensé que se quedaba conmigo porque le importaba. Porque, de alguna forma, yo significaba tanto para ella como ella significa para mí. Pero ahora lo entiendo. Todas las veces que estuvo ahí: durante los entrenamientos, en los partidos, en mi casa, en la carrera… Cuando aceptó venir a Alaska sin oponer resistencia. Todos esos momentos que me hicieron enamorarme de ella como un pedazo de gilipollas… No lo hizo porque le importara. No fue por mí, sino porque le pagaban.

Algo dentro de mí se rompe en mil pedazos. Toda la confianza y la paz que había recuperado se esfuman de golpe.

—Eres mi guardaespaldas —le escupo con rabia, empujándola contra la nieve—. ¿Cuánto te ha pagado Grayson para mantenerme con vida?

58

———————— ✊ ————————

Katya

He perdido la cuenta de los hombres que he matado, pero eso no impide que me encoja sobre la nieve cuando Zane me observa con los ojos inyectados en odio, como si fuera un monstruo.

¿En qué momento he perdido una zapatilla? Maldita sea, el frío que me atraviesa los dedos del pie es tan brutal como la mirada de Zane, y por primera vez desde que me he enfrentado a los italianos, me siento verdaderamente vulnerable.

—Zane…

—¡Dímelo! —ruge, dando un manotazo furioso contra la nieve—. ¿Grayson te pagaba un extra por follar conmigo?

La pregunta me sobresalta y el bochorno provoca que me ardan las mejillas a pesar del aire gélido.

—Eso no es…

—¿Era necesario que me contaras todas esas mentiras para ganarte mi confianza?

—Nada de lo que te he contado de mí era…

—Deja de jugar a la pobre niñita indefensa conmigo, porque tú… —se pasa la lengua por el labio cubierto de sangre— no tienes una mierda de fragilidad dentro de ti. Te adiestraron bien para ser una auténtica… —Hace un esfuerzo visible para contener el insulto y se pone de pie, dándome la espalda—. Te debo parecer un completo idiota, ¿eh? —comenta con tono traicionado, apretando los puños—. Un jodido gilipollas al que has engatusado a base de contarle mentiras y ponerlo cachondo. ¡Pues enhorabuena! —Le da una patada a una silla—. No solo eres una excelente máquina de matar, sino una mentirosa de primera.

Una máquina de matar. Que me defina así mientras estudia con desprecio los cadáveres ensangrentados y con las extremidades retorcidas me revuelve el estómago. Me ha visto en plena acción. Ahora sabe de lo que soy capaz. No es solo que haya descubierto que le he mentido, sino que por fin me ha visto de verdad. A los hombres no les gustan las mujeres más fuertes que ellos, porque creen que menoscaban su virilidad. Aun así, tenía la esperanza de que Zane fuera diferente, pero le produzco tantísimo asco que ni siquiera puede mirarme a la cara.

Me obligo a respirar y le pido a la Katya emocional que se repliegue y dé paso a la exmilitar adiestrada para sobrevivir. Analizo el entorno cubierto de cuerpos. Solo se me ocurre que la 'Ndrangheta ha dado con nosotros porque uno de los hombres de Grayson lo haya traicionado. Y, cuando Dominic Falsone encuentra a su presa, nunca la suelta. El carnicero de Calabria es famoso por su falta de piedad.

—Zane —lo llamo con tono firme—. Te daré todas las explicaciones que quieras cuando estemos a salvo, pero tenemos que movernos. Ya.

Se gira de golpe.

—¿Explicaciones? —bufa—. No necesito una mierda de ti, Katya.

Katya. No Katerina. Asiento despacio y me clavo las uñas en las palmas de las manos. Anoche, este mismo hombre que ahora me mira con rencor me dijo que no quería vivir sin mí.

Sus ojos se clavan en mi pie desnudo y ensangrentado. El hormigueo ya empieza a subir por los dedos, pero me muerdo los carrillos para mantener a raya el dolor. Durante la pelea no sentí nada, pero tal vez pierda algún dedo como consecuencia de la congelación. En fin, cuando la mafia te ataca, ponerte los zapatos no está entre tus prioridades.

—Repróchame lo que quieras más tarde —resuelvo—. Nos vamos de aquí.

Su mirada sigue fija en mis pie ensangrentado y amoratado sobre el suelo de madera del porche. Sacude la cabeza y se le dilatan las aletas de la nariz. Luego murmura una palabrota, se acerca al

cadáver más pequeño, le arranca las botas y los calcetines y me los lanza.

—Ponte los putos zapatos o perderás los pies.

Discutir en mi situación es ridículo, sobre todo porque no llegaré muy lejos en estas condiciones. Meter el pie izquierdo en el calcetín me supone un gran esfuerzo. El simple roce de la tela contra los dedos es una auténtica tortura, como si me estuvieran clavando agujas bajo las uñas. Zane me observa con la mandíbula apretada cuando se me escapa un gruñido.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta de mala gana.

No pienso venirme abajo, así que aprieto los dientes al meter el pie derecho en el calcetín. Cuando intento ponerme la zapatilla, una punzada de dolor en el empeine casi me hace perder el equilibrio.

—Eres una testaruda de cojones.

Se agacha y me arranca el zapato de la mano. Luego afloja los cordones todo lo que puede, abre al máximo la zapatilla y me sostiene el pie con cuidado. El contraste del frío con el calor de sus manos me estremece.

—Dime si te hago daño —dice entre dientes, como si le costara horrores pronunciar esas palabras.

—Estoy bien.

—Si pierdes los pies, te juro que te mato.

Pongo los ojos en blanco, porque ahora ya sabe que eso le resultaría imposible. En respuesta, me lanza una mirada asesina mientras desliza la zapatilla con paciencia y hace lo mismo con la otra.

—Gracias. —Su respuesta es otro gruñido. Por suerte, he estado poco tiempo descalza. Muevo los dedos para activar la circulación. Es buena señal, así que me pongo de pie—. Si llegamos a la moto de nieve de la entrada, quizá podamos alcanzar a tus hermanos.

Zane se queda inmóvil cuando echo a andar.

—No pienso acompañarte —dice—. Estoy cansado de poner en peligro a la gente que me importa.

Observa mi trenza empapada en sangre y mis nudillos destrozados. La nuez de su garganta baja al tragar, como si, a pesar de todo, también se refiriera a mí.

—Me quedaré aquí a esperar que me maten de una maldita vez —decide, como si estuviera hablando del tiempo—. Así Grayson no sentirá la responsabilidad de salvarme, como siempre hace con nosotros. Ni me engañará para que crea que mi novia, a la que planeaba pedirle matrimonio —el corazón me da un vuelco al escuchar eso—, realmente siente algo por mí. —Clava los ojos en mí y se ríe con amargura—. Porque está claro que para ti solo soy otro encargo más.

Mi mundo se pone del revés.

Matrimonio.

Se deja caer en una de las butacas del porche, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Que vengan a por mí. Os hago un favor a todos.

—No funciona así. —Me acerco a él y lo agarro del brazo para ponerlo de pie, pero no se mueve. Su pasotismo me desespera—. Esto no acaba contigo. Ahora, todos los Knight sois un objetivo. Si mueres, Falsone irá a por tus hermanos.

Se levanta de un salto y se libera de mi agarre de un tirón.

—¿Y qué coño puedo hacer? ¡No me toques, hostia!

—Tendremos una oportunidad si llegamos hasta la moto de nieve de la entrada.

Zane entrecierra los ojos.

—Ya no me fío una mierda de ti.

—¡Acabo de salvarte la vida! —le recuerdo, perdiendo la paciencia.

—¡A costa de apuñalarme el corazón, pedazo de zorra mentirosa! —escupe fuera de sí—. ¡Me mirabas a la cara y me tocabas como si te importara! ¡Me dejaste creer que era real mientras llevabas una pistola y un contrato en el bolsillo! —Da un paso hacia mí, con los ojos enrojecidos y la voz rota por la humillación—. ¿Sabes qué es lo peor? Que yo habría muerto por ti porque te amo y tú habrías muerto por mí por un puñado de dinero. ¡Me estabas usando! —Se golpea el pecho con el puño—. ¡Aquí! ¡Aquí es donde me has dado! —ruge—. Y no esperes que te dé las gracias por hacer tu puto trabajo. No somos nada. No lo hemos sido nunca. —Niega con la cabeza, mordiéndose los labios—. El amor que creía sentir por ti era

una ilusión, porque no te conozco. Nunca te he conocido. No se puede amar una mentira.

Sus palabras me atraviesan como un disparo. Me quedo inmóvil, porque si me muevo un solo centímetro sé que me romperé por dentro.

Oh, no es la primera vez que me llaman zorra. Pero que sea él quien lo diga, eso sí que escuece. Y lo que más duele no es el insulto, sino oírlo decir que lo nuestro fue una mentira. Que el amor que sentía por mí no era real. Porque yo sí me mostré como soy por primera vez en mi vida. No tuve miedo de mostrarme sin máscaras. Y ahora me está gritando que todo eso no significó nada, cuando para mí lo fue todo…

Pero no hay tiempo para sentimentalismos, así que me obligo a levantar la barbilla, aunque solo quiera echarme a llorar.

—De acuerdo, pues no lo hagas por mí, sino por tus hermanos —digo al fin con voz áspera—. ¿Puedes intentar sobrevivir por ellos?

Se lo piensa durante un instante que se me hace eterno. Al final, me sigue en silencio y rodeamos la casa hacia la entrada. Son unos minutos incómodos en los que evita mirarme en todo momento… hasta que giramos la esquina y vemos a una decena de hombres armados avanzar por la fachada principal. Uno de ellos levanta la vista hacia nosotros y alerta a los demás. Solo tengo tiempo de empujar a Zane contra la pared antes de que una ráfaga de balas llueva sobre nosotros.

—¿Cuántas balas te quedan? —me pregunta jadeando.

Nueve.

Pero en vez de responderle, extiendo el brazo, disparo dos veces y lo empujo hacia el árbol más cercano para cubrirnos desde un ángulo mejor.

—Corre hacia la moto —le ordeno—. Eres rápido, puedes conseguirlo si te cubro.

Los disparos golpean el árbol y su cuerpo me aprisiona contra el tronco. Envuelve mi cabeza con sus brazos y me cubre contra su pecho. Por un momento, no entiendo lo que pretende hasta que comprendo que me está protegiendo.

—¡Quítate de encima! —grito, fuera de mí—. ¿Qué coño haces, Zane? ¡Vas a conseguir que te maten!

La confusión brilla en su rostro. Aunque me ha visto pelear, aún no está preparado para aceptar que soy yo quien debe protegerlo. Tal vez nunca lo esté, teniendo en cuenta lo protector que es con su familia. Entonces recuerdo lo que me dijo hace unas horas: «Yo no abandono a los míos, *vedma*, y tú eres jodidamente mía». Para Zane, huir mientras yo me enfrento a nuestros enemigos nunca será una opción. Casi se me saltan las lágrimas de la impotencia. Ahora mismo lo odio con la misma intensidad con la que lo amo.

—Corre hacia la moto, por favor —le suplico—. Si me haces caso, los dos tendremos una oportunidad. Yo te cubro y tú corres hacia la moto. —Señalo las coníferas—. El bosque te servirá de escudo. Y te prometo que me subiré a la moto cuando se me acaben las balas.

—¡No lo harás! —Me envuelve entre sus brazos cuando vuelven a dispararnos—. ¡Tampoco ibas a seguirnos al búnker! ¿O me equivoco? ¡Tenías pensado sacrificarte para darnos una oportunidad!

—¡Pues deberías haberla aprovechado y haberte largado con tus hermanos!

Se ríe mientras las balas silban muy cerca de nosotros.

—Para ser tan lista, dices demasiadas tonterías.

—Voy a disparar a la de tres —resuelvo, lista para girarme—. Y tú echarás a correr hacia la moto mientras yo te cubro. Es nuestra única opción.

—No vas a seguirme —niega, ceñudo—. Solo intentas engañarme. Otra vez.

—¡Que sí! ¡Lograré llegar al bosque! ¡Te lo prometo!

—No pienso apartarme de tu lado.

—¡Zane!

—Aunque te odie, aquí morimos los dos, *vedma*.

Discutir es ridículo, así que disparo tres veces, lo empujo y le grito que corra hacia la moto. Uno de los hombres cae. Le ordeno que corra mientras agoto la munición. No puedo permitirme el lujo de comprobar si me ha hecho caso.

Cuando se me acaban las balas, veo que dos hombres se acercan por la fachada lateral. Corren pegados al muro mientras recargan,

así que aprovecho la ventaja y me lanzo en plancha hacia ellos por el suelo congelado y resbaladizo. Barro las piernas del primero con mi peso y lo tumbo de espaldas. Antes de que consiga levantarse, le hundo el codo en la nariz.

El segundo me agarra de la trenza y le aplasto el empeine con todo mi peso. Cuando levanta la pistola hacia mi pecho, le doblo la muñeca, desvío el cañón hacia su compañero y lo obligo a apretar el gatillo. El disparo le atraviesa la garganta al primero, que se ahoga en su propia sangre con los ojos muy abiertos. Entonces echo la cabeza hacia atrás y le golpeo la cara con todas mis fuerzas, girando sobre mí misma sin soltarle el brazo. El siguiente disparo se lo lleva él. La bala le entra por el abdomen y suelta el arma con un gemido estrangulado. Le arranco la pistola y apunto al primer objetivo que se mueve entre los árboles. Disparo y le doy en la pierna. El tipo rueda por la nieve mientras me dispongo a disparar al siguiente, justo cuando una voz con marcado acento italiano grita:

—¡Suelta la pistola o le vuelo la cabeza al bruto de tu novio!

A unos metros alejado del árbol, Zane está tirado bocabajo con la cara hundida en la nieve. Un hombre apoya el cañón de una ametralladora contra su sien y le clava la bota en la espalda. A su alrededor, dos hombres malheridos yacen en el suelo. Le pedí que corriera…, pero se ha enfrentado con sus propios puños a unos hombres armados. Aún se revuelve como un animal rabioso, así que el de la ametralladora escupe en el suelo y le propina una patada en el costado. Es la primera vez en mi vida que me tiembla el pulso al sostener un arma.

—*Uccidi quella stronza!* —le grita uno de los que hay en el suelo.

—*Ci serve solo la bestia di ghiaccio. Quella stronza ha ucciso la nostra gente!* —chilla al que le rompí la nariz.

—*È una fottuta troia con la mira di un cecchino!*

—*Porca puttana, quella russa ci farà ammazzare tutti!*

No necesito entender italiano para saber qué están gritando. Me quieren muerta. Yo, en su lugar, desearía lo mismo.

—*Il Don la vuole viva la figlia di puttana. E vuole affrontare personalmente la bestia di ghiaccio* —les responde, clavándome una

mirada cargada de odio—. No te lo diré otra vez, basura rusa: o sueltas la pistola, o le pego un tiro.

—¡Ni se te ocurra tirar la pistola! —brama Zane—. ¡No me debes una mierda! ¡Mátalo y corre! ¡Haz lo que me dijiste que hiciera!

Sí, a esta distancia tendría una oportunidad si disparo y huyo usando la fachada como escudo. Soy muy rápida. Podría llegar al bosque y nunca me atraparían. Pero, si abandono a Zane, habré firmado su sentencia de muerte. No es una opción que ni siquiera contemple.

Mientras Zane me grita que a qué estoy esperando para largarme, dejo el arma en la nieve, levanto los brazos y me dejo caer de rodillas. Zane me mira desolado desde el suelo, con la mejilla hundida en la nieve. Su expresión no es la de un hombre asustado por su propia vida. No. Reconozco ese dolor, porque es idéntico al que yo siento por no haber podido protegerlo.

—¡Te dije que corrieras! —le reprocho—. ¡Habríamos tenido una oportunidad si hubieras confiado en mí!

Su rostro pasa de la rabia a la decepción.

—Te habría seguido hasta el fin del mundo si hubieras sido sincera conmigo.

Sus palabras me atraviesan el orgullo como una puñalada. No dudó ni un segundo cuando le pedí que pusiera a salvo a sus hermanos…, porque aún confiaba en mí. Pero mis mentiras le han arrebatado esa confianza. Y, aun así, a pesar de sentirse traicionado, ha preferido quedarse a mi lado antes que abandonarme. Y ahora está justo ahí, con la cara enterrada en la nieve y un cañón apoyado en la sien.

Todo es culpa mía.

59



Zane

Me hundo en suelo de la parte trasera de la furgoneta en la que nos han encerrado. Carece de ventanas, así que no sabemos a dónde nos llevan. Me han esposado las manos a la espalda, pero a Katerina la han considerado más peligrosa que a mí por motivos obvios, así que también le han inmovilizado los tobillos con bridas. Incluso en estas circunstancias mantiene la cabeza erguida, pero el brillo apagado de sus ojos la delata: sabe que estamos perdidos.

Verla así me destroza más que saber quién es realmente. Me aterra cuál será su destino. Ojalá hubiera huido. ¿Por qué cojones no me ha abandonado? Si todo lo que hemos vivido ha sido una farsa, no tiene sentido que haya decidido permanecer a mi lado. A no ser que ese ego profesional sea más fuerte que su instinto de supervivencia.

Por Dios. ¡Claro que aún cree que tenemos una salida! He visto cómo luchaba y mataba sin vacilar. No soy su primer encargo, pero seguramente sí su primer fallo. No se ha quedado por lealtad, sino porque fallar significa fallarse a sí misma. Porque su orgullo de guardaespaldas pesa más que cualquier otra cosa, incluso más que su propia vida.

Flexiono las piernas y apoyo los codos en las rodillas. No puedo ni mirarla sin sentir que me quedo vacío por dentro.

Quiero odiarla. Quiero arrancarme este amor del pecho con las manos, como si fuera un órgano enfermo. Quiero escupirlo y pisotearlo hasta que deje de doler. Pero, cuanto más intento despreciarla, más comprendo que Katerina está dentro de mí. Se ha

colado tan hondo que no hay forma de sacarla de mi corazón sin morir en el intento.

Ese lugar ya le pertenece. Siempre le ha pertenecido.

Puedo gritarle, insultarla y fingir que no significa nada para mí. Puedo romperme los nudillos contra la nieve y jurar en voz alta que la odio. Pero sé la verdad, y la verdad es que moriré amándola aunque me haya mentido, aunque me haya usado, aunque nunca haya sido mía de verdad. Porque yo, por desgracia, sí soy y seré suyo.

Solo es mi guardaespaldas. Otra empleada de mi hermano. Una pieza más en el tablero de Grayson. Me los imagino hablando a mis espaldas mientras yo iba por la casa como un tonto enamorado, creyéndome especial, y se me llevan los demonios. La contrató para amaestrarme como si fuera un perro rabioso que necesita una adiestradora. Oh, y lo consiguió. Por ella, decidí quedarme y traté de ser un hombre mejor.

Qué estúpido he sido.

¿Cómo no supe verlo?

Esto es peor que lo que me hizo June, porque a ella nunca llegué a quererla. Pero a Katerina…, joder, me la tragué entera: su forma de mirarme, sus caricias, sus palabras… Pensé que había encontrado a alguien que sacaba lo mejor de mí, pero todo estaba pagado por Grayson.

—Zane —dice por primera vez desde que nos han subido a la furgoneta—. Tenemos que hablar. No creo que tengamos mucho tiempo antes de que nos lleven frente al Don…

—No quiero oírte —escupo sin mirarla—. Eres una puta mentirosa.

Las palabras caen sobre nosotros como si acabara de arrojar una piedra en un arroyo sucio. Me importa una mierda que apriete los labios y gire la cabeza hacia la pared, como si quisiera ocultarme las lágrimas. Ya no la creo. La amo con una intensidad que me abrasa las entrañas y sé que nunca dejaré de hacerlo, pero el odio es igual de poderoso que el amor. Así que me aferro a él con uñas y dientes.

—Nos van a torturar —continúa con un tono más distante. Es el mismo que usaba durante los entrenamientos, cuando aún no

éramos nada—. Querrán que les digas dónde está el chico que salvaste.

—No lo sé. —Me encojo de hombros. Solo le di dinero para que pudiera escapar. Pero la idea de que le pongan una mano encima a ella para sacarle una información que no tiene me pone enfermo. Si supiera dónde está el chico, les daría todos los detalles a cambio de que la dejaran en paz—. Les diré que tú no sabes nada.

—No te preocupes por mí.

Suelto una risa nasal. No funciona así ni puedo hacer nada para deshacerme del miedo que me congela los pulmones. Esos cerdos italianos están deseando vengarse de ella después de que haya masacrado a más de la mitad de sus hombres. He visto cómo la miraban con rabia y lascivia mientras nos metían en el coche. El de la ametralladora —el que parece estar al mando— les advirtió algo en italiano cuando uno de ellos le tocó el culo a Katerina y ella le propinó un cabezazo en respuesta. Me puse tan loco que le arranqué la oreja de un mordisco al que tenía más cerca y me llevé un puñetazo en el ojo. Ahora no puedo ni abrirlo.

A mí, pueden torturarme. Si tengo suerte, será rápido y acabaré con una bala en la cabeza. Pero a ella… Me cago en los dioses. No tengo ni idea de qué les sucede a las mujeres que son capturadas por la mafia, pero no necesito mucha imaginación para saber que su destino será peor que la muerte. La imagino rodeada de hombres que la aplastarán contra el suelo y la manosearán mientras yo lo escucho todo desde otra habitación sin poder hacer nada. La idea me revuelve el estómago hasta casi provocarme una arcada.

—Escapa sin mí en cuanto tengas una sola oportunidad. Ni lo pienses —le ordeno con un tono que parece más una súplica desesperada—. No hagas ninguna tontería por salvarme. Si te tocan… —Aprieto los dientes—. No podré soportarlo.

—No pienso abandonarte —responde, indignada—. ¡Y deja de preocuparte por mí! Sé cuidarme sola. ¿Acaso no me has visto?

Por fin me atrevo a mirarla con algo más crudo y patético que la rabia.

—¡Me preocupo por ti porque soy así de gilipollas! —El pecho me arde con cada palabra—. ¡Porque todavía me importas! ¡Porque, a

pesar de todo, aún me aferro a mis sentimientos por ti! Y tú no puedes hacer nada para cambiarlo, maldita embustera.

La sorpresa se dibuja en su cara.

—No hagas ninguna tontería —susurra, más asustada de lo que la he visto desde que nos han encerrado aquí—. He estado en situaciones peores y he salido viva de todas.

—Así que eres una experta en follar con tus protegidos —suelto con ironía.

Se echa hacia atrás como si la hubiera golpeado.

—Sabes que no me refería a eso.

—No sé a qué cojones te referías, porque no te conozco. —La observo de arriba abajo con una frialdad que sé que le escuece—: Eres una extraña para mí. No sé quién eres.

Asiente despacio, como si intentara mantener la compostura.

—Si eso te hace sentir mejor ahora mismo, piensa que no me conoces. Pero, por favor, no enfades más a los italianos. Si seguimos vivos, es solo por respeto a su Don. Así que no los pongas a prueba o acabarás muerto.

Me hace gracia que crea que podré controlarme si le tocan un solo pelo de la trenza.

—Si te ponen un dedo encima, me comportaré como la bestia sin neuronas que soy —gruño—. No puedo ver que otro hombre te toque sin perder la cabeza ni querer arrancarle la mano. —Ella masculla una palabrota. Le sonrío con sorna—. Mala suerte, Katya. Todo este tiempo te has estado follando a un bruto.

—Deja de llamarme Katya para hacerme daño.

—Siento truncar tus planes de guardaespaldas, Katya —repito con acritud—. Es una pena que sea el primer cliente que no vas a salvar. Grayson se sentirá decepcionado.

—¿En serio crees que…? —Se queda callada de golpe y arquea las cejas, como si algo por fin le terminara de encajar—. ¿Crees que solo intento salvarte por orgullo? ¿Porque no soporto perder?

Es demasiado buena, joder. Ahí está. Por un segundo, casi he creído que le importo.

—¿Cuánto te pagaba mi hermano por acostarte conmigo? —suelto para hacerle daño.

Se lanza sobre mí con las manos atadas justo cuando la furgoneta toma una curva. Al no tener ningún punto de apoyo, sale despedida hacia la pared y maldice, consumida por la frustración.

—¡No soy una puta! —me grita desde el suelo—. ¡Te voy a matar yo misma como vuelvas a insinuar algo así! Todas las veces que me acosté contigo fue porque… ¡porque me apeteció! ¿Qué demonios te pasa, Zane? ¿En serio? —Le da una patada a la pared de la furgoneta—. ¡Mira dónde estamos! Pude huir, pero elegí quedarme contigo porque…

—Porque nunca has dejado de ser mi guardaespaldas y te lo exige tu código profesional —termino por ella con amargura—. ¿Grayson también te pidió que actuaras como si me amaras?

Odio lo que veo en sus ojos. Porque no parece una mentirosa, sino alguien que acaba de perderlo todo… igual que yo.

Pero no quiero confiar en ella. Prefiero pasar el poco tiempo que me queda aferrándome a esta ira ardiente.

—Por favor, escúchame —murmura con la voz rota—. Tal vez tengamos una única oportunidad de escapar cuando nos bajen del coche.

La rabia me sube por la garganta como si fuera vómito.

—Supongo que ahí tengo la respuesta. —Le doy la espalda. Nada fue real. *Nada*—. Todo este tiempo solo eras mi guardaespaldas.

60

———————— ✊ ————————

Katya

No intenté escapar cuando nos sacaron del coche. No por falta de ganas, sino porque estaba esposada de pies y manos y fuera de la furgoneta nos esperaban más de cuarenta hombres armados. Parece que los calabreses han aprendido la lección: ya no me subestiman.

Nos han encerrado en una jaula oxidada dentro de un almacén abandonado. Aquí nos desataron con una calma insultante mientras nos apuntaban a la cabeza con las ametralladoras. Fue humillante. Saben que malheridos, desarmados y rodeados no tenemos absolutamente nada que hacer.

El frío es tan intenso que me cala hasta los huesos, pero no me atrevo a sugerirle a Zane que se pegue a mí para compartir el calor corporal. Está de pie, con la espalda apoyada en la pared y los ojos fijos en los barrotes, como si creyese que podrá fulminar de odio al tipo que vendrá a liquidarnos.

Los dos estamos hechos polvo. Su aspecto es horrible. Tiene el rostro cubierto de sangre, la ropa desgarrada, el ojo derecho completamente cerrado por la hinchazón y la nariz rota. Esto último fue cortesía de un puñetazo que uno de los italianos le propinó cuando él se abalanzó sobre otro que me llamó «puta de mierda». Yo ni me inmuté, porque los insultos que recibo suelen ser tan misóginos como poco creativos.

—Probablemente estamos en Anchorage —digo al fin, rompiendo el silencio.

Zane entrecierra el único ojo que puede usar y me lanza una mirada cargada de algo oscuro y más punzante que el desprecio.

—¿Cómo lo sabes?

—Hemos estado menos de una hora en coche y esta es la ciudad más cercana. Debemos estar en las afueras.

—Anchorage me parece un lugar igual de miserable que cualquier otro para morir —contesta con sorna—. Pero gracias por la información.

—Ella tiene razón —irrumpe una voz desconocida.

Nos giramos con brusquedad hacia el hombre que avanza entre las sombras del almacén. Me incorporo todo lo que las ataduras me permiten y cierro los dedos alrededor de un tornillo oxidado que conseguí arrancar del suelo de la furgoneta durante el trayecto.

Es un hombre alto, rubio y de pálidos ojos azules. Viste un traje negro impecable y camina con una calma que me pone los vellos de punta. Cada paso suena como una sentencia. Primero mira a Zane y frunce la nariz, como si fuera un mal necesario que se ha visto obligado a resolver, aunque preferiría centrarse en otros asuntos. Su expresión de fastidio cambia al centrarse en mí. Ladea la cabeza y fija la vista en los mechones ensangrentados de mi trenza con lo que parece interés genuino.

Zane se acerca cojeando a los barrotes y se agarra a ellos con las manos atadas. Su cara queda a poca distancia de la del desconocido, que no retrocede ni un solo paso.

—No la mires así —le advierte Zane—. Ni lo pienses, tío.

El hombre deja de observarme y vuelve a prestarle atención. Su labio superior se enrosca en una mueca de asco.

—Tío —repite con desdén y un marcado acento italiano—. Todo este revuelo por un gigante bipolar que no sabe cuándo cerrar la boca y cuyo único talento es jugar al *hockey* y derrochar testosterona barata. —Esboza una media sonrisa afilada—. Vuelve a llamarme «tío» y le volaré la cabeza a tu hermano delante de su preciosa hijita y su amada esposa. Luego haré que al yonqui que siempre sonríe a las cámaras le metan tanta cocaína por la nariz que el cerebro le explote antes de que le dé tiempo a alcanzar la siguiente raya. Y a esos dos adolescentes incestuosos les daré una lección tan brutal que el pequeño no podrá volver a sostener una pelota de *rugby,* porque tendrá todos los huesos rotos. Incluso los que no sabías que existían.

Los nudillos de Zane se ponen blancos de apretar los barrotes. Yo me quedo sin respiración porque lo sabe todo… absolutamente todo de los Knight.

—¿Y tú quién coño eres? —estalla Zane—. ¡Si has venido a matarme, deja de amenazar a mi familia y aprieta el gatillo, pedazo de mierda!

—Dominic Falsone —respondo sin dudar.

Él asiente en mi dirección.

—Diría que estoy encantado de conoceros, pero habéis sido un auténtico dolor de muelas —reconoce con fastidio—. Con todas las cosas que tengo que hacer, jamás imaginé que atrapar a un deportista del tres al cuarto sería tan difícil. Pero claro… —me mira —, tú siempre estabas pegada a él. Evitaste su captura en varias ocasiones. Y ese hermano tuyo —Dominic chasquea la lengua. De repente, parece divertido— es un adversario interesante. Se ha ganado mi respeto. Lo tenía todo bajo control y, por un momento, casi pensé que se saldría con la suya. Incluso se atrevió a aliarse con los bastardos albaneses para ponerme en un aprieto. Por desgracia para él, uno de sus hombres lo traicionó. Bastó con que amenazara a su familia para que hablara.

—¿Quieres que te aplauda, rata sociópata? —ruge Zane—. ¿O prefieres que te haga una estatua para engrandecer tu ego?

Dominic se gira despacio hacia él y me señala con un solo dedo.

—Si vuelves a interrumpirme, la mato delante de ti —le advierte con una calma inquietante—. Sabía que no lograríamos dar con toda tu familia. Eso habría sido tener demasiada suerte. Pero con que cayera uno me bastaba. Y, en lugar de eso —extiende las manos hacia nosotros, como si acabara de hacer un truco de magia—. No he cazado a uno, sino a mi pareja favorita.

—Haz lo que quieras conmigo —suelta Zane cuando Dominic se fija en mí.

Dominic ladea la cabeza, intrigado.

—¿Perdona?

—¡Que me mates a mí! ¡Te doy mi vida a cambio de la suya!

Dominic enarca una ceja.

—Tu vida ya es mía —le recuerda con frialdad—. No puedes ofrecerme nada de valor para salvarla.

Entonces Zane hace algo que nunca habría esperado. Sus piernas ceden y se deja caer de rodillas frente a los barrotes, con las manos apoyadas en el suelo y el cuerpo inclinado hacia delante. Incluso Dominic parece sorprendido. Se está… Se está rebajando para salvarme.

Se me escapa un jadeo horrorizado.

—Por favor —suplica, más destrozado de lo que lo he visto nunca —. Déjala ir. Haz lo que quieras conmigo. Lo que sea. Pero no le pongas una mano encima. Si quieres que te ruegue, lo haré. Si quieres que me arrastre, me arrastraré. Tortúrame de la peor forma. Quémame vivo. Arráncame los dientes. Rómpeme los huesos uno a uno. Pero déjala con vida. Ella solo estaba haciendo su trabajo.

Por primera vez, no veo a Dominic saborear nuestra desgracia cuando murmura:

—*L´amore può spezzare anche l´uomo più orgoglioso*.

—¡Levántate! —le grito a Zane. Voy hacia él e intento ponerlo de pie a la fuerza—. ¡No te arrastres por mí! ¡No te atrevas a suplicar por mí! ¡No le des ese gusto!

Zane no se mueve ni un centímetro. Con el cuerpo inclinado hacia delante en completa sumisión hacia nuestro captor, solo gira un poco la cabeza hacia mí; lo justo para mirarme con el ojo inyectado en sangre y rabia.

—No me arrastro —dice sin vergüenza alguna—. Estoy haciendo lo único que puedo por protegerte, porque tu vida vale más que mi orgullo. Daría todo lo que soy, todo lo que tengo y todo lo que me queda por salvarte. Y aun así me parecería poco.

¿Cómo es posible que me entren ganas de matarlo y comérmelo a besos al mismo tiempo? Cielo santo, su amor es más feroz que su orgullo.

El suspiro de Dominic hace que vuelva a prestarle atención. Voy a asesinarlo muy despacio por esto. Juro que se va a arrepentir de haber provocado que mi apasionado y noble *durak* se haya puesto de rodillas no por miedo, sino por amor. Y de haberlo empujado a

ofrecer su vida como moneda de cambio cuando jamás habría suplicado por la suya.

—Ya os tengo a los dos —comenta, recobrando su actitud glacial —. ¿Qué podrías ofrecerme tú que yo no pueda tomar por mí mismo? —Hace un gesto con la mano cuando Zane abre la boca—. Ni lo intentes —le ordena con aspereza—. Personalmente, no tengo nada en contra vuestra. Pero, cuando mataste a Grimaldi, uno de mis aliados más repugnantes, aunque así funciona este negocio…, me pusiste contra las cuerdas. Me hiciste parecer débil. Y eso es algo que no me puedo permitir. —Hace una pausa y clava los ojos en mí—. Mis hombres están deseando ponerte las manos encima. Te llaman *la stronza col coltello,* la zorra del cuchillo —traduce con una mueca—. Qué falta de originalidad y qué típico rebajar a una mujer con un insulto porque ha demostrado ser mejor que ellos. Yo prefiero llamarte *la morte bianca*. Mucho más poético. ¿A que sí?

Zane parece igual de desconcertado que yo. Ninguno responde y espero que sea una pregunta retórica. Me cuesta pillarle el punto a Falsone y me pregunto si todos los mafiosos serán igual de psicópatas.

—Me estás pidiendo que perdone la vida de la asesina que ha matado a diecinueve de mis hombres.

Zane resopla como un toro enjaulado.

—No es una asesina —me defiende con vehemencia—. Es mi guardaespaldas. Y es la mejor en su trabajo. No tiene nada de lo que avergonzarse ni por lo que disculparse. Puede ir con la cabeza bien alta.

Siento algo extraño en el pecho. Hasta ahora solo había rabia y resentimiento cuando pronunciaba la palabra «guardaespaldas», pero esto suena distinto, como si estuviera orgulloso de mí.

—Es otra forma de verlo —admite Dominic, encogiéndose de hombros—. La mayoría de las personas me defraudan y muy pocas consiguen captar mi atención. Pero tú… —me señala con la cabeza— me has impresionado, Katerina Volkova. Juntos podríamos conseguir grandes cosas.

Zane se lanza contra los barrotes con un rugido animal y estira el brazo para atraparlo, pillando a Dominic tan desprevenido que pega

un salto hacia atrás y casi tropieza.

—¡Te mataré, pedazo de cabrón! ¡Regresaré del infierno para arrastraste conmigo si le pones un solo dedo encima!

Dominic se limpia una mota de polvo de la chaqueta y pone los ojos en blanco.

—Tranquilo, Romeo yanqui. Soy un hombre felizmente casado y fiel. —Nos muestra su alianza—. Mi esposa me enseñó a apreciar a las mujeres fuertes. —Me mira más serio—. Te estoy ofreciendo trabajo a cambio de tu vida, Katerina. —Entonces se centra en Zane, con evidente impaciencia—. Puedo ser muchas cosas, pero no apruebo la violencia contra las mujeres ni permito que mis hombres se sobrepasen con ellas. —Vuelve a clavar sus ojos astutos y fríos en mí—. Por eso, si no aceptas el trato, tienes mi palabra de que seré yo mismo quien te pegue un tiro en la cabeza, Volkova.

—Ella acepta —interviene Zane—. ¡Díselo, Katerina!

—Y una mierda. —Me acerco a Dominic—. Solo acepto si la vida de Zane entra en el trato.

Nunca me he planteado pasarme al otro lado de la ley, pero vendería mi alma a este diablo italiano con tal de salvar la de Zane. Aunque me ordenara matar a cien personas inocentes.

Dominic me observa pensativo durante un largo instante.

—Sé apreciar a un poderoso aliado cuando lo tengo delante, y tú me serías de gran utilidad. Así que voy a mejorar mi oferta; hoy me has pillado generoso —comenta con tono magnánimo—. La cabeza de él no entra en el trato, pero sí la vida de toda la familia Knight. —Zane me mira de reojo y ya sé lo que está pensando—. Os daré intimidad para que podáis despediros. Mis hombres estarán detrás de la puerta hasta que les pida que entren dentro de una hora para llevarse a Zane. Tal vez pienses con más claridad cuando él ya no respire y no tengas nada que perder, Volkova.

Se marcha del almacén sin mirar atrás. Me giro hacia Zane en cuanto la puerta se cierra.

—No —le advierto, hirviendo por dentro—. Si te atreves a pedírmelo, te mataré yo misma.

—Puedes salir de aquí con vida y salvar a mi familia. O morir y condenarlos a todos. No tienes nada que pensar, Katerina. —Su

expresión se endurece—. La elección es demasiado fácil.

Le estrello los puños en el pecho.

—¡No pienso abandonarte!

Zane retrocede cojeando hacia la pared y se sienta en el suelo. Parece un hombre tranquilo que ya ha aceptado su destino. ¿En serio? ¿Ya está? ¿No piensa dirigirme la palabra en la última hora que nos queda juntos?

—¿Por qué has ofrecido tu vida por la mía si estás enfadado conmigo? —le grito, completamente rota.

Él alza la vista hacia mí. Su resentimiento queda sepultado bajo una emoción más cruda y visceral.

—No, estoy furioso —responde, sonriéndome con tristeza—. Pero eso no cambia el hecho de que no concibo mi vida sin ti.

61



Zane

—Ojalá no me hubieras mentido.

Las palabras se me escapan antes de poder detenerlas. Salen rotas y cargadas de cansancio.

Katerina se queda rígida.

—¿Y qué querías que te dijera? —La voz le tiembla de furia—. ¿Que soy una máquina de matar? ¿Que tomo ansiolíticos desde que vi morir a mi padre delante de mí? ¿Que tu hermano me contrató y no sé cuándo empecé a cruzar la línea? ¿Que soy tu guardaespaldas?

—¡Sí! —le grito, incorporándome a medias—. ¡Eso es lo que quería! ¡La puta verdad!

Da un paso hacia mí. Le brillan los ojos y chasquea la lengua.

—Tú no habrías soportado la verdad.

Suelto una risa áspera y me muerdo el labio hasta hacerme daño. Ese dolor me ayuda a no romperme. Porque no tiene ni idea. Y ese es el maldito problema. No lo sabe o no lo quiere saber.

—La habría soportado toda —confieso en voz baja, sin dejar de reír.

Ella inclina la cabeza.

—¿Qué has dicho?

—¡La habría soportado toda! —repito a gritos, con la voz hecha trizas—. ¡Toda, joder, Katerina!

—¡Te habrías puesto hecho una furia! —replica, agitando los brazos—. ¡Justo como ahora!

—¡No tienes ni idea! —La miro de frente y con el corazón desbocado—. ¡Habría soportado cualquier cosa porque te amo!

¡Dios, Katerina! ¿En serio no lo ves? Estoy profunda e irrevocablemente enamorado de ti, y no hay nada que puedas hacer para cambiarlo.

El silencio que sigue es tan denso que me quedo sin fuerzas de golpe, como si haberlo dicho en voz alta me hubiera dejado vacío.

No me arrepiento de lo que he dicho, porque ha sido la pura verdad. Si esta es mi última hora, prefiero vivirla siendo honesto que desperdiciarla fingiendo que la odio. Es un esfuerzo demasiado grande y estoy agotado. Por eso no me aparto cuando Katerina se sienta a mi lado y nuestros brazos se tocan.

—Estás hecho un asco —dice en voz baja.

Cierro el ojo al sentir sus dedos en mi mejilla. Su caricia sabe a despedida y yo solo quiero refugiarme en ella. No necesito más. Me aferraré a este recuerdo mientras imagino un mundo en el que sí habríamos tenido una oportunidad.

—Supongo que yo estoy igual o peor.

Abro el ojo y atrapo su mano.

—Nunca me habías parecido tan guapa, *malyshka* —admito, besando sus nudillos magullados.

No lo digo por decir. Es una guerrera, con la trenza despeinada y manchada de sangre, el labio partido y la ropa desgarrada. Una diosa que se ha enfrentado a un puñado de hombres armados y que solo ha acabado aquí porque yo estaba demasiado resentido y fui demasiado orgulloso y estúpido para escucharla cuando me gritó que corriera hacia la moto de nieve. Tal vez no estaríamos en esta celda si hubiera confiado en ella. Y esa posibilidad me duele más por ella que por mí.

—Estoy hecho una mierda —murmuro, apoyando la cabeza en su hombro—. Y me duelen músculos del cuerpo que ni sabía que tenía.

Esbozo una sonrisa apagada. Ella me acaricia la mano con delicadeza.

—No quiero pasar la última hora que me queda enfadado contigo —confieso, girando la cara hacia ella. Nunca me había sentido tan vulnerable como ahora. La necesito tanto que la pregunta me sale sola—: ¿Puedes fingir que me quieres?

Ella se cubre la cara con las manos y exhala de golpe. Su respuesta me atraviesa el corazón como una puñalada.

—Maldito seas, Zane. ¿En serio? —Levanta la cabeza y me mira como si quisiera golpearme y besarme al mismo tiempo—. ¡No necesito fingir que te quiero porque estoy absolutamente enamorada de ti!

Algo dentro de mí se recompone un poco. Tal vez me está dando justo lo que le he pedido…, o tal vez sea verdad. Pero me aferro a sus palabras, como un náufrago se agarra a una tabla en mitad de un océano revuelto. Porque si no la creo, me hundo.

Gruño satisfecho y le deshago la trenza con torpeza porque necesito verla con el pelo suelto por última vez. Esta es la imagen que quiero recordar antes de morir. Hundo la cara en sus mechones y le beso el pelo y la mandíbula, arrastrando la boca por su cuello.

—Eres tan buena mentirosa que casi te creo —le confieso al oído.

—Es la verdad, idiota. —Enreda los dedos en los mechones de mi nuca y tira de mi cabeza hacia atrás para obligarme a mirarla—. Te lo dije aquel día, Zane: *Ya tebya lyublyu*.

—No sé lo que significa —frunzo el ceño—, aún no he llegado a esa parte.

—Te amo —murmura contra mis labios—. Te quiero y me niego a vivir sin ti, pedazo de zoquete.

Esas palabras me hacen tanto bien que la siento en mi regazo y aplasto mi boca contra la suya. Ella me rodea el cuello con los brazos y me devuelve el beso con la misma urgencia, porque sabe que el tiempo se nos acaba.

—Eso es, miénteme —le suplico, separándome lo justo para recuperar el aliento—. Quiero morir creyendo que me amas. Por favor, miénteme.

Baja la mano hacia mi erección y desliza un dedo por encima de la tela de los pantalones. Recorre mi polla con deliberada lentitud y yo me arqueo contra su mano con un gruñido desesperado.

—¿Eso te parece lo bastante sincero, *moya lyubov*?

Asiento medio ido, empalmado y completamente rendido. Le acaricio la curva de la cintura con el pulgar. Quiero memorizar cada centímetro de su cuerpo antes del final.

Ella desliza la mano por debajo de mi pantalón, me saca la polla y empieza a masturbarme de arriba abajo. Me está haciendo perder la cabeza. Y, cuando pasa el dedo por la hendidura del glande —como le enseñé que me gustaba—, se me escapa un jadeo ronco y levanto las caderas por instinto, ofreciéndome a ella sin vergüenza.

—¿Sigo pareciéndote sincera cuando te toco así, *moya zhizn*'?

Lo único que consigo murmurar es un sonido incoherente antes de buscar sus labios con desesperación. Cuando mi boca encuentra la suya, su otra mano me aprieta los testículos justo como sabe que me vuelve loco, y casi me corro en el acto.

—Cada vez que te tocaba, cada vez que te besaba —susurra contra mi boca— y cada vez que te sonreía, solo era yo misma, Zane. Mis sentimientos no fueron un engaño, porque me resultó demasiado fácil entregarte mi corazón. —Apoya su frente en la mía y se incorpora un poco para bajarse los pantalones y las bragas—. Porque nunca supe que podía tener un hogar hasta que te conocí.

Se sienta sobre mi erección y ambos contenemos el aliento cuando se llena de mí.

Joder.

Dios santo bendito.

Estar dentro de ella es una locura. Una puta locura deliciosa y adictiva.

Es la primera vez que lo hacemos sin nada entre nosotros… y se siente demasiado bien. Ella está haciendo que mis últimos minutos en este mundo de mierda merezcan la pena. Si pudiera elegir estar en otro lugar, me quedaría justo aquí, haciéndole el amor a mi mujer. Nada en la vida se compara a esta sensación, a lo bien que me siento al llenarla. Me enloquece lo increíble que es. Y creo que perderé la cabeza si no se mueve.

—No te dije toda la verdad, pero lo que sí escogí contarte no lo había compartido con nadie. —Sujeta mi cara con las dos manos y me da un beso suave en los labios—. Siénteme —susurra, rozándome la boca con la suya—. Hazme el amor como si confiaras en mí.

Entonces se mueve arriba y abajo…, y es tan jodidamente preciosa, cálida y perfecta que casi me corro. Le sujeto la cintura y

detengo el vaivén de sus caderas.

—Despacio, cariño —suplico, bajando la cabeza para besarle el hombro—. Quiero que dure.

Sus movimientos se hacen más lentos y sus pechos rozan mi torso. De sus labios entreabiertos escapan gemidos bajos, que resuenan directamente en mi polla. Y yo solo puedo mirarla y tocarla, porque me parece tan perfecta que temo que sea una ilusión.

—Así, joder… Eres buenísima.

Le subo la camiseta y el sujetador y expongo sus pechos pálidos y redondos. Succiono sus pezones con desesperada ternura mientras ella me cabalga despacio y mi polla se hunde profundamente en su interior.

—La primera vez que te vi, pensé que no podrías conmigo —admito casi riendo, sin aliento—. Que no te cabría entera. Que era demasiado para ti.

Ella entrelaza las manos en mi nuca y empuja mi boca contra sus pechos. Los devoro como un animal hambriento, sin delicadeza ni pudor, mientras se mece hacia delante y hacia detrás, haciendo que la fricción entre nosotros me destroce en el mejor de los sentidos. Y, de pronto, ya no me duele nada. Ni la cara, ni las costillas, ni el orgullo. Porque me folla como si de verdad le importara y esto es lo único que necesito para morir en paz.

—Qué equivocado estaba contigo, *malyshka.* —Le acaricio un pezón con los dientes y noto cómo se estremece entre mis brazos—. Tú eres la fuerte de los dos.

No me refiero a su cuerpo, a su agilidad ni a su entrenamiento. Es la entereza que mantiene incluso cuando sangra. Lo que la hace única es que no se quiebra, ni siquiera cuando el mundo entero intenta doblegarla.

—Dios, Katerina… —jadeo mientras me monta—. Eso es demasiado bueno. No podía morirme sin sentirte del todo. Eres tan cálida y apretada… Estás hecha para mí, joder.

Ella abre los ojos y apoya la palma abierta en el centro de mi pecho, justo donde mi corazón late como si quisiera salirse.

—Es mío —susurra con firmeza—. Di que eres mío.

—*Ya tvoya* —respondo sin dudar.

—*Moy* —confirma, cabalgándome más profundo—. Tu corazón noble y testarudo me pertenece, y no voy a dejar que se detenga hoy. Voy a pasar cada día de mi vida metiéndote en esa cabeza tan dura que te amo. Y más te vale recordarlo cuando seamos un par de viejos malhumorados, Zane Knight.

Eso es todo lo que necesitaba oír: la ilusión de un futuro juntos. La posibilidad de envejecer a su lado, retirados en una pequeña casa a orillas del mar. A veces nos gritaremos en ruso y otras, en inglés. Plantaremos tomates que nunca crecerán. Y escribiré su nombre en la arena cada mañana solo por verla sonreír. Será una vida en la que contemplaremos juntos el atardecer y el infierno no podrá alcanzarnos.

Estoy a punto de correrme, pero entonces recuerdo que ella no toma anticonceptivos. No quiero que cargue a solas con la consecuencia de esta despedida. No quiero ser otra herida que deba llevar consigo.

—Katerina —le advierto con voz ronca—. Si no te…

Se clava con fuerza sobre mí y se contrae alrededor de mi polla. Y ya está: soy un hombre acabado. Me corro dentro de ella, mirándola a los ojos y preguntándome si no habré muerto, porque esto es demasiado bueno para ser real.

Katerina acaba exhausta sobre mi pecho, con la cabeza apoyada en mi hombro mientras yo le acaricio la espalda.

—Lo quiero todo contigo —murmura, rodeándome la cintura con las piernas—. La casa. La boda. El bebé.

La estrecho entre mis brazos, le beso la coronilla y hundo la nariz en su pelo. Cierro los ojos y solo deseo que este instante no termine nunca. Yo también lo quiero todo con ella, pero, por primera vez en mi vida, no puedo prometerle que se lo daré… porque no estaré a su lado para cumplirlo.



62



Zane

—¿Sigues enfadado conmigo porque crees que no te quiero? —me pregunta Katerina.

Tiene la espalda apoyada en mi pecho y yo, la barbilla sobre su cabeza. La estrecho un poco más entre mis brazos porque aquí es justo donde debe estar. No me perdono haberla privado de mi calor por haber malgastado el tiempo siendo un gilipollas rencoroso. Si lo único que puedo hacer por ella es calentarla, al menos haré algo útil durante mis últimos minutos de vida.

—Mmm…

—No tenemos mucho tiempo, Zane, por favor. —Echa la cabeza hacia atrás y me mira con esos ojos enormes y azules que son mi puto paraíso—. Pregúntame lo que necesites.

Le froto los brazos y le doy un beso en la frente.

—¿Lo que me contaste sobre tu infancia era cierto o solo fue una historia para acercarte a mí? —Odio sonar tan dolido, pero no puedo evitarlo.

—Todas las cosas que te conté de mí eran verdad —responde sin pestañear—. Mi madre se largó y mi padre me entrenó desde pequeña para ser una máquina de matar.

«No solo eres una excelente máquina de matar, sino una mentirosa de primera». Yo le escupí esas palabras a la cara. Ella peleó para salvarme y yo la rebajé de esa forma. Qué cabrón soy.

—Lo que no te conté fue lo que pasó cuando cumplí la mayoría de edad —continúa, con gesto inexpresivo—. Mi padre me alistó en el ejército cuando cumplí dieciocho. Como había recibido

adiestramiento militar desde niña, no me costó demasiado ascender. Quería que se sintiera orgulloso de mí, pero daba igual cuántas medallas ganara o cuánto reconocimiento recibiera de mis superiores, porque para él nunca era suficiente. Su aprobación, lo único que me importaba, nunca llegó. No me dijo ni una sola vez que se sentía orgulloso de mí. Le parecía débil. Demasiado femenina… —cuenta con un suspiro—. Estuve en servicio activo hasta los veinte.

—¿Y luego?

—Hubo una misión que salió mal. Nos bombardearon y mi padre murió delante de mí. Yo debería haberlo acompañado en la parte delantera del destacamento, pero aquella mañana discutimos y quiso rebajarme, así que me envío a la retaguardia. Sin saberlo, me salvó la vida. Y yo no pude… no pude hacer nada por él.

—No fue culpa tuya.

—Lo sé. Es solo que… —Se arrebuja entre mis brazos—. Construí toda mi personalidad a su alrededor y solo lo tenía a él. Así que, cuando murió, una parte de mí se fue con él, pero la otra se sintió liberara porque ya no estaba atada a sus órdenes. Por primera vez en mi vida, pude empezar a tomar mis propias decisiones.

—¿Y por eso viniste a Estados Unidos?

—Nada me ataba a Rusia y quería empezar de cero en otro lugar, así que aproveché mi doble nacionalidad. Al principio pensé en dedicarme a otra cosa, pero… —Levanta las manos, con las palmas bocarriba cubiertas de sangre—. Me negaba a aceptar que aquella infancia de mierda hubiera sido en vano, ¿sabes? Quería usar lo que él me enseñó para hacer algo bueno. Por eso me hice guardaespaldas. Y conocí a Logan.

Tuerzo el gesto al oír su nombre. Ojalá pudiera borrar del mapa al único hombre que hubo antes que yo. Me escuece demasiado que otro la tuviera y no viera lo jodidamente afortunado que era. Que no la cuidara ni le repitiera cada día que es el ser humano más maravilloso del mundo.

—Se convirtió en mi jefe y estuvimos saliendo durante una temporada. Es cierto que ya no había nada entre nosotros cuando tú y yo nos conocimos —me aclara, tajante.

—¡¿Logan también era mi guardaespaldas?! —grito, fuera de mí.

¿Cómo? ¿El Ken con cara de yogurín era el encargado de protegerme? No doy crédito. Es como si me dieran una patada en el ego y luego me escupieran en la cara. ¡Me cago en Grayson! ¿En qué cojones estaba pensando para contratar a ese gilipollas? Y yo aquí, creyéndome muy macho, mientras el puto ex de Katerina me vigilaba las espaldas. Por Dios. Me entran ganas de arrancarme el orgullo a bocados y darme cabezazos contra la pared hasta olvidar esta humillación.

—Grayson lo despidió —me tranquiliza—. Hace unos meses, tu hermano nos contrató y me ordenó trabajar de encubierto como tu entrenadora. Cuando nos trasladamos a Alaska, despidió a todo mi equipo. Logan incluido, por sus numerosas cagadas.

Me tiembla la mano que descansa sobre su cintura. Maldito Grayson. Entiendo que no se lo puse fácil y que hizo lo que creía mejor para mí, pero eso no significa que no me escueza que me haya tratado como un idiota.

—Yo solo hacía mi trabajo, Zane. Mi intención nunca fue herirte ni enamorarme de ti.

—¿Quiénes lo sabían? —me indigno.

—River y Ava.

Exhalo por la nariz, intentando calmarme. No quiero cabrearme en mis últimos minutos de vida.

—Solo querían protegerte —dice con suavidad—. Al principio, mentirte no fue un problema para mí, porque solo estaba haciendo mi trabajo —reconoce con calma—. Pero cuando empecé a conocerte… —Niega con la cabeza y esboza una sonrisa tímida—. No voy a mentirte diciéndote que tenía pensado contártelo. Me daba tantísimo miedo que reaccionaras mal y te pusieras en peligro que ni siquiera lo consideré. Pero todo este tiempo no he sido solo tu guardaespaldas y me mata que creas que no has significado nada para mí. Porque me enamoré, Zane. Y si una parte de mí se aferraba a seguir siendo tu guardaespaldas, era precisamente porque sentía que, si dejaba de serlo, te fallaba. Si dejaba de protegerte, traicionaba la única razón por la que entré en tu vida. —La voz se le rompe—. Pero al final te he fallado igual, porque estamos aquí.

—Y una mierda —sentencio, molesto—. Tú no tienes la culpa de que uno de los hombres de Grayson lo haya traicionado. Dime una cosa. ¿A cuántos hombres has matado?

La pregunta la toma por sorpresa y un rubor intenso le cubre las mejillas.

—No lo sé. Dominic ha dicho que a diecinueve.

—No. Me refiero a en toda tu vida.

—Ah. —Baja la mirada—. No tengo ni idea —susurra—. Cuando empezaron a ser demasiados, dejé de contarlos.

Se muerde el labio con fuerza. No sé por qué parece tan avergonzada. Solo se lo he preguntado para demostrarle lo absurdo que es que se sienta culpable por el ataque a la casa, ya que es perfectamente capaz de desempeñar su trabajo. No la estaba culpando. ¿Ha matado a muchos hombres? Me importa un carajo. Algo habrían hecho para merecerlo. Me da igual si son decenas o cientos. Para mí, no cambia nada.

Si tiene las manos manchadas de sangre y eso la atormenta, entonces yo también me las ensuciaré. Haré lo que haga falta para que no se sienta sola en la oscuridad. Aunque tenga que prender fuego al mundo y convertirme en una bestia que haga compañía a la suya.

—Sabría que pondrías esa cara —dice con una sonrisa amarga—. Te parezco un monstruo.

Me echo a reír. Ella me lanza una mirada indignada.

—Me pareces la hostia de sexi.

Ahora parece confundida.

—¿No te doy asco?

—Me enfurecen tus mentiras. Pero tú, Katerina, eres absolutamente extraordinaria —admito con la voz rebosante de orgullo.

Es lista, preciosa y sabe romper huesos sin despeinarse. ¿Qué hombre no se sentiría afortunado de tener una novia como ella? Solo los cretinos con complejo de inferioridad y la polla pequeñita. Y yo tendré muchos defectos, pero no es mi caso. A mí me la pone durísima que sea más fuerte que yo. De hecho, si ahora mismo le

partiera la espalda a uno de esos cabrones, probablemente me correría del gusto.

—¿Crees que me asusta que pelees mejor que yo? ¿Que me intimidan tus habilidades de Viuda Negra? ¿Que me da miedo que puedas partirle el cuello a un hombre antes de que yo pestañee?

—¿Sí? —duda con un hilo de voz.

—Me pone demasiado cachondo verte pegar tiros.

Se me escapa una carcajada y la giro sobre mi regazo para que quede sentada de cara a mí.

—Vale, quizá tengo un problema —admito, riendo—. Pero, si yo soy la hostia de violento, como mínimo necesito a alguien igual de violento que yo. No puedo conformarme con menos.

—Estás fatal —susurra, con los ojos brillantes de emoción.

Le acaricio la mejilla con el dorso de los dedos. Aún no me creo que esta mujer increíble y letal me haya elegido en mi peor momento.

—Quiero pedirte un favor.

—Lo que sea.

—Acepta la oferta de Dominic.

Se tensa entre mis brazos.

—No —responde, tajante.

—Has dicho «lo que sea».

—¡Lo retiro!

—Quiero que vivas, porque te amo y te lo mereces. Y que salves a mis hermanos de esa rata mafiosa, porque eres la hostia y sé que puedes hacerlo. Y que le digas a Grayson que lo perdono. Que no es su culpa. Que deje de intentar salvarnos como si fuera nuestro padre y empiece a vivir para sí mismo.

—¡No pienso hacer eso, porque no te doy por perdido! —me espeta, furiosa—. Tú le dirás todas esas cosas a tu hermano.

—No podré…

—Vamos a salir juntos de aquí, ¿me oyes?

Su fe es tan abrumadora que, por un momento, me lo creo. Esta mujer es tan dura que podría gobernar el mundo si se lo propusiera. Sin embargo, estamos en mitad de un almacén abandonado de

Alaska en manos de la mafia calabresa. Su única salida es trabajar para el hombre que va a matarme.

No quiero desperdiciar nuestros últimos minutos discutiendo, así que le aparto un mechón de la frente, le quito la goma de la muñeca y empiezo a trenzarle el pelo. Es la primera vez en mi vida que lo hago, pero le pongo todo mi empeño.

—¿Qué… qué haces?

—Te hago una trenza, porque no te gusta que los demás te vean con el pelo suelto, y esos cabrones deben estar a punto de entrar.

Se queda muy quieta mientras le trenzo el pelo. Me doy por satisfecho al tercer intento. No es una obra de arte, pero solo algunos mechones han quedado fuera de la trenza. Entonces la miro y le acaricio la mejilla con ternura, secándole una lágrima con el pulgar.

—No llores por mí.

—Es que eres… —Se muerde el labio, como si intentara encontrar las palabras adecuadas—. Eres el gigante más noble que he conocido nunca. La mayoría de la gente solo ve al jugador de *hockey*, pero ellos se lo pierden, Zane. Los que te conocemos de verdad apreciamos toda la bondad que hay debajo de esa coraza. —Apoya la mano en mi pecho—. Tienes tanto amor que ni tú sabes cómo manejarlo. ¿Cómo no voy a luchar por ti si eres el mejor hombre que he conocido?

El pecho se me llena de algo cálido y reconfortante.

Si ella es capaz de verme así, de mirar más allá del desastre que soy y encontrar luz donde los demás solo perciben oscuridad, entonces vale la pena tener fe.

—Dime la verdad. ¿Ibas a montarte en la moto de nieve?

Ella suspira.

—Lo habría intentado. —Asiente—. Te juro que lo habría intentado.

Igual que está empeñada en rescatarme, aunque le suplique que acepte la oferta de Falsone. Parece que somos dos casos perdidos.

—Te creo.

Me inclino y le doy un beso que desearía que durase para siempre. Uno de los que se dan cuando sabes que quizá no habrá

otro.

—Te creo —repito, estrechándola entre mis brazos—. Y quiero que sepas que no tienes por qué hacerlo. Lo que sea que se está tramando en esta cabecita. —Le doy un golpecito en la sien—. No me debes nada. —Le sonrío, jodido pero en paz—-. Todo está bien, Katerina. Me voy tranquilo sabiendo que me amas. Te juro que no necesito más.

La puerta se abre con un chirrido metálico. No quiero que la vean llorando, así que le seco las lágrimas deprisa y la pongo de pie. Que estos cabrones entiendan lo dura que es mi chica. Que no sospechen ni por un segundo que acaba de romperse. Y entonces hago lo más difícil que he hecho en mi vida: alejarme de la mujer que amo. Porque si ella vive, morir no me asusta en absoluto.

—Se acabó la luna de miel, tortolitos —canturrea uno de los italianos. Nos lanza las bridas mientras los demás apuntan a Katerina con sus armas—. Ataos. Y si haces una tontería —me advierte con mala cara—, le pego un tiro a tu novia.

Los dos nos colocamos las bridas y las apretamos con los dientes. Me niego a mirar a Katerina cuando me ordenan que salga de la celda. No por falta de ganas, sino porque no quiero hacérselo más difícil.

—Sé que tomarás la decisión correcta —le digo antes de cruzar la puerta del almacén.

—*Pover'te mne*.

Sus palabras me clavan en el suelo y uno de los italianos me saca a empujones. No puedo evitarlo y giro la cabeza antes de que cierren la puerta. Katerina está de pie, con las manos atadas y los ojos clavados en los míos. En su mirada hay una promesa silenciosa y letal. Una que grita que piensa salir de aquí conmigo y que arrasará con cualquiera que se le ponga por delante.

De todas las palabras que podría haberme dicho en ruso, ha escogido unas que sabe que entiendo. Las mismas que yo le dije una vez.

No puedo protegerla.

No puedo salvarla.

Pero sí puedo hacer algo: confiar en ella.

Porque la única persona capaz de salir viva de este infierno es la mujer de la que me he enamorado.

63

———————— ● ————————

Katya

Estoy sola, pero, antes de conocer a Zane, llevaba toda la vida teniéndome a mí misma.

Estoy herida, pero no es la primera vez que mi cuerpo recibe golpes.

Tengo las manos atadas, pero me enseñaron a pelear en situaciones mucho peores que esta, cuando lo único que tenía que perder era mi vida.

Los hombres que me apuntan con sus armas creen que estoy acabada, pero no tienen ni idea de que, aun así, sigo siendo la persona más peligrosa de este almacén. Y la más enfadada. Porque se han llevado a mi hombre, y no va a sobrevivir si no actúo. Esa certeza se me asienta en el pecho con una calma antinatural mientras estudio a los cinco italianos que charlan entre ellos y se ríen como si mi destino ya estuviera decidido.

Idiotas.

—*Guarda come ci fissa* —dice el más corpulento, riendo—. *Sembra ancora convinta di essere pericolosa.*

El más bajo escupe al suelo y me mira con desprecio.

—*Peccato che il Don non ci lasci giocare.* —Se lame el labio inferior—. *Le puttane con carattere sono quelle che mi succhiano meglio il cazzo.*

No entiendo nada de lo que dicen, pero, por cómo me miran, sé que no están hablando del tiempo. Estos cerdos creen que van a divertirse conmigo antes de matarme. Oh, les daré una ración de diversión rusa. Una que no van a olvidar en la vida.

El que tiene la mano vendada —le pegué un tiro— se adelanta un paso y me señala con el arma. La sostiene demasiado baja, con los

hombros tensos por el miedo y la torpeza.

—*Quella puttana ha ucciso mio fratello!* —Me señala con la ametralladora—. *Sparagli in un occhio. Vorrei venire, ma il Don non me lo permette.*

—*Nessuno toccherà questa stronza russa!* —les grita el que apuntó a Zane y me obligó a rendirme—*. La parola del nostro Don è legge.*

Se ponen a discutir entre ellos, aunque sin dejar de encañonarme en ningún momento. Los dejo ladrar en su idioma, porque es mejor que crean que siguen al mando. Por ahora.

Mi padre me enseñó a ser paciente y estudiar a mi adversario. En el ejército conocí a muchos hombres que me subestimaron por tener tetas y a los que luego les salvé el culo. Allí aprendí algo muy valioso: el enemigo que se cree superior acaba volviéndose torpe.

Sin embargo, estos desgraciados ya no me subestiman por ser mujer. No después de haber liquidado a diecinueve de los suyos. Pero hay algo que no pueden cambiar: su misoginia.

—Ya no pareces tan dura —se burla el que está al mando—. Estás muy calladita.

Me acerco a los barrotes, los agarro y levanto la cabeza.

—Desátame —le sonrío—, y te demuestro lo dura que soy.

Una carcajada incrédula brota de sus labios. Enarco una ceja cuando retrocede un paso. Él ni siquiera se había dado cuenta. El cuello se le pone rojo de ira y me señala con la ametralladora.

—¡Atrás, zorra!

Inclino la cabeza y resoplo con diversión.

—¿Te doy miedo? —Hago un puchero con los labios—. Tranquilo, tu Don no se va a enterar.

El tipo más gordo agita su arma y lo empuja hacia mí. El de la ametralladora se revuelve y le grita algo en italiano, escupiéndole saliva al hablar.

—Tú, bola de grasa —le suelto, acercando la cara a los barrotes. El tipo se gira hacia mí como un resorte—. Todos sabemos que eres el más lento. ¿Tu gancho de derecha? Patético. Cargas demasiado el peso en la pierna izquierda. No durarás ni cinco segundos si entras a hacerme compañía. Pero no morirás primero; te mataré el segundo.

—*Stai zitta, sporca stronza!* —ruge, hecho un basilisco. Luego mira a sus compañeros—. *Cosa ha detto? Traduci quello che ha detto!*

—*Dice che sei un ciccione lento, patetico e unto. E che la prossima volta ti ucciderà* —le dice el de la cara tatuada, riendo con nerviosismo.

—*Figlia di puttana!*

Ups, eso sí que lo he entendido.

El tipo gordo avanza hacia la celda e intenta golpearme la cara con la culata de la pistola. Giro hacia un lado para evitar el golpe y tengo que contenerme para no doblarle el brazo y quitarle el arma. Aún no. Primero, tengo que conseguir que entren. No puedo permitirme ni un solo fallo.

—Te lo he dicho. —Me miro las uñas y bostezo—. Eres lento. Si fuera tu jefa, te obligaría a cerrar la boca y a correr quince kilómetros diarios. Pero tiempo al tiempo. —Le guiño un ojo—. Falsone me ha ofrecido trabajo. Si acepto, tal vez os obligue a hacerme una reverencia solo por el placer de veros inclinados.

—¡Esta zorra tiene que estar de broma! —exclama el de los tatuajes en la cara—. ¿El Don le ha ofrecido trabajo?

—Yo en su lugar habría hecho lo mismo —me jacto—. Vamos diecinueve a cero, inútiles. Podéis llamarme Katerina La Grande —me pavoneo, caminando por la celda como una reina—. Suena bien. ¿Cuál es el femenino de Don?

Los que no hablan inglés se miran entre sí con incertidumbre, mientras que los que sí me han entendido echan chispas por los ojos.

—*Cosa sta dicendo?* —Bola de sebo sacude al de los tatuajes—. *Tradurre!*

—*Dice che il Don le ha offerto un lavoro.*

Los italianos escupen en el suelo y me echo a reír. Sacarlos de quicio es tan fácil.

—*Non ascoltare questa stronza!* —les grita su líder—. *Non vedi che sta solo cercando di irritarci? Non cascare nei suoi scherzi!*

—*Il Don ama fin troppo le donne. È innamorato di sua moglie. La tratta come una regina! E ora ordinerà a questa puttana russa di*

essere il nostro capo!

Tres de ellos levantan las armas hacia mí. Perfecto. Señalo al más bajo.

—Te tiembla el pulso al sostener el arma. A ti te mataré el primero. —Me remango—. Te ahogarás en tu propia sangre.

—¡Esta zorra cree que va a salir de aquí!

El de los tatuajes me lanza una mirada asesina.

—Cierra el puto pico.

Les hago un gesto desdeñoso con la mano, como si fueran niños.

—Pronto seré yo quien os dé las órdenes —le advierto con tono engreído—. Aceptaré la oferta de Dominic. Y os daré un ejemplo. A ti —señalo al líder—, te dejaré vivo para que les expliques a los demás por qué no deben subestimarme.

—*È disarmata* —masculla el gordo—. *Ha le mani legate.*

—*Possiamo divertirci un po'* —añade el bajo—. Solo un susto.

—¡Ni se os ocurra! —les grita el de la ametralladora—. *Fermo, è un ordine!*

Por supuesto, no le hacen caso. Están demasiado ofendidos para aparcar su orgullo. Tres de ellos abren la puerta de la celda con los ojos brillantes de odio y lujuria, porque creen que maniatada y desarmada no tengo nada que hacer contra ellos.

Error fatal.

En cuanto cruzan la puerta, dejo de sonreír y actúo.

El primero en entrar es el bajo, el más nervioso de todos. Comete un fallo básico: sostener el arma demasiado cerca de la cara. La celda es muy estrecha y apenas hay espacio para maniobrar. Perfecto. El de los tatuajes viene detrás, cubriéndolo mal. El gordo cruza la puerta creyendo que su tamaño impone respeto. Patético.

Antes de que el bajo esté preparado, doy un paso lateral y me lanzo contra él desde abajo. Mi hombro impacta en su pecho y el golpe lo obliga a girar el arma hacia sí mismo. La culata de la pistola se estrella contra su nariz y aúlla de dolor.

El tornillo oxidado que he llevado todo este tiempo escondido entre los dedos es la única arma que necesito. Se lo clavo una y otra vez en la yugular. La sangre caliente brota a borbotones y me salpica

la cara. El tipo cae de rodillas ahogándose en su propia sangre, como le prometí.

—Te he dicho que morirías el primero —le recuerdo con una sonrisa siniestra.

Desde fuera disparan, pero las balas se estrellan contra los barrotes, tal y como esperaba. El de los tatuajes reacciona levantando su arma, pero ya le he arrancado la pistola de la mano a su compañero muerto. Tengo el tiempo justo para moverme y evitar que me pegue un tiro en el pecho. La bala me roza el brazo y me arranca un gruñido. Cuando vuelve a apretar el gatillo, le pateo la muñeca y su arma sale despedida por el suelo. Se tira a por ella como el cobarde que es y aprovecho para lanzarme contra el gordo, que me apunta con el pulso tembloroso.

El disparo me alcanza el costado. Me tambaleo hacia un lado, aferrando la pistola con ambas manos, y le sonrío con la cara manchada de la sangre de su compañero.

—La mía es más grande —me burlo—. ¿No es eso lo que siempre decís los tíos?

Aprieto el gatillo. Le doy en el hombro y el arma se le cae de las manos.

—Te he dicho que eres demasiado lento —me acerco y apunto a su cabeza—, y que morirías el segundo.

Le disparo antes de que pestañee. El de los tatuajes está reptando por el suelo y roza su arma con la punta de los dedos. La pateo fuerza de su alcance, levanto el brazo y le pego un tiro en la cara.

Me gusta el silencio que precede a la muerte.

Fuera de la celda, los otros dos están paralizados. El cuerpo del gordo se ha quedado atascado en la entrada. Vaya, qué suerte. Sin pensarlo, me coloco detrás de él, saco el brazo por los barrotes y disparo varias veces contra los otros dos. Entonces empujo el cadáver con una fuerte patada en la espalda y este cae al suelo mientras sigo apretando el gatillo.

El primero —el de la ametralladora— se ha quedado sin balas y cojea hacia mí. Le he dado en la pierna y no tiene ninguna posibilidad. Le estrello el pie en la garganta y cae hacia atrás justo

cuando el otro se da la vuelta y corre hacia la salida, gritando para alertar a sus compañeros.

—Cobarde —siseo, entrecerrando los ojos.

Le disparo en la rodilla y se desploma antes de salir del almacén. Camino hacia él con los dientes apretados para ignorar las punzadas del costado. Lo pongo bocarriba de una patada, me siento a horcajadas sobre su pecho y apoyo el cañón contra su frente.

—¿Esta era la diversión que esperabais?

—*Per favore, abbiate pietà!* —solloza, con la cara cubierta de mocos y lágrimas.

—Lo siento. —Me encojo de hombros—. No hablo tu idioma.

Aprieto el gatillo. La bala le revienta el ojo derecho y sus sesos salpican el suelo. Rebusco en sus pantalones, saco un cuchillo y me corto las bridas. Luego me lo guardo en la cinturilla del pantalón y me pongo de pie con un resuello. Dios, cómo me duele el costado. Pero lo primero es lo primero, así que me dirijo hacia el líder, que abre mucho los ojos y acaba de hacerse un torniquete en la pierna. Más le habría valido buscar un arma en vez de perder el tiempo de ese modo.

—Has di… dicho que me dejarías vivo para explicarles a los demás por qué no debían subestimarte —me recuerda, temblando.

Freno en seco y hago memoria.

—Ah, sí. —Pongo cara de circunstancia—. Te he mentido.

Chilla como un cerdo patético cuando aprieto el gatillo. Si yo fuera él, estaría agradecido de haber acabado con un tiro entre ceja y ceja. He sido más benévola con ellos de lo que pretendían ser conmigo. En fin, la mayoría de los hombres son unos ingratos.

Recojo las mejores armas y me escondo varios cuchillos en la ropa. No me da tiempo a vendarme la herida del costado ni a trazar un plan elaborado. Solo tengo un pensamiento en la cabeza al salir del almacén: voy a salvar a mi hombre.

64



Zane

—No soy un sádico —asegura Dominic, con ese acento italiano orgulloso que tanto me revuelve las tripas.

La nieve cruje bajo sus mocasines mientras se coloca frente a mí, vestido con su abrigo de lana tan impecable como el traje que lleva debajo. Falsone y yo no podríamos ser más distintos. Sostiene la pistola con tal naturalidad que parece una prolongación de su cuerpo. Yo, por el contrario, prefiero mis puños. Aun así, hay un destello feroz en sus ojos que me confirma que ha tenido que aprender a sobrevivir en un entorno hostil y violento. Eso es algo que respeto, aunque lo desprecie.

—Tendrás una muerte rápida —añade, con un tono tan helado como el lugar que ha escogido para ejecutarme—. Ya te lo he dicho: no es nada personal. —Apunta el arma a mi cabeza—. ¿Quieres decir tus últimas palabras?

Me aclaro la garganta y asiento despacio. No es que desee desperdiciar mis últimos segundos de vida gastando saliva con este bastardo calabrés, pero Katerina me ha pedido que confíe en ella. Y no pienso irme de este mundo sin hacerlo, así que le conseguiré tiempo.

—Sí —digo, con las muñecas atadas sobre el vientre—. Solo una cosa.

Entrecierra los ojos, en estado de alerta, y hace un gesto con la cabeza a sus hombres para que vigilen la puerta del almacén.

—Te escucho.

Inclino un poco la cabeza, como si estuviera reflexionando sobre algo importante.

—¿Cuál es tu esquipo favorito de la NHL?

Sus ojos arden de indignación.

—¿En serio? —Esboza una mueca tirante—. Nunca le he negado unas últimas palabras a ningún hombre, pero si insistes en desperdiciarlas o crees que soy tan estúpido como para no darme cuenta de que…

—Quiero saberlo —lo corto, muy serio—. Para mí tiene sentido saber si el último hombre que voy a ver es fan de los Titans o de los mediocres Frostwolves. Aunque, teniendo en cuenta que vistes como uno de esos tíos que anuncian perfumes —silbo con desprecio—, seguro que eres más de posar y hacerte la manicura que de pegar tiros o memorizar la alineación de tu equipo favorito.

Arquea una ceja, ofendido.

—El único deporte respetable para un italiano es el fútbol —contesta con palpable irritación—. Un deporte elegante, donde importa más la técnica que la fuerza bruta. Nada que ver con ese espectáculo primitivo que tú llamas *hockey* —bufa—. Roberto Baggio, por ejemplo. Él sí era un deportista de verdad. No un gorila sobre patines con complejo de matón de instituto.

—¿Roberto… qué? —lo provoco—. ¿Eso es una marca de espaguetis? ¿Un cantante de ópera?

—¡Tu ignorancia es típica de los yanquis! —exclama, encolerizado —. Los americanos os creéis el centro del mundo, pero no sabríais señalar Italia en un mapa aunque os fuera la vida en ello. —Agita la pistola con furia—. Sois tan poco originales que llamasteis «fútbol americano» al *rugby* e inventasteis nuevas reglas para convertirlo en un deporte distinto. ¡Pero todos sabemos que es una copia barata! Como todo lo que tocáis.

—Ah, ¿sí? ¿Como qué?

—¡Como el cine! —Sacude la pistola de nuevo—. ¿*La cena de los idiotas*? ¡Francesa! ¿*El secreto de sus ojos*? ¡Argentina! ¿*Abre los ojos*? ¡Española! Y aun así, vais por ahí robando ideas y vistiéndolas de patriotismo con actores mediocres y explosiones por todas partes. ¡Vergüenza debería daros!

Verlo tan fuera de sí es un espectáculo delicioso. Esto lo he aprendido de mi hermano River; el mayor experto en sacar de sus

casillas a cualquiera.

—¡Tío, tenemos Hollywood! No es nuestra culpa que todos queráis venir a vivir el sueño americano.

—El *rock* es británico y vuestro inglés da pena. Los italianos os dimos a Da Vinci y a Versace. Vosotros nos disteis el iPhone y las armas automáticas —continúa, asqueado—. Por no hablar de que la *pizza* en Nápoles es arte, y en Nueva York es solo cartón con queso fundido.

—Mmm, discrepo. —Me doy golpecitos en la barriga—. Deberías probar la *pizza pepperoni* de Joe´s Pizza.

—¡El *pepperoni* es una aberración contra el buen gusto! —chilla, con la vena del cuello hinchada—. ¿Y el espresso? En Italia, el café se toma de pie y en silencio, pero aquí lo habéis convertido en aguachirri con hielo, lo vendéis en vasos de medio litro y lo llamáis *coffee to go*. ¡Repugnante!

—Tu complejo de inferioridad sí que es repugnante.

—Ya sabía que, siendo un gorila bipolar, tendrías el cerebro del tamaño de una aceituna atrofiada por tantos golpes jugando a ese deporte de cavernícolas sobre hielo. —Da un paso hacia mí y me señala con la pistola—. De rodillas, bestia inmunda e ignorante.

Y entonces oímos los disparos. Seguidos de los gritos.

Dominic deja de prestarme atención por un segundo y gira la cabeza hacia la puerta del almacén. Pero, antes de que pueda moverme, frunce el ceño y dirige la pistola hacia mi cabeza.

—Te has metido con la mujer equivocada —le digo, sonriendo.

Aprieta la mandíbula y me mira como si quisiera reventarme a balazos, pero supiera que ahora soy su única moneda de cambio.

—*Vai a vedere cosa diavolo sta succedendo!* —grita a sus hombres—. *Francesco e Pietro sono con me. Voi altri, prendete quella dannata donna.*

Nueve de ellos echan a correr hacia el almacén. Solo dos permanecen a su lado. Los tres me apuntan mientras escuchamos el estruendo que llega desde dentro. Francesco y Pietro intercambian una mirada inquieta cuando pasa el tiempo y los hombres que su Don ha enviado no regresan.

Dominic me observa con intenso fastidio. Su dedo acaricia el gatillo varias veces, pero sabe que no puede dispararme. Aún le sirvo y piensa usarme si las cosas se tuercen. Por eso es el Don. Este cabrón es la rata más calculadora de Italia.

Un alarido largo provoca que el tipo más moreno escupa en el suelo. Aunque mi fe en Katerina es ciega, eso no significa que no me preocupe por ella. Para el resto del mundo es mi guardaespaldas, pero para mí es mi mujer. Y da igual lo dura que sea, lo capaz que sea de defenderse o lo bien que sepa matar. Su corazón me pertenece y el mío es suyo, y no hay nada racional en eso. El amor carece de lógica, solo entiende de ese miedo primitivo a perder a la persona que más te importa. Y no hay instinto más fuerte que el de proteger a quien amas.

—Muévete y disparo —me advierte Dominic cuando desplazo el pie apenas unos centímetros—. Y vosotros —les dice a los dos hombres que quedan—, apuntad a la puerta. En cuanto salga, disparadle.

No voy a quedarme quieto esperando a que maten a Katerina.

Confío en ella, sí, pero eso no significa que vaya a permanecer de brazos cruzados mientras se juega el pellejo por mí. Katerina y yo somos un equipo. Así que, en cuanto los dos hombres dejan de apuntarme, lanzo una patada brutal a la nieve y levanto una nube blanca hacia la cara de Dominic. Él masculla una palabrota y se cubre los ojos con un brazo. No dudo ni un segundo: me lanzo con todo el cuerpo contra el hombre más cercano. El disparo suena antes de que ambos caigamos al suelo, y el dolor me atraviesa el hombro como si me hubieran clavado un atizador al rojo vivo.

El hombre y yo rodamos sobre la nieve y le hundo la costilla en el estómago. Entonces levanto las manos atadas, le rodeo el cuello y lo estrangulo haciendo presión contra mi pecho. Dominic vuelve a apuntarme, pero a esta distancia y con su hombre encima de mí, cambia de idea y desvía el cañón hacia la puerta del almacén.

—*Francesco, spara alla porta* —grita Dominic—. *Ci occuperemo di lui più tardi*.

En esta posición, el tipo al que estoy estrangulando no tiene ninguna posibilidad. Aun así, estira el brazo para intentar recuperar

la pistola. La roza con la punta de los dedos justo cuando tiro del codo con todas mis fuerzas hasta escuchar el crujido de su cuello. Me lo quito de encima de un empujón en el momento en que una de las ventanas del almacén estalla en pedazos. Los cristales llueven sobre nosotros y Dominic y su hombre se agachan. Uno de los tipos que envío al almacén sale despedido por el marco mientras las balas caen sobre Dominic, que rueda sobre la nieve. El que ha salido volando por la ventana aterriza junto a Francesco. Tiene los ojos en blanco y la boca llena de sangre.

—*Matteo è morto!* —chilla tras zarandearlo.

Dominic clava una rodilla en el suelo, levanta el arma y aprieta el gatillo.

—*Continua a sparare, idiota!* —le grita, disparando contra la puerta del almacén.

—*Dove?* —replica su hombre—. *È un fantasma!*

Disparan como locos sin saber hacia dónde. A la ventana. A la puerta. De pronto, la otra ventana estalla bajo una ráfaga de balas. Ambos se giran y vuelven a disparar.

Es un error.

Katerina emerge de un salto por la primera ventana como un ángel vengador. La veo en el aire, cubierta de sangre, con la trenza y la cara empapada, la ropa desgarrada y los ojos fríos como este invierno. Tiene una pistola en cada mano y ya está disparando hacia ellos antes de tocar el suelo. Con una apunta a Dominic y con otra, al último hombre que le queda.

Aterriza rodando sobre la nieve. El tipo no tiene ni tiempo de gritar. Su cuerpo se sacude y cae con los ojos abiertos por la conmoción.

Dominic retrocede sin dejar de disparar, maldiciendo en italiano mientras los disparos levantan una humareda que no me permite ver nada. Me incorporo como puedo, presionándome el hombro y buscando a Katerina entre el humo. Hace un pestañeo se encontraba a pocos metros. ¿Dónde…?

El cañón de una pistola se apoya en mi cabeza.

—Estás muerto —murmura Dominic.

No, si ella ha sobrevivido. Si sigue viva, acabar con una bala en la cabeza habrá valido la pena. Esa esperanza es lo único a lo que me aferro… hasta que veo un mechón rubio reflejado en uno de los cristales rotos del suelo.

Y sonrío.

—Deja que te cuente un chiste norteamericano.

—¿Crees que me importa una mierda tu dudoso sentido del humor…?

—Aprieta el gatillo —lo interrumpe una voz detrás de nosotros—, y no quedará nada de ti que puedan enterrar.

Una carcajada incrédula brota de los labios de Dominic. Poco después, su pistola cae en la nieve.

—Tú ganas, Volkova —dice, apartándose de mí—. Por ahora.

Me giro hacia Katerina.

La sangre le gotea por la cara y le corre por la trenza como una arteria rota.

No es solo que me haya salvado, sino que ha peleado como una fiera para volver a mí. Esta mujer me ha visto, me ha elegido y ha decidido salvarme porque cree que valgo la pena. Carajo, me ha tocado la lotería.

Siempre quise un amor como el de Grayson y Ava. Me carcomía la envidia al pensar que nunca tendría la suerte de conocer a una mujer que me mirase como mi cuñada mira a mi hermano. Y ahora… Dios, el corazón casi me explota cuando los ojos azules de Katerina se clavan en los míos.

El pecho me ruge una verdad inquebrantable: es mía.

Me parece la mujer más guapa que he visto en mi puta vida.

Una corriente eléctrica me sube por la pierna, me sacude la ingle y va directa a mi polla. Incluso yo me sorprendo al ver cómo se mueve bajo mis pantalones. Se me escapa un gruñido.

—Joder… Ya sé que no es el momento, pero… Joder —murmuro, recolocándome la erección como puedo.

Dominic me mira atónito. Parece a punto de vomitar.

—¡Dime que no acabas de hacer eso! —Solo le falta echar espuma por la boca.

Me encojo de hombros sin vergüenza y miro a Katerina. Ella me sonríe exhausta, con las mejillas arreboladas. Baja la vista hacia el bulto de mi entrepierna y su cuerpo se sacude de la risa.

—Pensé que no podía amarte más —admito, con el pecho lleno de orgullo—, pero me equivocaba.

Cojea hacia mí con una mano apoyada en el costado. Mi euforia se esfuma al darme cuenta de que la sangre que le mancha el costado es suya. Acorto la distancia que nos separa con varias zancadas largas y me agacho para inspeccionarle la herida.

—Dime que no es grave —exijo, con la voz rota por la impotencia.

Sin dejar de apuntar a Dominic, me aparta el pelo de la cara como si fuera un cachorrito preocupado por su dueña.

—De lo contario, no seguiría en pie —me tranquiliza.

—Te tiene que ver un médico. —Le beso la cintura mientras le froto las pantorrillas.

—Lo que tenemos es que salir de…

Se calla al escuchar el ruido de unos motores. Ambos nos miramos sin entender nada. Dominic se echa a reír y alza la barbilla con orgullo.

—No eres el único con una mujer peligrosa dispuesta a cruzar el infierno por él —me dice—. Os presento a mi esposa: Lucrezia Morello. Y creedme: cuando llegue, vais a preferir que os hubiera matado yo.

Katerina aprieta los dientes y da un paso hacia él.

—Camina —le ordena, señalando con la pistola hacia el coche más cercano—. Siéntate detrás. Zane, recoge esa pistola y ponte al volante.

Dominic obedece y yo cojo el arma. La siento extraña en mis manos, pero no dudaré en apretar el gatillo. Nuestra única opción es seguir el plan de Katerina. No sé qué ha tramado, pero tampoco necesito conocer los detalles para seguirla.

Me apoyo en el coche, resollando por el esfuerzo. La herida del hombro me escuece con una violencia inesperada. A mi lado, Katerina parece igual de hecha polvo que yo, pero ninguno de los dos va a rendirse. Lo sé al mirarla y ver su sonrisa cansada pero confiada. Después de que Dominic se suba al coche y ambos nos

sentemos en la parte delantera, meto la primera marcha y me giro hacia ella.

No sé si es el dolor, el miedo o el hecho de seguir vivos, pero me estalla en el pecho una certeza tan jodidamente clara que no puedo callarla por más tiempo.

—Si salimos vivos de esta —le digo—, quiero casarme contigo.

No estoy preparado para conocer su respuesta, así que piso a fondo el acelerador y huimos de la esposa de Falsone. Puede que el enemigo nos pise los talones, pero la mujer que amo está a mi lado, y con eso me basta para creer que tenemos una oportunidad.

65

———————— ✊ ————————

Katya

Me duele cada músculo del cuerpo, pero mi mente está despejada y en modo supervivencia activado. La herida del costado no me preocupa. Hay orificio de entrada y de salida. Aunque me escuece como el demonio, sé que la bala no ha tocado ningún órgano. La ropa pegajosa por la sangre se adhiere a la piel de la cintura como un improvisado parche.

En cuanto tuve un segundo libre en el almacén, me arranqué un trozo de la camiseta, le hice un nudo y lo empujé contra el orificio de salida de la bala. Después apreté hasta que dejó de sangrar. Solucionado gracias a los primeros auxilios básicos que aprendí en el ejército.

Lo importante es que Zane y yo seguimos vivos, aunque la mujer de Falsone nos pise los talones. El almacén queda atrás como una mancha borrosa de humo y casquillos esparcidos por la nieve. Mientras Zane pisa el acelerador y conduce hacia donde le indico, Falsone canturrea en italiano, mirando por la ventanilla como si fuera el mejor día de su vida.

—Mentre il mondo pian piano spariva lontano, laggiù, una musica dolce suonava soltanto per me, volare oh, oh…

—¡Me estás tocando los cojones con esa canción de mierda! —estalla Zane, revolviéndose hacia él. Inspira hondo, aprieta la mandíbula y devuelve la vista a la carretera, mirándome de reojo—. ¿No puedes pegarle un tiro? ¡No lo soporto!

Entonces no tendríamos con qué negociar con su esposa. Y Falsone parece tan tranquilo que es evidente que debo andarme con ojo con ella. Con la frente apoyada en la ventanilla y los ojos entornados por la soberbia, Dominic sigue cantando alegremente.

—Ah, sí, el helicóptero —adivina al ver a dónde nos dirigimos—. Muy buena idea, Volkova.

—Cállate —le espeto—, o te pego un tiro en la rodilla.

—No querrás arrastrarme en vuestra huida —contesta con tono fanfarrón—. Sería un lastre que no te puedes permitir, Volkova.

Odio a este tío.

—Esta bestia inmunda e ignorante de dos metros —interviene Zane— puede cargar sin problema contigo. Reviéntale la rodilla, *malyshka*, te lo suplico.

Malyshka. Sonrío al escuchar el apodo al mismo tiempo que la expresión de Dominic se transforma en una mueca de indignación.

—Como te atrevas a ponerme tus sucias manos norteamericanas encima…

Los dejo discutiendo hasta que llegamos a una llanura amplia. El helicóptero está justo donde suponía. Lo primero que hice cuando nos bajaron de la furgoneta —antes de que nos arrastraran al almacén— fue memorizar cada punto del entorno. Como buen Don, Dominic querría tener salidas. No es un hombre que pise un sitio sin un plan de huida. Cuando vi el claro, supe que allí habría un helicóptero o una avioneta.

Pero no podemos llegar en coche, porque la nieve es tan alta que cubre los bajos del todoterreno. El motor se ahoga cuando intentamos avanzar. No tenemos más opción que seguir a pie los doscientos metros que faltan.

Zane agarra a Dominic con un brazo alrededor del cuello, pegándolo a su pecho y presionando el cañón de la pistola contra su sien.

—No hace falta que me sujetes así, animal piojoso —gruñe Dominic—. No voy a resistirme.

—¿Crees que disfruto teniéndote tan cerca? —replica Zane, frunciendo la nariz como si oliese basura—. ¡Apestas a colonia cara y a dictador de pacotilla. ¿Qué llevas, *eau* de Mussolini?

Dominic bufa y yo casi sonrío si no fuera por la punzada del costado.

Avanzamos con torpeza sobre la nieve. Cada paso es una batalla y nos hundimos hasta los muslos. A lo lejos, el helicóptero se alza

como nuestra última vía de escape. Zane ni siquiera me ha preguntado si sé pilotarlo. Después de todo lo que hemos vivido, su confianza en mí es tan intensa que me desarma.

Y yo no pienso fallarle.

Apenas hemos recorrido veinte metros cuando dos todoterrenos aparecen desde el bosque y derrapan sobre la nieve. Ni siquiera han frenado cuando ocho hombres armados saltan a toda prisa, seguidos de una mujer vestida de rojo. Alta, delgada y con una cascada de pelo negro y liso.

—Mierda —masculla Zane.

Dominic sonríe como si acabáramos de llegar al Disneyland de los mafiosos. Casi le salen corazoncitos de los ojos, como si fuera un maldito emoticono.

—*La mia regina è arrivata* —dice con la voz rebosante de orgullo.

La mujer del abrigo rojo escarlata se echa el pelo negro hacia atrás y entrecierra los ojos verdes en mi dirección. Ni siquiera pestañea mientras camina sobre la nieve con sus botas negras, como si estuviera desfilando por una pasarela.

Uf, son tal para cual.

—Así que tú eres la famosa soldado rusa. —Sus ojos calculadores me estudian de los pies a la cabeza—. Dile a tu hombre que deje de apuntar a mi marido. —Hace un mohín al mirar a Dominic—. La única que puede amenazarlo con un arma soy yo.

Zane aprieta más el brazo contra el cuello de Dominic, que empieza a ponerse morado por la falta de aire. Aun así, se las apaña para mantener el decoro. Zane presiona la pistola contra su sien mientras yo apunto a los hombres que acompañan a Lucrezia. La mirada que me lanza Zane grita: «Tú mandas». Ni lo dudo; giro el arma hacia Dominic.

—¡Se viene de viaje con nosotros! —le grito a Lucrezia.

Ella pone una mueca burlona y alza la barbilla con esa superioridad que solo tienen las mujeres que han aprendido a ganar en un mundo de hombres.

—¿Y cómo planeas pilotar ese helicóptero? —duda de mí.

Levanto la mano libre y agito la pistola sin dejar de apuntar a su marido.

—Con estas dos manos.

—Ah, ¿sí?

—Y, si nos seguís, tiraré a tu querido marido cuando alcancemos los mil pies de altura —le advierto, muy en serio—. Va a quedar tan guapo que el tanatopractor tendrá que cobrarte un extra para reconstruirle esa cara de basilisco que tanto te gusta.

—Así que sabes pilotarlo. —Mira de reojo hacia el hombre más alto y murmura con voz afilada—: Dijiste que no había registros de que supiera pilotar. Cuando regresemos a Italia, quiero que te cortes un dedo. —El rostro del hombre palidece de golpe, pero asiente cabizbajo. Lucrezia vuelve a centrarse en mí—. Perdón por haberte subestimado.

Me sonríe como si de repente fuéramos mejores amigas, se gira hacia uno de los coches y va directa al maletero.

—*Se vuoi che una cosa venga fatta bene* —dice, cabeceando— *falla tu stesso…*

Zane y yo nos miramos sin entender nada. ¿Se ha rendido? ¿Tan fácil? Dominic parece igual de perplejo que nosotros y sus hombres siguen quietos. No tenemos tiempo que perder, así que le hago un gesto con la cabeza para que avancemos hacia el helicóptero. No hemos dado ni cinco pasos cuando escucho un chasquido metálico. Giro la cabeza y veo a Lucrezia plantada delante de sus hombres, que la observan como si ver a su jefa sacar un lanzamisiles del maletero del coche fuera su pan de cada día.

Dominic se echa a reír como un maldito lunático, y Zane se queda igual de petrificado que yo.

¡Esta chiflada acaba de coger un lanzamisiles portátil como si fuera un bolso de Prada! ¿Qué les pasa a los calabreses? ¿Están todos igual de tarados?

Lucrezia sostiene el lanzamisiles sobre su hombro con una cara de entusiasmo idéntica a la de una niña en la mañana de Navidad.

—¡Gracias por mi regalo de cumpleaños, *amore*! —le grita a Dominic.

—Ah, *mia regina* —canturrea él—, siempre tan dramática…

Lucrezia me guiña un ojo, dirige la ojiva hacia el helicóptero y aprieta el gatillo. El proyectil atraviesa el aire como un rayo, impacta

de lleno en la cabina y el helicóptero explota con un rugido que sacude el suelo. La hélice sale volando y desaparece entre los árboles, envuelta en una lluvia de fuego, metal y humo negro. Zane arrastra a Dominic consigo y se pega a mí como si quisiera protegerme de la explosión. Pero estamos lo bastante lejos; Lucrezia lo sabía. De lo contrario, no se habría atrevido a usar el lanzamisiles con su marido tan cerca. Dominic, atrapado entre nosotros, no puede parar de reír como un hombre orgulloso de la locura de su mujer.

Lucrezia devuelve el lanzamisiles a uno de sus hombres y bate las pestañas de forma seductora.

—¿En qué helicóptero decías que ibais a escapar? —se burla.

La miro a los ojos.

¡Será zorra!

Y, como siempre, una nunca tiene una granada a mano cuando de verdad la necesita.

66



Katya

—¡Y por esto me casé contigo! —grita eufórico Dominic, echando la cabeza hacia atrás, y suelta una carcajada grave—. ¡Lo supe desde la primera vez que te vi, *amore mio*! ¡Eres mi alma gemela!

—Me odiabas la primera vez que me viste —le recuerda ella con tono acusador—. *E tu odi ancora mio fratello!*

Zane sigue apuntando a la sien de Dominic mientras esos dos charlan entre ellos como si no estuviéramos delante. Es tan fascinante como inquietante.

—*Massimo è un idiota, tesoro. Tu sei una Falsone!*

—*Morirò come una Morello, ti piaccia o no* —le contesta ella, muy digna.

Zane y yo intercambiamos una mirada incrédula.

—*Pietro ha la mira migliore! Ditegli di sparare al soldato russo.* —Doy un respingo porque creo haberlo entendido. Zane aprieta el cañón contra su sien, pero Dominic no se inmuta—. *Non appena cadrà, questo gigante furioso impazzirà.*

Lucrezia sonríe con una calma que me pone los vellos de punta cuando sus hombres giran sus armas hacia mí. No hacia Zane, solo hacia mí. Tuerzo el gesto. *Casi* me siento importante.

—Diles que dejen de apuntar a mi novia —le gruñe Zane al oído —, o lo único que recordará tu mujer de ti será la cara que pondrás antes de que te reviente los putos sesos.

—¿Te alegras de verme? —le pregunta Lucrezia a su marido, ignorando la amenaza de Zane.

—Con todo mi corazón —contesta Dominic, con la mano apoyada en el centro del pecho—. Siento haber arruinado tus vacaciones en Ibiza, pero te necesitaba. Acabemos con esto y volvamos a casa.

Lucrezia alza la mano izquierda, en cuyo dedo anular brilla un diamante del tamaño de un garbanzo, y les ordena:

—Bajad las armas.

Los hombres obedecen sin vacilar. Dominic parece igual de sorprendido que Zane y yo.

—¡Lucrezia! —le recrimina, atónito—. *Che cazzo stai facendo, mia vita?*

—Ho stretto un patto con suo fratello. E sono una donna di parola.

Dominic parece a punto de perder esa compostura italiana de la que tanto presume. No lo había visto tan alarmado, ni siquiera cuando he conseguido escapar o lo hemos metido en el coche. Lo que sea que le haya dicho su esposa ha desbaratado sus planes. Aunque se nota que ella es su debilidad, el Don murmura algo en italiano y sacude la cabeza con evidente molestia. Por un momento, parece que vayan a empezar a discutir a gritos, hasta que él levanta la cabeza con un suspiro resignado. Es alucinante ver cómo su furia se desinfla mientras su esposa le sostiene la mirada con altanería. Madre mía, lo tiene comiendo de la palma de su mano.

—*Con il maggiore?* —le pregunta Dominic, arrugando la frente—. *Hai accettato di farti vendere la posizione della spedizione albanese? È un accordo di merda, amore mio! Non ci serve per annientare gli albanesi!*

—*Morirai sottovalutandomi, mio caro marito.* —Ella cruza los brazos bajo el pecho. De pronto, parece resentida con él—. *Il maggiore crede che li libereremo perché ci ha offerto gli albanesi, ma non è tutto ciò che otterremo.*

—Non ti capisco. Con quale altro fratello hai stretto un patto?

—*Con il più bello.* —Los ojos de Lucrezia brillan, desafiantes, y Dominic resopla por la nariz—. *Alle spalle del maggiore. Prego.*

Dominic le muestra los dientes. Parece un perro a punto de atacar a su amo porque este lleva días sin alimentarlo.

—*Non puoi trovare attraenti altri uomini, amore mio!* —le grita, y yo no sé si ahora mismo quiere besarla o estrangularla—. *Fai emergere il mio lato geloso.*

—*Mi piace la tua vena di gelosia*. —Le sonríe con ternura—. *Ricordo ancora come hai minacciato di tagliare le mani al mio amante il giorno del nostro matrimonio.*

Me estoy empezando a mosquear. Muchísimo. Lo peor es que no sé si están discutiendo entre sí o cachondeándose de nosotros para que nos confiemos. Por si acaso, no he bajado el arma, igual que Zane. Para colmo, los hombres de Lucrezia parecen aburridos, como si estuvieran acostumbrados a estas peleas maritales.

—¿Entiendes algo de italiano? —gruñe Zane por lo bajo.

Niego con la cabeza, con la mandíbula apretada y los dedos firmes en el gatillo.

—*Cosa ti ha offerto il fratello tossicodipendente che valga la vita di questi due?* —le pregunta Dominic, más indignado que antes.

—*Sarà il nostro vincitore*.

Dominic se echa hacia atrás como si le hubiera escupido en la cara.

—*Il nostro cosa?*

—*L'orgoglio del Padrino* —contesta Lucrezia con absoluta firmeza.

Su marido parece a punto de sufrir un infarto.

—*Stai scherzando! No, Lucrezia! Quel maledetto drogato si farà una riga nella prima partita.*

—*Ucciderli non ti ripristinerà la reputazione.*

—*E fidarsi di un drogato va bene?* —escupe, atónito.

—*È astuto. E un bravo bugiardo. Se la caverà bene.*

Dominic y Lucrezia siguen gritándose en italiano como si se estuvieran lanzando cuchillos verbales. Zane parece a punto de apretar el gatillo o darle un cabezazo a Dominic.

—¡Hablad en nuestro idioma, carajo! —brama, fuera de sí—. ¡O pintaré la nieve con la sangre de este cabrón alérgico al *pepperoni*!

Lucrezia y Dominic se sostienen la mirada durante un instante que se me hace eterno. Al final, Dominic chasquea la lengua y gira la cara hacia mí, ignorando deliberadamente a Zane:

—Podéis iros, Volkova.

No entiendo nada. Algo se me escapa y odio sentirme tan perdida.

—¿Por qué? —sospecho.

—Porque la palabra de mi mujer es ley —sentencia.

—No lo entiendo.

—No tienes *nada* que entender.

Sigo sin fiarme. No quiero bajar la guardia y que nos peguen un tiro por la espalda.

—¿Cómo sé que no nos dispararéis?

—*Odio i russi e gli americani* —refunfuña. Luego mira a sus hombres—. Descargad las armas, desmontadlas y tiradlas al suelo.

Uno a uno, sus mercenarios obedecen. No me quedo tranquila hasta que levantan los brazos por encima de la cabeza.

—Leonardo —le ordena Dominic al pelirrojo—, arranca el coche y deja las llaves puestas.

El tipo corre a hacerlo. Yo aún sigo perdida. Nos está ofreciendo una vía de escape. Esto carece de sentido.

—Tienes mi palabra de que no os perseguiré —me asegura Dominic—. La deuda de sangre ha quedado saldada.

Zane gruñe con desprecio.

—¡Yo opino que debería volarle la cabeza a este desgraciado!

Dominic pone cara de asco.

—Llévate a esa bestia americana contigo o cambiaré de opinión, Volkova —me advierte—. Mi paciencia tiene un límite y tu novio se empeña en hacerme perder la poca fe que me queda en la diplomacia.

Sé que esta es nuestra última oportunidad y no puedo desperdiciarla preguntando el porqué.

—Suéltalo —le pido a Zane, sin apartar la mirada de Lucrezia.

Él obedece de mala gana. Aprieta el puño, conteniéndose para no estrellarlo en la cara del italiano, que se sacude el cuello del abrigo con agravio. Zane no deja de mirarlo mientras me sigue hacia el coche y murmura que deberíamos pegarle un tiro aunque solo fuera a él. Cuando pasamos junto a Lucrezia, ella me observa con los ojos entornados, como si me estuviera analizando por dentro. No me gusta en absoluto la calma que desprende. Parece una mujer que ha perdido una batalla para ganar la guerra entera.

—¿Sabes lo que me gusta de ti, Katya Volkova? —dice cuando abro la puerta del conductor—. Que serías una campeona

extraordinaria. Si algún día te aburres de jugar para los buenos, llámame.

Zane y yo subimos al coche sin mirar atrás. Sujeto el volante con las manos aún temblorosas y piso el acelerador a fondo.

No entiendo lo que acaba de pasar.

—*Fratello* significa «hermano» en italiano —le explico a Zane. Es lo único que he captado de su conversación.

—Deberíamos haberlos matado a los dos —lamenta—. Nadie cuerdo sonríe con un lanzamisiles en la mano.

No seré yo quien le lleve la contraria…

Todavía vigila por el espejo retrovisor, como si temiera que Dominic, su mujer y sus hombres fueran a venir tras nosotros. No se relaja hasta que nos alejamos unos kilómetros. Solo entonces exhala y apoya la cabeza en el respaldo.

—Grayson nos ha salvado.

Yo no lo tengo tan claro. Dominic nunca aceptó negociar con él. Entonces, ¿qué ha podido ofrecerle Grayson a su Lucrezia para que haya cambiado de opinión? Si Lucrezia Falsone parecía tan satisfecha, es porque ha conseguido justo lo que quería.

En la mafia, solo hay algo más peligroso que un Don con poder: una esposa que sabe cómo usarlo.

67



Zane

Hemos viajado vigilantes y en silencio durante dos largas horas por una carretera perdida de la mano de Dios. Katerina aprieta el volante como si aún creyera que ese matrimonio de chiflados podría seguirnos. Ninguno de nosotros entiende por qué nos han dejado escapar. Tras cruzar el tercer pueblo, Katerina detiene el coche a un lado de la carretera, afloja los brazos, cierra los ojos y apoya la frente en el volante.

Me duele el alma verla así. Parece física y mentalmente agotada, con la trenza deshecha y la piel pálida. Quiero sentarla en mi regazo, alimentarla y cuidarla durante el resto de mi vida.

—Deja que yo conduzca.

—Dame un segundo —contesta con voz débil—. Enseguida me recupero.

¡Maldita sea! Está hecha de acero. Me dan ganas de sacudirla, de obligarla a descansar y, al mismo tiempo, de abrazarla tan fuerte que no pueda escapar de mis brazos en los próximos diez años. Me desespera y me fascina a partes iguales. La admiro tanto que siento que el pecho va a reventarme de amor, y lo único que quiero es arrodillarme para jurarle que algún día seré digno de ella.

Estira el brazo y me toca la pierna. Su mano está fría y sudada. Se la aprieto entre las mías y le beso los nudillos sin importarme que estén manchados de la sangre de otros hombres.

—Quiero que un médico te inspeccione cuanto antes —insisto, sujetando su mano para impedir que vuelva a conducir—. Desde los dedos de los pies hasta esas dos heridas de bala.

—A los dedos de mis pies no les pasa nada —asegura, con la cara apoyada en el volante—. Lo del hombro es un rasguño. Y la herida del costado está controlada.

—¡¿Pero tú te escuchas, joder?! —exclamo, al borde de un ataque de pánico—. Siempre dices que lo tienes controlado, que puedes con todo, que no necesitas a nadie. ¡Pero a mí me va a dar un puto infarto, Katerina! ¿Y si sufres una septicemia? ¿Y si tienes algún hueso roto? ¿Y si empiezas a sangrar por dentro y yo no me entero hasta que sea demasiado tarde? ¡Mierda, *malyshka*, has perdido mucha sangre!

Katerina se echa hacia atrás, se quita el cinturón con la otra mano y se sube a horcajas sobre mí. Sus manos me acunan la cara y me sonríe como si yo hubiera perdido la cabeza.

—Eres adorable cuando te preocupas por mí.

—¡Mujer! —me desespero—, vas a acabar conmigo si no te ve un médico. No estoy hecho para quererte así. Mi corazón no aguanta pensar que podrías morirte mientras yo no tengo ni puta idea de qué hacer. ¡Estar enamorado es una maldita tortura!

Se inclina y me acaricia los labios con los suyos muy despacio. Se me olvidan todas las recriminaciones que iba a hacerle sobre su escaso sentido de la protección hacia sí misma. Su boca sabe a la perdición más dulce. Estoy tan sobrepasado por el alivio de que estemos vivos que tardo un momento en darme cuenta de que no solo me está besando, sino palpándome por encima de la ropa con precisión quirúrgica.

—Katerina… —protesto contra su boca.

Si me besa, no puedo quejarme. Y lo sabe. Por eso continúa examinándome con las yemas de los dedos.

—¡Soy yo el que está preocupado por ti! —Le sujeto las muñecas —. Mierda, *vedma*, se me va a salir el corazón del pecho como no te vea un médico pronto.

Se muerde el labio y me roza la mejilla con la nariz.

—Confiaste en mí —susurra, frotando la nariz contra la mía—. Es lo más bonito que nadie ha hecho por mí.

Lo dice la mujer que ha matado a un montón de hombres para salvarme. ¡Por Dios! Espero que, en el futuro, se dé el suficiente

crédito a sí misma. De lo contrario, tengo un arduo trabajo por delante recordándole cada día lo valiosa que es.

—No parecías sorprendido cuando me has visto aparecer. Y te he escuchado distraer a Dominic para conseguirme tiempo.

Le acaricio la garganta con cuidado.

—Era lo mínimo que podía hacer —contesto, afligido—. Tú has hecho todo el trabajo duro.

—No.

Pongo los ojos en blanco. No es que me moleste que cualquiera cuestione mi masculinidad. Eso me la suda, porque me encanta lo jodidamente fuerte que es. Lo que me desquicia es no haber hecho más. No haber sabido cómo estar a la altura de la situación y haber sido un lastre para su supervivencia. Me siento como un crío en medio de una guerra, y ella…

—Somos un equipo, mi dulce *durak*.

Me río de mala gana.

Rodea mi cintura con sus brazos y apoya la mejilla en mi pecho, como si ese fuera su sitio. Sus labios se posan en mi barbilla con una delicadeza que me acaricia hasta el último rincón del cuerpo. Nunca pensé que dejarme querer sería tan fácil y adictivo. No quiero desengancharme de esta sensación ni en un millón de años. He nacido para quererla y para dejar que me quiera.

—Estás despedida.

Mis palabras la sobresaltan y se aparta lo justo para verme la cara.

—¿Disculpa?

—Eres la mejor guardaespaldas, pero ya no necesito que me protejas —susurro, tocándole la cintura con ambas manos, asegurándome de que sigue frente a mí, cálida y entera—. Y si vuelves a recibir un solo tiro por mí… —cierro los ojos un segundo y trago saliva—, le demostraré al mundo por qué me llaman Demonio.

Ella entrecierra los ojos, desafiante.

—Así que me relevas de mis servicios, ¿eh? —Me clava un dedo en el pecho.

—No exactamente. —Levanto su barbilla y acerco mi cara a la suya—. Quiero firmar otro tipo de contrato contigo. Uno que exige

fidelidad absoluta y te obliga a dormir todos los días en mi cama.

—¿Hasta que la muerte nos separe?

—La eternidad suena mejor —digo contra sus labios.

Ella se queda muy quieta. De pronto, vuelvo a convertirme en el niño que nunca creyó merecer algo tan bonito como ella. Tirarme sin paracaídas desde un rascacielos me daría menos miedo que su rechazo. Pero se trata de la mujer que ha peleado contra un ejército de mafiosos para estar a mi lado, así que resisto mi propia vulnerabilidad para enfrentarme a la suya.

—No pretendo cortarte las alas, Katerina. Me gusta que seas fuerte, obstinada y valiente. No quiero cambiarte —me sincero, besándola en la comisura—. Te quiero tal y como eres.

—Seguiré siendo guardaespaldas, Zane. No la tuya, pero me jugaré la vida y…

—Mierda, Katerina, acepto aun sabiendo que dormiré todas las noches temiendo que sea la última que te vea —reconozco con amargura—. Pero he visto lo dura que eres y lo difícil que es matarte. Si intentara cambiarte, nunca me lo perdonaría. —Le froto el cuello con el pulgar—. ¿Qué me dices, Katerina?

Aspira con fuerza y le tiemblan las pestañas. Durante unos segundos, no tengo claro si va a darme una respuesta o a salir corriendo. Me agarra de la camiseta como si necesitara sujetarme para no perder el equilibrio. Cuando sus ojos se encuentran con los míos, sus labios se curvan en una sonrisa asustada, como si se muriese por saltar al vacío y creyese que yo no estaré esperándola al otro lado.

—Sí —susurra al fin.

—Algún día —la acerco más a mí— te vas a meter en esa cabecita que yo no te sé querer a medias. Te quiero con todo lo que eres, incluso con las partes que podrían alejarte de mí y de este mundo. Te quiero siendo tú, con todo lo que te hace peligrosa, libre y valiente. Si intentara meterte en una burbuja, dejarías de ser mi *vedma*, y yo dejaría de merecerte. Y no podría vivir con eso, porque te estaría salvando a costa de romperte.

Katerina se inclina y me besa. Siento que acariciar sus labios es tocar el paraíso, porque el infierno se queda sin llamas cuando

nuestras bocas se encuentran.

Pero entonces algo golpea la ventanilla.

Mi cuerpo reacciona antes que mi cerebro al anticipar la amenaza. La alzo y la deposito en el asiento del conductor. Luego abro la puerta de golpe, con tal fuerza que empujo al cabrón al suelo. Y me abalanzo sobre él con el puño en alto, listo para reventarle la cara… hasta que reconozco los ojos color miel de mi hermano.

—¡Grayson!

—Esta familia me va a costar la salud —se queja, con la cabeza semienterrada en la nieve.

Le tiendo la mano para ayudarlo a incorporarse. No siento ni una pizca de culpa.

—Tú y yo tenemos que hablar —le reprocho, indignado—. Puto mentiroso.

Acepta mi mano y tiro de él para levantarlo. Se sacude la chaqueta con ese aire regio del típico líder que no se arrepiente de nada porque considera que cada decisión era necesaria, incluso las mentiras.

Katerina sale del coche y él asiente hacia ella con aprobación.

—Salvaste a mis hermanos —le reconoce—. Y has mantenido a Zane con vida. Estoy en deuda contigo.

—Es la hostia de buena —entrelazo mi mano con la suya— y mi futura mujer, Grayson el Mentiroso.

Él se pasa la mano por la barbilla.

—Este apodo me gusta aún menos que CEO de Nuestras Miserias —recuerda con ironía uno de los numerosos alias con los que lo ha bautizado River—. ¿Se te pasará en los próximos diez años?

Entorno los ojos. El rencor me pesa en el pecho como una losa de hormigón. Que sufra un poco más.

—Lo dudo.

Mi hermano resopla.

—No sabéis lo que me ha costado en…

Un grito agudo lo interrumpe. Winter y Josh asoman las cabezas por las ventanillas traseras del coche que hay aparcado unos metros más lejos. Ava baja con Josie en brazos y River la sigue con unas profundas ojeras. Al menos parece sobrio, y estoy seguro de que se

ha llevado una buena bronca por amenizarnos el ataque con su borrachera y un tema de AC/DC.

Winter viene corriendo hacia mí.

—¡¡Estáis vivos!!

Me agacho con los brazos abiertos, listo para recibirla, pero ella me esquiva y se lanza hacia Katerina, que se queda tan sorprendida como el resto.

—¡Les dije que no estabais muertos! ¡Que tú acabarías con esos italianos!

Katerina me observa como si buscara una explicación y le devuelve el abrazo con torpeza. Yo me rasco la nuca y Grayson, a mi lado, no consigue disimular una sonrisa. La cara me arde de bochorno. Sí, ya sé que mi prometida es una mezcla entre Chuck Norris y Wonder Woman, pero tampoco estaría mal que la princesa me diera un poco de crédito.

—Yo he matado a uno estrangulándolo… —murmuro por lo bajo.

Josh se me acerca y me da un toque en el hombro.

—Me alegro de verte, Hulk.

No soporto haberlo amenazado. Mi intención nunca ha sido hacerlo sentir de menos en esta familia, así que lo envuelvo en un abrazo que casi lo parte en dos.

—¡Te quiero, Joshua!

Ava está llorando con mi sobrina en brazos. La pequeña Josie estira las manitas hacia mí.

—¡Golpe!

Voy hacia ellas y finjo golpear mi frente con la suya. Josie se echa a reír cuando le doy un beso en la frente. River está detrás, con las manos en los bolsillos y la mirada vacía. Parece estar a kilómetros de distancia. No sé si se ha drogado o ha discutido con Grayson, pero me preocupa lo que veo en su expresión. Hoy parece menos River que otros días.

—Necesitas una ducha —dice, sin más.

No tengo ni puta idea de qué está pasando con él, pero ya lo averiguaré. Por el momento, solo me importa una cosa: estamos juntos. Y ahora Katerina forma parte de nuestra familia, igual que

Ava. Para recalcarlo, estiro el brazo hacia ella, invitándola a unirse a nuestro abrazo.

—¡Que asco! —protesta Winter cuando le echo el brazo por encima—. ¡Oléis como si llevarais semanas sin echaros desodorante, guarros!

Diez días más tarde



Katya

El vestido de terciopelo negro cae sobre mis piernas como una segunda piel. Es pesado y suave, con una abertura hasta la rodilla y un profundo escote en la espalda. Nada de adornos, encaje ni perlas. La tela es lo bastante gruesa para llevar un cuchillo escondido en el interior del muslo, porque una nunca sabe cuándo puede necesitar un arma. Y yo no pensaba estar desarmada el día de mi boda.

Por supuesto, llevo el pelo recogido. Esta vez, trenzado en forma de corona sobre la cabeza, con algunos mechones sueltos enmarcándome el rostro. No quería vestirme de blanco ni llevar el pelo suelto. De solo imaginarlo, me sentía disfrazada.

Esta soy yo. Mi pelo trenzado. Mi color.

Ava se ha encargado de peinarme y maquillarme porque no me sentí cómoda tras la prueba con la maquilladora ni tampoco soportaba que un extraño me tocara el pelo. Mi cuñada ha respetado mi estilo sobrio. Solo un poco de colorete suave, un pintalabios *nude* y un toque de rímel. Mientras termina de pintarme las pestañas, giro la alianza con el pulgar.

Zane me la regaló al día siguiente de escapar. Yo estaba en el hospital, con un vía clavada en el brazo y un montón de médicos pululando a mi alrededor. Me puse de los nervios porque desapareció durante horas y casi salí a buscarlo, hasta que regresó con aquel anillo y se arrodilló al pie de mi cama para volver a pedirme matrimonio.

—Quería hacer las cosas bien —me dijo con voz ronca—. Mereces un anillo. Lo mereces todo, Katerina.

Es un anillo de ónix volcánico, con un rubí color rojo sangre tallado en forma de corazón. En el interior hay una frase grabada: «*Do vechnosti*», hasta la eternidad.

—¡Estás guapísima! —exclama Ava, sacándome de mis recuerdos.

Josie está sentada en la alfombra, con un vestido rosa pomposo y una corona de flores torcida sobre su maraña de rizos pelirrojos. Tiene las mejillas manchadas de migas de galleta y está jugando con la falda de mi vestido.

—¡Barbie *plincesa*! —Esconde la cabecita dentro y me besa el tobillo.

—Tú sí que eres una princesa. —Levanto la falda y ella pone la boca en forma de O— ¡Te pillé, bichito!

La pequeña rueda panza arriba sobre la alfombra. Me encanta que sea una bebé tan risueña. Nunca se me han dado bien los niños, pero Josie es tan adorable que encariñarme con ella ha resultado demasiado fácil. Me he tomado un breve descanso de mi trabajo hasta que esté del todo recuperada, así que he pasado más tiempo con mi sobrina. Ahora, cada vez que la sostengo en brazos o le leo un cuento, recuerdo lo que le dije a Zane con un pellizco de emoción: «Lo quiero todo contigo. La casa. La boda. El bebé».

No me arrepiento de aquellas palabras. La casa ya la tenemos y estamos a punto de casarnos. Es cierto que aún es demasiado pronto para saber si el momento de pasión que vivimos en la celda tendrá consecuencias. Si es así, no me asusta en absoluto. De lo contrario, me gustaría ser madre dentro de algunos años. Por el momento, prefiero tener a Zane solo para mí.

Winter entra sin llamar, porque la verdadera princesa de la familia no considera necesario pedir permiso. Va vestida igual que Josie. Las dos son mis damitas de honor y pedí que fueran de rosa porque es el color favorito de Winter. Quería que hubiera un toque alegre en la ceremonia. No todo tiene por qué ser negro.

—No puedo creer que Zane vaya a casarse. —Se agacha para coger a Josie en brazos y me guiña un ojo—. Después de la boda no lo puedes descambiar. Te toca quedártelo para siempre. ¡Lo siento!

—Winny, no seas mala —la regaña Ava.

Yo sonrío y sacudo la cabeza. No tengo la menor intención de separarme de mi enorme, a veces desesperante y cabezota *durak*. «Para siempre» es un buen comienzo.

Winter se dirige hacia la puerta, con Josie apoyada en su cadera, y se gira hacia mí antes de salir. La aprobación brilla en sus ojos. Hace poco no me podía ni ver, pero ahora le avergüenza que sus hermanos se lo recuerden, así que yo he decidido no hacer leña del árbol caído.

—Molas muchísimo —me dice con aprobación—. Eres como Miércoles Addams versión boda. Pero en plan porno.

Si eso ha sido un cumplido, creo que me gusta.

Ava posa una mano en mi hombro después de que Winter se marche con su hija.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco —reconozco, mirándome en el espejo—. No me gusta ser el centro de atención.

—¡Pues lamento decirte que no pasarás desapercibida siendo una Knight —comenta, envolviéndome entre sus brazos. Pega su mejilla a la mía y me sonríe a través del espejo—. Me alegro de que formes parte de nuestra familia. En serio. Y de que hagas tan feliz a Zane, porque merecía encontrar a una mujer tan especial como tú. —Me estrecha contra su pecho con ese aire maternal que desprende y que hace que todos los hermanos la adoren y le pidan consejo—. Sé que somos muy distintas y que eres reservada e independiente, pero… solo quiero que sepas que me encantaría que algún día me consideraras tu amiga.

Soy demasiado torpe para estas interacciones sociales, sobre todo cuando se trata de mujeres, pues nunca he tenido una amiga. Sin embargo, su sinceridad me desarma y pongo mis manos sobre las suyas.

—Mientras no me pidas que te acompañe de compras o que te ayude en la cocina, estoy segura de que podremos congeniar —aseguro—. Gracias por ponerme las cosas tan fáciles, Ava.

—¡Bah! ¡En esta familia hacen falta más mujeres! —Me suelta y se acaricia el vientre plano—. Ojalá sea una niña.

Abro los ojos de par en par.

—¿Estás embarazada? —susurro, sorprendida.

—De cinco semanas. Grayson y yo quisimos mantenerlo en secreto porque no era el momento de contarlo… —confiesa, mordiéndose el labio—. Luego se lo diremos a los demás. Llevábamos un tiempo intentándolo, y justo cuando empecé a rendirme, la prueba de embarazo dio positivo. —La cara se le ilumina de felicidad—. Grayson merece este bebé y tengo la impresión de que nunca podré agradecerle todo lo que ha hecho por mí. Su amor es tan profundo y desinteresado que, a veces, creo que algo me lo arrebatará en el momento menos pensado —confiesa con un suspiro—. Es… aterrador, ¿sabes? Ser tan feliz junto a otra persona, cuando durante mucho tiempo solo te bastabas a ti misma y ahora sabes que perderlo te rompería de una forma de la que no podrías levantarte.

—Eres más fuerte de lo que crees, Ava —aseguro sin dudar.

—Mmm… Eso es lo que siempre dice mi marido.

Alguien llama a la puerta. Por un segundo, creo que Zane se ha impacientado y ha decidido romper el protocolo. Pero, cuando la puerta se abre, aparece el hombre del que estábamos hablando.

Mi relación con el marido de Ava es… tensa. Estoy segura de que me ha aceptado porque no le ha quedado otro remedio. Incluso me ha costado menos esfuerzo valorar el sentido del humor retorcido de River que tener una conversación de más de diez segundos con el hermano mayor de Zane.

—¿Puedo pasar?

—Eh… Sí —respondo con incomodidad.

—Os dejo solos. —Ava besa a su marido—. No tardéis. Ya sabéis que la paciencia no es la mayor virtud de Zane.

Grayson es nuestro padrino porque así lo quiso Zane. Parece tan distante y comedido que tengo la impresión de que nunca llegaré a conocerlo. ¿Es capaz de sentir aprecio por alguien que no sea su esposa, su hija o sus hermanos? Creo que no.

—Quería disculparme —dice, directo al grano—. Por haberte impedido participar en las negociaciones con Falsone. Visto en retrospectiva, fue un error. No volveré a mantenerte al margen de las cuestiones relacionadas con la seguridad de mi familia.

Estoy tan sorprendida que ni siquiera intento disimularlo.

—¿Zane te ha obligado a pedirme disculpas? —pregunto con suspicacia.

—Si fuera así, te lo habría dicho —contesta con cierta crispación —. Esto es de mi propia cosecha. Y mi mujer tampoco ha tenido nada que ver —añade, por si acaso—. Ni en la oferta que estoy a punto de hacerte. Como sabes, la mayoría de mi personal de seguridad cayó durante el ataque, y he relevado del servicio a mi jefe de seguridad. —Asiento. Estoy al tanto—. Me gustaría que tú fueras mi nueva jefa de seguridad.

—Dime que el frío de Alaska no te ha congelado el cerebro.

Esboza una mueca tirante.

—Quiero a los mejores trabajando para mí. Y tú has demostrado ser la mejor. No tienes que responder ahora. Tómate unos días para pensarlo. —Se dirige al mueble de las bebidas y coge dos copas—. No puedo ni respirar si siento que no protejo a los míos, y sé que nadie lo hará como tú.

Sus palabras me recorren como un tatuaje invisible, y acepto la copa que me ofrece. Sin saberlo, Grayson no solo me está tendiendo la mano, sino que me está reconociendo. No por ser la prometida de su hermano, sino por lo que soy capaz de hacer. No me ofrece un hueco en su familia: me da la oportunidad de ganármelo por derecho propio. Y eso, para alguien como yo, lo significa todo.

—No necesito pensarlo —respondo deprisa—. Acepto con una única condición: escogeré a mi propio equipo.

—Hecho. —Llena nuestras copas de champán—. Aún no entiendo por qué Lucrezia aceptó mi acuerdo cuando su marido lo rechazó varias veces. No he podido dejar de darle vueltas —comenta, alzando la copa hacia la mía—. Me molesta saber que algo se me escapa.

—Entonces, brindemos porque estamos vivos.

Grayson asiente y choca su copa con la mía. Al probar el champán, estoy convencida de que tarde o temprano descubriremos la verdad.

La boda



Zane

El nudo de la pajarita me aprieta la garganta. Odio este esmoquin que Winter me ayudó a elegir. Según ella, ninguna mujer querría casarse con un hombre que no es capaz de ponerse un traje el día de su boda. Ahora mismo me siento como un imbécil a punto de reventar esta maldita camisa. A mí me van las sudaderas holgadas y los pantalones cómodos.

¿Por qué demonios tarda tanto? Quizá debería ir a buscarla.

Al menos hace buen tiempo en la terraza del rascacielos. No nos costó elegir este sitio, porque ambos queríamos una boda íntima y sencilla. Aquí crecí con mis hermanos. Ahora la usamos para nuestras partidas nocturnas de póker. Hoy está decorada como un puto sueño: lavanda por todas partes. Sobre las sillas, los centros de mesa, los arcos florales e incluso en las columnas de la barandilla. Lo pedí yo, porque es el olor de Katerina y lo primero que sentí el día que la abracé fue su perfume de lavanda. El resto de la terraza está decorada de color negro. También ha sido idea mía.

Nada blanco ni clásico. Nada que no tenga su esencia. Esta boda es nuestra. Sin cursiladas ni gente que no importa.

Solo están mis hermanos, el entrenador Clarkson y los compañeros de trabajo de Katerina, a los que ella tiene aprecio y yo conocí hace unos días. Todos menos Logan, claro está. Ese cabrón traidor se largó después del fiasco de la operación.

Contengo el aliento cuando Winter y Josie caminan hacia el altar. Los nervios deben notárseme en la cara, pues mi hermana me hace un gesto para que me calme. La pequeña Josie da tres pasitos indecisos, se tropieza con el vestido y se cae de culo sobre la

alfombra nupcial. En vez de echarse a llorar, se ríe como una campeona, mete la manita en la cesta de flores y se lleva un puñado de pétalos a la boca. Josh, con la cámara en la mano, se arrodilla para hacerle una foto. Luego la coge en brazos y la lleva al altar.

—Estás hecho un hombre, hijo —dice la voz rasposa del entrenador Clarkson—. Estoy orgulloso de ti y es un honor oficiar tu boda.

Katerina estuvo de acuerdo en que fuera el maestro de ceremonias. Hoy nos casamos de forma simbólica y mañana firmaremos el acta nupcial en el juzgado. Clarkson es la única persona ajena a mi círculo en la que confío.

No quepo en mí al escucharlo llamarme «hijo». Por su edad, podría ser mi padre. Al menos, el que me habría gustado tener. El entrenador no tiene hijos ni pareja, así que me sorprendió cuando me preguntó si podía venir acompañado a mi boda.

—¿Dónde está su acompañante, entrenador? —le pregunto con interés.

—Estoy deseando presentártelo, pero habíamos pensado esperar a que terminara la ceremonia.

—¡Tonterías! —me impaciento—. Mi prometida ha decidido hacerme esperar. ¿Quién…?

Una cabeza emplumada aparece por la izquierda. Me doy la vuelta como si hubiera visto al mismísimo Lucifer. Flappy —la mascota del equipo—, vestido con un traje azul oscuro, me hace una reverencia.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —le ladro, a punto de abalanzarme sobre él.

Flappy se quita la cabeza del disfraz. Descubro el secreto mejor guardado de los Guardians: es un hombre de mediana edad, con entradas y cara de buena gente.

—¡Me alegro de verte, tío! —me saluda, tan campante—. ¡Soy tu mayor fan! Flappy para la afición, y Lenny para los amigos.

—¿Mi mayor fan? —me enfurezco—. ¡Siempre te burlas de mí en los partidos!

—Es parte del espectáculo —me confiesa con un guiño—. Te presto más atención que a los demás porque eres la estrella del equipo.

Suelto un gruñido, poco convencido. Me cuesta odiarlo con esa expresión bonachona, sobre todo al darme cuenta de cómo lo mira el entrenador.

—Además —continúa Flappy, quiero decir, Lenny—, nunca me metería con el jugador favorito de Nate —asegura con tono cómplice —. Tú eres como el hijo que siempre quiso tener. Le suelo decir que se le nota la debilidad que tiene por ti.

—Lenny —carraspea Clarkson—, se supone que no puedo tener favoritos.

Lenny pone cara de circunstancia y yo no quepo en mí de la satisfacción.

—Lenny y yo nos conocimos cuando lo pillé quitándose la cabeza de Flappy tras un partido —me explica Clarkson.

—Me echó la bronca por darte demasiada caña —recuerda Lenny con expresión nostálgica—. Le dije que me dejara invitarlo a un café para explicarle que no lo hacía con maldad. Aunque, en realidad, estaba loco por él desde la primera vez que lo vi y solo buscaba una oportunidad.

—De eso hace cinco meses —me explica Clarkson—. Nadie lo sabe. El *hockey* sobre hielo sigue siendo un mundo cerrado en ciertos aspectos. Hemos avanzado, sí, pero aún hay demasiada homofobia. A veces, incluso los más veteranos nos cansamos de escondernos. Quería que tú, alguien a quien respeto y en quien confío, fueras el primero en saber que amo con todo mi corazón a Lenny.

Al principio no sé qué decir, así que me rasco la nuca con incomodidad. Esto es raro de narices. ¿El entrenador y la mascota del equipo?

—Me va a costar acostumbrarme… —reconozco, ganándome una mirada desilusionada de Clarkson— a saber que hay un buen tipo detrás del tocapelotas de Flappy.

Clarkson se relaja y Lenny se echa a reír. Le estrecho la mano a Lenny y abrazo al entrenador.

—Su felicidad es mi felicidad, entrenador.

—Lenny tiene razón —me confiesa al oído—. Siempre has sido y serás mi favorito, hijo.

Me guardo para mí lo que bulle por dentro: si alguno de mis compañeros se atreve a faltarle al respeto o a socavar su autoridad por haberse enamorado de un hombre, entonces le partiré las piernas sin pensármelo dos veces. Y, si hace falta, les enseñaré a hostias que Clarkson es un tío de puta madre y diez veces más valiente que todos ellos juntos.

Suena *Everlong,* de Foo Fighters, la canción favorita de Katerina. Todos se giran expectantes hacia la entrada. Los segundos transcurren con deliberada lentitud y a mí se me cae el alma a los pies al no verla aparecer.

—Tarda mucho —le digo inquieto a River por lo bajo.

—Tranquilo, Grandullón, no se va a echar atrás —asegura, frotándome la espalda.

Estos últimos días ha estado bastante raro y ausente, pero hoy vuelve a ser nuestro River. Exhalo por la nariz justo cuando Josh me hace una foto. Casi me ciega con el maldito *flash*.

—Como vuelvas a hacerme otra foto, te comes la cámara, Joshua.

—Ni en el día de tu boda puedes calmarte un poco —farfulla, girando la cámara hacia Winter, que posa encantada con Josie.

—Parezco un gilipollas con este traje —protesto—. Yo quería casarme en sudadera y pantalones de chándal.

—Claro que sí —dice River—. Y de menú, hamburguesas y perritos calientes. Y de postre, helado de fresa.

—¡Ojalá!

Mierda, ya me ha entrado hambre. Me cuadro mientras Grayson me ajusta la pajarita con la precisión de un relojero suizo.

—Tranquilo —dice Grayson mientras termina de colocarla—. Ninguna mujer se enfrentaría a un ejército de mafiosos armados para dejar plantado en el altar a su prometido.

El recuerdo me arranca una sonrisa de oreja a oreja y le confieso en voz baja:

—Creo que me he empalmado.

Grayson sacude la cabeza con incredulidad.

—Estáis hechos el uno para el otro.

Desde que escapamos de aquel infierno, no hemos pasado ni un solo día separados. Katerina se mudó a mi casa, porque no

soportábamos dormir en camas distintas. Al segundo día, se dio cuenta de que yo odiaba aquella casa de ladrillo rojo, pero me callaba para no hacerla sentir mal. Me preguntó dónde querría vivir si pudiera elegir, y le contesté avergonzado que me encantaría mudarme lo más cerca posible de mis hermanos. No puso ninguna pega. A la mañana siguiente nos instalamos en el rascacielos, justo en el piso inferior al de mi familia. Ahora cenamos todos juntos cada noche, pero tenemos intimidad y podemos gritar todo lo que nos dé la gana mientras hacemos el amor.

Estoy en la gloria.

Cuando la canción está a punto de terminar, Katerina aparece caminando por la alfombra, vestida de negro y con una trenza coronando su cabeza.

El aire abandona mis pulmones. Me quedo muy quieto, hechizado por esta visión tan hermosa. Es una reina salvaje e invencible, absolutamente perfecta en su rareza.

Yo nunca me vi en el papel de novio. No porque no deseara casarme, sino porque jamás había conocido a la mujer capaz de hacerme imaginar un «para siempre». Pero ahora que la veo venir hacia mí, descalza y vestida de negro, desafiando todas las normas y siendo fiel a sí misma, mi único deseo es conservar lo que tenemos. Porque yo no creía en los finales felices, pero esta mujer es el mío.

—Siento haber tardado —se disculpa en voz baja al llegar hasta mí—. No estoy acostumbrada a caminar con tacones. Al final me los he quitado. —Bajo la vista a sus pies y sonrío—. Tampoco estoy vestida de blanco.

Sin poder contenerme, me salto el protocolo, la rodeo por la cintura y la beso.

—No te imaginaba de otra forma —admito, cogiendo sus manos. El pecho me duele tanto de la emoción que tengo que aclararme la garganta para poder decirle—: *Ty voploshcheniye mechty.*

Su sonrisa es más resplandeciente que el zafiro que Grayson guarda en el bolsillo de su chaqueta. A pesar de la felicidad, está temblando de la cabeza a los pies, así que entrelazo nuestros dedos y me acerco un poco más hasta que nuestros cuerpos se tocan.

—Mírame a mí —digo en voz baja.

Ella respira hondo y asiente.

—Nunca he dejado de hacerlo.

Katerina no aparta los ojos de mí en ningún momento. La ceremonia es breve, tal y como le pedimos a Clarkson. Después de que intercambiemos nuestros votos, Grayson me entrega el anillo: una alianza de titanio negro con un zafiro azul en el centro. Visité doce joyerías hasta encontrar la alianza perfecta para ella.

—El titanio es resistente e indestructible, igual que tú —digo mientras le coloco el anillo—. Y el zafiro me recordó a tus ojos. Dentro hay una inscripción: «*Vsegda tvoy*».

Siempre tuyo.

—El ruso se te da cada vez mejor.

—Esta noche, en nuestra cama, te enseñaré todas las palabras que he aprendido —le susurro al oído.

Y entonces la beso.

***

Esta es la mejor boda de la historia. Hay perritos calientes y minihamburguesas. ¡Y una tarta nupcial de Twinkies! Gracias a mi cuñada, la felicidad existe y sabe a comida basura.

Yuri, Reyes, Brandon y Nash —los compañeros de Katerina— me parecen buenos tíos. Se nota que la admiran y respetan. Yuri incluso ha tenido los huevos de sacar a bailar a mi mujer. Para mi sorpresa, ella ha aceptado con una sonrisa desafiante. En cuanto ha sonado una canción rusa que no conocía ni de oídas, ambos se han plantado en medio de la pista y se han agachado para bailar *kazachok*, una danza tradicional rusa que consiste en bajar el culo casi hasta el suelo, con las piernas alternándose hacia delante a toda velocidad mientras mantienen los brazos en jarras. Brandon, con varias cervezas de más y la autoestima por las nubes, ha intentado imitarlos y ha acabado espatarrado sobre el suelo.

Josh escupió su refresco por la nariz con tanta fuerza que estuvo a punto de ahogarse, y Winter se dobló por la mitad de la risa. River siguió sospechosamente ausente, y Grayson sacó un pañuelo del

bolsillo y limpió el desastre, porque siempre será nuestro maniático de la limpieza.

Sigo sin entender cómo coño hemos sobrevivido a tantas cosas. Pero, al verlos así de felices, la vida me parece un milagro.

Y lo mejor es que ella también se está riendo.

Katerina. Mi mujer.

Joder… No hay imagen más perfecta que esa.

Me levanto con la copa en alto y sonrío sin filtro, rodeado de los míos, sin miedo a parecer débil ni a que me hagan daño.

—Solo quiero dar las gracias a todos por estar hoy aquí. A Ava, por organizar este banquete increíble y por ser la mejor amiga que un bruto como yo podría tener. —Alzo la copa hacia ella—. A Josh, por ser un empollón que me enseña ruso. —Hago una pausa y le lanzo una mirada asesina—. ¡Aunque no soy un maldito *kotenok*! Y te juro que te arrancaré los dientes si vuelves a engañarme con una traducción para hacerme quedar como un idiota delante de mi mujer. —Ella me acaricia la mano para calmarme—. A Winter, por ser mi princesa malcriada y consentida, y convencerme de vestirme como un pingüino al que le han metido un palo por el culo.

—¡Estás muy guapo, quejica! —Me saca la lengua.

—A mi dulce Josie —continúo, mirándola en brazos de Katerina—. No permitiré que tengas pareja hasta los treinta.

—¡Tarta yaaa! —Aplaude con sus manitas.

—Sin olvidar al más guapo de la familia —continúo, desviando la vista hacia River, que se sienta más derecho—, o eso dice él. Eres mi mejor amigo y sabes tocarme los cojones como nadie.

—Qué puedo decir —responde con una sonrisa engreída—, es un talento que he perfeccionado con los años. Katya, ahora es tu problema. ¡Suerte con el cavernícola!

Le hago una peineta y me vuelvo hacia mi esposa.

—Y a ti, mi dulce *vedma*, por domesticar a la bestia que soy y demostrarme que la paz de mi alma depende de que no mires a otro hombre con deseo. Jamás, en ningún universo, ni por accidente. Ni aunque sea más guapo, más listo o hable ruso mejor que yo. —Resoplo por la nariz—. Que conste que no soy celoso. Simplemente no me gusta una mierda que otros cabrones respiren el mismo aire

que tú y crean que tienen derecho a mirarte como babosos sin recibir mi puño en sus caras como premio.

No sé por qué todos se ríen si hablo en serio. Me aclaro la garganta y la miro con toda la devoción que llevo dentro.

—Soy tuyo en cuerpo y alma —declaro, con la voz firme, sin importarme que mis hermanos se burlen luego—. Hasta el último aliento.

Cuando voy a alzar la copa, mis hermanos parecen descolocados y Grayson permanece rígido en su silla. Lo he dejado para el final a propósito y no pierdo la sonrisa al mirarlo.

—Ah, casi me olvido del rey de nuestra familia. Mi hermano mayor. El hombre que ha sido un padre para todos nosotros. —Mis hermanos pequeños asienten con orgullo—. Nuestro gran, admirado, implacable, ultracontrolador y obsesivo Pinocho Knight. —Juraría que Ava ha soltado un gemido estrangulado. A su lado, Grayson parpadea muy despacio, con los nudillos blancos en torno a la copa. Durante un segundo, me imagino esa copa volando hacia mi cara—. Eres el hermano mayor con el historial más largo de mentiras estratégicas. Puede que seas un mentiroso, pero mi lealtad hacia ti pesa más que mi rencor. Además, de no ser por ti, nunca habría conocido a mi esposa. Así que te perdono, Pinocho.

Winter y Josh se atragantan de risa. Grayson parece a punto de estrellar la copa contra la mesa y rajarme el pescuezo con ella, pero Ava le da un golpecito en la espalda y él se relaja un poco. River por fin se ríe, cabeceando.

—Una lástima que no se me hubiera ocurrido a mí —murmura con envidia.

Y mientras todos brindamos, incluido Pinocho, yo solo pienso una cosa.

Soy el demonio más feliz del jodido planeta.


Twinkies

Un mes después



Zane

Juego como si me fuera la vida en ello.

No solo porque estemos luchando por un puesto en semifinales, sino porque, por primera vez, mi mujer me anima desde la grada. No como mi entrenadora ni como mi guardaespaldas, sino como parte de mi mundo.

La veo allí arriba, levantándose e insultando al árbitro cada vez que me pita una falta, sentada entre Ava, Grayson y Winter, con mi camiseta puesta y mi nombre en la espalda. El corazón no me cabe en el pecho cada vez que la veo aplaudir, saltar y gritar mi nombre. Es una pena que hoy no estén todos, pues Josh ha vuelto al internado y River ha desaparecido con la excusa de que necesitaba «desconectar» de las campañas publicitarias, dejando a Grayson colgado y con un cabreo monumental. Lo imagino tomando el sol en alguna playa de la Polinesia Francesa, acompañado de una persona atractiva que le extiende crema en la espalda.

Derribo a un delantero del equipo contrario antes de que consiga cruzar nuestra línea, recupero el disco, patino hacia el extremo opuesto y lanzo con todas mis fuerzas. La pastilla atraviesa la portería y el estadio ruge mi nombre. Sonrío y busco la mirada de Katerina. Ella se lleva las manos a la boca y me grita algo que no oigo desde el hielo. El tipo sentado a su lado la observa como si tuviera alguna maldita oportunidad. La sonrisa se me borra de golpe.

¿Cuántos partidos podrían caerme si salgo de la pista para reventarle la cabeza?

Me obligo a respirar, a volver al partido y a no saltar la valla para recordarle con los puños cuál es su sitio en la cadena alimenticia.

Y entonces Katerina hace algo que me devuelve el alma al cuerpo. Le enseña la alianza y luego me señala con orgullo. El tipo se deja caer en su asiento, con aire derrotado. Y ella, que sabe que aún la estoy observando, forma un corazón con las manos y me sonríe. Apoyo la mano en el centro del pecho como el idiota enamorado que soy —aunque luego me vacilen en el vestuario—, llevo dos dedos a mis ojos, señalo al tipo, me subo la visera y le dedico una sonrisa que es todo dientes y grita «te arrancaré la garganta de un bocado si vuelves a dirigirle la palabra a mi mujer». Por cómo palidece, ha captado el mensaje. Bien.

Sigo jugando y me recuerdo que mi mujer sabe defenderse sola. De hecho, ahora es la jefa de seguridad de Grayson. El día que firmó el contrato, Grayson le dijo:

—A partir de ahora, la seguridad de mi familia depende de ti. Elige a tu equipo.

Ella no dudó ni un segundo en contratar a Yuri, Brandon, Reyes y Nash. Considera que son buenos en su trabajo, pero estuvieron mal dirigidos por el inútil de Logan.

Los Guardians nos alzamos con la victoria y nos clasificamos a semifinales. No me queda más remedio que acatar la orden del entrenador y visitar la enfermería. Allí acepto el masaje de mala gana, porque odio que me toquen otras manos que no sean las de mi mujer.

Después de gritarle al fisioterapeuta hasta agotar su paciencia, el tipo se larga y llaman a la puerta. El dolor desaparece cuando Katerina entra. Me levanto de la camilla y cojeo hacia ella. Antes de que consiga echarme la bronca, la empujo contra la pared y la beso como si esta mañana no hubiéramos hecho el amor como dos animales en celo. No sé cómo se las apaña para tirarme del pelo y obligarme a mirarla.

—Si hubieras estado más pendiente de jugar el partido que de vigilar al tipo que me hablaba, no te habrías lesionado —me riñe.

Meto la mano por dentro de su camiseta y sonrío al sentir cómo se estremece. Estoy demasiado ansioso por volver a besarla.

—Tú proteges al mundo —le beso el hombro—, yo te protejo de los idiotas. Así funciona entre nosotros.

—No necesito que me protejas —bufa.

—No te protejo porque lo necesites —le doy otro beso en la barbilla—, te protejo porque no puedo vivir sin ti.

Me agarra de la camiseta y estampa su boca contra la mía. Nuestros dientes chocan en un beso violento y nuestras lenguas se enredan como si una parte de nosotros siempre estuviera dispuesta a pelear. Gime contra mis labios cuando empujo las caderas contra su cuerpo para que entienda lo dispuesto que estoy a tomarla aquí mismo. Ella me clava las uñas en la espalda y envuelve una pierna alrededor de mi cintura, pegándose aún más.

Hoy es un puto día redondo.

Nos hemos clasificado y mi mujer va a hacerme el mejor regalo. Pero, justo cuando deslizo la mano por debajo de la cinturilla de su pantalón, me planta una mano en el pecho, se agacha por debajo de mi brazo y me esquiva con una agilidad que me deja paralizado. Me quedo plantado en medio de la sala, con la polla dura, las manos vacías y cara de memo.

—No te muevas —me ordena.

Sale de la sala, dejándome con expresión de absoluta perplejidad. No me queda más remedio que recolocarme la erección en los pantalones y esperar a que regrese, para mi sorpresa, con un ramo enorme de margaritas atadas con una banda que reza: «Felicidades, campeón. Ahora, a por la final».

Me sonrojo como un crío y hundo la nariz en las flores, aspirando su olor como si fuera una droga. Nunca me habían regalado flores. Recuerdo haberle confesado una vez a Grayson que me moría de ganas de que alguien lo hiciera. En aquel momento pensé que, si una mujer se atrevía a regalarme un ramo, sería porque no me tendría miedo ni me vería como un monstruo.

Aparto la cara de las flores, ahora mosqueado.

—¿Te lo ha chivado Grayson?

Pone cara de extrañeza.

—No, tonto. Te las he regalado porque son bonitas —dice con paciencia— y porque mereces tener cosas bonitas en tu vida**.**

Las orejas me arden. Arranco una margarita y se la coloco con cuidado en la trenza.

—Gracias —digo con la voz ronca por la emoción—. Me encantan.

Sin soltar el ramo, la envuelvo por la cintura y acaricio sus labios con los míos. Antes creía que mi mayor aspiración sería ganar la Copa Stanley, que mi vida por fin valdría la pena si alzaba un trofeo mientras un estadio coreaba mi nombre. Ahora sé que no hay victoria deportiva que se compare con conservar el corazón de Katerina. Porque, mientras ella me ame, seré un verdadero triunfador. Todo lo demás —los goles, los aplausos, los títulos— es solo ruido de fondo.

Amarla me obliga a querer ser mejor. No por avergonzarme de ser como soy —esa no es la razón por la que empecé a ir terapia—, sino para curar lo que se destruyó cuando era un crío y así no permitir que el pasado arruine el futuro que quiero construir con ella.

Katerina me rodea con los brazos y apoya la frente en mi pecho. Sus dedos se deslizan distraídos por mi bíceps derecho, justo por debajo de la camiseta de manga corta. Acaricia la piel embadurnada en crema y se detiene.

Sonrío sin poder evitarlo. Ya estaba tardando en darse cuenta.

Frunce el ceño y me sube la manga despacio. Entonces se queda muy quieta al ver el tatuaje. Sus dedos recorren la rosa negra cubierta de nieve y espinas. Los ojos se le llenan de lágrimas al acariciar el tallo compuesto por una palabra: *vedma*. Su dedo índice dibuja cada letra e inspira emocionada al ver el pétalo más grande. Hay dos palabra dentro: *ya tvoya*.

—Zane… —susurra, mirándome boquiabierta—. ¿Cuándo… cuándo te has hecho esto?

—Este mediodía.

Apoyo la frente contra la suya.

—Eres la persona más importante de mi vida —reconozco, sonriéndole—. Tenías que estar tatuada en mi piel.

Me abraza con fuerza y esconde la cara en mi cuello. A mi esposa aún le sigue dando vergüenza que la vea llorar. Le rozo la coronilla con la nariz y aspiro su olor como si el mundo pudiera acabarse y no me importara porque la tengo a ella.

—Las flores son preciosas —reconozco, besándole la frente—, pero tú siempre serás lo más bonito que tengo en mi vida.

Y, mientras yo respire, juro que pelearé para ganar el partido más importante de todos.

Polinesia mis huevos



River

—Creí que te habías rajado y ya estaba a punto de dar la orden para liquidar a toda tu familia. Incluidos tu sobrina monísima y esos hermanitos tuyos con tensión sexual no resuelta —dice Lucrezia, cruzando las piernas con la calma de quien saborea su poder.

—Me diste un mes y aquí estoy —contesto sin inmutarme—. Si me hubieras confundido con un cagado, no habrías hecho un trato conmigo. Por cierto, no eres la más indicada para hablar de vínculos raros entre hermanos… —desvío la vista hacia Dominic, sentado a su lado—, teniendo en cuenta el extraño rollo de intercambio de poder que os traéis tú y tu adorable Hannibal Lecter siciliano. —El aludido inclina la cabeza—. A vuestro lado, hacéis que mis hermanos parezcan una *sitcom* familiar.

Dominic entorna los ojos y se inclina apoyando los antebrazos en la butaca.

—Deberíamos matar a este bocazas —le sugiere a Lucrezia—. No durará ni una hora.

—*Fidati di me, amore. C'è qualcosa in lui… Lo sento. I giocatori migliori sono sempre quelli che hanno tutto da perdere* —le responde su esposa—. Esa labia —se dirige a mí con una media sonrisa perversa— te salvará la vida o te costará la de toda tu familia. De cualquier modo, estoy deseando ver a dónde te lleva, River.

Todos creen que estoy bronceándome los abdominales en una playa de Bora Bora como el cretino hedonista y sin remedio que soy. Pero no, aquí estoy, en un salón de mármol helado, negociando con

el diablo: una mujer de labios rojo carmín y ojos verdes de serpiente astuta.

El noventa por ciento del tiempo juro que adoro mi vida. Hoy, sin embargo, me cambiaría por el primer sintecho desdentado de Nueva York. Al menos, él tendría la opción de no palmar en el peor escenario posible. El problema es que yo no puedo morir**,** porque de mi supervivencia depende la vida de toda mi familia.

Ya sé lo que todos opinan de mí: que no me importa nada ni nadie. Y eso es *casi* cierto. El mundo entero puede arder hasta quedar reducido a cenizas sin que yo mueva un dedo por salvar a nadie. Cuando digo el mundo entero, quiero decir exactamente eso. No nos engañemos: las viejecitas que hacen ganchillo, los niños que creen en Papá Noel, los animalitos adorables y todos los seres inocentes del planeta Tierra me importan una absoluta y grandísima mierda.

Todos, sin excepción. Lo juro sin cruzar los dedos.

En ese hipotético apocalipsis, yo estaría tranquilo, porque los míos —mis hermanos, mi sobrina y esas dos maravillosas mujeres que son mis cuñadas— estarían a salvo. Me da igual si están escondidos en un búnker blindado, volando en una nave espacial o metidos en una cápsula criogénica a prueba de bombas nucleares. Mientras vivan, todo está bien.

Y, si para protegerlos tengo que pulsar un botón y exterminar a toda la humanidad, que así sea. No me temblará el pulso. Así son las cosas. Soy como esos dueños de perros que admiten sin pudor que salvarían antes a su chucho que al vecino. Solo que, en mi caso, el perro son siete personas.

A River Knight solo le importan dos cosas: su familia y salvar su culo. En ese orden.

Y esa es exactamente la razón por la que todos creen que estoy de vacaciones. Pero estoy aquí, frente a este matrimonio de psicópatas, dispuesto a cumplir el trato que hice para salvarlos.

Dominic se pasa una mano por la barbilla y mira a su esposa.

—Ho sempre avuto fiducia nel tuo giudizio, amore mio… ma questa volta hai fatto una cazzata. Quel tossico si farà una striscia alla prima difficoltà.

No entiendo italiano, pero reconozco la expresión de su esposo: acaba de hacerle un reproche. A su reina, sin embargo, no parece afectarle en absoluto.

—*Vedremo.* —Señala la silla frente a la suya—. Siéntate a cenar con nosotros, River.

Permanezco de pie.

—¿Esto es parte del juego?

—Todo es parte del juego —responde, aceptando la copa de vino que le sirve su marido—. Si pierdes, tu familia muere y nosotros ganamos. Si sobrevives, nosotros también ganamos.

Dominic llena la tercera copa y la pone delante de mí. Al final decido sentarme, o eso me digo, pues sé que no me queda otra.

—Un consejo: no te quites esa máscara. Aférrate a ella. No eres un buen luchador. Nunca has empuñado un arma —dice, como si fueran defectos de los que debería avergonzarme—. Pero yo soy una mentirosa profesional… y siempre reconozco a un buen mentiroso cuando lo tengo delante. Por eso, si quieres sobrevivir, tendrás que mentir mejor que nunca.

Me llevo la copa a los labios.

Oh, soy mejor impostor de lo que ella cree. Llevo toda la vida engañando a los demás. A mis propios padres. A mis enemigos. A mis hermanos. Incluso a mí mismo. Y no me importan los límites que tenga que cruzar para ganar este maldito juego. No pienso perder si la vida de los míos está sobre la mesa. Aunque tenga que traicionar a todo el que se cruce en mi camino para salvarlos.

NOTA DE LA AUTORA

Querido lector, respira hondo. Sé lo que estás pensando: ¿qué demonios significa este final? ¿Qué ha pasado con River? ¿En qué momento hizo un pacto con Lucrezia?

Tranquilo. Todas esas preguntas tendrán respuesta en *Lobo de Nueva York*, el libro de River. Hasta entonces, puedes quedarte con la certeza de que nada ha ocurrido por casualidad… y de que lo mejor (y lo más peligroso) aún está por venir. Si te apetece conocer curiosidades sobre la serie, adelantos, escenas descartadas o comentar teorías —sí, leo y disfruto vuestras teorías más de lo que imagináis—, puedes seguirme en mis redes sociales para no perderte ninguna novedad.

Instagram: @becca.devereux (Es la red social en la que soy más activa. ¡No dudes en escribirme un mensaje si quieres comentar el final!)

TikTok:@beccadevereux

Email: beccadevereuxautora@gmail.com

Espero de corazón que hayas disfrutado tanto como yo con la historia de Zane y Katya. Escribir este libro fue un viaje complejo y emocionante. Sé que Zane es el personaje favorito del *fandom* y he puesto todo de mi parte para hacerle justicia y darle el final que merecía.

Si este libro te ha removido…, prepárate, porque *Lobo de Nueva York* es, sin duda, el libro más diferente y oscuro de la serie. Ya estás advertido.

Si te apetece, puedes dejar una opinión en Amazon o Goodreads para animar a otros lectores a descubrir el universo de los hermanos Knight. Tu apoyo significa más de lo que imaginas y me ayuda muchísimo a seguir escribiendo estas historias.

Gracias por pertenecer a esta familia.

Con todo mi cariño,

Becca

AGRADECIMIENTOS

Este libro no habría nacido sin todo el cariño que vosotras le habéis dado a los hermanos Knight, en especial, a nuestro querido Demonio. Muchísimas gracias por vuestros mensajes, teorías y exigencias para que le diese a Zane un final feliz. Espero que su historia os haya emocionado tanto como a mí al escribirla.

En primer lugar: a mis queridas Indara y Maru, por ser unas maravillosas lectoras cero.

Sin olvidarme de mis chicas de Telegram: Las Guardianas de Zane. Gracias por ser las mejores guardianes de Zane y apostar por el libro cuando aún no se había publicado. ¡Sois las mejores!

Además, quiero dedicar esta historia a todas las lectoras que me apoyan libro tras libro. En especial a:

Katia Garrido, Yurefr, Tamara Arance, Charo Clemente, Mara_xrgti, Charoyacky, Alba García, Jessica Secchi, Yaiza Barata, Vainilleando, Lola Rodríguez, Tania De Artaza, _anais94_, Azaharalg, Sandra G.E, Julia Romero Muzas, Laura Arévalo, Beatriz Gajete, Idoia Jorge, Lucía Tobarra, Dennys Paola, Jerammell, Zaskya, Mabel Collado, Mari Lara, Ainoa Otero, Marisel Guerro Salvatierra, Jessica Coca, Ainhoa Ruiz, Veronia Aguado Torres, leire_je, Mari Carmen Castro, Marta Rancaño, Vanesa Fdez Fdez, María José Rodríguez Larrey, SilviRoco, Paqui Cruz Gallardo, Olena Khudzhaze Lohvynenko, Mireia Valera, Belu.avella, Marquesita93books, Jara Pascual, Neli Medina, Marta Conde Serra, criss.f.p, Sara Ávila, Vera Mateo, Letitia Menouret, RositaKoali, Nayana16, Shely, Cyntia Cerveaux, Beatriz Rodríguez Cañetes, MariaJose María Estreder, María del Campo, Paula Incógnito, queridaslectoras60, Patry1979, Nany Lara, Laura Arranza, Laura CP, María Muñoz, Rocío Berenguerg, Ana García, vcr_89, Elena Aguilera, Mari Hoyos López, Graciajiji, Cecibookss, Alecoronel.21, AnaBM26, Toñi Rodríguez, Patricia G, Laura Iglesias, Laura López, Indara_ft, Lidia CM, Pilar Revert, Alejanitavc, Gabriela Fortes, MaryPou, AliEntreLibros, Kimbherlypomamoya, Monisofi Martínez, Thirsa Coronado, Bea RH, Aurorill, las.letras.de.sara, Tatiana Ferrer, mi_martin_libros, dama_oscur4, Cece Castillo, M Elena Jiménez, Rosa Rojas, Dorielis Burguera M, Cris Pérez, Mayte

Rguez, Krissell Sánches, Teresa.feel, Ana María M. S, Ana Karen Portillo Zamudio, vane_vane82, Marianne Banton Nájera, Susan Rivera Esquiabro, ana.y.sus.libros, Garcia Melina, Elena Menac, Herenia Llorente, Candela_sd, _.Ingeborg._, Almudena Pastor, María del Mar, Mc.gamero5., lecturasmapita (vuelta alto, mapita <3 , Kaibeldb, Yul75, Patri Veiga, Luciana Esquef, Gissel Rosario, Maria Urbistondo, Tamara Rivera, sonia_est5, mabe18st, Bárbara Cervera, Tamara pg, nuevacape, gatop31, R.G.Aguilar128, Estíbaliz Molina, Bego SR, Beatriz Zornoza, susana.asm97, ikybooks84, Berta Álvarez, kell_ybooks, Libreando_book, estela_reading, bookis.sora, inbookss, encantando_paginas Silvia Natera, ainhoa.books, readwithus. Yasmiin, booksmagic22, Carmen_alvest, tanyagode, byalvadia, katyana carrillo, maarbooks__, Amalia López, Trimamireads, siempreleyendoydesconectando, book_criss, Érika Buñuales.

No quiero olvidarme de dos personas increíbles, que día a día apoyan a los hermanos Knight con sus maravillosas creaciones: dallas_880 y book_criss Nunca me cansaré de daros las gracias por los vídeos e imágenes que hacéis de la familia Knight. Es un orgullo tener lectoras como vosotras, que quieren con todo el corazón a los hermanos Knight.

Quiero terminar los agradecimientos recordando a una persona y lectora preciosa, que ya no está entre nosotros: Marisa Gallen (Lecturas Mapita). Hablar contigo por Instagram fue un auténtico regalo y me habría encantado conocerte en persona. Tu partida me entristeció, al igual que a la comunidad literaria. Siempre tenías una sonrisa para todas las autoras y nos ayudabas desinteresadamente. Echaré de menos tus audios y tu pelo azul. Vuela alto, querida Marisa.